

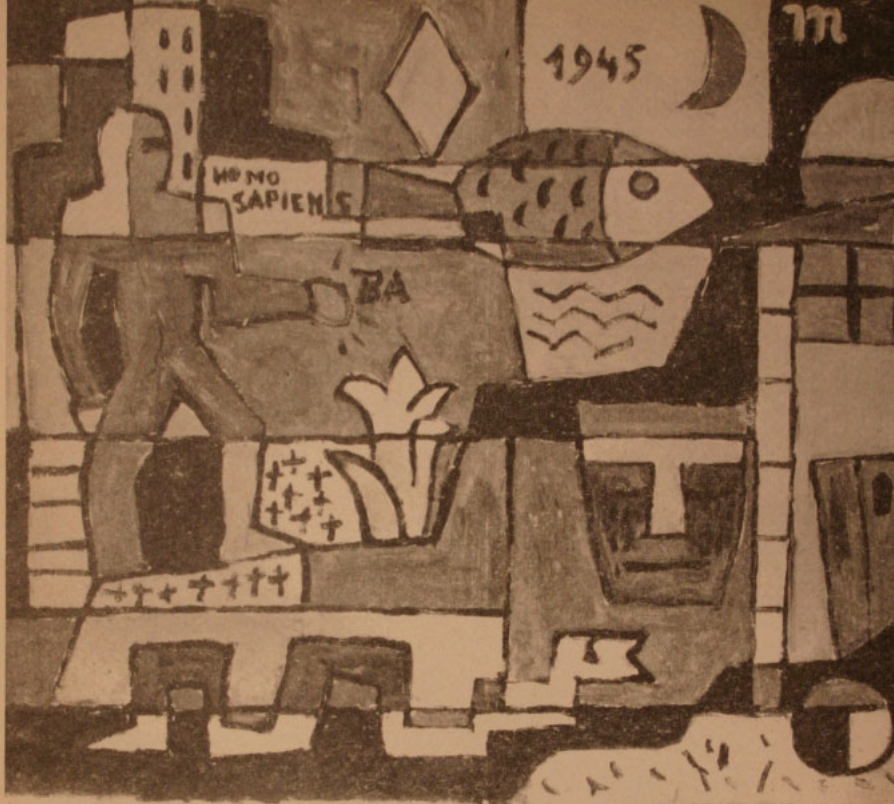
proposiciones



PROBLEMAS
HISTORICOS
DE LA
MODERNIDAD
EN CHILE
CONTEMPORANEO

sur
EDICIONES

24



Composición de Joaquín Torres García

proposiciones



PROBLEMAS HISTORICOS DE LA MODERNIDAD EN CHILE CONTEMPORANEO

Esta publicación cuenta con el apoyo de SAREC
(Agencia Sueca para la Cooperación y el Desarrollo)

© Ediciones SUR, Agosto 1994
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago

Inscripción N° 90756

Director Ejecutivo SUR: Alfredo Rodríguez A.
Responsable legal de *Proposiciones*: José Bengoa C.

Editor *Proposiciones* 24: Gabriel Salazar

Edición textos: Paulina Matta

Diseño gráfico y portada: VERSION
Allan Browne E.
Manuel F. de la Maza G.
Fono 626 205, Viña del Mar

Diagramación y composición de textos :
Andoni Martija M
Providencia 701-E, Santiago
Fono/Fax 235 6971

Gestión editorial: Luis A. Solís D.

Impresión: Imprenta Editorial Interamericana, Ltda.
Conferencia 1140, Santiago

En venta en: Librería de Ediciones SUR
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago
Fonos: 236 0470 - 236 1218 Fax: (562) 235 9091

Se permite cualquier reproducción total o parcial
de esta publicación, con indicación de la fuente.

HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

INDICE

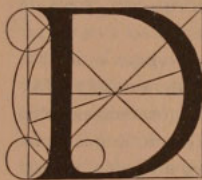
Primera Parte: PROCESO ECONOMICO Y EMPRESARIADO	17
<i>Impacto del capital mercantil británico en Chile (1850-1880)</i> Manuel A. Fernández	18
<i>Orígenes del empresariado moderno en la región de Concepción (1820-1860)</i> Leonardo Mazzei	24
<i>Los límites de la modernización en Chile. Siglos XIX y XX</i> Luis Ortega	33
<i>Permanencia del modelo primario-exportador en Chile</i> Julio Pinto	42
<i>Modernización agroexportadora: ayer y hoy</i> Claudio Robles	47
<i>El nuevo rol del Estado en el desarrollo económico (liberal)</i> Oscar Muñoz	52
<i>Empresarios, Estado y desarrollo: una perspectiva histórica</i> Cecilia Montero	56
<i>Dinámicas del cambio tecnológico en la industria chilena. Desafíos para la década de los noventa</i> Alvaro Díaz	61
<i>Equilibrios macroeconómicos y pobreza en Chile</i> Fernando Leiva	72
<i>Pobreza y espacio local: algunas reflexiones</i> Patricio García & Luis Soto	81
Segunda Parte: ESTADO Y CLASES POLITICAS	85
<i>Iglesia y proceso político</i> Sofía Correa	86
<i>Democracia liberal en Chile: una perspectiva histórica</i> Hernán Villablanca	89

<i>Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad</i> Gabriel Salazar	92
<i>Fuerzas Armadas, sistema político y cosmovisión</i> Patricio Quiroga	111
<i>Civiles y militares</i> Augusto Varas	118
<i>Ideología y proceso político: "Gato por liebre", o la ideología como engaño histórico analítico</i> Alfredo Jocelyn-Holt	124
<i>La transformación económico-social de Chile contemporáneo</i> Rodrigo Baño	129
<i>Iglesia y proceso político</i> Sofía Correa	133
<i>Iglesia y política: un pequeño balance</i> Fernando Castillo	136
 Tercera Parte: LOS GRUPOS MEDIOS	143
<i>La comunidad perdida</i> José Bengoa	144
<i>Inmigración y clase media en Chile</i> Leonardo Mazzei	152
<i>Inmigración española en Chile, 1890-1920: los prestamistas</i> Carmen Norambuena	159
<i>Rol histórico de los intelectuales en Chile</i> Sol Serrano	164
<i>La transición de los comunicadores: voces, coros y guiños</i> Gloria Elgueta	169
<i>Comunicación popular y proceso social (1978-1993)</i> Susana Mena	182

Cuarta Parte: PUEBLOS INDIGENAS Y TERRITORIO	189
<i>Guerra y lucha faccional en la Araucanía (1764-1777)</i>	190
Leonardo León Solís	
<i>Relaciones y negociaciones entre las sociedades indígenas de la región atacameña, el Estado y la sociedad chilenos. Siglos XIX y XX</i>	201
José Luis Martínez	
<i>Los estudios de etnohistoria en Chile</i>	208
José Bengoa	
Quinta Parte: MOVIMIENTO SOCIAL POPULAR	213
<i>Movimiento social popular: ¿hacia una barbarie con recuerdos?</i>	214
Julio Pinto	
<i>Marginalización y des-marginalización en el movimiento popular</i>	220
M. Angélica Illanes	
<i>Modelos de acción urbanos y movimiento campesino</i>	226
Miguel Bahamondes	
<i>Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador</i>	230
Sergio Grez	
<i>Los trabajadores independientes en Chile: la opción de los excluidos (1970-1990)</i>	236
Francisca Márquez	
<i>Tiempos cortos y largos en el movimiento poblacional</i>	246
Vicente Espinoza	
<i>Los nuevos desafíos del asalariado moderno</i>	251
Víctor H. Miranda	
<i>Asalariado moderno y movimiento sindical: ¿hacia un nuevo modelo de acción?</i>	255
Guillermo Campero	
<i>Izquierda y movimiento popular: viejas y nuevas tensiones de la política popular chilena</i>	259
Mario Garcés	
<i>La Izquierda en Chile: los dilemas históricos de sus múltiples lealtades</i>	264
Patricio Rivas	

Sexta Parte: NUEVOS ACTORES: MUJER Y JUVENTUD	271
<i>La familia tradicional en Chile: moralidad y realidad</i> René Salinas	272
<i>La mujer popular en Santiago (1850-1920)</i> Alejandra Brito	280
<i>Mujeres del campo: entre el brasero y la televisión</i> Ximena Valdés & Loreto Rebolledo	287
<i>Movimiento de mujeres en Chile (1912-1978)</i> Edda Gaviola	295
<i>Ser mujer, pobladora y dirigente en Chile moderno</i> Rosa Quintanilla	302
<i>Los cambiantes discursos sobre la juventud</i> Pablo Cottet	306
<i>La conversación de los jóvenes pobladores organizados</i> Mauricio Rodríguez	310
<i>Juventud popular en peligro de vida</i> M. Elena Tijoux	319
Séptima Parte: MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD EN CHILE	327
<i>Pedagogía y modernidad. Configuración del sistema de educación primaria popular en el siglo XIX en Chile</i> Loreto Egaña	328
<i>Actores intelectuales y discurso de modernidad (Chile, siglo XIX)</i> Carlos Ossandón	335
<i>El trabajo intelectual: ¿entre la modernización y la identidad?</i> Eduardo Devés	339
<i>Las paradojas de la modernización (1932-1992)</i> Joaquín Fernandois	341
<i>Modernidad, comunidad y asociatividad</i> Vicente Espinoza	349
<i>Infancia y modernidad: los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional</i> Salomón Magendzo	354
<i>"Chile, fértil provincia señalada en . . ." Su refundación posmodernista</i> Alfredo Jocelyn-Holt	358

Modernización ¿definitiva? y debate histórico-social en Chile



Desde el siglo pasado, Chile se ha visto sacudido por una seguidilla de 'modernizaciones'. Una serie sostenida de saltos al futuro, que suscitaron, cada uno a su tiempo, oleadas de debate teórico y estallidos de lucha ideológica, precisamente por la necesidad de discernir qué aspectos del pasado pre-moderno debían desecharse y cuáles del presente moderno debían incorporarse, y a lo largo de qué líneas asestar el tajo separatorio. Debates históricos y nacionales en los que, a veces, participaron sólo unos pocos (los intelectuales de la generación de 1842, que se concertaron para hundir la barbarie del "bajo pueblo" y el oscurantista coloniaje hispánico); otras veces, un tercio de los estratos medios de la sociedad (los grupos y movimientos sociales que lucharon por hundir, entre 1910 y 1930, la oligarquía pre-industrial y pre-democrática), y, también, la mitad inferior de la sociedad civil (las organizaciones y movimientos sociales que se esforzaron por erradicar, entre 1938 y 1973, la inequidad económica y social de la modernidad). En el pasado, pues, la sociedad chilena se enfrascó, por grupos o por mitades, por tercios o por tres cuartos, en debatir a fondo cada uno de los sucesivos partos que la modernidad, con dolor variable, generaba en el país. Fue en esos debates donde los políticos perfilaron su estatura de verdaderos estadistas, las clases sociales su real proyección histórica, donde los estudiantes demostraron su hambre de mejor futuro y donde los intelectuales y los tecnócratas dieron mejor uso a sus métodos y técnicas, formalizando los sentimientos y voluntades de cada uno.

El desarrollo de esos debates históricos fue dando vida social a ideas-

fuerza (progreso, nacionalismo, democracia, desarrollo, socialismo, etc.), en torno a las cuales se fueron aglutinando significativos consensos sectoriales y legitimidades grupales que –aunque enraizados de modo contradictorio en la sociedad civil–, constituyeron múltiples voluntades políticas con no poca raigambre en el sentir de la masa ciudadana. Fue por la existencia de esa legitimidad relativa que muchos creyeron –pese al evidente juego de las contraposiciones– que tenían algo importante que decir a la emergente juventud ciudadana. Una especie de proyecto nacional que no sólo se podía agitar sino también enseñar, porque con él se podía formar “hombres nuevos” o una “nueva sociedad”; o echar andar un proceso de modernización en el cual ‘todos’ pudiesen participar en tareas de sentido ‘nacional’.

Por contraste, nos parece un hecho crecientemente grave que las modernizaciones introducidas militarmente en el país con posterioridad a 1973 y continuadas civilmente después de 1989, no hayan generado ni estén generando ni debate social ni debate histórico acerca de lo que se ha desechado y se está desechando; acerca de lo que, a cambio, se está instaurando y, sobre todo, acerca de por dónde se está hendiendo el tajo discriminatorio. Y ello cuando ya se sabe que las modernizaciones en curso son las más drásticas que, hasta ahora, se hayan inoculado en la sociedad nacional. Los encendidos debates entre desarrollistas y monetaristas, o entre aquéllos y los anti-dependentistas, o entre reformistas y revolucionarios que, en reguero continuado, estallaron entre 1950 y 1973, no han sido reeditados después. Ni siquiera pálidamente. Es por ello grave que, por ejemplo, los cafés y las cantinas universitarias de hoy estén vacías o silenciosas, sin estudiantes estridentes defendiendo la teoría de su propia contemporaneidad o criticando la teoría alternativa, como ocurrió en las otras modernizaciones. Es grave que los estudiantes de hoy carezcan de problemáticas relevantes en las que eclosione su vida, su inteligencia y su compromiso. Que en las revistas académicas los artículos languidezcan exangües, sin conexión directa con la sensibilidad vital e histórica de los sujetos reales. Desnutridos por la dispersión temática o las abstracciones filosóficas con que hoy se disecta la contemporaneidad. Aventados por “el molino sin fin” de la semiótica, el “agujero negro” del micro-empirismo o la hiper-mecánica de los “sistemas”. Que, por todo ello, se invalide la

reflexión sobre lo social o lo histórico. Que se arroje el populismo como agua sucia del pasado, y con él, se arroje toda consecuente sensibilidad social. Es decir, que, en definitiva, se tienda a paralizar –a nombre de modernizaciones que avanzan tan rápido que han tragado tanto su propio futuro como al hombre común y corriente– la reflexión social e histórica sobre nuestro específico 'ser' de hombres-mujeres y de chilenos, y el dolor soterrado que está provocando este nuevo y desocializado parto de modernidad definitiva.

Nos parece igualmente significativo, por eso, que no existan hoy, en la sociedad chilena, ideas-fuerzas que generen identidades comunitarias, proyectos compartidos, ni propuestas movilizadoras o integradoras que induzcan a las capas estudiantil e intelectual, por ejemplo, a investigar, discutir y comprometerse en la construcción de futuros colectivos, no-individualistas (como, pese a todo, lo intentó la generación del '68). Y no sólo es significativo sino también grave que la juventud chilena tenga que, como único futuro, estudiar sólo para mejor competir en el mercado y ganar dinero, o tenga que preferir "matar el tiempo" y engolfarse a fondo en la cultura del "carrete" o del *car-racing*; o bien, si queda fuera del mercado, autoaniquilarse en la droga, la delincuencia profesionalizada, o el suicidio fraterno.

Es evidente que los triunfantes "mensajes" emitidos hoy por los medios de comunicación o por la llamada industria cultural, no bastan ni bastarán, por sí mismos, para conducir una sociedad entera a través de los desfiladeros históricos que aún aguardan en el horizonte, hacia metas solidarias y humanizadas. Sí pueden insinuar cómo llenar unas horas, o una noche, o un día, e incluso un completo *week-end* de los "receptores" a los que esos mensajes van dirigidos; es decir: bastan para matar el tiempo libre y atiborrar la superfluidad. Pero no bastarán, a la larga, para desarrollar el 'tiempo histórico'. No, sin el concurso activo del sujeto real que, pese a todo, subyace bajo la piel del consumidor.

Pensamos, en vista de eso –y de algo más– que era necesario hacer algo. Averiguar, por ejemplo, qué queda o qué hay bajo la aparente frigidez de los intelectuales y la apatía de la generación de los '90. Cuánta sensibilidad histórica y social palpita, aún, en el fondo de ellos. Hasta qué punto la sociedad continúa latente bajo el peso acromegálico del Mercado y del

Estado. Pues, cabe preguntarse: ¿queda allí, todavía, 'algo' que no se puede o no se sabe cómo expresar? ¿Que no se logra formalizar porque no hay, en la atmósfera cultural de hoy, paradigmas científicos adecuados para 'eso'? ¿O porque el pragmatismo dominante inhibe hoy todo espíritu crítico y toda elaboración teórica alternativa? ¿O es que, realmente, no hay nada, ni sensibilidad histórica, ni crítica; que en Chile, verdaderamente, la historia ha llegado a su fin; que los centros de poder o el vértigo mercantil han seducido para siempre a las ciencias sociales, y arrojado –en su compulsivo afán de olvidar el pasado reciente– las ciencias históricas a su eterno ostracismo en el pasado lejano?

Nos pareció que era necesario –y, a lo mejor, urgente– producir un encuentro entre intelectuales y sujetos reales. Un seminario-taller, no organizado según el marketing propio de la "industria cultural" (posters y trípticos distribuidos masivamente, invitación a todo público, cócteles, polémica publicitada, etc.); ni en las formalidades, necesidades o prerequisites propios de la institucionalidad académica (ponencias basadas en investigaciones empíricas, crítica de textos, aplicación de metodologías, camaradería gremial, etc.), sino en las condiciones de un intelectual-sujeto integrado y capacitado para *expresar* lo que sabe y lo que siente, su funcionalidad y su sensibilidad, al mismo tiempo. Es decir, bajo la condición de un intelectual comportándose como un chileno de carne y hueso, auténtico, de hoy. Un chileno invitado para salirse, parcial o totalmente, de su celda metodológica, de su particularismo social, o de su chauvinismo académico o político consensual. Pensamos que podía ser saludable crear –aunque más no fuera en un seminario– una atmósfera de *autenticidad*, liberada de todo sobre peso oficialista, político, mercantil o académico. Liberada, sin duda, pero sujeta a una triple condición: que cada expositor examinase la modernidad chilena (no su manifestación universal), que se refiriese a su propio sentir de la contemporaneidad (no a las abstracciones de un tiempo de ninguna parte), y que, sobre todo, su enfoque tuviese un carácter histórico (y no sistémico o funcionalista).

Esa triple condición tenía por objeto forzar a los historiadores a aventurarse en los escabrosos fenómenos de la contemporaneidad, porque de ella suelen andar escapados; a los cientistas sociales, a pensar históricamente (porque sus códigos predominantes o sus intereses de coyuntura se

lo impiden), y obligar a los actores sociales, que andan regularmente engegucidos por su particularidad, a globalizar sus planteamientos. Es decir, tenía por fin sacar a los expositores de sus refugios habituales, donde, unos a otros, se incomunican. Especulamos que, con ello, los invitados podrían ensanchar su capacidad expresiva, pese a que con ello –como es obvio– se arriesgaría la consistencia académica de sus exposiciones.

Los resultados de este ejercicio son los que se exponen en esta publicación. Son cincuenta y tres "expresiones", que deberían ser leídas, pues, no tanto como "artículos", sino como lo que son; esto es: reflexiones en autenticidad.

Es de interés consignar que un número significativo de expositores aceptó y siguió las reglas del juego. Así, se oyó a no pocos historiadores abandonar su erudición documental para reflexionar libremente –aunque con cierta incomodidad–, en voz alta, frente a todos. Y se oyó a numerosos científicos sociales y aun filósofos manipular sus categorías habituales siguiendo un desacostumbrado hilo histórico, que los trajo a la contemporaneidad no en abstracción directa –como acostumbran– sino por sinuosos procesos y pasados particulares. Los actores sociales que asistieron al compromiso –no vinieron todos los invitados– dejaron oír su peculiar y apasionada manera de salir de sí mismos hacia la globalidad. También es de interés consignar que no todos rompieron el hierro de sus rutinas ni abandonaron el *bunker* de su práctica profesional; que, en este sentido, hubo disciplinas enteras (el lector las descubrirá) que permanecieron porfiadamente distantes de la contemporaneidad, e incluso de la modernidad.

Se podría concluir, al observar el conjunto del producto obtenido, que los chilenos estamos en un período en que todavía no hemos alcanzado un adecuado dominio intelectual y social de los procesos puestos en marcha por la nueva modernización que nos aqueja. Como si nos hallásemos a medio camino de un lento cambio de paradigma. Sumidos, como el Cid, en la "terrible estepa castellana" de uno de esos ciclos largos del pensamiento social, del que ("polvo, sudor y hierro") aún no hemos emergido. Como si la nueva modernización hubiese llegado como un hecho crudo, invasor, sin matriz germinal de ideas y reflexiones sociales. Como un androide decapitado, robotizado, que necesita ser pensado después, regulado después,

dotado de humanidad después. Pues se tiende a pensarlo desde fuera de él mismo: desde categorías pretéritas o desde subjetividades puras; desde valores universales o desde peligros imaginarios. En rodeos, desde su reflejo en mundos transnacionales o en experiencias subjetivas, conocidas y vividas; pero no desde sí mismo o no en sí mismo. Como si esta nueva modernización careciese de real carne social o histórica.

Prácticamente ninguno de los expositores asumió la nueva modernización, ni como algo suyo ni como algo definitivo. Ninguno –salvo infundadas sospechas– podría ser tildado de "intelectual orgánico" de la misma. Ninguno, tampoco –salvo hipótesis por demostrar– asumió una postura belicista contra la modernidad, en contradicción antagónica con los procesos vigentes. La gran mayoría se situó en una tierra de nadie, sea porque simplemente reprodujo la celdilla neutral de su profesionalismo; sea porque, aceptando gran parte de lo que se desecha, no se da por totalmente satisfecho con lo que se incorpora; sea porque la crítica que se plantea no se acopla a una propuesta alternativa, etc. El peso factual de la modernización introducida desde 1973 y el aparente éxito de la reactivación económica iniciada desde 1984 parecen frenar la profundización de la crítica y la vigorización de la propuesta. Como si el robot tuviese un peso metálico todavía mayor que las dudas sociales. El intelectual recoge esa duda –son muy pocos, repetimos, los que no la recogieron–, pero no la reviste de fuerza discursiva de alta definición frente al robot. Como si dudara de la duda. En tal encrucijada, sintomáticamente, no pocos expositores prefirieron utilizar un estilo elíptico, aséptico, humorístico, e incluso –en más de algún caso– críptico.

El balance global, sin embargo, muestra una marcada tendencia crítica respecto, cuando menos, del triunfalismo modernista chileno. Los historiadores tienden a coincidir en que el modelo económico actual no es sino una variante del ya tantas veces probado modelo primario-exportador. Los economistas coinciden en que, pese al surgimiento de un nuevo tipo de empresario y de una subcontratada clase trabajadora, el potencial de cambio del actual modelo ya se agotó, que el mercado no puede por sí asegurar determinados tipos de desarrollo y que es indispensable constituir a mediano plazo un "Estado regulador".

En ese contexto, los sistemas ideológicos y políticos de dominación

actual no están asumiendo las funciones reguladoras que corresponderían. El Estado carece de legitimidad y sensibilidad social suficiente como para desarrollar funciones reguladoras que no sean las de mercado o funciones educativas que preparen a la sociedad civil para asumirse a sí misma. Los medios de comunicación de masa tienden a la monopolización y al mercantilismo, mientras se frena el desarrollo de la comunicación popular. La Iglesia se repliega hacia posiciones neo-pietistas y conservadoras. Así, el sistema político se encierra en sí mismo mientras la sociedad civil se fragmenta, con pérdida de identidades colectivas y nacionales. Los grupos medios, influyentes antaño y hogaño, se equilibran en un plano inclinado, entre el campo y la ciudad, entre la pre y la posmodernidad, con menos conciencia histórica que nunca.

No hay duda de que, mayoritariamente, la atención de los expositores se dirigió a los procesos que viven los sectores populares, en toda su diversidad interior (obreros, artesanos, campesinos, indígenas, pobladores, juventud, etc.) y a la transición histórica que, de hecho, allí está ocurriendo. Como si el verdadero barómetro de la actual modernización estuviese allí, y sólo allí. Más, incluso, que en la ciencia o en la capacidad profesional propia. Como si el sujeto real que subyace bajo el intelectual público estuviese secretamente identificado con la suerte histórica de los pobres. Como si la esperanza y el optimismo, más que en el modelo, estuviese engarzada en el movimiento que esos sectores sean capaces de hacer hacia el futuro.

Y es evidente: de todo el balance (que en general es crítico e irónico respecto de la modernidad), el único proceso que concentra lo positivo, el humanismo y la esperanza es, qué duda cabe, el desarrollo neto de las mujeres pobladoras. Su permanente lucha para ser sujetos históricos en su propio medio, para atravesar incómodos, y casi siempre con saldo a favor, todos y cada uno de los accesos de modernidad por los que ha atravesado Chile, es, tal vez, la premisa clave de la que pueden desprenderse y desarrollarse las propuestas humanistas y solidarias que tímidamente laten tras la puerta entornada del escepticismo chileno sobre la modernidad. Porque la posición histórica del hombre de pueblo, y sobre todo de la juventud popular, están hoy, evidentemente, en crisis. Destruídos, sin duda, más por la modernidad en sí que por los viejos populismos del

duda, más por la modernidad en sí que por los viejos populismos del pasado. No ocurre lo mismo con la condición de la mujer de pueblo. Y es por esto que invitamos al lector a leer las "expresiones" vertidas en este Seminario, en la clave que ella ha puesto en el tapete de la discusión. Por supuesto, si el lector quiere proyectarse históricamente en positiva, sin ánimos de profundizar su escepticismo.

No queremos concluir estas palabras de presentación sin decir que, por razones de espacio editorial y debido al mismo carácter oral de la mayoría de las exposiciones, fue preciso condensar y a veces recortar algunas de las mismas. Pedimos excusas por ello. En ningún caso, sin embargo, se alteró el contenido de lo que el autor quería expresar. Por la misma razón, no se publicaron las preguntas y respuestas suscitadas por las distintas intervenciones. Cabe precisar que, propiamente hablando, no hubo debate, ni teórico, ni ideológico. Lo que para nadie puede resultar sorprendente, aunque sí digno de lamentar.*

Gabriel Salazar
SUR Profesionales

Julio Pinto
Universidad de Santiago

Santiago, agosto de 1994

* El Seminario-Taller se convocó bajo la temática "Problemas Históricos de la Modernidad en Chile Contemporáneo". Se realizó en 14 sesiones, del 5 de agosto al 11 de noviembre de 1993. Fue auspiciado por el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS, la Corporación de Historiadores Sociales (CORPHIS), y SUR Profesionales (en cuya sede se efectuaron las sesiones y a cuyo cargo estuvo la edición).

PROCESO ECONÓMICO Y EMPRESARIADO



Impacto del capital mercantil británico en Chile (1850-1880) *

Manuel A. Fernández
Colegio Internacional (Trieste)

Para definir el modelo de desarrollo de las inversiones británicas en Chile en el periodo 1850-1914, es útil distinguir entre inversiones directas y carteras de inversiones. El rasgo más específico de la inversión directa —generalmente definida como un flujo de capital dirigido a la compra de bienes físicos, del tipo de instalaciones, maquinaria e inventarios— es el control que tiene el inversionista sobre el proceso de toma de decisiones. Tal es precisamente la característica de las inversiones británicas en Chile antes de 1881. Ciertamente, las empresas mercantiles —que eran el tipo predominante de actividades comerciales británicas en el Chile de entonces— eran absolutamente independientes en su manejo diario.

Las carteras de inversiones, por otra parte, abarcan el flujo financiero de capital dedicado a la compra de valores como acciones y letras de cambio, en la expectativa de obtener ganancias ya sea en la forma de dividendos o de intereses. El carácter especulativo de las carteras de inversiones se ve reforzado por la perspectiva agregada de un aumento en el precio de las acciones o letras a través de su transacción en la bolsa de valores. En las inversiones británicas pos 1881 en Chile, repetían las fluctuaciones que tenían en la Bolsa de

Londres las sociedades anónimas con base en Chile. El predominio de inversiones en este tipo de empresas, las de responsabilidad compartida, no excluye el elemento de control; simplemente introduce ese tan típico y demasiado frecuente patrón de divorcio entre la administración y los accionistas. Es un tema ya discutido en otro lugar (Fernández 1978 y 1981).

CAPITAL MERCANTIL

El factor más importante tras la expansión del capital mercantil en Chile es el notable aumento del comercio entre Gran Bretaña y Chile durante el periodo 1850-81 (véase Cuadro 1). Los comerciantes británicos jugaron un importante papel al respecto, referido no al volumen del capital invertido sino a su forma de inserción en la economía chilena, al menos en el sector comercial de ella. La cantidad de capital transferido a Chile por los comerciantes británicos más importantes fue en realidad muy pequeña. La casa comercial de Antony Gibbs & Sons, de Valparaíso, de lejos la mayor de las empresas mercantiles extranjeras en el país, tenía un capital de aproximadamente £183.000 en 1852; el capital de Huth & Company llegaba a 339.000 pesos chilenos en 1854 (alrededor

* En inglés en el original. Traducido por Paulina Matta.

de £63.000); Duncan Fox & Co. mantuvo un capital permanente de £40.000 durante la década de 1850, y el capital inicial de Balfour Williamson era en 1850 la modesta suma de £8.000 (Fernández 1983: 353). Incluso ya en la década de los 1870, el estudio de Mulhall sobre las veinte casas comerciales más importantes de Chile muestra un promedio de £15.000 de capital por cada firma comercial (Mulhall 1878: 532). Tales insignificantes inversiones eran desproporcionadas con las extraordinarias ganancias que los comerciantes repatriaron a las islas británicas en años posteriores (Fernández 1983: 353).

Los comerciantes británicos en Chile fueron tanto el origen del proceso que llevó las importaciones y exportaciones chilenas al mercado mundial, como el producto de ese mismo proceso. Le dieron origen, porque las casas comerciales británicas eran portadoras del "know how" del comercio mundial, estaban familiarizados con los mercados de su patria, tenían acceso a fuentes de crédito y desarrollaron la habilidad de expandir tanto los suministros como la demanda para sus empresas

en el mercado local chileno. Así, sirvieron al proceso de inserción de Chile en el mercado mundial, ampliamente dominado por Gran Bretaña en ese entonces.

Por otra parte, fueron también su producto, porque se vieron forzados por los hechos a sobrepasar los límites de su limitado *metier* de agente de negocios. La imagen del comerciante como un empresario es resultado de la dinámica y formidable expansión del comercio mundial durante el auge de la época victoriana, que produjo un suministro excesivo de manufacturas en Gran Bretaña, y la consecuente demanda de materias primas. El impacto de este auge en la economía chilena es el tema específico de este análisis.

Este proceso se desarrolló en dos etapas. La primera antes de 1850 y la segunda después de ese año. Durante el período inicial, los comerciantes británicos que vinieron a Chile durante y después de la independencia de España encaminaron sus esfuerzos a la venta de productos ingleses en un mercado que había quedado parcialmente vacío tras la expulsión de los españoles. El Cuadro 1

CUADRO 1.
COMERCIO BRITÁNICO CON CHILE, 1817-1914 *
(PROMEDIOS ANUALES EN MILES DE LIBRAS ESTERLINAS)

AÑOS	IMPORTACIONES BRITÁNICAS DESDE CHILE	IMPORTACIONES BRITÁNICAS A CHILE	AÑOS	IMPORTACIONES BRITÁNICAS DESDE CHILE	IMPORTACIONES BRITÁNICAS A CHILE
1817/19	s.d.	26	1865/69	3.832	1.987
1824/24	s.d.	411	1870/74	4.537	2.750
1824/29	s.d.	539	1875/79	3.409	1.559
1830/34	56	723	1880/84	2.930	2.318
1835/39	128	722	1885/89	2.667	2.027
1840/44	206	908	1890/94	3.713	2.693
1845/49	597	s.d.	1895/99	3.618	2.194
1850/54	1.097	1.260	1900/04	4.611	3.123
1855/59	1.885	1.368	1905/09	4.846	5.216
1860/64	2.663	1.427	1910/14	4.164	5.510

* Valores oficiales antes de 1854. Valores declarados después de 1854. No incluye oro o plata en barras o en monedas.

Fuentes: Gran Bretaña, PP, *Imports and exports from Cuba, Chile, Peru, and Colombia, 1824-1846, 1847, LX* (pp. 119-125); PP, *Accounts and papers 1817-1823* (Citado por H. Ramírez, *Historia del Imperialismo en Chile*, Santiago 1970: 38); PP *Statistical Abstract for the United Kingdom*, varios años. Chile, *Estadística Comercial*, 1875 (Santiago, 1876).

refleja lo limitado de sus logros, dado el desequilibrio de un intercambio en que el valor de las exportaciones a Chile más que duplicaba el valor del comercio en la dirección opuesta. Con toda probabilidad esto incentivó a los comerciantes británicos a buscar cargamentos de vuelta que compensaran el abrumador predominio de las exportaciones británicas. Es lo que sucedió después de 1850, cuando se revirtió la tendencia anterior y el equilibrio bilateral del comercio se inclinó a favor de Chile, permaneciendo así hasta los primeros años del siglo veinte.¹

Existen claros signos históricos de la participación británica en la apertura de los productos chilenos a los mercados externos, y diversos autores han analizado ese tema.² Hay, sin embargo, aspectos que requieren mayor consideración, uno de los cuales se refiere al proceso por el cual las empresas británicas se filtraron desde los puertos al interior, i.e. el proceso que llevó a los comerciantes a ampliar su rango de acción más allá del ambiente puramente comercial, hacia las zonas donde solía darse la actividad productiva. En el caso de las actividades mineras—sector clave en las exportaciones chilenas a lo largo del siglo diecinueve—, ya desde la década de 1820 los comerciantes habían comenzado a penetrar el Norte Chico (Volk 1983: 144). La necesidad de satisfacer la demanda externa por metales y minerales que la minería local tradicional no podía producir con niveles razonables de eficiencia, llevó a los comerciantes a ofrecer capital financiero a los mineros, para estimular la producción. Los comerciantes se transformaron entonces, en primera instancia, en

banqueros prestamistas, a través del sistema de "habilitación", i.e. la extensión de crédito a los propietarios de minas, de fundiciones, e incluso a los terratenientes vecinos a los centros mineros (Volk 1983: *passim*).

El flujo de préstamos parece haberse dado en tres etapas: los grandes comerciantes adelantaban dinero a sus principales proveedores de consignaciones para la exportación; estos proveedores principales prestaban entonces a los productores individuales de los yacimientos mineros, y se aseguraba el sistema de devolución de los préstamos ya sea por hipotecas o comprometiendo la siguiente producción minera en una transacción similar a las actuales ventas a futuro. Tal es el mecanismo que muestran los registros de la Casa de Gibbs, la mayor casa comercial de Chile, donde los nombres de los proveedores principales de artículos para la exportación coincide con los nombres de los principales "habilitadores" (Fernández 1983: 368-369; y Volk 1983: 171). Se encuentran también numerosos casos en que los comerciantes mismos se establecían en las áreas mineras y actuaban directamente como "habilitadores" o agentes de ventas a futuro.

El sistema de "habilitación" significó una pérdida sustancial de ingresos para la minería chilena, tanto por las usureras tasas de interés como por los bajos precios fijados a las ventas a futuro. No obstante, permanece el hecho de que la producción minera para la exportación sí aumentó sustancialmente durante el período de mediados del siglo diecinueve, especialmente en cobre y plata, artículos en los que los comerciantes estaban más directamente interesados. (Véase Cuadro 2). Aunque la mayor parte de los aumentos en la producción se basaban en el uso intensivo de la fuerza de trabajo, hay algunas indicaciones de transferencias de tecnología desde Europa y Estados Unidos. Se mejoraron las técnicas de fundición, y desde 1834, cuando Charles Lambert introdujo su horno de fundición, que permitía obtener cobre a partir de minerales que antes se rechazaban, los fundidores chilenos y británicos adoptaron similares adelantos (Ruiz 1946: 290-96). Bauer (1975: 66) menciona mejoras comparables en el sector agrícola, y Ortega (1981) extiende esta bonanza hasta un temprano desarrollo industrial

1. Se debe señalar, sin embargo, que la balanza favorable en el comercio bilateral de Chile después de 1881 se debió en gran parte a las exportaciones de salitre, lo que muestra la pérdida de dinamismo tanto de la economía chilena como del espíritu empresarial británico a fines del siglo diecinueve.
2. Véase en especial M. A. Fernández, *The Development of the Chilean Economy and its British Connections, 1895-1914*, PhD Thesis, Glasgow University, 1978; J. L. Rector, *Merchants, Trade and Commercial Policy in Chile, 1810-1840*, PhD diss., Indiana University, 1976; J. Mayo, *British Merchants and Chilean Development, 1851-1886* (Boulder, 1987) y S. S. Volk, *Merchants, Miners, Moneylenders: The 'Habilitación' System in the Norte Chico, Chile: 1780-1850*, PhD diss., Columbia University, 1983.

durante el período 1860-79. Esta expansión de la economía chilena hasta comienzos de la década de 1870 se dio junto a un funcionamiento relativamente normal de las instituciones políticas, con disturbios menores en 1851 y 1859, en absoluto comparables a los grandes conflictos europeos de Crimea y franco-prusianos, a la agitación social de 1831 y 1848 en la mayoría de los países de Europa o a los trastornos concomitantes a los variados procesos de unificación nacional.

El crecimiento combinado de exportaciones diversificadas—harina, trigo, cobre, plata—creó un importante superávit económico que podría haber alimentado un proceso de formación de capital, ya sea por comerciantes extranjeros o empresarios chilenos, o por el Estado. Ninguno de esos tres sectores, sin embargo, respondió a ese desafío: los comerciantes extranjeros, porque sus intereses obviamente los llevaban a repatriar el máximo posible de ganancias; tampoco los empresarios chilenos, ya que eran un sector social intrínsecamente débil, y más interesados en gastar toda nueva ganancia extra en propiedades o en importaciones suntuarias. En cuanto al gobierno, falto de voluntad fiscal para implementar políticas bismarckianas, se veía obligado por su principal

base electoral—terratenientes, mineros y comerciantes— a mantener bajos derechos de aduana e insignificantes impuestos. Horace Rumbold, representante británico en Chile a comienzos de la década de 1870, captó bien el espíritu de la época. Los chilenos, dijo, "se inclinaban (con el gobierno y las clases altas a la cabeza) más a decorar y hermosear sus casas [en el] ambicioso incremento del lujo de las ciudades." Más tarde, comentando sobre el hecho de que más de un sexto del total de las importaciones chilenas estaba compuesto de "superfluidades", agregó: "las cada vez más caras costumbres de las clases pudientes sin duda han... contribuido a la severa crisis que ahora aflige a la sociedad chilena." (Rumbold 1876: 365, 376).

El despilfarro de dinero propio de los sectores más ricos en Chile durante el siglo diecinueve es un hecho ampliamente reconocido por los historiadores chilenos. En cambio, la mayor parte de las ganancias de los comerciantes extranjeros eran enviadas a su patria y utilizadas de distintas formas. Existe una cuantificación preliminar de tales retornos (Fernández 1983: *passim*). Una mirada más detallada a un caso podría dar una imagen de la extensión de las ganancias posibles durante las primeras fases de la expansión del capital comercial en Chile. El caso se refiere a las vicisitudes que signaron la vida comercial de uno de los empleados de Gibbs que llegó a ser socio de la firma y que se retiró a una edad temprana. Su análisis permite vislumbrar cuáles eran los modos de reclutamiento y promoción, y las posibilidades de lucro en el negocio.

El personaje en referencia es Frederick Andrew Eck. De origen suizo, fue reclutado por la Casa Gibbs en 1823, probablemente por su facilidad para los idiomas, y enviado a la sucursal de Lima. En ese entonces tenía apenas diecisiete años. Su salario inicial puede haber sido de aproximadamente £100 anuales, considerando el hecho de que "el salario más alto pagado a un empleado en la casa durante 1823 era £200." (Gibbs 1922: 202, 408). Hacia 1830 estaba en Valparaíso trabajando bajo las órdenes de Hayne, uno de los socios principales de Gibbs. Obviamente encontró ahí maneras de trabajar—además de su cargo en Gibbs—por cuenta propia como prestamista privado, probablemente

CUADRO 2.
EXPORTACIONES CHILENAS DE COBRE Y PLATA,
1844-1975.
(Promedios anuales en miles de libras esterlinas)

AÑOS	COBRE		
	BARRAS & LINGOTES	MINERALES	PLATA
1844-48	432	50	320
1849-53	504	54	599
1854-58	1,072	330	316
1859-63	1,655	506	295
1864-68	2,374	172	358
1869-73	2,151	117	462
1874-75	2,212	67	547

Fuente: Chile, Dirección General de Estadística, *Sinopsis Estadística de Chile, 1875* (Santiago, 1976), pp. 567-575.

un "habilitador". Antes de partir a Sudamérica en 1823, había arreglado transferir anualmente £40 de su salario a su hermano mayor Francis, probablemente con el propósito de especular en acciones, porque Francis estaba conectado a la Bolsa de Valores de Londres. Fue también en 1830 cuando súbita y urgentemente Frederick Eck le rogó a la Casa Matriz que discontinuara los pagos de su salario a su hermano, porque tenía la intención de "mantener su dinero en Chile, donde obtenía 25 por ciento de interés anual por él con el consentimiento de la casa."³ En algún momento de la década de 1840, Eck fue promovido a administrador y socio en la sucursal de Valparaíso. Recibiría 6 por ciento de interés anual por su parte del capital invertido en la sucursal, más 10 por ciento de las ganancias de la sucursal, todo ello además de su salario anual. En 1848, el Libro Mayor y Diario de la firma muestra que la participación de Eck en el total del capital de la rama de Valparaíso era de alrededor de 5 por ciento, y esa cifra, que en ese entonces alcanzaba a 73.798 pesos chilenos (aproximadamente £14.450), le significó ese año una ganancia por intereses de 4.427 pesos (£867) que, sumados a su 10 por ciento de participación sobre las ganancias (9.990 pesos o £1.940), hacían una fabulosa ganancia personal de £2.807 añadidas a su salario normal y a su desconocido 25 por ciento de ganancia obtenido de sus operaciones de crédito privadas en Chile.⁴ La renta total de Eck no puede establecerse con seguridad, pero todo indica que se trataba realmente de una muy buena suma. Hacia 1852 su interés acumulado y participación en las ganancias de la sucursal llegaba a 306.751 pesos chilenos, i.e. más de £60.000 que, sumadas a la principal y a sus ganancias paralelas en préstamos a operaciones mineras, tiene que haber constituido una cantidad muy sustancial. Suficiente para retirarse a los cuarenta y seis años, como de hecho lo hizo. Ese año hizo sus maletas y abandonó Chile, dejó Gibbs y se construyó una mansión en Escocia, en su gran propiedad de

Hollibush, cerca de Dalrymple; se casó muy bien con una dama de Glasgow y pasó veinte años "en las riberas del Doon", antes de trasladarse a Londres; allí compró una gran casa en el número 100 de Cromwell Road, donde murió 1884.⁵ Vagamente se puede calcular la magnitud de la fortuna de Eck utilizando sus propias palabras: "Apenas había aparecido el extranjero y examinado su nueva posesión, cuando la suerte puso ante él riquezas que sobrepasaban todo lo que pudiera haber conocido o soñado antes. . . ¡Tales son los ocultos caminos de la Providencia y por tales medios ella cumple Sus Grandes Designios!"⁶

Conclusión

El capital mercantil fue un factor extremadamente positivo para insertar plenamente la economía chilena en el flujo del comercio internacional. Los comerciantes trajeron recursos financieros a un ambiente hambriento de capital, lo que constituyó otro aporte a la expansión de la minería en particular. Sin embargo, tal impacto positivo se vio frustrado por el hecho de que no se hizo ningún intento serio de reinvertir las sustanciales ganancias logradas. La idea de que las utilidades del comercio eran repatriadas en su totalidad a Gran Bretaña (como lo indica el caso Eck) aparece como una hipótesis razonable que todavía requiere mayor exploración y que necesita ser cuantificada.

3. H. Hucks Gibbs a Charles Crawley, 27 de septiembre de 1830. Manuscritos Gibbs, archivo 11.021/23.

4. Manuscritos Gibbs, Sucursal de Valparaíso, Libro Mayor y Diario, 1847-66. Archivo 11.467.

5. Los propios escritos de Eck muestran hasta qué punto estaba implicado en empresas mineras en Chile. Su descripción de las minas del Norte Chico revela un exhaustivo conocimiento de mineralogía, al igual que su exquisitamente catalogada colección de minerales, más de tres mil piezas de piedras preciosas obtenidas en las minas más famosas de Chile, Perú y Bolivia. Su viuda donó esta colección a la Universidad de Glasgow el año en que Eck murió. Este legado incluía también una colección muy especializada de libros de mineralogía, la mayoría en francés.

6. Catálogo de la Colección Eck, sin fecha, Manuscrito Eck, p. 34.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bauer, A. J.
1975 *Chilean rural society from the Spanish conquest to 1930*. Cambridge.
- Fernández, M. A.
1978 "The development of the Chilean economy and its British connections, 1895-1914". Unpublished PhD thesis, University of Glasgow.
1981 "El enclave salitrero y la economía chilena, 1880-1914". *Nueva Historia* (Londres) I, N° 3.
1983 "Merchants and bankers: British direct and portfolio investment in Chile during the nineteenth century". *Ibero-Amerikanisches Archiv* N° 3/4.
- Gibbs, J. A.
1922 *The history of Antony and Dorothea Gibbs, and of their contemporary relatives. Including the history of the origin and early years of the house of Antony Gibbs and sons*. London.
- Mulhall, M. G.
1878 *The English in South America*. London.
- Ortega, L.
1981 "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879". *Nueva Historia* (Londres) I, N° 2.
- Rumbold, H.
1876 "General condition of Chile in 1874", Great Britain Parliamentary papers, Commercial report [C. 1551].
- Ruiz, B., J.
1946 "La minería en la vida de Chile". En: H. Fuenzalida et al., *Chile*. Buenos Aires.
- Volk, S. S.
1983 "Merchants, miners, moneylenders: the 'habilitation' system in the Norte Chico, Chile: 1870-1850". Unpublished PhD Diss., Columbia University.

Orígenes del empresariado moderno en la región de Concepción (1820-1860) *

Leonardo Mazzei de Grazia
Universidad de Concepción

La región de Concepción se incorporó con un retraso de aproximadamente veinte años al proceso de expansión económica que vivió el país durante el siglo pasado. En las otras áreas económicas claramente distinguibles —la que tuvo por centro mercantil a Valparaíso y la zona minera del Norte Chico—, el despunte fue mucho más temprano. En Valparaíso, a comienzos de la década de 1820 había ya numerosos comerciantes extranjeros y casas consignatarias, cuya presencia fue determinante para hacer de este puerto el *entrepôt* del Pacífico.¹ En el Norte Chico los hallazgos mineros promovieron una intensa actividad; expresión de ello fue el descubrimiento del mineral de plata de Arqueros por 1825, al que años más tarde siguió Chañarillo, aunque en definitiva la minería del cobre iba a tener más importancia que la argentífera.

* Esta ponencia forma parte del proyecto de investigación 916420-1 de la Dirección de Investigación de la Universidad de Concepción.

1. Véase Eduardo Caviere Figueroa, *Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880: Un ciclo de historia económica* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1988), pp. 111-112 y Jacqueline Garreaud, "La formación de un mercado de tránsito. Valparaíso, 1817-1848", en *Nueva Historia* (Londres), vol. 3, N° 11 (1984), pp. 160-162.

El caso de Concepción fue diferente. Las luchas de la Independencia tuvieron lugar principalmente en esta área, prolongándose por más tiempo que en el centro del país. Ello, unido al bandolerismo, produjeron una desarticulación de la estructura económica basada en la tierra.

Una de las vías de esta desarticulación fue el abandono de propiedades agrarias de realistas (en la zona la causa del rey concitó mayor adhesión que la independentista) y el secuestro de ellas por parte del fisco. La venta o el arriendo de bienes secuestrados permitió a muchos el acceso a la tierra. Algunos, sí, no pudieron cumplir con las obligaciones contraídas. Ilustrativo es al respecto el caso de José Manuel Garretón, a quien el fisco entabló juicio en 1828 por arriendos impagos de la hacienda Curaco, correspondientes a los años 1820 y 1821. Garretón alegó en su favor que no pudo hacer efectiva la posesión del predio, porque las montañas de Rafael donde se situaba se llenaron de "partidas de bandidos que a nombre del Rey cometían toda clase de depredaciones; cada día tomaban más incremento las fuerzas de estos facinerosos, obligando al gobierno a librar orden para expulsar a todos los pobladores de la montaña, quemándoles las casas y a cuyas sombras se

arribaban aquellos. Nadie podía transitar este camino sin peligro evidente de la vida. Esta es una verdad tan notoria a toda esta ciudad y provincia que no necesita esforzarse".² El alegato del afectado es muestra elocuente de la acción del bandillaje. El proceso se arrastró por largos años y finalmente Garretón murió en completa miseria. Otro caso de insolvencia fue el de Diego Mora, quien había rematado el arriendo de la hacienda de Coyanco.³

Pero no todo era penurias. Como lo ha demostrado Gabriel Salazar,⁴ ya en el siglo dieciocho muchos campesinos habían iniciado pequeñas empresas. Si bien este proceso se dio con sus variantes regionales en todo el país, el quiebre de la estructura productiva a partir de las guerras de la Independencia determinó que fuera en el área rural comprendida entre Chillán, Concepción y Los Angeles, donde la formación de asentamientos campesinos en ejidos de ciudad tuviera mayor efectividad.⁵

Por otra parte, la inestabilidad de la propiedad territorial se manifestó en continuas ventas de tierras, algunas muy engorrosas. Ejemplo de ello fue lo ocurrido con la hacienda del Tablón, antigua propiedad jesuita, de 3.600 cuadas, ubicada en el departamento de Coelemu. En el proceso de liquidación de las temporalidades había pasado a poder de Miguel Monreal y de su esposa Francisca Riobó, quienes a raíz de la Independencia emigraron al Perú, quedando la hacienda entre los bienes secuestrados. En 1826 fue rematada por Domingo Binimelis en \$4.342 y fracción, traspasándola en el mismo año y por igual valor a José María Peña, quien, según consta en expediente judicial, hizo la compra para Andrés Haigh, comerciante inglés de Valparaíso que se trasladó a Calcuta.⁶ Posteriormente la propiedad fue adquirida por la casa de Sewell y Patrickson de Valparaíso. Estos a su vez vendieron el fundo a "Mariana Délano, mujer de

Olof Lilgevalch, y como se suscitara pleito sobre su propiedad fue devuelto a la casa del expresado Sewell por quien se sostuvo el pleito".⁷ Finalmente fue vendido a Domingo Ocampo; éste hizo la compra para José Ignacio Palma, quien llegó a ser uno de los principales propietarios terratenientes y empresario molinero de la región. Entre tanto cambio de dueño, el fisco no sabía quien era el legítimo propietario, resultando perjudicado porque las alcabalas correspondientes a algunas ventas quedaron sin cancelarse.

A los desajustes provocados por la prolongación de las acciones bélicas y del bandolerismo, se sumaron los efectos de fenómenos naturales. Inviernos particularmente crudos y, por el contrario, otros años de sequía, se hicieron sentir sobre la actividad productiva. Los embates de la naturaleza culminaron con el terremoto de 1835, que tuvo consecuencias devastadoras en las ciudades, al punto de llamársele "la ruina", queriendo significar con tal denominación un hito destructivo en la historia de la región. Asimismo causó estragos en los campos, lo que afectó la estructura productiva. Así lo expresaba el arrendatario de una hacienda, que hacía notar que sus construcciones se habían "arruinado totalmente, sepultando bajo sus escombros los útiles y herramientas de labranza y las vasijas y aperos necesarios para las cosechas de licores, que hacen su única producción".⁸

La desestructuración y las calamidades no impidieron que en la cúspide de la economía regional se mantuviera, si bien no exento de dificultades, un sector empresarial proveniente de la élite terrateniente-mercantil de los últimos años del coloniaje. Los más importantes de esta élite habían cimentado su posición de grandes terratenientes a través del remate de las temporalidades pertenecientes a los jesuitas. Los herederos de Francisco Javier Manzano conservaron la hacienda Magdalena, aunque —como ocurrió en otros casos— no la explotaron directamente, sino la cedieron en arriendo.⁹ La sucesión de José Urrutia Mendiburu, quien conformó una de las mayores fortunas de todo el

2. Archivo Nacional, Judicial de Concepción (en adelante AJC), vol. 89, pza. 7.

3. *Ibidem*, vol. 85, pza. 3.

4. Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago: Ediciones SUR, 1985), pp. 47-74.

5. *Ibidem*, p. 65.

6. AJC, vol. 20, pza. 3.

7. *Ibidem*, vol. 86, pza. 5.

8. *Ibidem*, vol. 88, pza. 4.

9. *Ibidem*, vol. 7, pza. 8.

país al finalizar la época colonial, mantuvo la propiedad de la hacienda San Javier, que comprendía una extraordinaria extensión de 6.000 cuadas.¹⁰ Por su parte, los legatarios de Alejandro Urrejola recuperaron la posesión de la hacienda Cucha Cucha, que había caído entre los bienes secuestrados en los años de la emancipación.¹¹

Las dificultades a que aludimos de paso, aparte de la circunstancia del secuestro, incluyeron litigios entre los herederos y deudas que se prolongaron por muchos años; tal fue el caso de la que pesaba sobre la misma testamentaria de Alejandro Urrejola, por cantidad de \$800 y sus réditos, con gravamen sobre la hacienda ya nombrada y en favor del convento de monjas Trinitarias, activas financieramente en la región.¹²

A este grupo de mayor antigüedad se agregaron propietarios terratenientes más recientes. Muchos de ellos provenían de la oficialidad castrense, lo que no era extraño, dado el carácter de "capital militar" que tuvo Concepción. Entre esos militares terratenientes se puede citar al coronel Francisco Bulnes, intendente de la provincia y hermano de quien fuera Presidente de la República, Manuel Bulnes. El coronel fue dueño de diversos predios, según consta en el inventario de sus bienes formado a su fallecimiento, incluidos en ellos las haciendas del Manzano, Santa Fe, Taicacura, Pachagua y el fundo Juan Chico.¹³ En 1822, Ramón Freire obtuvo en donación la hacienda Cucha Cucha, entonces bajo secuestro, de cuya propiedad gozó por casi diez años, antes de tener que devolverla en virtud de sentencia judicial a sus anteriores propietarios, los herederos de Alejandro Urrejola, como ya vimos.¹⁴ Hubo otros que no prevenían al Ejército. Es el caso de Pablo Cayetano Masenlli, propietario de la hacienda Lincura y adquirente de la de Quinel, de 2.200 cuadas, en perjuicio de la viuda de un cacique indígena, que reclamaba derechos sobre esa propiedad.¹⁵ O el de José Ignacio Palma, a quien ya

antes hemos hecho referencia en relación a la compra de la hacienda de Tablón; también compró la hacienda del Manzano al coronel Bulnes y la de Piñihue, ubicada en Rere; poseyó además la de Poca Vista en Florida; terrenos de la hacienda San José de Trilalén; el fundo Taiguén en Quirihue y el de San Jerónimo de Chome, que si bien figuraba como pertenencia de su madre, era usado por él tal si fuese propio, presentándolo en garantía para operaciones financieras.¹⁶

Un nuevo cauce de conformación empresarial se fue abriendo con la radicación de extranjeros, la modernización "nórdica", como diría Salazar.¹⁷ Desde la época de la Independencia se habían empezado a instalar en el eje Talcahuano-Concepción algunos extranjeros, principalmente británicos y angloamericanos, si bien en número reducido, sobre todo en comparación con Valparaíso. Por las razones antes descritas la zona no resultaba atractiva, además que para servir a los propósitos del expansionismo inglés bastaba un solo puerto; de ahí que los súbditos de S.M.B. privilegiaran como área de radicación el puerto del centro del país.

Las mismas circunstancias de las luchas independentistas determinaron la radicación de algunos británicos y estadounidenses. Fue el caso de un número de marinos que se incorporaron a prestar servicio junto con Lord Cochrane; entre ellos estuvo el galés Tomás Kingston Sanders, que desde Inglaterra pasó a Estados Unidos, embarcándose en Nueva York con destino a Chile en un grupo en el que también estaba Pablo Délano, norteamericano, padre de Pablo Hincley Délano y de Guillermo Gibson Délano, que posteriormente serían dos de los más activos empresarios en la región.¹⁸ A ellos se agregan varios más que vinie-

10. *Ibidem*, vol. 49, pza. 4 y vol. 52, pza. 1.

11. *Ibidem*, vol. 89, pza. 4 y vol. 90, pza. 11.

12. *Ibidem*, vol. 89, pza. 1.

13. *Ibidem*, vol. 48, pza. 1.

14. *Ibidem*, vol. 90, pza. 11.

15. Archivo Nacional, notarios de Concepción (en adelante ANC), vol. 29, fs. 192-195v y AJC, vol. 20, pza. 7.

16. ANC, vol. 26, fs. 230v-232; vol. 29, fs. 192-195v y vol. 40, fs. 139-145 y AJC, vol. 47, pza. 11.

17. Salazar, Gabriel, "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular", en Luis Ortega, ed., *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy* (Santiago: Universidad de Santiago, 1993), p. 180.

18. Unos apuntes biográficos sobre el capitán Tomás Kingston Sanders, que contiene informaciones principalmente sobre su participación militar, incluyendo referencias acerca de sus actividades económicas, se encuentran en Archivo Nacional, Archivo Vicuña Mackenna, vol. 21, pza. 13.

ron a tomar parte en el movimiento independentista. Andrews, Bunster, Hodges y Greene son apellidos correspondientes a estos hombres.

De estos militares incorporados a las luchas de la Independencia; de marinos en tránsito, principalmente de barcos balleneros; y de algunos comerciantes que empezaron a actuar tempranamente, surgió un núcleo de británicos y angloamericanos establecidos en la zona. Ellos participaron activamente en la conformación del primer empresariado moderno que actuó en la economía regional, impulsando la molinería.

Cabe consignar que las primeras compañías molineras de importancia no fueron formadas por empresarios pertenecientes a este grupo inicial, sino por británicos y también de otras nacionalidades llegados desde Valparaíso; ellos advirtieron las posibilidades a futuro de una gestión empresarial que aprovechara las potencialidades naturales de la región. Fue así como por 1835, Tomás Walford y Tomás Taston Smith establecieron una sociedad para explotar un molino en Lirquén; socio de esta compañía fue además Fineas Lovejoy, residente en La Serena, quien aportaba capital; ello demuestra que la inicial molinería aparecía como una opción interesante para inversionistas extranjeros radicados en otras regiones del país.¹⁹ Por ese tiempo otro inglés, Enrique Burdon, estableció molino en Puchacay, en sociedad con Olof Lilgevalch, de nacionalidad sueca.²⁰ Lilgevalch tuvo destacada participación en los comienzos de la actividad molinera; fue el primero en instalar en la zona molinos a vapor, que fueron también los primeros del país.²¹

La antigua caleta de Tomé se transformó en el puerto central de la molinería y de las exportaciones de harina. La apertura del mercado de California fue el acicate decisivo para que la actividad molinera cobrara ímpetu. En ese puerto instalaron molinos algunos de los extranjeros tempranamente radicados en la zona. En 1843 se asociaron Guillermo Gibson Délano y Tomás Kingston

Sanders para formar el molino Caracol. Esta compañía fue disuelta en 1849, quedando Sanders con la propiedad de ese molino, en tanto que Délano formaba otra sociedad, la del molino Bellavista, asociándose con el inglés Tomás Reese, bajo la razón social de Guillermo Gibson Délano y Cía.; la nueva sociedad reunió un capital equivalente a unos \$36.000, correspondiendo a Délano más de un 80 por ciento. Pocos años más tarde ingresó a Bellavista otro inglés, Antonio Plummer, estimándose esta vez el capital en unos \$60.000, incluido un muelle.²² Es decir, un crecimiento del capital cercano al 70 por ciento. Ello muestra el crecimiento de los activos, a parejas con el aumento de la demanda californiana.

Pero no sólo los británicos de antigua y nueva radicación se habían interesado en el negocio molinero. A la zaga de sus exitosas gestiones empresariales, hombres ligados al grupo terrateniente local se integraron a esta actividad. De este modo, José Francisco Urrejola, junto con Ramón Cruz y Moisés W. Hawes, este último norteamericano experto en el manejo técnico de molinos, formaron la Compañía Molinera California de Tomé, cuyo capital, no especificado en la escritura notarial, debía ser puesto por partes iguales.²³ Para obtener fondos destinados a solventar los gastos de las empresas, fue usual recurrir a financistas externos. Ya aludimos a la participación de uno de ellos (Fineas Lovejoy) en los inicios de la formación de compañías molineras en la región. En el caso del establecimiento California, aparece otro financista externo, Samuel Frost Haviland, norteamericano, vinculado al núcleo mercantil de Valparaíso y a las habilitaciones mineras en el norte, quien otorgó un préstamo a su compatriota Hawes por la suma de \$4.000 en onzas de oro sellado, al interés de un 1 por ciento mensual, con hipoteca de la parte correspondiente a Hawes en el molino; otro lo extendió a toda la compañía por \$12.000, quedando hipotecado el molino en su totalidad.²⁴ Al separarse de esta sociedad Hawes, por desavenencias que

19. ANC, vol. 23, fs. 35-40.

20. Ibidem, vol. 22, fs. 150 y vol. 44, fs. 31-32v.

21. Claudio Gay, *Agricultura chilena*, tomo 2 (Santiago: Icirra, 1973), p. 53.

22. ANC, vol. 40, fs. 282v-285; vol. 46, fs. 183v-186 y vol. 49, fs. 64-65.

23. Ibidem, vol. 38, fs. 201v-203.

24. Ibidem, vol. 40, fs. 329v-330v y vol. 43, fs. 3 y v.

originaron un bullado juicio, ingresó a ella José Ignacio Palma, que además había comprado a Enrique Burdon el molino de Puchacay, por un valor de \$60.000, pagaderos en el plazo de cinco años, con hipoteca del propio molino y del fundo Taiguén.²⁵

La bonanza molinera atrajo asimismo a la zona a empresarios criollos de otras regiones. Fue el caso de Matías Cousiño, quien formó la Compañía Molinera de Tomé.

En la primera mitad de la década de 1850, que fueron los años de auge con la demanda californiana, las empresas molineras más importantes en la región eran las siguientes: Bellavista, de Guillermo Gibson Delano y Antonio Plummer; Caracol, de Tomás Kingston Sanders; California, de José Francisco Urrejola y de la sucesión de José Ignacio Palma (fallecido en 1853); molino de Tomé, de Matías Cousiño; Collén, de Pablo Hinckley Delano, Juan Ferrer y Francisco Smith; molino de Lirquén, de Enrique H. Rogers; Lands, de Roberto Cunningham; molino de Penco, de Pablo Hinckley Delano; molino Bio Bio, de Daniel H. Novoa; Puchacay, de la sucesión de José Ignacio Palma; y el de Colcura, de Juan Alemparte.

El apogeo molinero marcó un período de proyección económica como no lo había vivido la región hasta entonces. La Memoria del intendente de la provincia de Concepción, Rafael Sotomayor, correspondiente al año 1855, rebasaba de optimismo. "El acarreo de los trigos a los molinos, puertos, embarques, etc. —decía en parte de ella— va dejando una huella de actividad y de ganancia que ha producido en pocos años el bienestar de la generalidad". Llegaba a tal grado el entusiasmo del intendente, que en su concepto la cruda pobreza ya no existía: "La miseria de los campos ha desaparecido y no faltan centenares de esos pequeños propietarios que antes gemían en el desamparo, que cuentan en el día con un capital sobrante, resultado de este bienestar de la agricultura. No sólo se extendió el progreso material a estos industriales y productores; el fleteiro, el gañán, los cargadores y jornaleros, todos en fin, reciben mejores jornales y

tienen abundancia de trabajo".²⁶

En el funcionamiento interno de esta economía volcada al negocio molinero, el instrumento más característico fue el vale de trigo. Estos vales eran documentos que certificaban el depósito de las fanegas de trigo entregadas por los cosecheros que se hacía en las bodegas de los molinos, especificándose la calidad del trigo depositado. "La costumbre ha hecho de esos documentos, vales al portador, pues saca la especie o su precio el que la presenta, sin necesidad de endoso", afirmaba el intendente Sotomayor, agregando que "muchos abusos se han cometido, aprovechando esa costumbre general, pero no han sido tanto, que hayan desvirtuado su valor".²⁷

Para preservar el sistema, desde el principio se castigaron severamente las defraudaciones. En el año 1839, Francisco Merino sufrió la rigurosidad de la ley por la falsificación de dos vales, de 400 y 300 fanegas respectivamente, condenándosele a destierro perpetuo a la isla de Juan Fernández, pena que en definitiva fue conmutada por diez años de extrañamiento en Chiloe, atendiendo a que el presidio de Juan Fernández se encontraba inhabilitado.²⁸ En lo sucesivo no fueron muchas las causas que se entablaron por falsificación o hurto de vales, lo que podría indicar que la drasticidad de las sanciones tuvo efectos amedrentadores, o bien que se agudizó el ingenio para no ser sorprendidos. En todo caso, resulta evidente que se trató de proteger un mecanismo de transacción mercantil que cobraba impulso en la economía regional.

El sistema parecía una modalidad de tipo fiduciario conveniente para los productores, puesto que a través de él se facilitaba y, aún más, se aseguraba la venta de trigo. Además, en la competencia por captar la producción cerealera, los molinos pagaban "premio" por fanega de trigo depositada. Roberto Cunningham avisaba en un periódico local que pagaría dos reales de premio por fanega de trigo de buena calidad depositada en su

25. Ibidem, vol. 40, fs. 139-145 y vol. 44, fs. 20v-22.

26. Memoria publicada en *El Correo del Sur*, Concepción, distintos números del año 1856.

27. Memoria cit.

28. AIC, vol. 62, pza. 1.

molino de Landa.²⁹ Similares beneficios ofrecían todos los molineros.

Sin embargo, en la práctica los productores quedaban sometidos al arbitrio de los molineros. Estos reservaban a su voluntad pagar el trigo, devolverlo o bien dar vales de las bodegas de otros molinos, según como mejor conviniese a sus intereses de momento, sin tener en cuenta las necesidades de los productores. "Los bodegueros-molineros —señala Patricia Cerda— estaban interesados en que los productores no retirasen su trigo fácilmente, ya que era la materia prima para su industria, por lo cual ponían también trabas a los que querían embarcarlo directamente".³⁰

Por otra parte, muchos productores contrajeron deudas con comerciantes o con molineros, que les facilitaban recursos para emplearlos en sus proyectos productivos, corriendo el riesgo de perder sus propiedades, si ellos no rendían los frutos esperados. Dramático fue el caso de Justo Barriga, quien estuvo endeudado por muchos años con José Ignacio Palma, producto de una habilitación que éste le hiciera y de otros compromisos. Al no poder responder tuvo que entregar tres propiedades rurales, que se sumaron al proceso de acumulación en que se empeñó Palma. Ellas fueron 69 cuadradas en la hacienda San José de Trilalén, Chillán, con 17.150 plantas de viña, más ganado de todas clases, aunque en cantidades reducidas; la hacienda Poca Vista en Florida, de 100 cuadradas, con 13.000 plantas de viña y 80 cabezas de ganado lanar y otro pequeño fundo de 47 y media cuadradas, con 20.000 plantas de viña. Se agregaba en el convenio entre el acreedor y el deudor, que éste se constituía en depositario de los bienes entregados para administrarlos mientras fuese la voluntad de Palma.³¹

Fueron frecuentes las compras en verde por parte de los molineros que trataban de asegurar el trigo necesario para conformar los montos expor-

tables. La autora antes citada hace referencia a algunas de estas operaciones, entre ellas el compromiso contraído por Luciano García, en octubre de 1849, de poner en el molino de Puchacay (de la propiedad del mismo José Ignacio Palma) 740 fanegas entre los años 1850 y 1851.³²

Los molineros, por su parte, no comercializaban directamente su producción de harina en el mercado externo, sino lo hacían por la intermediación de las casas comerciales de Valparaíso. En 1850 los principales molineros se unieron con el propósito de suscribir un contrato conjunto con la casa de José Waddington para que esta firma se encargara de la venta de harinas en el exterior. Al año siguiente quedó formalizada una asociación de molineros, en cuyo estatuto se expresaba que lo hacían "a fin de fomentar la prosperidad de nuestra agricultura, asegurando las ventajas y el buen crédito de que gozan en la plaza de California las harinas que producen los molinos de esta provincia y deseosos de evitar la competencia que otras naciones pudieran hacernos, con grave perjuicio de los intereses agrícolas de esta provincia, aprovechándose de las altas y bajas de nuestro mercado para colocar sus producciones en la época de subida y obligándonos a vender cuando la plaza bajare..."; afirmaban los molineros que no perseguían otro objetivo más que regularizar el mercado, en provecho no sólo de ellos, "sino que también asegurará para Chile el importante mercado de California y por consiguiente el bienestar de los intereses agrícolas de este país".³³ Los asociados suscribieron un nuevo convenio para la colocación de las harinas en California, esta vez con Alsop y Cía. Esta firma porteña sería la encargada exclusiva, por lo menos por un año, de la venta de harinas, con la única excepción de las que se hicieran dentro de la misma provincia de Concepción, cobrando una comisión del 5 por ciento del producto total; se estipulaba en el convenio que los molineros que lo desearan podían acogerse a adelantos hasta de las tres cuartas partes del valor de las harinas que les haría la propia firma Alsop, con un interés de un 1 por ciento mensual; "y una vez hechos estos ade-

29. *El Correo del Sur*, 1 de febrero de 1851.

30. "Transformación y modernización en una sociedad tradicional: la provincia de Concepción durante la primera mitad del siglo XIX". Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Santiago, Universidad de Chile, 1986, p. 88.

31. ANC, vol. 29, fs. 195v.

32. Tesis cit., p. 87.

33. ANC, vol. 45, fs. 17v-23.

lentos, el producto de las harinas quedará especialmente hipotecado a favor de los señores Alsop y Cia., hasta que éstos puedan verificar la venta de ellas".³⁴

No obstante los buenos propósitos de los dueños de establecimientos molineros, era muy improbable que pudieran regularizar en su provecho el mercado de las harinas. Por cierto, no podían actuar sobre la demanda y, por otra parte, su conexión con ese mercado no era directa.

En 1853 se formó una nueva sociedad de empresarios molineros, esta vez bajo la razón social de Cousiño y Cia., muestra de la importancia creciente que Matías Cousiño adquiría en la economía regional. Además, la casa Cousiño y Garland de Valparaíso centralizaría en ese puerto las operaciones de exportación a California. Figuraban junto a Cousiño, Guillermo Gibson Délano, Antonio Plummer, Tomás Kingston Sanders, Pablo Hinkley Délano, José Francisco Urrejola, Enrique H. Rogers, Juan Alemparte y la sucesión de José I. Palma, es decir, los más importantes molineros. Sin embargo, esta nueva asociación funcionó sólo por poco más de dos años, disolviéndose en 1855.³⁵

En este mismo año, los hacendados de la región, agobiados por la supeditación en que estaban con respecto a los molineros, en reacción tardía asumieron la iniciativa de formar una asociación de agricultores. Uno de los adherentes a esta iniciativa expuso en un periódico local que "con placer hemos recibido y aceptado la idea de establecer en esta provincia una asociación de agricultores que pueda sacar a nuestra pobre agricultura del estado de postración casi completa a la que la ha reducido el sistema de monopolio adoptado de poco tiempo a esta parte por los dueños de molinos y de bodegas de depósito, cuyo sistema con perjuicio de los hacendados y productores de cereales, pretende enseñorearse y triunfar por sí solo de la laboriosidad, industria y economía de los verdaderos productores de la riqueza del país".³⁶ Se trataba de crear una sociedad anónima cuyo capi-

tal se formaría con la venta de acciones de \$300 cada una. El fondo reunido sería destinado a la construcción de uno o más molinos y también de bodegas, puesto que si bien en el año 53 se habían erigido bodegas públicas, éstas estaban en poder de los propios molineros o de intermediarios. Se pensaba asimismo en la captación de mercados alternativos, especialmente el peruano: "El mercado del Perú es de mucha importancia, y si todos aquellos puntos no se abastecen de esta plaza, es sólo porque no todos pueden comprar al contado, y la falta de capitales disponibles los lleva a Valparaíso aun sufriendo la pérdida de un 12 y medio por ciento en la medida respecto de ésta, pero con la ventaja del plazo".³⁷ En fin, se llamaba a los productores a adoptar una actitud empresarial agresiva que los impulsara en el camino del progreso, con enfáticas alusiones al modelo norteamericano: "imitemos el espíritu yanque (sic) todo lo vence con el convencimiento y el entusiasmo, y sin arredrarse acomete y aborda toda empresa probable"; "... ¡al hecho, al hecho, penquistos! y hagan y operen de modo que Concepción pueda alcanzar a ser en 30 años más el Nueva York de la América del Sur".³⁸ Los adherentes pertenecían a los núcleos familiares terratenientes de la región. Allí estaban, entre otros, Juan de Dios e Ignacio Mendiburu; Manuel, Federico y Antonio Benavente; Ignacio y Ramón Zañartu; Nicolás Tirapegui; Manuel Zerrano; Ramón Rosas; Juan José Arteaga; Víctor Lamas; José María y Domingo Riosco; Francisco Masenlli; Javier y Esteban Manzanos.

Pero el colapso del mercado californiano afectó gravemente tanto a productores como a molineros. En adelante, la actividad molinera más relevantes se va a desplazar hacia el centro del país, en tanto que en la provincia el centro productivo principal se desplazaba al área costera sur, donde se concentró la explotación carbonífera. Hubo también traslados de capitales desde la molinería a la minería del carbón. Representativas de ello son

34. *Ibidem*, vol. 44, fs. 44-45.

35. *Ibidem*, vol. 49, fs. 66v-71v; vol. 53, fs. 275-279v y vol. 55, fs. 434v-442.

36. "Asociación de Agricultores" en *El Correo del Sur*, Concepción, 2 de junio de 1855.

37. "Comunicados. Dirigidos a los sembradores", *Ibidem*, 17 de mayo de 1855.

38. "Dirigido a los sembradores. (Conclusión). Molinos asociados de agricultores", *Ibidem*, 19 de mayo de 1855.

las inversiones de Guillermo G. Délano y Cía., firma propietaria del molino Bellavista –como hemos visto–, que, asociada con F.G. Schwager e Hijo de Valparaíso, dio origen a una de las principales empresas carboníferas, la Compañía Minera de Puchoco.³⁹

Con todo, con la molinería había surgido el primer sector empresarial moderno en la economía de la región. Concurren a esta calificación varias razones. Siguiendo la terminología empleada por Salazar, corresponde a la etapa de la "modernización nórdica" llegada primero a los puertos.⁴⁰ Los extranjeros dieron el impulso transformador a la economía de la región. Fue en esta actividad molinera donde se produjeron las primeras transformaciones técnicas importantes, con el uso de la maquinaria a vapor; por 1855, el intendente Sotomayor refería la existencia de veintuna máquinas a vapor en los molinos de la provincia; catorce de ellas estaban concentradas en el departamento de Coelemu (Tomé), cuatro había en Puchacay, cuatro en Rere, dos en el departamento de Lautaro y una en Concepción.⁴¹ Esta modernización incluyó, por cierto, la vinculación con los circuitos mercantiles externos, la que se verificó en forma trifásica, es decir, por la intermediación mercantil de Valparaíso. Pensamos que fue también proyección moderna del foco molinero el haber transmutado a la región en un centro de atracción, proyección que repercutió sobre todo en el eje urbano Concepción-Talcahuano. A la vera del impulso económico que significó la molinería, se incrementaron el comercio y la industria urbanos. En los datos consignados por el intendente Sotomayor, entre otros establecimientos instalados en la ciudad de Concepción figuraban 29 carpinterías que ocupaban a 160 obreros; 15 albañilerías con 40 operarios; 15 herrerías con 35; 14 sastrerías con 65; 14 zapaterías con 50.⁴² La mayor parte de los establecimientos, tanto industriales como comerciales, pertenecieron a

extranjeros. Así se evidenció en los avisos de la prensa de la época, que publicitaban las ventajas de empresas tales como la tienda alemana de Alfonso Denechen y Cía.; la tienda de Tomás Segundo Smith; la panadería francesa de Gerardo Pellicier; la fábrica de velas y jabones de R. McCoy; la carpintería alemana de Bittles y Langes, etc.

¿Fue el empresariado molinero propiamente regional? Si revisamos la trayectoria de los socios de las principales molineras, advertimos que varios de ellos –los Délano, Sanders, Rogers, Cunningham–, no obstante su condición de extranjeros, llevaban muchos años de radicación en la zona y estaban identificados con la región. Pero hubo otros que llegaron de Valparaíso. Tanto en uno como en otro caso, los molineros tenían estrechas conexiones con el núcleo mercantil de Valparaíso. Algunos estaban relacionados incluso familiarmente, por la vía de los matrimonios, con ese nuevo sector empresarial que ejercía su supremacía en la economía del país, o bien tendieron a contraer nupcias dentro del mismo grupo molinero. Pablo Hincley Délano había desposado a Teresa Edwards y Tomás Taston Smith, socio inicial del molino de Lirquén, a Jacoba Edwards, ambas hijas del cirujano londinense Jorge Edwards, fundador de esa familia en Chile. Antonio Plummer, socio de Guillermo Gibson Délano, casó con Ana Isabel Délano Edwards, hija de Pablo Hickley Délano. Olof Lilgevalch, uno de los primeros que destacó en la molinería, casó con Mariana Délano, hermana de los empresarios de ese apellido.

Es efectivo que a este núcleo molinero lograron incorporarse algunos empresarios propiamente regionales, entre los que destacaron José Ignacio Palma, José Francisco Urrejola y Juan Alemparte. Pero la tónica la dieron los extranjeros vinculados a Valparaíso. El empresariado dominante en la región aparece como un ramal del centro mercantil porteño. A este sector quedó supeditado el empresariado terrateniente local, con muy pocas posibilidades de sacudirse esta dependencia, entre otras razones porque carecían de una conexión directa con el mercado externo.

La inexistencia de un empresariado regional dominante se repitió en la conformación de otros sectores empresariales en la economía de la zona

39. ANC, vol. 61, fs. 51-53v, 143-145, 150-152v y 213-219.

40. "Crisis en la altura ...", p. 180.

41. Memoria cit.

42. *Ibidem*.

(el del carbón y el que se formó al reanimarse la molinería—último cuarto del siglo pasado y primeras décadas del presente—con la captación del trigo de la Araucanía). Consideramos importante el punto, puesto que la ausencia de empresariados dominantes propiamente regionales explica en parte los desequilibrios internos de la economía chilena, carente de auténticos polos de desarrollo económico regional.

Los límites de la modernización en Chile. Siglos XIX y XX

Luis Ortega

Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile

En los últimos cinco años ha pasado a ser casi un lugar común para parte de los chilenos afirmar que a raíz de ciertos importantes logros económicos, el país finalmente ha dado su gran "salto al futuro", ha "dejado de pertenecer a América Latina" y se encuentra en el "umbral del desarrollo"; todo ello como resultado de una supuesta "revolución silenciosa" que habría tenido lugar durante la dictadura de Augusto Pinochet.¹

Aunque la euforia tiende a receder, no está demás recordar que hasta hace unos meses atrás en Chile era muy habitual escuchar afirmaciones como las citadas. Incluso cierta prensa extranjera se hizo eco de ese sentimiento de algunos sectores criollos, llegando a sostener que ahora, dados sus éxitos, Chile debía iniciar la exportación de economistas.²

Naturalmente, aquellos que no han sido beneficiados por el fenómeno en discusión no hacen suyas esas afirmaciones, que no sólo era posible – y esperable – escuchar de servidores del extinto régimen militar; también podían ser algunos funcionarios del gobierno del Presidente Patricio Aylwin quienes las vertían, aunque naturalmente en forma menos eufórica y con más reserva.³

La gran polémica acerca de los tigres y/o gatos parece haber introducido algún grado de sobriedad a un ambiente que bordeaba en la insania. Y en el extranjero también voces caracterizadas por la sobriedad comenzaron a poner las cosas en su lugar. Un destacado analista de la economía internacional parece haber decidido abandonar la ligereza para referirse seriamente al caso chileno; y

1. La expresión "salto al futuro" es el título del libro de Alfonso Márquez de la Plata –ministro en varias carteras durante la dictadura del general Pinochet– publicado en 1992. "Revolución silenciosa" es el título del libro de Joaquín Lavín, *Chile: la revolución silenciosa* (Santiago: Zig-Zag, 1987). Respecto de este libro, véase la obra de Eugenio Tironi, *Los silencios de la revolución* (Santiago: Puerta Abierta, 1988).

2. *The Wall Street Journal*, 25 de enero de 1993.

3. Empleo el concepto de "euforia" siguiendo a John F. Galbraith en *A Short History of Financial Euphoria* (Knoxville, Tenn.: Whittle Direct Books, 1990), *passim*; véase también su novela *A Tenured Professor* (Boston: Houghton Mifflin, 1990), *passim*. Véase las declaraciones de los ministros de Hacienda, Alejandro Foxley, y de Economía, Jorge Marshall, en *El Mercurio*, 22 y 28 de diciembre de 1992 respectivamente para visiones más balanceadas.

para ello la historia ha sido un gran auxiliar. En efecto, hace unas pocas semanas Lester Thurow afirmó, refiriéndose a los nuevos actores económicos internacionales, que "algunos de ellos (Argentina y Chile) alguna vez lo fueron. Algunos de ellos de vez en cuando parecieron muy prometedores (Brasil en los años 1960 y 1970; Chile en los últimos cinco), pero lo que parecía promotor siempre resultó ser un espejismo, y la promesa más temprana o más tarde se desvaneció".⁴

Este es un tema difícil, sobre el cual, en primer lugar, se debe hacer una clarificación conceptual –modernización, modernidad y desarrollo, entre otros–, y luego discutir las políticas aplicadas, los resultados y los costos. No es ésta, ciertamente, una discusión nueva. En el presente siglo se registran al menos tres períodos –las décadas de 1910 y 1930 y los años de 1955 a 1970– en que debates similares alcanzaron alta intensidad y productividad, reflejando una fuerte discusión en la sociedad civil. Los dos libros más influyentes sobre el tema publicados en este siglo –*Nuestra inferioridad económica* de Francisco Encina, y *Chile, un caso de desarrollo frustrado* de Aníbal Pinto– corresponden a dos de esos períodos, notables en términos de debates y publicaciones, sobre todo el que comprende los años 1950 a 1970. Aún ambos son incluidos en la bibliografía de todo curso respetable de historia económica de Chile.⁵

Hoy, como en aquellas ocasiones, la discusión y el análisis no son fáciles. Pero el peso de las carencias de la sociedad chilena, sobre todo de los sectores de menores ingresos, bienestar y oportunidades, hace difícil aceptar, sin una mayor reflexión, las afirmaciones más eufóricas. El que aún un tercio de la población viva en la pobreza es un dato demasiado obscuro como para proclamar con soltura supuestos saltos al futuro y revoluciones silenciosas.⁶ De otra parte, si bien es cierto que

en los último veinticinco años han tenido lugar profundos cambios culturales, económicos, políticos y sociales, Chile sigue siendo, de acuerdo con el Banco Mundial, un país atrasado.⁷ En este sentido, parece más adecuado, en términos de modernidad, aceptar que, como lo ha señalado recientemente Carlos Altamirano, Chile tal vez se encuentra a la cabeza de los países no modernos; que "es más moderno que Perú y Bolivia, por ejemplo, pero incomparablemente menos que Francia, Suecia, Suiza, e incluso Corea y Taiwán".⁸

De otra manera, ¿cómo explicar las enormes carencias del desarrollo científico-tecnológico, de la infraestructura de transportes –que entraba a la circulación interna de bienes y podría llegar a trabar el crecimiento de las exportaciones–,⁹ o en la cobertura social expresada en serias carencias en educación, salud, servicios urbanos y vivienda? ¿Se puede entonces, como dice el aviso televisivo, "ponerse a tono con el desarrollo"?

Sin embargo, a pesar de que hoy existen algunos elementos que permiten mirar con mayor optimismo el futuro económico-social del país, las dudas persisten. Más que nada pues las bases sobre las cuales se sustenta el crecimiento son extremadamente sensibles y vulnerables.¹⁰ Ello en

45 por ciento de los chilenos vivía en la pobreza. Declaraciones del ministro de Hacienda, Alejandro Foxley, *El Mercurio*, 22 de diciembre de 1992. En todo caso, durante la dictadura el deterioro en este aspecto fue dramático: si en 1969 el 28,5 por ciento vivía en la pobreza, hacia 1979 ese porcentaje se había elevado a 36 por ciento; véase Eugenio Ortega y Ernesto Tironi, *Pobreza en Chile* (Santiago: CED, 1988), p. 43.

7. World Bank, *World Development Report 1992. Development and the Environment* (New York: Oxford University Press, 1992), o economía de "ingreso medio bajo" en el grupo de los "países de ingreso medio", pp. 213-215.

8. Entrevista en *diario La Epoca*, segundo cuerpo, 21 de marzo de 1993.

9. Véase al respecto el Mensaje del Presidente de la República al Congreso Pleno del 21 de mayo de 1991, en el cual se hace un completo recuento y análisis de esta cuestión.

10. Así lo sugiere el crecimiento del PGB al 10,4 por ciento en 1992, respaldado por un crecimiento de 25,6 por ciento en la tasa de inversión hasta alcanzar al 22,8 por ciento del PIB. El aumento de la tasa de inversión como porcentaje del PBI después del retorno del país a la democracia es notable; véase World Bank (1992), cit.

4. Lester Thurow, *Head to Head* (New York: Warner Books, 1993), p. 214.

5. La primera edición del libro de Encina es de 1911; el de Pinto fue publicado por primera vez en 1959.

6. Esto significa que un poco más de 3,3 millones de personas están en esa condición. Sin embargo, ha habido un notable progreso en esta área; según un estudio del Instituto de Economía de la Universidad Católica de Chile, en 1985 el

contraste con los países que realmente muestran un alto nivel de desarrollo. Pero sea cual fuere el juicio que merezca el costo que ha demandado lograr lo que hoy constituye la base del crecimiento, es importante recurrir a la historia para constatar los antecedentes históricos del crecimiento y mirar a otras coyunturas en que el país—o su clase dirigente—creyó que el desarrollo era alcanzable en el corto plazo. El sentir de los chilenos en estos días invita al historiador, especialmente si él/ella se dedica al estudio de la economía, a la reflexión sobre el pasado económico con los ojos del presente.

MODERNIZACION, DESARROLLO E INDUSTRIALIZACION

La experiencia histórica mundial

En 1870, en el ranking de los países más ricos per cápita, Chile se encontraba en el vigésimo lugar. De ese listado de veinte naciones, en 1988 habían desaparecido cinco: Argentina, Chile, España, Irlanda y Portugal; sus reemplazantes son Finlandia, Islandia, Japón, Kuwait y los Emiratos Arabes Unidos.¹¹ Si se dejan de lado los dos últimos, en consideración a su calidad de países exportadores de petróleo y al comportamiento del mercado de este producto desde 1973, e Islandia por sus particulares rasgos socioeconómicos, y se atiende a los casos de Finlandia y Japón—casos diversos, pero ambos coronados por el éxito económico—, los límites de la modernización, la industrialización y el desarrollo en Chile pueden ser objeto de una mejor comprensión. Incluso, algunas importantes experiencias se podrían desprender y ser consideradas en la formulación de políticas para el siglo veintiuno.

El caso es que en 1870 Finlandia se encontraba en el vigésimo primer lugar, mientras que Japón se encontraba a una gran distancia del corte de los primeros veinte. Hoy, en términos de poder adquisitivo per cápita interno, ocupan los lugares duodécimo y decimotercero respectivamente, en tanto

que en cuanto a poder adquisitivo per cápita externo Japón se encuentra en tercer lugar y Finlandia en quinto. De acuerdo con el Banco Mundial, Chile se encuentra hoy en el lugar setenta y dos.

Finlandia y Japón han tenido éxito en relación a su modernización, entendida ésta como la adquisición de una estructura político-administrativa eficiente, el desarrollo industrial y el de la adquisición de sistemas de transporte y comunicaciones eficientes. También en términos de desarrollo, si se atiende al nivel educacional, la cobertura de salud, calidad y disponibilidad de vivienda, oferta educacional y capacidad productiva de bienes y servicios. Las carencias de Chile en estos sentidos ya están señaladas.

¿Cuáles son las explicaciones para tan dramática inversión? Ello está relacionado con las características de los procesos socioeconómicos en los tres países. Es cierto que la economía chilena ha crecido al 6,5 por ciento durante los últimos cinco años, pero también lo es el que en los últimos veinte años han tenido lugar caídas en el PIB espectaculares. Y el problema está en que la carrera económica—usando términos atléticos—no es para los velocistas de corto plazo. Más bien se requiere de la habilidad de un maratonista para obtener rendimientos de largo plazo—varias décadas, si es que no un siglo—, del orden del 3 por ciento o más. Es el caso de Japón y Finlandia, y en ambos la industrialización ha tenido un rol preponderante. Sabido es que en el primer caso una política activa centrada en inversión en educación y desarrollo tecnológico y productivo suplió la cuasi inexistencia de recursos naturales e hizo posible el notable proceso de industrialización. En el segundo, una política nacional orientada al aprovechamiento de los recursos llevó a altos niveles de industrialización y especialización tecnológica sectorial, que han hecho posible la obtención de los actuales niveles de ingresos.

En Chile, el proceso de producción industrial despuntó en la década de 1860, pero nunca logró convertirse en el puntal de un proceso de desarrollo económico, como lo ha sido en los países que hoy registran los más altos niveles de vida. Es más, las diferencias entre aquellas economías y la nacional parecieran acentuarse hoy, cuando nuevamen-

11. Thurow (1993), pp. 203-205, Table 6-1.

te el crecimiento económico se basa en la exportación de productos con escaso valor agregado y de alta inestabilidad en términos de precios en el mercado internacional.

No puede un país basar su desarrollo económico, ni su modernidad, en la exportación de productos con escaso procesamiento. Su precio internacional está sujeto a variables sobre las cuales los productores nacionales tienen muy poco o ningún control, como la saturación del mercado del kiwi; que están sujetas a imprevistos que pueden tener serias consecuencias –recuérdese el caso de las uvas, o más recientemente el de las manzanas–, o simplemente en que la oferta mundial se expande de tal manera o el ciclo de la economía internacional deprime los precios de manera tal, que los niveles de ingreso de los exportadores se ven seriamente deteriorados, como es el caso de los productos forestales.

LA INDUSTRIALIZACION AYER Y HOY

¿Por qué la economía chilena, a pesar de algunos momentos propicios para ello, no se encaminó por la senda de la industrialización? Después de todo ella, con las adecuaciones que impone el cambio en la economía internacional en términos de especialización, puede aún ser considerada "la más eficiente estrategia para el desarrollo".¹²

Esta es una pregunta delicada en la cultura chilena: ella apunta al problema del desarrollo económico –o modernización capitalista– insuficiente o ausente. Y como desde casi los albores de la república el desarrollo económico y social –de acuerdo con los modelos europeo primero y estadounidense después– ha sido un objetivo tan deseado como esquivo para los líderes de la República, y en tanto aquéllos constituyeron los modelos conscientemente adquiridos por la clase dirigente, es en torno a los logros en esa dimensión que los líderes chilenos deben ser juzgados.¹³

Hacia 1850, Chile se insertó plena y definitivamente en la gran corriente de la economía internacional, en un momento de expansión productiva y comercial y de transformaciones sociales sin precedentes, como resultado de las cuales emergió un nuevo, y paradigmático, modelo de desarrollo económico: en él, administración pública eficiente, la producción industrial, el desarrollo del transporte y las comunicaciones y la formación de amplios mercados, terminaron por sustituir definitivamente a la "economía de antiguo régimen" basada principalmente en la producción agropecuaria y la producción artesanal de bienes manufacturados.¹⁴ Más aún, se puede afirmar que fue durante el cuarto de siglo entre 1850 y 1875 que los países de desarrollo capitalista más vigorosos en la víspera de la Primera Guerra Mundial –Alemania, Estados Unidos, Japón, Suecia, entre otros– completaron sus transformaciones estructurales decisivas. En esos años, el crecimiento y los cambios impuestos por la industrialización en los países de mayor desarrollo plantearon diversos desafíos a los países más atrasados o periféricos. En primer lugar, tuvieron que adaptarse a las nuevas características del comercio internacional. Segundo, y más importante, en relación a su estructura productiva enfrentaron un doble desafío: seguir el ejemplo de esos países e industrializarse, o desarrollarse mediante la venta de sus productos primarios a los mercados en expansión de los países de mayor desarrollo.¹⁵

Pero aceptar esos desafíos demandaba no sólo cambios productivos y tecnológicos. El proceso de transformación requería del cambio social; después de todo, el sistema fabril era el producto de una "revolución industrial" que había dado "nacimiento a clases sociales que en su progreso y mutua oposición llenan la historia de nuestro tiempo". Y si ese sistema, junto con la ciencia y la democracia eran "las fuerzas que desde los puntos

12. Christer Gunnarsson, "Development theory and third world industrialization", en *Journal of Contemporary Asia*, vol. 15, N° 2, 1985, p. 1984.

13. Bradford Burns, *The Poverty of Progress. Latin America in the nineteenth century* (Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 1980), especialmente capítulo III.

14. Ernest Labrousse, *Le mouvement ouvrier et les théories sociales en France, de 1815 a 1848* (Paris, 1948), pp. 19-21. Eric J. Hobsbawm, *Bandits* (London: Pelican Books, 1972), p. 19.

15. W. Arthur Lewis, *Growth and Fluctuations, 1870-1914* (London: George Allen & Unwin, 1978), pp. 158-159. El empleo del concepto desarrollo en vez del de crecimiento es importante.

de vista económico, intelectual y político controlaban la evolución de las sociedades modernas",¹⁶ no cabía sino incursionar también por el camino de la transformación social, del cambio en la tenencia de la tierra y en la distribución del poder político. Se trataba de un cambio global; el resultado de la combinación de innovación y acumulación, de la instauración de un orden social nuevo, en el cual, según Angus Maddison, el rol de la propiedad y de las instituciones sociales no era, como antes, la preservación del *statu quo*, sino, por el contrario, el facilitar el cambio.¹⁷

El resultado para los países que iniciaron su desarrollo económico y social antes o durante el período 1850-75 ha sido espectacular y, ciertamente, Chile no está entre ellos. Entre 1820 y 1979, los países hoy miembros de la OECD multiplicaron su PIB 70 veces y su PIB per cápita 14 veces. Más cercano al período que trata este ensayo, entre 1850 y 1875, el PIB de los seis países más industrializados –Alemania, Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos– creció al 2,5 por ciento anual, casi doblando su valor. Algunos países que recién iniciaban ese camino, como Suecia, crecieron a tasas ligeramente mayores.¹⁸ Ese fue un período crucial para las futuras historias exitosas; durante ese cuarto de siglo, en los países que hoy muestran los más altos niveles de desarrollo se consolidaron, tomaron lugar o adquirieron un ritmo decisivo, cruciales cambios económicos, políticos y sociales.

En Chile, en esos años se registró un notable proceso de expansión productiva que, junto con otros factores, dio lugar al período eufórico ya mencionado. Pero no hubo transformaciones estructurales. Y si bien el crecimiento registrado desde entonces dio lugar por lo menos a varios ciclos eufóricos, el fin de ellos fue siempre dramático y la desilusión profunda. Nunca, en todo caso,

como lo ha señalado John K. Galbraith, se formularon las preguntas adecuadas respecto de los problemas de corto y largo plazo que hicieron posible tales desenlaces. Así, lentamente, se fue configurando una profunda desazón y deterioro de las condiciones de vida, que derivó en lo que eufemísticamente, a comienzos de este siglo, se denominó "crisis moral" y la "cuestión social", y en el desarrollo de un fuerte complejo de inferioridad colectivo que, con los años, se convirtió en fuente de múltiples y, a veces, álgidas controversias y conflictos.¹⁹

Hasta fines de la década de 1960, el desarrollo industrial fue un factor considerable en el creci-

19. En el siglo veinte también ha habido períodos de euforia seguidos de "frustraciones". Tal vez la coyuntura más señera –aunque algo extravagante– en este sentido sea la de 1979-82, cuando la maquinaria de propaganda dictatorial se dio a la tarea de convencer a la población de que el país estaba por dar el gran salto adelante. El período registra la que tal vez sea la afirmación más "eufórica" del siglo. La noche del 11 de septiembre de 1980, después de "ganar" el plebiscito constitucional, Augusto Pinochet prometió crear un millón de nuevos empleos, proveer un automóvil y un teléfono por cada siete habitantes y un televisor por cada cinco durante los siguientes nueve años. En su defensa, y dado su escaso dominio de las cuestiones económicas, se puede alegar que, semanas antes, su ministro del Trabajo y líder intelectual de las "siete modernizaciones", José Piñera, en otra declaración eufórica, había afirmado que en 1990 Chile sería un país desarrollado. En abril de 1981, la conducta eufórica alcanzó al arquitecto de las reformas económicas, el habitualmente parco ministro de Hacienda, Sergio de Castro, quien aseveró a una delegación de empresarios japoneses que en 1990 el ingreso per cápita llegaría a US\$3.500, lo cual pondría al país a la "vanguardia de América Latina"; las referencias anteriores han sido tomadas de Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies. Chile under Pinochet* (New York: W.W. Norton, 1991), pp. 77 y 193. Una canción *ad hoc* cuyo estribillo decía: "vamos bien, mañana mejor" fue majaderamente difundida; algunos avisos televisivos invitaban a la población a contraer deudas en dólares estadounidenses. Muchos creyeron y decidieron participar de la "bonanza" ... al precio de perder sus ahorros y adquirir enormes y ruinosas deudas una vez terminada la "euforia". Fueron los años en que los economistas de gobierno y gobiernistas recorrieron el país –y extensas áreas del mundo– disertando acerca de un supuesto "milagro económico chileno". Después del catastrófico colapso económico de 1982, la palabra "milagro" nunca más fue usada, y para referirse al período se comenzó a emplear la menos eufórica expresión "los años del boom".

16. Paul Mantoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century. An outline of the beginnings of the modern factory system in England* (New York: Harper Torchbooks, 1961), pp. 476 y 28. La primera edición inglesa de esta obra es de 1927.

17. Angus Maddison, *Phases of Capitalist Development* (Oxford: Oxford University Press, 1982), p. 16.

18. *Ibid.* Appendix A, Tables A5 y A6.

miento económico general del país. Pero como ya está dicho, no se convirtió en la pieza clave de la modernización capitalista, a pesar de haber sido, desde la década de 1880, aspiración sectorial, programa desde la de 1910, y política desde la de 1930.

EL "PESO DE LA NOCHE" ECONOMICA

Si en algún momento de su vida Diego Portales acuñó el concepto de "el peso de la noche" en su reflexión y formulación de proyectos políticos para Chile, cualquier analista de la economía chilena en busca de explicaciones para la falta de desarrollo podría haber discurrido, con toda propiedad, sobre el "peso de la noche económica" o, en otras palabras, sobre el rol de las estructuras y prácticas tradicionales.

En el agro, las contribuciones de Arnold J. Bauer y Thomas C. Wright han dejado en evidencia que hasta bien entrado el presente siglo se reforzó la estructura de gran propiedad y en particular las formas de provisión de mano de obra tradicionales, es decir, aquellas en que la intermediación del salario era muy limitada o inexistente.²⁰

Los estudios de Bauer han demostrado que entre 1854 y 1935 en Chile central se registró una marcada concentración del ingreso, y los sectores de pequeña y mediana propiedad experimentaron un empobrecimiento real.

Dada esa evolución, no es extraño que, junto con haberse registrado importantes aumentos en el volumen de producción y en la productividad, los beneficios de la expansión hayan más que anda contribuido al fortalecimiento de las estructuras tradicionales del campo, especialmente en lo relativo a la tenencia de la tierra y las relaciones sociales de producción.²¹

Las rigideces del agro no fueron ajenas para los actores políticos de la época. Un número creciente de personeros públicos y de académicos de relevancia abogó por cambios, especialmente en relación a condiciones de vida y trabajo y tenencia de la tierra.²²

Un panorama similar se registraba en el sector minero. Allí, aun después de la entrada en escena de las grandes compañías estadounidenses, cuya integración al sistema económico siempre fue escasa, la vigencia de procedimientos técnicos rudimentarios y relaciones de producción arcaicas en los sectores de propiedad nacional también resultaron en baja productividad, inversiones limitadas y escasa innovación. Aun en el período de mayor auge de las exportaciones de cobre anterior a la aparición de la gran minería, su explotación se realizaba sobre la base de un alto número de pequeñas explotaciones, era intensiva en trabajo y se ocupaban las herramientas propias del trabajo manual, siendo el nivel de mecanización muy limitado. No sólo no se habían incorporado los conocimientos y las tecnologías ya existentes en el mercado internacional, sino que el sector en sí había evolucionado escasamente. Para todos los efectos, el sector minero de exportación puede ser descrito como un conjunto de explotaciones de práctica tradicional.²³

El atraso productivo de la agricultura y la minería durante el período 1850-1935 se tradujo, naturalmente, en una limitada demanda de parte de ellas por insumos y bienes de capital y en obstáculos formidables para la formación de mercados de factores —especialmente laboral—, en particular en la agricultura. Por ello, si los sectores cruciales del crecimiento no evolucionaron hacia la lógica del

system, 1850-1873", ambos en Kenneth Duncan & Ian Rutledge, *Land and Labour in Latin America. Essays on the development of agrarian capitalism in the nineteenth and twentieth century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977), pp. 88, 96, 110 y 113.

22. Respecto de este tema, véase Gonzalo Izquierdo, *Un estudio de las ideologías chilenas. La Sociedad Nacional de Agricultura en el siglo XIX* (Santiago, 1966), capítulos I a III.

23. El concepto fue acuñado por Pierre Vayssière, *Un siècle de capitalisme minier au Chili, 1830-1930* (Paris: CNRS, 1980), capítulos I y II.

20. Véase Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930* (Cambridge: Cambridge University Press, 1975) y Thomas C. Wright, *Landowners and Reform. The Sociedad Nacional de Agricultura* (Urbana: University of Illinois Press, 1982).

21. Véase Arnold J. Bauer y Anne H. Johnson, "Land and labour in rural Chile, 1850-1935", especialmente Table 14, y Cristóbal Kay, "The development of the chilena hacienda

mercado y más bien mantuvieron las prácticas de la "economía de antiguo régimen", no sólo se vieron limitadas las posibilidades de crecimiento y desarrollo de los sectores productivos emergentes, sino que se bloqueó la modernización del sistema económico *in toto*.

LA HISTORIA SOLO SE REPITE DOS VECES: LA PRIMERA COMO TRAGEDIA Y LA SEGUNDA COMO . . .

¿Por qué el liderazgo chileno siguió el "camino tradicional"? La respuesta es compleja, dado el número de elementos que se conjugan. En lo fundamental, es que cualquier cambio mayor requería más que meras medidas de política económica. Desde el tercer cuarto del siglo diecinueve, el proceso de cambio económico, o de desarrollo capitalista, era parte de un todo mayor que comprendía también reformas sociales y políticas y, por ende, la formación de grupos sociales capaces de crear las condiciones para su diseño e implementación. En Chile, los potenciales reformadores—ya proviniesen del mundo productivo o del intelectual—, junto con ser numéricamente reducidos, fueron generalmente incorporados a sus filas por la oligarquía o se vieron en la necesidad de transar con ella. Los cambios necesarios en los mundos rural y minero pasaban por la formación de coaliciones sociales y políticas capaces de provocar la alteración de cuestiones esenciales, como la propiedad minera, los sistemas de organización de la fuerza de trabajo y, fundamentalmente, del sistema de tenencia de la tierra. Pero ello implicaba la modificación de las bases del sistema de poder. Ese era, ciertamente, un precio demasiado alto.

De allí que no sea una sorpresa el que Chile no sólo no se haya industrializado, si no que quedara rezagado en la carrera del desarrollo económico, especialmente respecto de los países a los cuales se ha hecho referencia a través de este ensayo. Así, si a comienzos del presente siglo el PBI per cápita en los países escandinavos era de alrededor de US\$ (1989) 2.000, el de Chile recién se aproximaba a los US\$ (1989) 700, y cuando en la víspera de la Prime-

ra Guerra Mundial el de Chile se acercaba a los US\$ (1989) 1.000, aquéllos estaban ya al borde de los US\$ (1989) 3.000. En 1990 la brecha se había extendido a US\$ 20.500, en moneda de ese año.

¿En qué residía la diferencia? o, como se pregunta habitualmente en Chile, ¿qué tuvieron ellos que nosotros no tuvimos? Aparte de capacidad empresarial y fuerza de trabajo calificada, que con ser factores importantes no son decisivos, hubo otros que sí lo fueron. Pero ellos no corresponden tanto al plano de la economía propiamente tal, como al terreno sociopolítico.

Si W. A. Lewis tuvo razón al proponer que el período 1850-75 fue crucial para aquellas naciones que más tarde lograron el desarrollo, en la medida en que fue en ese período en que se registraron transformaciones económicas decisivas, entonces debería proponerse que ellas asimismo experimentaron profundos cambios sociales y, por lo tanto, políticos, que alteraron dramáticamente sus estructuras de poder y su economía política.

En Japón ello tomó la forma de una restauración dinástica y de un subsecuente programa de modernización, fenómenos en los cuales el reordenamiento político-social, que incluye una importante cuota de fuerza, fue crucial. Este factor no estuvo ausente en el proceso de unificación política y económica italiano, como tampoco, aunque en menor medida, en los cambios sociales y políticos que durante el mismo período experimentaron los países escandinavos. En los años 1850, en Suecia, ello condujo a extensas transformaciones en los sistemas de tenencia de la tierra y de organización del trabajo, factor de principalísima importancia en el proceso de formación del mercado interno y de la subsecuente industrialización que se inició entonces. En los años 1860, Dinamarca experimentó la fuerza de la agresión prusiana, lo que junto con redundar en la desmembración de parte significativa de su territorio, condujo a cambios sociopolíticos importantes. Finalmente, podría argumentarse que el proceso de unificación alemana también implicó cambios sociales y políticos que abrieron paso al crecimiento y desarrollo. En el caso de los Estados Unidos, el rol de la guerra civil como factor que contribuyó en forma decisiva al desarrollo del

mercado ha sido un tema larga y ampliamente debatido, en la medida en que existe consenso respecto de que el país moderno emergió entre 1865, al finalizar el conflicto, y la Primera Guerra Mundial.²⁴

¿Fue ese tipo de "remezón" político y social el que estuvo ausente en el caso chileno? No puede, ciertamente, haber una respuesta unívoca y definitiva. Pero esa pregunta plantea por lo menos dos puntos importantes. El primero es que una vez que esos países completaron los procesos a que se ha aludido, los mercados florecieron; nuevos bienes comenzaron a ser creados y producidos, los que coadyuvaron a la creación de una nueva demanda; se desarrollaron los mercados de valores, de la tierra, del trabajo y financieros, y los gobiernos inyectaron cuantiosas sumas de dinero en diferentes áreas de la economía. Junto a ello, se inició la explotación de nuevas fuentes de materias primas y alimentos y se abrieron posibilidades para el establecimiento de nuevos sistemas educacionales, así como para el desarrollo tecnológico. En otras palabras, se abrió el camino para el establecimiento de "combinaciones nuevas", las que –según Joseph Schumpeter– son las que hacen posible el desarrollo económico.²⁵ Excluida Italia, Japón, Suecia, Dinamarca, Alemania y los Estados Unidos fueron los países que mayor crecimiento registraron entre 1880 y la Primera Guerra Mundial.

El segundo punto, y como contrapartida a los casos anteriores, implica la posibilidad de que para entonces el arreglo institucional chileno de la década de 1830 había pasado a constituirse en un obstáculo para los cambios que era necesario emprender como paso previo a la entrada en el camino del desarrollo. Pero éste es un tema que demanda un estudio específico y que no cabe sino ser sólo insinuado en este trabajo.

Es fascinante, por lo tanto, que nuevamente hoy se empleen en Chile conceptos tales como "saltos adelante", "revolución silenciosa" y otros.

Sucede después de uno de los cuartos de siglo más dramáticos en la historia del país, pues a partir de 1965 y hasta 1989, se experimentaron las más profundas transformaciones políticas, sociales y económicas que registra la historia republicana. Uno de los problemas en la discusión de la presente "coyuntura crítica" es que el análisis ha estado dominado por las consideraciones de corto y mediano plazo y que, por lo tanto, el centro de las consideraciones esté constituido por la experiencia radical en liberalización económica experimentada durante la dictadura de Augusto Pinochet.

Es por ello que el seminario que dio origen a esta publicación tiene la gran virtud de haber permitido la creación de un espacio para la discusión en la larga duración. Después de esta discusión, ¿cuál es el vaticinio?, ¿logrará esta vez el país dar el salto al desarrollo, o, como en la década de 1870, la euforia cederá paso a la depresión y posterior frustración? Hay razones tanto para el escepticismo como para el optimismo.

El escepticismo emerge del hecho de que, como ya se ha indicado, una vez más el crecimiento y las esperanzas están basados en importante medida en la exportación de bienes primarios con escaso valor agregado. Como la experiencia decimonónica así lo indica, y lo ratifican los episodios más cercanos –como el de las uvas de Philadelphia y el de las manzanas y la Comunidad Económica Europea en el verano que recién termina–, ello nos hace altamente vulnerables.

Las razones del optimismo son de más larga data, más complejas y se relacionan con las reformas estructurales del periodo 1965-73. Hoy la minería es un sector altamente capitalizado, eficiente, de alta productividad y con una importante capacidad competitiva en el mercado internacional. En el sector agropecuario no existen hoy grandes propiedades, sino empresas agrícolas, un dinámico mercado de la tierra, de la fuerza de trabajo, financiero y de otros factores, así como inversiones, tal como puede ser apreciado en las tecnologías incorporadas a un largo y complejo proceso productivo y de comercialización que termina en los mercados externos. Ambos sectores, agricultura y minería, se han convertido en importantes mercados para la producción interna de bienes y

24. Richard D. Brown, *Modernization, The transformation of american life, 1600-1865* (New York: Hill & Wang, 1976), p. 3, para el caso estadounidense.

25. Joseph A. Schumpeter, *The Theory of Economic Development* (New York: Oxford University Press, 1961), p. 79.

servicios, que en el año 1992 creció en más de 10 por ciento.

Estos son dos de los pilares del crecimiento y de los éxitos actuales. Y en relación a ellos es que debe recordarse que ambos sectores experimentaron cambios trascendentales entre 1965 y 1973: la nacionalización del cobre y la reforma agraria. Ambos procesos fueron iniciados y completados durante los gobiernos de los Presidentes Eduardo Frei y Salvador Allende, con el sistema democrático en pleno funcionamiento y la aquiescencia de legisladores debidamente elegidos en votaciones secretas e informadas y con plena vigencia de las libertades públicas. Ambos gobiernos se autocalificaron como "revolucionarios"; el primero "en libertad", el segundo simplemente "popular". Pero ambos tuvieron la gran virtud de desentramar las ataduras que por décadas habían obstaculizado el desarrollo; ello en forma especial, aunque no exclusivamente, en el campo. La contribución al "despegue" actual de ambos procesos aún espera del trabajo de los historiadores, economistas y científicos políticos y de una cuota de coraje del mundo académico chileno para enfrentar esos tópicos. Pero ya se puede afirmar que esos cambios fueron los que hicieron la vida y su labor

transformadora más fácil a los economistas de Augusto Pinochet. Como han argumentado Pamela Constable y Arturo Valenzuela, la reforma agraria y las expropiaciones industriales debilitaron considerablemente a la élite, y de manera impensada le dieron mayor autonomía al régimen dictatorial para reestructurar al sector privado que la que, por ejemplo, tuvieron los regímenes argentino, brasileño y uruguayo cuando emprendieron sus propias experiencias liberalizadoras. Más aún, los masivos programas de desarrollo frutícola y forestal del gobierno del Presidente Frei fueron decisivos para el crecimiento de las exportaciones en esos rubros durante la década de 1980, en tanto que la plena nacionalización del cobre durante el gobierno del Presidente Salvador Allende permitió la generación de ingresos decisivos para el financiamiento de los gastos social y militar y el saneamiento de la balanza de pagos.²⁶

No parece presuntuoso el atribuir gran parte del éxito actual a los cambios estructurales impulsados por aquellos dos gobiernos. Y al respecto, cabe preguntarse, ¿habrían tenido coraje político suficiente los "revolucionarios" del régimen militar como para acometer la reforma agraria y la nacionalización del cobre?

26. Constable y Valenzuela (1991), p. 186. Para una revisión de los aportes de los programas agrarios (especialmente el frutícola) de la década de 1960 y de la reforma agraria a la transformación de la agricultura, véase los trabajos de Lowell Jarvis, *Chilean Agriculture under Military Rule: from reform to reaction, 1973-1980* (Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1985); 'The unravelling of Chile's Agrarian Reform, 1973-1986', en W. C. Thisenhausen, ed., *Searching for Agrarian Reform in Latin America* (Winchester, Mass.: Unwin & Hyman, 1988), y 'Changing private and public roles in technological development: Lesson from the Chilean fruit sector', por publicarse.

Permanencia del modelo primario-exportador en Chile

Julio Pinto

Universidad de Santiago de Chile

Para los más entusiasmados con los logros económicos de los últimos años, la situación que actualmente vivimos no tendría precedentes. Es como si al optar por un esquema aperturista y libremercadista se hubiese dado finalmente con una fórmula que permitirá dejar atrás las lacras del subdesarrollo, tornando irrelevante toda reflexión sobre experiencias pasadas. Chile, se insinúa, o incluso se dice abiertamente, ha dado vuelta la página. Sin embargo, para quienes algo conocen nuestra historia resulta evidente que la opción exportadora no es ninguna novedad. Desde la Conquista española, la riqueza nacional ha surgido y declinado a partir de la colocación de una o unas pocas materias primas en los mercados externos, y las principales actividades y relaciones productivas se han articulado siempre en función del sector exportador. Incluso durante el período 1930-73, cuando se optó deliberadamente por un esquema de desarrollo "hacia adentro", el éxito o fracaso de éste dependió, en última instancia, de las exportaciones de cobre. La "vocación exportadora" es una de las realidades de más larga duración en nuestra historia.

Explicaciones para esto las hay muchas. Una que salta a la vista es el origen colonial de nuestra

economía, organizada desde un comienzo para satisfacer necesidades y responder a demandas situadas fuera de nuestras fronteras. Se ha argumentado que el carácter periférico de Chile en relación al sistema metrópoli-colonias lo liberó hasta cierto punto de las expresiones más descaradas de este "intercambio desigual", otorgando márgenes significativos de autonomía a los actores internos. Se han criticado también los excesos en que cayó el análisis "dependencista", al querer ocasionalmente reducir toda la dinámica interna de los países latinoamericanos a un mero reflejo de impulsos procedentes de las metrópolis nortatlánticas. En la práctica, sin embargo, durante los dos siglos y medio que duró el período colonial las actividades más rentables fueron siempre las orientadas hacia la exportación, y fue también en torno a ellas que se configuraron los procesos más dinámicos de acumulación. Después de obtenida la independencia, el principio se mantuvo inalterado en sus términos esenciales. El "crecimiento hacia afuera" no fue una ilusión óptica de Aníbal Pinto.

Esta tendencia, por supuesto, no obedece a la materialización de alguna ley económica abstracta, o a la acción mecánica de fuerzas estructurales

ajenas a la voluntad humana. En un primer momento, la exportación de metales y materias primas seguramente se acomodó mejor a las expectativas de enriquecimiento rápido que traían los colonizadores, así como a las realidades del poder político y social propias de un proceso de conquista. Un mercado interno conformado mayoritariamente por unidades autosuficientes y población cautiva no ofrecía en sí mismo mayores perspectivas de acumulación, como sí lo hacía, en cambio, la comercialización de algunos artículos básicos en economías más complejas. Definidas así las cosas, el "primitivismo" de la primera organización económica colonial pasaba a ser una ventaja, en el sentido de que la baratura de sus costos (naturaleza pródiga, mano de obra cuasi-servil, niveles mínimos de inversión) aumentaba la rentabilidad de aquéllos, no obstante un aporte muy bajo de valor agregado. Una vez construidas las primeras fortunas individuales o grupales a partir de ese mecanismo, la opción primario-exportadora adquiría la fortaleza del éxito comprobado (aunque siempre precario), y se inscribía en la configuración interna del poder social. Una clase dirigente surgida y consolidada bajo ese alero no tenía necesidad de experimentar con alternativas más azarosas, ni de aventurarse en estrategias que implicasen una modificación relativamente profunda de las relaciones sociales existentes.

En igual sentido inició la evolución del contexto económico internacional, y la ubicación de Chile dentro de él. Una vez definida nuestra función como productores de materias primas, cualquier alteración de ésta suponía costos que en términos estrictamente económicos resultaban demasiado altos, además de, en la perspectiva de quienes estaban en posición de decidir, innecesarios. Con la Revolución Industrial y la creciente brecha tecnológica que ésta creó entre economías "desarrolladas" y "subdesarrolladas", la dificultad no podía sino aumentar. Si hoy parece extravagante y poco realista plantearse una competencia con Japón en la producción de computadores, no menos debía parecerlo cien años atrás en el rubro de la maquinaria industrial con respecto a Gran Bretaña o Estados Unidos. De no mediar grandes trastornos o convulsiones sistémicas, el peso de la

historia suele ser un gran creador de "ventajas comparativas".

Decir que Chile siempre ha gravitado hacia una economía primario-exportadora no significa, sin embargo, que su condición natural haya sido el estancamiento o el arcaísmo. Contrariamente a lo sostenido por muchos de los primeros analistas del subdesarrollo, y también por muchos dependencistas, una organización económica de tales características no es incapaz de generar crecimiento o cambio. Con respecto a lo primero, es sabido a estas alturas que nuestras etapas de mayor crecimiento siempre han coincidido con los auges exportadores: el trigo en las postrimerías del período colonial; trigo, plata y cobre en la primera mitad del siglo diecinueve; salitre entre 1880 y 1930; nuevamente el cobre durante el siglo veinte. En esa perspectiva, el actual ciclo de prosperidad no es sino la repetición, con variaciones mínimas — una cierta diversificación de la base exportadora que no es, sin embargo inédita—, de uno de los fenómenos más antiguos de nuestra historia.

En cuanto a capacidad transformadora, la historiografía económica producida en las últimas décadas demuestra que los auges exportadores siempre han generado importantes cambios, tanto en los sectores directamente abocados a producir para el comercio exterior como en otros conectados subsidiariamente con ellos. Un caso que se ha estudiado bastante es el de los ciclos mineros del siglo diecinueve, cuyo efecto sobre la sociedad y la economía nacionales resulta haber sido mucho más profundo de lo que se pensaba cuando aún imperaba la teoría de los "enclaves". Simplificando un proceso bastante complejo, no es exagerado sostener que Chile ingresó al mundo del capitalismo de la mano de esos ciclos mineros. Nuevamente, las visibles transformaciones productivas y sociales generadas por el actual ciclo exportador no son sino la expresión más reciente de una tendencia recurrente.

Visto de ese modo, los inconvenientes que históricamente se han derivado de nuestra orientación exportadora no obedecen a una falta intrínseca de dinamismo, sino a otro tipo de falencias. Por una parte, habría que señalar la falta de equidad en la distribución de los beneficios generados por los

ciclos de crecimiento y modernización, la que se ha expresado tanto en términos geográficos como sociales: polarización del ingreso, persistencia de la pobreza y la marginalidad, notorios desequilibrios regionales, etc. Desde un punto de vista ético y de justicia social, ésta es sin lugar a dudas una situación preocupante y necesaria de revertir. En términos estrictamente económicos, si embargo, no puede decirse que ella haya sido disfuncional al modelo de acumulación que ha regido nuestros destinos. Antes por el contrario: uno de sus pilares y principales "ventajas comparativas" ha sido precisamente la posibilidad permanente de producir a bajo costo, todavía hoy un elemento competitivo de primer orden al momento de explicar nuestro exitoso desempeño en los mercados mundiales. Es verdad que los descuentos y rebeldías generados por un crecimiento poco equitativo han sido percibidos más de una vez, desde los sectores dirigentes, como un peligro latente para la reproducción del sistema. A fines del siglo pasado y comienzos del actual, esa preocupación se expresó públicamente mediante el concepto de "cuestión social". En la práctica, sin embargo, y con la posible excepción del período de la Unidad Popular, ni los "reventones" sociales más violentos han llegado a amenazar realmente la continuidad del orden establecido. Dicho de otro modo: no han existido en Chile, nuevamente con la excepción indicada, muchas situaciones "objetivamente" revolucionarias. Por analogía, la evidente existencia de tensiones sociales subyacentes hoy en día tampoco anuncia necesariamente una desestabilización inminente del modelo, lo que ayuda a explicar la complacencia de la clase política y la aparente solidez de los "consensos".

Pero hay otra fuente de desequilibrios que sí ha resultado históricamente más desestabilizadora, y también levanta actualmente un velo de incertidumbre sobre el futuro. Esta es la fragilidad de un orden económico cimentado en la exportación de unos pocos artículos con escasa elaboración y, por ende, fácilmente sustituibles en los mercados mundiales. La experiencia del ciclo salitrero demuestra que ni siquiera los "monopolios naturales" constituyen una protección duradera contra las posibilidades de la tecnología y la búsqueda

constante de precios más bajos y mayor rentabilidad. Del mismo modo, las señales negativas que nos llegan hoy desde los mercados mundiales no deberían causar sorpresa, ni constituir un golpe inesperado en medio de tanta expectativa triunfalista. El pánico desatado por el "envenenamiento" de las uvas hace un par de años evoca casi calcadamente el impacto de las crisis salitreras a comienzos de siglo. Aunque a los actuales conductores del proceso económico no les gusta recordar el pasado, basta un mínimo de conciencia histórica para darse cuenta de que si en Chile todo ha cambiado en apariencia, en el fondo se sigue más o menos igual.

Sin embargo, y a diferencia del problema de los desequilibrios internos comentado más arriba, el de la vulnerabilidad frente a las fluctuaciones internacionales no admite excepciones en materia de víctimas. Cuando el país es afectado por una crisis exportadora sufren los de arriba y los de abajo, el Estado y la sociedad civil —aunque naturalmente en muy diversos grados e intensidades—. Es esto precisamente lo que confiere a este segundo flanco de debilidad una visibilidad mucho mayor, y suscita una alarma mucho más uniforme. Contrariamente a lo que pudiera sugerir un análisis superficial, los períodos de crisis externa han motivado tantos cuestionamientos al modelo primario-exportador entre los propios sectores dirigentes como entre quienes se sitúan fuera de los círculos del poder. La política "desarrollista" o "sustitutiva de importaciones" aplicada desde fines de la década de 1920 responde a un fenómeno de este tipo, y tiene su origen más inmediato no en los sectores que se venían enfrentando desde fines del siglo anterior a la dominación "oligárquica", sino en los grupos más "esclarecidos" y previsores que participaban de esta última. Análogamente, no sería raro que en los meses y años que vienen, de mantenerse la tendencia adversa en el comercio exterior, las principales iniciativas de revisión del modelo aperturista comenzaran a emanar desde quienes todavía aparecen como sus más decididos defensores.

Enfrentado el país una vez más a una disyuntiva de ese tipo, la pregunta que surge es, como lo ha sido siempre, cuáles son las alternativas al modelo,

y cuál es también la viabilidad (política tanto como económica) de su aplicación. Ya en el pasado las crisis externas han motivado intentos de modificar la base de sustentación de la economía nacional, con escasos resultados. Un plan de desarrollo basado en el mercado interno, por ejemplo, no parece fácilmente realizable, al menos en las condiciones de volumen poblacional y, sobre todo, distribución del ingreso hoy día existentes. Cambiar tales condiciones, por otra parte, implica redefiniciones políticas y sociales aún menos probables, dada la actual configuración del poder social. Pero incluso si una situación de crisis llegase a intentar ese camino, como sucedió en los años treinta, hay restricciones objetivas que hacen muy difícil una reproducción exitosa de modelos de desarrollo más estables y equilibrados. Lo sucedido con nuestro propio modelo "nacional-desarrollista", o lo que está sucediendo en estos mismos momentos en la economía cubana, están ahí para recordarlo.

Existe todavía, teóricamente al menos, la alternativa de no abandonar el esquema aperturista, pero sí modificar la calidad de los productos exportados. A juzgar por las expresiones de algunos importantes personeros concertacionistas, entre ellos Ricardo Lagos y el propio Alejandro Foxley, ésta es la "nueva vía" que correspondería aplicar en la etapa de consolidación del éxito ya obtenido. En palabras de Lagos, ha llegado el momento de "agregar valor" a las exportaciones, y como prerrequisito para ello, de mejorar la calidad de nuestros factores productivos a través de la educación, la investigación y el desarrollo. El modelo abiertamente invocado es el de los famosos "tigres asiáticos", con los cuales se nos ha llegado incluso, apresuradamente, a comparar. Viendo las cosas con objetividad, la comparación no resulta muy creíble: nuestra economía está lejos de alcanzar los niveles de productividad y profundización del desarrollo que exhiben los "tigres" más exitosos. ¿Puede lograrlo en el futuro? El autor de estas reflexiones no conoce muy bien la experiencia asiática, pero pareciera ser que las estrategias de desarrollo allí adoptadas exhiben importantes diferencias con las que aquí se aplican. Por sólo nombrar dos aspectos más o menos obvios, se percibe entre los "tigres asiáticos" un protago-

nismo estatal y una priorización del desarrollo científico y tecnológico a nivel nacional que Chile no está reproduciendo. En todo caso, nada indica que la expansión de las exportaciones primarias vaya a desembocar espontáneamente en un modelo "asiático", o que los principales actores económicos vayan a asumir por propia iniciativa, guiados exclusivamente por las señales y estímulos del mercado, el tipo de re-definiciones –y eventualmente sacrificios–, que una opción de ese tipo conlleva.

En suma, aunque todo indica que el actual esquema de crecimiento económico adolece de las mismas falencias y limitaciones que históricamente han entrabado y distorsionado –por no decir "frustrado"– nuestro desarrollo, no parece fácil discernir alternativas concretas, o al menos viables, de corrección. Claramente afectada por la crisis de sus paradigmas, la izquierda llamada "extra-parlamentaria" ha sido muy certera en su crítica a las contradicciones imperantes, pero no ha podido proponer un proyecto global alternativo. Habría que añadir que no ha podido hacerlo ni en Chile ni en ninguna parte. Tampoco se ve que las propuestas sectoriales que han llenado en parte el vacío dejado por esa izquierda "tradicional" (ecologistas, regionalistas, grupos étnicos, etc.), puedan adquirir un alcance global, construir un proyecto verdaderamente "hegemónico".

Lo malo es que de no perfilarse una alternativa clara, los problemas reales que ha tenido nuestro desarrollo seguirán sin resolverse. En el mejor de los casos, ello nos condenaría a seguir adelante con una "modernización" que no tiene muchos visos de superar las contradicciones y lacras de todo tipo, especialmente las sociales, que aún nos caracterizan. Contrastando con el exitismo ambiental, el ministro Foxley es uno de los que más han llamado últimamente la atención sobre este peligro. Y en el peor escenario, si se consolidan las tendencias recesivas o protectionistas que hoy alteran la armonía libremercadata, lo que nos espera es un nuevo colapso recesivo absolutamente análogo a los que ya hemos conocido.

Resumiendo todo lo dicho, el análisis en perspectiva histórica de nuestro desarrollo económico demuestra que el actual modelo no presenta gran-

des diferencias con respecto a tiempos pasados, y también que no se justifica el optimismo de quienes creen –y pregonan– que el subdesarrollo ya es poco más que un mal recuerdo, y que lo vivido en los diez últimos años nos pone al abrigo de las vicisitudes que repentinamente hemos debido enfrentar. En este sentido, la indiferencia y el desprecio por la historia que hoy imperan en muchos círculos públicos y oficiales pueden ser un simple mecanismo de negación. Dicho esto, que por lo

demás no es muy original, lo que a juicio del autor de esta reflexión es verdaderamente preocupante es nuestra incapacidad para proponer alternativas. Porque si detectar problemas y establecer continuidades históricas puede ser para nosotros, en tanto estudiosos de la historia y la sociedad, una responsabilidad profesional, también lo es, y tal vez en mucho mayor medida, el proponer caminos de solución. Y en eso no veo que se haya avanzado mucho.

Modernización agroexportadora: ayer y hoy

Claudio Robles

Universidad de Santiago de Chile

A diferencia de la presencia constante que han tenido los productos de la minería en el mercado externo, la participación de los de la agricultura se ha restringido a periodos bastante breves y discontinuos durante la historia económica contemporánea de un país que, por lo mismo, se reconoce como un "país minero". Por lo mismo, quizás, tampoco ha existido una preocupación nítida por parte del Estado en orden a estimular una capacidad agroexportadora lo suficientemente sólida como para ser capaz de adquirir continuidad histórica. Y, por estas y otras razones, la agricultura ha sido casi siempre sinónimo de atraso en comparación con otros sectores de la economía. Es un medio socio-cultural caracterizado por la permanencia de comportamientos, relaciones y estructuras "tradicionales". La agricultura, en Chile, ha sido algo así como "el lado oscuro de la modernidad". Por eso es que el actual auge agroexportador puede ser conceptualizado como una coyuntura de ruptura en las modalidades de su desarrollo histórico.

Desde esa perspectiva, analizar cuáles han sido los fundamentos que han hecho posible esta experiencia exportadora, sus grados de éxito y a sus limitaciones, puede ser útil para la consideración

que hoy pueda hacerse respecto de las posibilidades modernizadoras contenidas en la actual experiencia agroexportadora.

LAS EXPERIENCIAS AGROEXPORTADORAS DEL PASADO

Hay que remontarse a las experiencias agroexportadoras del siglo XIX para encontrar una situación comparable a la actual. Durante el siglo pasado, las exportaciones de trigo y harina a los mercados del Pacífico reactivaron el dinamismo de una agricultura en la que los problemas de mercado habían sido una dificultad constante para su desarrollo. Junto con la expansión minera simultánea, la élite de mercaderes-hacendados pudo rearticular el modelo colonial primario exportador y, sobre esta base, afianzar su hegemonía en el Estado nacional. Sin embargo, la duración efímera de esos ya casi legendarios *booms* agrícolas no hizo más que poner de manifiesto la fragilidad de una estrategia en la que los productores no tenían ninguna capacidad para influir en la demanda externa. Frente a la competencia de las propias regiones a las que se abastecía, se desplo-

maron tanto el volumen como el valor de las exportaciones.

La crítica contemporánea señaló que ante las expectativas de buenos negocios se desató una tendencia de fuerte especulación, que condujo a sobrevaluar el precio de la tierra y al endeudamiento de los terratenientes, que concluía en una expansión del consumo suntuario. Pero, por otra parte, fue en este período que comenzó a importarse maquinaria agrícola en forma creciente y a discutirse la conveniencia de su utilización, cuestionando "el dogma del buey". La lógica interna de este proceso aparece así más compleja: posiblemente ambas tendencias expresaban una diferenciación al interior del empresariado agrícola, y a partir del agotamiento de las formas económicas tradicionales comenzaban a pugnar las tendencias de modernización de origen noratlántico.

Pero la salida a la primera crisis del modelo exportador, a fines de la década de 1850, en lo que a la agricultura respecta, iría en otra dirección: hacia el sur. Una verdadera ideología de la ocupación prefiguró la apropiación del fértil territorio mapuche. Sólo la apertura del mercado británico postergó este inminente zarpazo de primitivismo.

La extraordinaria demanda derivada de los requerimientos alimentarios de la Revolución Industrial exigió otra expansión productiva. La "escasez de brazos" obligó a gastar parte de las ganancias en máquinas, que entraron en las haciendas agitando un nuevo movimiento de modernización.

Incluso se discutió la conveniencia de reorientar la política económica para propiciar la elaboración nacional de los elementos materiales de la modernización, por ejemplo, las máquinas. Pero, lejos de eso, se consolidó en la agricultura otro rasgo estructural del sector exportador: su dependencia de los centros de generación de tecnología "moderna". A ello habría que agregar, de acuerdo con las investigaciones más recientes, que la mayor parte de la gestión y del capital invertido en la modernización agrícola provino no del despliegue nacional de empresarialidad, sino del capital mercantil financiero extranjero.

Y no sólo en el ámbito de la producción misma. Porque así como la función reproductiva del capi-

tal fue monopolizada por las "casas de comisión", también ellas se encargaron de la gestión de comercialización de los productos exportables. De esta manera, la particular modalidad de modernización derivada del auge agroexportador al mercado atlántico contribuyó a erosionar la posibilidad de constituir un mercado interno capaz de sostener el proceso de industrialización gestado al interior del modelo primario exportador.

A esa altura, la capacidad empresarial de los terratenientes nacionales estaba reducida a una opción más que nada rentista y especuladora. Y su incapacidad de modernizar el país profundizaba su especialización como mera clase política. Fue en el ejercicio de esa "vocación" que, frente a la segunda crisis del modelo exportador, optó por sumarse a los nuevos actos "nacionales" de expropiación de riquezas ajenas. Los resultados fueron nada despreciables. La guerra dio un importante impulso al crecimiento industrial, consiguiendo lo que no había logrado el sector exportador. La riqueza salitrera prolongó a escala ampliada la vida del modelo primario y los beneficios fiscales. Creció el mercado interno, convirtiéndose ahora en el principal estímulo para una agricultura que ingresó al siglo veinte expandiendo y diversificando su producción. Pero fuera del sector exportador. De modo que la suerte de éste pasó a depender casi exclusivamente de la del salitre. Por lo tanto, su crisis fue la del modelo primario exportador y la del desarrollo capitalista a que dicho modelo había dado lugar.

Los productos de la agricultura no volvieron a ocupar un lugar de importancia en las exportaciones, menos todavía a partir de la implementación de la estrategia de industrialización sustitutiva de importaciones.

AGRICULTURA Y NACIONAL-DESARROLLISMO

La función estatalmente diseñada para el sector agrícola fue la de proveer de alimentos baratos y de materias primas indispensables para la reproducción de la fuerza de trabajo y el crecimiento industrial. Para conseguir dichos objetivos, las

políticas estatales dieron un trato preferencial al empresariado agrícola a través de medidas tales como el otorgamiento de créditos subsidiados, o restricciones a la importación de gran parte de los productos agrícolas. Pero, por sobre todo, garantizaron su control social y político al impedir la sindicalización campesina.

Sin embargo, la eficiencia productiva no fue el resultado obtenido. Por el contrario, cada vez se fue haciendo más evidente que la agricultura constituía un sector de respaldo demasiado débil para el éxito de la industrialización. En concreto, su producción era insuficiente para satisfacer la demanda interna, y las obligadas importaciones de bienes agropecuarios de los que existía producción nacional restaban cada vez más divisas, indispensables para la profundización del crecimiento industrial o para el de otros sectores de la economía.

Desde luego, la extremada concentración de la propiedad de la tierra, expresada en un latifundio caracterizado por la subutilización de los recursos y bajos niveles de inversión, muestra la evidente responsabilidad de los grandes propietarios en este progresivo deterioro del sector.

La crisis del proceso de industrialización a mediados de los años cincuenta puso de manifiesto la necesidad de "cambios estructurales", y la reforma agraria comenzó a adquirir un carácter inevitable. Excepto, por supuesto, para quienes serían afectados por ella.

Pese a las diferencias con que fue concebido e implementando por las distintas fuerzas políticas que lo aplicaron desde el gobierno, este proceso condujo a que las posibilidades de modernización y eficiencia de la agricultura dependieran estrechamente de la intervención estatal. Es decir, ya no del mercado, ni mucho menos del mercado externo, sino del resultado concreto del conflicto político-social que venía intensificándose en una sociedad cada vez más polarizada y en la que la orientación de la intervención estatal en la economía era, precisamente, uno de los grandes motivos de confrontación.

Este proceso de modernización estatal de la agricultura que fue la reforma agraria, provocó una diferenciación en el empresariado agrícola.

Emergió una burguesía agraria, que pudo constituir un tipo de empresa más eficiente al "reservarse" las mejores tierras, concentrar en ellas el capital agrario y aprovechar el crédito ofrecido por el Estado como estímulo a su modernización. Mientras que "por abajo", operaba una intensa asalarización en un contexto de creciente desempleo. Por ejemplo, la cantidad de inquilinos se redujo de unos 65 mil en 1965 a unos 30 mil en 1970; y el desempleo del sector llegó en ese último año a 30 por ciento.

Es decir, el tipo de "reforma agraria" aplicado tuvo la virtud de acelerar el desarrollo capitalista. Un buen indicador de que así había sido es que, según estimaciones de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), este sector de empresas modernas concentraba alrededor de 40 por ciento de la producción nacional.

El resultado político, en el ámbito del empresariado agrícola, fue trascendental: la burguesía agraria asumió una posición de liderazgo entre los grandes propietarios y le imprimió el sello de sus intereses a la acción de sus organizaciones "gremiales". De este modo, estuvo preparada para enfrentar el momento en que la "vía chilena" no fuera en la dirección adecuada. Fuera del gobierno, se vio en adelante enfrentada a un proceso de expropiaciones en los que la acción de los organismos estatales llegó a ser superada por la acción directa, por ejemplo, con las "tomas" de fundos.

A partir de entonces, este moderno empresariado agrícola rompió su repentina, involuntaria y sospechosa alianza con el progreso. Concluyó que era más rentable apostar al "caos" y a la desarticulación de la producción, al desabastecimiento, al mercado negro. Y ganó ...

LA AGRICULTURA NEOLIBERAL

Recapitulando algunos elementos planteados hasta ahora, diría que la participación de la agricultura en el sector exportador, a pesar de ser secundaria en comparación con la de la minería, estimuló su crecimiento y, efectivamente, le otorgó grados de modernización importantes en varios aspectos.

Pero, al mismo tiempo, se ha tratado de una modernización episódica y caracterizada por un fuerte predominio del capital extranjero o del Estado en ámbitos claves como son la provisión de tecnología, la comercialización de sus productos o el financiamiento de sus inversiones. En otras palabras, el protagonismo del empresariado agrícola nacional resulta ser bastante pobre en lo que a inserción en el mercado externo y a modernización del sector se refiere.

Por ello no debe extrañar que la implantación del modelo neoliberal haya sido inicialmente traumática para un sector empresarial que, visto en trayectoria histórica, ha sido muy poco competitivo internacionalmente. Es que su capacidad de acumulación, amparada por la protección estatal desarrollista, difícilmente podría no haberse resentido en un esquema donde se privilegió la subsidiariedad, la apertura comercial y el veredicto del mercado.

Tampoco resulta sorprendente que si bien en la primera fase de aplicación del modelo en el sector —hasta 1982— no se le dio el trato preferencial al que estaba acostumbrado, haya construido su posterior éxito en el mercado externo a partir de profundos costos sociales pagados por el conjunto de la población. Especialmente, por los trabajadores agrícolas.

Por otra parte, el actual auge exportador no parece estar exento de algunas de las falencias que caracterizaron a los del pasado.

Si bien la reforma agraria liquidó el latifundio, para nadie es un misterio que la acelerada dinámica del mercado de la tierra ha conducido a una fuerte concentración de la propiedad, tanto en manos de empresarios individuales como de grupos económicos en los que la presencia del capital extranjero es decisiva. Por lo mismo, esta concentración se refleja en la enorme participación que unas pocas empresas tienen en las exportaciones de los rubros precisamente más modernizados y exitosos, como son el frutícola y el forestal.

Así, la internacionalización de la agricultura ha sido también la de un sector empresarial cuyos intereses están más que nunca vinculados a las condiciones de la economía internacional, y cuyo poder económico y político hace dudar del éxito de

eventuales medidas estatales orientadas a la corrección de las desigualdades en el sector. De hecho, un balance reciente de la gestión del actual gobierno (del Presidente Aylwin) señala que se ha aplicado un programa de carácter conservador en el que, por ejemplo, las organizaciones sindicales campesinas no han sido consideradas un interlocutor válido.

En relación a este nada despreciable problema de la modernidad contemporánea, cabe preguntarse si acaso se tratará de uno de esos "consensos" que requiere el futuro éxito del modelo vigente. ¿Es compatible éste con una concreción de la exigencia de democratización sustantiva que requiere la dimensión política de un país moderno? ¿Seguirá siendo competitiva nuestra burguesía agraria si el peonaje rural moderno reclama la parte que le corresponde en el actual éxito?

En otra dimensión, es importante señalar que estudios de casos de empresarios y empresas agroexportadoras con altos grados de modernización, llaman la atención respecto de la fuerte incidencia de la tecnología importada en los costos directos de producción. Se ha señalado, también, como uno de los problemas serios del sector, el alto nivel de endeudamiento con el sistema financiero privado.

Acerca de estos rasgos que acusan una similitud entre la actual modernización agroexportadora y las del pasado, debiéramos preguntarnos también si se reeditarán la histórica disfuncionalidad de su relación con el crecimiento industrial nacional. ¿Está capacitado nuestro "sector I" para articularse con el auge exportador agrario en una perspectiva de desarrollo que nos ponga a salvo de los riesgos de nuestra "vocación" de economía primaria? ¿O será que la actual vía chilena es un camino seguro hacia la modernidad, y hace anacrónica y premoderna esta pretensión?

Volviendo al ámbito externo, se perfila un problema ya conocido y que ha resultado insoluble en nuestras experiencias agroexportadoras históricas: la competencia de nuevos productores. Paradójicamente, algunos de ellos reconocen estar inspirados en el "ejemplo chileno". Y otros están inspirados en negarlo: los productores agrícolas del Viejo Mundo moderno, por ejemplo.

Así, la crisis que de acuerdo con las recientes señales podría estar desatándose, tendrá una explicación anticipada en algunas de las características inherentes al exitoso modelo neoliberal agrario.

¿Propuestas vigentes?

Se ha sostenido que la inversión en la calidad de los factores productivos, especialmente a través de una mejor educación, permitiría "agregar valor" a las exportaciones y proyectarlas en el mercado externo tanto con más seguridad como con más rentabilidad. En una especie de transfigurada versión de la teoría del "chorreo", se nos recalca que sin cumplir requisitos como éstos, difícilmente podríamos esperar resultados sociales más equitativos.

¿Será posible el Sur? Comentando el "neo-proteccionismo" del Norte, el ministro de Hacienda criticó que en la reciente cumbre del Grupo de los Siete, realizada en Tokio, ni siquiera se tratara el problema de las restricciones que en esos países (liberales) se impone a los productos agrícolas. Y lo calificó como el problema de mayor importancia para los países de economías abiertas en el mundo en desarrollo.

Con signos como éste, y también con los significados de nuestra historia "primario exportadora", tal vez sea útil que nuestra clase política se pregunte de nuevo si acaso la modernidad internacional vigente admite más invitados al progreso.

También debiéramos intentar responder nosotros. . .

El nuevo rol del Estado en el desarrollo económico (liberal)

Oscar Muñoz Gomá

Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica, Cieplan

Mi hipótesis sobre las relaciones entre el Estado y la economía en Chile es que, a partir de la primera guerra mundial, se produjo en el país una asociación positiva entre la expansión del Estado y su mayor intervencionismo económico, por una parte, y los procesos de democratización, por otra. Esa asociación, iniciada durante los años veinte, culminó a principios de los setenta. En contraste, en los años noventa estamos percibiendo la tendencia contraria, no sólo en Chile, sino también en otras regiones de América Latina y Europa Oriental. Ahora los procesos de democratización se asocian con menos intervención del Estado, más mercado, privatización de empresas públicas, inserciones en el capitalismo internacional. Esto obedece, a juicio de muchos, a una crisis del Estado que se expresa como una pérdida de su capacidad de acción, ineficacia para ejercer el control económico, crisis fiscales que se muestran irreductibles.

Chile parece escapar de ese diagnóstico en cuanto al Estado. Aunque aquí también se da la privatización de la economía, no es tan claro que el Estado se encuentre inerte frente a la economía. Por el contrario, el régimen democrático heredó del gobierno militar un Estado parcialmente reformado, con una capacidad fiscal mejorada y una

capacidad de acción muy superior a la de otros países. Sin embargo, no se ha planteado una demanda democrática por un retorno al viejo modelo de Estado interventor. No hay una demanda por recuperar el rol de las empresas públicas ni por restablecer la matriz Estado-céntrica de los años cuarenta a los setenta. Una interpretación posible es que esa matriz perdió legitimidad social.

¿Cómo se explica este cambio en la percepción que tiene la sociedad con respecto al Estado?

Vale la pena recordar brevemente en qué consistió esa vieja matriz Estado-céntrica, que originó y sustentó el modelo de industrialización. Se trata de un monopolio creciente del Estado para definir las relaciones entre economía y sociedad, entre los agentes económicos y clases sociales. Lo hizo mediante una serie de instrumentos de políticas como el proteccionismo, el control de cambios, de precios, de las tasas de interés, de los flujos financieros. En ese período prácticamente no había mercado de capitales, sino un sistema financiero muy regulado por las instituciones del Estado, como el Banco Central, el Banco del Estado o la Corporación de Fomento de la Producción, Corfo.

Asociados a ese conjunto de instrumentos y formas de acción, había también otros factores

sociales y políticos, como el desarrollo de los sectores populares y medios y su creciente influencia en los resultados electorales, que fueron modificando la estructura tradicional de poder. Del mismo modo, una ideología crecientemente nacionalista articuló la idea del Estado interventor como respuesta a la crisis del sistema internacional, manifestada en la gran depresión de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, la creciente hegemonía norteamericana y su control sobre los recursos de exportación, la guerra fría, etc. Se planteó la necesidad de rescatar la soberanía económica nacional frente al capital extranjero y surgieron también las propuestas por reformas estructurales de fondo en el sistema económico-social chileno. Las orientaciones del Estado oscilaban entre los enfoques populistas o desarrollistas, dependiendo de las clientelas políticas a las cuales se dirigían los gobiernos. En este marco, se fueron abriendo paso algunas reformas políticas tendientes a democratizar el sistema.

Este modelo de desarrollo experimentó, sin embargo, los síntomas del deterioro y la erosión. No me voy a referir a los aspectos políticos y sociales, sino principalmente a los económicos. A partir de los años sesenta comenzó a producirse un crecimiento explosivo de los mercados mundiales. A ello contribuyeron la recuperación europea y los enormes flujos financieros desde Estados Unidos hacia Europa y Japón, principalmente. No poco importante fueron los cambios tecnológicos, que permitieron aumentos significativos de la productividad, y las reducciones arancelarias, que estimularon el comercio.

Durante los años sesenta se desarrollaron activamente los mercados de bienes, con un fuerte aumento del comercio mundial, especialmente en manufacturas, entre Estados Unidos, Europa y Japón. En los años setenta se desarrolló vigorosamente el mercado internacional de capitales, sobre todo después del primer shock petrolero. Esta expansión erosionó los controles de cambios, lo que indujo movimientos progresivos hacia la liberalización financiera.

Desde esta perspectiva de largo plazo, la característica principal de los años ochenta es la explosión de los mercados de tecnología y de informáti-

ca, que terminaron de erosionar la vieja estructura económica basada en la empresa tradicional, protegida. Esta no puede seguir compitiendo con un sistema tecnológico que induce innovaciones en la estructura de producción y en los procesos productivos, modificando sustancialmente las ventajas competitivas y sobrepasando las barreras proteccionistas tradicionales.

Estos cambios modificaron sustancialmente la capacidad del Estado para dirigir el proceso de industrialización. Las políticas industriales tradicionales, basadas en el proteccionismo, los subsidios y la planificación centralizada de las inversiones, perdieron eficacia para enfrentar el reto de la nueva economía internacional. Se comenzó a cuestionar el concepto de "ramas industriales estratégicas" o "ganadoras", decididas por el Estado. Por otro lado, el financiamiento privado pasó a ser mucho más relevante que los recursos internacionales canalizados a través de los gobiernos, con lo que el Estado perdió esta importante palanca de control. La crisis fiscal, provocada por los crecientes gastos públicos de carácter social, desestabilizó las economías.

Desde el punto de vista político, el Estado perdió la capacidad de subsidiar clientelas que en otras épocas habían sido su principal base de sustentación. Aparecieron nuevos interlocutores y agentes con mayor capacidad de control económico: la banca internacional, el capital extranjero, la nueva clase empresarial, los nuevos profesionales informatizados, ligados al sector financiero y a los servicios. La industria manufacturera, motor del desarrollo en las décadas de posguerra, perdió también el privilegio de ser la portadora de progreso técnico por excelencia. Con la informática, cualquier sector puede convertirse en un sector de punta y mostrar fuertes aumentos de productividad, como lo ha demostrado la fruticultura.

Recién están comenzando a analizarse las implicancias de esta nueva estructura de la economía, las cuales necesariamente replantean el rol del Estado y sus relaciones con el mercado. En Chile se ha consolidado la economía de mercado, pero ello no significa menores responsabilidades para el Estado, sino tan sólo funciones distintas a las que desempeñó tradicionalmente. Quizás el

cambio más importante es que ahora el Estado necesita menos ser protagonista directo del control de la economía, pero es más responsable de generar las instituciones adecuadas a esta nueva estructura.

A manera de ejemplo, podemos referirnos a seis grandes áreas de problemas frente a los cuales se requieren nuevos enfoques para la acción del Estado. Ellas se refieren a las relaciones entre el Estado y el sector privado, a las estrategias para entrar de lleno al proceso de innovación y difusión de tecnologías tendientes a aumentar la productividad en forma sostenida, a los programas de promoción de la pequeña y mediana empresa, a los programas sociales destinados a los sectores medios y populares, a la descentralización regional y local, y a la estructura administrativa del propio aparato estatal. También sólo a manera de ejemplos, sugerimos el tipo de contenidos que vemos en esos temas.

La cuestión de las relaciones entre el Estado y el sector privado involucra el tema de las regulaciones que deben regir el funcionamiento de los mercados. Es una falacia creer que los mercados no necesitan regulaciones. No hay mercados fuera de una determinada institucionalidad y reglas del juego. Estas pueden ser buenas o malas, estables o inestables, pero no inexistentes. Con los cambios tecnológicos, las reglas del juego también deben renovarse; si se tiene dudas, piénsese en los sectores de las telecomunicaciones y los diversos conflictos que se han suscitado entre las empresas de este sector. Lo propio ocurre con el desafío ambiental y con los recursos naturales. Para que las regulaciones funcionen, se requiere que los agentes económicos y sociales participen en su elaboración. Esa participación debe ser institucionalizada.

El segundo tema es el de la organización para el crecimiento de la productividad nacional. Este no es sólo un problema de más y mejores tecnologías a nivel de las empresas. Es un problema del sistema en su conjunto, porque involucra desde la educación de los niños para la creatividad hasta la organización interna de las empresas para motivar a sus trabajadores a mejorar la calidad de su trabajo. Involucra la institucionalidad nacional para el desarrollo de la ciencia y la tecnología, su finan-

ciamiento, la asignación de responsabilidades entre Estado, empresas, universidades, etc.

En cuanto a la pequeña y mediana empresa, ellas constituyen un sector de enorme importancia por el tamaño de su empleo, pero que tiende a quedar rezagado en la distribución de los beneficios de las políticas macroeconómicas. Sus problemas son sencillos y complejos a la vez: lo primero, porque no requieren de grandes sofisticaciones tecnológicas; muchas veces un buen sistema contable puede significar un cambio radical en sus resultados concretos. Pero son complejos por el tamaño y heterogeneidad del sector, que hace difícil su acceso a las instituciones, a la infraestructura y a las políticas. Tan sólo una política que abra el acceso a estos elementos podría significar una contribución de enorme valor al desarrollo de este sector.

El tema de la distribución de los beneficios del crecimiento adquiere cada vez más relevancia, a medida que se consolida el modelo de economía de mercado. Durante la emergencia de los años de crisis, el problema central fue cómo identificar los grupos sociales más afectados. En una perspectiva de más largo plazo, el foco de este tema debe plantearse más en función de los problemas dinámicos de las políticas sociales. El caso de la salud es claro. Su dinámica muestra un crecimiento insostenible en el costo del servicio de la salud a largo plazo. El crecimiento de la oferta es excluyente. Una proporción creciente de la población va quedando marginada de sus posibilidades. Al mismo tiempo, la población envejece, con lo que aumentan los riesgos. Un problema dinámico diferente es el de la educación. Aquí se trata de la adecuación de la composición de la oferta a la composición de la demanda. Pero es un servicio de largos períodos de gestación, por lo que los desfases pueden tener consecuencias irreversibles durante una generación. Estos problemas rebasan la capacidad del Estado para ofrecer soluciones directas, pero en cambio es esencial que el Estado asuma el liderazgo en el diseño de la nueva institucionalidad y de los nuevos sistemas destinados a compatibilizar la participación privada, pública y de los propios interesados.

Un quinto tema prioritario para la agenda del

Estado en los años noventa es el de la descentralización regional. Hay una demanda social por descentralizar. Ella va asociada a una descentralización presupuestaria y a los consiguientes riesgos de desequilibrios financieros. La estabilidad financiera a nivel nacional es un bien público que sirve a todas las regiones, y ella es responsabilidad del gobierno central. Aquí se requiere un diseño institucional que, preservando ese bien público nacional, avance a satisfacer esa demanda por descentralización regional.

La otra implicancia de la descentralización regional es la disponibilidad de cuadros técnicos y de la capacidad ejecutiva para la toma de decisiones. Este tema tiene también dimensiones nacionales, y quizás aquí es donde se requerirá la mayor cantidad de innovaciones institucionales. La internacionalización de la economía significa que los precios internos tienden a acercarse a los precios internacionales. Esto vale también para los factores productivos, y especialmente para los recursos humanos más calificados. Cada vez más el Estado tiene que competir en desventaja con el mercado para retener a sus mejores cuadros técni-

cos. La desventaja es doble: las tareas públicas imponen responsabilidades muy grandes, pero al mismo tiempo las remuneraciones sufren fuertes castigos. Y las nuevas tareas del Estado son cada vez más intensivas en capital humano de alta calidad técnica y motivacional. La vieja institucionalidad burocrática y reclutadora del Estado va siendo abiertamente incompatible con su rol modernizador. Un funcionario público que debe velar por el cumplimiento de reglas del juego que son complejas percibe la cuarta o quinta parte de la remuneración que perciben quienes deben ser regulados. No bastan los incentivos morales. El propio Estado debe modernizar su gestión.

En síntesis, tras la ola neoliberal, que tendió a enfocar muy simplificada el tema de las relaciones entre el Estado y la economía, surge la necesidad de asumir la modernización económica, pero en el marco más amplio de la sociedad, de sus instituciones, de su cultura. Los criterios de racionalidad económica deben compatibilizarse con otros criterios sociales a través de los procesos democráticos que son, en definitiva, los que pueden darles la legitimidad necesaria.

Empresarios, Estado y desarrollo: una perspectiva histórica

Cecilia Montero

Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica, Cieplan

Diversas razones hacen conveniente mirar la situación actual del país desde una perspectiva histórica. En primer lugar, algo ha cambiado en la forma en que los actores sociales se insertan en el proceso de desarrollo, y para precisar el sentido de ese cambio se requiere saber cómo eran las cosas en el pasado. En segundo lugar, porque existe una tendencia a atribuir la evolución positiva de algunos indicadores económicos y sociales a un paquete de reformas diseñadas e impulsadas desde el Estado, aunque el estudio comparativo del impacto de las reformas estructurales ha demostrado que los éxitos y fracasos de un país poseen raíces más profundas en la cultura y en la organización política. Sólo una visión de largo plazo, entonces, permite visualizar la forma en que las tendencias estructurales frenan o potencian un nuevo arreglo institucional.

En este trabajo propongo una reflexión en torno a dos interrogantes que a menudo emergen en los debates sobre el caso chileno. La primera dice relación con los cambios que se observan en el comportamiento empresarial. Cualquier observador de la realidad nacional puede constatar un poderoso despliegue de capacidad empresarial. Surgen nuevas actividades productivas, las em-

presas están en condiciones de competir en los mercados externos, mejoran sus resultados y la tasa de inversión se mantiene alta.¹ Todas estas cualidades de hoy fueron precisamente las que hicieron falta en el pasado para que el país experimentara un desarrollo sostenido. Por lo tanto, bien vale determinar qué circunstancias ocurridas en los últimos años explican este vuelco.

La segunda reflexión tiene que ver con la relación de los actores sociales con el Estado. En América Latina y en Chile, los actores sociales se constituyen por su relación con el Estado. Este último fue el actor principal, la fuerza decisiva tras el desarrollo económico y social. El Estado ocupó el lugar de actores económicos y sociales débiles. En ello insiste Alain Touraine cuando señala: "En América Latina el desarrollo se entiende como la modernización voluntarista de una sociedad por un Estado nacional o extranjero".² La experiencia chilena de los últimos años perfila un mayor protagonismo del sector privado en el desarrollo y una nueva relación con el Estado.

1. La tasa de inversión alcanzó a 28 por ciento en 1993.
2. A. Touraine, "Qu'est-ce que c'est le développement?", *Année Sociologique*, vol. 42, pp. 47-85, p. 49.

En primer término, deseo abordar ambas interrogantes recurriendo a las explicaciones tradicionales de las ciencias sociales, para sugerir posteriormente otras explicaciones posibles.

LA EXPANSION DE LA CAPACIDAD EMPRESARIAL

El tema del origen, condiciones o factores que favorecen el desarrollo de la capacidad empresarial suele abordarse a partir de explicaciones extremas: la económica y la cultural. Los neoliberales sostienen que la expansión del mercado se traduce en el debilitamiento del Estado y en un sector empresarial desarticulado, compuesto por un agregado de firmas que compiten a nivel microeconómico. En consecuencia, entender qué pasa en la economía resulta suficiente para explicar los modelos de comportamiento de los agentes capitalistas. En otras palabras, el despliegue de iniciativa privada se entiende como la respuesta mecánica del empresario frente al retiro del Estado. A su vez, una alta tasa de inversión es la respuesta privada a la estabilidad de las condiciones macroeconómicas, al control de la inflación, a la desregulación de los mercados. Los empresarios pueden entonces formular proyectos y establecer metas de largo plazo.

La explicación economicista sostiene entonces que en el pasado no se dieron las condiciones macroeconómicas señaladas. Sin embargo, el excesivo énfasis en el poder de la política económica impide visualizar otros aspectos. Por de pronto, llama la atención el hecho de que muchos otros países aplicaron reformas similares con resultados diferentes.

En el otro extremo está el enfoque culturalista. La literatura histórica chilena consigna que la insuficiencia del empresariado se debe a la herencia hispánica, que implica cierto desdén por el trabajo productivo, o bien a la cultura católica, la cual desvalorizaba el afán de lucro. La falta de espíritu schumpeteriano tendría, pues, su origen en nuestra cultura. Recordemos por un momento la literatura sobre el empresariado en el modelo exportador, es decir, el tipo de crecimiento que se

logró a fines del siglo pasado y hasta el año 1930. El soporte político de dicho proceso estuvo en una oligarquía compuesta por una clase terrateniente que se iba ligando por lazos económicos con los comerciantes e industriales, los cuales se enriquecieron con el comercio exterior. Todo el dinamismo del negocio exportador, de la actividad minera, fue trasladándose a la agricultura y a la banca. Y lo que la historia destaca muy particularmente de este período es el espíritu aventurero del empresario minero. Encina utiliza una expresión muy gráfica para referirse al empresario de la época, cuando señala que éste tenía la "obsesión de la fortuna de un golpe".

Esta mítica imagen de los pioneros del salitre se transforma más tarde en negativa y se esgrime para explicar el poco interés que nuestros empresarios manifestaron por las actividades industriales. Lo mismo que en un momento constituyó una deslumbrante característica, en otro contexto provoca frustración.

Según esta explicación, no cabría entonces sino lamentar que nuestros colonizadores no fueran protestantes y esperar pacientemente durante varias generaciones, hasta que surjan los *animal spirits*, los innovadores, esos empresarios que se interesan en la productividad y no en la especulación.

El estudio de la composición del empresariado exportador, sus perfiles profesionales y sus historias de vida, me lleva a discrepar de estas versiones simplistas. El desarrollo de capacidad empresarial es un proceso social más complejo. La apertura de mayores espacios, la estabilidad macroeconómica, son ciertamente factores favorables para que un mayor número de individuos decida dedicarse a empresarios. También es necesario considerar la importancia de cierto tipo de valores (en general los valores del liberalismo son más estimulantes). Pero el cuadro estaría incompleto si no se incluyen ciertas condiciones sociales, como las redes sociales de apoyo, una institucionalidad adecuada, lo que se traduce en nuevas reglas y normas que regulan los mercados. Hay ciertas coyunturas especiales, como por ejemplo aquellas donde la innovación nace del imperativo de sobrevivir en condiciones adversas.

A raíz de la crisis del modelo exportador, el Estado asumió el liderazgo del desarrollo e inició el proceso de industrialización sustitutiva, supliendo las carencias del sector privado, en particular la ausencia de una tradición industrial.

Como resultado, se creó una relación Estado-empresarios muy particular: una relación de dependencia. En materia de inversiones, el Estado se convirtió en el principal agente de desarrollo. En lo político, la literatura de la época insiste en la poca autonomía del Estado, al cual se considera dependiente de la clase dominante. Hay, por lo tanto, una dependencia recíproca. Por ello, cualquier intento por comprender la identidad y el rol social del empresariado requiere de un análisis de sus relaciones con el Estado.

Son estas razones las que llevan a los analistas a hablar de burguesía industrial, o incluso de oligarquía. La clase empresarial del modelo sustitutivo se volvió corporativista, buscaba obtener ventajas de los subsidios y concesiones que le otorgaba el poder público y no se preocupaba por mejorar el rendimiento. Ya no hacía gala de un espíritu aventurero, sino más bien rentista, basado en privilegios. Estos comportamientos conformaron un tipo de capitalismo patrimonial, cuyos agentes eran los grupos familiares que lograron constituir grandes fortunas en torno a un banco.

A fines de la década de 1960, esas relaciones de tipo patrimonial comenzaron a cambiar y surgieron los conglomerados económicos, que se constituyeron en el mercado financiero mediante la técnica de gestión de portafolio. La aparición del grupo económico más conocido como "los pirañas" es manifestación de una nueva lógica de expansión financiera que desborda la lógica familiar tradicional. Aun así, y a pesar de que la Reforma Agraria removió los fundamentos del poder oligárquico, el marco proteccionista permitió que se prolongara una relación de dependencia del sector privado respecto de las iniciativas estatales.

No es de extrañar entonces que las ciencias sociales no hayan manifestado interés en los empresarios y que, cuando lo hacían, sólo fuera para establecer la ecuación $\text{clase empresarial} = \text{clase}$

dominante. Todo interés por ese sector social generaba reticencias. Los empresarios eran parte de esa oligarquía conservadora en lo político, que había retrasado la industrialización. No se parecían ni remotamente al empresariado de países desarrollados: aquellos empresarios que asumen tempranamente un rol dirigente, modernizador, con un sector privado que posee un proyecto propio y lo realiza sin depender del Estado, y que participan en las organizaciones de una sociedad civil desarrollada.

En mi opinión, esta realidad oligárquica ya ha sido superada. Y a fin de consignar los cambios que se han producido en la capacidad empresarial y en el desarrollo de un actor empresarial dirigente más autónomo respecto del Estado, propongo identificar los puntos de ruptura en el desarrollo histórico chileno.

RUPTURAS Y TRAUMATISMOS

Una primera ruptura en el régimen corporativista del modelo sustitutivo se produjo en los años sesenta, cuando se inició el período reformista, y en particular la Reforma Agraria. Los antecedentes históricos permiten apreciar que ese empresariado acostumbrado a los favores del Estado, y a tener libre acceso al gobierno, fue relegado a un segundo plano por la nueva tecnocracia llegada al poder durante el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva. El empresario acostumbrado a obtener respuesta a sus demandas por la vía directa, tuvo que movilizarse como actor colectivo. Por primera vez los empresarios percibían que la política gubernamental se les escapaba y podía volverse en su contra.

Esta tendencia se profundizó con las expropiaciones y controles efectuados durante el gobierno de la Unidad Popular, lo que generó un profundo quiebre de tipo político. La clase empresarial en su conjunto se organizó: los agricultores, los transportistas, los comerciantes, se autodefinieron como "gente de trabajo" que actuaba en defensa de la propiedad privada. Durante el año 1972 surgió un empresariado en armas, un grupo social que se consideraba atacado en su supervivencia y que se

movilizaba con todo lo que tenía a su alcance.

La segunda ruptura en las relaciones tradicionales del sector privado con el Estado fue de tipo económico y se produjo con el régimen de excepción y la supresión del funcionamiento de las instituciones democráticas impuesta por la dictadura del general Pinochet. Es interesante constatar que los militares llegaron al poder con todo el apoyo de los empresarios, pero que ello no significó un acceso directo de éstos al poder del Estado. Después de una primera fase de corta duración, la gestión económica fue monopolizada por la tecnocracia de los economistas de Chicago, que mantuvo al margen a los empresarios. A pesar de ello, se produjo un fortalecimiento ideológico de las posiciones empresariales, que fue alimentado por esa misma tecnocracia y que se difundió a través de las universidades y de los medios de prensa. Militares, funcionarios públicos, empresarios, comenzaron a funcionar dentro de la misma matriz valórica. Hubo, entonces, un fortalecimiento ideológico, pero una pérdida relativa de poder político.

Se ha dicho que la clave del éxito del gobierno militar estuvo en la represión que acompañó el proceso de apertura y desregulación de los mercados. No hay duda de que el control ejercido sobre el movimiento obrero facilitó las cosas a los empresarios. Pero hay otras dimensiones en el proceso autoritario que han escapado al análisis y que tienen que ver con los nuevos comportamientos empresariales inducidos por la acción impulsada desde el Estado.

En primer lugar está el proceso de privatizaciones, el cual significó una recomposición total de los grandes grupos económicos, la aparición de grupos más internacionalizados y una reestructuración de la producción, la cual fue reorientada hacia los mercados externos. En segundo lugar, la intervención estatal en la economía durante la crisis financiera de 1982-83, proceso que, junto con regular el mercado financiero, introdujo la disciplina en los rangos empresariales. Por otra parte, los choques y conflictos entre los gremios empresariales y el gobierno militar convenció a los primeros de la necesidad de involucrarse más activamente en la definición de la política económica.

La desregulación a ultranza y las políticas monetaristas, manejadas en forma muy ortodoxa, llevaron a la crisis financiera de 1982-83. A partir de entonces se produjo un viraje hacia una política más pragmática en lo económico, que tendía a favorecer la producción nacional, con medidas muy precisas para beneficiar al sector exportador. Fue entonces cuando las organizaciones empresariales se encontraron frente a otra interesante ruptura. A raíz de la crisis, se produjo una mayor coherencia entre las organizaciones empresariales y una ofensiva ideológica muy visible, ya que las protestas habían aumentado y el proceso corría el riesgo de un desborde político. El empresariado tomó un papel mucho más activo y comenzó a plantear al gobierno militar una serie de exigencias. Ya en ese momento (1983-84), el régimen accedió a varias de las demandas del empresariado e incorporó como ministros a algunos de sus dirigentes. En esa coyuntura, el empresariado comprendió que debía pasar a la ofensiva para defender su modelo, actitud ausente en las fases anteriores, y que constituye un rasgo de indudable interés.

Lo anterior explica la fase actual de cooperación entre el sector empresarial y el gobierno de la Concertación, relación que puede ser interpretada de distintas maneras. Hay quienes sostienen que la política del gobierno ha implicado una continuidad en lo económico y que, por lo tanto, resulta sorprendente que los empresarios estén en buenos términos con él. Estimo que este cambio en las cúpulas empresariales se remonta a más atrás, y que lleva implícita su comprensión de que es necesario otorgar legitimidad al sistema democrático. Esto plantea una nueva pregunta: ¿qué tipo de relación se establece en democracia entre Estado y mercado? Al respecto, percibo una relación de las organizaciones empresariales con el Estado, en la cual ambas partes valoran, ciertamente por razones distintas, tanto la estabilidad económica —con el equilibrio, la estabilidad y el crecimiento que supone— como la gobernabilidad política.

LA DIMENSION POLITICA DEL DESARROLLO

Cada vez es mayor el consenso respecto a que la eficiencia económica y la eficiencia política no se pueden separar ni considerar contradictorias. Hay comunidad de criterios entre un actor político -el Estado- y un actor económico -el empresariado-, para valorar cada vez más los factores de gobernabilidad. El tema de las reformas laborales lo grafica. Si bien ellas no eran satisfactorias para ninguna de las partes, se logró negociar, en el entendido de que esas reformas legitimaban la transición a la democracia. No se privilegió la consideración de si devolvían o daban satisfacción a las demandas del sector trabajador, sino su valor como instrumentos políticos de legitimación.

Se puede señalar, en resumen, que el empresario exportador que hoy conocemos surge del fracaso de la primera tentativa de reformas ortodoxas, y de la conjunción de un proyecto ideológico y de un intervencionismo estatal que orienta el proceso de desarrollo hacia un nuevo modelo. Si bien el Estado se retira de ciertos ámbitos, interviene activamente en otros y no pierde fortaleza.

Por otra parte, hay que entender la lógica del comportamiento actual de las organizaciones empresariales como un proceso de afirmación, de mayor autonomía respecto del Estado y del siste-

ma político. Se trata de un proceso cuyos orígenes se remontan a los traumas de los años sesenta y setenta, que continúan produciéndose durante los años ochenta.

No me parece evidente, sin embargo, que los empresarios chilenos hayan comprendido su responsabilidad respecto del costo social del desarrollo, ni que perciban qué implica para ellos un proceso de desarrollo con integración social. Abro discusión sobre el tema, que me merece dudas. Una visita a las empresas permite apreciar que la situación de sus trabajadores está muy lejos de ser positiva: al parecer, el empresario individual no ha interiorizado su responsabilidad social.

Volviendo a la interrogante inicial sobre las raíces históricas del desarrollo, cabe hacer notar que Chile ha vuelto al modelo exportador de principios de siglo. No sabemos si este modelo correrá la misma suerte. Existen algunas diferencias alentadoras. El país cuenta con una clase empresarial más poderosa y autónoma asociada con el capital multinacional y no dependiente de él. Cuenta además con un aparato productivo más desarrollado y con una tecnocracia mejor capacitada para manejar los asuntos públicos. De todas formas, si bien la historia es de gran utilidad para destacar similitudes y diferencias, ¡sin duda que no nos sirve para predecir el futuro!

Dinámicas del cambio tecnológico en la industria chilena.

Desafíos para la década de los noventa

Alvaro Díaz
Sur Profesionales

La importancia de la industria chilena, que absorbe al 16 por ciento del empleo (800 mil trabajadores) y aporta el 21 por ciento del PGB, suele ser subvalorada. Es notable constatar cómo se hacen numerosas referencias a las llamadas "políticas sectoriales", considerando los sectores minero, pesquero, maderero, agropecuario y telecomunicaciones, pero haciendo caso omiso del sector industrial. Esta omisión no es casualidad. Corresponde tanto a las imágenes de la historia reciente de la industria chilena, como a la predominancia de enfoques neoliberales que consideraron equívoca toda referencia a la llamada "política industrial".

Es evidente que el progresivo agotamiento del enfoque neoliberal y la presión de los propios hechos comienzan a modificar esta realidad.

En este contexto es que se sitúa esta exposición –incompleta, por lo demás– que constituye una primera aproximación a la realidad industrial chilena. En ella se considera dos dinámicas industriales, una estrechamente articulada al sector primario-exportador y otra más manufacturera. En primer lugar, se analiza las dos grandes fases que tuvo el desarrollo industrial entre 1973 y 1993. Se continúa con un examen de los estilos de moderni-

zación industrial, considerando las diferencias entre los dos sectores antes mencionados. Y se termina exponiendo los desafíos que se presentan para los años noventa.

DOS FASES DEL DESARROLLO INDUSTRIAL CHILENO (1973-93)

En los últimos veinte años (1973-93), Chile experimentó una profunda reestructuración industrial que simultáneamente fue un proceso destructivo y creativo, analizable en dos grandes fases. La primera (1973-83) se asocia al *ajuste estructural*, es decir, a las reformas neoliberales y a dos recesiones (1974-75, 1982-83). Sus consecuencias principales fueron la des-industrialización parcial, el estancamiento de las inversiones, la racionalización y reorganización industrial, que fueron fenómenos mucho más relevantes que algunos cambios localizados en la base técnica. La segunda fase ocurrió después de la crisis 1982-83 y se asocia a la *recuperación* y luego *expansión económica*. Fue en este período que apareció una nueva generación de plantas industriales, vinculadas a la producción de *commodities* industriales. También se produjo

una recuperación de las inversiones en las empresas industriales más antiguas, que modernizaron parcial y progresivamente su base técnica e iniciaron también cambios organizacionales, orientados por los nuevos modelos de gestión empresarial.

En síntesis, fueron veinte años de dramáticas transformaciones, que modificaron completamente el perfil de la industria chilena. Es interesante analizar estas dos fases en forma más detallada.

Ajuste estructural y racionalización industrial (1973-83)

Fue durante esta década, 1973-83, que se conocieron los efectos de las racionalizaciones, externalización de procesos, fusiones y quiebras de aquellas empresas que crecieron al calor de la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI). El factor determinante fue el cambio sistémico del marco regulatorio debido a la apertura externa, la desregulación de precios, el desarrollo –desordenado– del mercado de capitales, y la flexibilización de los mercados laborales internos y externos, todo ello marcado por dos profundas recesiones (1974-76 y 1981-83). La consecuencia fue que la industria atravesó por una fase de gran ajuste estructural. El impacto fue notorio en las plantas industriales orientadas al mercado interno con producción seriada en grandes y pequeños lotes, especialmente en la industria textil y metalmecánica, que sufrieron un proceso de jibarización. Sin embargo, a la par de estos efectos destructivos y aun en el contexto de bajas tasas de inversión, hubo fenómenos menos visibles pero igualmente importantes, como desarrollos parciales en tecnología de producto, la externalización de procesos o la disminución del grado de integración vertical,¹ la reorganización del trabajo según criterios neotayloristas,² la flexibilización funcional y salarial de la mano de obra, la modernización

de las gerencias y su desarrollo en las áreas financieras y de comercialización.

Las estrategias de respuestas de las empresas a la crisis y al ajuste estructural fueron variadas, pero todas tuvieron este patrón común. Ello terminó generando profundos cambios que, en palabras de Nelson (1991), afectaron estrategias, estructuras e incluso el núcleo básico de capacidades competitivas de las empresas industriales chilenas.

La literatura crítica de los ochenta sólo reconoció la des-industrialización o la destrucción de empresas y tejido industrial. Siendo ello verdadero, los antecedentes acumulados en sucesivas investigaciones (Díaz 1989; Montero 1990; Rivas & Alagacino 1992) aportan una figura más compleja que engloba la anterior. Lo cierto es que también ocurrió un proceso de racionalización industrial o de reorganización de la base técnica y organizacional de las empresas asociadas a la ISI, que tuvo grandes costos sociales y que fue impuesto autoritariamente, pero que sentaría las bases de la recuperación posterior de las empresas.³

Reindustrialización y modernización tecnológica (1983-93)

La segunda fase de desarrollo industrial que estamos examinando ocurrió durante la década 1983-93. En este periodo hubo un proceso de reindustrialización, al calor de los efectos directos e indirectos de la expansión exportadora, así como

3. Schumpeter es una buena referencia para entender este proceso de des-industrialización y reconversión. No se trata de una mera interrupción del desenvolvimiento capitalista, sino parte inseparable de su dinámica histórica: cada cierta cantidad de décadas se reestructura, destruyendo fuerzas productivas y creando nuevas energías no tanto por ahorro-inversión, sino por las "nuevas combinaciones" de factores productivos. Schumpeter nos recuerda que "el desenvolvimiento consiste primariamente en el empleo en forma distinta de los recursos existentes, en hacer cosas nuevas con ellos, sin que importe si aumentan o no dichos recursos. Los distintos métodos de empleo ... o de aumentos de la cantidad de trabajo, han cambiado la faz del mundo económico" (*Teoría del desenvolvimiento económico* (México: Fondo de Cultura Económica), Cap. II, p. 79).

1. Vía sustitución de producción nacional por importaciones y, en menor grado, subcontratación.
2. Apoyado en la constitución de regímenes de empresa autoritarios.

la recuperación de la demanda interna —un factor cuya importancia suele ser subvalorada—. Hubo una profunda modificación de los precios relativos internos, que favoreció el repunte de la actividad industrial: por un lado, hubo un incremento de la protección efectiva gracias al aumento sistemático del tipo de cambio real; y, por otro, hubo una caída abrupta de los salarios reales entre 1982 y 1986, para luego iniciar una lenta recuperación entre 1986 y 1993. Además, en esta fase se dio término a un intenso período de cambios de propiedad que reflejaban el reordenamiento de los grupos económicos emergentes y declinantes, así como la privatización estatal de servicios públicos. Se mantuvieron los fundamentos de la racionalización de la fase precedente, y las empresas iniciaron procesos parciales de modernización de producto y proceso, desarrollando con mayor énfasis la externalización vía subcontratación de servicios y productos. También surgió una nueva generación de plantas industriales que procesan recursos naturales y que producen *commodities*, con nuevas tecnologías de proceso continuo y que ya no se concentran en Santiago. En esta fase ocurrieron tres fenómenos simultáneos:

- (1) La recuperación y luego expansión de las empresas vinculadas a la ISI, fundada en las racionalizaciones del período precedente.
- (2) La puesta en marcha de una nueva generación de empresas vinculadas al procesamiento de recursos naturales y que producen *commodities* industriales, que convencionalmente serían "bienes transables" pero que en realidad no lo constituyen, tanto por factores de oferta como de demanda local. Estas nuevas plantas industriales son en su mayor parte de proceso continuo o semicontinuo (celulosa, harina de pescado, alimentos), que se instalaron generalmente con tecnologías de frontera.
- (3) El desarrollo de un nuevo tejido industrial, diferente al preexistente en los sesenta, que era próximo a un modelo de dualismo industrial. En algunas ramas (textil, confecciones, agroindustria de exportación, pesca en el sur de Chile, madera-celulosa) se generalizaron las formas de subcontratación, lo que permitió el desarrollo de una nueva generación de peque-

ñas y medianas empresas (PYME) (p.e. huertos industriales en el valle central) o la reconversión y modernización de PYMES más antiguas, que tuvieron que modificar profundamente sus modos de producir y organizar el trabajo. Esto ha generado encadenamientos productivos con cuasi-integración vertical (CIV).⁴ Más generalizado y rápido fue el proceso de externalización, servicios financieros, etc.). Esto supone nuevos eslabonamientos industria-servicio de tipo "horizontal". En esta fase resurge la PYME, que tuvo una alta mortalidad en la fase precedente (1973-83), con la novedad de que, en una proporción significativa, estas empresas se convierten en subcontratistas, con lo cual superan el viejo dualismo industrial de la época de la industrialización sustitutiva de importaciones.

A partir de 1989-90 se inició un período de expansión con mayores tasas de inversión, en el que el cambio técnico predomina sobre el cambio organizacional que cristalizó en el período precedente. Esta expansión se ve alimentada por el dinamismo de los mercados internos y externos, pero el contexto de la fase 1984-90 está cambiando rápidamente. Por un lado, se han abierto nuevos mercados, especialmente en América. Por otro, el tipo de cambio real ya no crecerá como entre 1984-90. Asimismo, los mercados de trabajo son cada vez más tensos, lo que, sumado a una tasa de sindicalización creciente, favorece el crecimiento moderado pero sostenido de los salarios reales y los costos laborales. Además se ha incrementado la competencia de productos manufacturados fabricados en otros países del subcontinente latinoamericano y los países asiáticos emergentes. Esto constituye una nueva situación y abre nuevos desafíos para la industria chilena.

Evaluando los veinte años transcurridos entre 1973-93, es indudable que la base empresarial se ha

4. Estos nuevos encadenamientos productivos son hasta ahora de tipo primario, es decir, la mayor parte de los subcontratistas son micro o pequeñas empresas que producen insumos de bajo valor agregado, y que sufren las consecuencias de una alta asimetría en sus relaciones contractuales con las empresas contratistas.

expandido y ha progresado en sus capacidades competitivas. Chile vivió una versión análoga al ciclo schumpeteriano de aparición en masa de grandes, medianos, y más tardíamente pequeños empresarios, característico de un ciclo de innovación. Las causas no resultaron solamente de las reformas neoliberales impulsadas desde el Estado, sino de un ciclo más largo de maduración de una masa de profesionales de origen urbano, en su mayoría con educación universitaria, que constituyó la fuerza nutriente del nuevo empresariado que surgió entre los años setenta y ochenta. Comparada con la que existía en los años sesenta, puede afirmarse que existe actualmente una nueva cultura empresarial de "selfmade men" (Montero 1992), más autónoma del Estado y de sus antiguas instituciones de fomento-protección-subsidio. El empresariado de los nuevos tiempos ha desarrollado habilidades y rapidez en captar oportunidades de negocio, en comercializar (importando y/o exportando), en considerar las dimensiones financieras de la empresa y en importar tecnologías de producto y proceso.

Actualmente, las estrategias, estructuras y "core capabilities" que habían cambiado profundamente en el período precedente ya han cristalizado, generando nuevos atributos y fortalezas, pero también creando importantes debilidades.

ESTILOS DE MODERNIZACIÓN INDUSTRIAL

Dos "mundos industriales"

Durante la última década, y sin pretender agotar la realidad del sector, pueden identificarse dos experiencias diferentes de modernización tecnológica en la industria chilena: la de las plantas que producen *commodities* industriales mediante procesos continuos; y la de manufacturas estandarizadas fabricadas mediante procesos seriados en grandes y pequeños lotes, producidas para el mercado y que crecientemente se exportan. En su mayor parte, estas plantas nacieron con la ISI y ya vivieron el ajuste estructural. Se trata de dos "modelos industriales" cuyas diferencias se sintetizan en el cuadro siguiente, considerando seis criterios básicos. (Véase cuadro página siguiente)

Trayectorias tecnológicas diferenciadas

Commodities industriales

Como ya se ha dicho, las empresas que producen *commodities* industriales lo hacen básicamente en plantas de proceso continuo y semicontinuo (celulosa, papel, harina de pescado, cobre refinado, acero, cemento). En su mayoría surgieron como megaproyectos pertenecientes a grandes grupos económicos, con montos de inversión que variaron entre decenas y centenas de millones de dólares.

El cambio tecnológico en estas plantas se encadena a partir de tres ámbitos principales: producto, proceso y control de proceso. El mejoramiento de la calidad del producto ha sido significativo en papel y siderurgia, pero hasta finales de los ochenta tuvo una importancia menor que en el resto de los ámbitos antes mencionados. En cambio, fue más común el mejoramiento de procesos, especialmente en las plantas más antiguas. Esto requería de un dominio tecnológico nacional que fue desarrollado con bastante éxito. Sin embargo, donde más avances hubo fue en el desarrollo del control de procesos, punto neurálgico de las plantas de proceso continuo, dado que en estas industrias –cuyo ritmo de producción no depende del ritmo de trabajo– la productividad depende del rendimiento global de las instalaciones y del desempeño adecuado de equipos interconectados. Por tanto, operarlos adecuadamente implica reducir todo tipo de "porosidades", acercando su producción real a la capacidad ingenieril y minimizando el número de horas paradas por necesidades de mantenimiento. Además, el proceso debe ser permanentemente acompañado y corregido, evitando así riesgos de pérdida de especificación de los productos, que pueden surgir por variaciones de calidad de la materia prima o por pequeños cambios en la cadena de transformaciones físico-químicas.⁵ Esto determina la necesidad de controles en "tiempo real".

5. En varias entrevistas se recogió que existía una tendencia permanente a fabricar productos con grados de "pureza" superior al requerido y, por tanto, de mayor costo.

CRITERIOS	INDUSTRIALIZACION DE RECURSOS NATURALES	INDUSTRIAS MANUFACTURERAS
Tipo de producto	<i>Commodities</i> indust. c/bajo grado de diferenciación orientados hacia el mercado externo	Bienes manufact. c/alto grado de diferenciación orientados hacia el mercado interno y secundariamente al mercado externo
Tecnología y proceso productivo	Economías de escala en procesos continuos	Economías de variedad y de escala en procesos seriados de grandes y pequeños lotes, o de producción por encomienda
Producción y trabajo	Ritmo de producción no depende del ritmo del trabajo	Ritmo de producción sí depende del ritmo de trabajo
Forma de competencia	Precios	Precios Calidad
Dinámica de los mercados	Fluctuantes pero predecibles	Fluctuantes y con mayor grado de incertidumbre
"Grado de transabilidad"	Bajo, muy bajo	Alto, muy alto

En las tecnologías de control de procesos, la transición básica fue pasar desde sistemas analógicos a sistemas analógico-digitales hasta llegar a sistemas digitales de control distribuido, que ahora están bastante difundidos; es decir, redes de CLPs acoplados a computadores, o sistemas digitales de control distribuido (SDCD), que permiten superar la excesiva vulnerabilidad de los sistemas anteriores a fallas.⁶ Una vez instalado este

nuevo tipo de hardware, se ha comenzado el desarrollo del software, es decir, de sistemas más complejos de coordinación, redes de comunicación, optimización de procesos y gerenciamiento.

A partir de los años noventa y especialmente después de 1991-92, se conoce una nueva serie de proyectos destinados a mejorar la calidad de productos (p.e. desde harina de pescado a concentrado proteico), de proceso y de control de proceso, con el propósito de reducir costos y aumentar la rentabilidad de las empresas. Esto se debe al contexto de estancamiento del tipo de cambio real, problemas cíclicos en los mercados de *commodities* y requerimientos de aumento de la competitividad frente a la concurrencia extranjera.

6. Por ejemplo, computadores que se utilizan para calcular los llamados "set points" de un controlador analógico o para desempeñar un algoritmo en un DDC (*direct digital control*) como *back up*. Estos sistemas son vulnerables a fallas. La incorporación de CLPs que realizan separada y sincronizadamente diferentes algoritmos de control, permitió distribuir el control de diversas redes, superando ese problema. Solamente entonces es que el principio analógico fue sustituido por el principio digital.

Ciertamente, bajo esta categoría existe una inmensa variedad de productos. Por ello es que, considerando el escaso desarrollo del sector de bienes de capital y de la producción seriada en lotes pequeños,⁷ nuestro análisis se concentrará en la industria seriada de lotes grandes y/o medianos del sector metalmecánico y textil, donde el ritmo de producción sí depende del ritmo de trabajo.

Para entender su desenvolvimiento más reciente, es preciso considerar su situación antes del ajuste estructural (1973-83). La mayor parte de estas empresas operaba en un mercado altamente protegido y demanda efectiva relativamente pequeña, dada las escalas ingenieriles de producción de la maquinaria importada. Su tendencia fue disponer de un elevado *mix* de productos, con altos grados de integración vertical y con sistemas de organización del trabajo no regidos por principios tayloristas debido a dificultades técnicas y sociales. Esto fue determinando una creciente rigidez técnica y social de la organización de la producción y el trabajo. Todas las empresas habían acumulado experiencia tecnológica pero se enfrentaron a entramientos estructurales que se agudizaron entre 1968-73.

Durante el ajuste estructural del período 1973-83, cuyos rasgos ya fueron someramente descritos, las empresas que resistieron vivieron al menos los siguientes procesos comunes:

- Un proceso de racionalización de la organización del trabajo, con la introducción de prácticas neotayloristas. Es decir, reducción del personal, cambios en los modelos de contratación, flexibilización en el uso funcional y salarial de la fuerza de trabajo, cambios en la composición técnica del empleo, aumento de la segmentación interna de los mercados de trabajo.
- La externalización de procesos, con bajo grado de subcontratación.
- La disminución del *mix* de productos fabricados y la ampliación del *mix* de productos co-

mercializados. Esto quiere decir que las empresas también importaban para no perder cuotas de mercado.

- La "terciarización" de las empresas, es decir, el ensanchamiento de los ámbitos financiero y comercial.
- La introducción de nuevas tecnologías de producto, estimulada básicamente por el desafío competitivo de las importaciones.

El período 1973-83 puede denominarse como de racionalización, la que fue impuesta autoritariamente (Díaz 1989; Montero 1989). En el ámbito del proceso de trabajo, el cambio principal fue el uso intensivo de métodos tayloristas de organización y control del trabajo, métodos que no se podían aplicar plenamente en el período precedente. Es así que, durante esta década, todos los factores que entran las racionalizaciones fueron rotos. Frente a la apertura externa y disponiendo de un Estado siempre dispuesto a aplicar con mano de hierro una legislación laboral desventajosa para los trabajadores, las empresas debilitaron fuertemente el sindicalismo —aunque sin hacerlo desaparecer—, rompiendo el modelo de contratos colectivos y modificando sustantivamente los sistemas de incentivos. El resultado no fue sólo la reducción de salarios, sino el aumento del control empresarial de la mano de obra y, sobre todo, la flexibilización del uso de la fuerza de trabajo. La entrada en vigencia de la nueva Ley Laboral en 1979 no significó inicialmente mayores cambios, como se evidenció entre 1981 y 1983, cuando muchas empresas industriales despidieron fácilmente a más de la mitad de su personal.

En el período 1983-1993, en que aumentó la protección efectiva, la recuperación económica se convirtió en una fuerte expansión que se manifestó después de 1988. Fue durante esta fase que cristalizaron y se consolidaron los cambios estructurales del período precedente, y comenzaron a producirse modernizaciones tecnológicas parciales de producto, proceso y organización industrial.

En efecto, en las grandes y medianas empresas hubo un proceso de modernización tecnológica gradual: se intensificó la informatización del área administrativa, en desarrollos sucesivos y alternados de hardware/software; se modificaron má-

7. Considerando las nuevas tecnologías, se sabe que en la industria chilena no existen robots ni manipuladores, y las MHCN o MHCNC no pasan de una decena.

quinas y procesos mediante controles lógicos-programables (CLPs); se inició la introducción de máquinas con comando numérico, y de cambios parciales en la organización de la producción y el trabajo, inicialmente vía CCC y luego MRP y "*just in time*", control estadístico de procesos, y últimamente vía programas de "calidad total". A partir de 1989-90, el cambio de la base técnica acompaña e incluso es más intenso que el cambio organizacional, ya cristalizado en estructuras y un núcleo básico de habilidades empresariales.

Considerando tan sólo la dimensión del empleo, durante el período 1983-93 la modernización tecnológica no fue desfavorable para los trabajadores. Hasta ahora, el cambio tecnológico no ha provocado desempleo, porque se realiza en un contexto económico expansivo, partiendo de una situación de aguda recesión y altas tasas de desempleo. Paralelamente, los niveles de calificación de la mano de obra han aumentado. También se han incrementado los ritmos de trabajo, ha cristalizado una fuerte polarización de calificaciones y una fuerte separación entre trabajo manual e intelectual, así como entre concepción y ejecución. Hay una fuerte segmentación de la masa de trabajadores: un núcleo con empleo estable y salarios por encima de la media, distanciados del grupo de trabajadores con empleo inestable y salarios bajos.

PERSPECTIVAS Y DESAFÍOS PARA LOS AÑOS NOVENTA

La presencia de estos dos tipos de industria prefigura a su vez dos modelos de desarrollo presentes en la industria chilena, no articulables en el corto plazo, aunque sí podrían entrelazarse en el largo plazo.

Modelo exportador-industrializante

Consiste básicamente en la diversificación y profundización de los encadenamientos productivos que se originan a partir del desarrollo extensivo e intensivo de los cuatro ejes exportadores (madera, pesca, minería y fruticultura). En este

caso, se trataría propiamente de una segunda fase exportadora que resultaría de un hipotético patrón primario-exportador industrializante, que sigue una secuencia similar a lo ocurrido con la minería del cobre en Finlandia.

De hecho, en los últimos quince años han ocurrido efectos industrializantes generados por un dinamismo primario-exportador ya no mono sino multiproductor. En efecto, en 1992 un tercio del total exportado estuvo compuesto de productos industriales basados en recursos naturales (alimentos, productos químicos, celulosa cruda y chips de madera, harina de pescado). Durante los noventa, este tipo de bienes industriales es y seguirá siendo una de las fuentes dinámicas de expansión exportadora. En este sector se concentran las grandes plantas de proceso continuo (maderacelulosa, harina de pescado, productos mineros) que pertenecen a grandes grupos económicos o al Estado y que encabezan sistemas de subcontratación bastante asimétricos, con proveedores de bienes y servicios de baja capacidad tecnológica y escaso poder de negociación.

Este tipo de industrias produce *commodities* para mercados externos predecibles aunque fluctuantes, mediante procesos tecnológicamente conocidos, con lo cual la competencia está concentrada en precios. Actualmente vive una fase expansiva, pero enfrenta problemas de regulación (p.e. ambiental) y concurrencia crecientes. Como se dijo, compete esencialmente vía precios en mercados a futuro o *spot*, no sólo determinados por el dinamismo de países industriales, sino también por ciclos de mediano plazo donde alternadamente se producen tendencias de sobre y suboferta. Sus costos están determinados por la magnitud de las rentas absolutas y las escalas de producción. La densidad de capital/trabajo es muy elevada y las tecnologías de procesamiento tienden a ser de punta, a excepción de Codelco. Los salarios directos no son un factor clave de competitividad, aunque sí los indirectos, dado que los trabajos no especializados ni calificados tienden a subcontratarse, bajo condiciones laborales generalmente precarias.

Las empresas son de gran tamaño y se expanden vía megaproyectos de inversión. Pertenecen a grandes grupos económicos, que además de los

sectores primarios tienen asiento en energía, comunicaciones y servicios financieros. Las estrategias competitivas de estos grupos económicos tienen varios rasgos interesantes. Primero, aumento de las escalas de producción y disminución de los costos de producción. Segundo, inversiones en la región latinoamericana, consolidándose en sectores donde desarrollaron ventajas competitivas. Tercero, cambio en tecnología de producto, agregando valor vía perfeccionamiento de procesos continuos que les permitan situarse en mercados de mayores precios.

Hacia el futuro, las proyecciones que surjan sea directamente de la producción primaria o a partir de estas ramas industriales antes descritas, ya han sido identificadas.

Por un lado, la diversificación y extensión de las escalas de producción primario-exportadoras aumentarían la demanda "hacia atrás" de servicios productivos, insumos y bienes de capitales, que pueden avanzar por una senda de creciente complejidad tecnológica y volúmenes de producción, y que simultáneamente pueden comenzar a exportar, como es la idea del programa gubernamental "Chile exporta minería". Hacia atrás, el tipo de empresas que podrían florecer serían firmas de tamaño medio y grande, que fabricarían bienes especializados dedicados o genéricos, con sustento en la calidad y con procesos que operan con economías de variedad.

Por otro lado, la propia diversificación exportadora favorecería encadenamientos "hacia adelante" de productos industriales o manufacturados de mayor valor agregado, que pueden sustituir (p.e. muebles en vez de chips de madera) o ampliar la pauta de exportaciones. La idea central es que existiría una demanda preexistente de rápido crecimiento, o una alta potencialidad para que así ocurra, si se introducen nuevos productos.

Sin embargo, existen varios entramamientos, de los cuales se destacan los más relevantes.

- (1) Ya se ha producido una expansión primaria "hacia atrás" que abarca servicios productivos complejos (p.e. consultoras de ingeniería), algunos insumos y algunos bienes de capital no complejos. Sin embargo, la profundización de

este proceso se ve entorpecida por la tendencia al estancamiento del tipo de cambio real, pero sobre todo por los volúmenes de inversión y tecnología requeridos para desarrollar nuevas instalaciones industriales capaces de fabricar insumos y/o bienes de capital por encomienda. Dada su magnitud, son los grupos económicos los que pueden jugar un rol determinante. Sin embargo, dados los precios relativos, las capacidades tecnológicas disponibles y la política de fomento existente, la rentabilidad futura de estos proyectos pareciera ser menor que otras alternativas (p.e. inversión financiera o inversiones externas).

- (2) La expansión hacia adelante parece proyectarse por ahora en el refinamiento o desarrollo de los procesos continuos ya existentes (harina de pescado, tecnologías de extracción y refinamiento de minerales, celulosa), donde las inversiones ambientales tienden a jugar un rol creciente. En el caso de la hortofruticultura, la inversión se concentrará en elevar la competitividad sistémica de los encadenamientos productivos, vía incrementos de calidad y mejoramiento de los procesos de preservación de las frutas exportables. Dados los precios relativos, las capacidades tecnológicas disponibles y la política de fomento existente, la rentabilidad relativa de estos proyectos es baja frente a otras alternativas de inversión, y por ello no parece relevante aún la tendencia al desarrollo de una nueva generación de plantas industriales que fabriquen nuevos productos.

Chile es una pequeña economía abierta cuyo PGB real está cerca del PGB potencial, con mercados de trabajo tensos y con una tendencia al estancamiento a mediano plazo del tipo de cambio real. Además, el Estado no dispone propiamente de políticas industriales ni tecnológicas, sino instrumentos "horizontales" de fomento. En este contexto, el desarrollo hacia atrás hacia adelante de estos ejes exportadores no resulta una tendencia fácil. La imagen de un sector primario-exportador "industrializante" que jugaría un rol similar al de la industria automotriz en Corea del Sur o en otras experiencias no parece una tendencia clara.

Modelo secundario-exportador vía desarrollo manufacturero basado en PYME

A diferencia de lo imaginado para Chile en décadas anteriores, que suponía el avance de la industrialización sustitutiva hacia la industria "pesada" o de bienes de capital, este modelo recoge las nuevas experiencias de conglomerados de empresas de tamaño medio y pequeño, y/o cadenas productivas globales donde las PYME locales pueden insertarse en circuitos internacionales como proveedores o subcontratistas. Una referencia en Chile es la cadena en el sector hortofrutícola, que contiene diez mil huertos industriales y una treintena de *tradings* que no sólo comercializan productos, sino que otorgan créditos y también difunden tecnologías.

Un ejemplo de sus potencialidades son las exportaciones de manufacturas (textil, vestuario, calzado y otros), que representan casi 8 por ciento del total exportado, siendo América (Estados Unidos y América Latina) su principal mercado. Las plantas industriales son de tamaño medio,⁸ y producen a pedido o mediante procesos seriados de lotes pequeños y medianos (considerando estándares internacionales). Producen bienes manufacturados mayormente concentrados en productos genéricos con poca ingeniería de producto y proceso. Las economías de variedad juegan un rol más importante que las economías de escala. Y la competencia en mercados externos se verifica más en precios que en calidad, aunque este último factor comienza a jugar un rol creciente debido a que les resulta cada vez más difícil competir en mercados basados en precios que dependen de escalas de producción y mano de obra barata.

La literatura especializada es pródiga en definir este modelo como paradigma alternativo al fordismo prevaleciente hasta los setenta. La "especialización flexible" sería una opción de desarrollo para una industria manufacturera liviana, que puede estar asentada en sectores "tradicionales"

que se modernizan introduciendo nuevos productos y procesos, operando a partir de economías de variedad, y que también se globalizan.

El modelo secundario-exportador es diferente al anterior, en tanto su dinamismo no surge de los efectos industrializantes directos del sector primario-exportador, sino del potencial manufacturero ya existente. Este ya atravesó un largo período de ajuste estructural y podría avanzar con éxito desde mercados donde predominan productos genéricos-estandarizados hacia mercados donde predominan procesos más especializados, sean de tipo dedicado (p.e. software de aplicación), sean de tipo estandarizado, pero donde las economías de variedad son importantes. Esto supone que Chile logra consolidar en América (Estados Unidos y América Latina) una plataforma comercial sólida.

Otra diferencia relevante es que los agentes económicos claves de este modelo no serían grupos económicos, sino fundamentalmente las medianas y pequeñas empresas, aunque articuladas a *tradings* que necesariamente estarían vinculadas a grandes capitales.

Sin embargo, existe una serie de obstáculos estructurales que se están acumulando.

(1) Los precios relativos tipo cambio real versus remuneraciones reales o insumos internos provenientes del sector no-transable, están modificando las bases de la competitividad de este sector industrial antes de que haya desarrollado nuevas habilidades. Esto en el contexto de una productividad que crece sólo marginalmente por encima de las remuneraciones. En este sentido, Chile puede ser contrapuesto a la experiencia subcoreana, que vivió entre 1955 y 1985 un largo período de elevación del tipo de cambio real con remuneraciones que crecían sistemáticamente por detrás de la productividad.

(2) Desde finales de los años ochenta, hay una entrada masiva de nuevos competidores asiáticos y latinoamericanos, impulsados por políticas de fomento, bajos salarios comparados con los chilenos, y que se encuentran en una fase de rápido aprendizaje tecnológico. Las áreas de mayor competencia son textiles, calzados, juguetes, pero también bienes de capital y bienes

8. Las plantas de tamaño mayor pertenecen a grupos económicos de menor importancia, si se los compara con aquellos asentados en los sectores de la minería, la energía, las telecomunicaciones, la celulosa y la pesca.

de consumo duradero. Esto ya obliga a la industria chilena a buscar "nichos" de mercado, pero ellos son aún precarios y su grado de sustituibilidad con bienes inferiores es alto.

No debiera subestimarse las dificultades y obstáculos estructurales que se pueden estar acumulando para el desarrollo de una otra vía de crecimiento industrial viable para Chile. Podría decirse que el éxito primario-exportador genera entramientos endógenos al desarrollo industrial, a la manera como se describe en los modelos del llamado "síndrome holandés". Estos obstáculos endógenos se acumulan con un escenario internacional agitado, donde junto a la globalización se agudiza la competencia por participación de mercados.

Tensiones entre ambas vías de desarrollo industrial⁹

Es teóricamente posible que los dos modelos se desarrollen simultáneamente en los próximos años. Y es posible también que en el largo plazo (10-20 años) el desarrollo industrial de segunda fase exportadora se conecte con el desarrollo industrial secundario exportador. Sin embargo, la coexistencia de ambas dinámicas en el mediano plazo (5-10 años) no está exenta de tensiones, porque supone diferentes asignaciones sectoriales y espaciales de recursos, a menos que se modifiquen radicalmente las tasas históricas de ahorro-inversión.

Más aún, las dos posibles sendas de desarrollo antes descritas pueden enredarse en una dinámica que no genera empujes simultáneos, sino alternados e incluso contradictorios. En efecto, un escenario posible para una pequeña economía abierta como la chilena, y haciendo abstracción de ajustes o cambios estructurales, puede describirse como alternancia cíclica de dos fase y dos sectores, donde uno es dominante (primario-exportador y su extensión de *commodities* industriales) y otro es no dominante (industria manufacturera).

Como se verá, este modelo no supone oscilaciones económicas fuertes. Más aún, la gestión macroeconómica puede sortear los desequilibrios parciales generados por estos ciclos. Sin embargo, los impactos por sectores pueden ser importantes, lo que dificulta la consolidación de dinámicas industriales de innovación permanente.

Fase I: En esta fase, el dinamismo primario-exportador se ve acompañado por una extensión de las exportaciones industriales de *commodities* producidas en plantas de procesos continuos. Esto causaría un ciclo de expansión de la oferta de divisas, lo que empujaría hacia abajo el tipo de cambio real. Dada la estructura del mercado de capitales y la predominancia de megaproyectos (y, por tanto, de grandes grupos económicos), la revaluación también se vería acompañada por el crecimiento del sector no-transable, lo que tensionaría el mercado de trabajo generando una presión hacia arriba de las remuneraciones. Los resultados serían dos. Por un lado, afectaría en parte la profundización de la industrialización conectada al sector primario-exportador, pero no la impediría, dado que se *expande* la demanda interna o externa. Por otro lado, se frenaría el desarrollo del sector secundario exportador e incluso de la producción manufacturera orientada al mercado interno.

Fase II: Esta fase se iniciaría cuando se producen situaciones de saturación de mercados internacionales de *commodities*, lo que provoca una postergación de las inversiones sectoriales –como ocurrió recientemente con el caso forestal–. Ello tiende a elevar el tipo de cambio y puede desacelerar el crecimiento y, por tanto, la demanda de fuerza de trabajo, lo que favorece el desarrollo manufacturero tanto para exportaciones como de transables orientados al mercado interno.

Para la industria manufacturera, esta dinámica puede generar un modelo de "*stop and go*" determinado por variables exógenas, lo que afecta seriamente el horizonte de inversión empresarial, dificultando un proceso sistemático y permanente de cambios tecnológicos y organizacionales tan necesarios para su desarrollo en la década. En efecto, las fases de auge (fases II) duran un tiempo insuficiente para consolidar esfuerzos inversionistas de

9. Este esquema se desarrolla a partir de una sugerencia formulada por Mario Lanza-rotti. La formulación concreta es de entera responsabilidad mía.

larga maduración, y las fases de estancamiento (fases I) generan un rápida reasignación de recursos (p.e. hacia la importación), despidos y racionalizaciones defensivas. De esta forma se destruye experiencia acumulada y no se consolidan senderos de aprendizaje progresivos.

Además, en el sector industrial manufacturero se ha acumulado una serie de debilidades que pueden resumirse como una tensión creciente entre las nuevas exigencias de la competitividad y las habilidades empresariales desarrolladas en el período precedente. A nivel de empresa, estas asimetrías son básicamente las siguientes:

- (1) Entre una producción estandarizada de artículos genéricos de bajo valor agregado, basados en esquemas *neotayloristas de organización del trabajo*; y un movimiento de "tijeras" de los precios relativos (estancamiento del tipo de cambio y alza de las remuneraciones) que hace perder competitividad en forma persistente y estructural. Esto obliga al desarrollo de producciones de mayor valor agregado basadas ya no tanto en economías de escala sino de variedad, con productos más especializados y más dedicados, para mercados donde la calidad es más relevante que el precio.
- (2) Entre la mantención de una cultura autoritaria de gestión empresarial resistente a desarrollar

estrategias de cooperación empresarial-laboral, y una creciente tasa de sindicalización y de aumento de las convenciones y negociaciones colectivas.

- (3) Entre la fuerte propensión a copiar nuevas tecnologías de producto y proceso, así como adoptar nuevos "modelos" de gestión empresarial, y las realidades locales donde se sostienen los esquemas ya mencionados de organización del trabajo y de relaciones laborales.
- (4) Entre las habilidades ya adquiridas en cuanto a rapidez de captar oportunidades de negocio, y las habilidades necesarias para desarrollar un cambio tecnológico "paso a paso", sistemática y permanentemente. Esto tiene que ver con los horizontes de estrategia competitiva que, a pesar de la estabilidad macroeconómica, se mantienen en el corto-mediano plazo.
- (5) Entre la nueva base empresarial, y una representatividad gremial capaz de ser co-partícipe de nuevas formas de política industrial y tecnológica. En el caso de las PYME existe una extrema debilidad de los gremios. Y en el caso de las grandes y medianas empresas, se hace cada vez más evidente la necesidad de la modernización y tecnificación de sus antiguos gremios.

Equilibrios macroeconómicos y pobreza en Chile

Fernando Ignacio Leiva
Taller PIRET

El Secretario de Estado [Foxley] sostuvo que a su juicio la primera prueba real para una economía como la de Chile es el test del equilibrio fiscal. . . . Hizo hincapié en que si en definitiva el test es aprobado, los activistas sociales aprenden a respetar la autoridad del Gobierno y el sector empresarial se dispone a invertir.¹

El Mercurio, septiembre 15 de 1991

Teníamos la plata, pero decidimos no gastarla para hacer un ejercicio pedagógico colectivo.

Alejandro Foxley, julio 21 de 1993²

La supuesta relación virtuosa *equilibrios macroeconómicos / crecimiento / disminución de la pobreza*, ha estructurado el discurso de los equipos que –tanto en dictadura como en democracia– han asumido la conducción económica del país. El ministro Alejandro Foxley, como lo hicieran sus antecesores, ha insistido en que la mantención de los equilibrios fiscales, monetarios y de comercio exterior son un requisito para el crecimiento, el bienestar general y la equidad social. Pareciera, entonces, que uno de los componentes del consenso construido por la clase política chilena sería en torno a una determinada forma de conceptualizar

la relación entre “equilibrios macroeconómicos” y pobreza.

Según este “nuevo sentido común”, la clave del éxito residiría en resistir la “tentación populista” que, desde diversos sectores y niveles de la sociedad, pugna por franquear las puertas del Ministerio de Hacienda. Por ello, junto con colaborar con la “ineludible” tarea de internacionalizar la economía, los asalariados y los pobres de Chile actuarían racionalmente y en defensa de sus propios intereses al apoyar a la autoridad en su política de defensa de los equilibrios macroeconómicos.

EQUILIBRIOS MACROECONOMICOS Y DESEQUILIBRIOS DISTRIBUTIVOS

El crecimiento ininterrumpido de los últimos seis años –más de 42 por ciento acumulado– no ha sido acompañado por una disminución de la desigualdad social, ni de la pobreza, con intensidad similar

1. *El Mercurio*, 15 de septiembre de 1991, página A-1: “Gobierno chileno pasó examen del equilibrio fiscal asegura Foxley en EE.UU.”
2. Ponencia de Alejandro Foxley en el Seminario, “La transición chilena en una perspectiva comparada”, Santiago de Chile. Los comentarios de Foxley fueron reportados por varios diarios.

a la que ha crecido el PGB y la masa de ganancias. Por el contrario, existen indicadores para sustentar la tesis de que la mantención de los equilibrios macroeconómicos se ha logrado a costa de importantes desequilibrios distributivos.³

Salarios reales y productividad

Si bien es cierto que los salarios reales han aumentado durante los últimos seis años, lo han hecho a tasas por debajo de los aumentos de la productividad. (Véase Cuadro 1). Estas cifras muestran que "el crecimiento ininterrumpido de los últimos seis años... se ha conjugado con un empeoramiento de la distribución funcional del ingreso".⁴ La participación de las remuneraciones en el PGB habría disminuido en 0,3 por ciento en el período 1987-92, y en 0,2 por ciento durante el período 1990-92. Es

cierto que los trabajadores hoy están mejor que hace seis o tres años atrás, pero esa mejoría ha sido financiada por los propios trabajadores. Y la tendencia al reparto de los frutos del crecimiento señala que la participación de las remuneraciones en el producto crece a ritmos por debajo de las tasas de crecimiento de la productividad (véase Cuadro 1).

Crecimiento económico y pobreza

Por sí solo, el crecimiento económico se ha demostrado ineficaz para reducir la pobreza. El aminoramiento de los niveles de pobreza ha requerido de la activa intervención del Estado mediante las políticas redistributivas. La "magia del mercado" y el mítico "chorreo hacia abajo" no aparecen. Durante el período 1987-90, la variación acumulada de crecimiento del PGB se elevó a 20,6 por ciento, la disminución de la pobreza alcanzó a 5,4 por ciento; para el período 1991-92, el PGB acumulado creció en una tasa de 17 por ciento, mientras la pobreza disminuía a un 16 por ciento. Sin embar-

CUADRO 1.
PARTICIPACIÓN DE LAS REMUNERACIONES EN EL PRODUCTO
(% DE VARIACIÓN ANUAL)

	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)
	PGB	EMPLEO	PRODUCTIVIDAD MEDIA	SALARIOS REALES	PARTICIP. REM. EN EL PGB
1987	5,7	3,5	2,2	-0,2	-2,4
1988	7,4	4,9	2,5	6,5	4,0
1989	10,0	5,2	4,8	1,9	-2,9
1990	2,1	2,0	0,1	1,8	1,7
1991	6,0	0,7	5,3	4,9	-0,4
1992	10,4	4,1	6,3	4,5	-1,6
Media 87-92	6,9	3,4	3,5	3,2	-0,3
Media 90-92	6,4	2,6	3,8	3,6	-0,2

(1) Tasa de variación del PGB real, Banco Central.

(2) Tasa de variación de la ocupación, INE.

(3) Tasa de variación de la productividad media= (1) - (2).

(4) Tasa de variación de los Salarios Medios Reales, INE.

(5) Tasa de variación de la Participación de las Remuneraciones en el PGB= (4) - (3).

FUENTE: Rafael Agacino, "El modelo no garantiza la equidad", *Los tiempos*, 9 de mayo de 1993.

go, a todas luces, los ritmos de crecimiento del producto y del gasto social de los dos últimos años vuelven a repetirse. La proporción de hogares bajo la línea de la pobreza permanece aún por encima de lo que era hacia finales del boom 1977-81. A pesar de los avances, relativamente modestos, de los últimos tres años, 1 de cada 3 hogares chilenos vive bajo al línea de la pobreza (véase Cuadro 2).

Superávit fiscal y voluntad política

La existencia de un superávit fiscal equivalente a 2,5 por ciento del PGB y a reservas internacionales de más de 9.900 millones de dólares, torna crecientemente inverosímil el discurso sobre *disciplina fiscal* para justificar la falta de respuesta adecuada a las demandas sociales insatisfechas.

Modelo exportador y tasa de ganancia

La decisión sobre el monto de los recursos fiscales destinados a satisfacer las demandas sociales y a financiar las políticas sociales, tiene que ver más con opciones políticas que con la disponibilidad de recursos. Razones estructurales, relacionadas con la forma en que se mantiene la tasa de ganancia y competitividad del sector exportador, las condiciones del manejo macroeconómico en el contexto de una estrategia de economía abierta, y opciones políticas del gobierno, explican por qué el gasto social se ha ido convirtiendo en una de las herramientas fundamentales del ajuste ante el eventual recalentamiento de la economía.

5. Un ejemplo de este enfoque es el editorial del 22 de julio de 1991 de Marcelo Rozas, director de la Revista *APSI*, titulado "Elogio de la mediocridad": "El paso entre la utopía y el pragmatismo trae consigo el conformismo, el apinamiento y la docilidad. La mediocridad es característica de los tiempos en que la normalidad es el conformismo y la administración, pero hay que reconocer que... es lo sensato, lo inteligente. Sin embargo, aunque les haya costado, y probablemente no hayan estado muy convencidos, los que saltaron de la utopía a la mediocridad hicieron lo correcto, lo sensato, lo inteligente".

Este conjunto de consideraciones cuestiona la noción de que el discurso sobre equilibrios macroeconómicos responde fundamentalmente a razones técnicas y a la defensa del "bien común". Por el contrario, de no ser porque una buena parte de la intelectualidad permanece aún atrapada en la celebración del pragmatismo y del conformismo,⁵ debería existir un mayor número de trabajos críticos sobre política económica. Habermas, en su crítica a la conciencia tecnocrática, señala cómo la supuesta necesidad objetiva muchas veces es utilizada de fachada para esconder los intereses de clases y grupos que de hecho determinan el funcionamiento, dirección y ritmo de desarrollo social.

HACIA LA DECONSTRUCCION DEL DISCURSO OFICIAL

Intentaremos "deconstruir" el discurso sobre los equilibrios macroeconómicos desde cuatro ángulos distintos. Primero, argumentaremos que el discurso sobre "equilibrios macro y pobreza" surge en un contexto histórico específico. Se trata de "sentido común" construido en el momento de legitimación y consolidación del proceso de reestructuración capitalista vivida en el continente durante la última década; tiempo que en Chile coincide con la transición de un régimen militar a un régimen civil elegido. Segundo, mostramos cómo, en nuestro país, dicho discurso se asienta sobre condicionantes estructurales de la tasa de ganancia capitalista. Tercero, demostramos cómo la entronización del discurso actual sobre la relación entre equilibrios macroeconómicos y pobreza contribuye a desplegar estrategias político-discursivas para construir una nueva concepción de la pobreza, y también a sentar las bases político-institucionales para la construcción de una nueva relación entre los pobres, el capital y el Estado. Por último, y en cuarto lugar, señalamos que esta nueva relación requiere la reconversión de las organizaciones sociales para subordinarse a la lógica del mercado, y que este proceso —concebido y dirigido desde el Estado— tiene múltiples efectos perversos que es preciso evaluar detenidamente.

La genealogía del discurso sobre equilibrios macroeconómicos

La genealogía⁶ del discurso sobre "equilibrios macroeconómicos" debe contemplar el análisis de los procesos de profunda reconversión intelectual: por una parte, aquella que se dio en el campo de la teoría del desarrollo latinoamericano, y aquella que se dio—con antelación al plebiscito de 1988—en la matriz conceptual de los opositores a Pinochet, y que constituye la clave para entender los rasgos y contradicciones de la transición chilena.⁷

De la "modernización vía industrialización" a la "modernización vía internacionalización". Bajo la ofensiva neoliberal de los setenta y ochenta, el pensamiento estructuralista (reforma agraria, nacionalización, Estado empresario, planificación, etc.) su-

fre heridas mortales. Pero no se trata de un caso de muerte súbita, sino que el pensamiento estructuralista sufre una metamorfosis radical hacia el neoestructuralismo, transformación que se desarrolla en cuatro actos: (1) constatación de que las banderas de la transformación estructural del capitalismo latinoamericano han sido arrebatadas, en la práctica, por el monetarismo global enarbolado por los Chicago Boys; (2) *ma culpa* pública por las insuficiencias teóricas y de política económica de la estrategia de industrialización sustitutiva de importaciones; (3) reformulación de supuestos y redefiniciones de una nueva estrategia de desarrollo (denominada "transformación productiva con equidad"); y (4) contienda política con los neoliberales para demostrarle a las élites quién está mejor preparado para administrar la internacionalización de las estructuras económicas y sociopolíticas del continente. Cada una de estas etapas representa el socavamiento creciente del impulso transformador del estructuralismo de los años cincuenta, y un paso de acercamiento con aspectos centrales del paradigma neoliberal dominante.

El neoestructuralismo invierte las propuestas fundacionales del pensamiento del proyecto político estructuralista, convergiendo en medida importante con el neoliberalismo:

CUADRO 2.
PORCENTAJE DE HOGARES POR TRAMO DE POBREZA, GASTO SOCIAL PER CÁPITA Y TASA DE CRECIMIENTO DEL PGB

	(1) INDIGENTES	(2) POBRES NO INDIG.	(3) TOTAL POBRES	(4) GASTO SOCIAL PER CÁPITA (US\$ DE 1976)	(5) TASA CRECIMIENTO PGB
1969	8,4	20,1	28,5	104,6	3,7
1976	27,9	29,0	56,9	93,7	3,5
1979	11,7	24,3	35,9	106,8	8,3
1980	14,4	25,9	40,3	126,3	7,8
1982	10,8	20,4	31,2	172,3	-14,1
1984	23,0	25,5	43,5	172,8	6,3
1985	19,2	26,2	45,5	168,8	2,4
1989	14,3	26,3	41,2	143,0	10,0
1991	10,1	21,6	31,7	156,3	6,0

(1) a (3) Pollack & Uthoff; Prealc-OIT, cifras 1969-85; PET 1989, 1991.

(4) PET, *ibidem*.

(5) PET, *ibidem*.

- (1) La internacionalización de la economía, en vez de ser la raíz causante y el mecanismo propagador del subdesarrollo y el atraso, es ahora celebrada y concebida como la única ruta viable hacia la modernización de la sociedad.
- (2) La lógica de la distribución es ahora vista como independiente de la lógica de acumulación capitalista. La equidad ya no es el resultado de las reformas sociales, sino el producto final del crecimiento económico.
- (3) El capital privado y el mercado, no el Estado, son los actores determinantes y eficientes del desarrollo económico. El rol del Estado se reduce a asegurar la mantención de los equilibrios macroeconómicos y niveles aceptables de gobernabilidad, para que los mercados puedan operar eficazmente.

Bajo este nuevo enfoque, quienes aspiren a ocupar cargos en la conducción económica deben dar pruebas fidedignas de haber realizado una reconversión conceptual, en la que

... se descartan las nacionalizaciones y las transferencias de activos con objetivos redistributivos, por razones de estabilidad política y de eficiencia económica. Se es cada vez más aprensivo respecto de los aumentos salariales y las demandas reivindicativas, por obvias razones fiscales, de estabilidad de precios y de competitividad internacional.⁸

En el contexto del profundo proceso de reestructuración capitalista e internacionalización en marcha, se requiere también de una nueva concepción del cambio social, "asociándolo esta vez a la responsabilidad en el manejo económico, a la modernización productiva y a políticas sociales innovadoras".⁹

Además del arrepentimiento eficaz de los estructuralistas de antaño, el discurso sobre los equilibrios macroeconómicos logra ocupar el centro de las preocupaciones en la teoría y política de desarrollo económico de la actualidad, ayudado

por estudios sobre el "populismo económico". Según estos analistas,¹⁰ producto de concepciones ideológicas erróneas y con el fin de llevar adelante políticas redistributivas, se adopta "una combinación de políticas fiscales, monetarias y cambiarias que provocan una expansión insostenible del producto y los salarios reales. Esta bonanza es efímera. Los experimentos populistas culminan invariablemente en una crisis económica y —generalmente— en el colapso político".¹¹ Ignorando conflictos sociales y políticos, esta visión machaca la idea de que "la ideología demostró ser un mal sustituto del realismo macroeconómico".

Transición, democracia de los acuerdos y equilibrios macro. Encontramos otro de los orígenes del discurso sobre equilibrios macroeconómicos en uno de los importantes logros del régimen pinochetista: su capacidad para redefinir los parámetros de la elaboración teórica y del discurso político de la intelectualidad y clase política chilena. Durante la década de los ochenta, asistimos a un vuelco ideológico espectacular entre la mayoría de los economistas e intelectuales de oposición. Al calor de seminarios entre intelectuales neoliberales, demócratacristianos y socialistas renovados, y bajo la coordinación de Edgardo Boenninger, fue emergiendo, ya en 1984, una nueva concepción de la economía y de la política. Poco a poco, esta nueva visión se iría expandiendo de un reducido grupo de selectos intelectuales a las organizaciones políticas, hasta lograr hegemonizar la oposición a Pinochet.¹² Los componentes económicos y políticos de esta conversión fueron aceptar el modelo de acumulación orientado a la exportación y, en el plano político, la legitimidad de la Constitución de 1980 como base de una democracia prote-

10. R. Dornbusch y S. Edwards (1989), "Economic crisis and the macroeconomics of populism in Latin America: Lessons from Chile and Peru". Felipe Larraín y Patricio Meller, "La experiencia socialista-populista chilena: la Unidad Popular, 1970-1973", Colección Estudios Cieplan 30 (Santiago, diciembre de 1990), pp. 151-196.

11. Larraín y Meller, "La experiencia socialista-populista chilena", p. 152.

12. Véase Edgardo Boenninger, ed., *Orden económico y democracia*. Santiago: Centro de Estudios del Desarrollo, 1985.

8. Osvaldo Rosales V., "Equidad y transformación productiva: desafío para América Latina", *Economía y Trabajo*, Año I, N° 1 (Santiago: PET), p. 155.

9. *Ibidem*, p. 157.

gida. Ambos requisitos claves para que las FF.AA. acordaran transferir el poder a un gobierno civil.

En 1984, Edgardo Boenninger le daba los últimos toques al manuscrito "Orden económico y democracia". Este trabajo pretendía responder dos preguntas claves (1) ¿Cómo facilitar la transición de un régimen militar a un gobierno elegido? (2) ¿Con qué instituciones se podía garantizar la gobernabilidad en un país que había vivido bajo una férrea dictadura militar, y en el cual se había dado un proceso de extrema polarización social? Según Boenninger, la respuesta pasaba por cinco principios que debían orientar la relación entre orden económico y el sistema político.

(1) "Convergencia siquiera mínima en el campo económico-social entre los proyectos políticos de las diversas corrientes ideológicas y partidos políticos que se disputan el poder, vale decir, existencia de acuerdos sustantivos en torno a materias fundamentales. Sólo así, la alternancia en el gobierno dejaría de ser percibida como amenaza intolerable por quienes conforman los sectores minoritarios en la competencia política."¹³

(2) Un compromiso de defender el rol central de la propiedad privada de los medios de producción y del mercado.

(3) "Gradualidad en el cambio económico y social", de suerte de obtener el beneplácito de las FF.AA., las élites capitalistas y los inversionistas extranjeros, logrando "la superación de la pobreza y una progresiva disminución de las desigualdades, sin menoscabo de la dimensión económica de la libertad".¹⁴

(4) "Concesión de prioridad al crecimiento económico", evitando que el problema distributivo se transforme en una confrontación social.

(5) "Simultaneidad de los procesos de crecimiento económico y mejor distribución de sus resultados, como consecuencia de la consideración conjunta de los dos puntos anteriores".¹⁵

Los cinco principios definidos por Boenninger en 1984, adquirieron importancia vital para la

evolución subsiguiente de los hechos políticos en el país. Por una parte, le dieron la orientación estratégica necesaria a la construcción de la alianza política que fue capaz de desplazar a Pinochet del gobierno. Por otra, estos cinco principios fueron incorporados en las directrices fundamentales del programa de gobierno de la Concertación. Las orientaciones estratégicas de la política de gobierno del Presidente Aylwin fueron definidas como: (1) Construir un marco legal e institucional estable para el desarrollo de la actividad económica; (2) Mantener una economía de mercado abierta a los flujos internacionales; (3) Otorgarle prioridad a la lucha contra la pobreza; y (4) Defender los equilibrios macroeconómicos, la estabilidad y un enfoque gradual sobre el progreso social.¹⁶

Este conjunto de definiciones han guiado consistentemente la jerarquización de prioridades del gobierno al intentar satisfacer intereses contrapuestos. A pesar de las demandas sociales y las injusticias acumuladas, el gobierno debe evitar tomar cualquier medida que se preste para ser interpretada como "una amenaza intolerable" por la clase capitalista o las Fuerzas Armadas. El compromiso con la defensa de la propiedad privada excluye esfuerzos redistributivos que puedan vulnerar los derechos de propiedad o amenazar la competitividad de las exportaciones. La internacionalización de la economía y la satisfacción de los inversionistas extranjeros tiene prioridad por sobre las necesidades de los más pobres. La campaña contra la pobreza debe circunscribirse y subordinarse rigurosamente a los dictados de los equilibrios macroeconómicos, la austeridad fiscal y la hegemonía del mercado.

Tasa de ganancia y condicionantes políticos de los equilibrios macro

Los equilibrios macroeconómicos durante estos últimos años han sido perturbados no por la presión de las demandas sociales, sino por el éxito mismo de la estrategia de acumulación orientada

13. Ibidem, p. 83.

14. Ibidem.

15. Ibidem.

16. Véase Joaquín Vial, Andrea Butelmann, y C. Celedón, "Fundamentos de las políticas macroeconómicas del gobierno democrático chileno (1990-93)", *Colección Estudios CIEPLAN* 30 (Santiago, 1990).

a la exportación y de internacionalización creciente de la economía.

La tensión entre apertura y la política monetaria. En la medida en que aumenta el monto de dólares en la economía, sea por el crecimiento de las exportaciones o por la entrada de capitales de corto plazo que aprovechan la diferencia entre las tasas de intereses entre Chile y Estados Unidos, tiende a caer el tipo de cambio, deteriorándose la competitividad de las exportaciones. Para evitar dicho deterioro, el Banco Central ha debido comprar grandes cantidades de dólares, lo que tiende a aumentar la emisión monetaria. Ello estimula la demanda y se corre el riesgo de "sobrecalentar la economía". El grado de apertura tiende a reproducir una tensión permanente entre política cambiaria y política monetaria. La entrada masiva de dólares deteriora el tipo de cambio y, por ende, la competitividad de las exportaciones chilenas.

La tensión entre competitividad de las exportaciones y salarios reales. A causa del deterioro del tipo de cambio por los factores arriba señalados, los exportadores deben tratar de rebajar sus costos para aumentar su competitividad. Pueden hacerlo vía rebaja de salarios, alternativa difícil en el actual momento político, o por aumento de productividad. Si los salarios aumentan demasiado rápidamente, los exportadores no son capaces de trasladar estos mayores costos a mayores precios de sus productos. Ello porque en los rubros que exportan los productores chilenos existe gran competitividad, de suerte que el mercado mundial coloca un tope a los aumentos de precios a que puede aspirar un exportador. La competitividad puede mantenerse aumentando la productividad, lo que requiere un aumento de la inversión productiva. La decisión de inversión estará influenciada por la tasa de ganancia, la que a la vez depende en gran medida del tipo de cambio real. Pero, como vimos, el tipo de cambio se encuentra a merced de los flujos internacionales.

cambiaría ha sido erosionada por el alto grado de integración con la economía mundial. Aparentemente, la política fiscal sería la única variable que estaría quedando bajo el pleno control de la autoridad. Pero ello tiene mucho de ilusión y poco de realidad. En el caso de Chile, tanto la política fiscal como el nivel del gasto fiscal se encuentran condicionados por el nivel que alcanza la tasa de interés internacional y las normas constitucionales que fijan, en términos reales, el gasto en defensa en un monto igual a los niveles de 1989.

La deuda subordinada o el subsidio al capital financiero. A estas limitaciones, se debe agregar la existencia del déficit del Banco Central inducido por el salvataje de la banca privada realizado a mediados de los años 80, operación que representó una pérdida de entre 6 a 9 mil millones de dólares para el fisco. Las secuelas de dicha operación quedan claras cuando consideramos que el costo financiero de esta política representa pérdida de entradas equivalentes a 180 millones de dólares en 1990. Si la Reforma Tributaria aumentó los fondos fiscales en 250 millones de dólares que se destinaron a gasto social, durante ese mismo año las tasa de interés favorables con la banca endeudada representaron la transferencia de 370 millones de dólares.¹⁷ Es decir, hubo una transferencia neta de 120 millones de dólares, no hacia los pobres, sino que desde el conjunto de los chilenos al capital financiero.

El sesgo clasista de la política de mantención de equilibrios macroeconómicos. Frente a eventuales presiones inflacionarias, la autoridad no cuenta con márgenes de maniobra significativos en lo que se refiere a la política monetaria o política cambiaria. Eso le deja la política fiscal. Sin embargo, el grado de control de la composición del gasto con que cuenta el ministro Foxley tiene como tope los privilegios presupuestarios que siguen disfrutando las FF.AA. y los grupos económicos. Lo cierto es que en el contexto del pragmatismo y realismo actual, frente a presiones inflacionarias, Foxley recurre a

78 *El ilusorio control sobre la política fiscal.* La capacidad de la autoridad económica chilena para determinar con cierta autonomía su política monetaria y

17. Ponencia de Marcel Claude, Seminario SOCHEP, 12 de junio de 1991, Santiago.

reducir el gastos, pero no el gasto en defensa, ni los millonarios subsidios al capital financiero. El hilo se corta por lo más fino, es decir, los futuros ajustes se hacen por la vía de recortar el gasto social.

Por razones tanto conceptuales como materiales, las contradicciones y limitaciones del modelo exportador tienden a encararse con la vieja receta neoliberal: mayor apertura a los flujos internacionales de capital, ampliación de las garantías al capital privado extranjero y local, mayor privatización y la subordinación de las demandas populares a la rentabilidad del capital.

Una nueva concepción de la pobreza

Los procesos que configuraron el discurso sobre los equilibrios macroeconómicos, también dieron luz a una nueva concepción de la pobreza.

Las raíces de la pobreza. En la nueva conceptualización, las raíces de la pobreza tienen que ver con la marginalización que los pobres han sufrido del mercado. Dado el compromiso con los equilibrios macroeconómicos, con los derechos de propiedad y la estabilidad en las reglas del juego, "la introducción de los pobres al mercado es la única solución posible".¹⁸ Esta nueva concepción es una reedición de la teoría de la marginalidad con ropaje neoliberal. Mientras que, en el pasado, el Estado era concebido como el agente que asumía la responsabilidad por incorporar a los marginados al proceso de desarrollo, la nueva concepción coloca el mercado en el centro del proceso integrador.

Rol de los beneficiarios. Mientras que, en el pasado, los pobres eran receptores pasivos de la ayuda, hoy son concebidos como "sujetos de su propio desarrollo y, en ese sentido, el Estado debe complementar y reforzar el esfuerzo que ellos mismos despliegan".¹⁹ Este enfoque no es exclusivo de la

Concertación, sino que responde a los esfuerzos que en la actualidad despliegan las agencias multilaterales a través de los Fondos de Desarrollo Social, para que sean los propios pobres quienes asuman el autosuministro de los servicios privatizados bajo los programas de ajuste estructural.

Nueva focalización. El gasto social se focaliza ahora en grupos específicos, y no en individuos aislados, elevando así la eficiencia en la oferta de los servicios sociales.

Estrategia contra la pobreza: síntomas y raíces

La defensa de los equilibrios macroeconómicos ha constituido uno de los elementos centrales del discurso y de la conducción económica del gobierno de la Concertación. Si bien a primera vista dicho discurso apela a un "sentido común" exento de consideraciones de índole ideológica o social, la realidad resulta más compleja. Un análisis crítico muestra que la supuesta neutralidad de la defensa de los equilibrios macroeconómicos dista mucho de ser neutral. Por el contrario, dicho discurso es utilizado para legitimar el violento proceso de reestructuración vivido por nuestra sociedad.

Enarbolando el discurso de los "equilibrios macroeconómicos", el régimen de la Concertación ha ido construyendo una nueva relación histórica entre los pobres y el Estado. En este nuevo enfoque, las organizaciones populares deben reconvertirse para también someterse a la lógica del mercado.

Con la mirada aún miope de estos pocos años, esta forma de conceptualizar la relación entre equilibrios macroeconómicos, crecimiento y disminución de la pobreza, ha resultado aparentemente exitosa. Bajo el amparo del discurso de los equilibrios macroeconómicos se han construido consensos y se han desplegado con relativo éxito nuevos mecanismos de control social y gobernabilidad, de acuerdo a los requerimientos del patrón de acumulación y de las nuevas condiciones políticas.

18. Alvaro García, "Programa de Gobierno de la Concertación de los Partidos por la Democracia: aspectos socioeconómicos", *Encuentro nacional de ONGs con partidos políticos*, editado por Martín Gárate y Juan Vergara Santiago, 1989, p. 39.

19. *Ibidem*, p. 39.

Con una mirada de más largo alcance, surge la siguiente interrogante: La actual estrategia -caracterizada por la combinación de un manejo fiscal conservador con una política social "progresista" de reconversión de las organizaciones sociales-, estrategia que ha resultado exitosa hasta ahora en aliviar síntomas, ¿podrá en el futuro arrancar las raíces estructurales de la pobreza extrema en nuestro país?

Pobreza y espacio local: algunas reflexiones

Patricio García & Luis Soto
Taller PIRET

La acción política, predominante, fuerte y estrechamente institucionalizada deja prácticamente sin anclaje en el presente el grueso capital acumulado durante los últimos 25 años por amplios sectores de la sociedad, ... la memoria yace huérfana de política, Chile se empobrece en sus sentidos. Ya no sueña. Tal vez crece, aumenta, se incrementa, se desarrolla o, incluso, se moderniza. Pero ya no se proyecta históricamente. Y eso es grave.

(Milos 1993: 7)

ORGANIZACION DE LOS POBRES Y POLITICAS SOCIALES

El embate a la extrema pobreza durante el gobierno de la Concertación colocó uno de sus acentos, a diferencia de lo hecho en el régimen militar, en los grupos organizados y no en individuos aislados.¹ Incorporaba así a las variables focalización, municipio y población objetivo, la organización social.

Bajo esa denominación, se hace referencia a la organización poblacional-urbana, particularmente fortalecida y estimulada, durante la década de los ochenta, a través de una fuerte acción de los llamados organismos de apoyo: organizaciones no gubernamentales (ONG) e iglesias.

El gobierno de la Concertación se propuso re-

forzar las políticas sociales desplegadas por el gobierno anterior a través de la acción de los pobres por solucionar su situación objetiva de pobreza, y hacerse sujetos de proyectos de agencias estatales, instituciones y ONG. Más aún, este proceso ha venido constituyéndose en uno de los ejes del trabajo al interior de las organizaciones sociales, las que realizan, agencian y gestionan proyectos ante los agentes institucionales que operan en su espacio.

Con la inclusión de las organizaciones y/o sus dirigentes en el despliegue de las políticas sociales, el gobierno de la Concertación logra varios objetivos a la vez: por una parte, disminuye los costos de implementación de los programas sociales de costo fiscal, al usar la energía política de organizaciones y dirigentes; por otra, logra también una mayor eficiencia, dado el conocimiento de las reales necesidades de la población que tienen dirigentes y organizaciones. Estos, además, tienen una más fácil llegada a la población considerada objetivo, en tanto habitan el mismo espacio y comparten la cotidianeidad. Así, la implementación de las políticas sociales gubernamentales requiere de líderes "con capacidad de diagnóstico de su territorio, desarrollo de propuestas, utilización del tiempo

1. Sobre esta afirmación no existe un total acuerdo al interior de la sociedad chilena, y específicamente en la izquierda. Para Jaime Insunza (ICAL), el actual gobierno "mantiene una política básicamente asistencialista, clientelista, e individualista, que no modifica en esencia la impuesta por la dictadura". Clarisa Hardy (Fosis) lo percibe de otra manera, "como una ambivalencia entre la concepción asistencialista y la de inversión en recursos humanos en materia de política social". (Revista Cal y Canto 12, diciembre 1992, p. 16).

socialmente necesario, administración de recursos comunitarios, etc." (Melo 1991: 2).

La utilización de la energía social y política de organizaciones y dirigentes se concretiza en diversas formas; por ejemplo, ollas comunes que reparten leche, o grupos de salud que dan cumplimiento a tratamientos del policlínico a mujeres embarazadas. Es de hacer notar que, en cada caso, los sujetos que viabilizan y potencian estas políticas sociales son sobre todo mujeres y madres, con lo cual se institucionaliza de alguna forma el trabajo reproductivo no remunerado de la sociedad.

Al recurrir a las organizaciones sociales para el desarrollo de las políticas sociales del gobierno, se logra, de paso, no alterar los márgenes tolerables de equilibrios macroeconómicos, al no ensanchar el gasto del Estado. Ello considerando que, como señala María V. Legassa, "el respeto de los equilibrios macroeconómicos constituiría otro claro límite a la actividad de recursos susceptibles de dedicar a la acción social" (Legassa 1992: 108).

La política social del actual gobierno con el uso del "recurso humano organizado" muestra una mayor eficiencia que la desplegada por los agentes técnico-sociales de Pinochet. Como prueba, se señala la disminución de la pobreza de 5,5 millones en 1989 a 4,5 millones en 1993. Ciertamente, no en todos los casos se llevaron adelante las políticas sociales a través de las organizaciones sociales y ONG, puesto que también ha jugado un importante papel el municipio.

EL MUNICIPIO COMO DEL PROCESADOR DEL CONFLICTO

A partir de las nuevas atribuciones de los municipios, y con la adecuación espacial de Santiago al mercado, han surgido dos corrientes de reflexión sobre la comuna y el desarrollo local.

La primera de ellas considera que el municipio sería un nuevo espacio de acción social y política que abriría la posibilidad de la participación social, devolvería poder a los ciudadanos tras décadas de centralización excesiva y acercaría a los agentes del Estado a la población y sus problemas cotidianos. Una segunda línea de pensamiento sostiene

que el municipio no tiene ninguna capacidad real de resolver los problemas sociales y a veces tampoco la voluntad ni los recursos, y que toda la teoría del desarrollo local no sería sino un retoque de una nueva forma de dominación. En este caso, los esfuerzos de los pobladores pobres y de los trabajadores comunales o municipales deben estar canalizados a enfrentarse con el Estado.

Expondremos una hipótesis algo distinta. Nuestro trabajo comunal de tres años en Peñalolén nos permite señalar que, en el ámbito local, lo que se produce es un procesamiento de los conflictos — de distintos ámbitos, como educación, salud o vivienda — por el municipio. Aquellos conflictos que sobrepasan este umbral pasan a los ministerios del caso, llevados por organizaciones sociales que se han desgastado en la negociación. Así, el municipio se convierte en un espacio de procesamiento inicial de conflictos en el ámbito local y, al ser desbordado, los agentes centrales del Estado enfrentan un movimiento social exhausto, sin fuerzas. He aquí una novedad del conflicto social del Chile actual.

Es preciso también señalar que, en cada situación de conflicto, no se trata de actores sociales nuevos; existe más bien una promoción de temáticas nuevas en salud, educación, medio ambiente o género, que desafía duramente a los dirigentes de los municipios urbanos. Habría que establecer un seguimiento de largo aliento para dar cuenta de cuáles de las cuestiones nuevas emergentes serán tomadas en el futuro por grupos, actores o sujetos con perspectivas de inclusión al sistema político y gestión del poder.

LA RECONVERSION SOCIAL O LA INTEGRACION AL MERCADO DE ORGANIZACIONES SOCIALES

Uno de los procesos que el Estado —a través del Fondo de Solidaridad e Inversión Social (Fosis)—, los municipios y ONGs han desarrollado con gran fuerza en estos años, ha sido la transformación de las organizaciones sociales de subsistencia surgidas en los años setenta y ochenta en microempresas u organizaciones productivas centradas en

la acumulación, crecimiento y empleo. Hay a lo menos dos sustentos teóricos que orientan este proceso, llamado de "reconversión".

Por una parte, se está en presencia de un sustrato teórico heredero de la teoría de la marginalidad en boga durante los sesenta. Esta vez se trata de incorporar al mercado a quienes quedan fuera del sistema. La vía elegida es la microempresa o el taller productivo con financiamiento externo inicial.

También es relevante aquella corriente de pensamiento que considera a los pobres como agentes de su propio desarrollo. El papel del Estado, ONGs, municipios, sería apoyarlos financieramente a través de la "inversión social" y los proyectos productivos.

En la base de ambas posturas está el diagnóstico de las causas de la pobreza y su solución: transformar a los pobres en agentes productivos.

Durante un largo período de tiempo (1960-90), se llevaron adelante en Chile microempresas como una forma de inserción económica de los más pobres. Tras estas iniciativas económicas, sus defensores y defensores muestran casos tipo de fracasos o éxitos, según la posición que se quiera defender.

En el actual proceso de reconversión, las organizaciones sociales experimentan cambios significativos en su dirección, base y ámbito valórico-cultural. Los dirigentes, generalmente mujeres, se llaman ahora "empresarios"; su interés es la ganancia, se preocupan del "mercado" y de la "competencia". Por cierto, no es un tránsito sencillo. Valores muy acendrados, como la solidaridad, se niegan a desaparecer, colocando en aprietos el éxito de la gestión directiva-empresarial.

UN EJEMPLO CONCRETO

En Lo Hermida (Peñalolén), la Coordinadora de Ollas Comunes—cuyas raciones son día a día esperadas por decenas de niños y ancianos del sector—se vio obligada, por recortes en la entrega de alimentos, a "pensar" un proyecto productivo que le permitiera sobrevivir como organización. Se les propuso un salto del financiamiento condicionado

al autofinanciamiento. El resultado del proceso fue un proyecto denominado "Restaurant Popular", que sería ubicado en algún vértice de Lo Hermida (el menos pobre), lo que permitirá dar continuidad al trabajo en alimentación.

Para iniciar la actividad proyectada se postuló a recursos del Fosis, que estarían aprobados. Fue, sin embargo, pronto que comenzaron las dificultades: ¿quién paga los sueldos?, ¿cuánto sueldo?, ¿y si alguien pide pan?, ¿se vendería alcohol?, etc.

Todas estas dificultades, que enfrentan a los nuevos y viejos valores, alargaron el inicio del proyecto por meses. Al mismo tiempo, la directiva y la base tienen desencuentros constantes y deterioro en la participación.

Por cierto, otros tránsitos pueden ser menos traumáticos, pero, en la mayoría de los casos, la organización social no ha emergido bien parada del proceso de reconversión. Muchos dirigentes entienden que ésta es una forma de sobrevivencia en períodos de baja en la organización social, débil participación, o fragilidad de los aportes externos para su sobrevivencia.

Lo que proponemos se considere de esta "reconversión social" o integración al mercado son algunas interrogantes. Por ejemplo: ¿Son las microempresas iniciativas sustentables? Existen varios estudios que hablan de su tendencia al fracaso por gestión deficiente y mercado estrecho. El proceso de reconversión social, ¿tiene perspectivas de sustentabilidad, o sólo busca reducir en el corto plazo los márgenes de pobreza en Chile, evitándole gastos al Estado y mostrando envidiables resultados macroeconómicos y de política social? Por último, ¿tiene el país la capacidad suficiente para dar cuenta de la multivariada de temas emergentes en este proceso de reconversión, entre otros, desinterés por la política, individualismo, baja participación, uso de energía social de la mujer dirigente, etc.? ¿O se deberá esperar a las dinámicas lentas y equilibradas de la macropolítica?

En un mirada de más largo aliento, diríamos que el debilitamiento de la sociedad civil organizada es un factor de preocupación para la sustentabilidad de una democracia aún no consolidada.

PAPEL DEL ESTADO EN CHILE

ECONOMIA	SOCIEDAD
1930-1970	- Benefactor, "de compromiso"
- Bastión de desarrollo	- Intermediación de conflictos con organizaciones fuertes de la sociedad
- Estado empresario (Corfo)	
1973-89	- Depresión, desarticulación e intervención de la sociedad civil
- Impulsor del proceso de reestructuración capitalista	- Retiro de funciones sociales-desconcentración social
- Subsidiariedad	
1990-93	- "Creación" de la sociedad organizada
- Mantención de equilibrios macroeconómicos	- Hacer sociedad desde el Estado con apoyo en el mercado
- Internacionalización de la economía	
- Crecimiento con equidad	

BIBLIOGRAFIA

Borja, Jordi y otros

- 1989 *Descentralización y democracia*. Santiago: Clacso/Sur/Ceumt Barcelona.

Cepal

- 1992 *Equidad y transformación productiva, un enfoque integrado*. Santiago de Chile.

Legassa, María Victoria

- 1992 *Gobierno local y políticas sociales en el gran Santiago*. Santiago: PET.

Melo, Sady

- 1991 "Actores comunales y democratización". Mimeo. Santiago.

Milos, Pedro

- 1993 "Memoria, historia y política". Borrador ponencia Congreso Psicología. Santiago, 6 de julio de 1993. Mimeo.

Ministerio de Planificación y Cooperación, Mideplan

- 1992 *Avanzando en equidad. Un proceso de integración al desarrollo. 1990-92*. Santiago: Editorial Antártica.
Revista *Cal y Canto* 12, diciembre 1992. Santiago: ECO.

Sunkel, Osvaldo

- 1992 *El desarrollo desde dentro*. México: Fondo de Cultura Económica.

ESTADO Y CLASES POLÍTICAS



Sistema político y movimiento partidario (1920-1990)

Sofía Correa Sutil
Museo Histórico Nacional

Una reflexión sobre el sistema político y el movimiento partidario requiere comenzar, a mi juicio, con un análisis del Estado y, específicamente, del sistema político. Situare este análisis en el período que va entre las décadas de 1920 y 1960.

Al respecto, el principal rasgo del Estado chileno de esos años es que en él se da una combinación de elementos propios de un sistema liberal representativo, y elementos característicos del corporativismo. Obviamente, la división de los poderes del Estado, la generación del Ejecutivo y Legislativo por sufragio universal, y el sistema partidista, constituyen el corazón de la organización estatal liberal representativa. Paralelamente, el aparato burocrático asume caracteres corporativistas justamente cuando el Estado asume funciones económicas y sociales, en los años veinte.

El crecimiento del aparato estatal durante la primera presidencia de Ibáñez se caracterizó por el hecho de que las nuevas agencias y empresas fiscales fueron dirigidas por Consejos en los cuales se aseguró una significativa representación empresarial, a través de las asociaciones empresariales que existían ya desde el siglo diecinueve, a saber: la Cámara Central de Comercio, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad Nacional de

Minería y la Sociedad de Fomento Fabril.

Hay varios aspectos que destacar respecto a las características específicas de este tipo de organización corporativa. En primer lugar, es necesario diferenciarla de corporativismo clásico. En el caso chileno, las asociaciones empresariales representadas en el Estado son asociaciones voluntarias que no tienen asegurado por ley el monopolio de la representación sectorial, ni están controladas ni financiadas por el Estado. De modo que son independientes del Ejecutivo, a la vez que no representan necesariamente a todo el sector productivo respectivo. Concretamente, las asociaciones empresariales chilenas entre los años veinte y sesenta representaban al gran capital, aunque sus pretensiones fuesen universales. Como ha destacado Constantine Menges en su artículo sobre la representación corporativa en Chile, en 1968 las cuatro principales asociaciones empresariales ya mencionadas representaban el 80 por ciento del volumen físico de la producción y del comercio, aunque entre sus afiliados potenciales sólo pertenecían a ellas entre un 10 y un 18 por ciento, con excepción de la Sociedad Nacional de Minería que tenía una afiliación más representativa.

Las asociaciones empresariales tenían también

una gran influencia en el proceso legislativo en el Congreso Nacional, pues, por su capacidad de producir análisis técnicos, eran invitadas a participar en los trabajos de los comités de diputados y senadores. De esta forma, prácticamente redactaban los proyectos de ley concernientes al sector productivo al cual representaban.

Es importante destacar que hasta los años sesenta la influencia de las asociaciones empresariales en el Estado no fue cuestionada; más bien, como recién señalábamos, ella fue buscada por los comités parlamentarios. Obviamente, la representación corporativa empresarial puso límites muy claros a las posibilidades reformistas de los gobiernos radicales; pero ello fue así sobre todo porque éstos no intentaron nunca cuestionar esa influencia. Más bien la legitimaron en la medida en que los dirigentes del Partido Radical buscaron integrar las directivas de las asociaciones empresariales, lo que lograron fácilmente, como se ve al revisar los nombres de los consejeros empresariales en los años cuarenta y cincuenta.

Ahora bien, en ese Estado con características mixtas se desarrollaron las clases políticas. Así, en plural, me parece una formulación convincente. A mi juicio, para el período que estoy analizando, las clases políticas son fundamentalmente tres: la dirigencia partidista, la dirigencia empresarial y la dirigencia sindical.

Como vimos, la dirigencia empresarial tenía una representación directa en el Estado, además de establecer estrechos vínculos con los partidos políticos, muchas veces compartiendo los mismos miembros. Se trata de los partidos de derecha, también en importante medida del Partido Radical, y en cierta forma del Partido Socialista y la Falange Nacional, que compartían miembros con la Sociedad Nacional de Minería, como por ejemplo Oscar Schnake y Eduardo Frei.

Este entrecruzamiento se daba intensamente entre los dirigentes sindicales y los dirigentes de los partidos de izquierda, como es ampliamente conocido. Es de esa manera como la dirigencia sindical se constituyó en clase política.

En cuanto a la dirigencia partidista, su fuente de poder radicaba, obviamente, en el apoyo electoral que pudiera suscitar. Aparte de la adhesión

consciente por motivos doctrinarios o de tradiciones familiares, una importante proporción del voto respondía al cohecho, al paternalismo y al clientelismo. Un clásico partido clientelista era el Partido Radical, a la vez que el paternalismo, especialmente arraigado en los campos, otorgaba un fuerte peso electoral a los partidos de derecha.

Se ha dicho que la estabilidad política de esos años se explicaría por un agro sin reformas, sin sindicalización, lo cual garantizaría una importante representación parlamentaria a la derecha. Quiero, en cambio sugerir que la estabilidad política entre los años veinte y sesenta se debió a que el sistema político recogió y expresó lo que hoy llamamos los poderes fácticos. El peso real de las diversas clases políticas se expresaba en el Estado. Ahora bien, fue justamente esta característica del sistema político la que comenzó a ser cuestionada en los años sesenta, precipitando hacia finales de la década una intensa crisis política.

Es posible sugerir que este cuestionamiento tuvo origen en gran medida en las transformaciones que se produjeron en el debate intelectual, en la medida en que historiadores y abogados eran desplazados por economistas y sociólogos. Estos últimos suponen que la realidad puede ser reconstruida una vez que se han aislado las variables indeseables, entre las que se cuentan las influencias, supuestamente indebidas, de los poderes fácticos. No poco contribuyeron estos intelectuales a desprestigiar el clientelismo, que aparecía como rémora a la formulación de políticas de modelación de la realidad.

Paralelamente, en la dirigencia partidista los parlamentarios perdieron gran parte de un enorme influencia, cuyas raíces estaban justamente en el carácter clientelístico de la política. Por otra parte, junto con neutralizar el clientelismo, la dirigencia política provocó una ampliación hasta entonces desconocida del sufragio. A esas nuevas masas de votantes se les incorporó al sistema político por medio de un discurso fuertemente ideológico, ya que se había deslegitimado una incorporación clientelística. Con un discurso ideológico de promesas de cambios estructurales, compitieron entre sí los partidos. En este contexto se sitúa la crisis del Partido Radical, y de los partidos Liberal

y Conservador, así como también la transformación de los partidos de la izquierda y el paso de la Falange Nacional a la Democracia Cristiana.

Cuando la Democracia Cristiana tomó el control del Ejecutivo, implementó un ataque sistemático a la representación corporativa del empresariado, logrando al menos neutralizar su influencia al interior de las agencias y empresas estatales. Es posible sugerir que, a consecuencia de ello, los poderes fácticos buscaron otras formas de expresión y de presión política, constituyéndose entonces el movimiento gremial, el cual terminó, al igual que la dirigencia partidista, por hacer política en las calles.

Así, el intento de neutralizar las fuentes de poder que limitaban las posibilidades de implementar reformas económico-sociales, terminó por arrasar con el sistema político.

A partir de esta reflexión, sugiero algunas preguntas para encauzar el análisis sobre el Estado y las clases políticas.

Habría que preguntarse quiénes son hoy las clases políticas, además de la dirigencia partidista; cuáles son sus formas de presencia en el Estado; cuál es su capacidad de poner límites a los proyectos partidistas.

En cuanto al sistema partidista, la pregunta central es sobre qué base se puede establecer la adhesión de la ciudadanía a los partidos políticos. Ello porque hoy en día estaríamos frente a una doble deslegitimación, la del clientelismo y la de los partidos ideológicos. Se propone en cambio el *ideal del partido tecnocrático, dada la hegemonía de la economía en la discusión política*. En la medida en que los partidos no otorgan beneficios concretos a su electorado, ni buscan suscitar en él adhesiones ideológicas altamente emotivas, es posible que estemos frente a una fuerte deslegitimación de los partidos políticos, lo que no ha estado nunca ausente de la política chilena contemporánea, pero que ahora podría tratarse de un fenómeno mucho más generalizado.

Democracia liberal en Chile: una perspectiva histórica

Hernán Villablanca Z.

Departamento de Sociología, Universidad de Chile

En la actualidad se tiene una percepción ambivalente de la democracia. De una parte, se ha visto con entusiasmo la caída de los regímenes dictatoriales en América Latina y del "socialismo real" en Europa. De otra, sin embargo, cunden el desconcierto y el debate por la manutención de las desigualdades económicas y el alto desempleo en todas partes, y la aparición de signos evidentes de corrupción política y administrativa. ¿Qué está sucediendo, en definitiva, con la democracia liberal de Occidente?

Como concepto, el de "democracia liberal" resulta ambiguo y complejo. De ello están ciertos todos los científicos sociales y políticos. Como realidad, resulta también evidente que es un proceso cambiante y heterogéneo, cuya evolución futura, por lo mismo, es demasiado incierta para aventurarse en la formulación de pronósticos definitivos. Y de esto también están ciertos todos los especialistas. La cuestión sigue abierta, y es más profunda de lo que parece a primera vista: ¿hacia dónde va la democracia liberal occidental?

Al referirse a la situación chilena, M. A. Garretón distingue entre el proceso democrático (que tiene un largo alcance histórico) y la "transición democrática" (que involucra, más bien, ajuste

coyuntural). Si aceptamos los criterios establecidos por este autor, puede estimarse que la cuestión de la democracia liberal chilena tanto puede examinarse en función de los ajustes institucionales y coyunturales del sistema político, como —lo que parece más relevante— desde los procesos históricos donde han actuado y actúan los actores centrales de la sociedad civil. Sólo este último enfoque permite detectar procesos que se proyecten al futuro y perfilen la posibilidad de algún cambio socialmente inducido en el régimen liberal. Y éste será el rumbo que tomaremos en las notas que siguen.

Es evidente, para una perspectiva histórica, que los factores externos han estado regularmente presentes y han sido con frecuencia determinantes en el quehacer económico y político de la sociedad chilena y latinoamericana. Y en particular, en lo que dice relación con los proyectos de modernización.

Entre 1829 y 1891, por ejemplo, la influencia del capitalismo inglés profundizó el carácter mercantil de la economía chilena —ya marcado por la influencia hispánica—, carácter que pronto trascendió a otros ámbitos. Es cierto que, bajo esa influencia, se modernizaron la minería, el transporte y la

agricultura nacionales. Que, por ello, el país alcanzó por entonces un desarrollo considerable (sobre todo con relación a otros países de la región). Sin embargo, eso no significó un real despegue industrial del país —la manufactura sólo tuvo un incremento limitado—, sino, más bien, una expansión del capital especulativo y una difusión considerable de las ideas liberales.

La insuficiente modernización liberal desencadenada por el capitalismo inglés, se tradujo, por ejemplo, en la prolongada hegemonía política ejercida por la oligarquía terrateniente y la débil participación en el Estado de los otros actores empresariales y sociales. Esto, unido al hecho de que la modernización correspondía a la acción de un factor externo y no interno, determinó la evolución del sistema político chileno hacia el autoritarismo (Constitución de 1833 y régimen portaliano), más que hacia una democracia propiamente liberal. Las ideas liberales, aunque extendidas, no llegaron a constituir un Estado liberal, sino, más bien, una oposición a un régimen que se asumió como moderno y ejemplar.

El liberalismo, como oposición a un Estado moderno pero autoritario y socialmente discriminatorio (basado en el voto censitario), evolucionó después de 1850 en el sentido de transformarse en un proyecto liberal democrático, e incluso social democrático, más que en el sentido más restrictivo (burgués) del término. Es decir, se fue cargando de un cierto populismo. La emergencia de los grupos medios y la consolidación de un movimiento obrero organizado contribuyeron, sin duda, a que las concepciones liberales concluyeran por desenvolverse siguiendo la lógica del conflicto social más que la del desarrollo propiamente capitalista. Esta tendencia cristalizó en la remodelación del Estado en 1925, que se diferenció de la realizada en 1833, en que los nuevos actores sociales lograron democratizar el sistema político y ejercer una significativa influencia sobre él.

Después de 1930, los nuevos actores sociales —grupos medios y clase trabajadora, principalmente— lograron equiparar el poder político directo de la vieja oligarquía terrateniente y el indirecto de las casas comerciales extranjeras. El peso de las reivindicaciones sociales se sobrepuso a la lógica del

mercado y a la misma acumulación capitalista privada. La democracia liberal comenzó a evolucionar progresivamente hacia el socialismo de Estado, pero sin modificar en el fondo el modelo económico heredado del siglo diecinueve. De este modo, el control del proceso económico continuó dependiendo de las grandes empresas multinacionales (sobre todo respecto del sector exportador) y de la potencia hegemónica después de la Segunda Guerra Mundial (Estados Unidos).

El intervencionismo estatal, fortalecido con el gobierno del Frente Popular, transformó aun más el viejo modelo político liberal y, aunque tendió a favorecer al sector industrial, no logró, en ese contexto hiperdemocratizado, generar desarrollo integral. Sectores importantes, como el campesinado, por ejemplo, no sólo no se modernizaron, sino que incluso involucionaron.

Sin grandes modificaciones, esa situación se mantuvo hasta 1970. Todas las administraciones del período 1946-70, tras un período inicial de acción populista con política económica desarrollista, debieron, en un segundo período, modificar sus políticas en un sentido social represivo y económicamente liberal (conforme instructivos del Fondo Monetario Internacional). Así, todos enfrentaron una crisis económica a medio camino de su período constitucional, y una crisis social al término del mismo. El gobierno de Salvador Allende no escapó a ese ritmo, aunque contemplaba transformaciones estructurales conducentes a la toma del poder por el proletariado y sus aliados.

Se puede observar, pues, que desde 1833 hasta 1870 se produjo una continua evolución democrático-social dentro del sistema liberal-autoritario constituido en la primera de esas fechas. Es decir, se habría dado —en términos de M. A. Garretón— una continua "transición democrática". Los polos fueron el voto censitario y socialmente discriminatorio establecido por la Constitución de 1833, y la extensión del voto a analfabetos y jóvenes de 18 años en 1970. A lo largo de ese proceso, la aparición y consolidación de nuevos actores dio a esa transición un dinamismo social y una proyección no-liberal que obligó, en 1973, a una violenta intervención militar, que no intentó otra cosa que

reponer formas más puras y simples del modelo político liberal. Este golpe cierra, pues, el ciclo que abrió el golpe militar de 1829.

El Estado chileno, organizado al comienzo de su historia teniendo a la vista un modelo liberal no-democrático, evolucionó acumulando una cultura e identidad ideológica estatista, democrática, pluralista y crecientemente orientada al cambio social, tradición que, en 1973, fue desconocida y desintegrada.

La llamada "transición" iniciada en 1989, ¿a qué conduce? Sin duda, en tanto se atiene en gran medida a la Constitución de 1980, es democrática y es liberal. Pero no hay duda de que desconoce el rol de los actores propiamente sociales (protagónicos en modo creciente hasta 1973), proclamando, a cambio, el simple derecho a voto de los individuos aislados. Entre tanto, las Fuerzas Armadas han continuado activas en su autoasig-

nado rol de tutelaje sobre el régimen político civil. De hecho, la democracia liberal opera, en este caso, como un aparato formal que recubre y escuda a los grandes grupos de intereses (llámense oligarquías, élites, clases dominantes, etc.), mientras su *trend* de desarrollo es normal; pues, cuando no lo es, entonces no se vacila en el uso de la fuerza armada, según indica la historia.

Por consiguiente, podríamos llegar a una conclusión tentativa, bastante pesimista, en el sentido de que la actual transición conducirá a una democracia de tipo liberal o enmarcada dentro de márgenes dados por los poderosos grupos de interés internos y externos, con el riesgo permanente de alguna forma de intervención militar, y dentro de un contexto socioeconómico marcado por profundas desigualdades de oportunidades económicas, sociales y políticas.

Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad

Gabriel Salazar

SUR Profesionales, Universidad Arcis

LA MARCHA DE LAZARO

El pasado no se puede reconstituir. Ni podemos devolverle la vida a los muertos ni devolverle el trabajo a los que lo perdieron... El pasado se fue. Qué le vamos a hacer. Las injusticias las cometieron otros.

(P. Aylwin, *La Epoca*, 6/08/93, p. 1).

La doctrina nos une, la realidad nos separa; por lo tanto, callen la realidad, enseñen la doctrina. En ésta no hay ricos ni pobres, ni esclavos ni libres. Sólo hay Dios, la verdad. Cerrando los ojos a la realidad, viviremos la paz y la unidad. Este camino pretende hacer la unidad por el imperativo del dogma.

(Un cristiano de base, *Policarpo* 62, 1988).

Este trabajo se refiere a "lo que pudo haber sido y no fue". A los proyectos sociales que, una vez luchados en la arena decisiva, perdieron su oportunidad histórica. Una vez, y otra vez. Que, aun después de todo eso, sin embargo, ni se pulverizaron bajo el lapidario *requiescat in pacem*, ni se evanescieron en la ucrónica ilusión de "lo que pudo haber sido, de no haber sido como fue". Sino que, al contrario, se replegaron a esa zona -fronteriza pero siempre histórica- de "lo que no fue, pero que, en y por su propio dejar de ser, sigue siendo". En una palabra: se refiere a la *historia reversa* de los derrotados, que no pudieron revertir las injusticias perpetradas sobre ellos por sus vencedores, y que -por ser los muchos que son y haber estado donde

siguen estando- tampoco pudieron anonadar la porfiada realidad de sus propias identidades.

El objetivo de este trabajo es inspeccionar los planos superpuestos y contrastantes sobre los cuales, típicamente, se han deslizado los procesos históricos de construcción estatal en Chile. Examinar, especialmente, la oposición entre los planos anversos del proyecto político finalmente oficializado, y los planos reversos del proyecto social desaforado; el desdoblamiento de los procesos constituyentes, entre un alto ramal conspicuo de dominación, y un bajo ramal cautivo de obturación. Se pretende subrayar una problemática habitualmente acallada por los políticos y obviada por científicos sociales e historiadores; a

saber: la deficitaria validación de los *derechos sociales a la legitimidad del Estado*.

Se postula, además, que el derecho social a la legitimidad del Estado no sólo es un principio teórico, cívico o político, sino también que debe ser —por sobre todo—, *el más fundamental de los derechos humanos* (DDHH, en adelante). Pues sólo ese derecho, si efectivamente practicado, puede garantizar que los procesos constructores de Estado no funcionen como vía libre para el despliegue selvático de los más fuertes ("poderes fácticos"). Pues es de sobra sabido que los "poderes fácticos", al irrumpir, ciñen traje dictatorial, y al retirarse, toga de legislador; que, por ello, dejan tras sí —en garantía de perpetuación— un (socialmente espurio) 'derecho constitucional'. Las violaciones de los DDHH a la vida provienen, de modo casi invariable, físicamente, de esos toboganes históricos de pragmatismo duro; pues allí los procesos constructores de Estado (quintaesencia de la historia) no están, sino por rara excepción, sujetos a ética solidaria, o a derecho participativo. Es la existencia de tales toboganes lo que induce a postular que los DDHH no pueden ser reducidos (como suele hacerse) a principios jurídicos de invocación *ex post* (esto es, después de consumada su violación); sino desarrollados como un derecho activo de *implementación preventiva*, con capacidad para generar un control social permanente y efectivo sobre cualquier proceso histórico que devenga en Estado. Los ciudadanos sólo pueden garantizar el derecho a la vida y a la integridad de las personas mediante el ejercicio de otro derecho aun más fundamental: el de tener una participación protagónica —emanada de sí y ante sí— en el proceso de construcción del orden social y político (justo) que ha de regir históricamente su existencia terrenal.¹

Es notable que los padres de la ciencia social (desde Emile Durkheim a Talcott Parsons, y desde Karl Marx hasta Alexis de Tocqueville) hayan fundado su teoría sobre un axioma compartido:

que todo sistema social y político debe tener, como condición de organicidad y estabilidad, en sus orígenes tanto como a lo largo de su historia, una alta legitimidad social.² La historia, sin embargo, demuestra que ésa ha sido una condición teórica, un principio abstracto que se ha diluido en el juego práctico de las normas de funcionamiento (la legitimidad como ajuste formal a las leyes fundamentales legadas por los poderes fácticos), y anadado en los toboganes donde el sistema global se autorreproduce. La legitimidad no ha operado en la historia como fuerza ciudadana, sino, predominantemente, como retórica para justificar construcciones ilegítimas. Bajo la mirada histórica, esa adulteración se hace visible no sólo en los (abusivos) regímenes dictatoriales, sino también en aquellas (vacilantes) democracias cuyos líderes deben, por "razones de Estado", sembrar olvido social, a objeto de cosechar estabilidad política.

Cabe preguntar en Chile actual: las masas sociales que fueron dictatorialmente sepultadas en la historia reversa y democráticamente invitadas a olvidar su antigua identidad, ¿cómo se están relacionando con el sistema (ahora legal) que las venció? ¿Hundiéndose a sí mismas en la avalancha de los "nuevos tiempos", adorando los íconos de su vencedor? ¿Sofocando su legendario instinto de "volver"? ¿O es que, ya en el fondo, están reagrupándose, levantándose los unos a los otros e iniciando una larga aunque naufragada marcha de Lázaro, una tortuosa transición por abajo?

Digámoslo de otra manera: ¿qué hay bajo "el tedio" que, cual convidado de piedra, petrifica hoy la baja sociedad civil? ¿Qué historia reversa despolitiza la mente pero no la sangre de la juventud popular? ¿Qué decapitación de sueños deprime a los hombres viejos y los aleja de la politicidad? ¿No será, acaso, ese halo de ilegitimidad que, desde el principio, nubló el reciente proceso de construcción estatal en Chile? ¿Ese problema histórico que nuestra contemporaneidad —tantas veces modernizada— nunca ha resuelto?

1. Un desarrollo mayor de estas ideas en G. Salazar: "Derechos humanos y comunidades locales en Chile" (Ponencia presentada en la Conferencia Sur-Sur de DDHH, Universidad de Lund, Lund, Suecia, mayo de 1993).

2. Un examen global de este problema en P. Corrigan & D. Sayer: *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution* (Oxford, 1985).

Al hacer el balance de los procesos de construcción de Estado en Chile, resta un saldo neto de anomalías, que denotan ilegitimidad. Son, entre otras, las siguientes.

En primer lugar, en cada uno de dichos procesos, se observan intervenciones de rasgo dictatorial por parte de las Fuerzas Armadas. Se observa también que, en el contexto de esas intervenciones, los miembros de los Comités Constituyentes (en Chile no ha funcionado jamás una Asamblea Constituyente elegida por el pueblo) fueron designados por la autoridad, no electos por la ciudadanía. Los proyectos de Estado que esos comités, a puerta cerrada, discutieron y acordaron, fueron finalmente impuestos a la nación sin deliberación informada, y dentro de una atmósfera militarmente controlada. Procesos de este tipo se desarrollaron en las coyunturas de 1829-33 (que impuso el proyecto liberal-autoritario de Diego Portales); de 1924-32 (que impuso el proyecto liberal-centralista de Arturo Alessandri), y de 1980-89 (que impuso el proyecto liberal-vigilado del general Augusto Pinochet).³

En segundo lugar, se observa en esos procesos que los actores sociales (y sus expresiones políticas) que propugnaban un proyecto estatal diferente al finalmente impuesto, fueron objeto de una 'acción constituyente' definitivamente fáctica: represión policial y militar, destierro o/y exilio masivo, exclusión política y descalificación pública; a menudo, con violación de sus DDHH, pérdida de sus bienes y, aun, de sus propias vidas. Todo eso, durante una década o más, fue padecido por "los pipiols", después de 1829; "los subversivos y anarquistas", después de 1919, y "los marxistas", después de 1973. Cabe señalar que, con tales denominaciones, se aludía globalmente a importantes sectores de pequeños y medianos productores, trabajadores asalariados, intelectuales y demócratas de todo tipo, que sumaban entre 35 y 50 por ciento de la sociedad civil.

En tercer lugar, se observa que los constituyentes designados por la autoridad (en su mayoría, abogados o políticos profesionales vinculados a las élites mercantil-financieras) tendieron de modo invariable a construir un modelo de Estado esencialmente político (no social, ni económico); esencialmente liberal (no corporativo, ni socialista), y esencialmente centralista (no federal, ni comunal). Que, determinados por esa tendencia, sólo debatieron en profundidad las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo; es decir: el funcionamiento del sistema que regía por dentro a la clase política civil. En este mismo sentido, se observa también que, concluida la redacción del nuevo texto constitucional, la autoridad "decretó" su puesta en plebiscito o, simplemente, su promulgación; sin dar lugar, en ningún caso, a la deliberación ciudadana. En consecuencia, las comisiones constituyentes descartaron la posibilidad de que las variables económicas y los proyectos de acción de los *actores sociales* ligados a ellas constituyeran un fundamento válido para reorganizar, sobre él, la estructura central del Estado.⁴

En cuarto lugar, pasada la coyuntura constituyente, el Estado así establecido, de una parte, continuó discriminando a los vencidos (sólo que pasando de la discriminación física a la ideológica); mientras desplegaba, de otra, un discurso oficial de autolegitimación que exigía, en aras de la unidad patriótica, olvidar las luchas pasadas (amnesia histórica como razón de Estado). Confundido en el proceso regular de la política, ese doble discurso se filtró en todos los planos de la vida cívica: en los procesos legislativo y judicial, en los de instrucción pública (religiosa, civil y militar), en la retórica de los ritos institucionales y *-last but not least-*, en la reconstitución "científica" del pasado. La memoria y la amnesia históricas, así reguladas y compartimentadas, congelaron en el ciudadano medio todo recuerdo de autonomía social (es decir, su legitimidad como actor), animando en cambio la imagen de los constructores del Estado y de las normas y realizaciones hechas por ellos (es decir, la legitimidad del sistema).

3. G. Salazar: "Grandes coyunturas políticas en la historia de Chile: ganadores (previsibles) y perdedores (habituales)", *Proposiciones* 16 (1986).

4. Para la coyuntura constitucional 1978-89, véase, de E. Ortega, *Historia de una alianza* (Santiago, 1992), especialmente pp. 151-94.

En quinto lugar, se observa que, ya en su fase de madurez histórica (cuarenta o cincuenta años después), el Estado tendió a fluir sobre dos procesos: uno superior, donde se planteó la necesidad de reformar el régimen "presidencialista" impuesto en la fase fundacional, para pasar a otro "parlamentarista", apropiado a la fase de madurez; y otro inferior, donde se discutía –aunque sin intención constituyente– cómo racionalizar la creciente influencia del capital extranjero en la economía nacional y cómo neutralizar, al mismo tiempo, la creciente agitación delictual y/o subversiva de las masas populares. Se observa también que, mientras los problemas del proceso inferior se estimaron controlables, se creyó oportuno pasar, en el proceso superior, del presidencialismo al parlamentarismo; mas, cuando el problema económico y social se consideró crítico y amenazante (respecto a la estabilidad del sistema global), se creyó necesario volver del parlamentarismo al presidencialismo. Se observa también que, cada vez que se produjo este retorno, el Estado se hallaba en una fase de crisis estructural por ilegitimidad social creciente. Y esa fue, ya no su fase de madurez, sino de senilidad: era el momento justo para que se abrieran los toboganes de la historia y se estimulara el pragmatismo ilimitado de los poderes fácticos. El ciclo completo podía, pues, repetirse. De este modo, se observó que todos los problemas de la sociedad tendieron a resolverse alternando un discurso puramente técnico y sincrónico para tiempos de estabilidad (esto es: ajustando los mecanismos internos del mismo Estado, a historia cerrada), y otro puramente pragmático y diacrónico, para tiempos inestables, de historia abierta.

Se observa en definitiva que, en los reiterados procesos de construcción y reconstrucción del Estado en Chile, la clase política militar y la clase política civil, en tácita colaboración con las élites mercantil-financieras, han sido más determinantes y protagónicas que los actores propiamente sociales (sobre todo los de tipo popular) y, aun, más que la misma masa ciudadana. Que, por ello, esos procesos han tenido un carácter centralizado y centralizador, que en el largo plazo han reforzado de modo sistemático el centralismo de lo político y el marginalismo de lo social. Sólo en el período

1919-25 el movimiento popular –inspirado por L. E. Recabarren– dinamizó un proceso al término del cual llegó a autoconvocarse y erigirse en una autónoma Asamblea Constituyente, de claro sello social. Pero este evento fue ignorado por los líderes de ambas clases políticas, y el movimiento que lo generó fue reprimido y desmantelado. Una gruesa paletada de amnesia oficial cayó más tarde sobre todo eso.⁵

Ni la Historia ni las Ciencias Sociales han intentado, al menos sistemáticamente, dar cuenta de estas anomalías y promover alternativas de mayor legitimidad. En cuanto a esto, puede decirse que han mantenido una tácita complicidad con los cerrados procesos centralistas que aquí se denuncian.⁶

TRANSICIONES (ANVERSAS Y REVERSAS)

¿Se está debatiendo hoy, en Chile, el problema de la legitimidad? Es probable que, en el contexto de la "modernidad avanzada", la hegemonía indisputada de los "sistemas de relaciones" haya concluido por anacronizar todas las "esencias sociales" (con su clásica expresión en los Estados nacionalistas y populistas) y, con éstas, el problema mismo que en esta ponencia nos preocupa.⁷ A una mirada reversamente histórica, sin embargo,

5. G. Salazar: "La Asamblea Constituyente de trabajadores e intelectuales. Chile 1925", *SUR D. T.* 131 (1992). Cabe citar también el esfuerzo de la Confederación de la Producción y el Comercio, entre 1934 y 1938, por introducir un Consejo Económico y Social (concertación de actores sociales) en la maquinaria del Estado. Este esfuerzo también ha sido ignorado.
6. Por esta complicidad y otras razones, Claus Offe considera que las ciencias sociales se han constituido de hecho en "siervas pragmáticas del poder" y "de los administradores y responsables de la política". Véase las referencias que a este respecto hace John Keane en la Introducción del conocido *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, de Offe (Madrid, 1990), p. 17.
7. Esta tesis ha sido reiteradamente sostenida por Alain Touraine. Véase su "América Latina: de la modernización a la modernidad", *Convergencia* 17 (1989). También "Power and Protest in Latin America", en CEDLA, eds., *The Crisis of Development in Latin America* (Amsterdam, 1991).

bien puede que las esencias sociales –y entre éstas, la legitimidad– continúen siendo tema de preocupación y debate, sea a nivel de discurso, sea a nivel de habla.⁸ Desde esta perspectiva, por ejemplo, pueden observarse, en Chile, cuando menos, cuatro planos superpuestos por donde se desliza, algo soterradamente, el debate político estratégico. Estos planos son: a) el de las clases políticas gobernantes; b) el de los científicos políticos vinculados al *policy-making*; c) el de las ciencias sociales de conexión principalmente académica, y d) el de las bases ciudadanas y populares de conexión básicamente social.

El tránsito de las clases políticas

En este nivel, cabe distinguir entre un debate adherido a los desplazamientos posicionales de corto plazo que han estado realizando las clases políticas en relación al Estado, y otro proyectado a los ajustes técnicos que ese Estado deberá realizar para acomodarse mejor al proceso histórico de mediano plazo.

Respecto al primer tipo de debate, el problema central radica en el desplazamiento posicional que ha estado realizando la clase política civil (CPC, en adelante), a fin de ocupar electoral y/o funcionalmente la miríada de oficinas públicas del Estado. Este movimiento se inició en 1989, pero aun hoy (1993) no está concluido (en verdad, la CPC no puede ni podrá nunca ocupar definitivamente el Estado, sino, tan sólo, parcial, transitoria y rotatoriamente). De hecho, forma parte de un movimiento mayor: la recomposición de la CPC y el sistema nacional de representatividades políticas (fuertemente desarticulados por el golpe mili-

tar de 1973), proceso iniciado en la segunda mitad de la década de los ochenta, en interacción con las protestas populares. En estricto sentido histórico, es un desplazamiento de individuos y grupos civiles hacia el interior del nuevo Estado, tendiente a constituir dinastías representativas estables (liderazgo político nacional) y elencos burocráticos partidariamente disciplinados (cara administrativa de ese liderazgo). Es un movimiento complejo, de rearticulación de relaciones intra-políticas e inter-institucionales que, de hecho, es más lento que la electrizada nube discursiva que de modo regular lo recubre (en parte debido a la aparición de, como dice Giovanni Sartori, la "video-política"). Al mirar en perspectiva, resulta evidente que la recomposición de la CPC y la reestructuración del sistema de representatividades no constituyen sino la fase final del mismo proceso (histórico) de re-construcción del Estado, con el cual se refunden y al cual, en su última fase, determinan.

Tras su activa intervención en las fases fundantes del nuevo Estado, la clase política militar (CPM, en adelante), a diferencia de la CPC, no tiene que moverse hoy para ocupar ese Estado (lo hizo ya), sino más bien para desocuparlo. Ni tiene sobre sí el imperativo periódico de ajustar su representatividad (es un estamento), de modo que no está constreñida, ni a diversificarse internamente para adecuarse a representados, ni a construir identidad desarrollando discursos públicos. La CPM tampoco necesita reagruparse cíclicamente para rotar, en disputa con otros, en las oficinas de comando del poder público. Su modo eficaz de relacionarse con el Estado no pasa por los circuitos competitivos pero cerrados de la constitucionalidad, sino por los toboganes abiertos de la historicidad. Es su ventaja comparativa.

Ahora bien, el desplazamiento de la CPC hacia el interior del Estado de 1980 está obstaculizado, parcialmente, por el hecho de que ese Estado fue construido en su mayor parte según los criterios "super-presidencialistas" de la CPM. La CPC necesita, para realizarse plenamente –si hay paz socioeconómica–, no de un régimen hiper-centralizado o autoritario, sino de uno "parlamentarista", semi-centralizado y, en todo caso, flexibilizado,

8. La reposición del tema de la legitimidad la están haciendo los propios procesos de la modernidad tardía; en particular, la "devolución" de poderes desde el Estado a la Sociedad Civil. Véase S. Crook et al., *Postmodernization: Change in Advanced Societies* (London, 1992). No ha sido menos importante la acción que, en este sentido, han desarrollado los movimientos por los derechos civiles y los DDHH. Por su parte, M. Foucault ha repuesto el tema en su teoría del poder; por ejemplo, en *Genealogía del racismo* (Madrid, 1992).

porque sólo allí puede constituir y desplegar su diversificada dinámica representativa y corporativa. Su estilo resulta antagónico con el verticalismo propio de la CPC. Con todo, en la coyuntura actual, ese antagonismo no ha llegado a un punto crítico. De una parte, porque al hacerse inminente la ocupación civil del Estado hiper-centralizado legado por el general Pinochet, la CPM optó por admitir determinados niveles de flexibilización y parlamentarización del mismo. De otra parte, porque la CPC intra-parlamentaria ha adherido unánimemente a la premisa mayor del discurso estatal de la CPM: la identidad capitalista y neoliberal del Estado de 1980. El señalado antagonismo no ha incluido, pues —ni incluye—, el tema mayor de la reforma estructural del Estado liberal de 1980, sino, tan sólo, de su originalmente alta concentración verticalista. El problema de la legitimidad no está pues en disputa entre las clases políticas. En este aspecto se da entre ellas, más bien, un consenso básico. En consecuencia, la puja de la CPC por acomodarse en el Estado legado por la CPM no incluye ningún objetivo tendiente a incrementar de modo sustantivo la participación ciudadana en las decisiones públicas; ni a estatizar ni a socializar las decisiones automáticas del mercado, ni las *public choices* de los grandes inversionistas nacionales y extranjeros. Ni populismo ni estatismo aparecen en los nortes de la penetración estatal que practica la CPC. A cambio, tiende a esgrimir como bandera la "seguridad ciudadana"; la que, como principio, tiene dos ventajas comparativas: una, permite implementar útiles 'ejercicios de enlace' con la CPM; y, dos, permite legitimar en retrospectiva (en cláusula de defensa propia) cualquiera ilegitimidad perpetrada durante el (crudo) proceso de *State-building* anterior a 1989.

Con todo, el forcejeo entre ambas clases políticas no se reduce a la reagrupación de la CPC en el centro del Estado y de la CPM en la periferia del mismo. También tiene que ver con el problema de hasta qué punto los DDHH —incómoda resaca que atenaza por igual los pies de los antiguos y los nuevos inquilinos de la oficina estatal— pueden, eventualmente, dejar demasiado al desnudo la legitimidad histórica del sistema liberal. En Chile, el alegato de los DDHH no ha destapado aun la

totalidad del escándalo, pero sí ha iniciado la "devolución" de los derechos desde el Estado a la Sociedad Civil. Por esto, es de obvia conveniencia elitaria que esa resaca se mantenga flotando en superficies manejables. Pues, si se la dejara erosionar a fondo los todavía débiles estratos amnésicos, daría pie para el desarrollo de cuestionamientos profundos al rol histórico de las FF.AA., —por ejemplo—, deslegitimando (casi) todo lo obrado por ellas desde 1973 (o aun desde antes). Un cuestionamiento de ese tipo, por contagio directo, socavaría también las bases sustentadoras del Estado de 1980, obligando a la CPC—recién acomodada en él— a desandar su línea de reconstitución, retrocediendo hasta el trasfondo; o sea, hasta la sociedad civil, fuente de toda legitimidad. No es de menor gravitación el hecho de que la legitimación de los DDHH haya iniciado el traspaso de la 'fuente' de los derechos desde el Estado a las bases ciudadanas.⁹ Se comprende, por tanto —aunque no se justifica—, que ni la CPM ni la CPC hayan demostrado entusiasmo o voluntad política para permitir que el movimiento de los DDHH desarrollara todas sus consecuencias históricas, y que se hayan concertado a cambio (con sorpresa para muchos), para regularlo y contenerlo "dentro de lo posible". En verdad, a esta altura del proceso, cualquier movimiento radical emanado de los DDHH constituye, para ambas clases políticas, una amenaza dual a su ahora compartida estabilidad. Como tal, no pueden menos que clasificar esa amenaza como un asunto atingente a la seguridad de la Nación. O, al menos, como una buena "razón de Estado", que las induce, en lo más alto, a negociar sus respectivas cuotas de poder y estabilidad, y en lo más bajo, a sellar más herméticamente los cofres explosivos hundidos en la memoria histórica popular.

Se comprende que los desplazamientos cruzados de la CPC y la CPM en torno al Estado de 1980 han concluido por desechar el debate original acerca de la naturaleza estructural de ese Estado; es

9. El énfasis en los derechos civiles y la creciente exigencia de *accountability* a la clase política y de *participation* para las bases, está acelerando el proceso de devolución de poderes en todos los países avanzados. Véase el *best seller* de D. Osborne et al., *Reinventing Government* (New York, 1993).

decir, respecto a sus relaciones de legitimidad con la sociedad civil. A cambio, el progresivo entendimiento estratégico entre esas clases respecto a ese punto ha concluido por privilegiar y publicitar un segundo debate (véase supra): el de la "modernización del Estado".

¿A qué apunta ese debate? Fundamentalmente, a ejecutar ajustes técnicos en los mecanismos interiores del Estado, a fin de realizar en lo nacional la idea internacional, actual, de modernidad. Esto, de una parte, significa reducir el tamaño burocrático y el peso protagonista del Estado nacional, tanto para recortar los resabios populistas que aún distorsionan sus escalas de operación y costos, como para incrementar sus niveles modernos de eficiencia administrativa. De otra parte, significa incrementar paralelamente el peso tecnocrático, comunicacional y "meta-político" de los grupos económicos y políticos privados (que actúan a través de agencias también privadas) tanto del mercado nacional como también (y sobre todo) del mercado internacional.¹⁰ Se trata, en suma, de reducir el peso corporativo del Estado nacional, abrir espacio para la penetración local de las *public choices* internacionales y tornar transparentes las estructuras burocráticas a esa penetración. Es evidente que este debate sigue una lógica trascendental que margina la comunidad nacional e integra la comunidad internacional; que diluye lo privado interior en lo privado exterior, y reemplaza una legitimidad local por una (supuesta) legitimidad mundial. La modernización del Estado, así entendida, no es sino el reverso de la internacionalización del Mercado, lo que presupone un incremento de la centralización desburocratizada y de los controles difusos.¹¹ El desarrollo de este debate se rige por esa línea recta que une el Estado de 1980 con la modernidad exterior (no con

la doméstica sociedad civil). Se comprende, pues, que, por la naturaleza técnica, extravertida y disolvente de los temas que involucra, el debate sobre la modernización del Estado no puede ser un asunto de ventilación pública (involucrando a toda la masa ciudadana), sino de ciclaje más bien privado, interno de la clase política (y de sus *thinking tanks*). La privatización del debate acerca de la modernización del Estado abre, respecto al problema de la legitimidad, no una línea en paralelo, sino en perpendicular, bajo cuyo ángulo ciego crece, en 90 grados, la apatía ciudadana.

La ingeniería de los cientistas políticos

Los intercambios y desplazamientos cupulares realizados por las clases políticas, y el avance de las tendencias "devolucionistas" de la modernización estatal, han dejado a los cientistas políticos reclusos en un campo epistemológico estrecho, de historicidad cerrada. Inducidos por todo eso —y algo más—, los cientistas políticos han trabajado, disciplinadamente, en el interior del sistema, mirando todo el tiempo el interior del sistema, y desechando toda epistemología apropiada a las externalidades del mismo. En esa posición, han terminado practicando —son sus propios términos— reiterados ejercicios de "ingeniería política". Hasta el momento, tales ejercicios no han hecho más que retomar algunos de los viejos debates de antaño; en particular, aquel que gira en torno a la cuestión de si la mecánica interior del Estado debe ajustarse a un modelo "presidencialista", o a uno "parlamentarista".¹² Para verificar, véase la siguiente rápida inspección de este nivel.

Para Genaro Arriagada, por ejemplo, el colapso democrático de 1973 se debió, en lo fundamental, al "presidencialismo", que era "minoritario en dos peligrosos sentidos": dentro del electorado nacional y dentro del Congreso. En consecuencia, esta "falla constitucional" —que "antecedía con mucho al gobierno de Allende"— hizo posible una anoma-

10. Véase *El Mercurio*, ediciones de los domingos 8 y 15 de agosto de 1993, sección Reportajes.

11. Véase el análisis del Estado hecho por S. Crook et al., op. cit., y por D. Harvey, *The Condition of Postmodernity* (Oxford, 1990). La conclusión puede asimilarse al "poder circulante" examinado por M. Foucault en *Microfísica del poder* (Madrid, 1977), o al "Secret State" que denuncia E. P. Thompson en D. Held et al., eds., *State & Societies* (Oxford, 1983).

12. Colofón de ello fue el largo debate que, al respecto, se realizó con anterioridad a la elección de Eduardo Frei como Presidente de la República.

lía fatal: que "una minoría conquistara la Presidencia de la República y pudiera gobernar en oposición a la mayoría del Congreso". Basado en la crítica al presidencialismo (que también caracterizó en sus inicios al régimen establecido por la Constitución de 1980), Arriagada concluye que la única forma de crear "gobiernos fuertes es avanzar hacia el parlamentarismo", donde una "alianza de partidos con mayoría en el Parlamento" controle el Poder Ejecutivo, "reduciendo al mínimo los conflictos". Su fuente de inspiración son las democracias de Europa Occidental.¹³

Al igual que Arriagada, José Luis Cea estima que "el presidencialismo reforzado precipitó las dos peores crisis de nuestra historia republicana, es decir, las de 1891 y 1973". Más aún: cree que "el Estado-Nación es demasiado grande y complejo como para gobernarlo a través de estructuras democrático-representativas diseñadas ... en las primeras décadas de este siglo". Por esto, es hoy indispensable recurrir a la "ingeniería político-jurídica" que, en este caso, es útil para construir un régimen semipresidencial.¹⁴

Para Francisco Cumplido, la crisis de 1973 probó que el presidencialismo en Chile "ha fracasado"; sobre todo porque, por ser minoritario, tuvo que "gobernar al margen de la Constitución y las leyes". Cree que lo mejor es el parlamentarismo, pero constata que en el país el multipartidismo es muy fuerte (lo que conspira contra el régimen parlamentario), lo mismo que el personalismo (alessandrismo, freísmo, pinochetismo, allendismo, ibañismo, etc.), factores que lo hacen inclinar-se hacia un "sistema intermedio".¹⁵

Hernán Larraín coincide en que el presidencialismo (padre directo del "estatismo") habría sido la causa de la "politización exagerada" que condujo a la crisis de 1973. Propone una "modalidad parlamentaria descentralizada y

desconcentradora".¹⁶ Enrique Barros subraya también la tesis de la "politización exagerada" provocada por el presidencialismo —no por los partidos— antes de 1973. Recomienda un parlamentarismo de tipo francés.¹⁷ Angel Flisfisch se suma también a los partidarios del parlamentarismo. Sin embargo, él cree que lo importante es que la ingeniería política examine la "cooperación entre partidos políticos ... la formación de coaliciones gobernantes mayoritarias, la mantención de esas coaliciones, y el tamaño de las mismas".¹⁸ Aunque no de modo directo, Tomás Moulian critica el presidencialismo en pro del parlamentarismo, pero dando una importancia crucial a las prácticas "consensuales" de las élites políticas. Fueron estos consensos los que, al producirse la ideologización de la política, se debilitaron, produciendo la crisis de 1973.¹⁹

Sólo Manuel A. Garretón se aparta de la dicotomía presidencialismo versus parlamentarismo al insistir en que el problema de fondo es la rearticulación de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. Esta tarea "requiere un esfuerzo paralelo de densificación y reforzamiento de la sociedad civil y de reforma y democratización del Estado, lo que apunta al problema crucial de la participación".²⁰

Según Garretón, el problema no se reduce a coaliciones más o menos, sino a la "reestructuración de las relaciones entre política y sociedad", y al necesario equilibrio entre el "extremo cupular" y el "extremo basista".²¹

Al igual que Garretón, Giovanni Sartori se escurre de la dicotomía señalada, pues, para él, "el parlamentarismo puede fallar tanto y con tanta facilidad como el presidencialismo". Y agrega: "La estabilidad gubernamental indica mera duración;

17. E. Barros: "La distribución del poder en un régimen presidencial", en *ibidem*, pp. 163-203.

18. A. Flisfisch: "Parlamentarismo, presidencialismo y coaliciones gubernamentales", en *ibidem*, pp. 218 et seq.

19. T. Moulian: "El régimen de gobierno y el sistema de partidos en el presidencialismo moderno", en *ibidem*, pp. 199-345.

20. M. A. Garretón: "Derrumbe y recuperación democráticos a la luz del dilema presidencialismo-parlamentarismo", en *ibidem*, p. 213.

21. *Ibidem*, p. 214.

13. C. Arriagada: "Después de los presidencialismos, ¿qué?", en O. Godoy, ed., *Cambio de régimen político* (Santiago, 1992), pp. 68 y 90.

14. J. L. Cea: "Presidencialismo reforzado: críticas y alternativas para el caso chileno", en *ibidem*, pp. 112-13 y 150.

15. F. Cumplido: "Análisis del presidencialismo en Chile", en *ibidem*, p. 152.

16. H. Larraín: "El parlamentarismo como desafío para Chile", en *ibidem*, p. 162.

los gobiernos pueden tener larga vida y a la vez ser impotentes: su duración no constituye de manera alguna un indicador de eficiencia o eficacia." Se pregunta luego: "¿sería aconsejable que Chile adoptara un sistema parlamentario?". Se responde: "lo dudo". Cree que debe buscarse algo intermedio.²²

Esta rápida inspección de lo que debaten hoy los científicos políticos chilenos (y alguno de sus colegas foráneos) revela no sólo el ámbito 'Estado adentro' que circunda la mayoría de los análisis resumidos arriba, sino también la antigua cepa de ese debate, que se emparenta históricamente con las discusiones modernizadoras de mediados del siglo diecinueve (parlamentarismo contra el reinante presidencialismo), o de comienzos del veinte (presidencialismo contra el reinante parlamentarismo). Como se observa, sólo Garretón y Sartori se apartan de los tecnicismos propios de esta dicotomía clásica; el primero, revalorizando la "articulación" entre política y sociedad, y el segundo, destacando la "eficacia real" (es decir, local) del régimen político imperante. Desafortunadamente, el primero se sitúa en una perspectiva fenomenológica más bien esquemática, mientras el segundo se mueve en un análisis de posibilidades, sesgando las probabilidades.

El (no)-debate de las otras ciencias sociales

Circunscritos más bien al ámbito académico de las universidades o al semipolítico y semisocial de las ONGs, los economistas no gobernantes, los sociólogos no centralizados y los historiadores en general, tienden a producir un pensamiento (a veces crítico, a veces neutral, pero casi siempre de impacto acotado) que, en conjunto, no logra acoplarse orgánicamente al movimiento –anverso o reverso– de la opinión ciudadana. En parte, por tratarse de procesos de búsqueda, y en parte, porque son prácticas diluidas dentro de las políticas globales interpuestas por los poderes centrales. Con todo,

hay aquí un potencial de desarrollo que no ha encontrado aun coyunturas favorables para eclosionar.

En ese sentido, es de significación el trabajo que está realizando el grupo de economistas encabezados por Oscar Muñoz, de Cieplan. Para este autor, el mercado –convertido hoy en "el mecanismo central de decisiones económicas"– no es "autosuficiente", pues, en el largo plazo, su acción resulta caótica sin la complementación reguladora del Estado. Su hegemonía total puede llevar a profundizar las desigualdades sociales, deteriorar la calidad de vida, "sobreexplotar el medio ambiente y la naturaleza" y subordinar valores tradicionales. Por ello, se requiere de una institucionalidad que regule las relaciones entre empresarios y consumidores, y los ajustes automáticos entre todos los agentes privados. Y es el Estado "el principal agente responsable del desarrollo institucional".²³ Su propuesta, sin embargo, no encuentra eco en otros cientistas sociales.

Entre los sociólogos, las críticas de Alain Touraine al nacional-populismo latinoamericano, así como sus tesis antiesencialistas respecto de las identidades populares, los movimientos sociales y los modernos "sistemas de relaciones", continúan inhibiendo o confundiendo –junto a otras importaciones ideológicas– la investigación teórica alternativa.²⁴ O bien, forzando dilemas que amenazan con dividir la Sociología y a los sociólogos en dos bloques en pugna (sistema versus sociedad civil; o mercado versus sujeto). En este contexto, la prudencia inhibidora puede ser –y de hecho es– una virtud que asegura, al menos, la coexistencia gremial. Enzo Faletto, por ejemplo, calla, autoexiliado en un organismo internacional. M. A. Garretón –como se vio– se autolimita a bosquejar ágiles pero sólo fenomenológicos esquemas de disidencia epistemológica. T. Moulian, por su parte, se deja arrastrar aún por la historia vectorial de las "fuerzas políticas", neutralizando su posición frente a

22. G. Sartori: "Ni presidencialismo ni parlamentarismo", en *ibidem*, pp. 40 y 46.

23. O. Muñoz, ed., *Después de las privatizaciones: hacia el Estado regulador* (Santiago, 1983), pp. 17-48.

24. El reciente libro de A. Touraine, *Crítica de la modernité* (París, 1992), no contribuye a aclarar la confusión sociológica, sino, más bien, a incrementarla.

los dilemas en desarrollo. Norbert Lechner convoca a debatir las relaciones entre el Estado y el Mercado, pero en un plano general, sin proponerse cuestionar los consensos nacionales que en ese ámbito han cristalizado.²⁵ Por otra parte, la producción sociológica del período 1984-88 y la centralización consiguiente de sus autores (José J. Brunner, Eugenio Tironi, Guillermo Campero, Angel Flisfisch y Cristián Cox, entre otros) han creado un hito de prestigio y validez que censura de antemano cualquier ruptura de la unidad teórica que sostiene (precariamente) al gremio sociológico. El resultado 'histórico' de todo ello, es, hoy, la encubierta hegemonía (real) de la teoría social congruente con el modelo neoliberal, y la inhibida validez (potencial) de las teorías sociales alternativas. Ello explica la parálisis que –en parte– parece afectar hoy a la producción teórico-social en Chile.

En lo que hace a la Historia, el "peso de la noche" conservadora parece seguir hechizando, de una u otra forma, el análisis político. Con mucho, la tesis principal continúa siendo la consagrada por el triunvirato Alberto Edwards, Mario Góngora y Gonzalo Vial, a saber: que el paradigmático orden político de mediados del siglo diecinueve (denominado ahora "presidencialismo reforzado") fue descompuesto y roto por el parlamentarismo, primero, y el social-democratismo, después, provocando las crisis nacionales de 1891 y 1973.²⁶ Esta tesis, típicamente conservadora, se ha visto reforzada por las demoledoras críticas de los sociólogos criollos al nacional-populismo, y de los politólogos extranjeros al Estado social-benefactor; con lo cual, tras décadas de antagonismo, sociólogos e historiadores coinciden en una postura conservadora y tradicionalista.²⁷ Apoyado sobre tan inesperada convergencia teórica, el modelo neoliberal no sólo se sostiene como una largamen-

te esperada restauración histórica, sino –en términos de Touraine– como la única alternativa al "caos populista".²⁸ Los recientes aportes de Sergio Villalobos, Alfredo Jocelyn-Holt y Carlos Ruiz –entre otros– a la historia política, siendo y todo valiosos en sí mismos, no han alterado, en sustancia, ese cuadro general; más bien, lo han reforzado.²⁹ Lo mismo puede decirse de la emergente historia social y económica (en la que este expositor se inscribe), en cuanto hasta ahora no ha logrado construir una cabeza de puente, ancha y autónoma, que permita pasar teórica, historiográfica y prácticamente desde la ribera social a la ribera política, superando las más bien dramáticas descripciones de crisis, para centrar el análisis histórico en los procesos que, junto con explicarlas, pueden superarlas. La razón de este empañamiento puede hallarse –entre otras– en que la construcción de ese puente presupone desencadenar, de manera previa o en paralelo, una revolución epistemológica, metodológica e institucional en la ciencia histórica. Es decir, una completa renovación de paradigma. Y ésta no es una tarea de individuos, sino de escuelas; ni de corto, sino de largo plazo. Sin embargo, se trata de un imperativo social y gremial: necesario e insoslayable.

La marcha reversa (¿o discurso?) del sujeto popular

Hoy hace menos de un lustro que la clase popular se jugó literalmente la vida contra el modelo neoliberal impuesto a sangre y fuego por los militares.³⁰ Esa actitud le significó pagar un altísimo e irreembolsable costo social. Por lo tanto, no ha de extrañar que esa experiencia haya quedado grabada profundamente en su memoria histórica, sobre

25. N. Lechner, ed., *Capitalismo, democracia y reformas* (Santiago, 1991); T. Mouliau, *La forja de ilusiones. El sistema de partidos políticos, 1932-73* (Santiago, 1993).

26. La más desarrollada expresión de este paradigma está en Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile* (Santiago, 1981).

27. Las tesis anti-esencialistas y anti-populistas han sido compartidas por la mayoría de los sociólogos 'centralizados' y por la clase política en el gobierno.

28. A. Touraine, "América Latina. . .", op. cit.

29. Es de interés, sin embargo, el estudio de R. Cristi & C. Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago, 1992).

30. Utilizamos la expresión 'clase popular' en un sentido amplio e inclusivo (hombres, mujeres y niños afectados por situaciones de explotación, represión y exclusión, que construyen, a partir de ellas, redes de identidad y de acción específicas), para evitar el reduccionismo conceptual o funcionalista.

todo, en la llamada "juventud de los 80".

Antes de 1973, la clase popular también se había movido, con no menos decisión, contra el neoliberalismo interior y exterior, apoyando entonces los modelos nacional-populistas de los presidentes Eduardo Frei (padre) y Salvador Allende. Por lo que tampoco ha de extrañar que esas experiencias también se hayan grabado profundamente en su memoria histórica. Sobre todo, en este caso, en la llamada "generación del '68".

Después de 1989, la clase popular, aceptando congelar buena parte de su memoria histórica, dejó espacio a la esperanza de que la democracia neoliberal que sucedió en el Gobierno a la dictadura neoliberal del general Pinochet, en tanto que democracia, resolvería, aunque fuera en parte, su situación de extrema exclusión, represión y pobreza. Cuatro o cinco años después, se está grabando el sentimiento de que esa democracia, en tanto que neoliberal (o de mercado), carece de verdadera voluntad política para resolver de modo integral esa crítica situación. De modo que ya no tiene sentido mantener viva la esperanza. En el hueco que esa agonía está dejando, crece, en cambio, una decidida apatía antiliberal. Sobre todo, entre los jóvenes de los 80 y de los 90; pero también en los del '68.

La memoria histórica de la clase popular actual está pues configurada, a triple estrato, por las huellas de múltiples exclusiones y represiones liberales y neoliberales, por acciones y apatías antiliberales, como también por esperanzas y proyectos sociales o políticos de orientación no-liberal. Las derrotas populares de 1973 y 1987, pese a su inapelabilidad, no parecen haber borrado en esa clase la memoria de esos hechos. ¿Podrá borrarla el giro experimentado por la percepción política del sistema liberal, que antes de 1989 veía ese sistema con un feo estigma negativo en su frontis, mientras hoy lo ve con un ejemplarizante emblema positivo? ¿Podrá eclipsarla el trastrueque valórico de la lucha antiliberal, que antes de 1987 convocaba aplausos y heroísmo, mientras hoy simboliza obsolescencia e irracionalidad? ¿Podrá desvanecerla el arrepentimiento de la Iglesia Católica, que antes de 1987 optaba por la realidad de los pobres, y ahora por la idealidad de sus dogmas?

El giro en 180 grados que las orientaciones,

signos y valores políticos han experimentado en Chile en los últimos veinticinco o treinta años responde más, sin duda, a la lógica de la modernidad tardía que a la de la lógica popular. Es decir, tiene más que ver con la tendencia internacional a consolidar la hegemonía de las "relaciones de intercambio" (mercantiles), la retirada de las "relaciones normativas" (políticas), y la obsolescencia de las "identidades o esencias sociales".³¹ La cuestión es si esas tendencias –que representan la racionalidad estratégica de los grandes y ubicuos centros internacionales de decisión privada– pueden regular, a nivel microsocial, las reacciones que en los individuos de pueblo desencadenan los giros y contragiros que esa racionalidad internacional induce, tanto a nivel de la política local como a nivel de los mercados internos. Es un hecho ya verificado que "los procesos organizados y formados a través del intercambio (mercantil) conducen a resultados que no pueden manejarse mediante el propio proceso de intercambio".³²

La historia económico-social de Chile revela que los modelos de organización mercantil de la sociedad (predominantes en los últimos 160 años) no han sido eficientes, ni en resolver la crisis integral que afecta a su extenso estrato marginal, ni en producir procesos políticos de cambio social que corrijan los déficit del modelo mercantil. Estas deficiencias –que pueden llamarse "síndrome Sartori"– han constituido, por su crónica reaparición, la principal fuente de desarrollo de procesos alternos que corroen la estabilidad del sistema político liberal y la legitimidad del modelo mercantil. La memoria popular, atada como ha estado siempre a esa fuente –y en consecuencia, al "síndrome Sartori"– es el germen del que han manado y manan movimientos de incredulidad y apatía, que opacan y frenan los entusiastas giros copernicanos de la retórica liberal.

Las derrotas políticas del proyecto social y los virajes del discurso hegemónico no hacen sino

31. C. Offe: "Crisis en el manejo de la crisis: elementos para una teoría de la crisis política", en id., *Contradicciones...*, op. cit., pp. 49-60. Para Offe, el área de regulación eficiente producida por las "relaciones de intercambio" se está reduciendo a un "núcleo menor", debido a su propia naturaleza.

32. Ibidem, p. 45.

revolver la memoria y la identidad populares dentro de un mismo tipo de vida, en circuito cerrado. En el cuadro global del modelo mercantil, el control de las periódicas agitaciones del pueblo marginal sólo es posible, a la larga, ensanchando el rol de lo político hasta incluir la zona infectada por la crisis de lo social; ensanche que, exactamente, lleva a reducir el territorio de lo mercantil. De modo que, a fin de cuentas, el modelo liberal sólo puede resolver sus déficit regulatorios recordando su propia esencia; es decir, echando mano de mecanismos no-mercantiles. Este entrapamiento, que es poco percibido por las cúpulas —donde el modelo mercantil alcanza sus óptimos y donde la expansión de lo político no gatilla sino otra rotación de las mismas élites—, es en cambio claramente perceptible en la piel del pueblo marginal, donde, en cambio, el “síndrome Sartori” escuece a fuego lento. Por todo esto, el giro copernicano de los discursos hegemónicos no parece tener capacidad suficiente para arrastrar tras de sí y disolver la memoria e identidad histórica de los sectores populares chilenos. A lo más, podrá cubrirlas con nubes de perplejidad e incertidumbre. Las que, a mediano plazo, más que esterilizar, tenderán a fertilizar los (soterrados) procesos donde esa memoria e identidad se reciclan y reproducen.

En suma, la transición chilena de la dictadura neoliberal a la democracia neoliberal ha impuesto a la clase popular el dilema del viejo sicambro: que adore hoy lo que ayer quemó, y queme hoy lo que ayer adoró. Los sujetos populares deben, por tanto, en obediencia al decreto ilustrado de la modernidad, retorcer en su propia carne el giro de 180 grados trazado por el compás mercantil. Extirpando, con ello, una memoria madura de, por los menos, cincuenta años. Cercenando total o parcialmente identidades históricas trabajosamente constituidas. Blanqueando los costos no reembolsados por el sistema. Desechando dinámicas de solidaridad y agrupamiento lateral (típicas de la era populista) y reemplazándolas por una acerada voluntad individualista orientada a conquistar por sí misma, hacia arriba, el éxito mercantil.³³ La

orden del día emanada de la transición chilena resonó, en los oídos del bajo pueblo, como un dilema a sólo dos salidas: ¡o ganan como individuos la batalla del mercado, o se pierden como masa en el caos sin fin de la “anomia marginal”!³⁴

Ese dilema, vigente desde antes de 1989, ha concluido por producir un resultado histórico de relevancia central: la *reprivatización de (todos) los proyectos de vida del “bajo pueblo”*. Es decir, la asunción de todas las formas de pobreza por los mismos pobres, bajo el peso creciente de los intercambios mercantiles y el peso decreciente de los populismos de Estado y de Iglesia. El hecho cupular relevante (estratégico) ha sido y es la desocialización notoria del hemisferio inferior de la política, que, por abajo, se divorcia de lo social des-potenciado (los pobres como ‘clase’); mientras, por arriba, ata su hemisferio superior a lo social re-potenciado (es decir las *public choices* internacionales de los grandes centros económicos e informáticos). En ese contexto, las políticas sociales se desenraizan de su suelo natural (los pobres mismos), para descender a ellos en ronda elíptica: en alianza y condominio con el Mercado. Es natural que, al constatar ese tipo de hechos, los pobres tiendan a desenyugar sus esperanzas y utopías macro-históricas de los grandes marcos políticos, económicos y teóricos del Estado, para, a cambio, embutirlas, a como dé lugar, en la molécula estrecha de su propia despotenciación. Así recogida y replegada, la historicidad popular no tiene más espacio de reciclaje que la interioridad de los propios sujetos populares y sus micro-asociaciones marginales.³⁵

Bajo la hegemonía creciente de las relaciones

fin de la historia y el último hombre (Buenos Aires, 1993). Es esa oferta la que ha producido lo que H. Marcuse y J. Habermas han llamado la “nueva reacción tedoriana”. Véase de J. Habermas: “La psique ‘al termidor’ y el renacimiento de la subjetividad rebelde” en A. Giddens et al., *Habermas y la modernidad* (Madrid, 1991), especialmente pp. 122-3.

34. El dilema, planteado originalmente por A. Touraine (“modernidad o caos”) subyace en el discurso anti-populista de las élites chilenas post-transición.
35. G. Salazar: “La historicidad social contemporánea: interioridad o exterioridad?”, en *Temas de Historia* (Universidad Católica, 1994) (en prensa).

33. Para F. Fukuyama, la modernidad liberal ofrece, de modo exclusivo, el éxito individual, aun en su forma magnificada: la posibilidad “megalothymica”. Véase su *El*

mercantiles, la identidad histórica del bajo pueblo se ha tornado, pues, exteriormente opaca, apática o anómica, e interiormente densa y transitiva. Las clases populares parecen haber ingresado, por ello, en un proceso de transición lenta, cuya fase de descomposición es pública y visible, mientras su fase de re-proyección es, por ahora, en su mayor parte, privada e invisible.

La descomposición se ha hecho evidente, sobre todo, en un generalizado repliegue a la privacidad personal. El individualismo, creciente en todas partes, ha despoblado tanto las organizaciones sociales tradicionales (juntas de vecinos, centros de madres), como las que emergieron bajo dictadura (ollas comunes, comprando juntos, grupos de resistencia, etc.), haciendo descender, con ello, los índices históricos de asociación, participación y movilización. Lo privado, como un hoyo negro, absorbe no sólo la energía de lo público (la política), sino también de lo comunitario (la movilización). Salvo excepciones notorias, la lucha por la subsistencia o el ascenso social se ha convertido en una cuestión personal que cada individuo enfrenta (ganando o perdiendo), bajo su sola responsabilidad, frente al Mercado.³⁶ En esa lucha, el (posible, pero escaso) éxito se simboliza en materiales niveles de consumo y entretenimiento.³⁷ El consumismo y

la televisión ocupan, en la identidad de los sujetos, el lugar ocupado antaño por la carne asociativa o comunitaria (conciencia de clase, militancia, grupos de resistencia o de autogestión) y la historicidad colectiva. Detrás de esa lógica de logros individuales campea un "salvaje" sentido realista del momento histórico ("¿qué otra cosa cabe hacer?"), involucrando un ambiguo conformismo con las políticas del Estado y la lógica del Mercado.³⁸

Por contraste, el (más que probable) fracaso en esa lucha gatilla la manifestación reversa de ese mismo realismo salvaje: el sentimiento de que no hay salida ("todos los poros están tapados"); la convicción de que lo único que hoy tiene sentido es el aturdimiento autoaniquilante: la evasión definitiva de sí mismo, vía drogadicción, alcoholismo o violencia contra todos.³⁹ La lucha de los pobres no se tensa, como antes de 1987, en el marco público de las polarizaciones políticas, sino al interior de desgarramientos privados, subjetivos e intersubjetivos. Como si los poderes hegemónicos, habiendo ya conquistado el control supremo de los espacios públicos y desactivado los dispositivos rebeldes hasta en el centro íntimo de la privacidad, estuviesen ahora empujando 'el desecho' (los doblemente derrotados por la modernidad) hacia su vertedero final: la autoaniquilación.⁴⁰

La individuación está encerrando a cada sujeto popular en el cerco (corrido) de su propia memoria

36. Fabián: "De quedarme ahí... nunca. De quedarme en el hoyo y ser uno del montón, eso no. No soy de la idea de decir 'los pobres somos pobres y los ricos, ricos'. Yo creo que no. Creo que está el esfuerzo de cada uno para ser cada vez mejor en experiencia. Si yo cometo un error, voy a estar expuesto a cometer otros, pero ya no será tan grave como la primera vez. Estaré más consciente..."

Luis: "Tú tienes razón... Mis hermanos terminaron de estudiar y están trabajando, pero a mí me ha costado más... Todos tenemos procesos diferentes y tenemos que adaptarnos a las condiciones posibles: yo tuve que ponerme a trabajar jovencito en la feria..." (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 4ª sesión. G. Salazar, C. Paredes, A. Adduard et al., Proyecto Conicyt 1930008, 1993-4, en desarrollo).

37. María: "Mi familia, que es muy dada a las apariencias, entra en el juego de la posesión, y en eso van adquiriendo bienes, cosas... Nos cambiamos de casa, de Conchalí a La Florida... En 1982 mi papá se quedó sin trabajo. El viejo con eso se desmorona. Pasa a depender de mi mamá. Pero ese mismo año a ella se le detectó un cáncer, lo que significó vender todo. Desde la tele a color, la otra tele, un auto, después el otro auto, el comedor, el refrigerador... Lo único que no vendimos fueron las camas" (Taller de Jóvenes, op. cit., 6ª sesión).

38. "Los jóvenes de hoy ya no son idealistas: son salvajemente realistas. Como el capitalismo y consumismo salvajes que les enseñan a ser así" (J. M. Leturia S. J., en "¿Ombudsman?", *Mensaje* 428, 1994, p. 192).

39. Sofía: "Hasta que un día ella (mi amiga) decidió irse de la casa. Tuvo conflictos con carabineros. Iba a discos, a fiestas, llegaba a las tantas. Y se perdió como dos meses. Hasta que llegó a un hogar de menores, o una cárcel, donde pasó tantas cosas feas que después me contaba... No había cambiado" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 3ª sesión, op. cit.).

40. Bajo la evidencia de que "todos los poros están tapados", muchos jóvenes optan por la droga, como una vía de más ancha liberación vital que las estrechas oportunidades que les ofrecen; sobre todo, porque "acorta la vida". (A. Adduard, Informe Curso "Mantenimiento de Viveros y Areas Verdes", Comuna La Granja, Proyecto Fosis 13011602732-4; 1993-94).

individual. Y allí, aprisionados en su propio pasado, algunos quieren recordar mucho; otros, poco, y otros, nada. La memoria social del bajo pueblo tiende, por ello, a fragmentarse, estratificarse y desencontrarse. Las experiencias acumuladas por cada generación se apilan una junto a la otra, sin tocarse o fusionarse: el viejo populismo masculino (exitoso en los sesenta y tempranos setenta); el nuevo protagonismo femenino (creciente desde fines de los sesenta), y la protesta juvenil (abortada a fines de los ochenta y comienzos de los noventa).⁴¹ A los efectos desintegradores de la individuación neoliberal se suma, por tanto, la fragmentación temática y cronológica de la memoria histórica popular, el quiebre generacional. Con ello, las tendencias asociativas laterales se deterioran y anulan, debilitando el sentido de comunidad o de pertenencia a identidades colectivas. Como actor social, el bajo pueblo, pues, se desperfila. ¿Está, por tanto, dejando de ser un 'sujeto histórico', y transformándose en una 'masa anónima'?⁴²

No obstante lo anterior, no es difícil observar en

el bajo pueblo, también exteriormente, generalizadas actitudes y conductas que expresan, de un modo u otro, rebeldía, crítica, disidencia y oposición manifiesta hacia el sistema imperante. Lo cual pone de relieve que, en las bases populares, la individuación (consumista) exigida por el modelo mercantil, no ha anonadado por completo al sujeto (pensante), ni borrado del todo su percepción histórica del "síndrome Sartori".

Expresión típica de ese sujeto popular es, por ejemplo, su crítica al proceso de transición a la democracia. Pues esa transición —en la que se depositaron alegres esperanzas— no cambió sus condiciones de vida ni alteró en lo sustancial el sistema impuesto por el régimen dictatorial.⁴³ Siguen vigentes el cerco policial y, en contrapunto, el "odio al milico". Crece en cambio la crítica a las nuevas ofertas de la democracia: el municipio y las licitaciones públicas para proyectos de desarrollo social.⁴⁴ Se observa una desafiliación generalizada

41. Luis: "Uno de los grandes problemas de la actualidad, que está muy desarrollado en la comuna, es el individualismo. La gente sólo está preocupada por desarrollar su satisfacción personal y de su familia. Los jóvenes dicen: 'qué gano con estar perdiendo el tiempo en reuniones latosas'. No les interesa aprender ni el arte, ni la cultura, ni la política. Prefieren 'echar el pelo' con los amigos. Porque los jóvenes no tienen proyecto. Hay un vacío ideológico que se ha sustituido por un consumismo desenfrenado. Se trata de disfrutar el presente porque no hay proyecto de futuro para los jóvenes" (Taller de Adultos N° 1, Comuna San Joaquín, 1ª sesión, G. Salazar et al., op. cit.).

José: "Los jóvenes ya no participan en la política. Más bien, no están ni ahí. Porque además los viejos nos utilizaron. Realmente nos utilizaron. Porque todo el trabajo lo hacían los jóvenes y los aplausos se los llevaban los viejos. Es muy sucia la política. Y los viejos nos utilizan" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 2ª sesión, ibidem).

42. En la investigación realizada en algunas comunas del sur de Santiago (Proyecto Conicyt 1930008) se ha hecho evidente que las mujeres adultas prefieren iniciar sus recuerdos históricos después de 1973 (cuando se unieron en resistencia e incrementaron su protagonismo de género); los hombres adultos, en cambio, tienden a recordar lo ocurrido antes de esa fecha (cuando su rol y estatus en la sociedad popular eran mayores que hoy), mientras los jóvenes tienden a partir de la memoria ligada a la (no) constitución de su propia identidad personal (es decir, concentrándose en la década de los ochenta o noventa). El concepto de "masa anónima" puede verse en S. Moscovici: *La psicología de las multitudes* (Madrid, 1985).

43. "Todos tenemos la esperanza de que un gobierno democrático iba a cambiar el asunto. Que iba a haber más posibilidades para la gente con menos recursos, pero ya se ha visto que no. La cosa sigue igual. Se arreglan los que tienen plata y los pobres seguimos siendo pobres. Además no ha cambiado tanto la represión porque los pacos igual agarran a las personas que venden en las calles, igual las llevan. Y cuando uno hace una protesta igual lo apalean. Nosotros tuvimos que hacer una toma y así presionar al gobierno para tener una casa" (Dirigente de Toma de Peñalolén, a Claudia Concha. Informe Proyecto TAC, 1993-94).

"Hay muchas cosas que todavía están muy atadas. Todavía estamos gobernados por el otro gobierno. Yo veo eso: estamos gobernados por dos gobiernos. No por uno. Entonces nunca vamos a salir" (Pobladora de La Pintana, a C. Concha & R. de la Fuente, en "Transición a la democracia y organizaciones populares"; Tesis de Licenciatura, Sociología, U. Arcis, 1993, p. 99).

44. Marcelo: "Hay un sentimiento generalizado de falta de identificación con el Municipio, y de falta de representatividad real por parte de las autoridades municipales. Para los trabajadores el Municipio no tiene ninguna significación. No existen formas de volcar o vincular la experiencia laboral en el ámbito comunal. La relación de los vecinos con el Municipio es meramente instrumental, y se da fundamentalmente a través de las Juntas de Vecinos. En esta comuna no existe movimiento obrero. Tanto los trabajadores como los estudiantes pasan todo el día fuera de la comuna, de modo que la relación que establecen con la cotidianeidad comunal es mínima. Esta comuna es 'residencial'" (Taller de Adultos N° 2, Comuna Pedro Aguirre Cerda, 5ª sesión, op. cit.).

de los partidos políticos, mientras aumenta el rechazo al discurso y retórica de "los políticos" (incluyendo su apuesta a la modernidad).⁴⁵ La apatía consiguiente erosiona las prácticas electorales y la legitimidad de las organizaciones sociales legalizadas por el Estado, lo que afecta sobre todo a las Juntas de Vecinos.⁴⁶ Los grupos y redes de delinquentes comunes —en los que se observa un notorio afán de profesionalización y modernización— vienen a reemplazar, de algún modo, a las múltiples organizaciones subversivas del pasado reciente.⁴⁷

En ese contexto, no ha de extrañar que los sujetos populares —individuos por el mercado, pero subvertidos por el "síndrome Sartori"— concluyan por buscarse los unos a los otros conforme prácticas de sociedad autónoma que carecen de registros anteriores en sus respectivas memorias generacionales. Tienen a surgir relaciones cara a cara, horizontales; fraternidades incipientes que llenan lateralmente lo que las relaciones verticales del sistema han vaciado de contenido asociativo. Las esquinas y los eriazos se van llenando de

grupos introvertidos, de apariencia tribal. Las mujeres se van agrupando en identidades de género y comunidad. Surgen movimientos amebicos de mancomunalidad.⁴⁸ Viejos que se juntan a revisar y actualizar sus memorias del populismo.⁴⁹ Poco a poco la socialidad horizontal, local y autónoma, introvertida y afectiva, perfila valores nuevos, opciones emergentes que, unos con otros, van definiendo una suerte de militancia por lo social, de creciente atractivo para la juventud.⁵⁰ En este contexto re-socializado, las fronteras internas de la memoria popular tienden a debilitarse, a medida que un número mayor de jóvenes se interesa por el pasado de los viejos y a medida que un número creciente de viejos reconoce el presente salvaje de los jóvenes. La transgresión del código amnésico desata el interés por las historias locales, las histo-

45. Joaquín: "Hoy día los partidos que eran de clase no tienen proyecto claro. Por eso la gente no cree en ellos. No han cambiado su discurso de llegar a la organización social a manipularla y dirigirla, sin importar su quiebre: lo importante es ganar militantes. La forma de organización, entonces, debe ser distinta". (Taller de Adultos Nº 1, 2ª sesión, op. cit.).

46. Joaquín: "La organización natural de los pobladores ha sido la Junta de Vecinos. Durante la dictadura se deslegitimaron, y frente a la transición la gente se hizo expectativas de un cambio mayor. Pero eso no ocurre. Entonces las Juntas de vecinos quedaron y siguen desprestigiadas. No son organismos verdaderamente representativos" (Ibidem, 1ª sesión).

47. Pobladora: "Nosotras, todo lo que estamos haciendo es tratar que la gente entienda el daño que hace (la pasta base), lo que pasa con los niños... prácticamente, la muerte. Pero una no puede luchar contra la otra persona porque se le viene encima... Ellos viven de eso. Es la fuente de subsistencia para los que venden. ¿Quién se va a tirar contra ellos? Además que dentro de la población está la mafia más grande. Sale en los diarios. Hoy día es abierto, no es cosa que lo esté diciendo yo. Tienen inmensos autos Mercedes Benz estacionados frente a sus casas... pero de ahí no se cambian porque en otro lugar no tendrían tanta protección. Además ¿dónde luce un muchacho un par de zapatillas de \$25.000? Si anda por Providencia nadie lo va a mirar, en cambio aquí todos se quedan con la boca abierta..." (Taller de Mujeres, Comuna de San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

48. M. Antonieta: "O sea, el estar aquí todos reunidos, yo creo que es para cambiar algo; cambiar la mentalidad de nosotros. Creo que ahora nosotros estamos haciendo historia. Creo que ni en Las Condes, ni en Apoquindo se han juntado unos cabros a 'retomar', como hemos hecho un poco nosotros. Esto, para mí, es riqueza. El estar compartiendo con gente que es igual a uno, es bonito. Yo creo que ahí está la riqueza del pobre. El vivir cada día como un ser común, es ser rico también. Otra gente no lo tiene, y nosotros sí" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 4ª sesión, op. cit.).

49. Joaquín: "Ahora todo hay que analizarlo. Todo hay que discutirlo. Todo hay que conversarlo. Antiguamente no era mucho lo que había que conversar. Todos decían 'socialismo' y con eso se solucionaba todo. Pero hemos visto los fracasos... Y ante tantos fracasos, los jóvenes no se identifican hoy con el socialismo, como antes. Antes se pensaba que la Revolución solucionaba todo; no se discutía. Pero hemos visto que las cosas no son así. Hoy día no hay espejos donde mirarse. Entonces no hay valores, no hay ideales, especialmente para la juventud. Ahora nosotros no podemos decir: 'hay que tomarse el poder y hacer la revolución'. Ahora tenemos que empezar a discutirlo todo, qué tipo de sociedad queremos" (Taller de Adultos Nº 1, Comuna de San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

50. Un joven poblador: "No me inscribo p'a votar y dudo que lo haga alguna vez... Pero en lo humanitario, yo me creo supersocial, me emociono cuando veo alguien mal" (C. Concha & R. de la Fuente, op. cit., p. 128). Fabián: "¡Claro! En mi colegio hay política, en mi centro juvenil hay política. Se está conversando, y ahí hay política. Pero una 'política social', no una política de partidos políticos. Hacemos una política para solucionar los problemas de una persona, y así engrupimos a la gente. Nosotros estamos por una política social: para todos" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 2ª sesión, op. cit.).

rias poblacionales, las historias de vida. Así, urgida por el avance horizontal de los sujetos, la historia popular no sólo reteje sus redes colectivas, sino que tiende a reconstruir toda la historia nacional desde lo social, desde los sujetos. De una manera distinta a la historia oficial.⁵¹

El proceso de individuación mercantil no sólo no ha abolido del todo al sujeto popular, sino que, además, en él, ha gatillado el arranque de una transición (social) de legitimidad sorda, por abajo y oculta, pero transición al fin, que está inaugurando rutas diferentes a las del período populista y a las del período dictatorial. No son pocos los dirigentes sociales –y los que no lo son– que perciben su militancia social como roturando camino nuevo, despejando otros horizontes al movimiento popular. Es lo que manifiestan los dirigentes y pobladores de los más recientes “comités y coordinadoras de allegados”, sobre todo los que encabezaron las tomas de Peñalolén. Allí, la autonomía autogestiva de lo social, unida a la creatividad, han sido la tónica dominante.⁵²

Las nuevas actitudes que están desarrollándose puntual pero multilocalmente en la clase popu-

lar encuentran su correlato en la porfiada supervivencia de los “educadores populares” y los talleres de autoeducación –pese a la crisis de las ONGs–, acicateados por una demanda popular permanente que, hoy, no sólo exige talleres para intercambios de experiencias, sino también para aprender a manejar desde abajo los mecanismos de formación de conocimiento tanto como los de formación de proyectos y políticas de desarrollo local. El tema de los “movimientos sociales” –descartado por la alta intelectualidad desde 1985– está cobrando creciente vigencia en estos (bajos) niveles de la modernidad chilena, instando a la educación popular a alcanzar más altos grados de desarrollo.⁵³

¿Hacia dónde se dirige esta soterrada “transición por abajo”? ¿Qué valoraciones, legitimidades y formas organizativas están macerándose allí? ¿A qué tipo de procesos históricos está abriendo lugar?

Por de pronto, hay sólo una respuesta posible, a saber: la transición por abajo tiende a fortalecer *las relaciones sociales de tipo horizontal*, y por lo tanto, *la autonomía de las bases y la centralidad de lo local*. Estas tres coordenadas se dirigen, geométricamente, hacia un punto axial: la comuna (o el municipio). Obviando y descentrando el aparato político del Estado. Es decir, convergen sobre un terreno donde el modelo mercantil no está demostrando hoy, precisamente, su eficiencia, sino lo contrario. El instinto historicista que denota la dirección asumible por la (soterrada) transición popular difícilmente puede ser desconsiderado.⁵⁴

51. Paola: “Inconscientemente, empezamos al revés: por las historias de los que nacimos el 60 o el 70. Entonces después los más adultos... Y ahora que las escuchamos a ellas, como que me ordené un poco y he ido sacando diversas conclusiones. Y básicamente es esto: que ‘todo va en un proceso’, etapas que yo en particular no viví ni sentí; pero al pasar el tiempo, esa experiencia que otros vivieron nos enriquece como personas” (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 7ª sesión, op. cit.).

César: “Nosotros los adultos no hemos sido capaces de comunicarnos con los jóvenes. Tenemos que adecuar el lenguaje y entender que les legamos una sociedad muy mala, donde prácticamente no tienen dónde participar” (Taller de Adultos N° 1, Comuna San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

52. “Nosotros necesitábamos dejarles las cosas bien claras a la gente. Les dijimos que éramos de izquierda, pero independientes. Que buscábamos crear una experiencia nueva, sin ningún partido político que utilizara a la gente... Tampoco es posible que podamos tener soluciones, ni siquiera parciales, a través de la caridad y el asistencialismo provenientes de las instituciones o de algunos sectores eclesiásticos. Nosotros los pobres podemos lograr cambios importantes. También luchamos contra toda la gente de afuera que pueda venir a interrumpir toda esta organización, el buen manejo de todo esto” (Dirigente de la Coordinadora de Peñalolén, a Claudia Concha, op. cit.).

53. Es altamente significativa la alta demanda que tiene (tras la supuesta “crisis de la Educación Popular”) el Taller de Educación Popular (TEP) del CIDE, y el constante flujo de vocaciones jóvenes que buscan cómo desarrollar y perfeccionar, técnicamente, las diversas formas de militancia o trabajo social.

54. Aldo: “Se plantea la necesidad de crear organizaciones autónomas. Y esto es interesante, porque las cúpulas políticas han sido culpables de que su partido y la política en general no sean hoy un valor, ni un vínculo que dé confianza” (Taller de Adultos N° 1, Comuna San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

Luis: “Si nosotros actuamos colectivamente (porque nadie lo va hacer por nosotros)... en la llamada ‘comuna popular’, cada representante de los organismos sociales constituiría esa comuna. Un poder popular nacido en la base, dentro de la comuna. Porque los organismos sociales no tienen participación en la comuna actual: en la alcaldía no los toman en cuenta” (Ibídem, 3ª sesión).

El Estado es... un objeto de tercera especie, un proyecto ideológico. Es, por sobre todo, un ejercicio de legitimación... No ver el Estado como un ejercicio de legitimación equivale... a participar en la mistificación que es el punto vital en la construcción del Estado.⁵⁵

En Chile, en tres ocasiones distintas pero con un mismo resultado liberal, los "ejercicios de legitimación" han sido ejecutados con éxito y rudeza por la CPM y la CPC; y sin éxito ni rudeza, en posición antiliberal, por los movimientos sociales. La triple ejecución de tales ejercicios ha terminado por sedimentar una cultura política liberal de vencedores y una cultura económico-social de perdedores. O sea, una historia anversa de ilegitimidades legitimadas, y una historia reversa de legitimidades ilegitimadas.⁵⁶

Con todo, los hechos indican que, hasta ahora, pese a su triple imposición, el proyecto liberal no ha producido en Chile ni la solución de los problemas que afectaban previamente a los derrotados, ni la efectiva adhesión de éstos al proyecto político de sus vencedores. Lo que no es poco decir, pues el poder que ha acumulado y manejado el proyecto liberal en 160 años de historia de Chile ha sido y es, por decir lo menos, insuperable. La cultura liberal ha tenido tiempo y recursos para extenderse no sólo sobre el plano macrofísico del Estado y la Sociedad Global, sino también sobre los planos microfísicos externos e internos de cada sujeto social. Sin embargo, los hechos revelan que, en el plano de los sujetos populares, el triunfo liberal no ha sido exhaustivo. Que, por tanto, el "síndrome Sartori" —"la longeva duración de un régimen no garantiza nada si no es eficiente"— sigue frenando, allí, la exhaustividad de ese triunfo. Cabe decir, pues, que la longeva duración del régimen liberal en Chile sólo prueba su poder para autorreproducirse como sistema, pero no su capacidad para

extinguir la memoria de sus marginados y derrotados. O para impedir que éstos, cual Lázaro, se levanten de la semiinmnesia en que fueron (mal) sepultados para volver a caminar con autonomía y rebeldía.

No es, pues, inoficioso recordar cómo el ejercicio liberal-autoritario ejecutado con rotundo éxito entre 1829 y 1833 vio, sin embargo, levantarse sus lázaros en 1851 y 1859; o cómo el ejercicio liberal-autoritario ejecutado draconianamente entre 1973 y 1980 vio, pese a todo, caminar los suyos entre 1983 y 1987.

La relectura de la historia pública y el repaso de los recuerdos privados muestran de modo suficiente que, bajo la macro-física estructural de la dominación liberal en Chile, ha circulado y circula, con autonomía coyuntural, la micro-dinámica de la legitimidad. Pues la legitimidad no la genera el Estado —que sólo la recibe y formaliza— sino, por modo histórico y monoplóico, la sociedad civil. Así, capilarmente, la legitimidad asciende por las minúsculas arterias de la intersubjetividad social, a impulsos del murmullo perpetuo de las relaciones horizontales de la base ciudadana.⁵⁷ La legitimidad, en sí, sube de los sujetos a las micro-asociaciones, y de las organizaciones a los movimientos sociales. La legitimidad es, de éstos, su principio vital, la urdimbre consensual primaria que los rige, desde su fase invisible de aposamiento marginal, hasta su fase visible de proyección política hacia el interior del sistema. La posesión permanente de la legitimidad permite a los movimientos sociales (sobre todo al popular) tener un fundamento histórico que trasciende los límites del sistema político vigente, relacionándolo, a través del tiempo, consigo mismo.⁵⁸

57. "Uno podría esperar que el colapso de los regímenes de Europa Oriental hubiera producido, en Occidente, una fuerte reevaluación de nuestro sistema de gobierno. Pero aunque no han faltado entusiastas, esto no ha cautivado en absoluto el sentir popular. Al revés, los pueblos occidentales están hoy lejos de aprobar la forma en que están siendo gobernados... la gente no parece contenta con que la historia se detenga aquí" (L. Panitch et al., *A Different Kind of State?* (Oxford, 1993), pp. 2-3).

58. Luis: "Generar poder popular, para una mejor calidad de vida... podría ser una entidad aglutinadora de todas las organizaciones sociales a nivel comunal, y después a nivel

55. P. Abrams: "Notes on the Difficulty of Studying the State" (Oxford, U. K., paper, 1977), p. 15.

56. Al estudiar el Estado, dice P. Abrams, se estudia "la legitimación de lo ilegítimo"; M. Foucault: "la política es la continuación de la guerra por otros medios".

Los movimientos sociales no pueden definirse sólo —lo que en Chile, sin embargo, se ha hecho— como agitaciones reivindicativas negociadas racionalmente, de cara al Estado, por algún (gran) actor colectivo. Es decir, por actores conformistas en razón de su identidad estructural, pero inconformistas en razón de su oportunidad coyuntural.⁵⁹ Tampoco pueden entenderse como fenómenos episódicos o efímeros, por el hecho de que sólo esporádicamente emergen sobre el escenario cupular de la historia anversa. Ni el enfoque social-estructuralista (*à la* Touraine), ni el *événementielle* de los cientistas políticos, ni aun las largas duraciones puramente estratigráficas (*à la* Braudel), recogen adecuadamente la dinámica profunda de los movimientos social-populares en un país donde —como en Chile— el régimen liberal ha sido triplemente ineficiente.⁶⁰

El problema que realmente aqueja al movimiento social popular chileno no consiste, pues, en su falta de relación positiva con la legitimidad, sino en su deficiente capacidad operacional para construir Estado a partir de ella.

José Luis Cea señaló —como se anotó más arriba— que ya no es posible construir "democracias representativas como las diseñadas a comienzos de este siglo". Es decir, como aquellas que intenta-

nacional: sindicatos, comités de pobladores, partidos políticos de base, centros culturales, clubes deportivos, etc. Que cada delegado pueda ser elegido 'concejal' para integrar un organismo encargado de administrar la comuna; pero estando sujetos a responsabilidades ante sus electores, y podrían ser revocables de sus mandatos. Sería una organización autónoma del gobierno de turno' (Taller de Adultos N°1, 4ª sesión, op. cit.). Es esta 'proyección' lo que G. Marambaio llama "pospolítica, o metapolítica", ya que trasciende el espacio político institucional.

59. La adscripción del concepto 'actor social' sólo a aquellos sujetos que son dueños de una reconocida identidad estructural y practicantes explícitos de una forma institucional de petición y negociación —ejercicio que, con mucha frecuencia, han hecho los sociólogos 'centralizados' en Chile— es, por cierto, un tipo de reduccionismo lógico que impide percibir y trabajar los movimientos y cambios más finos y reticulares de la legitimidad social.

60. "La emancipación humana —escribió Karl Marx— sólo será completa cuando el hombre real, individual, se haya convertido en *ser social*... y cuando no separe ya, como fuerza política autónoma, la fuerza social de sí mismo"; en T. Bottomore, comp., *Karl Marx: sociología y filosofía social* (Barcelona, 1967), pp. 258-59.

ron diseñar los movimientos y actores propiamente sociales en oposición a los ingenieros políticos. ¿Quiso, con esa afirmación, proclamar el "fin de la historia política" para los movimientos sociales y la consolidación perpetua del poder ingenieril?

Cabe decir que, excepto en algunos círculos chilenos, esa tesis no es actualmente defendida por ningún cientista social o político internacionalmente relevante. Pese al triunfo mundial de la modernidad liberal, los intelectuales de nota popularizan hoy un paradigma crítico de esa modernidad.⁶¹ El consenso intelectual releva hoy las siguientes conclusiones: a) el liberalismo clásico, basado en el modelo económico *supply-side*, como el que rige en Estados Unidos, en Inglaterra, en Chile y en toda democracia liberal individualista, está en decadencia; b) el liberalismo de tipo social-demócrata, basado en el modelo keynesiano *demand-side* (como el que se dio en las social-democracias europeas nórdicas antes de 1960 y mediterráneas después de esa fecha, o en Chile antes de 1973) está en quiebra histórica; c) el liberalismo en general tiende en todas partes a desintegrar las redes comunitarias de la sociedad civil, generando individualismo neurótico y fortaleciendo, por contraste, las decisiones monopólicas del poder central; y d) sólo el modelo *investment-labour-side* ha demostrado tener potencial de desarrollo económico a la vez que capacidad de integración comunitaria (Alemania y Japón). El conjunto de la situación evoluciona en el sentido de producir procesos de cambio lento, insidiosamente críticos, que tienden a llamarse de posmodernización.⁶²

Es evidente pues que, en Chile, los movimientos sociales (populares) se hallan en una fase de reversión profunda. Con todo, el panorama general de las legitimidades hundidas en la historia

61. La reciente producción politológica de Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia es coincidente en señalar que en esos países es generalizada la crítica a la política profesional, mientras se exige un aumento sustantivo de la participación ciudadana en el gobierno comunal. Algo similar ocurre en varios países de América Latina. Véase, por ejemplo, de Willem Assies, *To Get Out of the Mud: Neighbourhood and Associativism in Recife* (Amsterdam, 1990).

62. Por ejemplo: A. Przeworski, *Capitalism & Social Democracy* (Cambridge, 1985). También S. Crook, op. cit.

reversa y de sus probabilidades de desarrollo autónomo –por ahora teóricas– no compone, como se vio, el cuadro de una "muerte presunta", sino más bien el de una gran 'tarea anunciada'.

En suma, la transición de las legitimidades reversas sigue siendo tan subterránea como embrionaria; pero su principal puerta histórica –la que abre al futuro–, como siempre, sigue abierta.⁶³

Santiago, agosto 1993-mayo 1994

110 63. "Los vencedores / son siempre implacables / con los vencidos. Dicen: /-¡Vamos mujer, sé razonable! / ¡Sométete! ¡Ténme miedo! /-Pero ¿no ve que 'el mango' / lo tengo yo?" (V. H., 1993, texto reservado).

Patricio Quiroga Z.
Universidad Arcis

El presente artículo contiene algunas reflexiones historiográficas sobre la relación entre militares, sistema político y cosmovisión. La ya larga discusión sobre este aspecto de la vida nacional (Arriagada 1981, North 1975, Varas 1987a y 1987b) mantiene plena vigencia, por cuanto Chile atraviesa por un momento crucial de su historia —el de transición a la democracia tras diecisiete años de gobierno militar— en el que las Fuerzas Armadas continúan jugando un rol preponderante.

Desde la obra pionera del profesor A. Joxe (1970), la investigación sobre el tema ha logrado importantes avances; sin embargo, con algunas excepciones, estas contribuciones se han dirigido a resolver problemas de carácter coyuntural (o de mediano plazo), acicateadas por el rol jugado por los militares en el sistema político a partir de 1973.

El estudio de la bibliografía militar permite entender no sólo la participación militar en el sistema político, sino también su imaginario colectivo, esto es, la interpretación que dan los militares a su inserción en el Estado. En términos del actual comandante en jefe del Ejército:

... gente vinculada a la política contingente comenta ante el país que los militares participan

e intervienen directamente en política contrariando su verdadera función institucional. Al respecto, es preciso puntualizar que efectivamente los militares tienen una función política que cumplir en la sociedad, no solamente porque la guerra es continuación de la política, sino por otras razones mucho más poderosas ... En primer lugar, en Chile el Ejército cumplió un rol fundacional, puesto que nació junto con la República y su historia está indisolublemente unida al devenir de la patria, ya que todo su accionar siempre ha estado destinado al bien del país ... En segundo lugar y quizás producto de lo anterior, el Ejército ha estado ligado a los grandes momentos institucionales de la patria ... Una tercera razón por la cual los militares tenemos esa responsabilidad política es consecuencia de que conformamos un potencial humano de gran capacidad y constituimos un poder real, ya que al menos tenemos las siguientes virtudes: una organización reconocidamente eficiente, una adhesión simbólica e irrestricta a los valores de la patria y la más grande cohesión moral ... En cuarto lugar, y quizás lo más importante, es que nuestra principal preocupación es la Nación, por sobre el instrumento accidental denominado gobierno ... En este contexto y pensando en el futuro de Chile, hemos creado una Constitución Política que integra los conceptos de Nación y

Estado, en un sistema político que se identifica con el alma nacional ... puesto que la nueva institucionalidad corrige el vacío histórico de marginar jurídicamente a nuestras instituciones a pesar de que su presencia es real, permanente y efectiva.

(A. Pinochet 1988)

En el imaginario nacional existe la creencia generalizada de que las Fuerzas Armadas han sido obedientes, no deliberantes y prescindentes de la actuación política. Sin embargo, siempre han participado, de una u otra manera, en el sistema político. Incluso más, hasta bastante entrado el siglo diecinueve el Ejército "constituyó" la política. En otras palabras, desde las luchas por la Independencia, las Fuerzas Armadas han sido parte del conflicto político. Fue el conjunto de "la chilenuidad" la que logró la Independencia; empero, la interpretación militar cercena el rol plebeyo, entregando una imagen criollo-aristocrática de la historia. A ello se agrega una tesis de corte biológico-racial, fundamento de la actual cosmovisión militar, según la cual los chilenos somos una raza militar a cuyo ejército le cupo el rol de fundar un Estado que antecedió a la formación de la Nación, tautología que traslada el principio de la soberanía popular a la avanzada de la nación (Estado Mayor del Ejército de Chile 1980-85, 1991).

Lo principal de la interpretación de los militares se refiere al problema del poder, traducido por I. Errázuriz como "la religión del Ejecutivo omnipotente". Tal concepción emerge, por lo demás, de la pluma de A. Edwards, en momentos de crisis y de búsqueda de un dique de contención de las aspiraciones mesocráticas y populares que desbordaban el Estado oligárquico en las primeras décadas de este siglo.

La constitución de un sistema de partidos en el Estado tuvo una enorme trascendencia, puesto que al fracturarse la aristocracia en el poder, se desplazó el principio de la delegación como principio del poder, por el criterio de representatividad. Esto tomó inviable la mantención del autoritarismo presidencial y posibilitó la apertura de un sistema de equilibrio a partir de la administración de J. J. Pérez (1861-71), caracterizado como

un sistema de partidos en que la aristocracia va cediendo espacios a la oligarquía y plutocracia. Tal tendencia fue imprimiendo al sistema características del Estado parlamentario, proceso interrumpido por la guerra y el período de construcción del ciclo salitrero.

En este contexto, las Fuerzas Armadas, que durante años fueron el epicentro del poder político, dejaron de jugar un rol primordial. La aparición de un sistema de partidos políticos trasladó a éstos el peso de la lucha por y en el Estado. Los partidos políticos, por razones de poder y sobrevivencia, tuvieron como objetivo común impedir el rol político de los militares. De esta manera, las Fuerzas Armadas, sometidas además a periódicas purgas, recortes de presupuesto y de personal, presentaban en el momento de creación del sistema de partidos un pálido reflejo del pasado, con 2.200 efectivos frente a una Guardia Nacional de 70.000.

La Guerra del Pacífico representó otra coyuntura crítica de la relación entre civiles y militares. De hecho, las Fuerzas Armadas fueron relativamente sorprendidas por la guerra. Más de la mitad de sus efectivos estaba en el teatro de operaciones sur, el estado técnico-profesional y la formación combativa eran bajos y no existían ni Estado Mayor ni Academia de Guerra. Por otra parte, la confrontación entre civiles y militares era abierta, con los primeros copando la dirección de asuntos exclusivamente militares: un ministro de Guerra en campaña (R. Sotomayor), un auditor de Guerra (J. Alfonso), un secretario del Ejército (J.F. Vergara) y el Ministerio de Guerra (D. Santa María). Esto llevó a presentar sucesivamente sus renuncias a los generales C. Saavedra, E. Escala, M. Baquedano y P. Lagos, situación superada sólo después de la muerte de R. Sotomayor con el nombramiento del almirante P. Lynch como jefe de operaciones en Lima (1881).

El copamiento civil fue posible por cuanto los militares habían sido barridos de la vida cívica y constreñidos a los cuarteles, siendo la suya una dependencia notoria del poder presidencial y los partidos políticos. El conflicto mostró las limitaciones que tenían los militares en el Estado, en el sistema político y en el sistema de partidos, aspec-

to refrendado por el eclipse de las candidaturas presidenciales de Baquedano, Lynch y Escala. Los tiempos de un Manuel Bulnes ya habían pasado, a pesar de la gran contribución a la expansión y engrandecimiento internacional del país. En efecto, la conducta desempeñada en el Campo de Marte fue extraordinariamente importante para Chile, al ampliarse el entorno geográfico y capturarse ricos emporios salitreros (peruanos) y yacimientos cupríferos como Chuquicamata (boliviano). Tales factores catapultaron al país a una situación de primer plano en la región surandina. En ello la contribución de las Fuerzas Armadas es destacable, si se toma en cuenta que la lucha se libró en una época en que el valor hubo de sobreponerse a la falta de tecnología y a las inclemencias geográficas.

La valorización de las Fuerzas Armadas coincide aún con otro caso de incomprensión y transformación de la historia en tautología: el episodio rotulado como "Pacificación de la Araucanía". Fueron poco más de dos décadas de guerra interna (1859-83), entendidas como una contribución a la ampliación del territorio nacional. Y no se toma en cuenta que la expansión estuvo determinada por las presiones de la oligarquía agraria para incorporar 1.160.000 hectáreas al territorio explotable en el modelo exportador (Pinto 1990).

La actuación en la guerra del salitre y la irrupción en la Araucanía elevaron indudablemente el prestigio de las Fuerzas Armadas en el imaginario colectivo nacional, pero no alteraron su forma de participación en el sistema político, el que desde 1861 se acercaba a la forma parlamentaria, evolución resuelta por la coyuntura crítica de 1891. Tras la derrota balmacedista, las fuerzas políticas mantuvieron orientaciones ideológicas coherentes que proporcionaron el marco para la evolución de un sistema que, por tres décadas, supeditó el Ejecutivo a la asamblea parlamentaria. Durante todo ese período, las Fuerzas Armadas constituyeron uno de los pilares del Estado guardián (Barros & Valenzuela 1991). Los conflictos fronterizos, el peligro de la expansión inglesa, la salvaguarda del enclave salitrero y el surgimiento de la denominada "cuestión social", determinaron que un Estado instrumental otorgara un rol instrumental a sus

Fuerzas Armadas, papel que coincidió con la profesionalización a través de la prusianización (Quiroga y Maldonado 1988).

En lo sucesivo, los militares fueron subordinados bajo la conducción excluyente pero estabilizada de una oligarquía que impuso como régimen político el parlamentarismo. Tal situación alejó a las Fuerzas Armadas de los vericuetos del poder político, alejamiento favorecido por el proceso de prusianización iniciado en 1885. Como concepción de mundo, el prusianismo apuntaba al nacionalismo, el determinismo geográfico, la idolatría estatal, el elitismo social, el rechazo al liberalismo como sistema político, al anarquismo, al socialismo y al pacifismo. En el nivel de las actitudes y comportamientos, la influencia de la matriz prusiana se expresó en la adopción de una simbología exterior, como el uso del uniforme y el yelmo similares a los de la Kriegsakademie de Charlottenburg. También, partir de este momento, la música del romanticismo alemán acompañaría los desplazamientos del Ejército. Sin embargo, de todo estos aspectos, el de mayor incidencia sería la adopción del principio de orden-y-ejecución.

Tal estado de cosas se mantuvo por espacio de casi tres décadas, hasta que sobrevino el colapso oligárquico-parlamentario. Catapultado por una serie de factores, se hizo sentir como una crisis política que debilitó al régimen de gobierno, al sistema de partidos y al sistema electoral. Estamos, pues, ante una crisis global del sistema y la reaparición del factor militar. Al relajarse el sistema político con la disidencia del León de Tarapacá (1920), las Fuerzas Armadas entraron en un proceso de politización que en 1924 culminó con la aparición sucesiva de un Comité Militar, una Junta Militar y una Junta de Gobierno, que fueron presionando y cercando el poder hasta la renuncia y abandono del país por parte de Arturo Alessandri.

Los alemanes volvieron a ejercer influencia en el Ejército a través del envío de nuevas misiones militares, de manera que "Alemania tenía nuevamente un fiel amigo en la vida internacional de los pueblos" (von Kiesling 1935: 87). Al proceso de prusianización se agregaba ahora la influencia de la geopolítica—formidable refuerzo del imaginario militar—, disciplina que integraba el darwinismo

social, el nacionalismo y la geografía, entendida como ciencia de la conciencia del territorio, fuente de un Estado entendido como sujeto a un ciclo vital de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte. En fin, fenómeno acertadamente analizado por G. Arriagada (1981: 128), al señalar que, "entre las Fuerzas Armadas del Cono Sur, el pensamiento geopolítico desarrollado por los oficiales del Ejército de Chile es el que se ajusta en mayor medida a la escuela geopolítica alemana".

Lamentablemente para las aspiraciones modernizadoras de los militares, la conjunción negativa de factores internos (crisis financiera, protestas agudas) y externos (impacto de la crisis de 1929) arrojaron como resultado el desmoronamiento del gobierno de Ibáñez del Campo en julio de 1931, quebrándose la conducción centralizada que unificó a los militares desde 1924. Comenzaba así un período caracterizado por motines de marinos y soldados y pugnas por el liderazgo entre los oficiales, reflejo de una soterrada lucha entre oficiales corporativistas, populistas, socialistas y constitucionalistas. Tal situación cimentó el camino a la sublevación de la escuadra, el asalto del regimiento Esmeralda y otros sucesos que culminaron con una República Socialista (junio 1932), antecedente previo a la división definitiva del campo de fuerzas entre partidarios y contrarios del ideario socialista. Este ciclo fue cerrado por la intervención del general B. Blanche, que obligó a la transferencia del poder al presidente de la Corte Suprema y al llamado a nuevas elecciones, de las cuales emergió triunfante Arturo Alessandri (octubre 1932).

Tras varios años de resquebrajamiento institucional, la sociedad civil carecía de cohesión y estaba representada por fuerzas inermes, pasivas o sometidas; la sociedad política lo era todo. Con Arturo Alessandri comenzó la reorganización de la sociedad civil, y el lento retorno a un sistema político fundamentado en el presidencialismo. El punto de partida de la reconstrucción fue la depuración de 400 oficiales, el paso a retiro de la plana mayor y la reducción del contingente de conscriptos, que de 15.000 plazas en 1931 pasó a 1.420 en 1933. A estas medidas se agregó la aparición de la Milicia Republicana, organización

paramilitar de 50.000 hombres en armas que surgió como respuesta a los gobiernos apoyados en la fuerza. Sin embargo, el factor fundamental para la reorganización de la sociedad civil, "conjuntamente con el disciplinamiento y la reducción de las Fuerzas Armadas, fue impuesto por la civilidad con una nueva doctrina castrense, el constitucionalismo, que implica la recuperación del liderazgo civil sobre las Fuerzas Armadas, la prescindencia política, el acatamiento jurídico y constitucional del país y un irrestricto profesionalismo de los institutos de la defensa civil" (Maldonado 1988: 40).

Los militares, arrojados compulsivamente a los cuarteles por una derecha que temía una nueva intervención militar, y separados de la sociedad civil, daban nuevos contenidos a su imaginario colectivo con una nueva oleada de nacionalismo-militar que demostraba desencanto con la democracia liberal y simpatía por el Reich alemán. En este marco, un alto oficial como el general Díaz Valderrama llegó a traducir "El programa de Hitler", mientras otros fundaban el Movimiento Nacionalista de Chile (A. Herrera) y la Revista de la Defensa Nacional (A. Ahumada). En la coyuntura, la visión-de-mundo fue ampliada con el desahucio del concepto de soberanía popular y del rol de los partidos políticos; se adhirió a la tesis del decadentismo histórico, con un consiguiente ajuste de cuentas con marxistas y masones, vía por la que pronto los militares se encontraron con la matriz nacionalista del grupo Estanquero. El nacionalismo militar, encerrado en sí mismo, se replegó sobre una suerte de autoaislamiento, de manera que desarrolló su pensamiento en forma independiente de toda injerencia de la sociedad civil.

El fin de las intervenciones militares, gracias a la restauración alessandrista, fue sucedido por un largo ciclo que abarcó entre 1938 y 1973. Se caracterizó por la normalidad y normatividad en el funcionamiento de las instituciones del Estado (a pesar de la exclusión antidemocrática de 1947); por la apertura de la industrialización promovida por un Estado intervencionista-desarrollista que, además, arbitró las relaciones laborales; y por la renuncia de la izquierda a la búsqueda del poder

político del Estado. En el interior, en medio del convulso panorama que presentaba un mundo bipolar, había comenzado el entrenamiento de militares chilenos en escuelas norteamericanas. El derrumbe de los imperios coloniales, las luchas de liberación nacional y la expansión del socialismo (hasta los años ochenta) condujeron en los Estados Unidos a una nueva percepción de los acontecimientos militares. Fue superada la doctrina de la agresión extracontinental, siendo reemplazada por la teoría de la guerra contrarrevolucionaria, cuyo antecedente inmediato es la humillación de Francia en Dien Bien Phu (1954). A partir de esta experiencia, los estrategas norteamericanos adoptaron la nueva concepción de guerra contrarrevolucionaria, paso que condujo a la visualización de un enemigo interno. Quedó obsoleta la teoría de la represalia en masa, produciéndose desde 1968 una reorientación completa de la doctrina militar norteamericana hacia la instrucción y ayuda a la mantención del orden interno. Para estos fines, se tornó en un factor de suma importancia la exportación de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

La nueva concepción contribuyó al fortalecimiento del imaginario militar. Se reforzaron conceptos como los de la doctrina de agresión extracontinental, de seguridad colectiva, guerra contrarrevolucionaria, amenaza interior, todos antecedentes de la formulación Poder Nacional. La ampliación de la visión-de-mundo en un contexto de segregación militar y la falta de recursos en momentos en que Perú compraba material bélico a Francia (aviones Mirage) y en la Unión Soviética (tanques, T 56), constituyeron un peligro precedente para la relación entre civiles y militares. A la perturbación de estas relaciones se sumó la falta de remuneraciones adecuadas y el impacto de un proceso político y social que, tras cuarenta años de evolución, situaba a la izquierda en inmejorable posición para tener acceso al gobierno (Faúndez 1992). La institución militar, cuerpo cerrado en sí mismo y apegado a la tradición del siglo diecinueve, enfrentaba la relación con la civilidad sobre la base de un abismo de incomprensiones, en circunstancias en que se avecinaba el gobierno de la Unidad Popular. Fue entonces que

se produjo la primera gran fisura del sistema en casi cuatro décadas: el Tacnazo (1969).

La prolongada decadencia de los militares respecto de los civiles transformó en una constante el acatamiento de las normas constitucionales y la normativa jurídica. A pesar de la compacta cosmovisión del cuerpo militar, todavía en estado de latencia, surgieron otras formas de interpretación de la vida y de la historia. Tal situación fue posibilitada por la solidez política, por cuanto el régimen de gobierno, el sistema de partidos y los mecanismos electorales eran aceptados por la ciudadanía y sus organizaciones representativas – con algunas excepciones –, de manera que la ampliación democrática contribuyó a la mantención de un Estado integral (sociedad política + sociedad civil),

Bajo tales condiciones se proyectó el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973).

El fin aciago de la Unidad Popular no estaba predeterminado ni era una inexorable fatalidad. La existencia de un Estado integral, con una poderosa sociedad civil, neutralizaba cualquier aspiración militar relacionada con el poder político. Aun más, el proyecto de la UP en 1970 no representaba una gran perturbación; el alto mando llegó incluso a pronosticar certeramente el triunfo de la izquierda (Prats 1985), sin por eso dejar de proclamar la "Doctrina Schneider". En realidad, la determinación de los militares se definió en la medida en que el conflicto político producía impactos en el proceso de politización interno. Entonces, el proceso de politización fue determinado por la lucha librada en la sociedad civil, siendo inversamente proporcional al proceso de debilitamiento de ésta.

El golpe de Estado, perpetrado institucionalmente, desplomó la sociedad civil, destruyendo al movimiento popular, sepultando entre los escombros del Estado democrático al sistema político imperante desde la restauración alessandrista. Acto seguido, comenzó la construcción del Estado de Excepción, que, en una variable de régimen militar, se sostuvo sobre la base del engrosamiento de la sociedad política. Se dio paso así a la construcción implacable y sistemática de un sistema basado en el desmantelamiento de las fuerzas y movimientos políticos y sociales y de las institu-

ciones del Estado, operación que institucionalizó la represión y la conculcación de los derechos humanos con la justificación de una guerra civil inexistente (*Libro blanco*... 1974). En tales circunstancias, luego de iniciales vacilaciones, reapareció la vieja concepción-de-mundo bajo la forma del mesianismo-refundacional. Afloró también la influencia del integristismo, el tradicionalismo y el nacionalismo, para –tras la derrota del extremo nacionalismo (1976)– adoptarse el discurso neoliberal. Tras diecisiete años de dominio irrestricto, con apoyo inicial del centro y la subordinación de la derecha, el régimen militar perdió el poder a manos de la Concertación de Partidos por la Democracia, abriéndose un período de redemocratización de la sociedad.

Sin embargo, desde sus inicios (1990), la llamada "Transición a la Democracia" se mostró como un camino plagado de inseguridades y zozobras. El espacio político ocupado por las fuerzas democráticas era reducido y estaba cercado por todo un sistema de diques, trincheras y líneas de contención, dispuestas por el antiguo régimen para evitar el desmantelamiento del modelo autoritario. La determinación de la dictadura por preservar su "obra" también se ha visto favorecida por cuanto la experiencia democratizadora no logró desarticular una serie de enclaves autoritarios. Mantuvo además el modelo económico neoliberal, en que la expansión de los mercados erosionó el viejo modelo estatal y su monopolio para intervenir entre agentes y actores, llegando a desarrollarse una gran autonomía de la sociedad civil. Se sentaron así las bases para la aparición de un híbrido estatal a medio camino entre el Estado democrático y el Estado de Excepción.

La red de casamatas políticas dispuestas por el alto mando, secundadas por una oposición legítima, no ha podido ser demolida por las fuerzas democratizadoras. A lo sumo, han sido tocadas algunas líneas defensivas; vacilaciones, errores e imposibilidades han impedido la reconstrucción global del sistema político, carencia agravada por las diferencias que se expresan en la alianza gubernamental respecto al régimen de gobierno, por la debilidad de un sistema de partidos en transición y las distorsiones del sistema electoral de carácter

binominal. A ello se agrega la falta de participación y la cancelación de la movilización social, elementos que permiten la mantención del rol político de los militares. En otras palabras, las debilidades en la reconstrucción del sistema político, en la incentivación de la participación y movilización conspiran severamente contra el proceso democratizador, fortaleciendo proporcionalmente a los militares.

Finalmente, desde un punto de vista historiográfico, constatamos que las Fuerzas Armadas se replegaron intactas y con un imaginario colectivo compacto. Esto, unido a la autonomía lograda en el Estado y la tardanza en la construcción de un sólido sistema político, hace que debe contemplárselas como un probable factor de injerencia política permanente.

Arriagada, Genaro

- 1981 *El pensamiento político de los militares*. Santiago.

Barros, Luis & Ximena Vergara

- 1991 "Los grandes rasgos de la evolución del Estado en Chile: 1810-1925". En: *Estado y política en Chile*. Santiago.

BULNES, Gonzalo

- 1979 *Guerra del Pacífico*. Santiago.

Cariola, Carmen & Osvaldo Sunkel

- 1991 *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930*. Santiago.

Encina, Francisco A.

- 1972 *Resumen de la historia de Chile*. Santiago.

Escully, Timothy R.

- 1992 *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago.

Estado Mayor General del Ejército

- 1982 *El Ejército en la guerra del Pacífico*. Tomo VI. Santiago.

1980-85 *Historia del Ejército de Chile*. IX Vol. Santiago.

- 1991 *Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile 1810-1891*. Santiago.

Faúndez, Julio

- 1992 *Izquierda y democracia en Chile, 1932-1973*. Santiago.

Frías Valenzuela, Francisco

- 1991 *Manual de Historia de Chile*. Santiago.

Joxé, Alain

- 1970 *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*. Santiago.

Kiesling, Hans von

- 1935 *Soldaten in drei Weltteilen*. Leipzig.

Libro Blanco de Gobierno de Chile. Santiago. 1974.

Maldonado, Carlos

- 1988 *Entre reacción civilista y constitucionalismo formal: las Fuerzas Armadas chilenas en el período 1931-1938*. Santiago.

Moulian, Tomás

- 1985 "Violencia, gradualismo y reformas en el desarrollo político chileno". En: *Estudios de sistemas de partidos políticos en Chile*. Santiago.

North, Liisa

- 1975 "Los militares en la política chilena". En: *Chile-América* (Roma) 10-11.

Núñez, Jorge

- 1987 "Estado, crisis de hegemonía y guerra en Chile. 1830-1841". En: *Andes* (Santiago) 6. Santiago.

Pinochet, Augusto

- 1988 Discurso. En: *Revista Armas y Servicios del Ejército* (Santiago) 42 (agosto).

Pinto, Jorge

- 1990 "La ocupación de la Araucanía en el siglo XIX. ¿Solución a una crisis del modelo exportador chileno?" En: *Revista Nutram* 3.

Prats, Carlos

- 1985 *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago.

Quiroga, Patricio & Carlos Maldonado

- 1988 *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*. Santiago.

Varas, Augusto

- 1987a *Los militares en el poder*. Santiago.
1987b *Chile, Democracia y Fuerzas Armadas*. Santiago.

Un aspecto subdesarrollado en las estrategias político-institucionales de las transiciones a la democracia en el Cono Sur ha sido el de las relaciones de los nuevos gobiernos con las Fuerzas Armadas.

Para analizar este tema se requieren dos aclaraciones metodológicas previas. Primero, es necesario indicar que estas interacciones deben entenderse en el marco de las posibilidades y restricciones propias de cada proceso político en consideración. Segundo, es preciso señalar que la perspectiva de análisis está influenciada por el marco político que la inspira. Así, una visión que favorezca una democracia elitaria tendrá un ángulo de análisis distinto al de quienes nos insertamos en los postulados de una democracia participativa. Valgan estas aclaraciones para facilitar el entendimiento de los supuestos de nuestro análisis. Finalmente, en el caso de Chile, no nos será posible resumir en estas breves líneas el pasado, presente y futuro de las relaciones civiles-militares a partir de la inauguración del nuevo gobierno democrático en 1990. Sólo me concentraré en aquellos supuestos fundamentales en los cuales han estado basadas las relaciones del nuevo gobierno con las instituciones armadas.

RELACIONES ENTRE CIVILES Y MILITARES

Las élites políticas latinoamericanas se han caracterizado por una ambivalente actitud frente a las Fuerzas Armadas y los temas de la defensa nacional. Por una parte, aún no han superado la tentación de usar la fuerza militar para resolver disputas políticas internas o imponer proyectos de desarrollo nacional que no cuentan con una legitimación social mayoritaria. Por la otra, en momentos de estabilidad tienden a minimizar las funciones castrenses, creando en el largo plazo condiciones para nuevas crisis. Tal movimiento pendular ha evidenciado lo poco o nada que se conoce de la vida, historia, necesidades y perspectivas de las instituciones militares y de la defensa nacional. Esto ha dejado un negativo saldo tanto para la estabilidad democrática, como para el desarrollo de las instituciones armadas.

Los procesos de estabilización democrática que se intentan en la actualidad en la región muestran una reiterada ausencia de política hacia las FF.AA. y los temas de la defensa nacional. En la medida en que los gobiernos civiles latinoamericanos no dan

cuenta adecuadamente del problema de la inserción de éstas en los nuevos marcos institucionales, definiendo los principales aspectos de la defensa al interior de sus proyectos de cambio, han dejado sin resolver un problema crucial para la estabilidad democrática. Bajo el supuesto de que una transición exitosa resuelve, por añadidura, los problemas castrenses, esta ausencia de política al poco tiempo se ha vuelto en contra de las propias instituciones democráticas, sea bajo la modalidad de formas de acomodación autonómicas o bien en nuevas intervenciones militares.

Así, las relaciones entre democracia y FF.AA. en los países latinoamericanos son parte de una ecuación que debe ser resuelta sobre la base de un entendimiento profundo de las razones de sus desencuentros y posibles convergencias. El estudio «teórico y empírico» de los vínculos entre FF.AA., sociedad y Estado, se constituye así en un área crucial para el futuro del continente. Sólo a partir de este conocimiento se podrá tener un marco de definiciones que permita especificar el papel de las FF.AA. en la defensa nacional y en materias internas, así como las modalidades de un efectivo liderazgo civil sobre las instituciones armadas y sus formas de inserción en el Estado. De la calidad de los vínculos que se establezcan entre FF.AA., Estado y sociedad, surgirá un conjunto de medidas específicas que permitirán darle coherencia orgánica al Estado, estabilizar profesionalmente a las FF.AA., y materializar e incrementar el liderazgo del Ejecutivo sobre las instituciones castrenses.

MARCOS CONCEPTUALES

El análisis de las relaciones civiles-militares ha estado excesivamente influenciado por el prisma académico de los años sesenta sobre la modernización y el papel de las FF.AA. en el desarrollo, así como por el enfoque huntingtoniano del profesionalismo castrense. Estas aproximaciones conceptuales han impedido una cabal comprensión del fenómeno. Es, por lo tanto, necesario ampliar el análisis más allá del concepto de fisura civil-militar, por uno que contenga el complejo

fenómeno de la interacción con otras coaliciones compuestas por diferentes civiles y militares.

Por una parte, el papel político de las FF.AA. antes, durante y después de los gobiernos militares no se da en el vacío. Las FF.AA. responden directa o indirectamente a y son parte de coaliciones civiles-militares. Por otra parte, el sector militar no es un actor racional unitario; existe una relación dinámica entre las ramas, observadores, coaliciones castrenses, en el marco de instituciones profesionalmente jerárquicas pero políticamente plásticas.

Estas coaliciones civiles-militares y castrenses son fluidas, y se pueden observar en los diversos gabinetes en la Argentina durante los gobiernos de Viola, Galtieri y Bignone. En Chile, se pueden diferenciar los diversos gabinetes de los periodos 1973-76, 1976-83 o 1985-88. Lo mismo podría decirse, en el caso chileno, de las actitudes de los sectores de derecha frente a las FF.AA., si se compara sus reacciones en el plebiscito de 1988, en relación de las mismas durante las crisis del "ejercicio de enlace" y el "boinazo".

Para realizar el necesario giro conceptual que postulamos, hay que superar ciertos obstáculos. Después de la segunda guerra mundial, las relaciones civiles-militares se han generalmente pensado al interior del esquema huntingtoniano de "control civil" de las Fuerzas Armadas en el Estado democrático.¹ Este modelo tiene como supuesto básico el que la subordinación de las instituciones armadas depende del grado de profesionalidad de las FF.AA. bajo la autoridad legal de un poder civil legítimo. Estas aproximaciones al tema han llevado a concentrar la atención y el análisis en el tema de las prerrogativas, dominios reservados y autonomía castrense. En la polaridad establecida por Huntington entre control subjetivo o instrumentalización política vs. control objetivo o profesionalismo, este último tiende a ser confundido con las prerrogativas del Ejecutivo necesarias para llevarla a cabo. Sin embargo, en las transiciones se observa una pérdida de control subjetivo y

1. Samuel P. Huntington, *The soldier and the state. The theory and politics of civil-military relations* (Cambridge: Harvard University Press, 1957).

un aumento de la autonomía castrense.

Durante las consolidaciones democráticas, el profesionalismo y control objetivo no es suficiente para reinsertar a las FF.AA. en la nueva estructura del Estado, dado que las FF.AA. se lo pueden proveer relativamente en forma independiente de marcos institucionales. Por ello, las prerrogativas presidenciales son condición necesaria, más no suficiente para resolver las tensiones entre las nuevas autoridades gubernamentales y las FF.AA.

Al respecto se pueden comparar dos casos polares, el de Argentina durante Alfonsín, cuando se pierden los controles subjetivos y objetivos y se observa un aumento de prerrogativas. Fue precisamente en ese período que aumentaron las turbulencias entre el Ejecutivo trasandino y las FF.AA. Cuando asumió el presidente Menem, éste proporcionó un nuevo liderazgo en el marco de una nueva política exterior, lo cual salvó las diferencias. Así, se puede apreciar que las turbulencias están inversamente relacionadas con las prerrogativas presidenciales y que es la política de defensa la que juega el rol central en la estabilización del sector.

El marco conceptual del control civil como única aproximación al tema contiene varias limitaciones para entender el complejo mundo de las relaciones civilo-militares en América Latina. Este se estructura a partir de una premisa suma-cero, por la cual la pérdida de control civil objetivo implicaría necesariamente mayores prerrogativas y poder político de las instituciones armadas por sobre el resto del Estado y la sociedad. Tal afirmación habitualmente oculta varios hechos. Primero, que es posible que se generen situaciones sub-optimales en las cuales ningún sector aumente su capacidad e influencia. Segundo, que, para ser efectiva la subordinación castrense —o cualquier otra— al poder constitucional, ésta debe ser principalmente substantiva más que formal. Tercero, que la profesionalidad castrense en la actualidad puede ser parcialmente desarrollada por las propias instituciones armadas, por lo cual éste no es un elemento suficiente para darle coherencia política al Estado. Cuarto, que la profesionalidad militar es condición necesaria, más no suficiente, como elemento substantivo para asegurar ese control. Y,

quinto, que la autoridad formal es estática; ella sólo se legitima dinámicamente en su proceso de actualización, cuando se manifiesta como eficiente para formular e implementar políticas específicas aptas para resolver los obstáculos al desarrollo del Estado y sus instituciones.

Así, la mayoría de las irrupciones militares en política han tenido como trasfondo la formalidad de la relación civil-militar. En la medida en que ésta queda vaciada de contenido substantivo positivo, termina deslegitimada. En este contexto, ningún sistema de control legal puede suplir la ausencia de un liderazgo eficiente que asiente la autoridad civil sobre las instituciones armadas y el conjunto del Estado.

En suma, es necesario superar el monocausalismo implícito en estas aproximaciones de prerrogativas, ampliando el análisis e incluyendo el rol que juegan las políticas institucionales.

CONSTITUCIONALISMO FORMAL VERSUS SUBSTANTIVO

Históricamente, en América Latina se ha observado la tradición de que las normas "se acatan, pero no se cumplen". Esta realidad es un elemento clave para explicar muchas de las crisis institucionales en la región. En el caso castrense, el constitucionalismo y subordinación formal de las FF.AA., o de cualquier otro sector de las sociedades latinoamericanas, sin un contenido substantivo que le dé sentido, se transforma más temprano que tarde en fuente de resentimiento y crisis. Por su parte, el pleno profesionalismo castrense no puede sobrevivir y desarrollarse de manera autónoma y reclusa en una "esfera militar independiente", como diría Huntington. Este requiere de una permanente interacción, en un marco de relaciones orgánicas con el resto del Estado y sociedad, especialmente en sociedades en cambio.

A su vez, este marco sólo tiene sentido al interior de una gran estrategia de desarrollo nacional, la que en última instancia depende de la capacidad de definir los objetivos político-estratégicos nacionales. Al fin de cuenta, la capacidad de liderazgo nacional en estas materias hace toda la diferencia.

Tal fue, por ejemplo, el exitoso caso de superación de la crisis civil-militar en la Francia de De Gaulle.

Así, una relación civil-militar de nuevo tipo sólo puede establecerse en torno a conceptos funcionales a ella. Por ello, el sistema de relaciones civiles-militares, especialmente en sociedades en cambio, debe efectuarse a partir de otras perspectivas. Un elemento clave en una nueva visión del tema es el liderazgo civil sobre el Estado democrático en su conjunto, incluidas las FF.AA. Este concepto adquiere primera importancia² en la cotidianidad de las relaciones civiles-militares, cuando el liderazgo civil se manifiesta en la capacidad del Ejecutivo para interactuar con las instituciones armadas en el proceso de definición de metas institucionales, y en la concepción e implementación de políticas específicas. La movilización de las instituciones castrenses en la dirección deseada dependerá, en lo fundamental, del efectivo asentamiento de la autoridad civil sobre las FF.AA. y el conjunto del Estado. En este contexto, el control formal es un elemento subordinado al de la autoridad civil, la que en última instancia dependerá de la capacidad de liderazgo de la civilidad en el gobierno.³

Esta capacidad se puede manifestar en diversos niveles de la interacción civil-militar. Sin embargo, su centro de gravedad está en la capacidad de integrar el componente militar en la "gran estrategia" de desarrollo y proyección de las energías nacionales en el largo plazo.⁴

El Estado contemporáneo, posmoderno,⁵ se

caracteriza por una gestión descentralizada de los asuntos públicos en la cual la actividad de los privados tiene primacía sobre las instituciones públicas. En consecuencia, al interior de este Estado democrático de nuevo tipo se debe observar una suerte de solidaridad orgánica entre sus partes constitutivas. Así, tenemos que la coherencia del Estado estará dada más que nada por la especificación delimitada de funciones y roles, y por la negación de una "difusividad" funcional. La eficacia de este Estado depende de una eficiente división del trabajo estatal, de la cooperación entre sus partes integrantes, así como de la especificidad de las funciones de cada una de ellas. En este marco, es posible afirmar que la existencia de instituciones armadas fuertes, con roles específicos, que cooperan con otras partes del Estado, no conspira necesariamente contra la existencia de un poder civil fuertemente asentado.

La consolidación del poder civil en un Estado – y de su coherencia – pasa por la existencia de un liderazgo de las autoridades sobre el conjunto del Estado, para entregarle sentido a sus funciones al definir sus objetivos de corto, mediano y largo plazo. Igualmente, pasa por la capacidad de estas élites políticas de dotar al Estado de organismos eficientes que le permitan cumplir sus tareas de manera eficaz.

Tal función directriz⁶ de las autoridades no debe confundirse con la nostalgia de un führer u "hombre del destino", sino que debe entenderse como la tarea de proporcionar racionalidad (racionalización) a un Estado que debe integrar al conjunto de sus componentes, conjurando así las tendencias corporativas tan fuertes en la política latinoamericana. Esta tarea de las élites políticas⁷ es inevitable, tanto para darle coherencia al Estado como para introducir las reformas que permitan la

2. Aquí establezco una diferenciación conceptual significativa con mis trabajos anteriores. Véase, por ejemplo, "Civil-military relations in a democratic framework", en Louis W. Goodman, Johanna S. R. Mendelson y Juan Rial, *The military and democracy. The future of civil-military relations in Latin America* (Massachusetts: Lexington Books, 1990).

3. Sobre la importancia del liderazgo, véase Lloyd J. Matthews & Dale E. Brown, eds., *The challenge of military leadership* (Washington: Pergamon-Brassey's, 1989).

4. Este concepto clave en el diseño de políticas gubernamentales, en Edward N. Luttwak, *Strategy. The logic of war and peace* (Cambridge: Harvard University Press, 1987).

5. Una exploración sobre el efecto posmoderno en las dimensiones internacionales del Estado, en Luciano Tomassini, "La política internacional después del muro", *Estudios Internacionales*, julio-septiembre, 1990.

6. Sobre la necesidad de esta función, véase Max Weber, "Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán", en *Escritos políticos* I (México: Folio Ediciones, 1982).

7. Esta idea de la responsabilidad de las élites políticas en el desarrollo económico y reforma institucional, fue debatida con Alain Touraine en el seminario impartido en Santiago durante el año 1988.

instalación de instituciones eficaces a nivel societal.

En este contexto, la relación cooperativa civil-militar dependerá de la capacidad demostrada por las élites civiles para darle un contenido sustantivo a las instituciones castrenses, así como al resto del Estado, vinculándolas eficientemente a los modelos y estrategias de desarrollo nacional de largo plazo. A partir de un adecuado desempeño de esta función de liderazgo civil sobre las FF.AA. y los problemas de la defensa y proyección estratégica del país respectivo, se podrá estabilizar una función castrense que no se disperse y rompa la coherencia del Estado, al imponerse unilateralmente por sobre los otros entes estatales y la sociedad en su conjunto, o bien al marginarse del desarrollo.

LA CONSOLIDACION DEMOCRATICA Y LAS RELACIONES CIVILES-MILITARES

Las consideraciones anteriores nos permiten señalar que el análisis de la consolidación democrática ha quedado atrapado en un equivocado supuesto que indica que el destino de las relaciones civiles-militares en el período post-transicional sería el subproducto de una transición políticamente exitosa.

Han tendido a predominar, por lo tanto, las políticas específicas hacia las FF.AA. en cuanto actores políticos que se proyectan en el período de consolidación desde los gobiernos militares con el bagaje de temas controversiales no resueltos, específicamente derechos humanos.

Así, una parte fundamental de las relaciones civiles-militares durante el período de consolidación se ha concentrado en políticas hacia las FF.AA., más que para las FF.AA. como instituciones profesionales del Estado que requieren ser adaptadas a las nuevas condiciones. Así, las políticas para las FF.AA. en cuanto instituciones profesionales de la defensa nacional han tenido una importancia, en el mejor de los casos, secundaria. Importancia que se destacará más adelante, no sólo por razones corporativas castrenses sino, fundamentalmente, por estar relacionadas con la consolidación y profundización democrática.

Estas insuficiencias en la formulación de las políticas en el sector defensa contrasta con la pulcritud de la planificación e implementación de las políticas económicas. En ellas, cada variable y componente se ha analizado e implementado cuidadosamente.

En el período de consolidación democrática en etapas post-autoritarias, han tendido a predominar políticas en el sector defensa propias de la transición, esto es, hacia las FF.AA. como actores políticos, más que orientaciones propias de la consolidación, como son las políticas hacia las FF.AA. en cuanto instituciones estatales.

Aquí, el aspecto central debería haber sido el de liderazgo, esto es, un conjunto de acciones del Ejecutivo tendientes a satisfacer las necesidades institucionales, las que son resueltas al interior de un nuevo marco institucional y de políticas. La consolidación democrática coincide con nuevas necesidades institucionales, dado que ella se da en el contexto de un triple sistema de cambios: internacionales, regionales, económico-sociales y políticos internos; por lo tanto, existen grandes necesidades institucionales de acomodación a estas nuevas realidades.

En este espacio de problemas, las políticas institucionales sobre la defensa nacional son cruciales para responder las cuestiones centrales puestas por las FF.AA. como actor político. Aquí el Ejecutivo debe resolver las tensiones entre las fuertes tendencias corporativas de las FF.AA., que las llevan tendencialmente hacia el aislamiento y segregación; su deseo de ser partícipes en la definición de los nuevos procedimientos e instituciones; y, al mismo tiempo, permitir la acomodación a su nuevo rol exclusivamente profesional.

Así, la política de defensa es el instrumento central para responder a los dos sistemas de demandas. Por una parte, la necesidad de adaptar institucionalmente a las FF.AA. a las nuevas situaciones y, por la otra, establecer los términos de su entidad política en la interacción diaria, así como desarrollarlas institucionalmente.

Estas políticas implican responder simultáneamente a las necesidades institucionales de las FF.AA., las que en la mayoría de los aspectos tratados dicen relación con la consolidación de la

democracia en el país. Tales son los casos del gasto en defensa, la industria militar, la justicia militar, las tareas de inteligencia, la modernización de los dispositivos bélicos, el servicio militar y muchos otros.

Por ello, la consolidación democrática deberá esperar que se supere el fatal sesgo de pensar la solución a las tensiones entre las nuevas autoridades gubernamentales como un mero subproducto de los éxitos no castrenses de la transición.

MILITARES Y SISTEMA POLÍTICO

TIPO PURO IDEAL	ESTADO DE COMPROMISO	ESTADO NEOLIBERAL
Gran estrategia de desarrollo	ISI y Estado líder	Mercado Exportaciones Libre comercio Estado mínimo
Inserción de los militares en el Estado	Relación no orgánica Incoherencia Corporativización y creciente autonomía	Relación inorgánica y alta autonomía (control) Reprofesionalización vs. hiper corporativización (rol ideologías)
Roles militares	Difusos Expansión estatal y política Control subjetivo	Especificidad: rol ramas vs. expansión política Control subjetivo: rol derecha
Función institucional Defensa	Recursos internos: nacionalismo conscripción industrias Defensa= gradual deterioro Crisis 1969-1973	Recursos externos: alianzas coaliciones tecnología gradual mejoría
Crisis potencial	Militares y liderazgos Disponibilidad ideológica e institucional	Bunkerización ideológica e institucional Necesidad nueva orientación y liderazgo institucional: inteligencia-justicia-SUMO

Ideología y proceso político: "Gato por liebre", o la ideología como engaño histórico analítico

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile

LA IDEOLOGIA HOY

Querámoslo o no, hay que reconocer que la perspectiva ideológica frente a la realidad está desprestigiada. Esto no quiere decir que asistamos a la muerte de las ideologías, discusión ya antigua, a pesar del aire novedoso que para algunos pueda tener. El tema data de fines de los años cincuenta: baste recordar, por ejemplo, el libro de Daniel Bell, *The end of ideology*.¹

No me refiero tampoco al desprestigio de una u otra ideología en particular. A lo que apunto es a algo más esencial, a lo que es claramente el más importante legado –a mi juicio– de la Revolución Francesa: la idea de que la ideología es el principal agente o fuerza histórica de la modernidad.

Desde 1789 en adelante, en efecto, las ideas fueron valoradas como motores conscientes de la historia. Incluso más, desde ese entonces se ha dado a las ideas la oportunidad única para que efectivamente cambien radicalmente la realidad. Antes de la Revolución había ideas, por supuesto,

pero su sentido era distinto. Las ideas reflejaban o representaban la realidad, actuaban como una imagen especular de la realidad. Después de 1789, las ideas se volvieron históricamente protagonistas. Devinieron entes generadores de cambio y de transformación total. Por tanto, a partir de la Revolución, lo que importa políticamente, más que las ideas, el "qué se piensa" –contenido que, por lo demás, ya estaba presente en el ideario ilustrado, o incluso de antes–, es el "cómo" y "para qué" se piensa, *qué* se puede efectivamente hacer mediante el uso de las ideas.

El armazón teórico que posibilitó este nuevo y revolucionario vuelco en la naturaleza de las ideas se debe a una serie de presupuestos fundamentales: antes, el hombre debió ser visto como algo moldeable; la experiencia tuvo que entenderse como una serie de actos conscientes; la realidad debió ser conceptualizada como objeto racionalizable y abstracto; la historia tuvo que ser definida como acción consciente, no tradición, es decir, acción repetida, habitual, impensada, casuística o convencional. La historia tuvo que ser concebida como fruto de la conciencia crítica, de la planificación institucional proyectual, de la energía y pasión desatada en persecución de un fin. En suma,

1. Daniel Bell, *The End of Ideology: On the exhaustion of political ideas in the fifties* (New York, 1960).

la historia tuvo que ser formulada como el producto que arroja la voluntad en conjunción con la intencionalidad, fuerzas anímicas a las cuales además se les atribuye la capacidad de generar adhesión y posibilitar un orden fundado en la movilización colectiva.

Es ése el marco conceptual al que me refiero cuando hablo de ideología. Y es éste el marco conceptual ideológico que está completamente en bancarrota de un tiempo a esta parte. Persiste en la medida en que pueden persistir créditos luego de una quiebra financiera, pero que la arquitectura global o sistémica de este armazón conceptual está desprestigiada o acabada, pienso que no debiera ser motivo de duda.

Sería muy largo, y motivo de otra ocasión, explicar por qué se nos desmoronó esta construcción paradigmática de la realidad, la construcción "ideológica". Tiene que ver en ello, por supuesto, todo el pensamiento contrarrevolucionario y antiutópico; pensamientos seminales como el de Nietzsche y Freud, para mencionar sólo algunos; dos guerras mundiales suicidas, una tecnología cuya lógica pareciera ser diferente a la anterior, holocaustos, totalitarismos de toda índole "ideológica", etc., etc.

Más que explicar por qué se desmoronó, lo que es fundamental es reconocer signos de este desprestigio y la creciente tendencia a desconfiar de este marco como modelo persuasivo o explicativo de la realidad.

INOPERABILIDAD DEL MARCO CONCEPTUAL IDEOLOGICO

Quisiera ilustrar la inviabilidad de este modelo "ideológico" analítico de la realidad aplicándolo a un hecho crucial entre nosotros: el 11 de septiembre de 1973. Me interesa poner a prueba una lógica de análisis que todavía nos impide entender bien en que realidad nos movemos.

Mi hipótesis es que desde el 11 de septiembre de 1973 en adelante estamos viviendo una "realidad" diferente, y que no entendemos esta "realidad" porque nuestro ángulo de análisis sigue siendo el marco ideológico anterior. Uso el término

"ideológico" –según ya explicado– en un sentido amplio.

Comencé diciendo que la esencia de la perspectiva ideológica consiste en suponer que las ideas son el principal agente transformador de la realidad histórica. No creo que sea necesario ahondar mayormente, pero detrás del "11" no parece haber ninguna idea actuando. Estamos frente a un hecho descarnado. A pesar de haber sido de distintas maneras anunciado o sospechado, el golpe militar fue y sigue siendo una sorpresa. Sale de lo común en nuestra historia. Si con posterioridad hemos reparado en fenómenos similares o por lo menos analógicos, pienso que ello se ha debido principalmente a que ha mediado el "11" mismo. Por tanto, insisto, el "11" es una sorpresa, un imprevisto, un *shock*.

El guión ya establecido de nuestra historia no contemplaba un hecho como el golpe militar. El golpe se sale de la lógica de la historia. No forma parte del "plan" que se viene desenvolviendo desde tiempos inmemoriales, desde que supuestamente entramos en la historia, es decir, desde que los hechos se remiten a ideas en el sentido ideológico anterior. De ahí que entendamos el golpe como una anomalía, o peor, una aberración, un mentís de nuestra autopercepción como pueblo civilizado. Implica, según este criterio, lisa y llanamente salirse de la historia.

Más de alguno dirá que detrás del golpe hay propuestas ideológicas: la doctrina de la seguridad nacional, por mencionar una. Confieso que no soy experto en seguridad nacional, pero, por lo poco que sé, me parece que no es una ideología propiamente tal. Es una proposición estratégica defensiva; es un plan de acción, de contrainsurgencia; es o implica también una concepción de mundo, si se quiere, una mentalidad de psicosis defensiva. Sin embargo, no es un proyecto de sociedad; es quizás una forma de ordenar la sociedad, pero no le dice a la sociedad a dónde debe ir. La seguridad nacional se agota en su concepción instrumental. Admite todo tipo de fines. Puede haber una seguridad nacional capitalista, musulmana, comunista, etc.

Reitero, detrás del "11" hay hechos, pero ellos no configuran un plan. Es cierto que muy al co-

mienzo se barajaron las más diversas concepciones ideológicas y político-instrumentales posibles: el corporativismo, el liberalismo, la dictadura clásica, el modelo "pronunciamiento español", cierto neofascismo, etc. Todas ellas quizás proliferaron por lo mismo que no había un diseño propuesto o anticipado. Pero no me parece que el protagonismo ideológico sea una característica del 11 de septiembre.

La existencia de una ideología rectora durante el "11" mismo supondría una serie de fenómenos que, de hecho, están ausentes: conflictos internos a partir de diferencias doctrinarias, ebullición intelectual, debate al menos dentro del seno de la estructura de poder. Ninguno de ellos se da. Muy al contrario, hay un fortísimo prejuicio favorable a la acción, despreciativo de cualquiera manifestación intelectual o de pensamiento.

Tengo la impresión de que la falta de ideas explícita, a la vez que ilustra, en parte, el altísimo coeficiente violento del "11". El golpe impacta porque no tiene sentido dentro de nuestros parámetros conceptuales previos, pero también porque se aparta completamente de los patrones rituales en el uso de la violencia política, al menos en la imagen que tenemos de esa violencia. La violencia que entraña y desata el golpe es una violencia ciega, desbordante, desatada; carente de economía; es una orgía de violencia, una insaciable panzada, un empacho de violencia, propio de una cultura que se concebía hasta entonces como equilibrada. El "11" revela un trasfondo animal, primitivo, instintivo, bárbaro, del que suponíamos habernos desembarazado tiempo ha.

Otro de los aspectos que nos cuesta digerir acerca del golpe militar, es su trasfondo de indecisión. Tenemos el prejuicio de suponer que los actores históricos saben a ciencias cierta lo que van a hacer, lo deciden y luego lo hacen. El golpe militar desmiente este prejuicio. Lo que anima el "pronunciamiento" no es un deseo madurado previamente, sino más bien el sentido del deber, el sentido de la obligación. Sospecho de las tesis confabulatorias; suelen a lo más confirmar la ausencia de explicación. Y en este caso, esto me parece evidente. No me parecen que los militares hayan planeado nada. Se vieron obligados y em-

pujados a regañadientes a tomar una decisión. Opera aquí una psicología que duda sistemáticamente hasta que se toma la decisión, para luego no volver nunca atrás. Esto obviamente se opone a una psicología como la que estábamos acostumbrados a manejar, en que se comenzaba diseñando escenarios ideales, para luego convencer a los demás, llevar a cabo esos ideales, y lentamente reflexionar acerca de ellos y evaluarlos críticamente, para terminar desencantándonos y propiciando otro plan. Hay confusión en la motivación y finalidad del golpe por parte de los actores, pero no en cuanto a su materialización, una vez asumida la tarea autoencomendada.

Si el golpe no tiene plan, no tiene diseño, no persigue un fin, no calza con los patrones históricos, no hay decisión *a priori*, ¿qué es? ¿cómo lo podemos entender?

Pienso que el golpe manifiesta fundamentalmente una lógica impredecible para nuestros estándares tradicionales, fundada en el arbitrio, discrecionalidad y efectividad. Lo que introduce el golpe militar en la política chilena es, a mi juicio, una lógica fáctica. Y sostengo que mientras no entendamos bien esta lógica fáctica, no vamos a comprender históricamente el 11 de septiembre; este hecho nos seguirá penando, y no superaremos la sorpresa o el atontamiento inicial que produjo dentro de la conciencia y perspectiva histórica de este país.

En primer lugar, y de ahí que traiga a colación el tema de la ideología, es preciso insistir en que esta lógica fáctica es una lógica no ideológica. Los hechos históricos implican un ejercicio real, no aparente, del poder. Este poder incluso se vuelve una realidad prosaica, literal, cotidiana, omnipresente a la vez que natural. No hay mucho más detrás de este poder que su mero ejercicio. En efecto, la lógica política fáctica es una lógica no discursiva, no es elocuente, no pretende ser persuasiva ni dialogal. Estamos frente a una lógica a la que le basta con hacerse presente, escenificarse desnudamente. Puede incluso llegar a ser intimidatoria y escenográfica; es casi siempre dramática y "gestual".

La lógica fáctica, además, es distinta de la lógica ideológica en cuanto no reviste un carácter "esen-

cial", que apunte a definir las esencias, lo que está más allá de lo meramente factual, lo meta-físico. La lógica fáctica se concentra fundamentalmente en lo meramente existencial. Podría traerse a colación cómo los militares constantemente están invocando esencias: por ejemplo, la idea de nación, de alma nacional, la patria, etc. Tengo la impresión de los militares invocan estas "esencias", pero curiosamente ellas, de la manera en que las manejan, no tienen substancia. Son abstracciones que en algún momento tuvieron un significado, pero cuya comprensión se elude hoy. Los militares tienden más bien a materializar, simbolizar, a fetichizar estas abstracciones, desvirtuando el sentido de esencias o conceptos en un sentido más fino. De modo que insistiría en el carácter agnóstico, positivo, de esta lógica fáctica.

En el fondo, la lógica fáctica es una lógica escéptica, materialista, positivista. La política, de acuerdo a esta lógica, suele devenir en mera escenificación o en espectacularidad, o bien en pura imagen carente de significación. Con todo, tiene el atractivo sensual de lo superficial, de lo estético. Al desprendernos de la lógica ideológica, perdimos en orientación ética, en trascendencia metafísica y en ilusión utópica. Ganamos en estética y en drama escénico. Cualquier cosa se puede decir del 11 de septiembre, salvo que fue tedioso.

De ahí que las explicaciones inspiradas en una impronta ideológica sobre el "11" suenan, al menos a mí, a beatería. Si le quitáramos la violencia, lo gestual, lo muy poco lúcido, lo animal, lo bárbaro, lo wagneriano al "11", ¿con qué *bibelot* nos quedaríamos? Pretender otra cosa es pasteurizar la historia; "civilizar" algo que resulta tanto más atrayente y fascinante cuanto es lo que es, no lo que queremos que sea.

He aquí quizás el modelo de todo el asunto sobre el cual me he estado refiriendo esta tarde. El problema con una perspectiva ideológica de la historia en el sentido estricto que he señalado es que se vuelve o mesianismo o sermón. En el fondo, se le pide a la historia que obedezca a un "deber ser", previamente definido o por el sujeto histórico, o bien por el estudioso de la historia.

De más está decirlo, pero este "deber ser" suele no explicar, sino más bien enjuiciar. A veces inclu-

so este "deber ser" elude enteramente lo que se pretende analizar. En vez de hablar sobre el "11", en realidad se habla de lo que no es el "11"; se habla de una supuesta antítesis al "11", sin hacerse cargo del "11" mismo. Esto a nivel de historiador. A nivel de sujeto histórico, el efecto es peor. En uno y otro caso se enfrenta el hecho histórico sin entender a cabalidad lo que es. Y esto me parece tanto más trágico que cualquier contenido histórico trágico.

UNA HISTORIA DES-IDEOLOGIZADA

Abogo por una historia des-ideologizada. ¿Cómo entiendo yo una historia des-ideologizada?

En primer lugar, la entiendo como una historia que le baja el perfil a las ideas como motores históricos.

Una historia que disminuye el carácter omnisciente de los sujetos históricos.

Una historia que atribuye a las ideas un sentido más bien legitimante, no literal. Los sujetos usan ideas sin saber a veces qué sentido tienen, no obstante saber a ciencia cierta qué utilidad pueden prestar.

Una historia que incorpore lo más posible en el análisis histórico de los hechos el efecto no intencional, la consecuencia no intencional, lo que desmiente la previsibilidad del sujeto omnisciente y voluntarioso.

Pienso que también hay que re-positivizar la historia en un sentido específico. Hay que volver a tratar los hechos tal cual son. Devolverles su materialidad, su dimensión factual, su "gestualidad", su dimensión estética formal. Hay que devolverles su propio sentido y no suponer que responden a un sentido metafísico, externo, calzable dentro de las lógicas de diseño que atraen valóricamente. En otras palabras, hay que terminar en lo posible con los meta-relatos histórico-analíticos y recobrar la narratividad de los hechos.

Pienso también que hay que profundizar en todo lo irracional, cultural, ritual que hay detrás de la historia. No podemos seguir proyectando en la historia nuestra tendencia a racionalizar todo y a leer en ella una confirmación o desvirtuación de la civilización y barbarie. En este punto no me es

posible explayarme, pero creo evidente que, las más de las veces, la razón encubre la fuerza irracional, la civilización disfraza la barbarie. No profundizar en este aspecto, no mirar a lo irracional tal cual es, puede costar caro.

Por último, y a modo de conclusión: quisiera reafirmar la conveniencia de desengañarnos de la historia más que desilusionarnos de ella.² Desen-

gárnos en el sentido de que la historia es tanto más rica y significativa cuando "es" y no cuando, luego de pretender ser, resulta "ser" lo que "es" y ya es demasiado tarde y no nos queda otra cosa que lamentarnos.

En fin, sugiero más gato y más liebre, pero ojalá sin confundirlos mucho.

2. Cfr. A. Jocelyn-Holt L., "El discreto encanto de nuestro desengaño", en *Utopía(s)* (Santiago: División de Cultura, Ministerio de Educación, 1993), pp. 327-32.

La transformación económico-social de Chile contemporáneo

Rodrigo Baño

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flasco-Chile

Normalmente, los cientistas sociales están acostumbrados a pensar que de alguna manera la sociedad, la historia, son realizadas por sujetos, y actores de carácter colectivo.

Dentro de esa perspectiva, normalmente en Chile y en América Latina se daba cierta caracterización de los grupos sociales que hacía comprensible lo que ocurría políticamente. Era usual en las ciencias sociales latinoamericanas la preocupación por estudiar clases, sectores y grupos sociales. De ahí todos los estudios que conocemos sobre oligarquía en Chile, en América Latina; los estudios sobre clases medias, sobre sectores obreros antiguos y nuevos; estudios sobre populismo, sobre sectores marginales, campesinos, etc.

Esa estructura de clases, sectores y grupos sociales, ha cambiado, aunque no se sabe cuánto. No hay estudios en profundidad al respecto, más allá de algunas monografías orientadas a ciertos sectores. Algo cambió con el predominio de la opción neoliberal en lo económico, con la orientación exportadora, con la desregulación de la economía. Y este nuevo estilo económico va a ir transformando las situaciones sociales. Se ha creado un sector moderno fundamentalmente ligado a la exportación; se ha internacionalizado un gran segmento

del mercado interno; la producción que hace de motor del modelo suele estar ligada a la concentración de ingresos. De partida, ya hay un cambio que ocurre en el período que se ha llamado de ajuste. Esto, que se percibe respecto a Chile, es aplicable en general a varios países de América Latina.

El período de ajuste, que es básicamente contención salarial, contención de demandas, disminución del gasto público, va a ir generando un aumento de la pobreza en general en América Latina, y particularmente en Chile. Son tres los factores que se conjugan: el estancamiento propio de los años ochenta; la política de ajuste, que afecta fuertemente a los sectores más pobres; y el elevado crecimiento demográfico, que se traduce en fuerte aumento de oferta laboral. Así, la pobreza pasa a constituirse en uno de los grandes problemas.

Lo anterior a menudo ha permitido concebir la imagen general de un nuevo tipo de sociedad segmentada en dos, lo que contradice los sistemas de estratificación escalonados, e incluso los sistemas de clase propios del capitalismo. En ella se encontraría, por una parte, lo que se considera los excluidos; por otra, los incorporados. Existen muy pocos estudios sobre las relaciones existentes entre uno y otro sector, aunque las hay, y fuertes. Se dan

básicamente a través de las subcontrataciones de empresas, que van incorporando a este sector de excluidos o informales; o en la prestación de servicios personales, de gran importancia para el funcionamiento de otros sectores: el servicio doméstico, por ejemplo, para el funcionamiento del resto de la economía.

Más allá de esta apreciación gruesa, es claro que hay cambios importantes entre los tradicionales sectores económicos: aparecen relaciones que antes no existían o que eran muy débiles. Por ejemplo, es evidente que la agroindustria implica un entrecruzamiento de sectores tradicionalmente conocidos como separados. Lo mismo ocurre con la incorporación de servicios a nivel de la informática y la comunicación, los que pasan a ser servicios productivos que se incorporan directamente en la productividad industrial, agrícola, etc.

Hay, entonces, un importante aumento de la diferenciación de grupos y sectores sociales, que se agrega a la heterogeneidad social ya característica de Chile y de los países latinoamericanos. Esto es, los sectores sociales se hacen más heterogéneos por razones de uso de tecnologías, por el tipo de producción que desarrollan —exportable, no exportable—, por su vinculación con conglomerados internacionales, por el tipo de formalidad laboral de la relación entre sectores, por la transnacionalización de las operaciones; en fin, existe una gran cantidad de factores que hacen cada vez más diferenciados internamente los distintos sectores sociales.

Este incremento de la heterogeneidad resulta en una mayor desarticulación social. Vale decir, en una dificultad para constituir sectores con capacidad de generalizar intereses y, por tanto, con capacidad de generar organización y demanda. Hay dificultades de articulación social y política entre los nuevos sectores que van surgiendo y, por lo tanto, dicho en términos de nuestras disciplinas, hay mayor dificultad para constituir sujetos sociales. Antes, a pesar de todas las dificultades que enfrentaban las conceptualizaciones sobre grupos y clases sociales en América Latina, se lograba cierta caracterización. Ahora aumenta esta dificultad y se está lejos de poder elaborar un nuevo mapa social.

Una revisión rápida de aquellos sectores que eran considerados socialmente significativos permite apreciar la profundidad de los cambios.

En el sector empresarial hay un aumento importante de la heterogeneidad en tamaño, tecnología, vinculación, etc. Se percibe un sector transnacionalizado que pugna por la autorregulación. Más aún, no sólo tiene la capacidad de regularse a sí mismo, sino de regular al Estado, si ello es necesario. No pide, no demanda al Estado regulaciones; al contrario, persigue desregularización estatal; esto es, que el Estado salvaguarde, proteja y ampare, a través de los procedimientos con que cuenta, lo que es la regulación que la transnacional se hace.

Por otro lado, subsiste un sector de empresarios más ligado a la producción para el mercado nacional, que mantiene una fuerte organización corporativa y que dirige sus demandas al Estado. Son los sectores que van a pedir créditos, que piden precios, que piden protecciones, que piden intervención en políticas expansivas, y que tienen peso político residual, porque fue el sector de apoyo fundamental del régimen anterior y de su transformación. Por lo tanto, tiene un poder político residual bastante fuerte, mantiene asociaciones gremiales con cierta fuerza y realiza acciones políticas.

El sector transnacional generalmente no realiza acciones políticas directas; no necesita realizar acciones políticas: le basta con su peso. La negación de crédito o la amenaza de traslado de un lugar a otro, basta para convencer a cualquier gobierno de acceder a lo que sea conveniente a la transnacional.

En el caso de las capas medias, hay una disminución fuerte de un sector que fue políticamente muy importante, esto es, el sector de empleados públicos. Actualmente, la educación y servicios de salud públicos funcionan en forma relativamente privatizada o, por lo menos, desarticulada, incluso hasta burocráticamente. Ello deja a estos sectores sin su capacidad de ser los gestores de articulaciones sociales y políticas, con una pérdida sindical bastante fuerte y muy visible. Los profesionales y técnicos, que fueron también una parte importante de la inteligencia, de la intelectualidad, capaz de proponer proyectos y de jinetearlos políticamente,

poco a poco van siendo absorbidos por la empresa. Médicos particulares subsisten, pero en realidad el motor de la atención médica está en las empresas médicas, a las cuales se incorporan los médicos en distintas posiciones. Lo mismo está pasando con los abogados, con los ingenieros, arquitectos. La declinación de los colegios profesionales, que han perdido presencia social, prestigio y capacidad de acción social y política, es bastante clara.

Por otro lado, aumenta la pequeña burguesía en forma muy importante. Esto implica un cambio en el lugar hegemónico que ocupa la ideología del empleado público, la cual se ve desplazada por aquella propia del sector independiente ideológicamente, más cercano al apoliticismo en tiempos de calma y al fascismo en tiempos de crisis. Surge una pequeña burguesía muy competitiva, que entra a jugar con la noción de que todos pueden ser empresarios y políticos. El sector donde aumenta más el trabajo por cuenta propia es el sector medio, no el sector popular. El sector medio es el que presenta más traslados al trabajo independiente, por cuenta propia, a la pequeña empresa, lo que transforma también su potencial político. Claramente ya no es el sector con el cual se hizo el llamado Estado de Compromiso o Estado Interventor, como quiera que se denomine a lo que existió de los años treinta en adelante.

En el sector obrero hay también una transformación muy importante. Hay una caída de "la clase", de la clase obrera industrial, que descende en términos relativos y en términos absolutos. Por lo menos durante un tiempo largo, hubo una desalarización muy fuerte del sector obrero. Preferentemente hoy el contrato opera en términos de obra y eso, aunque parezca un detalle, es importantísimo en cuanto a la posibilidad de generalizar intereses, porque hace que ese sector se transforme en fuertemente competitivo consigo mismo. Es un sector que incluso tiene dificultades con la dirigencia sindical, que trata de establecer normas de limitación de trabajo. Como el trabajador pasa a estar muy ligado a su productividad, pide que ojalá lo dejen trabajar 12, 14, 18 horas, de manera de obtener más ingreso. Esta situación, además de transformar la capacidad de generalizar intereses, disminuye la capacidad de organiza-

ción y la capacidad de representación política de los intereses.

En el sector de los trabajadores, el énfasis que antes se ponía en la movilidad social, la movilidad de "la clase", hoy se traslada a la movilidad individual. En el esquema anterior, el trabajador esperaba tener un ascenso como trabajador —nosotros los trabajadores debemos tener mayor participación en el ingreso y como trabajadores vamos a ir movilizándonos—. Es distinto, cuando yo, Juan, voy a ascender. Desde este punto de vista, toda la participación pasa a ser individualmente controlada: "yo tengo la salud que pago, la educación que pago, tengo la previsión que pago; es un problema mío; ya no es un problema del grupo, del sector, de los compañeros, de la clase; entre más plata tengo yo, más pago y mejor calidad tengo de prestación". Esto va alterando la organización social de los grupos y clases. Hay una tendencia a la desaparición de los sujetos colectivos, a la atomización social, a las ideologías individualistas; y, por otro lado, hay una tendencia a actitudes sustitutivas de comportamiento social. Como no hay constitución de sujeto social en sentido laboral, el sujeto social se constituye a través de otras expresiones sustitutas, como es el consumismo en tanto forma de identificación social, y como es la generación de una especie de comunitarismo tribal, vale decir, un sentirse otros, sentirse junto con otros: soy de la "garra blanca", soy de "los de abajo", soy del grupo de rock, soy de la secta religiosa tal o cual; esto es, se conforma un grupo cerrado, una comunidad en términos muy firmes que permite decir "soy algo, no estoy aislado".

Esta transformación social se encuentra con un cambio bastante importante en la situación política. Hay cambio en el sentido de la organización partidaria. El reemplazo del militante por el elector es claro, y no sólo explicable en términos de que actualmente hay televisión y un minuto de televisión vale más que 20 mil militantes rayando las murallas. Hay un cambio en el estilo de hacer política; hay pérdida de representatividad sectorial; ningún partido quiere representar a un sector social, sino a la nación en su totalidad. Hay pérdida de las ideologías diferenciadoras. Pasa a ser casi un pecado pretender tener ideologías de diferencia-

ción social. Todo esto va produciendo un cambio en la relación sociedad-política.

A partir de aquí, quizás se puede entender la tendencia a la homogeneidad, la falta de proyecto alternativo, la tendencia al control burocrático de ciertas decisiones fundamentales que son expropiadas de la política. Caso típico, el de la economía: el Banco Central tiene el control tecnocrático de decisiones que son políticas, pero que han expropiado a la política.

Por último, éstas son las bases en que se produce una tendencia a la especialización política: los

políticos se preocupan de la política para los políticos. Hay una autorreferencia de la actividad política y el predominio de la política como espectáculo, que es una consecuencia lógica de que los ciudadanos se transformen en espectadores. Si los ciudadanos son espectadores, se les da espectáculo, en la televisión o donde sea.

La transformación social en curso pareciera así estar detrás de las confusiones respecto a un proyecto social alternativo al vigente y los desencantos de la democracia liberal como administración de lo existente.

Iglesia y proceso político

Sofía Correa Sutil
Museo Histórico Nacional

El principal problema que es necesario dilucidar al reflexionar en torno a la Iglesia y el proceso político, es de orden metodológico. En ese ámbito voy a centrar entonces esta presentación.

Tratándose de la Iglesia, lo primero que debemos aclarar es la perspectiva de análisis, es decir, si estamos situados en una perspectiva teológica o en una perspectiva histórica. Pienso que es fundamental hacer este primer alcance, pues prácticamente todos los estudios sobre la Iglesia en la política chilena están hechos, a mi juicio, desde una perspectiva teológica, según la cual la Iglesia es concebida ya sea como Pueblo de Dios o como Templo del Espíritu Santo, y su trayectoria es vista como el desarrollo del plan de Dios para la Iglesia universal en su camino hacia el fin de los tiempos.

Al respecto, me parece importante establecer la legitimidad de una perspectiva netamente histórica para analizar la relación entre Iglesia y política. Ahora bien, es desde una perspectiva netamente histórica que voy a referirme a ciertos problemas de orden metodológico que surgen en el análisis de esta relación.

Una primera pregunta que considero necesario formular se refiere a qué actores se va a privilegiar en un análisis sobre Iglesia y política. Es mi opi-

nión que, cuando se analiza a la Iglesia como institución dentro del proceso político, es necesario concentrarse en la jerarquía eclesiástica, pues es ésta la que define la posición y las estrategias políticas de la Iglesia. Cualquier sector manifiestamente discrepante, como los católicos liberales del siglo diecinueve o los Cristianos por el Socialismo de los años setenta, deja de tener relevancia en las decisiones institucionales de la Iglesia desde el momento en que se enfrentan a la jerarquía y se transforman en disidencia. Conocido es el caso de sacerdotes "de avanzada" que por los años treinta terminaron por ser enviados a Europa, y de sacerdotes preconciliares a quienes, en su momento, se les conminó al silencio. La jerarquía, entonces, es la que define las relaciones institucionales con el poder político.

En segundo lugar, me parece necesario preguntarse por las influencias a las que responde la jerarquía en sus decisiones políticas. Creo que los estudios sobre la Iglesia chilena tienden a exagerar la influencia de ciertos sacerdotes, de modo tal que se va construyendo de hecho una historia de figuras proféticas, como el padre Vives, Oscar Larson, el padre Hurtado, etc. Esta forma de hacer la historia política de la Iglesia oscurece el análisis,

pues no considera el factor fundamental, aquel que de hecho explica las estrategias políticas de la Iglesia en las diversas circunstancias históricas. Me refiero a la posición política del Vaticano, la cual, a su vez, responde básicamente a las exigencias de la política europea. Pienso que el libro de Brian Smith, *The Church and politics in Chile*, pone en evidencia esta clave, al analizar la separación entre Iglesia y Estado, el distanciamiento formal de la Iglesia con respecto al Partido Conservador, la creación de la Acción Católica, etc. A modo de ejemplo, más importante que Oscar Larson es Mussolini para entender las estrategias políticas de la Iglesia chilena en la década de 1930.

En la posguerra también hay que tomar en consideración la influencia que ejerció América Latina en las estrategias políticas del Vaticano. Pensemos en la Revolución Cubana, en los curas guerrilleros, en la Teología de la Liberación. Pero, por otra parte, es indispensable tener en cuenta que los acontecimientos latinoamericanos son procesados en forma diversa según lo que paralelamente se está viviendo en Europa. Así, si a raíz de la Revolución Cubana el Vaticano optó por una estrategia favorable a los cambios estructurales para evitar la revolución marxista, impulsando a las iglesias nacionales a una actitud abierta al cambio e incluso promotora de éste, no sucedió lo mismo con la Teología de la Liberación. Se estaba por entonces en otra etapa de la historia europea, y fueron otras las coordenadas que definieron las estrategias vaticanas. De modo que, en los años de posguerra, el análisis político de la Iglesia chilena debe considerar el contexto latinoamericano en interrelación con la política europea, para comprender las posturas vaticanas, y cómo ellas son procesadas por la jerarquía nacional.

Después de preguntarse por las influencias que marcan la posición política de la Iglesia, cabe analizar qué efectos produce ésta en el proceso político y especialmente en el sistema partidista chileno. Sabemos la enorme importancia que las decisiones políticas de la Iglesia han tenido en la política chilena. Pensemos en la creación del Partido Conservador, en la confrontación Estado-Iglesia, en la creación de la Democracia Cristiana y el consiguiente colapso del Partido Conservador. Pero

ello no basta. Es necesario tratar de dilucidar su dimensión cualitativa, entender el contenido de la influencia de la Iglesia. Es posible, por ejemplo, sugerir que cuando la Iglesia ha sido determinante en la configuración del sistema partidario, creando partidos de hecho confesionales, se ha sacralizado la política —las opciones partidistas se presentan como opciones religiosas y la acción política adquiere carácter de cruzada—, y se ha polarizado la política, adquiriendo esa polarización un carácter ético.

Por último, hemos dejado para el final una pregunta con la que un historiador extranjero sin duda comenzaría, la del poder real de la Iglesia como institución, su poder económico, el grado de influencia que la Iglesia tiene en la sociedad chilena. En este ámbito, las comparaciones con otros países latinoamericanos son muy adecuadas.

¿Es Chile un país católico? La pregunta ya se formuló hace varias décadas. A ella hay que agregar también otra: ¿en qué medida los chilenos que se declaran católicos son seguidores de las directrices de la jerarquía? Pensemos tan sólo en la alta tasa de nulidades matrimoniales, o en la proporción de parejas chilenas que practican el control de natalidad. Esta pregunta no es fácil de responder. Los censos de población y las encuestas nos pueden decir cuántos chilenos se declaran católicos, o cuántos son practicantes, pero no nos presentan con claridad el carácter subjetivo de esa pertenencia. Ahora bien, ese conocimiento es fundamental para comprender los alcances que tiene la Iglesia en la sociedad chilena.

La influencia política de la Iglesia, se podría pensar, es más fácil de medir. Pero sólo aparentemente, pues es necesario analizar las relaciones de la Iglesia con cada uno de los actores del sistema político; hoy día, los partidos, los militares, los empresarios, los sindicalistas, además del Ejecutivo. Luego hay que recomponer el conjunto, estableciendo el peso que cada uno de ellos tiene en el diseño de las estrategias de la jerarquía en un periodo dado. Y, por cierto, hay que preguntarse qué busca la Iglesia del poder político, para qué ejerce sus influencias. Por otra parte, la relación entre la Iglesia y el sistema político es dinámica; los actores políticos buscan también la protección e

influencia de la Iglesia para sus propios proyectos. Esta dimensión también debe ser analizada.

No quiero terminar sin dejar en claro que no basta con hacer un análisis del discurso de la jerarquía. Los gestos y los símbolos son muy elocuentes. Podríamos analizar, por ejemplo, qué significa hoy en día el Hogar de Cristo, deteniéndonos en la publicidad de las cenas de pan y vino. ¿Significa lo mismo que en los años sesenta? La posible santificación de Alberto Hurtado ¿cómo va a ser "leída" por la Iglesia chilena de hoy? Probablemente va a ser el padre Hurtado del Hogar de Cristo replanteado, el de la solidaridad entre ricos y pobres, y no el padre Hurtado creador de la revista *Mensaje* e impulsor del sindicalismo. Con esto no quiero hacer un juicio ético. Tan sólo quiero

acentuar la necesidad de hacer lecturas interpretativas de gestos y símbolos eclesiales.

He creído necesario plantear esta ponencia sobre la Iglesia y el proceso político desde un punto de vista metodológico, y no sobre los contenidos mismos de esta relación. Ello ha sido así porque me parece que los estudios sobre el tema han sido en general escasos y pobres, en gran medida porque, como decía al comienzo, se han situado desde la teología y no desde la historia. Al hacer este planteamiento metodológico, he querido también mostrar un vasto campo inexplorado, abierto al análisis histórico, a la vez que delinear problemas políticos de enorme actualidad que, abordados desde la historia, pueden ser mejor comprendidos en su complejidad.

Fernando Castillo
Centro Diego de Medellín

Hace un poco más de cincuenta años –en 1941– el P. Alberto Hurtado publicaba un libro con un título entre signos de interrogación: *¿Es Chile un país católico?* La respuesta que daba el libro era una severa (auto)-crítica a la manera como un catolicismo complaciente y falto de vigor estaba encubriendo la creciente pérdida de presencia y vigencia de la Iglesia en la sociedad chilena. Es probable que si el P. Hurtado volviese a abordar esta pregunta hoy, después de cincuenta años, su respuesta volvería a ser un "país católico". Pero, desde otro punto de vista y aun cuando uno se distancie de esa imagen de "país católico", sea como ideal o sea como diagnóstico, no se puede desconocer que difícilmente se puede entender lo que ocurre en Chile, tanto en la política como en la sociedad y en la cultura, si no se toma en cuenta el papel que juega la Iglesia Católica en esos ámbitos.

Por eso mismo, en el breve espacio de esta ponencia no es posible abordar en profundidad el complejo tema del papel de la Iglesia en los procesos políticos del último medio siglo. Me limitaré a señalar algunos puntos que me parecen especialmente relevantes en la relación Iglesia y política en los últimos veinte años.

¿COMO HABLAR DE "LA IGLESIA" (Una breve nota metodológica)

En el lenguaje cotidiano, "la Iglesia" se identifica con personajes que públicamente la representan o que interpretan algún punto de su doctrina, pretendiendo autoridad para ello. Se trata, por lo general, de los obispos o del Papa, pero también a veces de algunos sacerdotes. Este lenguaje, que no pocas veces emerge también en los análisis de la relación Iglesia y política, se ha hecho cada vez más insuficiente y equivoco. En efecto, en las últimas décadas –a partir de distintos procesos internos– se ha producido en la Iglesia una verdadera explosión de interpretaciones, opciones y orientaciones fuertemente divergentes en la Iglesia latinoamericana, especialmente (aunque no es el único ámbito) respecto a la relación entre Iglesia, sociedad y política. No se trata solamente de la tradicional tensión entre tendencias (lo que siempre ha existido en la Iglesia), sino de posiciones que llegan a estar en contradicción entre sí.

De este modo, ya no se puede considerar a la Iglesia (en su relación con la política) como una magnitud unívoca y, menos aún, monolítica. En

Chile hemos sido testigos de cómo —mientras había sacerdotes que fueron detenidos, expulsados del país o incluso asesinados debido a su pública crítica al gobierno militar— había otros que, también públicamente, desde el Canal de T.V. de la U. Católica, no sólo defendían al gobierno, sino que justificaban la moralidad de los aparatos de seguridad. Hemos visto cómo hubo obispos que fueron objeto de agresiones por agentes de seguridad, por sus denuncias de los atropellos a los derechos humanos, mientras hubo otros que no se cansaban de subrayar la tarea patriótica y cristiana desempeñada por las FF.AA. Incluso hace un par de meses, el obispo castrense salió a la calle en "uniforme de combate" junto a sus camaradas generales. Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero, por otra parte, a pesar de estas profundas diferencias, la Iglesia no se fragmenta en una multiplicidad de pequeñas Iglesias, sino que sigue manteniendo un cierto nivel de cohesión o de unidad.

Las diferencias se suman y dan una resultante. Esa resultante es normalmente lo que llamamos "la Iglesia" (en relación con la política). Es una resultante que no anula ni absorbe las diferencias.

Me parece así que debemos hablar de la Iglesia tomando en cuenta estas diferenciaciones y complejidades. Tentativamente, pienso que se podría hablar de la Iglesia en tres niveles:

(1) Como un "marco institucional" que establezca una base mínima (más o menos flexible) de símbolos, doctrinas, tradiciones y normas. En gran medida es este marco institucional lo que representa a la Iglesia "hacia afuera" (frente a la sociedad o al Estado).

(2) Pero ese marco cobija corrientes que están en tensión o conflicto entre sí. Los análisis de la Iglesia latinoamericana distinguen normalmente tres o cuatro corrientes (algunas hablan de "modelos") de Iglesia.

(3) En un "corte vertical", se puede distinguir distintos "actores", es decir, una Iglesia jerárquica (obispos y también sacerdotes) y un laicado activo y organizado en comunidades o movimientos. (Hay también un gran "actor pasivo", que es la masa católica).

La pregunta central de este seminario es acerca de la "modernidad". A veces, en la actualidad, se tiene la impresión de que se habla de modernidad o modernización, equiparándola simplemente con el predominio irresticto de la lógica economicista mercantil, con la innovación tecnológica y, en la política, con el triunfo de criterios pragmáticos. Sin la pretensión de ofrecer un concepto acabado de modernidad, quisiera recordar, sin embargo, que en el terreno político ella dice relación —entre otras cosas— con "democracia" y con "derechos humanos". Respecto a ambos puntos, la Iglesia Católica en Chile ha jugado un papel de cierta relevancia.

En un período que se caracterizó por aspiraciones democráticas muy profundas y masivas que buscaban realizar cambios profundos en el país, la Iglesia asumió una postura que contribuyó a fortalecer esas búsquedas de cambios sociales.

Durante décadas, las ideas social-cristianas, cuyo origen estaba en la Doctrina Social de la Iglesia, se habían ido acumulando y decantando en crecientes sectores de la Iglesia y habían erosionado la adhesión de la Iglesia a las posturas políticas conservadoras. Se configuró así un sector fuerte y mayoritario entre sacerdotes y obispos, de carácter progresista y que no ocultaba sus simpatías por los cambios que significaran mayor justicia, participación y democracia. Esto hizo pensar a algunos que se abría una nueva etapa en la historia de la Iglesia chilena que iba a estar marcada por su alianza con el partido Demócrata Cristiano, así como antaño lo había estado con el Partido Conservador. En los hechos, tal alianza resultó bastante más compleja e inestable que la vieja alianza con los conservadores. Ello, en primer lugar, porque se construía sobre bases teóricas o doctrinales que por principio no admitían que un partido representara únicamente a los católicos, ni menos a la Iglesia. Pero, sobre todo, porque se estaban activando procesos en la Iglesia que muy pronto llevaron a algunos sectores de ella a sobrepasar lo que aparecía como concreciones del social cristianismo en el gobierno demócratacristiano.

Sobre ese trasfondo de ideas se abrió paso una nueva postura o actitud frente a la sociedad, que va a recibir un poderoso impulso del Concilio Vaticano II. El Concilio –sin decirlo expresamente– hizo una autocrítica de lo que había sido la postura de la Iglesia frente al mundo moderno: un encerramiento en un ghetto eclesiástico, centrado en sí mismo y con posturas defensistas frente a las crecientes aspiraciones de los hombres a la libertad. El Vaticano II propuso una nueva relación entre iglesia y "mundo" (moderno), en la que se reconoce lo positivo de la cultura moderna, se afirma que la Iglesia debe aprender de ella y debe situarse en una postura de "servicio" al mundo. Esto significó en América Latina un impulso para que sectores de Iglesia se abrieran a un diálogo más amplio y una búsqueda que iba más allá de la Doctrina Social, y entraran en una relación positiva con el socialismo latinoamericano. Por otra parte, también esta nueva actitud ante "el mundo" llevaba crecientemente en la Iglesia a entender que el mundo específicamente latinoamericano estaba marcado por la pobreza, la opresión y la discriminación de grandes mayorías.

Por supuesto que estos procesos significaron un aumento de los conflictos al interior de la Iglesia. Ya al final del gobierno de la Unidad Popular, hay tres corrientes bien marcadas en sus opciones políticas y eclesiales: los conservadores, el progresismo social-cristiano y los socialistas. A pesar de los conflictos internos en la Iglesia y de la desconfianza de los obispos católicos –incluidos, por cierto, los progresistas– frente a la "vía chilena al socialismo", las corrientes progresistas y socialistas convergían en afirmar la necesidad de los cambios sociales. Puede decirse así que la relación entre Iglesia y política en ese periodo estuvo caracterizada por el aval religioso y ético que la Iglesia muy mayoritariamente dio a los procesos de cambio social (así, por ejemplo, a la Reforma Agraria y la reforma de las universidades).

Por su parte, esa relación con la política expresaba y a la vez impulsaba procesos de cambio en la propia Iglesia. El de mayor significación consistía en un "cambio de lugar" social de la Iglesia desde un viejo y sólido anclaje en el mundo social y cultural de los grupos de poder económico y políti-

co, hacia una nueva y riesgosa cercanía respecto de sectores y clases populares, especialmente campesinos y pobladores. Este cambio de lugar social tendría no sólo repercusiones políticas, sino también repercusiones en las prácticas pastorales y en los planteamientos teológicos. Es lo que llegó a expresarse, más tarde, como "opción por los pobres".

IGLESIA, DICTADURA Y DERECHOS HUMANOS

Como se sabe, han sido los derechos humanos el punto en el que la Iglesia Católica de Chile ha jugado un rol más relevante respecto a la política en los últimos años. El tema dominó las conflictivas relaciones entre Iglesia y dictadura militar, así como también las prácticas de la Iglesia durante cerca de quince años.

El golpe militar de 1973 creó una situación inédita para el país y también para la Iglesia. Ella fue prácticamente la única institución u organización con peso social y político a nivel nacional que no fue "intervenida" por los militares. Ello colocaba una de las condiciones para que la Iglesia se transformara en un actor protagónico en los años que siguieron. Llegó a ser no sólo "la voz de los sin voz" por su debilidad social o política, sino en importantes periodos fue la única voz de los muchos que habían sido enmudecidos por los militares. Pero también fue una situación inédita en la medida en que el conflicto sobre los derechos humanos abrió una brecha profunda en la relación de la Iglesia con el Estado.

El conflicto tuvo dos vertientes: el problema de la violación de los derechos humanos por tortura, desaparecimientos, secuestros, exilio, etc., es decir, por la política represiva del régimen militar; y la violación de los derechos humanos, sociales o colectivos, por la aplicación de políticas económicas.

La primera de estas vertientes en el conflicto sobre los derechos humanos tenía su origen en la ideología de la seguridad nacional que inspiraba las prácticas represivas de la dictadura. Como se sabe –y es la postura que sostienen los militares

hasta hoy-, esta ideología parte definiendo la situación del país como "estado de guerra". La guerra es total porque el enemigo (el comunismo) amenaza desde dentro a la nación y no reconoce límites en sus formas de lucha. Por eso, esta ideología justifica una guerra de exterminio al enemigo interno. En ella todos los medios son lícitos. Esta ideología justificaba así completamente a los aparatos de seguridad y sus prácticas permanentes y masivas de violación de los derechos humanos. No se trata de "excesos" o "desviaciones" de los aparatos de seguridad, como ingenuamente lo creyó la Iglesia al principio y como indulgentemente se ha tratado de mostrar posteriormente, sino de prácticas perfectamente coherentes con los fines que se perseguían.

En esta ideología se esperaba que la Iglesia avalara o legitimara religiosamente esta "guerra", en la medida en que ella combatía al comunismo y buscaba defender "valores cristianos". Se esperaba así que la Iglesia iba a tener una postura que —al menos a través de símbolos patrios-religiosos— sancionara la identificación entre "nación" y "FF.AA." Esto explica la indignación y agresividad de la dictadura frente a una Iglesia que reaccionó de manera distinta y partió de otras premisas sobre el cristianismo y sus valores. La defensa de los derechos humanos aparecía así como una "traición" a la patria y como signo de que la misma Iglesia estaba infiltrada.

Sin embargo, el camino que recurrió la Iglesia para asumir con firmeza la defensa de los derechos humanos no fue del todo rectilíneo. En un comienzo, la jerarquía tendió a ver el golpe como un desenlace inevitable de la crisis política que vivía el país, y durante los primeros meses predominó la visión de que los atropellos a los derechos humanos eran "excesos", frente a los que había que actuar humanitariamente defendiendo los "casos" individuales. Pronto, sin embargo, la Iglesia (en este caso: los obispos) se dieron cuenta de que las violaciones a los derechos humanos constituían prácticas propias del sistema que se estaba implantando, a las que la dictadura no iba a renunciar. Al mismo tiempo, se fue haciendo claro que la dictadura no tenía un carácter "transitorio", sino que quería implantar un nuevo tipo de Estado. La

crítica a la dictadura se hizo más clara y la defensa de los derechos humanos se comenzó a realizar a través de prácticas organizadas e institucionalizadas (especialmente la "Vicaría de la Solidaridad"). Resulta interesante subrayar, sin embargo, que esta acción de defensa de los derechos humanos no se limitó solamente a la jerarquía, sino que involucró a múltiples actores cristianos: sacerdotes y religiosas, comunidades cristianas, un laicado "profesional" que comprometió sus capacidades jurídicas, médicas o pedagógicas en esta acción.

A través de la defensa de los derechos humanos, la Iglesia fue configurando una nueva relación con el Estado autoritario. Una relación que ante todo era de crítica y que buscaba poner límites a la desmedida pretensión de poder de este Estado. Pero también, una relación en la que no faltaban los puntos de contacto y los esfuerzos por tender puentes. La relación con el Estado era así extremadamente tensionada. Aun en los momentos más difíciles (por ejemplo, el asesinato del Padre A. Jarlan) y en circunstancias en que importantes sectores de Iglesia pedían un claro gesto de ruptura, se mantuvieron las relaciones con el Estado. No era fácil abandonar un esquema "ideal" de cooperación de Iglesia y Estado.

DERECHOS HUMANOS Y SOLIDARIDAD

Así como la represión violaba brutalmente los derechos humanos de las personas, las políticas económicas de la dictadura violaban masivamente los derechos humanos de grandes sectores sociales, especialmente de los sectores populares. Las políticas de "shock", los "ajustes estructurales", las "modernizaciones" y otras políticas orientadas a "sanear" la economía, a lo que se sumó la crisis de la deuda, produjeron un profundo y rápido empobrecimiento de importantes sectores populares. Se habló en esos años del "costo social" de este saneamiento de la economía. Este "costo" no era otra cosa que la violación de derechos humanos básicos de carácter social y económico. El primero y más fundamental de estos derechos es el derecho al trabajo. No hay que olvidar que, en ciertos momentos, la tasa de cesantía oficialmente reconocida por el gobierno superaba al 30 por

ciento y que eso se concentraba más aún en los sectores populares. Pero también estaban siendo atropellados los derechos a la salud, la educación, la vivienda y a organizarse.

En este terreno, el concepto que se acuñó desde las prácticas de la Iglesia fue el de "solidaridad". Nuevamente se trata de un terreno en el que no sólo hay declaraciones de los obispos, sino prácticas organizadas de solidaridad, en las que intervinieron diversos actores.

Para un actor importante de la Iglesia, las comunidades de base populares, el compromiso con las prácticas de solidaridad tuvo profundas consecuencias. Las comunidades de transformaron en un actor popular poblacional (y no sólo "eclesial") y en un espacio en el que se reconstruían prácticas y organizaciones populares, que sin ese espacio habrían sido imposibles. Decíamos que la acción de la Iglesia en su confrontación crítica con la violación de derechos humanos tuvo una indudable "dimensión política", en el sentido de re-animar a un pueblo que estaba siendo violentado. Y en la combinación de ambos niveles, vale decir, en el distanciamiento crítico frente al Estado y en la animación de prácticas y organizaciones populares, se estaban poniendo las bases para un nuevo papel de la Iglesia en la política o, si se quiere, para una nueva "teología política". Se delineaba no como un "poder" que ofrece legitimaciones religiosas a otro poder, a un poder de determinadas estructuras políticas, sino como impulso a las prácticas libertarias y solidarias. Al mismo tiempo, se establecía criterios éticos fundamentales del quehacer político que señalan que en la política no sólo están en juego intereses, estrategias, conflictos o consensos, sino también algo más profundo que dice relación con la afirmación de la vida, especialmente allí donde ella está amenazada o disminuida por la violencia y las exclusiones; y con la afirmación de la dignidad de cada persona humana.

INVOLUCION CONSERVADORA DE LA IGLESIA

140

Como se sabe, todo ello ha quedado como un desarrollo embrionario y promisorio que se fue

enredando y ahogando a medida que se producían cambios profundos en la correlación de fuerzas al interior de la Iglesia y que, por otra parte, cambiaban también vertiginosamente los escenarios políticos del país.

Antes de referirme muy brevemente a las relaciones entre Iglesia y política que se configuran a partir de estos cambios, quisiera hacer alusión a un aspecto que me parece relevante respecto a la situación actual del país. No cabe duda de que el país ha experimentado un proceso de modernización bastante profundo. No sólo la economía, sino también el Estado, la política y la cultura se han modernizado de alguna manera. Pero, al mismo tiempo, es claro que el sentido de estas modernizaciones es estrecho, reducido casi exclusivamente a la eficiencia económica del mercado, a la eficiencia de nuevas tecnologías y a la diferenciación creciente de esferas de acción. Queda en las sombras, en cambio, el hecho de que la modernización en buena medida ha sido posible sobre la base de las violaciones a los derechos humanos que hizo el gobierno militar. Eso es claro respecto a la economía, cuya modernización se realizó sobre la base de políticas con un alto "costo social" y de una represión implacable a las organizaciones de trabajadores y pobladores. Pero también se puede sospechar que la forma "moderna" que asume la política en Chile está muy relacionada a una institucionalidad o a un "orden" que emergió de la violación de los derechos humanos. Así como se pueden analizar las fragilidades económicas del modelo chileno o las fragilidades políticas de su democracia, se podría pensar que ésta es su fragilidad ética. ¿No tiene que ver esto con la apatía y el desencanto actual que hoy se observa en muchos sectores populares?

Frente a esto, la Iglesia muestra una creciente despreocupación. Es cierto que ha seguido proponiendo una "reconciliación" que debe hacerse sobre la base de la verdad y la justicia. Pero su voz se ha hecho notablemente menos enérgica y han desaparecido casi por completo las perspectivas concretas y críticas. Y, por otra parte, lo que preocupa más a los sectores conservadores de la Iglesia—que han incrementado enormemente su peso—es que la modernización de la cultura pueda desbordarse

en secularismo, excesos de libertad y permisividad.

Esta nueva situación es el resultado de cambios bastantes dramáticos en la Iglesia. En ese sentido, no es la misma Iglesia la que hace diez años luchaba por los derechos humanos y hoy lucha contra las campañas de prevención del SIDA. Con el nombramiento de Monseñor Fresno como Arzobispo de Santiago se iniciaron hace diez años en Chile los cambios que se estaban implementando para toda la Iglesia Católica desde Roma a partir de la elección del Papa Juan Pablo II. Analizar la envergadura, el sentido y las formas de esos cambios rebasaría completamente los límites de esta ponencia. Sólo quisiera señalar algunos aspectos.

Esos cambios han sido producidos fundamentalmente desde Roma, es decir, desde fuera de América Latina, y se han apoyado en sectores conservadores de las Iglesias latinoamericanas, en las vacilaciones e inseguridades de algunos sectores progresistas y en el reforzamiento de las estructuras de autoridad en la Iglesia. Los cambios se han orientado en América Latina (pues en Europa, África o EE.UU. los acentos han sido diferentes) a dismantelar (comunidades) y el compromiso con los derechos humanos. Otros actores y temas emergen como prioridad.

La dimensión política en esta nueva situación aún no está clara. Por una parte, sectores de la jerarquía intentan reestablecer relaciones con un Estado en el cual tanto en el gobierno como en el Parlamento hay connotados católicos progresistas. Hay muchos elementos que permiten pensar en una vuelta a las relaciones de mutua independencia y cooperación entre Iglesia y Estado que hubo antes de la dictadura militar.

Por otra parte, así como bajó radicalmente el perfil de la defensa de los derechos humanos (has-

ta terminar rápidamente con la Vicaría de la Solidaridad), así también se produce una notoria retirada de la Iglesia del campo social popular. Las comunidades son tensionadas fuertemente en el sentido de hacerse grupos exclusivamente religiosos y subordinarse a las líneas de pastoral sacramental o misionera de las parroquias. Esto ha producido un clima de fuerte desorientación tanto en las comunidades como en otras organizaciones que tenían contacto con la Iglesia.

Por último, aparecen señales que estarían apuntando a que no se trata simplemente de una "vuelta atrás" en la relación Iglesia y política, sino de una postura mucho más agresiva de los sectores conservadores que buscarían afianzar el carácter "católico" del país y un rol de tutelaje de la Iglesia sobre su cultura.

¿Es Chile un país católico? Si retomamos esta pregunta respecto a la política, la respuesta se fragmenta en imágenes divergentes de los últimos diez años:

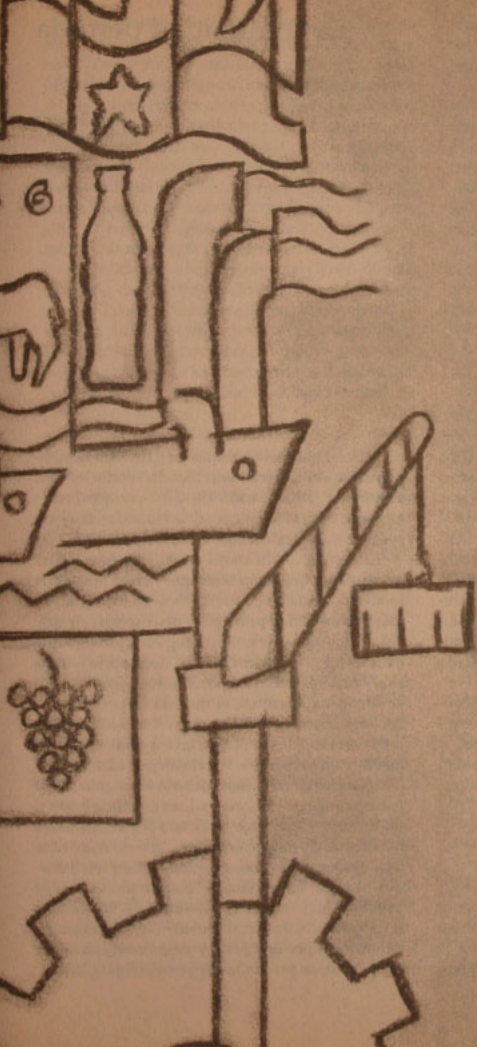
El 4 de septiembre de 1984 una multitud fundamentalmente de pobladores pobres acompaña el féretro del padre André Jarlan que ha sido asesinado durante una protesta, desde la población La Victoria hasta la Catedral de Santiago.

En abril de 1987 multitudes salen a la calle a aclamar al Papa que visita Chile y esa muchedumbre aprovecha los espacios públicos que abre la Iglesia para gritar: ¡"Libertad"!

El 21 de marzo de 1993 Teresita de los Andes es canonizada en Roma. A la ceremonia asistió una "delegación oficial" en la que están el presidente del Senado, el presidente de la Cámara de Diputados y varios ministros de Estado. Unos días después, el Presidente de la República hablará al país sobre el significado de este hecho.



LOS GRUPOS MEDIOS



José Bengoa
SUR Profesionales

La modernidad aparece hoy en día ante nuestros asombrados ojos como la nueva promesa, el nuevo deseo colectivo, el paraíso por conquistar. Es una promesa ambigua, que no acepta ser sometida al rigor de la razón. Como todo producto de publicidad, conduce a imaginarios oníricos llenos de sensualidad, remueve las insatisfacciones privadas y colectivas, actúa catapultando nuestro gris presente a un futuro no definible, pero deseado. La modernidad es una meta no alcanzable, por definición. Su éxito reside en la provocación de un estado colectivo de ansiedad.

En este estado, los chilenos podemos encontrarlos solos en la plaza del mercado, sin identidad, con las manos llenas de objetos y sin saber cómo emplearlos. La búsqueda de la comunidad perdida puede comenzar a transformarse en nuestra nueva pesadilla.

LA NOSTALGIA RURAL

Es una paradoja. A pesar de ello, es un elemento central en la cultura chilena. En este país, en su cultura e identidad, en el inconsciente colectivo, la ruralidad tiene una importancia central. La histo-

ria social, la historia cultural de Chile, no es comprensible sin la ruralidad. Siendo —como es bien sabido— la urbanización de Chile un fenómeno bastante temprano y general, la ruralidad tiene un peso cultural desmedido. Esa es la paradoja.

Esta primera afirmación puede parecer obscura a quienes quisieran creer que ya nadamos en la modernidad de los posmodernos. La identidad de este país ha estado principal y casi exclusivamente basada en un modelo cultural global proveniente de la antigua experiencia rural de la sociedad. La ruralidad, verdadera o aparente, ha sido el modelo de identidad nacional, el modelo de convivencia nacional, el modelo valórico, que ha unido, que ha interpretado a los chilenos, en especial a su clase media y obviamente a sus clases populares.

La sociabilidad chilena urbana se ha guiado por pautas rurales tradicionales. Esto es válido hasta el día de hoy, no ha sido modificado por los sucesivos intentos de las modernizaciones. El trato entre ricos y pobres, entre patrones e inquilinos, después llamados obreros, empleados o "colaboradores", sigue teniendo una impronta premoderna, lejana a la igualdad ciudadana, rural en su esencia, paternalista por una parte y despreciativa a la vez del pueblo, de profunda raigambre oligárquica.

Si se observan y estudian los modelos existentes de cultura urbana, nos daremos cuenta de que no existen o son embrionarios y efímeros. Se ha discutido largamente en la historiografía nacional si ha existido cultura obrera. No podemos menos que llegar a la conclusión, hoy día, de que ésta fue muy superficial. ¿Qué otra cosa es Humberstone sino una gran hacienda trasladada en forma monstruosa al desierto? ¿Se ha suprimido acaso en Chile la servidumbre, como ocurrió en Europa y Estados Unidos hace ya siglos o décadas? No podemos menos que afirmar la prevalencia de modelos de interrelacionarse socialmente que vienen de una situación de ruralidad. Estos se superponen de modo sutil a las modernizaciones aparentes, reducidas al uso de objetos, pero que no han calado hondo en las relaciones más profundas de la sociabilidad chilena, de los mecanismos de identidad societal, en fin, de los sistemas estructurales de producción cultural.

A diferencia de Argentina, que está tan cerca, y de otros países que han logrado levantar una "cultura ciudadana", es decir, de la gente que vive en las ciudades, en Chile no se ha dado ese paso. Más aún, el chileno de clase media observa la cultura de masas argentina y la desprecia por "plebeya". Ve en la democratización de las relaciones sociales una falta de respeto, una pérdida de calidad oligárquica, una identidad "chabacana". Al imaginario "patricio" del criollo chileno le repugna la realidad "plebeya" del ciudadano, del "*sans culotte*", del "roto venido a pije", del "medio pelo", del "siútico", que con singular desparpajo, seguridad en sí mismo y en voz alta, opina acerca de cualquier materia, teniendo apenas un barniz de "alta cultura". Los plebeyos se entrometen en los laberintos del saber culto, lo que resulta insostenible para la cultura oligárquica urbana del chileno de clase media.

Se puede afirmar, a modo de hipótesis de trabajo, que en Chile no se constituyó nunca, ni se ha constituido, una "cultura ciudadana". En este país, la cultura es una cultura que se desarrolla en la ciudad, pero que intenta —con una fuerte carga de nostalgia y añoranza— reproducir un pasado mítico rural, que muchas veces incluso no existió. Es un pasado imaginario, tanto el de las clases altas —los

Huasos Quincheros— como el de las clases populares —las chinganas y el tiempo feliz del vagabundaje libre por los campos y enramadas—.

Esta cultura urbana nostálgica de una ruralidad perdida en la lejanía de los tiempos, mitad del siglo pasado quizá, puede verse reproducida y repetida al absurdo en los niveles de la cultura cotidiana y de identidad del país. La ciudad se aferra a ese pasado mítico, mitológico, a falta de una identidad propia que la caracterice, le especifique, le otorgue algún grado de certeza.

Frente a la soledad urbana, se rememora con nostalgia la comunidad que nunca existió, el campo abandonado ya por décadas; como decía Heiremans, el mito "del sur", el tiempo de las "vacas gordas", cuando se comía grandes asados al palo, cuando los panes eran tan grandes que se les decía "galletas".

Los fenómenos migratorios sin duda tienen que ver con este proceso de instalación persistente de la cultura rural en la ciudad. Estos procesos están relacionados con las maneras como se han ido constituyendo las clases sociales en Chile.

La comunidad, la nostalgia de la comunidad, más bien, es el fundamento de la cultura urbana chilena, es el eje de la identidad no modernizada, es el sustrato que establece las seguridades, los procesos de estabilidad y también los fenómenos de incertidumbre que cada cierto tiempo nos afligen.

LAS TRIBUS DE CLASE MEDIA

Por definición, las clases medias son las clases más urbanas posibles, se desarrollan en las ciudades. En buena medida en nuestro país, y en este siglo, la cultura predominante ha sido y es la cultura de clase media. Nos podemos legítimamente preguntar por qué esas clases medias no han desarrollado una cultura netamente urbana, de ciudadanos.

Uno podría decir que las clases medias han tenido tres grandes orígenes, o que los chilenos de clase media provenimos de tres grandes tribus.

La primera tribu surgió de los procesos de descomposición y diferenciación del antiguo artesanado principalmente, y de los grupos me-

dios del siglo pasado. Por ejemplo, los funcionarios de compañías extranjeras, los profesionales de los ferrocarriles, y numerosos otros sectores de raigambre netamente urbana que existen en el país desde muy antiguo.

Una investigación más acuciosa nos podría llevar a indagar si en este sector se desarrolló algún grado de cultura e identidad ciudadana propiamente tal. Los artesanos del siglo pasado, ¿lograron construir un espacio de identidad suficiente como para iniciar un proceso de construcción cultural? No pareciera haber ocurrido. Pareciera más bien que su destrucción y pauperización nos condujo a fundirse con el proletariado naciente del país, los obreros, los trabajadores, la militancia del Partido Demócrata de fines del siglo, del que surgen las tendencias socialistas.

La segunda tribu, la más estudiada, es la proveniente de las migraciones extranjeras. Han sido las grandes formadoras de una clase media que aparecía casi prototípica en el país. La tribu inglesa, quizá la primera en Valparaíso, y luego la italiana, la palestina, la española de comienzos de este siglo, la alemana del sur, la yugoslava de Punta Arenas y Antofagasta e Iquique y luego expandida por el territorio, y varias más, que se juntaban en clubes y hoy rememoran algunas olvidadas efemérides.

Esta clase media de origen inmigrante europeo es la que, según dicen algunos, le otorga al país el carácter occidental, alejado de lo indígena mestizo. Es la característica que diferenciaría al país del resto de América Latina. La clase media de origen migratorio es lo que haría al país parecerse a Uruguay y Argentina, al cono sur blanco de América Latina.

Desde la perspectiva que estamos tratando, sería muy interesante analizar la propensión oligárquica de estas clases medias migrantes. El hecho de venir de Europa, de traer una cierta cultura considerada positivamente por las clases altas chilenas, le permitió intentar ascender socialmente. Los ex campesinos alemanes, italianos, españoles, y para que decir los ex marineros y comerciantes ingleses, pasados unos pocos años de su arribo, una generación apenas en la mayor parte de los casos, no reconocieron su pasado, lo mitificaron y a veces incluso lo "blasonaron". Su

necesidad de conquistar el "Nuevo Mundo", los llevó, quizá, a fundirse en los valores dominantes, aquellos de las clases y sectores dominantes de la sociedad chilena.

Estas oleadas migratorias no fueron del tamaño suficiente para constituir por sí mismas un sector autónomo, recrear una cultura como en las grandes ciudades norteamericanas, y, por tanto, buscaron estrategias adaptativas. Se confundieron muchas veces con los ricos del país, trataron de casarse con sus hijas, miraron a los pobres con desdén, a lo más con paternalismo o demagogia, como los afamados primeros Alessandri. Le pusieron —al decir de Ricardo Donoso— las gotas mediterráneas a la política nacional, dominada por vascos y de adusto ceño. Podríamos decir lo mismo de muchos otros apellidos ilustres que hoy llenan la vida pública nacional. Se apoyaron en el pueblo para ser aceptados por los que habían llegado anteriormente. Se adaptaron al uso de la tierra.

La tercera gran tribu es la formada en las provincias, la mesocracia de las migraciones rurales.

El gran período de formación de la clase media, de las clases medias, fue las últimas dos décadas del siglo pasado y los primeros cuarenta años de este siglo. En ese período, las clases medias emergentes jugaron un papel central en la vida cultural, social, económica y política de Chile. Aníbal Pinto ha señalado con razón ese período como el tiempo "mesocrático".

Son tribus diferentes de acuerdo a su modo de pensar, actuar, ponerse la corbata, provenir de determinados colegios, aspirar a determinadas conquistas, o simplemente etnias mesocráticas diferenciadas por la pronunciación de las eses. Cada estrato o substrato tiene su propia historia. Se debería estudiar su origen para explicar con un poco más de detalle por qué las clases medias y sus diversos segmentos se comportan de una manera específica. Esta "etnografía" de las clases medias permitiría entender con mayor precisión, por qué en el siglo veinte estos sectores han jugado un papel tan determinante en la política y en la cultura, llegando a ser el modelo de comportamiento deseado de casi la totalidad de la sociedad chilena.

LAS TRIBUS DE PROVINCIA

Nos ubicamos temporalmente en el comienzo de este gran período de formación de las clases medias. En las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras de este siglo.

El fin del ciclo triguero en la agricultura del siglo pasado provocó una ruptura profunda en las clases agrícolas provinciales, y sobre todo significó el inicio del descenso social de un tipo de medianos propietarios que, a partir de ese momento, se transformaron en un sector empobrecido de las sociedades de provincia, con el antiguo recuerdo de "pasados esplendores" y con la ideología y cultura de propietarios "venidos a menos", como decía el poeta Pablo de Rokha.

En el caso de la costa de Talca, zona central del país, este proceso fue característico.

Constitución había llegado a tener una situación floreciente. Las exportaciones del trigo del Maule se hicieron por ese puerto durante décadas. Los barcos recorrían el río Maule con los productos de exportación. Las barcasas o "lanchas maulinas" llegaban cargadas de granos hasta California. Vino el fin del ciclo triguero.

En ese ambiente de crisis, de cierre de las "casas comerciales" que tenían su sede en Constitución, de traslado a la "capital", surgieron numerosos grupos identificados con la emergente clase media. Muchos de sus integrantes se ligaron al radicalismo y a la masonería, agrupación religioso-social que tendrá la mayor importancia en la formación de las clases medias laicas y en la constitución de una cultura mesocrática en el siglo veinte.

Otro caso, donde hay alguna evidencia acerca de los procesos ocurridos a finales del siglo pasado, es Chillán. Chillán ha sido y es una gran fuente productora de clase media. Con la crisis del trigo, se produjo en Chillán una suerte de convulsión social tremenda. La crisis triguera provocó un cambio en la propiedad de la tierra.

En la década de los ochenta del siglo pasado, estas tierras de segunda calidad, las vides de pobres rendimientos y en general una agricultura menos favorecida que la de más al norte, comenzó a hacer crisis. En esos años mucha gente perdió sus propiedades. Otros, mediante negocios, compras,

astucia, agruparon tierras. Los inquilinos, los trabajadores de las haciendas, los pequeños propietarios que van perdiendo sus tierras o sus pertenencias, inician una larga marcha hacia el sur. Van a la Araucanía.

La colonización del sur será una salida para los "venidos a menos" de Chillán. Otros, muchos, viajarán a Santiago. Traerán consigo la música, el habla de la tierra, los gustos sabrosos de las comidas. Chillán es el "*cordon bleu*" de la cocina criolla. Allí, en el mercado, afamado centro gastronómico popular nacional, concurren como de los cuatro puntos cardinales las mejores viandas de la tierra y el mar. El tren de la costa, ramal que comunicaba a Chillán con Tomé y Concepción, podía traer los pescados más frescos, que se mezclaban con las especies de tierra adentro.

Chillán es también el centro de la picardía nacional. Tomás Lagos escribía en alguno de sus innumerables relatos históricos que allí se juntaba la mano de obra "temporera" de la época. Era el lugar de enganche de los segadores. Sus "pintas" al parecer eran maravillosas: grandes sombreros, polainas, cueros de animales que les protegían pantorrillas y antebrazos, morrales del tamaño de un baúl donde llevaban sus monos, cacerolas, sartenes y vidas. En esa plaza del mercado, que hasta hoy se conserva, se juntaban a jugar al naípe en partidas interminables que sólo se suspendían con los enganches de los fundos. En esas "briscas rematadas", al calor de pipeños de Cayumanqui, fue surgiendo la picardía que hoy Parra, don Nicanor, pone en medio de la cultura chilena, uniéndolo al desenfado posmodernista con el aguzado ingenio de los peones de fines del novecientos. Los Parra, honra de nuestra cultura, son los expresivos embajadores de esa tribu clasemediera chillaneja, heredera de las peonadas, de los inquilinos mayores o menores, de a caballo o de a pie, como cuenta en sus décimas autobiográficas doña Violeta.

Del Chillán descampesinizado surgió una de las grandes tribus nacionales. Es una tribu que perdió mucho, que en la crisis dejó sus tierras, sus animales, sus campos, sus querencias. La nostalgia la invadió por generaciones. Inauguró y mantuvo la cultura nostálgica del campo en las ciudades. En buena medida, ha sido la causante de la manu-

tencción de esta identidad perdida.

Algún día entenderemos el mestizaje rural que se fue formando en largos depósitos en el seco costero, en los valles internos, en esa mitad del país, en esas provincias del sur agrícola. Entenderemos el Parral de Neruda, el Chillán de la Violeta, Nicanor y don Roberto; el Licanén de De Rokha y, por qué no decirlo, también el Chanco de los Pinochet.

En estas tribus germina con fertilidad el estatismo. Son tribus, como se ve, surgidas de diversas crisis. Buscarán en el Estado el protector contra los males y el desamparo. Se apoyarán en el pueblo para defenderse a sí mismas, para "subir", "trepar", como Martín Rivas, prototipo de provinciano visto con la lupa oligarquizante, afrancesada y despreciativa de Blest Gana.

Aquí esta la explicación, posiblemente, de por qué estas clases medias, también, fueron principalmente laicas. Son producto de la dominación católica hacendal. La clase media que viene del campo es la que inaugura en nuestro país el verdadero laicismo. Es un laicismo militante. Atrás dejaron el latifundio católico al que, a fin de cuentas, perciben como el culpable de su situación de "venidos a menos". Se juntan en las ciudades en "logias", como lo han hecho todos los migrantes. No llegaron a constituir "mafias", gracias a Dios, pero algunos partidos políticos mesocráticos podrían soportar una lectura semejante.

Es evidente que, en tercer lugar, además de estadistas y laicas, son proeducacionistas. Allí reside su pasaporte para la entrada a la ciudad. Sin educación no son nada. Muy tempranamente unen su raigambre antigua, su prosapia venida a menos, con la cultura. Se adueñan de la cultura ante la mirada boba de la oligarquía que creía que sabía todos los nombres de los pintores de París. Ya en las primeras décadas del siglo son la clase culta. La generación del 27, los estudiantes fundadores de la FECH, casi todos ellos son migrantes o de provincia o del exterior. De María, Neruda, Gómez Rojas y tantos otros, inauguran el modelo intelectual del país, la propiedad mesocrática de la cultura y la educación como única vía cierta de ascenso social.

LA COMUNIDAD RECUPERADA

La clase media recuperó la comunidad perdida a través de la política. Formó centros de reuniones donde se rememoraban los grandes asados de la ruralidad. Estos se llamaron, entre otros, clubes radicales. Allí se fue recuperando la comunidad rural a través de un circuito de amistades reproducidas en el ámbito urbano. Las costumbres no cambiaron, más bien se acrecentaron. El plebeyismo del comer y beber, de agruparse tras nuevos caciquismos; las clientelas políticas reconstruidas en la ciudad, rememoran el tipo de convivencia dejada atrás o quizá, incluso, reinventan un tipo de sociabilidad rural que tampoco nunca existió o a la que los migrantes quizá nunca tuvieron acceso.

La clase media reprodujo en la ciudad la casa grande, las empleadas y nanas, el jardinero, la visita a las tías y abuelas —si es que vivían aparte—, el respeto por el dueño de casa, patrón, hombre, que sale a trabajar y vuelve esperando que todas las cosas estén en orden.

El carácter nacional afable, la costumbre acogedora del chileno que siempre se dice que impresionan al extranjero, la llamada convivencia nacional y una serie de otros valores abstractos, tienen que ver con esta migración de lo rural a lo urbano. Es su elemento positivo.

La modernización industrialista desde los treinta a los setenta, combinó estos dos aspectos. Por una parte, el intento de transformación en las fuerzas de la producción; y, por otra, la manutención de la comunidad, de sus valores tradicionales al nivel de la convivencia, del saber vivir, de los asuntos básicos de la vida.

Pablo de Rokha, entre otros, pero de manera muy excelente, trató de construir esta síntesis entre lo rural y lo urbano, lo tradicional de su Licanén de infancia y la apertura hacia el mundo externo, el necesario universalismo de la modernidad.

Afirmo y reitero que las cosas estimulan, condicionan, determinan el ser interno, las ideas, los sentimientos, me estoy diciendo al recordar la casa antigua y solar de mis abuelos en el Licanén de 1901. Porque, ¿acaso ese afán poderoso de orden y arquitectura, de orden como cuadrado,

soberbio, tranquilo, pastoral o aldeano, licanterino, provinciano, que me trabaja la materia del espíritu, no emprende la total carrera desde el vértice de la gran propiedad de Clase Media de los antepasados de aquel villorrio, por el cual se paseó la locura melancólica y pasional de don Juan de Dios Alvarado. . . ? El corredor miraba a la ribera, rosado y enladrillado, todo río. Los diez pilares eran diez jardines y diez racimos . . . adentro estaba encuadrada de corredores interiores, caían los tejados sobre los naranjos del patio, en el cual lloraban las violetas y desde el cual se veían las tumbas de las generaciones en el faldeo y el peral florido de Ordóñez, el panteonero.

. . . pues bien, todo lo anterior, íntegro y dramático, y todo lo mío como un proceso rojo que se desarrolla en la historia, empujado por el ímpetu cíclico, recaía en la figura crucificada de don Juan de Dios Alvarado. . . era la configuración patética de la locura, crisis licanterina, el agua fuerte de los venidos amenos y los oportunistas de la clase media.

Es la historia de toda una gran familia, de todos los licanterinos, de todos los venidos a menos, de los que tratan de recuperar la nostalgia en la ciudad, reconstruir lo irreconstruible, la comunidad perdida.

EL PRESENTE INCIERTO

¿Cuál es el orden y la arquitectura, podríamos preguntarnos con De Rokha? ¿Donde está ese orden cuadrado, soberbio, tranquilo, pastoral y aldeano? ¿Qué otra cosa es la cultura, sino el saber de manera inmanente lo que es bello y lo que no lo es? ¿Qué cosa es la identidad, sino esa capacidad de conocer de una mirada lo que es de uno, nuestro, y lo que no lo es, que es ajeno, extraño, extranjero, de fuera de la comunidad y de la tribu?

Podríamos agregar, ¿acaso no nos reconocemos en esos paisajes, en esos pasillos, en esos espacios, en esos olores, en ese sueño perdido de ver desde la ventana las tumbas de nuestros padres y abuelos?

La ruptura comenzó hace años. La generación del treinta trató de construir esa síntesis en la

poesía, en la pintura, en la política, en todas las manifestaciones del arte, de la cultura y de la vida. Sería largo ir las detallando una a una; el lector cuidadoso le encontrará nombre a cada una de las cosas. La Mistral trató de unir Vicuña y Paihuano con el mundo, Neruda sus paisajes con la esperanza revolucionaria y universalista de la humanidad, Venturelli pintó a los pobres de esta tierra como si fueran caminantes de la Gran Marcha, Donoso ha hecho de un pueblito de camioneros y prostíbulos cerca de Talca un "lugar sin límites". En política hubo muchos que trataron de unir las ideas del mundo con las empanadas y el vino tinto.

La gran cultura democrática de este siglo es de clase media, es mesocrática. Es un intento, parcialmente exitoso y también frustrado, de dar contenido a la nostalgia rural. De universalizar la comunidad perdida.

De una u otra forma, el autoritarismo de los últimos veinte años fue una extensión, impropia quizá, de esta fusión, en la que se ha debatido nuestra identidad nacional. Fue la variante autoritaria de la fusión rural urbana. Porque la base rural de nuestra cultura es también autoritaria. Se levantó sobre la base de la dominación más brutal, primero sobre el indio, después sobre el campesino, sobre la mujer, sobre la naturaleza también, sobre la peonada, sobre los obreros, los rotos. Es una identidad en que la fuerza no está ausente. Ese oscuro lado de la cultura se reprodujo en las ciudades, en el sistema político, en el poder urbano. No fue reemplazada por una democracia ciudadana de personas educadas, de gente delicada, de una intelectualidad afinada. Los límites estaban en la sobrevivencia de la comunidad y sus tribus. El peligro de desatar la guerra de todos contra todos. El caos hobbesiano. Eso fue lo que ocurrió. Las tribus no se soportaron más y la comunidad, con sus códigos de conducta básicos, se fracturó.

¿Cuál es la base de reconstrucción de esta comunidad? La hegemonía actual de los principios democráticos impide la reiteración del ethos comunitario en el contexto de la autoridad, del caciquismo, de la política entendida como juego de poderes ocultos, logias de migrantes venidos recientemente del extranjero o del campo. La gente joven ha nacido en la ciudad de sus padres y no

tiene recuerdos ni resonancias rurales.

La cultura de la comunidad recuperada tampoco es hoy ni paradigma ni modelo. De Rokha invitando a sus amigos en la azotea de su edificio santiaguino a comer "prietas" de Chillán, no es una imagen siquiera decente para las generaciones que buscan una cultura ciudadana. La comunidad no se va a reencontrar en las imágenes rurales trasplantadas.

Ha habido un intento serio en estos años de reparación de las fracturas por la vía de la reconciliación. *Ha sido el intento de rearticular la comunidad* en los principios que supuestamente le otorgaron sentido y razón. Pero esta solidaridad básica no es suficiente por sí sola, no es capaz de dar sentido a las acciones.

Frente a la reconstrucción de la cultura de la comunidad que busca una parte de la población, se impone la razón instrumental, la lógica pragmática, el valor del mercado, la competencia, la racionalidad de las cosas, principalmente de las cosas llamadas modernas.

La ausencia de identidad, la ausencia de comunidad, la ausencia de pertenencia, puede ser el peor mal de esta tierra. La modernidad, una vez más, puede llegar a ser un fantasma inasible, un futuro de frustración. Los aprendices de brujos de hoy pueden ver destruidas sus propias fantasías.

La reconstrucción de la comunidad pareciera ser la tarea de los intelectuales en los próximos años.

LA CULTURA AUSENTE

No logro observar demasiados resultados o respuestas por el lado de la publicidad, de las comunicaciones, de la multitud posmodernista, llena de claves herméticas, de búsquedas marcadas por el elitismo, de decepción teórica y aceptación entusiasta de las reglas que le impone el mercado. Pareciera que allí se da el uno a uno de la modernización económica y la construcción cultural; es su equivalente. El ejemplo de los De Rokha, y de muchos otros, es diferente; allí predominaba la crítica. No eran el uno a uno de la Corfo, de la industrialización sustitutiva, de la maquinaria y la

tecnología, que conducirían al Chile de los años treinta al paraíso. Los que lo fueron, pasaron a la historia o se perdieron en ella, como corifeos del momento, productos deslavados del entusiasmo pasajero. No pareciera ser que quienes hacen de las exportaciones el modelo cultural puedan tener mucho éxito en esta empresa intelectual decisiva.

Es evidente, además, que el regreso a los valores tradicionales de la comunidad no sólo es imposible, sino absurdo. La violencia criticada, tanto a nivel público como privado, lo hace imposible de replicar. La intolerancia ideológica, religiosa o simplemente cultural, no se puede reeditar como base cultural. Los que desde un integrista tratan de hacerlo, no sacuden siquiera la epidermis de la juventud pensante. Más aún, la política como expresión comunitaria ha dejado de tener todo sentido. No es pensable en el Chile de hoy hacer de la política el centro de la vida social, de las comidas, de los clubes, de las logias, de la vida de las tribus. La política se ha modernizado sola, no ha necesitado siquiera que existan entes modernizadores. Frente al caciquismo, al clientelismo, a la maniobra astuta, como forma de vida, las masas votantes quizá aún reaccionan, pero no así la gente joven, los pensantes, que son cada vez más. Nadie se compromete con algún grado de convicción frente a una propuesta carente de todo sentido.

Quizá el desafío consista en retomar críticamente la tarea de los De Rokha. El gran proyecto que hace De Rokha, es tratar de urbanizar la cultura popular, la civilización de la chingana, la cultura rural; lanzarla a la universalidad, no negarla. Es también, a su manera, el proyecto nerudiano. Asumir el sensualismo de las culturas rurales, de las culturas populares, todo ese calor de la comunidad, la historia común, la solidaridad de la familia que en Valparaíso acoge al "Perseguido" del *Canto General*.

Se trataría de modernizar el afecto de la comunidad, sin perderlo. Qué otra cosa es la casa de Pablo Neruda en Isla Negra, sino un intento de Casa Hacienda, Casa de Campo mirando hacia afuera, hacia el mar, hacia la universalidad. Es la colección de los amigos, de las tribus de acá y de allá.

No es por casualidad que la más importante

figura que se les ha ocurrido a los novelistas chilenos, ha sido comparar al país con una casa de campo, con una casa grande, con la casa de los espíritus, la novela chilena más conocida en el mundo, la que hoy día identifica más al país, nos agrade o no. El mundo rural pena de una manera fantasmal.

A pesar de que a partir de los años treinta la urbanización es un hecho real, uno se pregunta, ¿dónde está esa cultura que da cuenta de esta urbanización? ¿que cultura es? La clase alta no tiene cultura. Hizo casas afrancesadas cuando se iba a Francia, hizo estilo Virginia al acercarse a Pedro de Valdivia y Providencia, y hoy al parecer reproduce lo que aparece en las revistas de paisajismo y ornamentación, en medio de prados ya diseñados hace años en las colinas de Los Angeles. Sólo copia. La copia, después de pasado el tiempo, se incorpora, por acostumbramiento, a la cultura. Se hace propia; pero se inició siendo copia. ¿Dónde está esa cultura? No ha estado en Huidobro. Ese fue el intento paralelo al nerudiano y rokhiano, la universalización de la cultura de la clase alta. ¿Qué fue? El formalismo. Al despojarse de la ruralidad, de la violencia de la clase alta agrícola, de su antepasado encomendero, Huidobro se queda en París, se pega a una cultura ciudadana por excelencia, la asume, la trata de importar sin éxito. ¿No le ocurre lo mismo a Matta? Ambos son los hijos pródigos de la comunidad, renuncian a la tribu. Es una opción.

En la imagen de la casa está quizá la clave. En el orden, en la arquitectura, en las líneas que deben señalar los pasillos del diario vivir. Ese es el desafío de este nuevo ciclo de la identidad perdida que se viene sobre el país y que ha profetizado Eduardo Devés. Es el desafío de la cultura, la reconstrucción de la comunidad. Recuperar el calor de la casa, de la seguridad de las líneas adustas y solemnes por todos conocidas y que nos parecen bellas. Abrirse a las más diversas aventuras del conocimiento en la negación de la copia. Hacer las cosas buscando el sentido oculto, usando la crítica, rompiendo el esquema simplista de la autoidentidad por la vía de la ansiedad.

La casa que dibuja Gonzalo Contreras es terrible, es la oposición a la amabilidad de la añorada casa de campo; expresa la ruptura de la comunidad, la ausencia de ese pueblo, anterior a los acontecimientos; el terror de la gente, los hijos infradotados, la derrota. Allí sólo hay una comunidad quebrada. Puede ser una imagen dura pero cierta de nuestra cultura.

El tema de los próximos años va a ser nuestra identidad. Será el desafío de un pequeño país que pretende abrirse al mundo, vender buena parte de lo que produce y es, comprar los artículos y bienes recién inventados, conectarse a los circuitos mundiales. Si en este intento no nos afirmamos en nuestra comunidad, no la reinventamos, no la modernizamos, difícilmente tendremos éxito en esta aventura extranjera. Nos perderemos en ella.

Leonardo Mazzei de Grazia
Universidad de Concepción

El tema de la inmigración europea en Chile estuvo por largo tiempo postergado en la atención de los historiadores y de otros científicos nacionales de las disciplinas sociales. Ello se debió en gran parte al hecho de no haber sido Chile un área de radicación importante en los movimientos migratorios salidos desde Europa, en el último cuarto del siglo pasado y primeras décadas del presente. Si bien se reconocía la relevancia que habían tenido los foráneos en el desenvolvimiento económico y en el desarrollo cultural del país, fueron historiadores extranjeros los primeros en ocuparse de esta temática en trabajos realizados en el marco de tesis doctorales.¹ Estos estudios contribuyeron a motivar a algunos investigadores nacionales a interesarse en este proceso, lo que se ha traducido en

proyectos de investigación, tesis, monografías, artículos de revistas y comunicaciones presentadas en simposios.

Sin embargo, aún no existe un sustento empírico suficiente, en la perspectiva de una interpretación del significado del proceso migratorio en la estructura social del país. Por ello, no puede prescindirse del acopio bibliográfico relativo a los países que recibieron un flujo masivo. El caso más cercano es el de Argentina. En la década de 1960 Gino Germani planteó allí su interpretación, ya clásica, sobre el impacto de la inmigración en el cambio social en el país. No obstante la oposición que puede suscitar la diferenciación dicotómica de la sociedad que ella plantea, resulta útil como marco referencial.²

Germani sostiene que, a partir de los mediados del siglo pasado, tuvo lugar en la sociedad trasandina una transformación fundamental, un tránsito desde una estructura vinculada a las formas tradicionales, a una sociedad moderna. El

* Este trabajo forma parte del proyecto Fondecyt 910568.

1. Destaca el voluminoso trabajo de Jean Pierre Blancpain, *Les allemands au Chili (1816-1945)* (Koln/Wein: Bohlau Verlag, 1974). Otro aporte sobre los alemanes es del de George Young, *Germans in Chile. Immigration and colonization* (N. York: Center for Migrations Studies, 1974). De Carl Solberg, *Immigration and nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914* (Austin: University of Texas Press, 1970).

2. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1965).

motor de esta transformación, verificada en cuanto a expansión económica, proceso de urbanización y modificación sustancial de la estructura social, en la que emergieron una clase media y el proletariado urbano, habría sido el inmigrante. En cambio, el elemento criollo representaba el tradicionalismo. El peso cuantitativo de los llegados (por más de sesenta años los extranjeros constituyeron alrededor de 70 por ciento en la capital del país) hizo que el aluvión migratorio arrastrara a toda la sociedad en el proceso modernizador.³

La inmigración formaba parte del proyecto de organización nacional a que aspiraba la élite decimonónica. "La obra de la organización nacional—postula Germani—sólo podía apoyarse en una renovación de la estructura social del país y, en particular, de su elemento dinámico principal, el elemento humano".⁴

Cabe preguntarse si en un país como Chile, que no recibió una inmigración masiva, ésta pudo haber tenido alguna incidencia en la estructura social, o si, por el contrario, dada su débil cuantía, los radicados sólo se "allegaron" a los estratos ya existentes o en proceso de formación, sin mayor repercusión. Desde luego, ese menguado número de inmigrantes no podía predominar en los emergentes sectores de clase media y proletariado, como sucedió en Argentina. En este aspecto, no hay parangón entre el proceso inmigratorio en uno y otro país.⁵

Sin embargo, tal como en Argentina, el fomento de la inmigración también formó parte del "proyecto de organización nacional" propiciado por la élite. "El celo de los hombres ilustrados—escribió Marcial González por 1848—debe proponerse, pues, llamar hacia la América la industria y el

comercio, las artes y los capitales, la civilización y las ideas europeas; pero estas cosas no podrán venir pronto sino con la emigración, con las colonias, porque una falange de emigrados pacíficos, de colonos laboriosos, trae en sus costumbres más civilización que los mejores libros, más riquezas que mil naves cargadas de manufacturas".⁶ Años más tarde, Vicuña Mackenna insistía en la necesidad de la inmigración "para civilizar a la bárbara América".⁷ Se trataba, pues, de "europeizar" a la población, utilizando la misma expresión que aplica Germani en referencia al proyecto de organización nacional en el caso argentino.⁸

El fomento inmigracionista en Chile tuvo su mayor expresión a mediados del siglo pasado, con la colonización alemana en las provincias de Valdivia y Llanquihue. Pero, no obstante la importancia que tuvo la radicación germana en la incorporación de esos territorios al progreso económico, las cifras de los llegados no eran cuantiosas, lo que resalta aun más el esfuerzo empresarial de esos colonos. Blancpain sostiene que la colonia de Llanquihue habría recibido de 1848 a 1878, entre 4.250 y 8.000 inmigrantes como cifras extremas, en tanto que Valdivia no habría retenido a más de unos 1.000.⁹ De acuerdo a las cifras del censo de 1865, el total de alemanes en la provincia de Llanquihue alcanzaba a 1.217, incluyendo en ellos 156 nacionalizados; ellos representaban más de 95 por ciento de todos los extranjeros allí radicados. Pero dentro del total de la población, que sumó 37.601 personas, significaban poco más de 3 por ciento. En la provincia de Valdivia los guarismos fueron los siguientes: 853 alemanes (de ellos, 72 nacionalizados); el número total extranjeros era de 990 (los alemanes representaban un 86 por ciento); la población total de la provincia sumó 22.519

3. Ibídem, cap. 7, "La inmigración masiva y su papel en la modernización del país", pp. 179-216.

4. Ibídem, p. 181.

5. Debe considerarse que el censo que registró el mayor número de europeos en Chile fue el de 1920, en que se computaron 72.225, en una población total de 3.731.573; vale decir, los europeos representaban aproximadamente sólo 2 por ciento. En cambio en Argentina, por 1914 los extranjeros sumaban 2.357.952, en una población total de 7.885.237 habitantes; esto es, un 30 por ciento. Las cifras para Argentina han sido tomadas de Solberg, op. cit., p. 36.

6. *La Europa y la América o la emigración europea en sus relaciones con el engrandecimiento de las repúblicas americanas* (Santiago: Imprenta del Progreso, 1848), p. 18.

7. *Bases del Informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la Comisión Especial nombrada con ese objeto y redactado por el Secretario de ella, don Benjamín Vicuña Mackenna* (Santiago, 1865), p. 23.

8. Op. cit., p. 181.

9. Jean Pierre Blancpain, *Los alemanes en Chile (1816-1945)* (Santiago: Editorial Universitaria, 1989), pp. 66-67.

personas, por lo que el porcentaje de alemanes alcanzó a cerca de 4 por ciento. Es decir, la presencia cuantitativa de los alemanes en esas provincias tuvo un peso relativo mayor que la de los europeos en el total del país, pero tampoco ella implicó una cantidad considerable.

En definitiva, aunque el Estado asumió una política de inmigración dirigida (tal fue el caso de la colonización alemana aludida), las desventajas naturales del país como área de radicación impidieron una afluencia masiva de extranjeros. Un país apartado en el extremo suroccidental de América y aislado entre la cordillera, el Cabo de Hornos, el Pacífico y el desierto del norte, ofrecía poco atractivo para aquellos que dejaban los países de origen en busca de mejores condiciones. Hacia fines del siglo, Balmaceda reimpulsó la política de inmigración dirigida por el Estado, dentro de su proyecto de modernización del país. Sólo en dos años, 1889 y 1890, la Agencia de Inmigración de Chile en Europa envió más de 20.000 inmigrantes, pero como ha anotado Baldomero Estrada, de éstos, "fueron también muchos los que regresaron a su país de origen o reemigraron a otro país".¹⁰ Al respecto resulta ilustrativa una nota informando del paso por Uspallata, en poco más de dos meses, de "no menos de 2.000 inmigrantes, entre los que iban algunos chilenos. Dos argentinos que acababan de llegar de Mendoza, nos dicen que han encontrado más de 400 inmigrantes, algunos de los cuales les dijeron que abandonaban nuestro país (óiganlo los interesados) porque se les había engañado asegurándoles nuestros agentes en Europa que ganarían aquí cuatro o cinco pesos diarios y no hallaron quien les diese más de un peso".¹¹

No todo era achacable al factor geográfico de la lejanía y el aislamiento. Tampoco existía un incentivo económico que justificara tan largo viaje. Si bien inicialmente el fomento de la inmigración

formó parte del proyecto de organización nacional y avanzando el tiempo teóricamente se mantuvo esa propensión, en la práctica el desarrollo capitalista en Chile no se interesó o no estuvo en condiciones de competir en la captación de la mano de obra internacional. En el caso chileno no caben las estimaciones que se han hecho en otras partes, en cuanto a lo que se ganaba en el país de origen y en el de llegada. De acuerdo a una de estas estimaciones, el salario mensual en Argentina era similar al que obtenía anualmente un trabajador agrícola del Mezzogiorno italiano.¹² Otra de ellas indica que por 1914 los gastos de alimentación significaban en torno a 25 por ciento del salario obrero medio en Argentina, 28 por ciento en Australia, 33 por ciento en Estados Unidos, en tanto que en España o en Italia este gasto implicaba un 60 por ciento aproximado del salario.¹³

Por el contrario, en Chile la élite dominante vio en la inmigración una posibilidad de atenuar el costo de los salarios. La inquietud por el costo de éstos se manifestó claramente a raíz del desarrollo del plan de obras públicas realizado por el gobierno de Balmaceda.¹⁴ Años más tarde, en el Congreso, el senador J. Elías Balmaceda recordaría que "cuando se iniciaron los trabajos de canalización del Mapocho y la construcción de numerosos ferrocarriles, se produjo, como en los momentos actuales, un alza considerable de los jornales. Pero a la llegada de los inmigrantes en número de 22.000, pudimos notar que el precio de los salarios se normalizó y que las obras iniciadas se hicieron sin contratiempo".¹⁵

En estas circunstancias, no podía existir la atracción del salario y era difícil que los llegados aceptaran una "proletarización" que poco o nada

10. "La política migratoria del gobierno de Balmaceda", en Luis Ortega, ed., *La Guerra Civil de 1891, 100 años hoy* (Santiago: Universidad de Santiago, 1993), p. 82.

11. "Cómo se nos van los inmigrantes", *El Sur*, Concepción, 9 en 1890 [sic] (reproducción de artículo de *El Heraldo* de Valparaíso).

12. Ercole Sori, "Las causas económicas de la emigración italiana entre los siglos XIX y XX", en Fernando Devoto & Gianfausto Rosoli, eds., *La inmigración italiana en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 1985), p. 36.

13. Magnus Mörner, *The story of migrants in Latin America. Adventurers and proletarians* (Paris: Unesco, 1985), p. 41.

14. Véase Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Santiago: Editorial Universitaria, 1969), pp. 109-112.

15. *Boletín de Sesiones Cámara de Senadores. Sesiones Extraordinarias*, año 1906. Sesión de 7 de noviembre, pp. 171-4.

variaría las condiciones que los habían impulsado a salir de sus países originarios. De este modo, los inmigrantes no iban a "allegarse" al proletariado nacional. Antes que eso, o no venían o abandonaba el país al poco tiempo de arribar, utilizándolo, algunos, como tránsito hacia otros destinos.

Desde una perspectiva global, la inmigración dirigida no podía obrar resultados fructíferos, porque unido a las razones de la lejanía y de las vacilaciones de la política inmigracionista, se produjo una discordancia entre el propósito de insertar a los inmigrantes en el proceso de expansión económica, por una parte, y, por la otra, su ubicación concreta en la estructura laboral en la forma de mano de obra.

Si bien la reanudación del fomento a la inmigración propiciada por el gobierno de Balmaceda coadyuvó a la formación de ciertos grupos foráneos en algunas áreas del país, en definitiva en la radicación de europeos en Chile prevaleció la inserción ajena a los proyectos dirigidos desde el Estado.¹⁶ Predominó, pues, la inmigración en cadena definida como el "movimiento por el cual los presuntos emigrantes se enteran de las oportunidades, son provistos de transporte y obtienen su inicial ubicación y empleo, por medio de relaciones sociales primarias con emigrantes anteriores".¹⁷ Esta forma de inmigración fue promovida por los inmigrantes que tuvieron experiencias exitosas; de otro modo, no habrían traído a ningún pariente o paisano.

El éxito quedó de manifiesto en el rápido encumbramiento al empresariado. Estimo representativo el caso de los italianos en Concepción. De acuerdo a los datos consignados en una Matrícula

de patentes de establecimientos comerciales e industriales, correspondientes al año 1893, de un total de treinta almacenes de abarrotes existentes en la ciudad de Concepción, once pertenecían a italianos; en proporción más de un 36 por ciento. Si consideramos que el grueso de los italianos había llegado entre los años 1889 y 1890, apreciamos que en menos de un lustro estos foráneos habían logrado acceso en una proporción relativamente importante a un rubro fundamental del comercio ciudadano, el de aprovisionamiento de alimentos y de otros enseres domésticos. A medida que el almacén esquinero se fue difundiendo en la vía urbana, la participación de los peninsulares se hizo más significativa. Así, en una Matrícula del año 1898 se inscribieron 44 negocios de abarrotes, de los cuales 24 correspondían a propietarios italianos, aproximadamente un 55 por ciento. En 1906 la Matrícula respectiva registró 54 establecimientos del tipo señalado y los de propietarios de origen italiano fueron 43, con un porcentaje de 80 por ciento.

Los datos de los censos de población revelan también la rápida incorporación de los inmigrantes al empresariado urbano. En el censo de 1895, en la provincia de Valparaíso 53 por ciento de los hombres activos italianos ejercía el comercio en calidad de propietario o socio de negocios; esta proporción fue de 46 por ciento en la provincia de Santiago y de 36 por ciento en la de Concepción, donde el proceso de radicación fue más tardío. Una situación similar se presentaba en el caso de los españoles: en el mismo censo, el porcentaje de los comerciantes alcanzó a 40 por ciento en Valparaíso; a 43 por ciento en Santiago y a 33 por ciento en Concepción. Estos porcentajes no incluyen a los extranjeros que participaban como empleados temporales en los establecimientos cuyos dueños eran parientes o connacionales; fue frecuente que estos dependientes, luego de un tiempo, en el que mediante sus ahorros reunían un capital, se independizaran estableciendo sus propios negocios.

A diferencia de lo que ocurre en los países de inmigración masiva, en los que se ha podido hacer estudios que incluyen las ocupaciones en las áreas de salida, en Chile no se dispone de información acerca de las ocupaciones de los inmigrantes en

16. En la provincia de Concepción, que es el área que preferentemente me ha ocupado, a partir de la época de Balmaceda se denota la conformación de ciertas colectividades europeas, cuya presencia con anterioridad era muy escasa. Ello se deduce de la comparación de las cifras correspondientes a los censos de 1885 y 1895. En el primero, grupos como los españoles y los italianos presentaron número muy reducidos: 105 españoles y 78 italianos; en cambio en 1895 se incrementaron a 674 y 392, respectivamente.
17. J. S. y J. D. Mac Donald, "Chain migration, ethnic neighborhood and social networks", en *The Milbank Memorial Fund Quarterly*, vol. XLII, N° 1 (1964), p. 82.

sus países de origen. Así, la proporción de trabajadores agrícolas entre los emigrantes italianos con destino a la Argentina varió de 82 por ciento en los años comprendidos entre 1876 y 1891, a 45 por ciento en el período quinquenal 1925-29.¹⁸ Dado que la radicación de europeos en Chile en el último cuarto del siglo pasado y comienzos del presente correspondió a un mismo proceso emigratorio, aunque el país no fuera un área importante de radicación, no es aventurado suponer que gran parte de los inmigrantes tenía sus orígenes en modestos sectores campesinos y también urbanos. La emigración significó entonces para ellos un proceso de movilidad laboral y, por consecuencia, de ascenso social, al permitirles incorporarse a los sectores medios en la estructura social del país. Pudieron desarrollar iniciativas empresariales que en sus países en la práctica les estaban vedadas, y satisfacer sus aspiraciones de escalar en la estructura social, motivación ésta que es frecuente en las decisiones de emigrar que se adoptan por factores de carácter económico.

La rápida incorporación al empresariado de los extranjeros hizo surgir la crítica nacionalista en contra de la inmigración, crítica que se insertó en la "literatura de la crisis". Portavoces de ella fueron Nicolás Palacios, virulento opositor a la colonización e inmigración, particularmente la italiana; Tancredo Pinochet Le-Brun, Alejandro Venegas, Senén Palacios, Fernando Santiván, Joaquín Díaz Garcés y otros. Representativo es el siguiente párrafo: "Cualquiera, con recorrer las calles comerciales de Santiago, Valparaíso, Concepción, etc., sin hacer grandes estudios sino abriendo los ojos, adquiere la convicción de que todo el comercio importante es también propiedad exclusiva de los extranjeros que han llegado a nuestro suelo, las más de las veces sin más capital que sus brazos, su voluntad y su preparación".¹⁹ Solberg destacó que

estos críticos pertenecían a los sectores medios y en su denuncia expresaban el perjuicio que significaba para ellos la irrupción de los extranjeros en las gestiones mercantiles e industriales, en las cuales quedaban desplazados.²⁰ Se sumó decididamente a esa posición crítica Francisco Antonio Encina, quien, como es sabido, a diferencia de los anteriores, pertenecía a la oligarquía.

Pero la falta de participación de los nacionales en el mediano empresariado no era atribuible exclusivamente a los ávidos foráneos, a esos "taberneros y faltos" denostados por Encina desde su sillón parlamentario.²¹ El propio autor de *Nuestra inferioridad económica* expuso en esta obra, y en otras, la falta de adecuación entre la educación impartida en el país y las necesidades de la vida económica; una educación que tronchaba el espíritu empresarial y ofrecía, en cambio, el acomodo de la empleomanía y de las profesiones liberales. Los títulos universitarios pasaban a ser el blasón más apreciado en la consideración social, sobre todo en la de la clase media.

El desinterés de los sectores medios nacionales por insertarse en proyectos empresariales dejaba un campo abierto a los inmigrantes. Estos, con la predisposición indispensable de quienes dejan su entorno, estuvieron dispuestos a ocupar ese espacio. Ellos no fueron sólo un agregado de la emergente clase media, sino que conformaron un ramal distinto al de la vía burocrática y profesional seguida por los nacionales. Los extranjeros constituyeron la vertiente independiente en los sectores medios, que imprimió un mayor dinamismo a la economía urbana, impulsando el comercio y la actividad industrial.

Ahora bien, no debe perderse de vista que se trató de núcleos reducidos. Es válida, pues, la interrogante acerca de la incidencia efectiva de los extranjeros en la conformación de la clase media nacional. En los países de radicación masiva, la distribución de los inmigrantes en la estructura social fue más diversificada. En Argentina ellos conformaron el grueso de la clase media y de los

18. María Cristina Cacopardo & José Luis Moreno, "Características regionales, demográficas y ocupacionales de la inmigración italiana a la Argentina (1880-1930), en Devoto y Rosoli, *op. cit.*, pp. 74-75.

19. Tancredo Pinochet Le-Brun, *La conquista de Chile en el siglo XX* (Santiago: Litografía y Encuadernación "La Ilustración", 1909), p. 132.

20. *Op. cit.*, pp. 67-69.

21. Boletín de Sesiones Cámara de Diputados, *Sesiones Extraordinarias*, año 1908. Sesión de 27 de enero, p. 1.322.

trabajadores urbanos, como ya se ha señalado. En cambio su acceso a la clase alta les fue mucho más difícil.²² En el caso chileno, por el contrario, la proyección empresarial de los llegados determinó su concentración en los sectores medios.²³ Esta misma concentración hizo más notorio su aporte en la emergente clase media nacional. Ello se vio realizado al copar prácticamente determinados rubros mercantiles en las ciudades, como fue el comercio de abarrotes en el caso de los italianos, o el comercio ferretero, las ventas de calzado y también las casas de préstamos, en el de los españoles. En cuanto a las industrias, baste señalar, a modo de ejemplo, que por 1914, aproximadamente 56 por ciento de los establecimientos manufactureros existentes en el país pertenecía a extranjeros, sin contar aquellos cuyos propietarios eran hijos o nietos de inmigrantes.²⁴

En el impacto de los foráneos en la estructura social, hay que considerar no sólo su propia acción, es decir, su actividad empresarial, sino también son importantes sus vinculaciones con la sociedad receptora. Al respecto, uno de los temas que ha merecido mayor atención por parte de quienes se han dedicado al estudio de la inserción en las sociedades receptoras, ha sido el de las pautas o conductas matrimoniales seguidas por los inmigrantes. En este aspecto, los altos índices de masculinidad favorecieron las conductas exogámicas en la elección de las cónyuges. ¿A qué sectores sociales pertenecían estas cónyuges? Por cierto es difícil determinarlo en forma rigurosa. Sin duda, muchas debieron pertenecer a los mismos sectores medios; en este caso, la vía matrimonial

usada por los foráneos actuó como una instancia de refuerzo o complementación de esos sectores. Por otra parte, en la revisión de inscripciones matrimoniales en las oficinas del Registro Civil en Concepción y en Talcahuano correspondientes a italianos entre los años 1885 y 1930, pude percatarme de que en los datos concernientes a las novias eran frecuentes las referencias relativas a condición de analfabetismo, oficios modestos, hijas naturales, legitimaciones de hijos al momento del matrimonio y otras indicaciones. Anotaciones de este tipo pueden considerarse indicio de pertenencia a sectores populares. En Concepción, las nupcias exogámicas en que las novias tuvieron alguna de estas anotaciones representaron un 35 por ciento, en tanto que en Talcahuano este porcentaje se elevó a 45 por ciento. Si los propios inmigrantes en sus países de origen pertenecían en gran parte a modestos estratos sociales, no podían ser renuentes a contraer nupcias con mujeres de similar condición en la sociedad receptora. Estimo que la conducta matrimonial de los italianos en Concepción y en Talcahuano es representativa de la seguida por sus connacionales en las otras áreas de radicación en el país, como también de las pautas seguidas por inmigrantes de otras nacionalidades. Pero ello no implica que se asimilaran a los grupos sociales a los que pertenecían esas cónyuges, sino que incorporaron a éstas en el proceso de movilidad hacia los sectores medios como pequeños y medianos empresarios, acrecentando así el efecto de su presencia en esos sectores.

Estudios actuales que se realizan sobre los movimientos migratorios plantean la necesidad de considerar no sólo la generación que realiza el movimiento, sino también a las que la siguen. Quien ha tomado la decisión de trasladarse del país de origen generalmente lo ha hecho con la convicción, o por lo menos el deseo, de que la ausencia fuese transitoria. El consabido paradigma de "hacer la América" y retornar. Pero su inserción en la sociedad receptora, en las que el éxito económico los fue asentando cada vez más, provocó una transformación en el sentido de acentuar la alternativa de la permanencia, la opción inmigrante, sin abandonar del todo el objetivo primero del regreso, la opción emigrante. Se producían enton-

22. Germani, op. cit., pp. 196-197.

23. Obviamente, en estas consideraciones prescindo de los extranjeros llegados con anterioridad a la época de los movimientos emigratorios europeos masivos del último cuarto del siglo pasado y comienzos del presente. No están incluidos, por tanto, los extranjeros, particularmente británicos, que empezaron a radicarse desde la época de la Independencia, principalmente en Valparaíso, que conformaron la base de un nuevo empresariado dominante en el país.

24. Carlos Hurtado Ruiz Tagle, "La economía chilena entre 1830 y 1930: sus limitaciones y sus herencias", en *Colección Estudios Cieplan* 12 (Santiago, 1984), p. 56.

ces determinaciones ambivalentes. Por un lado, continuaban las remesas de ganancias al país de origen, donde parientes cercanos se encargaban de administrarlas hasta que llegara el momento del retorno, si es que éste se verificaba. Pero, por otro lado (y aquí es donde resulta oportuno aludir a las generaciones siguientes), se insertaba a los hijos en los proyectos empresariales asumidos en el país receptor, con el propósito de hacer perdurables las gestiones mercantiles o industriales como empresas familiares. O bien se incorporaba a los hijos y luego a los descendientes a los canales de movilidad propios de la sociedad receptora, esto es, el acceso a los empleos públicos y privados y a las profesiones liberales. Una muestra aproximativa de ello la obtuve de una nómina de académicos de la Universidad de Concepción correspondiente a 1982-83.²⁵ De un total de 913 académicos que ejercían funciones en las unidades de Concepción, 275 tenían apellido extranjero, lo que equivale a 30 por ciento. He considerado sólo el primer apellido y no he incluido a los hijos y descendientes de inmigrantes españoles, dada la dificultad de diferenciarlos, por la similitud de los apellidos. Debe recordarse, en todo caso, que los hispanos constituyeron el grupo inmigrante más numeroso, por lo que su inclusión tendría que hacer subir aún más la proporción. De modo que al considerar las generaciones posteriores, se advierte su aporte al incremento de los grupos medios tanto en la prosecución de las empresas familiares (muchos pudieron

también lograr acceso a los niveles más altos del empresariado), como también en la forma que habían seguido los criollos para engrosar esos sectores.

Llegado a este punto, cabe replantearse la interrogante acerca de si pudo haber sido significativo el aporte extranjero para la conformación de la clase media en un país que no recibió un flujo masivo. Pienso que la respuesta en el caso chileno tiene que ser afirmativa. De partida, los propios inmigrantes realizaron un proceso de ascenso social, si aceptamos el supuesto de que la mayor parte de ellos pertenecía a sectores modestos en sus sociedades de origen. Ellos se concentraron en empresas mercantiles e industriales propias de los grupos medios. Se vincularon por la vía matrimonial a mujeres de esa condición social, como también pertenecientes a sectores más humildes, incorporándolas en sus proyectos de ascenso económico y social. El efecto fue multiplicador en los hijos y descendientes, que ocuparon tanto el camino empresarial seguido por sus progenitores, como la forma usual en la sociedad receptora, para su entroncamiento en los grupos medios. Por ello no es extraño que Solberg, sin hacer distinción en la cuantía del flujo migratorio, considere que el impacto más significativo de la inmigración sobre la estructura social en Argentina y en Chile, se verificó en la rápida emergencia de grupos medios urbanos.²⁶

25. Universidad de Concepción (Chile), *Catálogo General 1982/1983*.

26. Op. cit., p. 32.

Inmigración española en Chile, 1890-1920: los prestamistas*

Carmen Norambuena
Universidad de Santiago de Chile

Para hacer referencia a la relación entre el desenvolvimiento de los sectores medios y la presencia extranjera en Chile, necesariamente debe comenzarse por una ponderación numérica. Los años cubiertos por esta reflexión se extienden en el siglo diecinueve largo, es decir, hasta 1920. En un tiempo más acotado, esta observación va de 1890 a 1920. Es el tiempo en que se registran las cuotas más altas de inmigración europea en el país.¹

A diferencia de otros países sudamericanos que recibieron un fuerte aporte extranjero en siglo diecinueve, y donde el impacto en el aumento de la población es impresionante –como Argentina y Uruguay–, en Chile la inmigración debe evaluarse fundamentalmente en el plano del desarrollo de empresas financieras y mineras, del aporte de mano de obra calificada, de la participación en la pequeña industria y, en especial, en el incremento del comercio.

Hacia 1850, Argentina tenía una población menor que la de Chile en 300.000 personas; sin embargo, a fines del siglo XIX la doblaba y en 1960 era 2,7 veces superior. En tal tasa de crecimiento, la contribución extranjera fue decisiva. Entre 1860 y 1930 ingresaron a Argentina 6.276.000 inmigrantes, en tanto que a Chile sólo llegaron 139.000.²

En el país, la incidencia de la población extranjera en el total de la población no ha alcanzado nunca el 5 por ciento, según la información censal. No obstante, la proporción de capitales extranjeros invertidos en la industria y el comercio en este mismo lapso –1890-1920–, supera con creces la de los nacionales. Sin considerar las inversiones de capitales mixtos y de las sociedades anónimas, los grupos extranjeros residentes cubrían en el quinquenio 1915-20 el 45 por ciento de la inversión industrial. Participaban en ella franceses, españoles e italianos, y los rubros que registran mayor inversión son alimentación, vestuario y cueros. Del mismo modo, en el comercio los aportes extranjeros alcanzaban el 60 por ciento.³

- * Esta presentación está basada, en parte, en un trabajo sobre Casas de Préstamos que recientemente he concluido. En él participé, como colaboradora de investigación, Teresa Gatica.
- 1. El Censo General de la República de 1907 registra 134.524 extranjeros, en tanto que el de 1920, 120.436, ambas las más altas cifras censales.

- 2. Hernán Silva et al., *Inmigración y estadísticas en el Cono Sur de América* (Montevideo: IPGH, 1990), pp. 21 y 211.
- 3. Carmen Norambuena "Consideraciones demográficas y económicas de la presencia hispánica en Chile, 1880-1930", en *Actas colombianas* (La Serena, 1990).

Es precisamente en este último rubro donde se centra este trabajo.

El acelerado proceso de urbanización que se observa en Chile desde finales del siglo diecinueve, motivó una fuerte demanda de bienes y servicios.⁴ El crecimiento de la burocracia estatal fue cubierto casi en su totalidad por nacionales que iban teniendo un mayor grado de escolaridad, a medida que el sistema educacional ampliaba su cobertura y diversificaba los estudios.

Los establecimientos comerciales de las grandes ciudades y de las intermedias estaban en gran medida en manos de extranjeros. Coincidentemente, es a partir de 1880 que la inmigración extranjera en Chile presenta un asentamiento mayoritariamente urbano. Fue en las ciudades donde muestra una mayor presencia y donde desarrolló los mayores contactos. Presencia, pues el extranjero en Chile, sin lugar a dudas, se insertó en los sectores medios; y contacto, pues a través de su actividad preferencial, el comercio, se relacionó con estos grupos medios.

Un claro ejemplo de esa presencia y contacto es el sostenimiento del rubro comercial llamado Casas de Préstamos por parte de extranjeros, cuyos principales demandantes fueron los sectores urbanos medios.⁵

En esta perspectiva, el propósito de esta presentación es responder a algunas de las interrogantes claves en este asunto: ¿Qué son y desde cuándo funcionan las Casas de Préstamos? ¿Quiénes son sus sostenedores? ¿Quiénes utilizaban sus servicios? ¿Cuál es su forma de negociar?

De las respuestas obtenidas se podrá evidenciar el problema social implícito derivado del funcionamiento de esta institución crediticia.

Los Montes de Piedad tienen su origen en el siglo quince italiano, cuando hombres pudientes y

de buena voluntad decidieron formar un fondo común manejado como un Banco de Pobres. Ahí se les proporcionaba dinero a muy bajo interés a quienes tuvieran necesidad. Esta iniciativa se propagó rápidamente por Europa, con el carácter de institución de beneficencia protegida por la autoridad. Más adelante se transformó en un negocio de lucro y las autoridades debieron intervenir para evitar los excesos y, al mismo tiempo, proteger los montepíos que prestaban a bajo interés o, en su defecto, crear los propios.

Con el sello de negocio comercial más que de institución de caridad, los Montes de Piedad se establecieron en el país a mediados del siglo pasado. La falta de normas y de fiscalización sobre la materia determinó que por décadas estos negocios fueran fuente inagotable de entradas para los prestamistas, en claro desmedro de los demandantes.

La falta de recursos y la imposibilidad de acceso a ningún tipo de crédito personal, obliga a las personas a recurrir a esta transacción denominada "empeño", por la que se entrega dinero sobre una prenda. Si el préstamo no es de vuelto en su oportunidad, se recupera a través de la venta del bien empeñado. A diferencia de los préstamos con garantía de un bien inmueble -la hipoteca-, éste quita al dueño el uso de la prenda. El diputado Carlos Palacios Zapata, que propició la ley sobre Casas de Préstamos de 1898, señalaba que mientras las personas acomodadas lograban créditos bancarios al 6,9 y 12 por ciento anual, los deudores de agencias lo obtenían al 10 por ciento mensual.⁶

El Código Civil de 1855 legisló sobre el contrato de prenda, pero no se refirió a las Casas de Préstamos, en atención a que su desarrollo era aún incipiente. Por su parte, el Código Penal de 1875 contiene disposiciones más precisas, pues, a ese año, estos negocios habían adquirido una notable prosperidad. Sin embargo, no contenía disposiciones que dieran garantías a los empeñantes, aprovechándose los prestamistas de esta situación que les favorecía. La posterior dictación del Reglamen-

4. Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno* (Santiago: Universidad de Chile, 1966), pp. 57-61.

5. Para comprender la magnitud de este negocio se puede señalar que entre 1915 y 1919 sus capitales invertidos giraban en torno a los \$30.000.000. Los préstamos realizados aumentaron de \$44.000.000 en 1915 hasta bordear los \$70.000.000 en 1919. En tanto, los rescates se movieron durante el mismo periodo entre \$39.000.000 y \$50.000.000.

6. José Manuel Santibáñez, "El contrato de prenda", *Memoria Escuela de Derecho, Universidad de Chile* (Santiago, 1923), pp. 52-53.

to de Casas de Préstamos, de 1901, reguló las transacciones hasta la creación de la Caja de Crédito Popular en 1920, año que —como se señaló— delimita este análisis.⁷

La ácida controversia iniciada a fines de siglo en torno a las Casas de Préstamos, permite decir que se está frente a un problema social de gran envergadura. El monto de los capitales invertidos, el movimiento contable y las altas tasas de interés, reflejan la magnitud del negocio. El análisis del impacto social refleja la crudeza de esta verdadera lacra social en la que estaban comprometidos extranjeros y nacionales. Los primeros, llevando el negocio a veces hasta la usura, y los otros, dejando en la casa de empeño hasta lo más personal de sus haberes: su ropa de vestir.

Dentro del comercio interior, las inversiones en el rubro de Casas de Préstamos son tan significativas que merecen especial atención. Si alrededor de 70 por ciento de estos negocios estaba en manos de extranjeros, ya sea españoles, italianos o franceses, se debe señalar que los primeros manejaban una muy amplia mayoría de ellas (casi 80 por ciento de aquellas cuyos propietarios eran extranjeros).⁸

¿Por qué España nos habrá mandado tanto agenciero?, se preguntaba un articulista a través de la prensa: "... de mil agencieros establecidos en Chile, 980 son españoles y 20 de otras naciones, entre los cuales figuran algunos chilenos pelafustanes. Por qué la madre patria, España, la noble y heroica, este gran reino que en tiempos de Felipe II dominó el mundo, esta nación de cuyo vientre han salido hijos tan geniales y preclaros como Cervantes, Murillo, Jovellanos, Calderón de la Barca, Cánovas del Castillo, Etxegaray, Ramón y Cajal, Unamuno, Benavente y cuatrocientos más, nos ha fletado como para castigar alguna grave ingratitud chilena, a tantos tipos inútiles, parasitarios y chupadores, como son los agencieros".⁹

El articulista encuentra la respuesta a esta incisiva pregunta en el alto interés que se cobra por tales transacciones. Si ellas se hubieran regulado,

se habrían terminado o disminuido la cantidad de agencieros.

Si bien otros extranjeros, además de los españoles, participaban en estos negocios, eran éstos los que recibían las mayores diatribas a través de la prensa. Se les acusaba también de tener verdaderas escuelas de agencieros, en las cuales el joven español que llegaba aprendía el oficio hasta llegar a convertirse en socio de la Casa. Del mismo modo, se les acusaba de monopolizar el negocio, pues al asociarse dos o más casas impedían que otros tuvieran acceso a ese rubro comercial.¹⁰ La distribución geográfica y la nacionalidad de sus dueños parece corroborar este último aspecto, pues en más de cincuenta ciudades a través de todo el país, las Casas de Préstamos aparecen en manos de extranjeros, predominantemente españoles.

Tanto fue el ataque a los agencieros españoles, que el propio Ministro de España en Chile intervino en 1921 en el debate público. Expresó que éste era un negocio legítimo y que la mayor parte de los ataques eran calumnias, pero por su carácter engendraban a su alrededor odios populares y leyendas de usura. Como estas opiniones hacían daño a España, el Ministro recomendaba a los agencieros que cambiaran de rubro, empleando sus dineros en otros comercios de mayor utilidad. Como ejemplo, se refería al 150 por ciento de rentabilidad que lograban los azucareros. En cuanto a los chilenos, les sugería la creación de un gran Monte de Piedad al estilo español.¹¹

Pero, ¿quiénes eran las personas que recurrían al empeño?

Según un artículo firmado por un obrero,¹² las ocasiones que daban origen a este drama social eran las siguientes:

Quando se quiere festejar con una buena comida a un amigo i no hai para lo ordinario.

Quando se muere un pariente i se quiere enterrar a lo magnate.

Quando hai necesidad de darse farra con la novia.

7. Ibidem, p. 49.

8. Oficina Nacional de Estadística, *Anuario Estadístico de Comercio Interior* (Santiago, 1919).

9. *La Opinión*, 9 de noviembre 1917.

10. *La Opinión*, 1 de noviembre 1917.

11. *El Mercurio*, 31 de marzo 1921.

12. *El Chileno*, 26 de noviembre 1897.

Cuando es necesario casarse sin problema i con música.

Cuando nace un chico i viene el bautizo.

Cuando hai deseos de salir a veranear i no se tiene dinero.

Cuando un vicio nos pide lo complazcamos.

I para no alargarme mucho diré también que cuando se nos muere alguno en casa ya sea atacado de tisis, peste, membrana, etc., o cualquier enfermedad contagiosa, para que no se nos pegue el mal, tenemos la costumbre de mandarla la Agencia los zapatos hasta el sombrero del finado.

Esta versión un tanto festiva de los motivos que impulsan a empeñar prendas, concluye señalando que no es esto lo que el obrero chileno necesita, sino dinero para montar para talleres e industrias. Estas expresiones contrastan con otros testimonios, como el del observador de una mujer que se apersona ante el mostrador de una agencia:

Aquella tela fue la realizada ambición de una mujer de veinte años. . . Ella la aprecia en lo que vale

-¿Cuánto? -pregunta el agenciero gruñón y antipático.

-Veinte pesos -responde ella.

-Ocho -rebaja con cortante gesto comercial el prestamista.

Hay un momento de silencio. . . la niña medita.

-Quince que fueran.

-Ocho y no perdamos el tiempo.

La niña comprende que no sacará un peso más de aquel negociante, se resuelve a dejar aquel corte en ocho pesos. Vale cuarenta y para aquella niña vale. . . dos meses de trabajo y economía.¹³

La miseria, la enfermedad, el vicio y la muerte resumen los motivos por los cuales el hombre común concurren a una Casa de Préstamos.

La creencia generalizada de que es el estrato bajo de la sociedad el que recurre el empeño queda desvirtuada ante la multiplicidad de documentos vivos y elocuentes. En la búsqueda de demandantes se encuentra con bastante frecuencia testimonios que apuntan a otro sector socioeconómico.

Los obreros sí acuden al montepío, pero no son las únicas y mayores víctimas.

Sus objetos ofrecidos en prenda, fuera de la máquina de coser, que es riqueza de todas las clases, son los que menos se prestan a la acumulación, a veces delictuosa, de intereses sobre intereses. Su valor limitado, limita en desigual proporción con el abuso del prendero. Son las modestas joyas, el reloj de oro, las cadenas, los muebles, la ropa nueva, toda esa pequeña hacienda de la clase media, del empleado, del pequeño patrón, de la familia caída en pobreza, de la humilde honradez que se bate en silencio con las más apremiantes necesidades las que ofrecen ancho campo al robo, a la avaricia, a la especulación infame del prendero.¹⁴

De modo, entonces, que el concepto de "pobre" que se utiliza para designar a quienes concurren al crédito prendario abarca un espectro social amplísimo: "al mismo tiempo la masa obrera, la clase media, el gremio de los empleados, etc."¹⁵

En 1910, el diario *El Chileno* ofrecía una demostración numérica de la cantidad de chilenos que potencialmente concurrirían a Casas de Préstamo. El censo de 1907, dice, arroja una población de 3.249.279 habitantes, de los cuales la mitad son hombres. Descartando los menores de 16 años, el total de los hombres se reduce a 932.837 personas. Entre abastecedores, artesanos, conductores, domésticos, ferrocarrileros, gañanes, labradores, policiales, suman 721.360, más los 100 mil que figuran bajo la nomenclatura de empleados, restarían sólo 100 mil personas que supuestamente no tendrían necesidad de recurrir a las casas de agencia.¹⁶

Este sistema, que tanta conmoción pública causó, funcionaba de la siguiente manera: el empeñante concurría a una Casa de Préstamos y pactaba con el agenciero el avalúo de la prenda. Este avalúo sería, invariablemente, menor que el valor real del bien empeñado. Del mismo modo, se pactaban las condiciones, tiempo de empeño y los

13. *La Opinión*, 23 de octubre 1917.

14. *El Mercurio*, 29 de junio 1912.

15. *El Chileno*, 4 de marzo 1910.

16. *El Chileno*, 4 de marzo 1910.

intereses. Las especificaciones de la prenda y las condiciones del empeño quedaban registradas en una boleta. Al tiempo señalado, el empeñante, con recibo en mano, retornaría al agenciero el monto recibido, más los intereses acumulados. En caso de no retirarse la prenda, ésta pasaba a remate. Un empleado estatal efectuaba los remates, por parte del agenciero, en los mismos locales de las Casas de Préstamos, donde previamente se exponía las prendas al público. El precio base del artículo que salía a remate era la suma de la tasación más los intereses acumulados. Delo obtenido, se pagaba lo correspondiente al agenciero, el 6 por ciento al martillero y el resto al dueño de la prenda.

El Reglamento de Casas de Préstamos sobre prendas, de 1901, señalaba que "las Casas de Préstamos no podrán cobrar en ningún caso los capitales prestados a título de interés, seguro, almacenaje, bodegaje, conservación de la prenda, contribuciones, arriendos, ni bajo pretexto alguno, más de un 4 por ciento mensual".¹⁷ El interés se contabilizaba hasta el día del retiro de la prenda inclusive, excepto si su valor era inferior a cincuenta pesos, en que el cobro se hacía por mes entero.

Así expresado, el sistema de empeño parece simple y casi ajustado a derecho. Sin embargo, la ley de Casas de Préstamos fue trasgredida en casi todos sus artículos por los agencieros, no obstante las acciones del Poder Judicial. Las sentencias a los juzgados especiales de apelación que determinaban multar al prestamista o clausurar las Casas de Préstamo son numerosas y constantes a través del período estudiado, lo que permite postular que la justicia actuó frente a las infracciones de la ley. La motivaba quizás la conmoción pública que originaba la quiebra fraudulenta de un negocio, los intereses usureros, la suplantación de la prenda al momento del remate, la compra de boletos venci-

dos, los "palos blancos" que hacían subir artificialmente el valor de la prenda, el cierre del negocio un día hábil antes del vencimiento del boleto, etc.

La cantidad de irregularidades que se cometían desde el inicio de los trámites era tal, que pocos actores sociales quedaron sin opinar al respecto: los gremios, la Iglesia, la prensa, los parlamentarios, las organizaciones de beneficencia y el propio Presidente de la República; en fin, el empeño trastornó en buena medida la vida cotidiana de gran parte de la sociedad. Esta conmoción se puede calibrar en un hecho: con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia, el Embajador de Bolivia en Chile hizo un donativo consistente en 5.000 pesos, los que irían a un fondo destinado a rescatar boletos de empeño de máquinas de coser. Al tener noticia de esta prebenda, se inscribieron para hacer uso de ella más de 4.500 personas, de las cuales sólo se pudo cubrir el exiguo número de ochenta.¹⁸ Esta labor fue más tarde continuada por particulares y por organizaciones sociales femeninas chilenas.

Dos hechos van a iniciar el ocaso de estas agencias: la creación de la Caja de Crédito Popular en 1920, a través de la cual el Estado tomó a su cargo el préstamo prendario; y la declinación del proceso migratorio europeo.

A modo de palabras finales: sin desconocer el drama social que esta práctica provocó, es posible reconocer también, a través de las múltiples expresiones públicas, una animosidad contra el extranjero, y particularmente contra el español; sentimiento que no es más que eco de la crisis de identidad de comienzos de siglo.

Por otra parte, se puede reconocer en este ámbito una expresión más de la cuestión social, tema al cual se pretende contribuir con este trabajo.

17. *Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno*, Libro LXXI, Tercer Trimestre 1901 (Santiago, 1901), p. 993.

18. *El Mercurio*, 1 de octubre 1910.

Sol Serrano

Pontificia Universidad Católica de Chile

Resulta particularmente interesante que en este Seminario se incluyera el tema del rol de los intelectuales en la sección relativa a los Grupos Medios. Deduzco de ello que hay un interés especial en mirarlos como un grupo social, cuestión que entre nosotros ha constituido, por decir lo menos, una mirada ausente. Ausente particularmente en la historiografía, que ha centrado su interés en la producción de los intelectuales, en la historia de las ideas, pero escasamente en los sujetos y en las condiciones institucionales de su producción.

La sociología, en cambio, tiene una copiosa literatura al respecto, centrada principalmente en el estudio del intelectual moderno en sociedades avanzadas altamente complejas. Mi aproximación a ella ha sido bastante pragmática, pues mi interés se ha circunscrito a buscar categorías teóricas y metodológicas que pudieran dar cuenta de un objeto histórico específico, como son los intelectuales chilenos del siglo diecinueve.

Desde la historia, el trabajo pionero en la materia fue el de Jacques Le Goff sobre los intelectuales en la Edad Media escrito en 1957, donde estudia a los universitarios como el surgimiento de un nuevo grupo socio-profesional ligado a la revolución urbana de los siglos doce y trece.

El primer problema obvio es cómo se define un intelectual, si *à la* Weber, como los monopolizadores de los certificados educacionales cuyo modelo es el *litterati* chino o el funcionario profesional del Estado burocrático moderno; si *à la* Gramsci, para quien los intelectuales no son un grupo social autónomo sino una categoría especializada que cada clase social genera en su lucha por la hegemonía en el Estado y la sociedad civil; si *à la* Mannheim, que postula que el intelectual es el que provee una síntesis interpretativa de la sociedad; si *à la* Coser o *à la* Benda, para los que los intelectuales son los creadores de alta cultura y los guardianes de los grandes valores morales; si *à la* Shills, para quien son los expertos. En fin, son muchos también los autores que clasifican distintos tipos de intelectuales según el tipo de producción e inserción institucional. Quizás la única categoría común a todos es que los intelectuales producen ideas.

Para los efectos de mi tema —una breve caracterización de los intelectuales chilenos en el momento en que se construye lo que podríamos llamar una estructura intelectual moderna a mediados del siglo pasado—, quisiera por ahora restringir esta definición sólo a dos variedades: la producción y comunicación de conocimiento, cualquiera

sea su naturaleza, y el afán interpretativo de la sociedad. Con ello quiero liberar a los intelectuales de hacerlos un sinónimo de académicos y profesionales, para darle un valor específico al afán interpretativo a partir del conocimiento.

Ambas variedades han estado históricamente vinculadas. La función interpretativa de los intelectuales no ha sido ajena al desarrollo de las disciplinas científicas y a las estructuras de la educación superior. De allí entonces que las dos variables escogidas traten de ligar la función interpretativa del intelectual con las bases institucionales de la producción de conocimiento.

Para el caso específico de Chile en el siglo diecinueve, escoger estas variables es más relevante por lo que omite que por lo que incluye. Omite al científico y al profesional así como al guardián, es decir, omite a los productores de conocimiento original relevante para el desarrollo interno de una disciplina a nivel universal; omite a los guardianes de los valores morales, lo que supone intelectuales ajenos a las pasiones de las multitudes y a la lucha de intereses; y omite a los expertos formalmente certificados.

Quisiera entonces hacer una breve caracterización de la institucionalidad intelectual que se construye en el siglo pasado y del rol social de los intelectuales.

En primer lugar, es una estructura que se construye en torno al sistema educacional de carácter estatal con ciertos rasgos modernos: es una estructura secular, no responde a las necesidades de la Iglesia ni en cuanto a su legitimación ni en cuanto a la formación del clero. Más aún, es un espacio institucional para la generación de ideología, para una reflexión crítica de la legitimidad del orden social y para la generación de proposiciones alternativas. Es, por ello, plural. Tanto en el sistema público representado por la Universidad de Chile como en el privado representado por la Iglesia, la prensa, el mundo editorial y algunas formas de asociación de carácter intelectual, compiten diversas interpretaciones del mundo que pretenden fundarse racionalmente; pluralidad o competencia que, al institucionalizarse, adquieren su certificado de legitimidad. Ello es inherente a la función transformadora que adquiere el conocimiento en

el mundo moderno, en contraposición a la función conservadora de la tradición. Una institucionalidad plural que admite el disenso implica una forma de reclutamiento de los intelectuales que es abierta, es decir, que no está cerrada a un estamento o casta, aunque sea socialmente restringida. Es, por último, una institucionalidad que aspira a producir conocimiento y a producirlo en función de las condiciones y necesidades locales.

En relación al tipo de producción, salvo contadas excepciones, no se trata de conocimiento original relevante para el desarrollo interno de una disciplina. Los motivos por los cuales no se establece una estructura para la producción científica en el diecinueve me llevarían muy lejos, pero entre ellas se puede señalar que la función social del intelectual no está orientada hacia la "ciencia desinteresada", como la llamaba Bello, sino a la construcción algo urgente de un orden social donde, eso sí, el conocimiento racional y la racionalidad científica aspiran a jugar un papel directivo en su organización y su legitimación.

A mi juicio, el rol central de los intelectuales en el diecinueve podría englobarse en la función de mediación, de mediación de la producción de conocimiento de los países del centro y la sociedad local. Al contrario de lo señalado por una multitud de historiadores, esta función mediadora no es una pura imitación. Tiene una fuerte carácter creativo, al adaptar y traducir el conocimiento en una proposición para la sociedad local. Corresponde a lo que Eisenstadt ha definido como "intelectuales secundarios", aquellos que toman en préstamo la producción original de otros y que juegan un rol central en el proceso de construcción y transmisión de la tradición; sirven como canales de institucionalización y posibles creadores de nuevos tipos de símbolos de orientación cultural, de tradición y de identidad colectiva.

Respecto a sus características como grupo social, me basaré en los resultados de una investigación que estudia a alrededor de trescientos académicos de la Universidad de Chile entre 1842 y 1879. Se puede discutir el valor de la prueba, pero permite plantear algunas hipótesis.

Dijimos que el reclutamiento es abierto, pero socialmente muy restringido. Es un grupo urbano

principalmente capitalino y con una escolarización en extremo homogénea. Ello no es sorprendente, sólo confirma la escasa diversificación de la sociedad chilena. La enorme mayoría tiene credenciales formales, los autodidactas son pocos, y eso es un índice de profesionalización.

En una sociedad polarizada como la chilena, esa escolaridad ya revela la pertenencia del grupo al sector dirigente, pero lo interesante es que dentro del grupo de intelectuales más productivos y comprometidos en el desarrollo de esta institucionalidad intelectual, muchos no pertenecen a la clase propietaria. En un proceso típicamente moderno, la escolaridad progresivamente significa un capital para iniciar una carrera en funciones ligadas a instituciones intelectuales, y acceso a los altos cargos del Estado.

Las actividades desempeñadas en instituciones intelectuales pasan a ser progresivamente más competitivas en el mercado laboral. Ser "intelectual funcionario" podía ser tan rentable como ser propietario agrícola mediano. Es decir, la formación de una institucionalidad del conocimiento ligada principalmente –pero no de manera exclusiva– al sistema educacional, llevaba implícito un proceso de profesionalización, aunque la actividad intelectual estuviera aún lejos de ser una profesión en sí misma. Por lo tanto, no estamos frente al intelectual aristocrático que vive de sus rentas o del mecenazgo, sino ante el "intelectual funcionario" ligado a las distintas reparticiones del Estado, y muy mínimamente vinculado en forma directa al mercado.

La característica fundamental, a mi juicio, tanto de la perspectiva institucional como del tipo de producción, es la estrecha vinculación del intelectual con el aparato estatal y con el poder político. Al menos en mi muestra, más de 60 por ciento eran funcionarios públicos y más de 40 por ciento eran parlamentarios. La mayoría eran también publicistas, en el sentido dicimonómico del término.

Esta relación, de alguna forma, condiciona un tipo de producción dirigida a los requerimientos ideológicos, culturales y económicos de una sociedad que se percibía a sí misma en formación. La producción intelectual chilena, por su escasa especialización, estaba orientada a generar un conoci-

miento aplicado en las ciencias vinculadas al desarrollo económico, y a las disciplinas orientadas a generar ideologías, discursos explicativos que encauzaran a esta sociedad en formación. De allí que los intelectuales fueran también los políticos, los publicistas y los hombres de Estado.

La estrecha vinculación entre intelectuales y poder político no es una conclusión sorprendente. Ella ha sido profusamente tratada por estudiosos de la sociología de los intelectuales y particularmente destacado para los casos de América Latina y otras sociedades periféricas. Es algo que la historiografía sajona suele destacar con un deje de sorpresa y de ironía. No puedo entrar en ese debate, pero existen más juicios de valor al respecto que intentos de comprensión histórica.

Creo que es necesario comprender al intelectual como una figura mediadora en la constitución de la modernidad cultural en sociedades periféricas. Figura mediadora de los nuevos valores modernos entre el centro y la sociedad local: son los encargados de formular una ideología de reemplazo ante la desintegración del viejo orden; son los encargados de forjar una autoimagen, una identidad, una conciencia nacional que solidifique ese orden nuevo.

Quisiera avanzar un paso más y comprenderlos no sólo como los mediadores de las ideas modernas entre el centro y la sociedad local, sino también como mediadores entre la élite local y la "sociedad tradicional" que sienten como su misión transformar. De allí su muy estrecha vinculación con la política y el Estado, pero también con el sistema educativo, que es la clave para la transformación cultural de esa otra sociedad que no participa de los cánones de la cultura escrita y del pensamiento y comportamiento racional.

Aquí veo una clave en la interpretación del rol de los intelectuales en el siglo diecinueve: requieren ser estudiados no sólo desde sus ideas, sino también desde su creación e inserción institucional. Porque es en el cruce de ambas donde se explica su rol social.

A mi juicio, el tema cultural más apasionante del diecinueve es la expansión de la cultura escrita y su encuentro o desencuentro con la cultura oral.

Si la armazón institucional del diecinueve,

como yo lo creo, está orientada hacia la racionalización de los espacios tradicionales; si de esa racionalización depende incluso el derecho de ciudadanía, definida más por el acceso a la cultura escrita que a la propiedad; si ella demarca en parte la frontera entre la inclusión y la exclusión; si el discurso liberal de los intelectuales, en esencia universal, estaba para ellos históricamente limitado por una racionalidad bárbara que había que superar, se comprenderá hasta qué punto la presencia de los intelectuales en la política era consustancial a su programa como intelectuales. Porque la política, campo de la opinión, de la polémica, del disenso fundado y legítimo, permite hacer del Estado el gran instrumento para la racionalización de los espacios sociales e incorporarlos a nuevos patrones culturales.

Pero, al mismo tiempo, este rol del intelectual como ideólogo en la acción nos muestra también que estamos frente a una institucionalidad de escasa especialización, donde la autonomía relativa del campo cultural y del campo político era incipiente, pues la producción intelectual no sólo estaba en buena medida bajo el patronazgo del Estado, sino que estaba orientada hacia la construcción del Estado, el vehículo que transformaría a esa sociedad tradicional.

Especialización y autonomía son, en este sentido, inseparables. Entre mayor sea la especialización, mayor será la autonomía de las actividades intelectuales y de sus instituciones.

Mannheim, que define a los intelectuales como aquellos encargados de proveer a la sociedad de una interpretación de sí misma –sector que en las sociedades tradicionales estaría identificado con un casta que propone una única interpretación, la suya, y que en las sociedades modernas constituye un grupo abierto que ofrece interpretaciones que compiten entre sí–, distingue dos tipos de intelectuales modernos: aquellos que se afilian a una de las tendencias que compiten, transformando el conflicto de intereses en conflicto de ideas; y aquellos que intentan comprender las raíces del conjunto para construir una síntesis interpretativa. En este sentido, el intelectual chileno del diecinueve es un intelectual moderno afiliado a una de las tendencias contendientes. Y ello tiende a ser una

característica de larga duración en Chile, tanto por el carácter preeminentemente estatal de la institucionalidad del conocimiento como porque la conquista del Estado, como parece obvio, ha estado en el centro de los proyectos de las fuerzas contendientes.

Desde la perspectiva de la institucionalidad, la especialización o profesionalización de la actividad intelectual es un proceso lento que adquiere verdadera fisonomía a fines de la década del cincuenta y en los sesenta de este siglo con la creación de la profesión de académico en las universidades que finalmente logran transformarse en científicas. Ello permite que un sector antes escasamente diferenciado adquiriera normas de comportamiento autodefinidas de acuerdo a ciertos cánones internacionales de producción científica, medición de productividad, pautas de competencia etc. Esto, si bien no lo independiza del Estado, sí lo independiza de la política, y aunque hay traslape entre ambas funciones, la especialización se profundiza.

Hoy día tenemos un sector académico que enfrenta sus propias dificultades, pero que se riga cada vez más por normas internas de productividad y patrones también internos de competitividad. Por otra parte, los centros de producción intelectual se han hecho francamente más plurales. Aunque domine el sector público, éste no es homogéneo. Ha surgido un sector privado tanto a nivel universitario como de centros de investigación. Los circuitos son hoy día múltiples, como lo son sus formas de comunicación, ya sea a través del rubro editorial o de los medios de comunicación. Las agendas también son plurales: no hay una discusión intelectual, hay múltiples, con sus propios agentes, circuitos, instituciones y medios.

Creo que ello ha incidido en mayores espacios de autonomía de la función de los intelectuales, que hoy provienen en su gran mayoría del mundo académico, aunque no exclusivamente, si contemplamos una dimensión aquí no tocada, que es la de las artes y particularmente de la literatura. Y el mundo académico es hoy día más independiente de la política. La política sigue teniendo en la academia una cierta base de reclutamiento, así como lo tienen los sectores más técnicos del Esta-

do, y esta relación es en Chile bastante más estrecha que en otras sociedades, particularmente en las sajonas. Pero esa relación sociológica tiende a disminuir. Hoy el intelectual à la Mannheim está más vinculado a la institucionalidad académica que a la política.

Es, por cierto, muy pobre intentar pensar el rol de los intelectuales hoy desde esta perspectiva más bien institucional en la que me he detenido. Sólo quiero señalar que, desde esta perspectiva, la autonomía de la función intelectual parece cada vez mayor en una sociedad progresivamente más plural y compleja; que si bien los intelectuales mantienen su rol mediador de la producción intelectual internacional, su producción es a la vez más original y creativa, con mayores raíces en una tradición propia. Creo que su rol como constructor de proyectos sociales en esa doble dirección que antes señalé, es hoy día más difusa y compleja, sobre todo más abierta y parcial. La crisis de las ideologías como mapas omnicomprensivos conductores de la acción transformadora tiende a cambiar el rol que se les ha asignado a las ideas en el mundo moderno en cuanto programas de acción, pero a la vez surge, y por lo mismo, una fuerte demanda por interpretaciones y explicaciones de un cambio tan veloz como el que estamos viviendo. Ellas estarán, por cierto, arraigadas en una determinada tradición de pensamiento, no son ideológicamente asépticas, aspiran también a representar intereses ya sean sociales, religiosos, etc., pero tienden a ser cada vez menos orgánicas y más sintéticas. He querido expresamente obviar referirme en este sentido al rol crítico de los intelectuales, que me parece una misión sacerdotal autoasignada y corporativa. Más modestamente prefiero hablar de su rol interpretativo.

Para terminar, quisiera compartir una inquietud que no tiene ninguna pretensión académica. Presiento que el rol del intelectual cambia rápidamente no sólo por la crisis de las ideologías, sino también porque el rol de la cultura escrita a la cual pertenecen cambia a pasos agigantados. Históricamente la cultura escrita ha tenido una desconfianza y una competencia con la cultura oral que hoy revive en términos no muy distintos con la cultura electrónico visual. No en vano Jacques Le Goff

definía a los intelectuales como aquellos universitarios que surgieron con la revolución urbana del siglo doce y que fueron los encargados de velar por la cultura escrita, identificada con los grandes valores de la cultura clásica y cristiana. De allí esta función más o menos salvífica atribuida a los intelectuales, que más tarde se transformó en ser los guardianes de la razón en contra del oscurantismo o de la barbarie, o la "conciencia crítica" frente a una sociedad de masas corrompida por el mercado.

Los guardianes de la cultura escrita tienen su rol, por cierto, pero presiento que han perdido algo de su diálogo privilegiado con los circuitos del poder y su influencia en las grandes audiencias. Presiento que los intelectuales viven hoy una cierta "crisis de seducción". ¿A quién seducir? ¿A los pares del mundo académico, a los políticos, a las élites dirigentes, a la opinión pública en su vaga acepción, o más modestamente a ese mercado cautivo que son los alumnos? Y aquí aparecen los puristas de distintas naturalezas que defienden una sola audiencia como moralmente legítima para el rol sacerdotal y profético de los intelectuales. El griterío de los académicos con el fenómeno Fukuyama por un lado, o un Paul Johnson que ocupa por meses la lista de los autores más vendidos en Santiago, por poner algún ejemplo, lo indican, pero quizás más ilustrativo sería hacer un catastro de las conversaciones de pasillo del medio intelectual criollo.

Creo que al menos esta sociedad más plural de hoy permite formas muy variadas de vivir la vocación intelectual, de acuerdo a carismas, creencias y obsesiones, y no creo personalmente en un compromiso específico de los intelectuales ni con una audiencia ni con un circuito ni con un medio específico. Más aún, creo que uno de los roles de los intelectuales es ser mediadores entre el mundo de la producción de conocimiento y la opinión. No digo divulgadores; digo que ese afán interpretativo se funde en los avances del conocimiento y que éste contribuya también a dar un lenguaje, uno entre muchos, al mundo de la opinión. La cultura electrónico-visual, finalmente, también requiere ser interpretada desde la cultura escrita.

La transición de los comunicadores: voces, coros y guiños

Gloria Elgueta P.
Revista *Página Abierta*

El presente trabajo no es producto de una investigación sistemática, sino del seguimiento interesado del tema y de la reflexión a partir de la experiencia concreta de hacer una revista en el escenario de la transición a la democracia. Por lo mismo, recoge algunos de los temas que fueron materia de discusión o de elaboración periodística en *Página Abierta*, aunque no pretende expresar dicha discusión y, mucho menos, los aportes de quienes fueron parte de ella.

Como primer pincelazo de un diagnóstico, inevitablemente general, es necesario un recuento; recordar, por ejemplo, las expectativas que existían al inicio de la transición en relación a los medios de comunicación. Bajo la dictadura, los más apremiantes problemas de la prensa estaban vinculados a una superabundancia de restricciones a la libertad de expresión y de acciones directamente represivas sobre los medios y los periodistas. Por esta razón muchos pensaron que, una vez desactivados esos mecanismos, la democracia abriría paso a una nueva etapa de desarrollo de los medios de comunicación, pero esas previsiones pecaron de un excesivo optimismo.

Durante los primeros meses del gobierno de Patricio Aylwin fueron derogadas todas las medi-

das restrictivas y, de inmediato, se inició la discusión del proyecto del Ley de Prensa recientemente enviado al Congreso por el Ejecutivo para su trámite legislativo. Al mismo tiempo, el gobierno levantó un discurso legitimador de las libertades en materia de comunicación y de la autonomía de los medios. Consecuente con esto último, modificó la estructura legal de Televisión Nacional y Radio Nacional, que permanecían en manos del Estado, de tal modo que en su administración estuviera representada "la sociedad chilena en toda su pluralidad", como señaló el propio presidente. Se exceptuó de esta medida al diario *La Nación*.

Sin embargo, en medio de ese escenario, el resultado no fue el que se esperaba: en un proceso que aún está en curso, varios medios de prensa nacidos durante la dictadura no pudieron hacer frente a las implacables leyes del mercado y desaparecieron en el intento. Otros se reformularon o cambiaron de manos, acentuándose con ello la concentración de los medios. La tan preciada y tantas veces reclamada diversidad y pluralidad de voces se fue trasformando en un coro más o menos homogéneo. La televisión, que vio nacer dos nuevos canales, se abrió de manera más bien cauta a la multitud de creadores y productores, al tiempo

que dos grandes compañías transnacionales se instalaron con solidez en las pantallas.

En Chile, la transición democrática no ha concluido, y no deja de ser una paradoja que esta convicción se haya generalizado cuando se acerca el fin del gobierno que debía poner término a dicho proceso. Como sea, son muy pocos los que ven la transición como un proceso acabado. Por el contrario, abundan quienes afirman que hay varias transiciones en curso, en el sistema político y de partidos, en las relaciones cívico militares y, por supuesto, al interior de las Fuerzas Armadas. De esa manera se oscurece el valor explicativo del propio término, que comienza a adquirir cierto tono justificatorio para devenir, finalmente, en mera aceptación de la realidad. Esto es así porque no siempre se diferencia entre lo que se está dejando atrás como parte de la "excepcionalidad" vivida y lo que forma parte de la "normalidad" que se construye. De allí la importancia de preguntarse sobre las tendencias de ese proceso, que las hay de distinto signo y carácter.

Algunos temas que arrojan luces al respecto son, entre otros: el crecimiento de una industria de la cultura y la información; la concentración de la propiedad de los medios de comunicación y el surgimiento de grandes multimedia; la crisis de la prensa, y la centralización del discurso.

LA INDUSTRIA CULTURAL

Algunos de los cambios más profundos de las últimas dos décadas se produjeron en el campo de la cultura y las comunicaciones, y aunque éste nunca fue objeto privilegiado de las llamadas "modernizaciones" del gobierno militar (exceptuando la educación), sí experimentó los efectos de un proceso de transformación global de la sociedad.

La industria de la cultura no es un fenómeno reciente; su origen y la propia definición del concepto son temas que podrían dar origen a un largo debate. Sin entrar en él, es necesario señalar, al menos, algunos de sus términos.

Una visión, que es sustentada por círculos oficiales de gobierno, sostiene que las "industrias culturales son aquellas que elaboran productos

culturales y educativos reproducibles a escala industrial".¹ Para otros, esta definición es tautológica; las industrias culturales serían, más bien, "canales a través de los cuales se opera la conversión en mercancía de aparatos que estaban, relativa o plenamente, al margen de la ley del valor (la cultura, la religión, la ciencia, la educación) y el proceso de privatización de sectores del Estado que respondían a una definición de la función pública".²

Recogiendo el sentido de esta última definición, es posible reconocer el proceso vivido en los últimos años. Durante buena parte del período de la dictadura, el despliegue de la industria cultural estuvo acotado por situaciones de crisis económica, por la disminución de la capacidad de consumo y diversas formas de restricción a la libertad de expresión y creación. La exclusión política operó de una manera muy amplia, llegando hasta la eliminación física de actores políticos y sociales que, en los años anteriores, habían jugado un rol central en la producción cultural y en el desarrollo de la prensa. Estos factores constituyeron una verdadera camisa de fuerza que limitó no sólo el desarrollo de una industria cultural, sino también el de casi toda forma de creación y expresión disidente.

En esos años, cayó la otrora floreciente industria editorial, la más modesta producción discográfica y el cine nacional que, a comienzos de los setenta, había vivido un fugaz resurgimiento. La televisión, que aún se mantenía en un modelo de propiedad estatal y universitaria, adoptó un esquema comercial. Con la apertura de la economía al exterior y el *boom* de los años ochenta, se produjo una expansión del consumo de discos, cassettes y cintas de video (Chile es uno de los países de América Latina con un más alto número de videograbadores por cápita). A pesar de la crisis

1. Secretaría de Comunicación y Cultura (SECC), Ministerio Secretaría General de Gobierno, *Revista Cultura* 9 (septiembre 1993), p. 6.

2. Armand Mattelart y Jean Marie Piemme, "Veintitrés notas para un debate político sobre la comunicación", en Miguel de Moragas, ed., *Sociología de la comunicación de masas IV*, (Barcelona, 1985), p. 89.

que se desencadenó después del boom, se dio en esos años un desarrollo sin precedentes de la industria publicitaria, que permitió desarrollar una infraestructura gráfica y audiovisual que ha sido de gran importancia para el actual desarrollo del video y el cine.

Los medios de comunicación social y de masas también fueron afectados por esa realidad. La prensa, específicamente, vivió en doble proceso de concentración de la propiedad y centralización del discurso. Esto último se verificó a través de la imposición de una prensa oficial y su encuadramiento creciente en los patrones informativos transnacionales, en la lógica del cable.

La apertura al exterior primero, y la estabilidad económica después, constituyeron la base económica para el despliegue de lo que Roman Gubern define como "opulencia comunicacional". La recuperación de la democracia y la derogación de las normas restrictivas a la libertad de expresión acrecentaron dicha "opulencia". En cifras, esto significa millones de radioreceptores, medio millón de videograbadores y 71 mil computadores personales vendidos en 1992 (30 por ciento más que el año anterior). Por concepto de arriendo de videos tenemos 13 millones de dólares por año.³

La televisión por cable, que aún llega a un sector reducido de la población (4,6 por ciento) es una realidad en expansión. Al país llegan las señales de 18 satélites, los que permiten una combinación de varias decenas de canales extranjeros. De las 49 concesiones que se han otorgado, 16 ya están en servicio, concentradas principalmente en las regiones Décima, Quinta y Octava, en orden decreciente, y aunque la televisión por cable facilita el desarrollo de una televisión regional, la tendencia del sistema es a la expansión de las grandes cadenas internacionales.⁴

Hoy, un fax modem puede contactarnos directamente a la Internet, poniendo a nuestro alcance catálogos y reseñas bibliográficas de centenares de bibliotecas y centros de documentación en diferentes partes del mundo.

Toso esto, que constituye una especie de utopía informativa, es un proceso frente al cual hay más fascinación (porque es fascinante) que reflexión, aunque parece obvio que, al menos, debiéramos preguntarnos para qué nos sirve y de qué manera nos modifica.

PROPIEDAD:

LA HORA DE LOS MULTIMEDIA

Aunque la concentración de la propiedad de los medios de comunicación no es un fenómeno reciente, es interesante dar cuenta de los cambios y desplazamientos producidos.

La concentración es particularmente evidente en la producción de prensa y televisión, es decir, en aquellos campos que requieren grandes inversiones. . . . Mientras que en 1972 se publicaban en la capital diez periódicos de circulación nacional, en 1984 sólo hay cinco, tres de ellos -*El Mercurio*, *La Segunda* y *Las Últimas Noticias*- pertenecen a una misma empresa controlada por la familia Edwards. El cuarto periódico, *La Tercera de La Hora*, publicado por el Consorcio Periodístico S.A., Copesa, pertenece a la familia Picó Cañas; y el quinto periódico es *La Nación*, antes llamado *El Cronista*, que está bajo control y la propiedad del gobierno.⁵

Tal grado de concentración fue favorecido por la clausura de todos los periódicos de izquierda, pero esa no es la única razón:

En 1978, cuando no existía ningún periódico disidente, existían 62 diarios en Chile, incluyendo 40 periódico grandes afiliados a la Asociación Nacional de la Prensa. Los grupos más grandes eran *El Mercurio* S.A., con 3 diarios en la capital y 7 periódicos provinciales, y la Sociedad Periodística del Sur, Sopesur, con 6 diarios en provincia. En 1984 el número de periódicos afiliados a la ANP era sólo de 28. . . . la declinación es reflejo de la desaparición de 12 diarios, y en esta ocasión sólo por causa de las leyes del mercado.⁶

3. SECC, *Revista Cultura* 9 (septiembre 1993), p. 3.

4. SECC, *Reseña de Medios* 16 (diciembre 1992), p. 2.

5. Raquel Salinas, "La autonomía de la prensa: una ilusión", en VVAA, *Investigación sobre la prensa en Chile* (Santiago: CERC-ILET, 1984), pp. 232 y ss.

6. *Ibidem*.

El Mercurio adquirió casi todas los periódicos de Sopesur (de propiedad del grupo Luksic), lo que lo llevó a controlar 17 periódicos distribuidos en cuatro compañías. Esa concentración se extendió a toda la cadena de producción distribución:

A comienzos de los setenta había cuatro grandes editoriales que trabajaban en la distribución de diversas publicaciones: Lord Cochrane, del mismo grupo Edwards, adquirió las dos que sobrevivieron luego del desmantelamiento de la estatal Quimantú (Andina y Continente), así se formó Alfa Ltda., que en la actualidad se dedica exclusivamente a la distribución. En 1984 llegó a distribuir el 80 por ciento del mercado de distribución. Antártica, la única competidora significativa, controlaba el 28 por ciento de la distribución total de periódicos.⁷

Actualmente, Alfa Ltda. distribuye 264 publicaciones de un total cercano a las 300 en todo el país. Fuera de ella existe la distribuidora Cepromec, que es la que distribuye *El Siglo y Pluma y Pínel*.

En los últimos años, este proceso se ha acentuado en torno a dos grandes grupos: el grupo Edwards y Copesa, que en 1988 pasó a manos de Abumohor, Sahieh y Cía. De los siete diarios de circulación nacional, el grupo Edwards es dueño de tres, tradicionalmente vinculados a él: *El Mercurio*, *La Segunda* y *Las Últimas Noticias*. Además, controla una red de diarios regionales que a través de las empresas periodísticas Norte S.A., Mercurio S.A.P. y Araucanía

S.A. controla el 34,1 por ciento de los 41 diarios regionales del país,⁸ lo que le permite tener presencia en las principales ciudades del país con diarios editados en ellas mismas y con diarios de circulación nacional, simultáneamente.

Copesa, el otro grupo, es dueño de los diarios *La Tercera* y *La Cuarta*, el semanario *Qué Pasa*, La Red canal 4 de televisión, y tiene participación en la propiedad del diario *La Epoca*, que comparten dos sociedades: Nueva Imagen en representación de Copesa y Nuevo Amanecer de los anteriores propietarios.⁹

Con este arco de medios Copesa busca construir una oferta periodística diferenciada por sector social y de interés, capaz de hacer frente a su competidor tradicional *El Mercurio* que, por el contrario, basa su fortaleza en un mayor homogeneidad de línea y estilo, aunque también cuenta con una oferta diversa.

La concentración también se expresa en la distribución de la inversión publicitaria, como muestra el siguiente cuadro.

CUADRO 1.
INVERSIÓN PUBLICITARIA EN DIARIOS
(en porcentajes)

	1991	1992
El Mercurio	70,1	74,0
La Tercera	17,4	10,1
Las Últimas Noticias	4,6	4,6
La Nación	3,7	3,1
La Epoca	3,4	1,4
La Cuarta	0,8	0,8

Fuente: Secretaría de Comunicación y Cultura, *Reseña de Medios* N° 17, pp. 38.

En materia de radiodifusión, la Compañía Chilena de Comunicaciones Cooperativa (CCHCC), dueña de la Radio Cooperativa, también esta viviendo una acelerada expansión, recientemente creó la radio Rock & Pop, dirigida a un estrato joven; adquirió tres nuevas estaciones de radio; obtuvo la concesión de dos canales, uno VHF y otro UHF, que deberán estar en funcionamiento antes de 1995. Además, la CCHCC participa del directorio del diario *La Epoca*, a través del director de Radio Cooperativa, Luis Vicente Ajenjo. La competencia más cercana de la CCHCC en términos de sintonía es la Radio Chilena, empresa que controla además las radios Aurora, primera sintonía en FM, y Galaxia, también FM.

Por otra parte, dos grandes transnacionales de la comunicación se han hecho presentes en la televisión nacional a través de la compra de 49 por ciento de Megavisión por parte de Televisa (empresa mexicana que, además de la red Televisa, edita 80 revistas) y Venevisión, líder del rating venezolano y miembro de un gran conglomerado

7. Ibidem.

8. SECC, *Reseña de Medios* 22 (junio 1993), p. 15.

9. SECC, *Reseña de Medios* 17 (febrero 1993), p. 30.

empresarial, la Organización Diego Cisneros (ODC), que este año concretó la compra de 49 por ciento de RTU Televisión.

La ODC tiene inversiones en diversas áreas: comunicaciones, bebidas gaseosas, alimentos infantiles, bienes raíces y minería, en Europa, Estados Unidos y América Latina.¹⁰ En 1992, la ODC, en conjunto con Televisa, concretó la compra de la cadena Univisión de Estados Unidos. Según versiones de prensa, Venevisión tendría relaciones estrechas con el Partido Demócratacristiano (PDC) y el Partido Socialista (PS) chilenos.¹¹ Otras versiones señalan que Gustavo Cisneros mantiene buenas relaciones con los dos principales partidos de Venezuela, Copei y Acción Democrática, y vínculos económicos con los socialistas españoles.¹²

Esto último plantea, una vez más, un viejo tema: la forma en que participan los partidos y "sensibilidades" del espectro político en la propiedad de los medios. En conglomerados como el grupo Edwards se mantiene una gran homogeneidad. Copesa, en cambio, ensaya nuevas fórmulas, más adecuadas al concepto de multimedia. *La Epoca* es dirigida por un simpatizante demócratacristiano, *La Cuarta* por el ex director de *Clarín*, *Qué Pasa* por un independiente de derecha cercano a la Unión Democrática Independiente (UDI) y el director ejecutivo de La Red es un militante de la coalición Partidos Por la Democracia (PPD). En el directorio de *La Epoca*, sus antiguos propietarios designaron a seis de los once miembros del nuevo directorio. En éste hay cinco militantes DC (uno de ellos nombrado por la sociedad que representa a Copesa), un radical y un socialista.¹³ Grupos vinculados al PDC también son determinantes en la CCHCC y en la revista *Análisis*, que dejó de circular en mayo de 1993.

LA CRISIS DE LA PRENSA

Hace más de veinte años que en casi todo el mundo, los diarios de gran tiraje comenzaron a desaparecer o a disminuir su tiraje. Se inició así un proceso de especialización en el segmento de público determinado. Entre las causas, que son diversas, se menciona con frecuencia la caída de los hábitos de lectura por el impacto de los medios audiovisuales. Sin embargo, esta explicación es insuficiente, ya que el análisis de cada caso muestra también la intervención de otros factores. Umberto Eco afirma que, contrariamente a lo que se piensa, "la cultura de masas ha aumentado la producción de papel impreso y el número de lectores".¹⁴ Otro tema es el tipo de texto que capta más lectores, ya que el repunte de los hábitos de lectura en los países industrializados no se ha traducido en una recuperación proporcional de los niveles de circulación de la gran prensa.

En Chile, durante la dictadura, la crisis se profundizó debido a la imposición de un solo tipo de prensa: la oficial o afín al régimen. Como ya señalamos, ésta se sirvió de las prohibiciones y sanciones que se aplicaron a los medios disidentes, pero también de las leyes del mercado, que siempre beneficiaron a los medios vinculados a grandes grupos económicos capaces de absorber los costos de la crisis.

El surgimiento de una prensa de oposición revitalizó el escenario de los medios. Las revistas (*Apsi*, *Hoy*, *Análisis*, *Cauce* y *Pluma y Pincel*) surgidas en distintos momentos del período, constituyeron un importante instrumento de información y expresión, vinculado a los procesos de lucha política y social. Hacia el fin del período contaban con un público cautivo significativo.

Más tarde surgieron el diario *Fortín Mapocho*, *La Epoca*, y la revista *Pluma y Pincel* reapareció como semanario. *El Siglo* semanal, que desde marzo de 1993 circula diariamente, *Punto Final* y *Página Abierta*, que en 1987 es el último hito de aquella ola de expansión y diversificación de la prensa nacional en el período anterior.

10. Luis Suárez, en VVAA, *Perspectivas de la prensa en México* (México, 1993), p. 63.

11. *Qué Pasa*, 27/03/93 y *Hoy*, 22/03/93.

12. *Revista Hoy*, 22/03/93.

13. Umberto Eco, en suplemento *Literatura y Libros de La Epoca*, 11/10/93.

14. Encuesta Géminis, en SECC, *Reseña de Medios* 21 (mayo de 1993), p. 10.

Este recuento es necesario para recordar que, bajo la dictadura, e incluso a pesar de ella misma, se desarrolló una prensa diversa y plural que llegaba a un público lector muy amplio. El plebiscito, en octubre de 1989, constituyó un hito y, a la vez, el inicio de la caída de las ventas. Al tomar la transición la vía del consenso, haciéndose cada vez más previsible, las expectativas de cambio se redujeron. En ese escenario, las ventas cayeron aun más y los apoyos cesaron, ya que la prensa había jugado hasta entonces un rol funcional a la lucha política opositora.

Sin publicidad, la prensa de oposición se había desarrollado apelando a diversas formas de subsidio (ONGs, organizaciones internacionales, partidos políticos, etc.); entonces más de un medio sucumbió. En una primera oleada, *Fortín Mapocho*, *Cauce* y *Pluma y Pincel*, que reapareció, luego, en dos ocasiones. También cabe mencionar, aunque no dentro de la prensa de oposición a la dictadura, la desaparición de la revista *Ercilla*. Los demás medios también debieron enfrentar nuevos problemas y estrecheces. El cierre más reciente de *Análisis* y de *Página Abierta* no escapa a la situación descrita, aunque cada caso tiene sus especificidades.

La crisis de la prensa de oposición no obedece sólo al cambio de escenario y a las insuficiencias financieras y comerciales. El perfil antidictatorial y combativo de algunos, más reflexivo y cultural de otros, el sensacionalismo, la denuncia o la agitación, fueron fórmulas que se agotaron como esquema político y periodístico. La crisis, por tanto, es también de identidad y perfil, de línea editorial y estilo, de capacidad de crear y recrearse dando cuenta del nuevo momento.

Aunque estos problemas afectan igualmente a la televisión, ésta ha logrado mantener (o atraer) teleaudiencia para sus noticiarios. El surgimiento de dos nuevos canales impuso una dura competencia y obligó a recrear el esquema. Bien o mal, la televisión ha tenido sus logros en términos de rating. Respecto de la prensa escrita, no existen informes certificados de venta; sólo encuestas (a diferencia de la mayoría de los países con una prensa significativa). Según éstas, en marzo de este año el 74,1 por ciento de los encuestados declara

que se informa por la televisión, sólo 12 por ciento a través de los diarios, un 10,8 por la radio y apenas un 0,3 por ciento se informa a través de revistas.

En mayo de 1990 las cifras eran distintas: 60,4 por ciento para la televisión, 21,6 para la radio, 16,1 para los diarios 0,8 por ciento para las revistas.¹⁵ Esa vieja idea de que los medios se complementan —"la radio anuncia el acontecimiento, la televisión lo muestra, la prensa lo explica"—no parece refrendada por la realidad nacional, que acusa una tendencia al predominio, casi sin contrapaso, de la televisión.

La caída de ventas y lectura durante los años 1989-90 y el repunte experimentado desde fines de 1991 ha impactado de distinta manera a cada diario. Una encuesta realizada en diciembre de 1992 arrojaba las siguientes cifras:

CUADRO 2.
EL DIARIO QUE LEE CON MAYOR FRECUENCIA
(en porcentajes)

El Mercurio	22,8
La Tercera	25,7
Las Últimas Noticias	15,4
La Cuarta	11,3
La Epoca	2,2
La Nación	1,9

Fuente: Encuesta CERC, en SECC, *Reseña de Medios* N° 17.

Junto con acaparar público, la televisión ha atraído la inversión publicitaria: en las pantallas ésta asciende a más de 150 millones de dólares. En 1991, la televisión acaparó 44,7 por ciento de la inversión total. En diez años esta última había aumentado cuatro puntos, mientras la inversión en diarios disminuía en igual porcentaje.¹⁶ Durante el primer trimestre de 1993, la inversión publicitaria total aumentó en 12 por ciento; de esa cifra, 61 por ciento corresponde a anuncios en televisión, 34,7 por ciento a diarios y 4,2 por ciento a revistas.¹⁷

15. Megatec, *Página Abierta* 85 (abril de 1993), p. 21.

16. SECC, *Reseña de Medios* 21 (mayo de 1993), p. 20.

17. Miguel Rodrigo, *La construcción de la noticia* (Madrid: Paidós, 1989), p. 181.

"La noticia es lo que los periodistas creen que interesa a los lectores; por tanto, la noticia es lo que interesan a los periodistas"¹⁸, y sobre todo, habría que agregar, a editores y propietarios de medios.

Lo noticiable es siempre una opción, nunca algo dado en la realidad que sólo puede ser reflejado; por lo mismo, los medios de comunicación están siempre definiendo y redefiniendo esa realidad. En ese sentido, la noticia es más construcción que espejo. La clave de ese proceso de construcción está en los mecanismos del sistema y en las respuestas aprendidas por los distintos actores: medios, periodista, dirigentes políticos y autoridades.

¿Qué características tiene la construcción de lo noticiable en nuestro caso? Un estudio reciente de agenda informativa de los noticiarios televisivos¹⁹ estableció que existe una muy débil tematización de la política y una abundancia de opiniones aisladas. Se ha producido un aumento en el registro de hechos de violencia y acciones policiales y una desvalorización de lo social y la pobreza. En cuanto a los actores, hay una permanente sobrerrepresentación del Ejecutivo, un desperfilamiento del Parlamento y otros protagonistas, y una ausencia casi total de los actores sociales, salvo cuando se da cuenta de conflictos.

De igual manera, no se informa sobre regiones; existe "una baja valoración de lo que acontece normalmente en las regiones, lo que es consecuente con la presencia de los efectos del centralismo como proceso".²⁰ Se informa en torno a las regiones sólo frente a conflictos o situaciones excepcionales. En cuanto a los temas internacionales, la pauta y criterios de selección de las agencias constituye un punto de partida obligado.

Otro estudio sobre la participación de personas públicas en espacios periodísticos o de debate en la

televisión, realizado entre enero y mayo de este año, estableció que los dirigentes políticos representan casi las tres cuartas partes del total de invitados (79,2 por ciento). El resto son funcionarios de gobierno (6,3 por ciento) y empresarios y sindicalistas (3,1 por ciento).²¹ Dicho estudio señala que entre los invitados políticos existe un "relativo equilibrio en relación a la representación electoral de los respectivos partidos, aunque existe una cierta preponderancia de personas de la derecha".²² Este criterio no parece ser el aplicado si se toman como base resultados de las elecciones municipales. Según esos mismos datos, se aprecia una sobrerrepresentación del PDC (17 invitados en lugar de 22), del MIDA (2 en el lugar de 5), de la Unión de Centro Centro (UCC) (3 en lugar de 6) y del PPD (5 en lugar de 6); y una sobrerrepresentación de la derecha (30 en lugar de 22), del PS (13 en lugar de 61) y del Partido Humanista Verde (PH-V) (2 en lugar de 0,6).

Un problema más de fondo que esos descalces es el hecho de que los espacios se distribuyan según el peso de los actores en el sistema político y de partidos, excluyendo a otros protagonistas que actúan desde la cultura o lo social. Fuera de contribuir a mantener el equilibrio existente, se rebaja la importancia del debate, la confrontación de ideas y propuestas, a la vez que se desvaloriza la diferencia y la posibilidad de que todos los sectores se expresen en igualdad de condiciones y de que los ciudadanos puedan conocer las opiniones y propuestas que la sociedad es capaz de generar.

Esa actitud parece ser parte de las repuestas aprendidas. Con los riesgos que implica toda generalización, en la que siempre caben excepciones, se puede afirmar que hay un cierto modo de ser de la prensa y del periodismo nacional. En efecto, éste es fuertemente descriptivo e informativo, se habituó a construir lo noticiable a partir de la fuente oficial, institucional (sea ésta el Estado o el partido). Expresa este estilo la multiplicación hasta el infinito de la entrevista como género periodístico, lo que no sería objetable si no fuera porque los mismo personajes se repiten en un circuito estrecho y cerrado.

A través de un doble juego entre periodistas y actores públicos, se canaliza un discurso dual que

18. Giselle Munizaga, en Seminario internacional "La democratización chilena en una perspectiva comparada", Flaco, Santiago, 19, 20 y 21 de junio 1993.

19. Jorge Martínez y Cecilia Soto, "Tratamiento de las noticias regionales en medios nacionales", Tesis de Grado.

20. SECC, *Reseña de Medios* 21 (mayo de 1993), p. 80.

se despliega por los carriles de la conferencia de prensa y el *off the record*. Al modo de un ventrilocuo, se hace vivir al público la ilusión de lograr acceso a los mecanismos más íntimos y secretos del poder, a su lógica interna. En este estilo de periodismo hay poco espacio para la opinión explícita y fundada, lo que no excluye el sesgo y la opinión más o menos encubierta.

Pero estos rasgos, que cualquiera puede observar leyendo la prensa, no son producto de la mera voluntad de los periodistas. Es el propio proceso de producción de la información el que los impone. Emili Prado, investigador español, ha descrito con gran exactitud dicho proceso:

La estructuración de los aparatos impone una lógica productiva de la novedad ininterrumpida (noticiario) que sólo es posible satisfacer mediante el suministro de detalles fragmentados, reales o imaginarios. Si se suministran informaciones contextualizadas de los procesos sociales reales y en curso, no se puede garantizar el suministro constante e ininterrumpido de flujo informativo . . . las fuentes son tanto o más apreciadas en cuanto que ofrecen una mayor cantidad de fragmentos listos ya para ser puestos en circulación, con el menor esfuerzo de elaboración posible, que por suministrar productos en bruto resultado de la búsqueda entre el universo de datos que intervienen en un proceso complejo. Las fuentes privilegiadas son las grandes agencias, las cúspides institucionales y las empresariales, los centros de los aparatos políticos y sindicales, etc. Los productos suministrados a dosis por estas "fuentes especializadas" están permanentemente en circulación.²³

Agrega Prado que, en ese marco, el periodista se limita a aplicar ciertas "técnicas de confección" sobre el contingente de fragmentos suministrados por las "fuentes especializadas". Los temas que desafían la lógica productiva quedan fuera, sin necesidad de control directo o censura. Así, concluye Prado, "el proceso de concentración, que

inicialmente afectaba a los aparatos emisores, se sitúa ahora en los aparatos de producción y especialmente en las fuentes".²⁴

LOS GUIÑOS DE LA PRUDENCIA Y LA AUTORREGULACION

Desde el poder hay guiños recurrentes, ciertas respuestas tipos que expresan la política en torno a la cual ha girado transición: la democracia de los acuerdos y la búsqueda de consensos con la oposición de derecha. En relación a la cultura y los temas de la vida privada (sexualidad, sida, aborto, divorcio) predominan valores de cuño conservador que se busca mantener como respuesta a la mal llamada "crisis moral". Esta lógica impone la "prudencia" y también distintas formas de censura y autocensura más o menos encubiertas:

El uso recurrente del eufemismo. "Apremio" por tortura, "exceso" por violaciones a los derechos humanos, son ejemplos clásico. Así, lo que no se nombra, deja de existir.

La reconversión de la realidad. Con el recurso al eufemismo se rebaja el perfil a los acontecimientos; cuando se los reconvierte, son negados, aunque todos sepamos de su existencia e incluso los estamos presenciando. "Esto que usted está viendo en realidad no sucedió", fue lo que nos dijo la autoridad durante el boinazo, los ejercicios de enlace, y con motivo de la censura previa impuesta por los tribunales al libro *Impunidad diplomática* que, según la versión oficial, sólo fue una "prohibición de circular". El hecho no se oculta como antes, pero se niega en su carácter esencial. La postergación de dos programas de Televisión Nacional, El Mirador e Informe Especial (en este último caso a petición del propio Presidente Aylwin) tampoco fue obstáculo para seguir afirmando la autonomía de los medios de comunicación.

Consagración de la prudencia como un valor supremo. Poco después del boinazo, el subsecretario del

21. *Ibidem*.

22. Emili Prado, "La comunicación alternativa: crisis y transformación, en *Sociología de la comunicación de masas*, cit., p. 187.

23. *Ibidem*.

24. *La Epoca*, 6/06/93.

Interior, Belisario Velasco, declaró que "la prudencia es una virtud", y agregó: "Yo he dicho que el gobierno ha sido prudente, he pedido que la oposición siempre debe ser prudente, y que los medios de comunicación también deben serlo".²⁵ Este llamado, junto a otros gestos, marcó el abrupto giro de los titulares y la cobertura de prensa (sin fotos) en reacción a los procesos que se siguen a militares por violaciones a los derechos humanos.

Estas prácticas convergen todas en un mismo resultado: una desvalorización del rol de la prensa, una tendencia a su homogeneización política y valórica y un achatamiento de su capacidad crítica. Pero lo que es más grave es la distorsión del sentido de todo debate que siempre es, necesariamente, confrontación, polémica y sobre todo diferencia. Tras esta distorsión subyace el temor al conflicto.

La utilización de la censura y la autocensura. La derogación de las restricciones a la libertad de expresión no ha impedido otras formas de censura que no necesitan de una legislación que las consagre. Existen, bien sabemos, mecanismos de presión más sutiles, igualmente eficaces, que se justifican en el bien común o las buenas costumbres, pero que expresan una muy determinada opción valórica, no necesariamente compartida por toda la sociedad, menos aún cuando no ha habido un debate real sobre el tema.

Diferentes actores, entre ellos el Ejecutivo, el Poder Judicial, la Iglesia, el Consejo Nacional de Televisión (CNTV) y los directivos de algunos medios audiovisuales han ejercido formas de veto, presión o censura. En un breve recuento, sin duda incompleto, está la postergación de dos programas de Televisión Nacional a solicitud de autoridades gubernamentales; la censura previa impuesta por la justicia al libro *Impunidad Diplomática*, la prohibición de circular a un libro sobre el empresario Francisco Javier Errázuriz y la incautación y destrucción de los originales del libro *Ética y Servicios de Inteligencia*, cuyo autor Humberto Palmera, fue incluso encarcelado por la Justicia Militar.

El Consejo de Calificación Cinematográfica (CCC) prohibió en 1993 la exhibición de dos cintas españolas y el Consejo Nacional de Televisión

(CNTV) impuso seis amonestaciones y tres multas a los canales de televisión entre marzo de 1990 y diciembre de 1992. Ello a pesar de que José Joaquín Brunner, su presidente, ha manifestado la voluntad de que sean los propios canales los que "autorregulen" su programación, reduciendo la participación del CNTV en la definición de los contenidos televisivos. Imágenes de mujeres con los pechos descubiertos, de jóvenes drogados y de otras consideradas pornográficas o violentas, justificaban, a juicio del CNTV, las sanciones. Los canales apelaron ante la justicia, la que en algunos casos acogió los recursos. El problema de fondo, sin embargo, es que para evitar sanciones los canales deben autocensurarse. Ello ha hecho frecuente la práctica de amputar películas y series de una manera además grotesca que, probablemente, desataría las iras de los realizadores.

Las sanciones aplicadas por el CNTV se apoyan en la Norma General sobre Contenidos del Televisión, oficializada en mayo de 1990. En su artículo 42, que según el presidente del CNTV será "perfeccionado" próximamente, se "prohíbe a las estaciones de televisión la transmisión de imágenes de cualquier naturaleza que contengan escenas de violencia excesiva, truculencia, pornografía y participación de niños o adolescentes en actos reñidos con la moral o las buenas costumbres".²⁶ Como se sabe, los conceptos de "buenas costumbres", "pornografía", "violencia excesiva", pueden ser objeto de diversas y hasta encontradas interpretaciones, que dependerán de la moral y las creencias de los censores. Otro ejemplo de ello ha sido la censura de comerciales televisivos. El canal 13 de la Universidad Católica de Chile vetó quince comerciales y el canal 9, Megavisión, uno. Entre los censurados quedaron los spots sobre el sida, otros que mostra-

25. *Diario Oficial*, 02/05/90.

26. Stanley Milgram en una investigación reciente llega a la conclusión de que "no hay pruebas" respecto al tipo de influencia que ejerce la televisión. Ya antes, Albert Bandura había afirmado, en *Social Learning Theory*, que "ningún estudio particular confirma inequívocamente la conclusión de que la violencia televisiva conduce a la conducta agresiva. De manera similar, ningún estudio particular refuta inequívocamente esta conclusión". Véase *Página Abierta* 91 (julio 1993), pp. 16-17.

ban imágenes del cuerpo femenino, utilizaban símbolos religiosos o que, sencillamente, se consideraron "de mal gusto".

Así, el espacio de acción de la censura es muy amplio, a pesar de que nadie ha probado que la televisión, o el cine, provoquen conductas agresivas o desviadas.²⁷ Se argumenta la necesidad de tales medidas con base en encuestas de opinión, en las que los consultados expresan lo único que pueden manifestar sin haber sido parte de un debate previo, esto es, sus creencias y preocupaciones particulares. Quienes ejercen ese rol regulador o censor tampoco responden a ningún control de la sociedad civil, lo que hace que su labor sea autónoma de los ciudadanos a quienes busca "proteger".

TEMAS DE UN DEBATE PENDIENTE

Al exitismo y autocomplacencia dominantes en el país se suma una creciente fascinación por la "opulencia". Se nos dice que seremos testigos de "una cultura ampliamente difundida, con dimensiones de masividad inimaginadas hace veinte o treinta años y que no opera solamente en la tendencia de la homogeneización, sino que tiene sus propios elementos de diferenciación interna".²⁸ Sin embargo, sabemos muy poco acerca de esa cultura y de la forma en que nos modifica.

Derecho a la información, libertad de expresión y derecho a la comunicación

El que los productos culturales se masifiquen y se transen de la misma manera que una sopa o un par de zapatos, no constituyen sólo un dato de la realidad. Hay también en ese proceso problemas y límites que necesario reconocer y comprender. Por ejemplo, al mismo tiempo que se internacionalizan los flujos de información y se multiplican los canales de acceso, la lógica del mercado la selecciona.

Así, hay cierto tipo de información que se privatiza porque su exclusividad y costo no la hacen comercializable o porque su mercado es muy reducido. La información que carece de mercado no se produce; esto ha sucedido ya en Gran Bretaña, donde la conveniencia política y fuerzas del mercado han coincidido para determinar que cierto tipo de estadísticas ya no estén disponibles, por ejemplo, cifras sobre tasas de beneficios y pobreza, que ahora se calculan cada dos años en vez de anualmente.²⁹

Con toda la fascinación que las nuevas tecnologías producen, es evidente que ellas no incrementarán el acceso a la información, no para todos, ya que es sabido que la demanda por cultura está focalizada en grupos minoritarios de altos ingresos. La IV Encuesta sobre Presupuestos Familiares realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) entre diciembre de 1987 y noviembre de 1988, indica que el gasto mensual promedio de las familias encuestadas en el ítem Recreación y Educación alcanza a 7,77 por ciento. De ellas, las familias más pobres destinan sólo el 3 por ciento de su presupuesto a ese ítem, y las de mayores recursos el 10,2 por ciento.³⁰

Si los límites del mercado son más o menos evidentes en relación al derecho de todos los ciudadanos a la información, lo son mucho más respecto del derecho a la comunicación. Esta noción, completamente ausente en el debate nacional, pone el énfasis en la idea de que los medios no sólo sirven para informarse, sino también para comunicarse. Aunque pueda parecer obvia, esa definición aporta una concepción de comunicación interactiva y horizontal en lugar de aquella noción vertical y unidireccional que domina el escenario de los medios. Esto, que suena a horizonte utópico, tiene valor y sentido porque convoca a la reflexión en torno a las condiciones de ejercicio de la libertad de expresión y del derecho a la información, a los medios de producción y distribución, a la capacitación para articular contenidos y a la posibilidad de recibir esos contenidos. En el debate reciente, en

27. José Joaquín Brunner, *La Nación*, 08/08/93.

28. Philip Elliot, *Los intelectuales en la sociedad de la información* (Barcelona: Anthropos, 1987), p. 109.

29. SECC, *Revista Cultura* 9 (septiembre 1993), p. 4.

30. Umberto Eco, *La estrategia de la ilusión* (Buenos Aires: Lumen, 1988), p. 200.

cambio, se ha hecho énfasis en los aspectos normativos y negativos en torno a esos derechos.

Productores de realidad

Como ya señalamos, los medios de comunicación de masas construyen la noticia y en ese proceso definen y redefinen hechos y relaciones, entre ellos los del propio sistema político.

Algunos autores dan un paso más. Hace algunos años, Umberto Eco, por ejemplo explicó así el cambio experimentado por la televisión: la "paleotelevisión" se hacía "para todos los espectadores y hablaba de inauguraciones presididas por ministros y procuraba que el público aprendiera sólo cosas inocentes, aun a costa de decir mentiras".³¹ La "neotelevisión", que la reemplazó, cuenta con una serie de recursos y mecanismos que la convierten en un ente "productor de realidad". Uno de estos recursos es la "puesta en escena": la televisión nos muestra hechos que no ocurren por sí mismos y que no se producirían si ésta no interviniera. En estas latitudes, un ejemplo particularmente ilustrativo fue la difusión de una conversación telefónica del senador Sebastián Piñera. La televisión puede generar hechos, no sólo reacciones. Si los medios de comunicación de masas pueden construir la noticia y producir realidad, "ya no son, si es que alguna vez lo fueron, un mero canal, sino que son más bien co-productores relativamente autónomos".³²

Observemos, por ejemplo, cómo se construye la noticia política en nuestro país. La lucha política interna de las organizaciones partidarias no sólo trasciende a los medios, en ocasiones se verifica a través de ellos. Lo mismo sucede en con buena parte de las negociaciones políticas y electorales.

Entre los partidos de una derecha en crisis, esto obligó a sus dirigentes a formular más de un llamado de atención a sus pares, a fin de enfrentar por los "canales regulares" y no por la prensa los

conflictos internos y los procesos de negociación electoral.

Esta "intromisión" de la prensa (más aparente que real, porque no sólo es permitida, sino también inducida) sería algo muy saludable si aportara transparencia a la vida política nacional, acercándola al ciudadano. En lugar de ello, los contenidos de las secciones políticas están destinados a un grupo más bien reducido, con temas especializados o de escaso interés general (caso paradigmático fue el del "mecanismo" para elegir al candidato único de la Concertación).

Esa suerte de promiscuidad ha contribuido al descrédito de los partidos, pero también al desinterés por la prensa. El problema es que una vez diluidas o deslegitimadas las lealtades partidarias y asociativas, y hasta la política misma, se crean condiciones para que los medios se constituyan en el vínculo más relevante de los ciudadanos con la política y los asuntos públicos, y hasta de los partidos con sus militantes. Así, los medios de comunicación de masas pueden llegar a sumir "el papel de principal de intermediario entre clase política y sociedad civil, entre partidos de masas y universo electoral".³³

Si esos medios tienen limitaciones –recorremos lo dicho sobre la crisis de la prensa y el predominio de la televisión como fuente informativa– el vínculo con la política será aun más débil.

A este respecto, es interesante una investigación realizada en Estados Unidos por la revista *Extra* sobre la relación entre noticias, conocimiento y opinión pública.³⁴ Se entrevistó a 550 estudiantes universitarios, que fueron separados en tres grupos según el tiempo que dedicaban a ver televisión. Entre las preguntas se incluyeron temas nacionales e internacionales, para detectar cuál era la información que los encuestados poseían. Cuando se les interrogó sobre la actitud de la administra-

33. *Ibidem*.

34. La revista *Extra* es editada por el grupo Fair, donde participan destacados intelectuales como Noam Chomsky y Allen Ginsberg. La investigación citada fue coordinada por Justin Lewis, director del Center for the Study of Communication, de la Universidad de Massachusetts. Véase *Página Abierta* 86 (mayo 1993), p. 17.

31. Giorgio Grossi, "La comunicación política moderna", en *Sociología de la comunicación*, cit., p. 153.

32. *Ibidem*.

ción de George Bush ante el asesinato de los jesuitas en El Salvador, un 38 por ciento respondió que el gobierno había manifestado una decidida postura en favor de los derechos humanos, amenazando con cortar la ayuda económica y militar si los asesinos no eran inmediatamente enjuiciados. Un 32 por ciento dijo que el Congreso había pedido que se redujera la ayuda a la mitad y sólo el 24 por ciento dio la respuesta correcta: el gobierno solicitó al Congreso continuar con la ayuda al gobierno salvadoreño. Cuando se les pregunto sobre la actitud del gobierno de Bush ante China después de la violencia represión a los estudiante, la mayoría respondió que el gobierno había impuesto sanciones a ese país, mientras sólo en 30 por ciento sabía que China siempre gozó, antes y después, de un trato favorable.

Si el medio más utilizado por la población para informarse es la televisión, como sucede en Chile, el resultado entonces bien puede ser la erosión de la opinión pública, el raquitismo de la sociedad civil. No se trata aquí de una noción de "opinión pública" reducida a la simple suma de opiniones individuales o al resultado de encuestas que indagaron sobre temas que nunca han sido debatidos. Se trata, más bien, de la capacidad de los ciudadanos de generar un juicio fundado que les permita actuar en la vida social y política.

El problema, cuando no hay más que mercado y sólo se es parte de oferta o de la demanda, es que el ejercicio del derecho a la información y de la libertad de expresión, indispensables en el ejercicio de los derechos ciudadanos, quedan sometidos a la lógica de las relaciones mercantiles de consumo, que nunca han asegurado la diversidad y pluralidad de voces en materia de comunicaciones. Para ello, baste echar una mirada a la realidad nacional y constatar que la diversidad ha sido posible sólo burlando la lógica del mercado.

Cuando se revela este entramado de relaciones y dimensiones cruzadas es más nítido el vínculo entre comunicación y política, entre los medios y el ciudadano. Se trata entonces de prestar atención no sólo a los condicionamientos del poder político a los medios, sino también al proceso inverso, es decir, a sus relaciones recíprocas y a la forma en que ambos condicionan la sociedad civil.

El Estado ¿un espectador?

Bajo la premisa de la "autorregulación" y la ausencia de todo "comando central", el gobierno se ha abstenido de trabajar en la formulación de políticas y estrategias globales en materia cultural y comunicacional. Con esa decisión, asimismo, se ha limitado un debate necesario.

No obstante lo anterior, el gobierno ha adoptado un conjunto de medidas que resultan contradictorias. Un ejemplo de ello es la mantención del IVA al libro. Una de las razones que se esgrimió es que no se trataba de "aumentar las ganancias de las editoriales", y que lo recaudado por concepto de IVA haría posible una política de fomento del libro. Sin embargo, no se aplicó igual criterio respecto de las entradas a masivos conciertos de música popular que fueron liberadas de ese impuesto. En este caso, ¿se trata de aumentar las ganancias de las grandes productoras?

Por otra parte, ya se acordó un convenio con la Asociación de Radiodifusores de Chile (ARCHI), con base en el Programa de Apoyo a los Medios de Comunicación; pronto se concretará otro con la Asociación Nacional de la Prensa, a la cual, sin embargo, no pertenecen los medios más pequeños que son precisamente los que más apoyo requieren.

La Ley de Prensa tampoco define mecanismos ni políticas eficaces que garanticen la pluralidad e impongan algún control al creciente proceso de concentración de la propiedad de los medios —ese vacío es mayor respecto de los medios audiovisuales—, a pesar de que el propio Presidente Aylwin señaló que el gobierno estaba por "el estímulo a la creación y desarrollo de medios de comunicación, en el entendido de que es contrario a la democracia que los medios estén concentrados, sea en el Estado o en grupos de poder de cualquier índole".³⁵

También resulta contradictoria con los esfuerzos del gobierno por garantizar la libertad de expresión la norma del proyecto de Ley de Prensa que define como "privativas" de la profesión perio-

dística una serie de funciones comunicativas claves (dirección interna de servicios informativos, reportear, elaborar y editar noticias, informaciones y crónicas habituales, reportajes, pautas, guiones o libretos informativos). Se ha dicho sobre esta norma que es una concesión a la lógica gremial, pero expresa al mismo tiempo una visión tecnocrática que coloca en manos de "expertos" decisiones que bien pueden ser adoptadas por otros actores.

Pero más allá de las políticas y medidas específicas, hay un debate que se ha expresado bajo la forma de un falso dilema entre "dirigismo" estatal y "autorregulación". Este dilema es falso, porque una política nacional de comunicación no tiene por qué ser, necesariamente, dirigista y autoritaria. Falso también porque no se reconoce algo que es una realidad: los medios de comunicación siempre están sujetos a las decisiones públicas y, por parciales que sean, se constituyen, finalmente, en políticas con objetivos más o menos declarados. Esas decisiones van conformando, tarde o temprano, un sistema. El dejar hacer favorece la mantención del *statu quo*, cualquiera éste sea, y sustrae las decisiones del debate público. En 1978, el conocido Informe Mac Bride, elaborado por un grupo de personalidades a solicitud de la Unesco, afirmaba la necesidad de políticas de comunicaciones globales "ligadas a los objetivos generales de carácter social, cultural, económico y político, y basadas en consultas interministeriales e interdisciplinarias que entrar en una amplia participación pública.

Luego, en 1982, el informe final de la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales, realizado en México, recomendaba a los estados miembros "tomar las medidas pertinentes para estudiar y poner en marcha una política armonizadora de la educación, la comunicación y la cultura, de acuerdo con una estrategia de desarrollo independiente", así como "promover la creación de Consejos Nacionales de Comunicación, representativos, que contribuyan a la identificación de las necesida-

des y prioridades en los campos informativos y socioculturales".

Finalmente, entre los objetivos que se debe tener en cuenta en un debate sobre el tema deberían considerarse los siguientes:

- Asegurar la pluralidad y diversificación de medios y contenidos. Este objetivo se ve obstaculizado por la creciente concentración de la propiedad de los medios. La ausencia de políticos estatales de apoyo a la prensa permite que esa tendencia opere libremente en el mercado. No es casual que numerosos estados, sobre todo los de Europa Occidental, hayan instituido diversas formas de ayuda a la prensa, desde subsidios directos hasta descuentos de impuestos, teléfono o ferrocarril, pasando por la distribución equitativa de la publicidad gubernamental y becas de formación e investigación.
- Facilitar el acceso de los sectores organizados de la sociedad a la propiedad de los medios.
- Contribuir a elevar el nivel profesional de quienes trabajan en medios, en lugar de restringir el desempeño a los titulados.
- Estimular la investigación sobre los medios y su influencia en la sociedad.

Se dice que cada país tiene los gobernantes —y la prensa— que se merece. Esta, como otras, es una verdad a medias que, no obstante, pone de relieve los condicionamientos a que están sujetos los medios de comunicación. Porque allí donde el poder económico, el Estado, los partidos políticos mayoritarios y las grandes transnacionales de la comunicación pueden influir, decidir y operar sin contrapesos, la autonomía de los medios y el derecho a la comunicación no son más que la expresión de un deseo. En ese sentido, hace falta una reflexión y un debate que saque el tema del ámbito de las disquisiciones legales y normativas, del exclusivo dominio de "lo realmente existente", para poder pensar entonces también a la luz de la noción de país a que aspiramos: un lugar donde se escuchen más voces y menos coros.

Comunicación popular y proceso social (1978-1993)

Susana Mena I.

ECO, Educación y Comunicaciones

Cuando hablamos de comunicación popular en Chile estamos hablando, la mayoría de las veces, de prensa popular. Así lo dice al menos el sentido común. Hay una referencia inmediata al boletín. El impreso. La seriedad de las letras. En nuestro país hay tradición de prensa obrera. Sin pretender ser exhaustivos, seguramente los periódicos aquellos de las mancomunidades, de los primeros sindicatos, sellaron una impronta que perdura hasta hoy. Y tal vez es tan indeleble porque aquellos periódicos efectivamente fueron la genuina voz de ese sector al que se quería representar. La voz propia.

Si aplicáramos sobre aquellos procesos de comunicación el clásico esquema EMISOR-MENSAJE-RECEPTOR, tal vez sería osado decir que quien emite el mensaje a través de un medio como el periódico obrero, en este caso, se funde en el receptor. Pero si no se funde, al menos se confunde. Lo conoce bien, lo interpreta y lo guía.

Sin embargo, esta huella de la que hablamos amenazó con perderse. Pareciera que se escondiera y asomara esporádicamente en momentos de tensión, de conflicto. Tiende a aparecer cuando hay movimiento, o cuando algo al menos trata de moverse.

Pasarán muchas décadas hasta que el fenómeno

de la comunicación popular vuelva a tener tanta consistencia. Densidad, impacto. En el intertanto, entre los partidos, el gobierno con sus organismos y también la Iglesia, "hablaron de", "se dirigieron a" muchos actores sociales. Pero opacaron y hasta ahogaron la expresión propia. Crearon y manejaron los medios y dieron nombre a las cosas, más que abrir canales de expresión.

PERIODO 1978-1987: EL BOLETIN POPULAR

Este es un largo período, del apogeo de la prensa popular, en tiempos recientes. Los tímidos comienzos de algunos documentos mimeografiados que daban existencia a corrientes de opinión, líneas ideológicas y esbozos de organización, no podían aún presagiar lo que vendría después. Los primeros años básicamente se apuntaba a dos necesidades fundamentales: reconstituir el tejido social y paliar en parte la desinformación que imponía la dictadura con maestría a través de bandos, censuras previas, control explícito no sólo de los medios de comunicación sino del ejercicio de otros derechos, como el derecho a reunión. Estos prime-

ros esfuerzos hoy nos pueden parecer tímidos, pero en aquellas condiciones —donde tener un mimeógrafo era casi como tener un arsenal— eran realmente heroicos. Habría que agregar que los impresos de aquella época distaban mucho de ser atractivos, lo que en parte se explica por las magras condiciones y señaladas. Por el apuro y el cierto temor que deben haber tenido los editores. Pero, no es menos cierto que había un interés preponderante por los contenidos, en desmedro evidente por la forma de presentarlos. Así como en tiempos de la prensa obrera se destacaba el gremio de los tipógrafos, en aquellos años ese militante al que le gustaba la poesía era el más indicado para asumir el departamento de comunicaciones. Se entendía además que el receptor a que se quería llegar estaba sobreinteresado en el mensaje, por lo que poco se le ayudaba con la gráfica o con un diseño más atractivo.

A partir del año 1980, algunos boletines, sobre todo los ligados a organizaciones más estructuradas y los ligados a la Iglesia y sus dependencias, se desarrollaron con cierta periodicidad. A ellos se les sumaron muchas experiencias menos periódicas, pero sí expresivas de un creciente dinamismo.

Los primeros años de la década de los ochenta se realizaron varios cursos y pequeños talleres de prensa popular: se estaba capacitando para realizar mejor esta labor informativa de reemplazo, para mejorar la redacción y la presentación gráfica, de modo que hubiera más lectores interesados. Aparecía crecientemente —y como problema— el asunto de financiar estas acciones de comunicación. La existencia de estos espacios de capacitación nos remite de todos modos a la valoración que se daba a los procesos de comunicación para el desarrollo de la organización y para la lucha por recuperar la democracia. A partir de este tipo de experiencias, se fundó en mayo de 1984 la Red de Prensa Popular, que actualmente reúne a más de cien experiencias de comunicación de base expresivas de diversos sectores sociales y de distintas regiones del país, con el objeto de difundir, representar y desarrollar la comunicación popular. Recientemente se ha legalizado como asociación gremial, para desarrollar los mismos fines en otros tiempos.

La comunicación era una necesidad y una tarea de todos. La comunicación popular se percibía a sí misma como un aporte complementario a los esfuerzos, heroicos también, de los periodistas que impulsaban los medios de prensa alternativos, particularmente revistas o semanarios de opinión y algunas radios.

Fueron los tiempos en que comenzaban a perfilarse mejor los objetivos que puede cumplir un boletín. En primerísimo lugar, dar existencia a una organización, partido político, corriente de opinión o propuesta. En un mundo deslegitimado por completo, ¿cómo demostrar quiénes somos, lo que pensamos, lo que queremos y los caminos para lograrlo?. El boletín tiene carácter de documento, y de documento histórico. Es, como se dijo muchas veces, la carta de presentación de la organización. Cada grupo que nace, cada propuesta que aparece, lleva consigo, casi inevitablemente su "año 1, número 1", a veces sin ninguna aspiración de pasar al número 2 y siguientes. Ese folleto de presentación, ese tríptico que hoy con gran destreza y éxito desarrolla el marketing para presentar cualquier cosa como producto, era una función especial para el boletín. ¿Complicada, podría pensarse? Tal vez. Pero conocida. El boletín de los ochenta no desconoce sus ancestros; se reconoce nieto o tal vez bisnieto de la prensa obrera.

El boletín de los ochenta fue un aporte a la construcción y desarrollo de la organización: expone sus funciones, crea lazos, propone tareas.

El boletín también fue un aporte a la hora de denunciar, pero fue por excelencia un medio informativo. Particularmente expresaba aquella noticia que estaba destinada a no aparecer en los medios oficialistas y, más aún, a ser distorsionada hasta lo increíble. Los boletines eran el registro de pequeñas y grandes movilizaciones; son la crónica de muchas violaciones a los derechos humanos, testimonio de que hubo una indigna pobreza, un índice de cesantía muy superior al que indicaba el INE, de que hubo injusticia. No sólo la Radio Cooperativa entregaba "la verdad de los hechos". Los boletines no sólo fueron testigos, sino que también impulsaron toda la contracorriente de acciones y valores solidarios. Así, la importancia vital de estos impresos es ser documentos de aquellos procesos, de

marchas y contramarchas del movimiento popular.

El boletín popular es memoria. Fue rescatando, de distintas épocas, sucesos y personajes que reforzaron un pensamiento, una apuesta. No estamos solos, otros lo han hecho antes, aquí y allá. Las páginas de los boletines no estuvieron dispuestas a olvidarse.

Otra función de primera línea fue desarrollar un medio formativo, educativo. No importaba alejarse del tradicional y manipulado concepto de la objetividad del periodismo chileno. Por el contrario, había que contrarrestar la avalancha ideológica que con mayor o menos sutileza quería imponer el régimen militar. Mientras algunos optaban por entregar elementos de análisis para entender la realidad, otros creaban secciones muy prácticas y útiles que indicaban desde cómo constituir sindicato hasta cómo parar la olla con escaso presupuesto.

El boletín fue un instrumento de movilización. Tanto para los eventos puntuales (jornadas de protestas, huelgas y otros eventos) como para poner temas en el tapete: los grandes temas que a todos cruzaban, como la recuperación de la democracia y, muy ligados a ellos, las reivindicaciones sectoriales: "no a la pena de muerte" levantaron como consigna los grupos de derechos humanos; "democracia en el país y en la casa" y luego "no +, porque somos +", dijeron las mujeres.

Otro aporte de la prensa popular fue ser escuela de dirigentes. Sin proponérselo, los boletíneros más destacados rápidamente se veían enfrentados a la posibilidad de ejercer cargos directivos. Y claro, el desarrollo de un medio de prensa periódico le otorgaba tres cosas fundamentales: información y conocimiento sobre la realidad, conocimiento íntimo de la organización, opinión sobre ambas y algún nivel de propuestas. Así, no fue extraño que "a la primera de cambio", con más o menos conflicto, el encargado de comunicaciones asumiera el liderazgo. Lo anterior fue particularmente difícil en el sindicalismo: el encargado de comunicaciones debía estar al servicio de la directiva y no era bien visto que el boletín se desarrollara como un espacio de debate interno de la organización, ni menos que señalara la distancia entre el discurso

de los dirigentes y la práctica sindical.

La circulación de mensajes de diversas organizaciones y sectores sociales fue un antídoto eficaz a la dispersión y atomización de los sectores populares. Creó lazos y relaciones. Creó movimiento.

En el período señalado se produjeron avances notables para la prensa popular. Ya en este período se dio un abaratamiento de la tecnología, en este caso, de aquellos procesos ligados a la impresión, lo que generó un mayor acceso a ella. De aquí en adelante, este dato será clave para el desarrollo de nuevas formas expresivas a nivel popular. Se masificó el uso de la fotocopia, el acceso al off set, a la fotografía. En este período los boletines incorporaron definitivamente la gráfica no sólo como "gancho" con un público más reactivo a estos contenidos o con dificultades para la lectura, sino también como elemento de identidad. Esos "ladrillos" puro texto, esos roneos llenos de manchas e ilegibles, fueron siendo progresivamente especies en extinción.

Se desarrollan en esta etapa interesantes búsquedas de lenguajes y géneros periodísticos propios y no tradicionales, más adecuados a los procesos que se buscaba generar. Apareció con toda propiedad el testimonio, por ejemplo, para los temas de derechos humanos y de mujeres; se indagó en la historieta, en el humor y las irreverencias, entre los jóvenes y estudiantes; y se desarrollaron propiamente géneros educativos.

PERIODO 1988-90:

EL IMPACTO DEL PLEBISCITO

El plebiscito del NO en 1988, y específicamente la Campaña del NO, produjeron un gran impacto en la comunicación popular. Remecieron sus formas y contenidos. Demostraron con gran éxito que se podía recurrir a otros símbolos, a otras imágenes, menos trágicas, menos oscuras que las que eran comunes, sobre todo en la izquierda tradicional. Demostraron, además, que de este modo se podía "llegar" a muchos más, al no convencido, al receptivo pero con miedo, al menos politizado. La campaña del NO consagró un camino que se venía indagando tímida y parceladamente: combinar

medios. La música, más el teatro. El acto más el lienzo. El perifoneo o megáfono más el panfleto a la hora de convocar. El diario mural más el tríptico para promover o denunciar. Había que ir donde estaba la gente, ocupar la calle y el espacio público. Había también que tomar aquellos temas que interesaban a la gente. Un ejemplo señero de este tiempo es la campaña de denuncia que organizó el Comité Ecológico de Estación Central para la clausura del Basural Lo Errázuriz.

La comunicación popular se apropió rápidamente de estos nuevos elementos, no sin algunos desconciertos. De ahora en adelante ya no se podría homologar prensa a comunicación popular. Se desarrolló un progresivo tránsito de equipo editor de boletín a equipo de comunicación popular. Este no se define por el solo hecho de manejar o indagar en el desarrollo de distintos lenguajes (radial, audiovisual, gráfico y/o escrito), sino por el hecho de identificar distintas necesidades de comunicación y satisfacerlas con los medios más adecuados. No todos los equipos estaban capacitados o fueron capaces de hacer un diagnóstico sistemático acerca de las necesidades de comunicación de su población o de su organización; pero al menos sabían, y con certeza, que el boletín no era esa especie de varita mágica que resolvía todos los problemas. Además era caro y llevaba tiempo editarlo.

No es posible decir que a cada necesidad un medio específico de comunicación. En el desarrollo de las distintas opciones influyeron los gustos y habilidades del equipo; su acceso a recursos económicos y tecnológicos; ciertas tradiciones y características del público al que iba dirigido el mensaje. Así, por ejemplo, los grupos de mujeres de base fueron abandonando los impresos, prefiriendo el diálogo directo: el "puerta a puerta", la reunión. Los jóvenes decididamente incorporaron los lenguajes artísticos, como el mural, y prefirieron las nuevas tecnologías audiovisuales. A nivel poblacional se incorporó el megáfono y los impresos de formatos más breves y ágiles, como los trípticos y la hoja informativa.

Aparecieron nuevos temas, como la ecología y el medio ambiente, y fundamentalmente surgió la dimensión local de los problemas y realidades

sectoriales. Se produjo cierto distanciamiento del análisis general y nacional, y poco a poco fue perdiendo importancia la realidad latinoamericana, sus procesos de lucha y la expresión de solidaridad entre pueblos hermanos. La dimensión local implicó también un mayor uso de los espacios públicos, comenzó a ser más frecuente el salir a la calle, como anticipando la democracia.

Una característica de este tiempo es el cambio del rol informativo de la comunicación popular. A las revistas democráticas (antes de prensa alternativa) y a las radios de posición, se les sumaban dos nuevos diarios: *La Epoca* y *Fortín Mapocho*. Particularmente este último, por su precio pero principalmente por su estilo informativo, llenó una necesidad noticiosa en los sectores populares. ¿Qué informar, entonces?, o ¿cuál era nuestra noticia? Hubo que descubrir cuál era la noticia propia, aquella que sólo los comunicadores populares conocían y que tenía trascendencia para la comunidad o la organización, aquella que por muy importante que fuera no tendría acceso a los medios tradicionales. Pero más que eso. La noticia popular no se regía por los criterios clásicos de relevancia o rareza (aquello de que un hombre mordió a un perro), sino que tenía mucho más que ver con procesos de identidad, de participación, de organización, de valoración, de formación. Requería de agudeza, de investigación, de mayor creatividad al ser comunicada.

Por último, existía una preocupación por la capacidad de gestión de la comunicación popular. Al igual que otras organizaciones populares, se indagaba en diversos métodos de financiamiento: desde los padrinos exiliados, los pequeños proyectos a Agencias de Cooperación, la venta y la colaboración voluntaria y las infaltables rifas.

PERIODO 1990-93: COMUNICACION POPULAR EN TIEMPOS DEL CONSENSO

La transición a la democracia, o la democracia a secas para algunos, significó una prueba de fuego para la comunicación popular. Quedaría reducida a un romántico recuerdo, si es que sólo era un proceso de comunicación para tiempos de emer-

gencia o para los temas conflictivos. Algo de eso hay, no sólo en buenas iniciativas de comunicación sino también en las organizaciones y grupos que las impulsaban. Con el advenimiento de la transición, cuando se pasó de la oposición al oficialismo, muchas experiencias decayeron o murieron. Sin embargo, quedó un acumulado que cada vez que se requiere se pone en juego, especialmente en los sectores poblacionales. Si hay una marcha, una denuncia, una protesta, aparecen desde los panfletos hasta el lienzo, cuando no las murgas callejeras, las banditas, los disfraces, como en la movilización ecológica de Quilicura hace pocos meses.

Por otro lado, muchos equipos de comunicación mantuvieron y desarrollaron sus experiencias enfrentando, como otros, las ilusiones y desilusiones del gobierno de la Concertación. Hubo que aprender a informar, educar, movilizar, denunciar en ese delicadísimo límite que impone el mantener los consensos. Como hacerlo a nivel local para no cerrar todas las puertas con el municipio, o con el Ministerio del Trabajo y el de Economía en el caso del sindicalismo, o de Semarn y el INJ si son mujeres y jóvenes. Al comienzo hubo inmovilidad. Hacia el fin del período hubo más destreza para "decir lo que había que decir", poner los puntos sobre las íes si era necesario y dejar los siempre necesarios márgenes de negociación.

Como muchos otros sectores, la comunicación popular esperaba más. Esperaba mayor recepción de los medios de comunicación para los temas y la realidad popular. Esperaba mayor reconocimiento y apoyo a las organizaciones, mayor participación y legitimidad para aportar a la democracia, mayor apoyo a las experiencias de comunicación democrática, que se fueron muriendo dramáticamente de a poco en la jungla del mercado. Esperaba mayor acceso a los distintos financiamientos estatales (como Fundec 92 y Fondart 93, Fosis) y leyes que favorecieran efectivamente la democratización y el pluralismo de las comunicaciones en el país.

Marcaron este período la lucha legal por desarrollar la comunicación popular, específicamente las radios populares. Estas comenzaron a desarrollarse en Chile en abril de 1990, y el fenómeno se extendió con asombrosa rapidez. Una radio comu-

nitaria, popular y participativa era la continuidad esperada para sistematizar y desarrollar ese proyecto de comunicación popular inserto y al servicio de una comunidad local, explorando y rescatando su historia y su identidad, dando voz a la diversidad de sus habitantes. Entonces y ahora, el sistema permite la regulación de mercado para los que cuentan con recursos económicos como para ingresar a él, y el pluralismo político más que el social en los medios de comunicación. En ese marco, la derecha y la radio comercial arremetieron contra el movimiento de radios representado por la Anarap (Agrupación Nacional de Radio Popular). La Anarap ha aprendido a legislar, hacer *lobbying* político con los parlamentarios, a negociar. Aprendizajes importantes, pero con magros resultados: hace casi dos años que se dictó la ley que penaliza las transmisiones ilegales de radio, pero aún no se legisla para dar existencia a pequeñas emisoras comunales, que posibiliten abrir los micrófonos para los que no tienen voz en FM, no son periodistas, no son políticos ni emisores calificados.

En este mismo ámbito de problemas, el actual proyecto de Ley de Prensa pone nuevas cortapisas a la existencia y desarrollo de la comunicación popular, específicamente en el campo informativo, el que no siendo hoy prioritario, es un ámbito irrenunciable. Como se sabe, en el proyecto son funciones exclusivas del periodista reportear y editar noticias. Los comunicadores populares que desarrollan hojas informativas, programas de radio -radios comunitarias en el futuro-, espacios noticiosos en video, no sólo opinan, sino que también requieren del dato informativo, de reportear. La función informativa les estaría vedada, por más que les concierna la noticia.

Hacia el fin de la transición, no se ha consolidado un modelo de comunicaciones que vea como necesario el desarrollo de distintos niveles que se complementen y que en conjunto aseguren la plena democratización de las comunicaciones. Los medios y los periodistas consideran que en ellos se agota el ejercicio de la libertad de expresión. Por el contrario, los comunicadores populares se conciben a sí mismos como complemento indispensable al sistema profesional y comercial de medios de

comunicación. Es más, son —y han sido— solidarios con ellos frente a los embates de la censura y otros ataques a la libertad de expresión. Sin embargo, ni los medios ni los profesionales de la prensa tienen igual consideración hacia la comunicación popular. Para ellos son desde competencia desleal a pequeños aprendices sin ningún impacto real en la opinión pública. Así las cosas, la comunicación popular sigue enfrentada a legitimarse en el concierto de las comunicaciones del país como un elemento necesario para lograr la armonía entre todas las voces.

Pese a estas condiciones no tan favorables, la comunicación popular persiste en su tarea. Existen numerosos equipos de comunicación que desarrollan múltiples iniciativas, que prestan servicios de comunicación a otras organizaciones, que capacitan a otros en diversas técnicas. Se explora en la actualidad la posibilidad de constituir microempresas autogestionarias de comunicación local, especialmente ligadas al uso de tecnologías en el campo audiovisual.

La comunicación popular debió y debe enfrentar el llamado "bajón" de las organizaciones sociales. Cómo hacer comunicación cuando existe menos formalidad en las organizaciones; cuando lo que prima, en el mejor de los casos, es coordinarse para solucionar problemas concretos en un tiempo determinado. La valoración y creación de espacios de comunicación ha sido una forma útil, pero poco sistematizada aún, de enfrentar el asunto. Por otra parte, la comunicación popular tampoco escapó a este bajón social. Existen menos experiencias comunicativas en la medida en que muchas iniciativas sociales han desaparecido. Pero cada día nacen nuevas. Y las que han permanecido hasta hoy se definen a sí mismas como una organización de comunicación popular. En virtud de esta identidad, no se abandona la búsqueda de formatos y

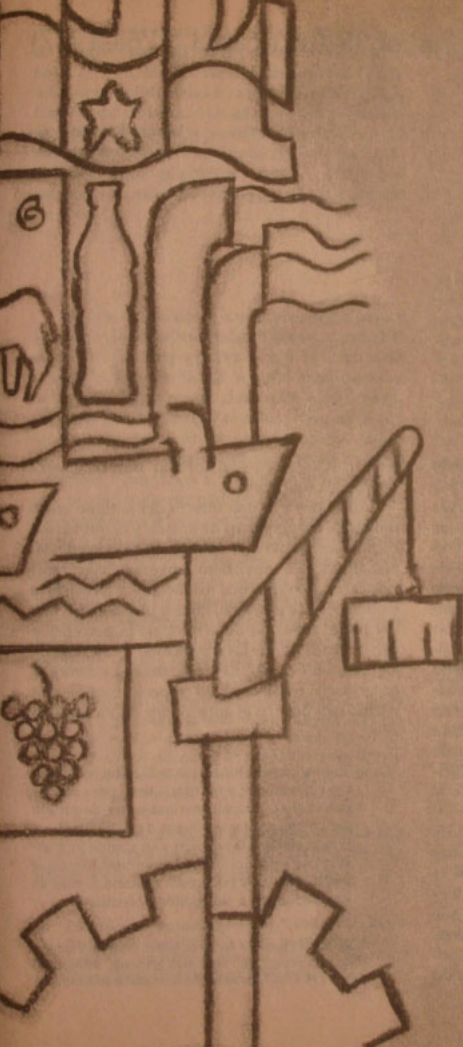
lenguajes. La creatividad resulta indispensable en nuestro país, donde los medios de comunicación masivos, y en especial la publicidad, tienen una alta calidad técnica y un alto nivel de innovación.

Para finalizar, se debe señalar que no resulta poco importante el que los comunicadores populares continúen en este empeño de desarrollar de diversos modos la voz propia. Ya sea para denunciar, para proponer, para no olvidar, para soñar, para estimular la solidaridad que va quedando, para patear por integrarse al mercado o para denunciar su falta de equidad, para sostener principios y crear conciencias, para promover el cambio participativamente o para atreverse a formular otros modelos de sociedad. Para algunos, estos procesos sí no amenazan, al menos desordenan la transición de los consensos. Desde la perspectiva de la comunicación popular, más bien pueden garantizar que cuando los haya, los consensos sean más reales y menos impuestos.

Nada importaría si los procesos de comunicación popular fueran extensiones de los canales de transmisión que requiere el Estado y los municipios para hacer circular sus mensajes e informaciones. La comunicación popular, aunque efectivamente cumple ese papel, lo hace con autonomía y no se agota allí. Si hay algo que la comunicación popular ha logrado en la transición es quebrarle la mano al sentido común que la ligaba a procesos de excepción. No hay renuncia a su rol ni a sus principios. (Poco tiempo falta, por ejemplo, para pensar y proponer la TV comunitaria, no sólo porque tecnológicamente se puede llevar a cabo, sino porque no se va a renunciar a desarrollar la propia imagen). Pero para mantener y asegurar su desarrollo, requiere de legitimarse socialmente, especialmente como componente imprescindible de un sistema democrático de comunicaciones.



PUEBLOS INDÍGENAS Y TERRITORIO



Guerra y lucha faccional en la Araucanía (1764-1777)

Leonardo León Solís
Universidad de Valparaíso

Durante el período colonial, la Araucanía fue el escenario de dos guerras: la guerra desatada por sus habitantes contra los españoles para preservar su autonomía, y la guerra que libraron contra sus propios líderes para preservar su libertad y el modo de vida tribal. La primera guerra fue de índole territorial, la segunda asumió el carácter de una guerra social. Mientras la primera se desarrolló principalmente en las regiones fronterizas del territorio indígena, la segunda tuvo una manifestación más subterránea y sutil. A veces de modo simultáneo y otras veces en secuencia, ambos conflictos dejaron en evidencia que los mapuche no concebían la libertad como un don de los dioses ni un capricho de la naturaleza, sino como el fruto de una lucha constante, sangrienta y a veces fratricida, que se emprendía día a día en defensa de la igualdad.

Entre 1760 y 1780, las rivalidades entre caciques gobernadores, lonkos, ulmenes y capitanes-conas recrudecieron con inusitada fuerza a través de la Araucanía. Rehues, ayllarehues y butalmapus fueron conmocionados por las guerras internas, que se libraban para frustrar las ambiciones de quienes pretendían capturar y monopolizar el poder tribal. El territorio mapuche se convirtió en ese período

en un espacio convulsionado por la guerra interétnica y faccional.

Inspirados por una mezcla del antiguo *ethos* militar de los guerreros de antaño y el individualismo oportunista que aprehendían de los hispanos, algunos jefes invirtieron sus energías en forjar una carrera política que los llevaría a convertirse en hombres de prestigio, fama y gloria en la cima del poder tribal. Se desarrolló así la percepción generalizada de que las aspiraciones e intereses de algunos jefes constituían una amenaza contra el orden social tradicional. Al respecto, escribió con particular intuición el gobernador de Valdivia en 1766:

Su política se reduce a que cada reducción y aun cada parcialidad y ranchería tiene por cabeza a un cacique principal, pero la sujeción (de que son tan enemigos, como amigos de la libertad) . . . Esta aversión a la sujeción y su grande propensión a ser tan adictos a sus costumbres, juzgo que son los dos más poderosos obstáculos para su total reducción a vida política y cristiana.¹

1. "Informe de Phelix de Berroeta, gobernador de Valdivia, 23 de agosto de 1766", Biblioteca Nacional, *Manuscritos Medina* 194, f. 16. Colección citada en adelante como MM.

El objeto de este trabajo es el estudio histórico de la lucha faccional por el poder en la Araucanía entre 1760 y 1780, desencadenada por las acciones militares y políticas de los lonkos llanistas Agustín Curiñandu, de la parcialidad de Angol, y Francisco Ayllapangui, de la parcialidad de Malleco. Se subraya en la reconstitución de estos hechos tanto el modo de hacer política como las formas que asumía el acceso al poder en la sociedad mapuche de la época.

I

La historia de Curiñandu y Ayllapangui parece inserta en los conflictos intertribales que sacudieron a los butalmapus entre 1760 y 1780; en estas confrontaciones se fundió la lucha individual por el poder político que se desarrolló entre lonkos, caciques gobernadores y capitanes de guerra, con las disputas que surgieron entre las grandes agrupaciones tribales para capturar nuevos recursos naturales y humanos. Si bien a través de las guerras se perseguía consolidar la posición y rango de los respectivos líderes, también se pretendía asegurar a través de esos medios los nuevos ámbitos geoeconómicos y territoriales que cada butalmapu, linaje o cacicazgo lograba influenciar. La lucha por el poder político y territorial era al mismo tiempo una empresa individual y una empresa tribal. El indio que lograba acumular riquezas, escribió Martínez de Bernabé:

es más respetado y conocido por guilmen, epíteo suficiente para tener más parciales y obedientes y como en estos términos es mirado el cacique, no se diferencia en sus juntas de los demás, sino en el asiento con primacía y tener la para romper la voz de su parte...²

El éxito o fracaso de las estrategias individuales afectaba tanto a los líderes como al resto del segmento social y a la tribu en su totalidad. Como

manifestaba el obispo de Concepción a mediados de la década de 1790:

en orden a las guerras entre sí mismos muy rara vez la tiene una parcialidad general (que llaman Butalmapu) con otra. Ellas se mueven comúnmente contra una u otra parcialidad particular vecina que se mira como enemigos... en ellas se dirigen por los respectivos gobernadores o caciques que son los árbitros de estas guerras o de las paces.³

El proceso de confrontación intra e intertribal durante el período 1760-80 estuvo configurado por tres grandes eventos. En primer lugar, por el incipiente desarrollo de un nuevo butalmapu, el Inapiremapu o butalmapu piemontano, que trataba de escindir del butalmapu llanista. En segundo lugar, por la consolidación del proceso de araucanización de las pampas, que como un verdadero telón de fondo daba sentido lo que ocurría en la Araucanía tradicional. En tercer lugar, se debe mencionar la consolidación de las relaciones de coexistencia que se forjaron entre los principales cacicazgos llanistas, costinos y pehuenches, y los vecinos de Concepción a lo largo de la frontera del río Biobío. Mientras la araucanización de las pampas proporcionaba recursos económicos extraordinarios, la paz de la frontera permitía relajar la resistencia militar antipeninsular. En esas circunstancias, se crearon las condiciones propicias para que explotara con toda su furia la guerra por el poder, la disputa faccional y la lucha intertribal. De la antigua guerra territorial se pasó a la guerra social.

Las confrontaciones que se desarrollaron entre los diversos cacicazgos, linajes y butalmapus para capturar el poder tribal afectaron al conjunto de la sociedad mapuche, sin dejar una sola instancia sin tocar. Fue un conflicto total. Esta lucha por el poder se manifestaba en el constante esfuerzo que realizaban los caciques gobernadores, lonkos, ulmenes y capitanes-conas por ocupar nuevas tierras, ganar

2. Pedro Usauro Martínez de Bernabé, "La verdad en campaña. Relación histórica de la plaza, puerto y presidio de Valdivia", en Nicolás Anrique, *Biblioteca Geográfica e Hidrográfica de Chile* (Santiago, 1908), p. 102.

3. Francisco José Marán, "Relación de las misiones de Chile y su frontera", citado por Walther Hanisch, "Memorias sobre misiones jesuitas de 1784-1785", *Historia* (Santiago) 25 (1990), p. 133.

acceso a nuevos recursos económicos y nichos ecológicos, extender las alianzas matrimoniales, militares y rituales hacia otros linajes y reagrupar diversos cacicazgos bajo su liderazgo. Sus acciones también dejaban de manifestar sus deseos de ejercer un control más directo sobre la empresa maloquera transandina, monopolizar el comercio fronterizo, conseguir el nombramiento de capitanes de amigos, tenientes o misioneros para que se asentaran en sus tierras y, por sobre todo, influenciar el desenvolvimiento de las relaciones con los hispano-criollos en beneficio de sus propios intereses.

Los eventos que alteraron la vida cotidiana de la sociedad tribal en esos días fueron condicionados por el desenvolvimiento de las contradicciones que generaban las ambiciones de poder de algunos jefes de linajes y la reacción que provocaban entre aquellos que se oponían a cualquier forma de apropiación de la legitimidad política y social. En la medida en que la mayoría de los caciques, lonkos, ulmenes y capitanes, en sus diversos niveles de jerarquía, aspiraban a la posición de respeto y rango que otorgaba el reconocimiento público de su autoridad, sus rivalidades políticas se transformaron en causa de feroces disputas que terminaban en sangrientos enfrentamientos entre los habitantes de la Araucanía. Sobre todo, se luchaba para impedir que otros se apropiaran del poder y consiguieran ejercer su dominio sobre el resto del linaje, la tribu o el butalmapu. Si la independencia política de cada lonko era la antítesis de la subordinación, el equilibrio de poder entre los cacicazgos era la base de la autonomía social y territorial. Alternativamente, la acumulación del poder podía significar la muerte de los jefes vencidos, la esclavización de sus mujeres y niños, el saqueo de sus riquezas y la destrucción de sus asentamientos ancestrales.

La sociedad mapuche de la segunda mitad del siglo dieciocho se representaba a sí misma como una sociedad igualitaria; la jerarquía política, militar y social era entregada voluntariamente por el resto de la sociedad a los hombres que la merecían por razones de sabiduría, ecuanimidad, prestigio, inteligencia, generosidad o habilidad militar. La sociedad mapuche creaba sus jefes, y sus jefes

legítimos nacían con el reconocimiento de la sociedad. En este sentido, la lucha por el poder que desataban esporádicamente algunos líderes era una forma de apropiación ajena a la sociedad tribal; esta apropiación irregular no sólo encerraba el peligro del quiebre de la legitimidad política tradicional, sino que también implicaba la personificación de la fuerza y la autoridad. La captura del poder a partir de una disputa o lucha era un robo, una "maloca política", un despojo que se hacía a los demás miembros de la tribu, del butalmapu o del cacicazgo. En esos periodos se quebraba el consenso y se rompían los lazos de reciprocidad que desde antaño legitimaban a los hombres que llegaban a la cúspide del liderazgo tribal. Los sujetos sociales que hasta allí habían actuado como creadores de jefes, se transformaban en subordinados y perdían momentáneamente su propia capacidad para ascender en la pirámide tribal.

La apropiación del poder separaba a los jefes del resto de la sociedad mapuche, posibilitaba el surgimiento de estamentos y grupos de dominio y echaba las bases para que una élite exclusiva dictara las reglas del juego a los demás actores sociales. En otras palabras, la captura del poder por un individuo, linaje o butalmapu producía alienación, y se transformaba en un instrumento de coerción que se podría transformar en el primer eslabón de la larga cadena de eventos que llevaría al fin de la sociedad igualitaria. En esos momentos, sin que nadie lo proyectara intencionalmente, se comenzaba a andar por el camino hacia las jefaturas, los señorios despóticos y, finalmente, los proto-estados.

La reacción negativa del resto de la sociedad mapuche contra las ambiciones políticas de los capitanes, lonkos, ulmenes y caciques no provenía de una percepción caprichosa del poder como una manifestación maligna o vil, ni tampoco de una intuición sin fundamento ni historia. Por el contrario, los que se oponían a la enajenación política de la sociedad lo hacían conscientes del peligro que encerraba esa nueva realidad. Históricamente, las luchas faccionales que sacudieron a la sociedad mapuche en la segunda mitad del siglo dieciocho se dieron en el contexto que crearon los siglos de conflicto y coexistencias con los euro-

peos. Acosada en sus regiones periféricas por la irrupción del capitalismo y la cristiandad, la sociedad tribal continuaba estando expuesta al despojo, la servidumbre, al cautiverio y a la muerte, a consecuencia de una guerra contra los blancos que quedó sin terminar.

Los mapuche tampoco ignoraban que al norte del río Biobío, en las fronteras de Cuyo, Buenos Aires y Valdivia, en Santiago, Lima y Madrid, aún persistía el afán expansionista y conquistador, y que sus fértiles tierras despertaban los más diversos apetitos entre hacendados, comerciantes, soldados, misioneros y funcionarios estatales. Ese afán expansionista se había justificado ideológicamente a partir de diferentes principios, dando forma a proyectos políticos que incluyeron las empresas de conquista y fundación de ciudades del siglo dieciséis, pasando por las propuestas de guerra defensiva y las expediciones esclavistas del siglo diecisiete, para concluir en el sistema de coexistencia que se inició con el parlamento de Quilín. En la segunda mitad del siglo dieciocho, el interés por las tierras de la Araucanía adquirió un perfil fundamentalmente económico. Describiendo el estado miserable en que se hallaban los habitantes del distrito de Concepción, el obispo de la ciudad manifestaba en 1765 en una carta al rey:

De que resulta la pobreza que se experimenta cada día más y más en este Obispado, en tanta manera, que mucha de la gente de él anhela a pasarse y vivir en las tierras de los yndios por hallar en ellas la abundancia de que carecen en las propias. .⁴

La Araucanía era vista como un territorio fértil, propicio para la agricultura y el pastoreo, de clima benigno y fácil comunicación, que permitía el florecimiento de una sociedad próspera. A través del contacto cotidiano, los criollos vislumbraban al sur del Biobío la presencia de una economía sólida que hacía posible el intenso tráfico comercial de ponchos, sal y animales, que los mapuche

intercambiaban por manufacturas y productos europeos. Sin embargo, la opinión interesada de los hispano-criollos no reconocía el papel que jugaba la organización tribal en el desarrollo de una economía fuerte y una sociedad que no se veía aquejada por la pobreza, el hambre o la criminalidad, y atribuían la prosperidad a las condiciones ambientales más que a la acción humana. Por el contrario, se argumentaba que la potencialidad económica de las tierras australes era desaprovechada por los indígenas. Como manifestara el gobernador Ambrosio de Benavides en una "Relación General del Estado de las Misiones de Indios" escrita en 1785,

Su aplicación a la agricultura es ninguna y sólo por necesidad del sustento se dedican a sembrar algunos granos y legumbres, que la feracidad del terreno les proporciona cosechas a poco costo y menos fatigas, principalmente el maíz que les es más apetecible para una especie de licor que llaman Chicha. .⁵

El diagnóstico de negligencia que se aplicaba a los mapuche era seguido, en la lógica de los cristianos, por las mismas ideas expansionistas que justificaron el despojo de las tierras indígenas en el resto del continente. La persistencia de las ambiciones territoriales hispano-criollas mantuvo a los mapuche enfrentados a un constante acoso de parte de sus vecinos, que los obligó a permanecer en un estado de alerta militar para poner atajo a las aventuras y proyectos expansionistas. En ese contexto, las aspiraciones de poder de lonkos, capitanes y ulmenes eran un factor que debilitaba los mecanismos tradicionales de cohesión, porque producían el quiebre de los lazos de dependencia y reciprocidad sobre los cuales descansaba la solidaridad militar. En consecuencia, las luchas faccionales fueron vistas por los mapuche a partir de su impacto sobre la sociedad y la merma que

4. "El Obispo de la Concepción de Chile informa a Vuestra Majestad sobre el comercio de ganado y vino que tienen los españoles de su obispado con los Yndios Yñielles, 7 de febrero de 1765", *MM*, vol. 191, f. 302 y ss.

5. "Relación General del Estado de las Misiones de los Indios que estuvieron a cargo de los ex Jesuitas y subsisten en el Reyno de Chile, formada por el Presidente, Gobernador y Capitán General Don Ambrosio Benavides para noticia del Rey Nuestro Señor en cumplimiento de su Real Orden de 31 de enero de 1764", *MM*, vol. 202, f. 235.

provocaban en su poderío militar, lo que los dejaba virtualmente expuestos a las diversas presiones de los hispano-criollos. Lo que más tenían los mapuche era la concentración del poder, porque el destino de toda la etnia quedaba sujeto a la voluntad discrecional de unos pocos jefes. La experiencia de los cacicazgos fronterizos de Concepción, Arauco y la Isla de la Laja durante el siglo dieciséis, cuando se fortaleció la autoridad los toquis hasta transformarse en verdaderos "señores de la guerra", demostró que sin los elementos que tradicionalmente limitaban el poder de los jefes, era más fácil que se produjera el pacto político entre toquis y españoles, o que se desataran guerras sin fin. Por sobre todo, este período de libertad indiscriminada de los toquis probó que las estrategias de sobrevivencia o coexistencia se inspiraban más en las motivaciones particulares de los sujetos que detentaban el poder en el seno de los cacicazgos, que en el interés tribal global. Se intuía que el monopolio exclusivo del poder en manos de un puñado de caciques, lonkos, ulmenes podía también significar la derrota definitiva de los hombres de la tierra.

Durante el período 1760-80, la diversidad de intereses que separaban a los butalmapus, linajes y cacicazgos mapuche eran tan fuertes como los elementos que hacían posible su unidad. Manteniendo un balance entre las fuerzas disgregadoras y las integracionales, los diferentes segmentos tribales emprendían nuevos caminos, ya sea para afianzar sus alianzas territoriales internas o para sacar mayor provecho de las relaciones comerciales, políticas o diplomáticas que se establecían con los hispano-criollos. Describiendo en 1766 a los naturales de la región, el gobernador de Valdivia Phelix de Berroeta manifestaba que eran de

bastante capacidad y avisados, especialmente para lo que les importa; su altivez es grande en sus tierras, aunque la disimulan y encubren entre los españoles. También tienen un poco de doblez y engaño en sus tratos, pero más los arrastra el interés, si bien como gente pobres, de bajos pensamientos, posan su interés en cosas de poca monta.⁶

En general, las comunidades adoptaban diferentes modalidades para crear condiciones materiales que les permitieran sobrevivir en el caótico mundo de los intereses contrapuestos y las disputas faccionales. Así, mientras algunos linajes continuaban defendiendo su derecho a la independencia total con respecto al imperio hispánico y sus dependencias, otros se convirtieron en los más leales aliados de España en la región. Refiriéndose a los habitantes de la reducción fronteriza de Santa Fe, un funcionario colonial manifestaba al respecto:

Que esta reducción por su ventajosa situación dentro de la Ysla de La Laja a las orillas de Biovivo y la fidelidad y constante conducta valerosa de sus Yndios el que en todos tiempos han dado relevantes pruebas, hace tenerla por una parte general de defensa de esta frontera contra los Yndios Yñfieles, y por consiguiente son dignos siempre de la Real Protección y fomento que les dispensa el Gobierno para su adelantamiento y conservación.⁷

Los guerreros de las reducciones de Santa Fe, San Cristóbal, Talcamávida, Santa Juana y Arauco, por citar solamente algunos cacicazgos fronterizos, después de haber encabezado durante siglos la resistencia indígena contra la monarquía, surgieron durante este período como un verdadero 'antemural' contra las incursiones de los maloqueros del interior y servían de puerta de entrada a los conchavadores que se internaban hacia la Araucanía; con sus posiciones de poder aseguradas por el apoyo militar que les brindaban las fuerzas del rey, los lonkos y ulmenes de la frontera constituían una poderosa facción política que participaba activamente en los parlamentos, juntas y parlas con un discurso que llamaba a la coexistencia y rechazaba la confrontación. Una situación similar se registraba en esa época con los pehuenches de los altos del Biobío, respecto a los cuales el virrey de Lima observaba durante la

7. "Informe de Pedro Nolasco del Río, Los Angeles, 1º de febrero de 1792", en Archivo Nacional de Chile, *Capitanía General*, vol. 1016, f. 195. Fondo citado en adelante como CG.

6. "Informe de Phelix de Berroeta. . .", f. 14 v.

guerra de 1770: "La nación de Pehuenches a quienes se atribuye el desorden ha sido aliado perpetua de los Españoles. . ."⁸ Los misioneros franciscanos manifestaban en 1767 con respecto a los mismos pehuenches:

A todo el Reyno consta, y Vuestra Señoría Ilustrísima sabe muy bien, que en este alzamiento no han tenido parte alguna nuestros Pehuenches, quienes al punto se declararon finísimos amigos de los Españoles hasta llegar a tomar las armas contra sus mismos nacionales.⁹

La intensidad de los antagonismos intestinos solamente tenía un paralelo en la profundidad de las ambiciones de los líderes mapuche. Mientras las alianzas eran frágiles porque se formaban a partir de intereses y no de principios, la conducta política de los lonkos, caciques y capitanes era dictada por un fino sentido de la oportunidad. Si en un momento los pehuenches o los costinos surgían como los aliados más fieles de España, en otros eran sus más encarnizados enemigos. En realidad, los lonkos, ulmenes y caciques no eran aliados de España para defender los intereses imperiales, sino que buscaban la alianza de España para combatir a sus propios enemigos, asegurar sus ganancias territoriales o impedir nuevas pérdidas. Esta flexibilidad política extrema, que crecía cuando el poder aparecía dividido a lo largo de los conos parentales y distribuido en los múltiples círculos socialmente integrativos, quedaba amenazada si el poder tribal era controlado por un grupo minoritario.

La victoriosa lucha contra los tercios españoles en los siglos dieciséis y diecisiete se había conseguido en gran parte gracias a la fragmentación del poder que se repartía entre los diversos cacicazgos, linajes y butalmapus, los que se ponían solamente en los casos de grandes crisis militares bajo el mando de un toqui de guerra. La dualidad del toquiazgo y el cacicazgo, del poder absoluto y del

poder segmentado, permitía establecer un equilibrio político que balanceaba las aspiraciones locales con los intereses globales de la nación indígena, sin que los grupos más pequeños se vieran sujetos a los afanes expansionistas de las agrupaciones más numerosas. En la medida en que la paz tribal dependía de este balance, y que el éxito de la guerra contra los españoles fue determinando por el flujo y reflujo del poder local al poder total, la experiencia de este doble proceso no fue olvidada por los mapuche a pesar de las décadas de paz.

II

La historiografía más reciente de la Araucanía ha formulado nuevos conceptos para concebir los principales procesos que afectaron las relaciones fronterizas, ya sea durante los siglos de contacto con la monarquía o bien después con las repúblicas de Chile y Argentina.¹⁰ Últimamente, se ha propuesto que el estudio mismo de la sociedad fronteriza refleje los intereses de la amplia gama de los sujetos sociales que allí emergían y que se subyace la importancia de los hechos políticos, con el fin de abandonar la historia de episodios y eventos aislados, que si bien es rica en la anécdota es pobre en el análisis. Desde este punto de vista, es necesario hacer hincapié en la compleja trama de relaciones que configuraban el poder y la política fronteriza, tanto entre los indígenas como entre sus vecinos españoles y criollos.¹¹

10. Sergio Villalobos et al., *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1983); Osvaldo Silva G., "En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos", *CUHSO* (Temuco, 1984), vol. 1, pp. 89-115; "Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispánicos", *Cuadernos de Historia* (Santiago, 1985), n° 5, pp. 7-24; José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Santiago, 1987); Sergio Villalobos, et al., *La Araucanía. Temas de historia fronteriza* (Temuco, 1987); Sergio Villalobos, *Los pehuenches y la vida fronteriza* (Santiago, 1989); Jorge Pinto et al., *Misioneros en la Araucanía* (Temuco, 1988); Leonardo León, *Maloqueiros y conchavadores en Araucanía y las Pampas 1700-1899* (Temuco, 1991); Jorge Pinto et al., *Misticismo y violencia en la Araucanía temprana* (Temuco, 1992).
11. Leonardo León, "El pacto colonial hispano-araucano durante la segunda mitad del siglo XVIII" (Clase Magistral, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Metropolitana

8. "Carta del Virrey Manuel de Amat a Francisco Javier de Morales, Lima, 10 de enero de 1770", *MM*, vol. 195, f. 1.

9. "Los misioneros franciscanos informan a Su Señoría Ilustrísima, don Pedro Angel de Espiñeira, 12 de agosto de 1767, acerca de la labor que han desarrollado entre los indios y los espléndidos resultados obtenidos", *MM* 194, f. 470.

Entre las tribus mapuche de la segunda mitad del siglo dieciocho se deben tener en cuenta las diferentes estrategias de sobrevivencia y resistencia de llanistas, pehuenches, arribamos, costinos y huilliches, además de las reducciones cristianizadas de la frontera del río Biobío, Valdivia y Chillán. También se deben incorporar las nuevas agrupaciones que surgían bajo el impacto de la expansión araucana en las pampas y Patagonia, tales como los aucas y ranquelches.¹² La interacción tribal durante este período era intensa y echaba raíces a ambos lados de la cordillera de los Andes, se creaban nuevos lazos de parentesco y surgían innumerables linajes en los que se mezclaba la sangre de antiguos enemigos. La Araucanía y Patagonia eran el escenario de grandes transformaciones sociales y económicas, en un período en que los butalmapus mapuche del lado occidental comenzaban a ejercer su influencia en los amplios territorios pampeanos.

La antigua pureza lingüística y cultural perdía su nitidez en la configuración de un universo tribal más rico y poderoso, agitado solamente por las bandas de maloqueros, cazadores de esclavos o de los osados aventureros blancos que incursionaban por sus tierras. Las disidencias que surgían entre

los diversos segmentos tribales de la Araucanía, Neuquén, Limay, Río Negro y la Patagonia septentrional estaban marcadas por su amplitud geográfica y por las nuevas ramificaciones que como verdaderos archipiélagos extendían la influencia de los linajes más poderosos. Este mismo proceso se vivía en el seno de los butalmapus y caciazgos, que sufrían bajo el impacto de las ambiciones políticas y expectativas de posición jerárquica de caciques, lonkos, ulmenes y capitanes de guerra, que arrastraban tras de sí a las machis, brujos, conas y mocetones.

Los grandes cambios territoriales y las nuevas alianzas militares no sólo modificaban los mecanismos tradicionales de integración tribal, sino que también corroían las unidades sociales familiares estructuradas por lazos de sanguinidad; en su reemplazo surgían los primeros asentamientos organizados por lazos de dependencia de índole económica o política. Estas transformaciones, que sacudían a la sociedad tradicional, se registraban a través del territorio indio, en un período de notoria recuperación demográfica y prosperidad económica. Fue en esos momentos que se comenzó privilegiar los intereses particulares de los caciazgos o de los butalmapus por sobre los que correspondían a la totalidad de la nación indígena. En otras palabras, durante este período se registró con dramático vigor la lucha política orientada a capturar el poder tribal. Sin embargo, este proceso no fue un evento abstracto ni se dio en el aire. Su escenario fueron los rehues diseminados por toda la Araucanía y las pampas; en cada lugar adquirió una peculiaridad que no puede reducirse a dos o tres generalizaciones.

Los intereses de los hispano-criollos tampoco pueden ser reducidos a una sola expresión, en la medida en que militares, comerciantes, buhoneros, vecinos y terratenientes, por nombrar los estamentos más visibles en el quehacer fronterizo que tenía su base en Concepción, abogaban por distintas formas de acercamiento con los indígenas y postulaban estrategias propias para consolidar sus respectivos ámbitos de poder e influencia.¹³ Desde España, la casa de Borbón tenía sus

de Ciencias de la Educación, 15 de enero de 1992); Osvaldo Silva, "Réplica a una reacción no esperada. Mi respuesta a Tom Dillehay", *Boletín de Historia y Geografía* (Universidad Blas Cañas, Santiago, 1992) n° 9, pp. 57 y ss.

12. Sobre el proceso de expansión mapuche hacia el este durante este período, véase Salvador Canals Frau, "Expansión de los Araucanians en Argentina", *Handbook of South American Indians* (Washington, 1946), vol. 2, pp. 761 y ss. También Leonardo León, "Las malocas araucanas en las fronteras de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla, 1987); "Maloqueros, tráfico ganadero y violencia en las fronteras de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 26 (Köln, 1989). De Raúl Mandrini, "La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX", en Mirta Lischetti, *Antropología* (Buenos Aires, 1987); "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)", en *Anuario Instituto de Estudios Histórico-sociales* 1 (Tandil, 1986), pp. 11-48; "Los araucanos en las pampas", *Boletín de Historia y Geografía* (Universidad Blas Cañas, Santiago, 1992), n° 9, pp. 57 y ss.; De Horacio Zapater, "La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX", en Villalobos, *Relaciones fronterizas...*, pp. 89-105.

13. Mario Góngora, "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile central, siglos 17 y 18", en *Cuaernos de CESU* (1987); Marcelo Marmagnani, *Les mécanismes de la vie économique*

propios planes con respecto del amplio flanco indefenso de la monarquía en el Atlántico sur y la extensa costa austral, y desarrollaba desde mediados de siglo una política intervencionista y centralizadora dirigida a reducir la influencia de los patricios criollos en los asuntos administrativos de Buenos Aires y Chile.¹⁴ El gobernador de Chile, con asiento en Santiago, y el virrey del Perú desde Lima, también elaboraban propuestas con respecto a la pacificación de la Araucanía, a las que se sumaban los proyectos de los franciscanos, quienes después de la expulsión de los jesuitas monopolizaron las relaciones con los indígenas.¹⁵ Las necesidades e intereses de la monarquía eran habitualmente defendidos por el gobernador y, a veces, por los oidores de la Audiencia, mientras que las propuestas de la Iglesia aparecían divididas por las disputas que surgían entre obispos, misioneros y seculares. Gobernador, Audiencia, Iglesia y Cabildo eran los principales protagonistas de la política que se elaboraba hacia los indígenas; por su diversidad de criterios y opiniones, el fruto de sus acciones no era homogéneo ni claro.

En conclusión, los acuerdos y compromisos que regían el intercambio fronterizo hispano-araucano durante la segunda mitad del siglo dieciocho no eran impuestos desde arriba por un gobierno absolutista, ni tampoco eran dominados por un estamento social exclusivo o por alguna tribu o cacicazgo; por el contrario, lo que primaba en el desenvolvimiento de las relaciones de coexistencia entre esos mundos tan dispares era la constante competencia entre los diversos grupos de intereses y actores, que aparecían envueltos en

interminables disputas, intrigas y confabulaciones. El factionalismo, la formación de camarillas y la incesante búsqueda de alianzas daban un tono de inestabilidad a la vida política fronteriza del río Biobío; la trama de las relaciones hispano-indígenas era, por sobre todo, rica y compleja, una verdadera puesta en escena de los dramas mayores que sacudían a la monarquía, a las colonias y a los cacicazgos araucanos de aquellos días.

Sin embargo, esta conceptualización más refinada de la vida fronteriza es un ejercicio limitado, pues, a pesar de los avances que se han hecho en el entendimiento de la historia del contacto entre mapuches y europeos, aún no se ha dado el paso crucial de plantearse una historiografía que dé cuenta de la historia mapuche desde su propia perspectiva; una visión que, apegada al método histórico tradicional, se plantee problemas, interpretaciones y cronologías, teniendo en cuenta los procesos internos de la Araucanía y sus territorios adyacentes en las pampas y Patagonia. Una historiografía que, sin ser indígena en el sentido propio —hecha por mapuche para mapuche—, no sea tampoco un mero reflejo de los eventos que tuvieron lugar en los ámbitos hispano-criollos. En fin, pensamos que es necesario plantearse un estudio del pasado regional de la Araucanía en el que la sociedad indígena sea el sujeto histórico, los indígenas sus protagonistas principales, y cuyo eje narrativo se sitúe en el mundo de las relaciones sociales tribales. ¿Por qué continuar estudiando el desastre de Curalaba? ¿Por qué no iniciar el estudio de la victoria de Curalaba? De lo que se trata es de pasar definitivamente de la historia eurocéntrica que se diluye en el proceso formativo del Estado nacional chileno, a la historia propiamente mapuche.

Los desafíos que plantea el escribir una historia indígena sin contar con fuentes directas son diversos y formidables; sin embargo, la riqueza de los testimonios y la abundancia de los documentos, sumados a más de cuatrocientos años de observaciones, estudios y reflexión, permiten iniciar este camino sin grandes dificultades ni riesgos metodológicos. Obviamente, si se analiza las fuentes con la rigurosidad más extrema, debemos decir que son precarias; pero no usar estos testimonios

dans une société coloniale: Le Chili (1680-1830) (Paris, 1973); Iván Inostroza, *La formación de una sociedad fronteriza: Concepción 1580-1690* (Manuscrito, Santiago, 1992).

14. Néstor Maza V., *La conciencia política chilena durante la monarquía*, (Santiago, 1959); John Lynch, *Bourbon Spain 1700-1800* (London, 1990); *The Spanish American Revolutions* (London, 1989).
15. Holdenis Casanova, "Presencia franciscana en la Araucanía. Las misiones del colegio de Propaganda Fide de Chillán", en J. Pinto et al., *Misioneros...*, pp. 121-197; Albert Noggler, *Las cuatrocientos años de misión entre los araucanos* (Temuco, 1982); Fernando Casanueva, "La evangelización periférica en el reino de Chile", *Nueva Historia* (Londres) 5 (1983).

es condenar al silencio uno de los procesos históricos más significativos y apasionantes del cono sur. Lo que se busca es recuperar el equilibrio historiográfico, devolver su historicidad y su memoria a los 'vencidos', y forjar así una visión más rica y completa de la Araucanía.

III

Este trabajo sobre el surgimiento de los lonkos Curiñancu y Ayllapangui se hace desde la perspectiva de la historia indígena, a través de un estudio de la actividad política tribal en la segunda mitad del siglo dieciocho. Se analiza el problema de la generación del poder entre los caciques araucanos, la formación de alianzas entre los linajes, el surgimiento de federaciones tribales, la manipulación de las relaciones con los hispano-criollos de la frontera del Biobío, y sus secuelas más sangrientas en las guerras internas que afectaron a pehuenches, llanistas, arribamos, huilliches y costinos.¹⁶ El énfasis ha sido puesto en el análisis del problema del poder en un marco cronológico muy estricto y particularizado en la etnia llanista. Desde ya, se debe señalar que en relación a las guerras tribales, se ha subrayado en este trabajo la importancia de las disputas políticas por sobre la influencia que tenían en las rencillas locales las creencias de los mapuche descritas por los funcionarios estatales y los misioneros. Refiriéndose a la venta de cautivos indígenas para el servicio personal en la ciudad de Valdivia, el gobernador de la ciudad manifestaba en 1755:

No son muchos los [indios cristianos] que se logran para el servicio de las familias que pueblan esta Plaza, rescatándolos, a gran fatiga, del rigor bárbaro de sus compatriotas, cuya ignorancia tiene creído no morir ninguno entre ellos de muerte natural; y así luego que fallece algún principal, lo atribuyen a maleficio y recae la culpa ordinariamente sobre quien recae la ojeriza, pagando con las vidas en el suplicio del Juez

toda la familia, hasta los inocentes. De modo que sólo se salvan tal vez aquellos a quien perdona la misma codicia de los indios para venderlos a los españoles, según el encargo que de antemano se les hace, para lograrle el beneficio de sus almas, y el que sirvan algún tiempo en sus casas. Razones que han hecho tolerable aquí este mal comercio. . .¹⁷

Como se desprende del testimonio de Sáez de Bustamante, las rencillas locales eran un hecho frecuente a través de los rehues, pero sus efectos no solo aparecen normados por las reglas ancestrales del *admapu*, sino que también figuran en sus génesis motivaciones pecuniarias. En otras palabras, las causas de estas confrontaciones eran coyunturales y de carácter personal. El encargado de la misión de San Francisco de Valdivia, Joaquín Millán, corroboró en un testimonio posterior que el verdadero motivo de la venta de cautivos era más trivial que estructural:

No todos los indios que se venden en Valdivia se venden por brujos, aunque los que los compran alegan este pretexto; pero la realidad es que se venden muchos por sólo la tiranía y codicia de otros indios que, pretextando parentesco, robos u otros motivos semejantes, venden a muchos pobres huérfanos que no tienen quien los defiendan.¹⁸

La importancia de los factores económicos por sobre los ideológicos, o de las rencillas personales por encima de los antagonismos tribales, reduce el ámbito de las guerras entre vecinos a una dimensión doméstica. Por el contrario, las luchas por el poder asumían dimensiones regionales, envolvían varios linajes y afectaban la mayoría de las veces al conjunto de la tribu.

Todo trabajo historiográfico surge en el am-

17. "Informe del gobernador Sáez de Bustamante. Valdivia, 1755", en Biblioteca de Palacio (Madrid), Manuscritos, vol. 2820, f. 348, citado por Gabriel Guarda, "El servicio de las ciudades de Valdivia y Osorno, 1770-1820", *Historia* 15 (1980), p. 82.
18. "Informe del Padre Joaquín Millán, misión de San Francisco de Valdivia, enero de 1775", citado por Guarda, "El servicio de las ciudades de Valdivia y Osorno . . .", p. 82.

16. Leonardo León, "La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas" 1765-1796", *Nueva Historia* (Londres) 5 (1983).

biente intelectual que crean otros historiadores en torno a un tema; algunos de los planteamientos que se hacen aquí han sido inspirados por la lectura de la bibliografía más reciente. En este sentido, es importante el aporte de Jorge Pinto, quien incurrió de modo pionero en el tema, haciendo referencia al problema de las guerras internas durante el siglo dieciocho, e introdujo el concepto de conflictos horizontales—entre caciques de una misma parcialidad—y verticales—entre caciques y sus mocetones—.19 Holden Casanova se ha referido a los jefes indígenas en el período prehispánico y ha llegado a la conclusión de que "el poder del jefe se acentuó en el seno de la familia, diluyéndose en forma creciente a medida que se ascendía a la tribu".20 Osvaldo Silva ha escrito sobre este mismo tema, ubicando la figura del jefe o toqui en el período más álgido del Flandes Indiano durante el siglo dieciséis. Durante ese período, observa Silva:

surgieron auténticos jefes, los toquis de guerra, cuyas órdenes eran obedecidas por combatientes pertenecientes a diversos linajes, incluyendo los ancestralmente antagónicos. Apareció también el caudillaje, formándose bandas que seguían lealmente a quienes encabezaban malones y distribuían el botín... En el siglo XVI estaban germinando muchos de los elementos que, interiormente, podrían dar nacimiento a una real autoridad y al aglutinamiento, bajo su amparo, de muchos linajes, división territorial y consanguínea autónoma, típica de las estructuras tribales. Todo ello como respuesta a ese endémico estado de hostilidad y belicosidad que caracterizó las relaciones aborígenes-hispanas durante la centuria.21

En 1991, Jimena Obregón escribió un documentado trabajo sobre las guerras tribales en la

Araucanía del siglo diecisiete, subrayando el impacto de la organización territorial en las disputas por el poder y el esfuerzo que se hizo en la sociedad tribal para impedir que "el poder se extienda más allá del grupo local".22 En un trabajo más reciente, Eugenio Alcámán ha realizado una acuciosa investigación en torno a la etnia huilliche asentada en las cercanías del río Bueno, y hace un planteamiento global respecto al carácter que asumieron los conflictos tribales en esa región. La hipótesis de trabajo de Alcámán es que

la sociedad mapuche-huilliche de la región septentrional del Futa-huillimapu durante la segunda mitad del siglo XVIII se desarrolló en una lucha permanente de sus agrupaciones zonales por mantener un equilibrio satisfactorio entre los medios de subsistencia y reproducción social, aceptando algunas de éstas la extensión de determinados establecimientos españoles como una manera de procurar este equilibrio dentro de un planteamiento general de rechazo a la política de la corona española de reducir a los pueblos indígenas a una condición no dominante o colonial.23

Disputas en el seno de los linajes, conflictos por recursos, caudillaje y oportunismo, confrontaciones que se generan por las contradicciones que prevalecen entre la economía doméstica y la economía pública, sumados a las coyunturas que creaban las operaciones bélicas contra los vasallos de la corona española, parecen ser, en síntesis, los contextos que—de acuerdo a estos autores—explican el desenvolvimiento de las guerras tribales. En la

19. Jorge Pinto, "Frontera, misiones y misioneros en Chile y Araucanía 1600-1900", en Jorge Pinto et al., *Misioneros...*, p. 27.

20. Holden Casanova, "El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica", en Sergio Villalobos et al., *La Araucanía...*, pp. 31-45.

21. Osvaldo Silva, "Guerra y trueque como factores de cambio en la estructura social. Una aproximación al caso mapuche", en Guillermo Bravo, ed., *Economía y comercio en América hispana* (Santiago, 1990), pp. 83-95.

22. Jimena Obregón I., "Guerra y paz entre los mapuches o araucanos de Chile: guerras interétnicas y guerras intraétnicas a mediados del siglo XVIII (1640-1655)" (Documento, París, 1991). En la formulación de categorías más amplias, Pierre Clastres, *La sociedad contra el Estado* (Barcelona, 1990), que discute conceptualmente el problema del poder (y su eliminación) en las sociedades tribales. Lamentablemente Clastres no se refiere en su obra al documentado caso mapuche, que quizás le habría permitido entender mejor la evolución histórica de la "Tucha contra el poder".

23. Leonardo León, "The policy towards the Araucanian Indians in Argentina and Chile during the XVIII and XIX centuries" (Ph.D. Thesis, University of London, 1992?), caps. 1, 2 y 3.

medida en que se ha logrado subrayar la importancia que tienen estos conflictos en el desenvolvimiento global de la sociedad mapuche y se ha dejado de lado la explicación cuasi-folclórica que proveía hasta aquí la historiografía tradicional, cada uno de estos trabajos constituye un valioso aporte a la discusión del problema del antagonismo tribal. Además, es importante señalar que la mayoría de los autores citados subraya la estrecha vinculación que existe entre la lucha por el poder (interno) y los conflictos interregionales (externos), buscando una explicación que se sitúa más en la estructura social que en el mundo doméstico o de las rencillas privadas. Pero, en su conjunto, no logran resolver la cuestión del poder y el conflicto social en la Araucanía.

Cronológicamente, cada uno de estos trabajos — con excepción de los estudios realizados por Jorge Pinto y Eugenio Alcamán — están referidos a periodos más tempranos, particularmente a la época más sangrienta del conflicto hispano-araucano. En el caso de Alcamán, la investigación está contextualizada en el ámbito geográfico y social de Futa-huillimapu, región en la cual muchos de los factores que operan en la frontera del Biobío se diluyen o adquieren nuevas connotaciones. Por sobre todo, la aproximación metodológica de la bibliografía citada se mantiene en un plano general, en la medida en que no pretende establecer un proceso sino que se conforma con dar cuenta o registrar el hecho histórico. Si bien no se puede desconocer el aporte que se hace al dejar constan-

cia de un hecho, tampoco se puede negar que la reconstrucción cronológica de estos conflictos puede entregar nuevas perspectivas para entender el impacto de las guerras tribales. Por eso se hace necesario replantear algunos conceptos y categorías para la segunda mitad del siglo dieciocho, en la medida en que el cuadro político, étnico y social de la Araucanía sufrió grandes transformaciones durante esa centuria. Estos cambios impactaron significativamente tanto la estructuración del poder como la distribución de los territorios de los butalmapu mapuche.

La historia de Curiñancu y Ayllapangui demuestra que a pesar de la paz que prevalecía en la frontera, la lucha por establecer bases propias de poder y crear verdaderas dinastías no había cesado ni concluido. Tampoco había concluido el esfuerzo realizado por la sociedad tribal para impedir que surgieran formas autónomas de poder que quebraran el orden tradicional. El equilibrio entre los linajes, los consensos políticos y la paz intertribal dependía, al fin de cuentas, de estas acciones menos heroicas y carentes de brillo, pero que hacían posible la persistencia de una sociedad igualitaria. Es cierto que esta lucha social estuvo durante los siglos dieciséis y diecisiete íntimamente relacionada con la épica de Arauco, pero su desarrollo se situaba en la estructura misma de la sociedad tribal y no en el mero contacto bélico con los europeos. La lucha social era más refinada y sutil, menos visible y más compleja, pero no por ello menos real.

Relaciones y negociaciones entre las sociedades indígenas de la región atacameña, y el Estado y la sociedad chilenos.

Siglos XIX y XX

José Luis Martínez C.
Universidad de Chile

I

... bueno, en aquel tiempo era casi boliviano todo. Todo esta parte, desde Antofagasta, a donde era. Con la idea de ese tiempo, del '79, cuando hicieron la guerra. Mucho boliviano, después ya, cuando hicieron 79, el año 80 parece que ya nacionalizaron aquí po', chileno. Y quedamos muchos aquí po', por nacionalizados chilenos. Andaba mucho Comisión y decía el finado mi papá, ah, decía que usted va a quedar ahora chileno, o si quiere irse a donde pertenecía la raya, se va para su tierra, a Bolivia. O si quiere nacionalizar por chileno, aquí al tiro le anotaron. Le cambio todo, le dijo, por chileno.

(Testimonio de don Juan Ayaviri, Toconce, Segunda Región, 1984)

Y los habitantes de Toconce "escogieron". Hoy son chilenos, aun cuando en realidad conservan sus viejos lazos de parentesco y relaciones con el lado boliviano (muchos de ellos parientes) y con el lado argentino. En definitiva, se trata de una determinada decisión, una cierta elección en un momento crucial —la llegada del Estado chileno a la región— que permite atisbar, aunque sea breve-

mente, algunos rasgos y trazos de lo que pareciera ser un proceso mucho más complejo, sutil y variado. Una actitud (y una práctica, si se quiere) que no es la de la simple aceptación de decisiones estatales unilaterales.

Se trata, al parecer, de una manifestación más de una vieja tradición cultural que fue puesta en práctica frente a otras presencias estatales y en la que se advierte un manejo flexible de situaciones, de actitudes, orientadas siempre, desde la óptica indígena, a optimizar su posición con respecto al Estado o la sociedad dominante. Una suerte de "negociaciones", no siempre formales o institucionalizadas, muchas veces simplemente un conjunto de actitudes o de prácticas sociales o económicas, por intermedio de las cuales las sociedades andinas han intentado mejorar su posición en relación al grupo dominante del momento.

No creo arriesgado postular, así, una suerte de "tradición" política de la negociación por parte de los grupos menores, los pequeños señoríos o las comunidades reducidas frente a las sociedades mayores en el área andina. Los etnohistoriadores han planteado que ya desde el Tawantinsuyo es posible observar parte de estos procesos de "negociación". Se negocia con los inkas las condiciones o

mecanismos de la relación de dominación (Pease 1979, 1991; Morris 1985); posteriormente con la Corona y sus representantes locales (Murra 1980).¹ Se negocia con los estados republicanos y renegocia con los gobiernos liberales que rompen el anterior pacto conservador (Platt 1982). Y se intenta negociar, también hoy, las nuevas condiciones de inserción social, política, cultural.²

Quisiera referirme brevemente a la historia de algunas de estas "negociaciones" entre el Estado y la sociedad chilena, por una parte, y las comunidades indígenas de la región atacameña, por otra; intentaré –de paso– visualizar cómo estos procesos han tenido por espacio concreto determinados territorios y, con ello, los han intervenido, modificado y alterado.

II

En el norte del país, durante los siglos diecinueve y veinte, se desarrolló un proceso cuyo objetivo parece haber sido, por una parte, configurar una política de presencias estatales en espacios y territorios tradicionalmente marginales; y, por otra, asegurar la integración como mano de obra asalariada de las poblaciones indígenas (proceso ya muy avanzado en las regiones andinas vecinas, más centrales). La necesidad de configurar una presencia estatal estable parece válida sobre todo para las administraciones boliviana y chilena.

Resulta interesante constatar que, heredera de

una vieja tradición colonial, la administración estatal peruana tenía una política de presencia territorial, de ocupación de espacios y de manejo de relaciones con las poblaciones indígenas de Tarapacá, que no se advierte en el caso de la administración boliviana para estas regiones y cuya ausencia es particularmente clara para el caso de la administración chilena.

Cada burocracia estatal intentaba "dibujar", para sí misma, una determinada representación de los espacios, territorios, poblaciones y riquezas, necesaria para la determinación del control administrativo, puesto que se trataba, en todos los casos, de burocracias externas a la región (Lima, La Paz o Santiago). En el caso de Tarapacá, los documentos de los distintos ministerios chilenos reflejan cómo –en un primer momento del proceso de toma de control– se "copiaba" o se seguía, en parte, la visión peruana precedente (ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 780, año 1897; Fondo Min. del Interior, leg. 868, of. 69, año 1880).

Pero en el caso de Atacama, acaso por su mayor marginalidad y aridez y por la mayor debilidad de estructuración y presencia de la administración boliviana precedente, la burocracia chilena se vio forzada a recrear esa imagen para poder pasar, recién en el siglo veinte, al proceso de expansión del Estado hacia aquellos espacios que aún permanecían periféricos. Es, precisamente, el período de los "viajeros" en la región. Phillippi, San Román, Bertrand, Risopatrón, Vaisse, por mencionar a los más conocidos y a los que habría que agregar una larga lista de anónimos funcionarios que entregaron posteriormente sus informes a la respectiva autoridad (ANCh, Fondo Min. de Relaciones Exteriores, vol. 616, año 1894; vol. 689, año 1895).

Como siempre, estos procesos no son unidireccionales. Resulta clara, a estas alturas, la participación indígena –activa y creativa– en ellos. No sólo respondiendo reactivamente, sino también buscando influirlos y modificarlos.

El último cuarto del siglo diecinueve es de años intensos. Tres países disputaban, de una u otra forma, el control de esos territorios, productos y poblaciones. Con la batalla de Topáter (marzo de 1879), se consolidó, aparentemente al menos, el control chileno sobre los oasis piemontanos y la

1. Una muestra de los procesos de negociación colonial es la reunión de kurakas en Mama (costa central peruana), en los primeros años de la invasión europea, cuando los dirigentes étnicos allí reunidos se dirigieron al Rey para proponerle una forma distinta de relación que excluyera a los encomenderos. También el Memorial de Obrera, documento del siglo dieciséis a través del cual algunos dirigentes de esa región requirieron del Rey determinados privilegios en virtud de su "nobleza" y posición; a cambio, ofrecían mejores condiciones de relación entre sus grupos étnicos y la Corona. La misma Carta al Rey de Guamán Poma conlleva una suerte de intento de rediscutir y proponer nuevas o diferentes formas de relación y dominación.
2. Esto implica una posición contraria a aquellos que presumen y asumen la existencia de un rol siempre pasivo y "sumiso" por parte de las poblaciones indígenas.

precordillera (Calama, Chiuichiu y San Pedro de Atacama), pero pareciera haber quedado un vacío en cuanto al control de los espacios propiamente puneños. En esos primeros años de control chileno, se perciben intentos por ocupar las tierras altas y, con ello, parte de los espacios de las comunidades indígenas. Se efectuaron instalaciones militares en la puna, orientadas al control del tráfico de productos con Argentina y se nombró autoridades locales sujetas al control –al menos nominal– de los jefes civiles y militares en Antofagasta, etc. (ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 378, tomo I, año 1887). Pero Bolivia mantuvo sus pretensiones en la zona y, en 1886, el Congreso boliviano reiteró su dominio sobre las comunidades indígenas de la puna atacameña.

El Congreso Nacional decreta:

Artículo 1º Las pequeñas poblaciones denominadas Quitana, Rosario, Pastos Grandes, Antofagasta del Desierto, Carachipampa, corresponden a la provincia de Sub-Lipez i quedan sujetas a las autoridades políticas, como judiciales i administrativas de ellas.

(ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 378, tomo I, año 1887, n° 1)

Aquí hay un punto que me interesa destacar, porque apunta a las diferentes ópticas y lógicas de dominación y control políticos ejercidos por uno y otro Estado y que parecen ser captadas por las comunidades indígenas y usadas en su propio beneficio. El Estado chileno se interesa en los territorios. Aplica el viejo esquema de un territorio homogéneamente constituido, con fronteras continuas, en el que lo fundamental es el control de los espacios y las riquezas de la tierra (sobre todo las mineras). En esta perspectiva, las poblaciones asentadas allí son, o potencialmente enemigas (en tanto "bolivianos"), o un objeto que resulta indiferente (en tanto "atrasados", "pobres": indios, en definitiva) y, por lo tanto, escapan al peso directo de la administración estatal o las cargas fiscales. Al Estado boliviano lo que parece interesarle, en cambio, son las comunidades, las poblaciones indígenas. Y una de las causas de ello es que, como parte de la herencia colonial, las comunidades pagan

aún el tributo indígena semestral, una de las bases más importantes de sustentación del tesoro público boliviano (Dalence 1851; Cajas 1975; ANB Padrones de Revisitas).³ Presión por las fronteras y los espacios versus presión por la gente. Es una diferencia que las comunidades perciben rápidamente.

El tercero en la discordia es Argentina, movida –me sospecho– mucho más por intereses locales que federales. Existe en el noroeste argentino una vieja tradición de haciendas ganaderas que usaban la mano de obra indígena como arrieros y las tierras de las comunidades para pastos de engorda en los caminos, sobre todo en los pasos hacia los mercados boliviano-chilenos. De allí que los hacendados y ganaderos argentinos parecieran tener también fuertes intereses, esta vez sobre las tierras y sobre la potencial mano de obra de las comunidades. La presencia argentina habría implicado también una fragmentación de las tierras de las comunidades (ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 591, año 1893).

El gefe [sic] del destacamento existente en Pastos Grandes, lugar limítrofe con la Argentina, me ha enviado las comunicaciones que acompaño, y que él ha obtenido originales, por las que verá U. que el Gobierno Provincial de Salta nombra autoridades para poblaciones que están comprendidas en el territorio de la República. También acompaño copia de otra comunicación que ha obtenido el mismo gefe dirigida por el Sub-Prefecto de Sur-Lipez al Corregidor del Rosario, por la que aparece que el Gobierno de Bolivia pretende también tener dominio sobre algunos de estos lugares.

(ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 413, año 1888)

Es en este momento que podemos observar en operación esos mecanismos de "negociación" a los

3. Las comunidades indígenas son vistas, además, como proveedoras de mano de obra regional. En una carta fechada el 8 de febrero de 1879, el Gobernador boliviano de la provincia informaba del descubrimiento de una mina de plata y cobre en los cerros de El Inca (Chuquicamata), para cuyo trabajo proponía el aporte de las comunidades de la zona (ANB Min. del Interior t. 208, n° 19).

que me refería inicialmente. Algunas comunidades, como Susques y Pastos Chicos, aceptan pagar las contribuciones indígenas bolivianas atrasadas, pero otras como Rosario, Coranzules, Toro y Pastos Grandes se niegan, alegando estar fuera de esa jurisdicción. Las autoridades argentinas nombran delegados en algunas de ellas, cargos que los dirigentes étnicos locales rechazan, alegando —esta vez— ser bolivianos... (ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 425, of. 788, año 1889).

Una carta de don Cosme Damián Vázquez, autoridad de Susques nombrada tanto por bolivianos como chilenos, expresa esta situación de presiones argentinas y bolivianas y la ausencia de ellas (por carencia de políticas al respecto) de parte chilena, dando un indicio de cómo se manejan los dirigentes indígenas:

Susques, enero 1º de 1893

El Inspector del Distrito

Al Señor Subdelegación de San Pedro de Atacama

Habiendo recibido su muy respetada nota fecha 30 del mes pasado noviembre en el que me acusa resivo U.S. de la nota que le indiqué al 22 del mismo, Sr. mi autoridad, hasta hoy de la fecha ya se habrían tomado las medidas necesarias del qui rriendo cuenta, de los avusos, gravedades que nos tienen en esta, como ser de Volivia y la República Argentina. No se a cual nacion perteneseremos, que nos tienen en gravedad.

En esta circunstancia, Señor pido el "decreto" circular, de vuestro Supremo Goviemo de la "Nación" dado facultades de nuestras leyes, que nos ampara en el pais ygalmente de la -copia- que le incluye, pidiendo que se presentare el Sello con el Escudo de "Chile".

En los fines consiguientes, remito una -"Nota"- Oficial, de Bolivia, presentados con tres sellos y preferidos para D. Pedro Basquez, pero el no se a ocupado a ningun comidimiento y ni quiere tenerlos en su poder ...

Sin mas mi señor mi ancia quedo a sus ordenes y espero las leyes de facultades y un tanto quedo a deliverar con el poco conocimiento que tengo.

(ANCh, Fondo Min. de RREE, vol. 591, of. 14 anexo, año 1893)⁴

La carta expresa la intención de permanecer bajo jurisdicción chilena ("vuestro supremo gobierno ... que nos ampara en el pais ..."), pero no deja asimismo de expresar la inquietud por el resultado final del proceso ("No se a cual nacion perteneseremos, que nos tienen en gravedad"). Y creo que resulta clara la intención de incidir en una decisión. Frente a la contribución indígenal, el Estado chileno no cobra una tributación directa a los indígenas; frente a las presiones ganaderas argentinas sobre la escasa tierra y la exacción de la mano de obra, el gobierno chileno parece carecer en absoluto de una política hacia las comunidades. Más aún, hasta ese momento el control político y administrativo chileno se ejerce básicamente en las tierras bajas de la costa, lo que implica que, además de la ausencia de una carga fiscal directa y de presiones constantes, la chilenización aparecería ante los ojos indígenas en ese momento como una posibilidad de optimizar su posición; de allí los intentos por incidir favorablemente hacia uno de los países en pugna. La actitud del dirigente étnico de Susques es, en definitiva, la misma que adoptarían un poco más tarde los comuneros de Toconce, si recordamos el testimonio de don Juan Ayaviri.

En estas decisiones, el patriotismo está absolutamente ausente. No es un factor relevante para comunidades que, por siglos, han estado sometidas a uno u otro control estatal y que, divisiones más, nacionalidades menos, continúan conservando viejos lazos de parentesco y reciprocidad con habitantes de una ancha franja que va desde la costa del Pacífico hasta la ceja de selva en la región del Chaco boliviano y argentino, pasando por el altiplano meridional boliviano. El acceso a recursos, mercados, circuitos, no se ve afectado en esta etapa por una decisión de esta naturaleza. El problema está en la optimización de la posición con respecto al Estado, y es ésta la responsabilidad de los dirigentes. De allí la carta de don Cosme Damián Vázquez.

Hacia fines del siglo diecinueve e inicios del veinte, la presencia chilena se concentra en las tierras bajas costeras y en los enclaves mineros de la depresión intermedia (yacimientos de plata de El Indio y Caracoles, salitreras en el sector de Tocopilla), con algunas escasas excepciones

4. En la transcripción de esta carta se respetó la redacción, ortografía y uso de signos de escritura.

(borateras en Ascotán y puntos vecinos y haciendas agrícolas en Chiuchiu y San Pedro de Atacama). Es la minería la que redefine los espacios, básicamente orientada por un modelo de enclaves abastecidos desde afuera. En esta coyuntura histórica, los habitantes indígenas de las tierras altas de la región atacameña parecen aplicar, al menos, una doble estrategia de relación e inserción en los procesos económicos regionales.

Por una parte, retomando una vieja actividad económica, la arriería, y la desarrollan en torno a los nuevos ejes y los más recientes intereses comerciales, en lo que podríamos llamar un proyecto de desarrollo de un tráfico arriero independiente hacia el que se reorienta, incluso, parte de la agricultura que termina transformada en forrajera (alfalfa) (Áranda 1964, Sanhueza 1991). Ya entre los siglos dieciséis al dieciocho fueron las caravanas de atacameños las que contribuyeron a abastecer a Potosí y las ciudades del Alto Perú, y en el siglo diecinueve, eran parte del sistema de ingreso de mercaderías y maquinarias a Bolivia (Sanhueza 1991). Ahora se trata de abastecer las minas y las ciudades, y las comunidades se dedican a ello activamente. En la tradición oral regional casi todos guardan memoria de las largas travesías realizadas para traer ganado desde Argentina, o de los viajes a las ferias anuales de Huari (en Bolivia) para traer mulas que abastecieran los yacimientos, o productos que incorporar a los circuitos de intercambio que permitían abastecer a las poblaciones mineras.

Aun cuando se trata de un proceso poco estudiado en lo que se refiere a sus matices durante el siglo diecinueve,⁵ quisiera sugerir la posibilidad de que parte del tráfico arriero no sólo buscaba abastecer los insumos industriales, sino también, y en una escala mucho menor, pero no por ello menos vital, a las poblaciones mineras. Esta dimensión, que resulta oculta por la primera, consistía básicamente en el abastecimiento a bajo precio de pequeñas cantidades de productos de consumo directo, y permitía también una revitalización de

parte de las actividades agrícolas familiares en las comunidades. Se trata, obviamente, de un tema que debe ser estudiado en profundidad. Lo interesante de esta sugerencia es el posible impacto que podría haber tenido en la reproducción de las condiciones de explotación de la mano de obra minera, puesto que permitiría la adquisición de productos a bajo precio, haciendo desaparecer parcialmente las presiones por los salarios, ya iniciadas en 1882 con los movimientos huelguísticos mineros (ANCh Min. del Interior, vol. 934, of. 133).

Una segunda línea, muy próxima a la anterior, se da con la explotación indígena de la llareta, planta resinosa altamente combustible que crece sobre los 3.500 metros de altura y que se transformó en el energético con el cual funcionó Chuquicamata hasta principios de este siglo. La población local se dedicaba a la extracción –casi indiscriminada– de la llareta, que era vendida a intermediarios urbanos, los que, a su vez, la vendían al mineral. En este momento se produjo lo que tal vez es la primera crisis ecológica, puesto que la llareta se extinguió en amplias zonas.

Hasta aquí, la inserción y relación de las comunidades pasa, fundamentalmente, por el manejo y control indígena de sus propios recursos y espacios y de su energía de trabajo independiente. Cuestión completamente distinta a lo que ocurría, por ejemplo, con las comunidades de la quebrada de Tarapacá, que bajaban a las salitreras y se empleaban como mano de obra asalariada. En el caso atacameño, las comunidades continuaban ocupando los pisos ecológicos altos con una baja presencia estatal, y la sociedad nacional ocupaba preferentemente las tierras intermedias y bajas. Esta especial forma de relacionarse permitía, paralelamente, la conservación de las estructuras sociopolíticas de las comunidades.⁶

5. La tesis de Cecilia Sanhueza es un primer paso para el estudio de los procesos de mercantilización de las poblaciones indígenas regionales. Sin embargo, se trata de un tema de muchas proporciones que requieren aún de investigación.

6. La creación y consolidación de los actuales pueblos de Toconce y Cupo, a fines del siglo diecinueve y principios del actual, con indígenas oriundos de Bolivia, Argentina y población de Aiquina, en la cuenca del río Loa; así como la creación de nuevas andenerías y terrazas de cultivo y la explotación de nuevas estancias ganaderas altas, en ese mismo período, dan una muestra de esta capacidad vital y de autogeneración, así como de la relativa autonomía de las comunidades (Martínez 1985).

Sin embargo, el desarrollo tecnológico minero acelerado y una cada vez mayor toma de conciencia de la necesidad de expandir la presencia estatal y de rigidizar la frontera, fueron cambiando paulatinamente esa forma de articulación. Ya iniciado el siglo veinte, la expansión minera generó una ardua disputa por los territorios y sus recursos. El objetivo era, ahora, obtener el control del agua y de los espacios de circulación. Se trata de un proceso que ha sido en parte documentado en otros trabajos (Aldunate 1985; Castro y Martínez 1991 Ms; Cavieres 1985 Ms). Es importante destacar que, nuevamente, algunas comunidades intentaron no quedar al margen y generar sus respuestas. Es el caso, por ejemplo, de la comunidad de Aiquina, que ya en 1907 inscribió en el Conservador de Bienes Raíces, colectivamente, la propiedad de las aguas de la vega de Turi, para conservar sus tierras de pastoreo y sembradíos. Se trata de una temprana incursión en el mundo legal chileno, de parte de comunidades que, recordemos, recién entre 1904 y 1910 estaban siendo "chilenizadas"; de paso, demostraban la gran capacidad colectiva de las comunidades andinas para insertarse en las nuevas condiciones sociopolíticas.

A pesar de estos esfuerzos por defenderse, sin embargo, los comuneros fueron expulsados de gran parte de los espacios altoandinos, sobre todo de aquellos ubicados en las nacientes del río Loa y de sus afluentes, donde se ubicaban las azufreras, borateras y las tomas de agua del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y del mineral de Chuquicamata. Aunque las comunidades fueron expulsadas de estos espacios, algunas veces con una violencia física que incluía la eliminación del ganado, no se produjo un arrebato generalizado de las tierras, de forma tal que ello permitió una cierta forma de pervivencia y continuidad de una mínima base de reproducción social y cultural indígena.

Aproximadamente desde los años veinte del presente siglo, se desarrolló un proceso más o menos acelerado de implantación de la presencia estatal y de penetración sociocultural entre las comunidades de la región atacameña. Son, de una u otra manera, los años de la pérdida de identidad, de la vergüenza de ser indio; los años del abandono del lenguaje y de la integración, como mano de

obra asalariada, al mercado minero y urbano. Es el período de expansión máxima de la presencia estatal. Se crearon escuelas y postas, se construyeron retenes policiales y puestos militares fronterizos, la frontera se rigidizó y se intentó impedir el paso hacia y desde los países vecinos, etc. La creciente presencia estatal alcanzó su clímax en el decenio 1980-90, durante el cual la fuente de ingresos más importante para quienes aún no habían emigrado llegó a ser el POJH y el PEM (Cavieres 1985 Ms).

Pero se trata de un proceso que, obviamente, tiene muchas aristas y matices y al que nos hemos referido con anterioridad en otro trabajo (Castro y Martínez 1991 Ms. No quisiera repetir aquí las mismas ideas, sino referirme, más bien, a una situación nueva, que surge de este contexto que acabo de esbozar tan rudimentariamente y que no es más que un nuevo intento de negociación.

Me refiero al actual resurgimiento de una identidad étnica, la atacameña, que involucra a comunidades y pobladores que hasta hace pocos años atrás la hubiesen negado, pero que parece ser necesaria (o al menos así es vista), para renegociar frente al Estado (y la Comisión Especial de Pueblos Indígenas), una posición —nuevamente— más expectante.

Tradicionalmente ha existido una separación entre las comunidades de la cuenca del Salar de Atacama y las de la hoya del río Loa. Los habitantes de un sector se reconocen diferentes a los del otro. Aunque existe una zona intermedia y, en la práctica, todas las localidades tienen actualmente población proveniente (en algún momento del siglo diecinueve y principios del veinte) del noroeste argentino, sur boliviano (Lípes) y local, los de la hoya del río Loa son reconocidos como con mayor influencia boliviana y los del salar como atacameños. Hay que señalar, además, que éstas son identidades asignadas externamente. Hasta hace pocos años, los "atacameños" jóvenes no se reconocían como tales y un habitante de Socaire o Peine (al extremo sur del salar), hubiese expresado que "atacameños" eran los de Atacama, es decir San Pedro de Atacama, pero no ellos. Algo similar ocurre con los "bolivianos" de la cuenca del río Loa, muchos de los cuales alegan su condición de locales.

Hoy, se trata de una región en la que el intento por reconocerse colectivamente como atacameños y de ser reconocidos a su vez como tales, es un esfuerzo que recorre y cruza todas las comunidades y requiere borrar esas diferenciaciones anteriores. Se trata, creo (aunque es muy incipiente aún para afirmarlo taxativamente), de una reconstrucción de una identidad como parte de la búsqueda de ese espacio de interlocución que, de estar ausente, no tendrían. Únicamente como atacameños (en tanto que sujeto colectivo y con identidad), pueden negociar frente al Estado; y las comunidades, siguiendo una tradición ya centenaria, vuelven a negociar y a buscar cómo optimizar una vez más su posición frente a una sociedad mayor.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

A) FUENTES MANUSCRITAS

ARCHIVO NACIONAL DE CHILE (ANCH)

Fondo Ministerio del Interior, vols. 868, of. 69, año 1880; vol. 934, of. 133.

Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, vol. 378, tomo I, n° 1, año 1887; vol. 413, año 1888; vol. 425, of. 788, año 1889; vol. 591, año 1893; vol. 616, año 1894; vol. 689, año 1895; vol. 780, año 1897.

ARCHIVO NACIONAL DE BOLIVIA (ANB)

Fondo Ministerio del Interior, tomo 208, n° 19, año 1879.

Fondo Ministerio de Hacienda, tomo 21, n° 17, año 1830; tomo 26, n° 16, año 1831.

Fondo Padrones de Revisitas, n° 234, año 1877.

B) IMPRESOS

Aldunate, Carlos

1985 "Desecación de las vegas de Turi". *Chungara* (Arica) 14:135-139.

Aranda, Ximena

1964 "San Pedro de Atacama. Elementos diagnósticos para un plan de desarrollo local". *Informaciones Geográficas*, número especial, Universidad de Chile, Santiago.

Cajías, Fernando

1975 *La provincia de Atacama 1825-1842*. La Paz: Ed. Universo.

Castro, V. & J. L. Martínez

1991 Ms "Poblaciones indígenas de la provincia de El Loa". En: Hidalgo et al., eds. *Culturas de Chile*, vol. II. Santiago: Ed. Andrés Bello (en prensa).

Cavieres, Aaron

1985 Ms "Estudio del efecto de las políticas de uso de los recursos hídricos del altiplano chileno sobre las comunidades de pastores aymara". Informe final Proyecto WUS-AHC. Santiago.

Dalence, José María

1851 *Bosquejo Estadístico de Bolivia*. Chuquisaca: Imp. de Sucre.

Martínez C., José Luis

1985 "La formación del actual pueblo de Toconce. Siglo XIX". *Chungara* (Arica) 15:99-124.

Morris, Craig

1985 "From Principles of Ecological Complementarity to the Organization and Administration of Tawantinsuyu". En: Masuda, Shimada y Morris, eds. *Andean Ecology and Civilization*: 477-489. Tokio: University of Tokio Press.

Murra, John

1980 "Waman Puma, etnógrafo del mundo andino". En: F. Guaman Poma de Ayala. *El primer Nueva Crónica y Buen Gobierno*. 3 vols. México: Siglo XXI.

Pease G.Y., Franklin

1979 "La formación del Tawantinsuyu: mecanismos de colonización y relación con las unidades étnicas". *Histórica* (Lima), vol. III, n° 1:97-120.

1991 *Los Incas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Platt, Tristán

1982 *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí*. Lima: I.E.P.

Sanhueza, Cecilia

1991 "Orígenes y desarrollo de la arriería colonial en Atacama. Siglos XVI-XVIII". Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

José Bengoa
SUR Profesionales

Una de las áreas que mayor interés ha despertado en la historiografía nacional en los últimos años ha sido la historia indígena, también llamada etnohistoria. Llamó recientemente la atención la cantidad de ponencias, estudios e investigaciones con abundancia de material y datos que se presentaron al Congreso de Etnohistoria realizado en El Quisco entre el 19 y 23 de julio de 1993. También llamó la atención la cantidad de alumnos de historia de las universidades del país que asistieron a las discusiones que allí se realizaron. No parece haber otra disciplina de la historiografía criolla que reúna tanto interés y donde además ocurran polémicas tan fuertes y a veces apasionadas.

No es fácil determinar la razón de este interés. Aventuraremos algunas.

La primera, ser un área olvidada o no estudiada de la historia nacional. Tanto en los estudios coloniales como en los republicanos, los indios marcaban un telón de fondo, lejano, opaco, al escenario de la historia donde vivían, hablaban y se morían los personajes principales de la escena: gobernadores, eclesiásticos, políticos, en fin, criollos y españoles ligados al juego del poder político. En las sombras, los indios realizaban malocas, participaban en alguna guerra, eran objeto de agasajos en

regados y enfiestados parlamentos, servían para llenar de honra, honores y luego "mercedes" a algún bravo godó.

Después de las historias de personajes míticos como Lautaro, Caupolicán y Pelantaru, los nombres propios de los jefes indígenas incluso desaparecen de la historia. Algo se sabe, por las novelas más que por la historia, de un tal mestizo Alejo; el resto de los indios de casi tres siglos –diecisiete, dieciocho y diecinueve– cae en el anonimato. El individuo indígena dejó de ser –para la historiografía tradicional chilena– sujeto de la historia a partir de la mitad del siglo diecisiete.

Los indígenas se perdieron en las sombras del sur. En la barbarie. Y los bárbaros pareciera que no tienen nombres propios.

En algunos casos, por lo tanto, fue y ha sido (y aún es) necesario reinvestigar las fuentes para construir el orden historiográfico mínimo de los hechos. Podemos decir que aún tenemos enormes lagunas en que no se sabe siquiera de los hechos ocurridos.

El segundo razonamiento que podría explicar el interés por estos temas es más complejo. La historia indígena tiene quizá la virtud de alejarnos conceptualmente de la "historia oficial" y llevarnos

a lo que algunos han llamado la "otra historia".

Esto es así por varias razones. En primer lugar, la "historia de los vencidos", parafraseando el título del hermoso libro de don Miguel León Portilla. La historia oficial y tradicional de Chile es, por definición, la historia de los vencedores; como más de alguien lo ha señalado, la historia de los que escriben la historia. Es una historia que nada más ni nada menos se inaugura con el capítulo de "El Descubrimiento", negando el carácter de personas, de gente, de sujetos históricos a los cientos de miles de personas que poblaron el territorio desde tiempos inmemoriales. Es la historia de los que llegaron, se instalaron, ganaron las batallas –aunque a veces también las perdieron–. La historia oficial en Chile es el relato que hacen los nietos, de las hazañas que hicieron sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos.

Es de evidencia plena que un intento mínimo de democratizar la historia –como parte de la democratización de la sociedad– debería conducir a contar la historia de todos los abuelos, de los que ganaron, de los que perdieron.

Otra razón que, a nuestro modo de ver, podría explicar el interés por la historia indígena, es el antiestatismo que implica el "hecho indígena". Los indígenas son, al decir de Pierre Clastres, sociedades sin Estado, que no tienen Estado y que, además, están "contra el Estado". En Chile esta afirmación es brutalmente cierta en el caso mapuche.

La historia oficial es una historia del Estado. Relata lo bien que lo han hecho los diferentes personajes que han construido, administrado, reformado, transformado el Estado. Como bien se sabe, la historia chilena no ha sido ni es una historia de la sociedad nacional. Los indígenas aparecen frente al Estado como el sector social más alejado; más aún, marginales a él: no lo reconocen, lo niegan y lo combaten.

En la historiografía indígena se ve con dramatismo –y en un grado extremo– los denodados intentos del Estado chileno –colonial y republicano– por integrar la sociedad. Se ven los mecanismos y aparatos que ocupa en este proceso "civilizatorio" a la manera de Hobbes. Son los mismos procesos que ocurren con el resto de la población, y en especial con el "bajo pueblo", como lo llama

Gabriel Salazar, pero quizá aquí se perciben con particular nitidez. La historia indígena es, por tanto, la historia del no Estado, del anti Estado, del proceso contradictorio de organización e integración no acabado de la sociedad chilena.

Por ello, la historia indígena es una *historia de la disidencia*. No cabe duda de que provoca una gran atracción a los disidentes de hoy, o a quienes les agradaría serlo.

El juicio por herejía, brujería y otros maleficios llevado a cabo en Chillán en el siglo dieciocho contra un grupo de indígenas, relatado por Holdenis Casanova, conoció el entusiasmo de la audiencia en El Quisco. Lo mismo ocurrió con otras ponencias sobre la temática. ¿Por qué? Sin duda la investigación es excelente, el método y el trabajo también lo son, pero creo que el tema mismo convoca al imaginario mucho más allá que su propio contenido. Es la reconstrucción de la historia del integrismo, del autoritarismo inquisidor y la disidencia cultural. Este tipo de temas nos mete de lleno en la historia de la libertad, de cómo se ha ido construyendo, de los censores de antes y de ahora, de los libertarios de antes y de ahora.

Creo incluso que la historia de la disidencia indígena ha ido perdiendo –afortunadamente– su carácter heroico militar y ha ganado en los aspectos culturales de la disidencia. La historia militar indígena no era más que una copia, espejo deformado, de la historia militar chilena de la tradición patrioterica oficial. Los indígenas no sólo fueron disidentes políticos, sino que lo han sido principalmente culturales, con toda la gama de expresiones de la cultura.

Por otra parte, y no de menos importancia, la historia indígena incorpora "lo maravilloso" al terreno de la historia, para usar un término de Le Goff. La historia oficial es heredera del racionalismo del siglo diecinueve. Es un relato que se precia de su pretensión científica. No incorpora, y más bien desprecia, hechos que no pueden ser comprendidos en el estrecho marco de los actos relevantes de la historia, las acciones que son parte del despliegue de la razón, tal como Hegel lo estableció con precisión en su determinante pensamiento sobre la historia, su sentido y su condición. Los fenómenos misteriosos quedan relegados a la

nada, las opiniones del "pueblo inculto" no existen; el "pueblo" sólo se manifiesta en la historia, o es reconocida su manifestación cuando avanza por la Alameda y llega a golpear la casa de Gobierno. Incluso la acción colectiva que sectores populares han desarrollado en áreas marginales a la esfera de influencia –y de peligro– del Estado central, no es consignada.

En la historia indígena, los elementos maravillosos son parte necesaria e indispensable en la comprensión histórica. En sus acciones guerreras, los mapuches se cubrían con las pieles de sus animales totémicos, consultaban a los oráculos, triunfaban o perdían en las batallas no sólo a causa de su coraje, sino también del sentido trascendente de las cosas, animadas e inanimadas, ubicadas en un momento histórico de tal grado de complejidad que no es comprensible por medio del método racionalista pretendidamente científista.

En El Quisco se planteó una discusión en torno a la validez de la *historia oral* como fuente para la investigación historiografía. Hubo quienes negaron la validez de la oralidad más allá del testigo presencial. Es evidente que la búsqueda de nuevos métodos, como éste por ejemplo, ofrece un atractivo suplementario al tema de la historia indígena. No queremos decir que, en otras áreas de la historia, la historia oral no pueda ser usada o no se use. Pero aquí también la sociedad indígena es un extremo de gran interés. Se trata de un sociedad ágrafa y donde ha existido –y aún se mantiene– una estructura institucionalizada de oralidad. El Weipin o Weipife mapuche es un personaje reconocido por poseer dones de memoria y conocimiento para repetir, sin errores ni fantasías propias, la historia de su linaje. La oralidad es aquí una fuente segura, siempre que se maneje una adecuada y apropiada "crítica de las fuentes", como en todo trabajo de historia.

La historia oral, evidentemente, nos incorpora "lo maravilloso" a la historia. Cuando un sabio indígena nos señala que su tatarabuelo –con precisión– murió en la localidad de "Azul", provincia de Buenos Aires, en la década del treinta del siglo diecinueve y nos canta la canción que ese personaje cantó al ir a la guerra de las Pampas, entramos en una dimensión que el racional-cientificismo ha

negado, descuidado y rechazado en el estudio de la historia. Se ha hecho una historia que, de tan pretendidamente científica, ha llegado a ser más bien aburrida, no entusiasmo a las nuevas generaciones.

Desde otro punto de vista, la historia indígena se liga estrechamente con la *historia regional*. Quizá uno de los temas más importantes en el futuro de la historiografía chilena sea el tema de las sociedades regionales.

Ya lo hemos dicho, en Chile, la Historia, con mayúscula, ha sido –y es– la de La Moneda, y las familias y personajes que la rondaron. La historia del poder central. La democratización de la historia –y del país– pasa por desmontar esta imaginaria, evidentemente falsa. El país de los extramuros del Estado es el otro país, que ofrece mucho mayor interés para la comprensión de la sociedad que los pasillos del palacio.

La historia –o historias– indígena es una historia regional, ocurre en el sur, en el norte, en Isla de Pascua, en Magallanes. Los indígenas fueron regionalistas y federalistas, no sólo por el hecho de habitar en lugares apartados. Su proyecto de convivencia pasaba en el siglo pasado por el federalismo, por transformarse en una sociedad regional reconocida por el Estado Central. Por ello se aliaron a Urquiza, a los penquista del 51 y 58, se entusiasmaron con Aurelie, el Rey, buscaron –y buscan incluso en la actualidad– alianzas con los partidos regionalistas.

Creo que lo más importante del interés por la historia indígena es la relación que le plantea al historiador con la *historia latinoamericana*, *indoamericana*. La América mestiza de la que reniega la historia oficial. Desde don Diego Barros Arana, que ve en el indio la barbarie, hasta los libros escolares de hoy, el historiador oficial ha tratado de separar a Chile del resto de América. En los libros de colegio para preparar la Prueba de Aptitud Académica para el ingreso a la universidad, esta ideología llega al paroxismo. Es coherente con las persistentes autoimágenes nacionales, de "los ingleses de América", los "blancos", los "cultos", y ahora "los tigres".

Al estudiar la historia indígena no podemos menos que concluir que la tan mentada blancura

de la piel es una apariencia imaginaria. A partir de allí, nuestra historia se parece mucho más a la de Bolivia que a la de Alemania, mal le pese a los que han bebido cerveza en esa Escuela.

La historia indígena, por todo lo que he venido señalando acá, tiene mucho más que ver con *el interés por reestructurar la Historia de Chile*, que con el problema indígena en particular. Me temo, además, que tiene poco que ver con los indígenas propiamente tales. No es casualidad que en El Quisco —en un Congreso de Etnohistoria— haya habido muy pocos indígenas. Una discusión más académica debería preguntarse si aquello es etnohistoria, o si se debe restringir el concepto sólo a la propia historia de los pueblos indígenas, realizada con los métodos etnográficos, con la especificidad que puede tener la historia de los pueblos así llamados sin historia.

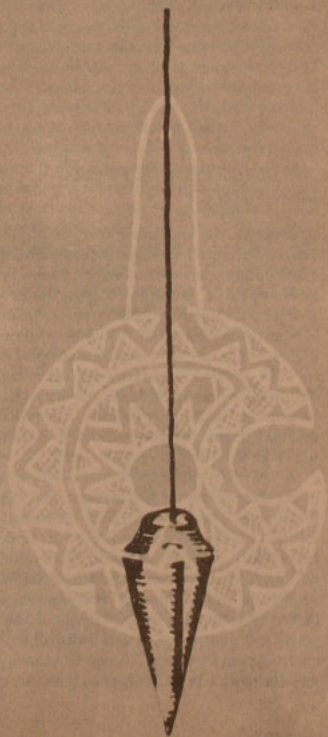
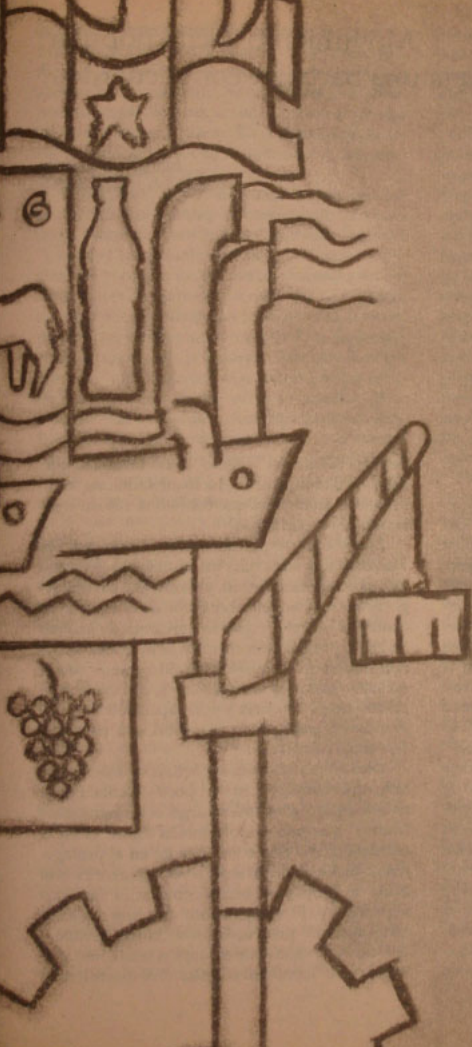
En El Quisco se produjeron polémicas fuertes; la más reiterada fue aquella acerca de la existencia, período y carácter de la guerra de Arauco; es, sin duda, un tema central en la comprensión del país. La visión de los llamados "estudios fronterizos" conduce a una perspectiva, la visión de los estudios que analizan el "conflicto interétnico" conduce hacia otras conclusiones. En ese encuentro se presentaron varios trabajos de investigación, unos

que partían de un marco conceptual y otras del otro. Es interesante anotar solamente los temas escogidos en uno y otro caso. Los "fronterizos" no consideran la variable conflicto y privilegian el contacto. Las investigaciones se refieren a áreas no conflictivas —por ejemplo, las influencias en las costumbres y modos de vida; como alguien señaló, "la historia *light*"—. Por su lado, la "historia *hard* o *heavy*" se la llevan quienes analizan el conflicto interétnico como marco interpretativo. Allí surgen los temas de las guerras y conflictos abiertos (Iván Hinostroza), la historia de la propiedad y las diversas formas de usurpación. Es una historia llena de incomprensiones, asperezas, dolor y muerte. Ambas posiciones tienen consecuencias graves en la interpretación de la historia y del presente de la sociedad chilena. La polémica debe seguir, sólo se ha iniciado.

En fin. La historia indígena nos conduce a una "historia de las diferencias", y sin duda allí reside el entusiasmo del tema. Una historia oficial de la homogeneidad se enfrente a la crítica de una historiografía que nace y que muestra la heterogeneidad social de la historia del país. Que no todo lo que aquí ocurre, acontece en la Moneda o en sus diez cuadras adyacentes.



MOVIMIENTO SOCIAL POPULAR



Movimiento social popular: ¿hacia una barbarie con recuerdos?

Julio Pinto Vallejos
Universidad de Santiago de Chile

LOS CONCEPTOS DE PUEBLO Y MOVIMIENTO

El concepto de "movimiento social popular" envuelve varias premisas, que es necesario dejar bien explicitadas antes de proceder a su empleo para fines analíticos. En primer lugar, supone la existencia de un sujeto "pueblo", que se constituye en el plano de la vida social, que comparte realidades e intereses, y que se identifica en importantísima medida, si no prioritariamente, como tal. En la definición de su identidad como sujeto histórico, lo "popular" tendería a predominar por sobre otros posibles referentes (por ejemplo, lo "genético", lo nacional, lo étnico, lo religioso, etc.).

Es verdad que esta primera definición deja importantes aspectos sin clarificar. El concepto de lo "popular", por ejemplo, o de "identidad popular", es todavía una categoría abstracta a la que es necesario dotar de contenidos concretos. Debe también someterse a una validación histórica, en el sentido de que "lo popular" necesariamente debe haberse ido replanteando y modificando con el correr del tiempo. ¿Qué nos autoriza, en consecuencia, para tener una línea unificadora que atraviese la historia popular de principio a fin; que nos

permita hablar del "pueblo" como un sujeto que, más allá de sus cambios, ha mantenido una continuidad fundamental que cohesiona sus diversas acciones y experiencias?

Esas y otras importantes aclaraciones son obviamente una tarea para los historiadores y otros estudiosos de la sociedad. Previo a eso, sin embargo, ellas suponen una aceptación de la validez del concepto "pueblo" como herramienta de análisis histórico y social. Más claramente aún, ellas suponen aceptar que el "pueblo" ha sido y sigue siendo un sujeto histórico real y actuante, con un sentido común de pertenencia y con capacidad de comprender su realidad y actuar sobre ella, para preservarla o cambiarla.

Diez años atrás, esta explicitación había resultado innecesaria, y hasta un poco ridícula. En los tiempos que corren, sin embargo, entre los muchos "muros" que han caído también figura el de la creencia (como fe o como miedo) en el protagonismo histórico de los sujetos populares, e incluso el de su propia existencia como actor histórico significativo. El relevamiento de otros sujetos y otras áreas de preocupación social ha llevado a cuestionar la validez de conceptos tales como "clase obrera" o "identidad popular". Por extensión, ha

llevado también a cuestionar la importancia de la experiencia laboral o la relación social como elementos que constituyen identidad y mueven a la acción. En mi concepto, aceptar estos cuestionamientos equivale a negar todo sentido al estudio de los sectores populares. En consecuencia, la reflexión que se desarrolla a continuación debe partir necesariamente por rechazarlos.

En segundo lugar, es necesario precisar las implicancias del concepto "movimiento". En contexto histórico, "movimiento" significa "acción", "actividad", eventualmente también "transformación". Supone que los actores históricos no se conforman con permanecer pasivos ante su realidad, sino que se "movilizan" en función de ella, ya sea para conservarla o para cambiarla. En el caso específico de los actores populares, se supone también que esta "movilización" se enmarca en una realidad que las más de las veces se aparece como problemática, a menudo decididamente adversa. Esto obedece, por una parte, a una constatación básicamente existencial. Dentro de la definición de "clases populares" que se está empleando aquí, figura prominentemente un juicio sobre la calidad de la vida material de estas personas: aunque la palabra "pueblo" ha ido variando de significado a través del tiempo, en nuestros días suele ir ligada a la noción de "pobreza", o al menos de privación relativa en el acceso a la riqueza social. En otras palabras, en la medida que al hablar de "pueblo" se está pensando también en "los pobres", y que la pobreza ha sido una condición que ha acompañado a la experiencia "popular" a lo largo de toda nuestra historia, se tendría aquí simultáneamente un elemento básico, de "larga duración", en la definición de una vivencia popular común, y un incentivo obvio para movilizarse. A lo largo de su historia, el pueblo se habría movilizado para enfrentar su condición de pobreza, en lo posible para salir de ella y dejarla atrás.

Por otra parte, la palabra "movimiento" también puede enjuiciar un cierto tipo de relación social. Junto con la pobreza, otra vivencia de larga duración para los sectores populares ha sido la dominación, ya sea entendida directamente como explotación por y subordinación a terceros, ya más ampliamente como incapacidad de regir y cons-

truir sus propias vidas. Si se acepta que las personas poseen una tendencia innata a buscar su autonomía, un deseo irrenunciable de hacerse cargo de sus propios destinos (y puede que para muchos esta premisa sea en sí discutible), queda claro que la dominación no es una realidad a la que alguien pueda resignarse pasiva o indefinidamente. Los imperativos de la realidad, aquellos "poderes fácticos" que nunca han faltado en nuestra historia —en cualquier historia—, pueden obligar a postergar la búsqueda, o a buscar acomodos tácticos que hagan más soportable la subordinación. En última instancia, sin embargo, una visión consecuentemente humanista del accionar humano obliga a aceptar que la dominación genera necesariamente resistencia. Las formas que ésta adopte pueden variar y multiplicarse, pero la resistencia en sí permanece. Así, un segundo motivo fundamental para la movilización histórica de las clases populares, un segundo pilar del movimiento social popular, sería la lucha contra la dominación, el deseo de reemplazar la subordinación por la autonomía.

En suma, y para concluir esta sección introductoria, para poder hablar con propiedad de un movimiento social popular en perspectiva histórica es necesario aceptar que el sujeto popular existe y actúa como tal; que a lo largo de su historia se ha visto obligado a desenvolverse en condiciones fundamentalmente insatisfactorias —la pobreza, la dominación—; y que frente a ellas se ha movilizado para encararlas, y ojalá cambiarlas. Pueden discutirse los grados de claridad o deliberación con que esto se ha realizado, las formas y expresiones que ha adoptado, las consecuencias que ha acarreado. Puede incluso ponerse en tela de juicio si ello ha respondido a una comprensión crítica de fondo o más bien a reacciones espontáneas tamizadas por la experiencia y la cultura; si se ha ajustado a estrategias para el logro inmediato o a un "proyecto histórico" de largo plazo. Pero si no se reconoce la existencia de un mundo popular profundamente desconforme con su estado y, por lo tanto, deseoso de cambiarlo, francamente no tiene sentido hablar de movimiento social popular. Ni mucho menos estudiarlo.

Partiendo de la aceptación de esas premisas, en las páginas que siguen se hará una reflexión en torno a tres imágenes con que se ha visualizado en distintos momentos de la historia ese conflictivo mundo popular, imágenes surgidas desde sus propios actores, como desde otros sectores de la sociedad. Como la finalidad de este ejercicio es más especulativa que empírica, no se pretende sustanciar acabadamente esas imágenes, sino solamente extraer sus principales implicancias. Sobre todo, interesa ver si ellas facilitan una toma de posición en un presente que tiende a diluir los referentes tradicionales, si sugieren posibles cursos de acción. En otras palabras, si la historia popular nos ofrece alguna herramienta para comprender el presente –para criticar el presente–, y para construir el futuro.

El peso de la noche (o el temor a la barbarie)

La primera imagen se asocia con el discurso del régimen portaliano, y ha sido fijada historiográficamente por Alberto Edwards en su *Frontera aristocrática*. Su origen está en una carta enviada en 1832 por Portales a Joaquín Tocornal, donde le dice textualmente:

El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche, y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos. La tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública.

Dicho de otra forma, y en una interpretación más o menos libre, el pueblo existe, está allí, se lo conoce, se convive incluso con él, pero su sometimiento pasivo al orden existente no lo hace –desde el punto de vista del poder– peligroso. Existe pueblo, pero no existe movimiento social popular. Y ello no necesariamente porque no haya motivos para ello, sino lisa y llanamente por inercia o, como diríamos tal vez hoy, porque la hegemonía funcionaba bien. O todavía, alternativamente, porque el pueblo no se percibía a sí mismo como sujeto.

Esta imagen complaciente, sin embargo, se contrapone a otra que apunta en un sentido muy diferente, y con la que convive simultáneamente. Para ilustrarla me remitiré a una cita del periódico santiaguino *El Ferrocarril*, de 1872, reproducida en un artículo de Luis Alberto Romero:

Santiago estará aun más estrecho y más amenazado por las hordas de los hambrientos, que son la nueva invasión de los bárbaros que castiga a todas las civilizaciones imprevisoras.

Es verdad que este llamado de alerta alude a un período posterior, en que ya el "orden portaliano" comenzaba a exhibir los primeros síntomas de resquebrajamiento. A juzgar por los estudios de Gabriel Salazar, Mario Góngora o María Angélica Illanes, sin embargo, el ánimo popular que ella refleja también podría hacerse extensivo al propio período de Portales. De ser ello así, tendríamos un pueblo que es al mismo tiempo pasivo y "bárbaro", deferente y rebelde, funcional y peligroso.

La aparente paradoja podría explicarse por diversos conductos. Para algunos, como José Bengoa, ella remite a una existencia "dual" de los sectores populares: había efectivamente un pueblo "tranquilo" y deferente (el de los inquilinos, minifundistas y servidumbre doméstica), y otro marginal e insolente (el de los peones, los vagabundos y los bandoleros). Aun más: la dualidad en ningún caso negaría la presencia de la pobreza y la subordinación, con el consiguiente corolario de un pueblo que acepta mansamente su destino. Por el contrario, la opción por uno u otro camino estaría simplemente cubriendo distintas estrategias para sacarle el mayor partido posible a una situación objetivamente desfavorable, pero a la vez objetivamente imposible de transformar. Deferencia e insolencia serían respuestas igualmente válidas dentro de un ámbito definido por "la medida de lo posible".

En una formulación sólo levemente distinta, "el peso de la noche" y "la barbarie" no serían sino la expresión necesariamente contradictoria de un estado en que el pueblo reconoce nitidamente su situación de desmedro, pero carece de las herramientas suficientes para cambiarla. En esa pers-

pectiva, el descontento—muy real y comprensible—no alcanzaría a transformarse en "movimiento". Para ello le faltaría una expectativa realista de interpelación a los poderes dominantes, un programa de cambios, un "proyecto". A falta de él, sólo quedarían como válvulas de escape el refugio en utopismos milenaristas, o la barbarie.

Finalmente, hay quienes ven en la propia "barbarie" un proyecto de cambios, una articulación programática del movimiento social-popular. En esa matriz analítica, lo que para la clase dominante aparecía como barbarie no era sino un modelo de vida y de sociedad cuyas coordenadas discordaban profundamente de las que sustentaban el orden establecido. Peor aun: como el pueblo es un componente necesario en ese orden, en la medida en que sin pueblo tal orden no podría existir (de allí las dificultades semánticas del concepto "marginalidad"), la más leve posibilidad de materialización de un proyecto alternativo era simplemente inaceptable: no sólo era discordante, era también un peligro mortal. En consecuencia, había que descalificarlo moralmente (la barbarie) y destruirlo en la práctica (la reglamentación, la represión y el encuadramiento, o, como ha dicho María Angélica Illanes, "el azote, el salario y la ley"). Personalmente, pienso que esta posibilidad es teóricamente concebible, pero habría que demostrar que efectivamente fue así. Más concretamente: habría que explicar en qué consistió ese "proyecto bárbaro". De lo contrario, la conducta bárbara vuelve a diluirse en una mera expresión de rabia instintiva frente a lo incambiable, frente al peso de la noche.

El pueblo redentor (o la mesa del pellejo)

Para ilustrar este segundo momento del movimiento social-popular, me remitiré a uno de sus más legítimos y reconocidos exponentes. En un artículo de prensa de 1904, Luis Emilio Recabarren decía:

Ayer pensaba que el único medio de llegar a la felicidad, consiste en la educación y la unión de los elementos que sufren en las diversas esferas

del trabajo, y que una mayoría inmensa de pobres se ve explotada y gobernada por una minoría insignificante, bajo todo punto de vista, inferior a todas luces, y hoy pienso lo mismo y considero como ayer que este estado social debe ser transformado, como se transforma todo bajo la acción de la naturaleza, para que progrese en la sucesión eterna de las causas que empujan al mundo a su perfección.

En una palabra hemos querido y queremos la perfección de la especie.

Ya más cerca de nosotros, tanto cronológica como profesionalmente, Julio César Jobet decía en 1952 que "es la masa laboriosa, el pueblo, la decisiva en el desarrollo de la sociedad y que son los millones de trabajadores que alimentan y visten al mundo entero los verdaderos héroes de la vida, ya que su tarea inmensa decide la suerte de las colectividades, de las naciones, de la Historia". Y en un tono aun más profético, Hernán Ramírez Necochea afirmaba algunos años después que "el proletariado es en Chile —lo mismo que en todo el mundo— la clase a la que pertenece el porvenir".

Hoy día, después de tantos sueños frustrados y tantos muros caídos, es fácil mirar con condescendencia el tono declaradamente mesiánico de estas frases. Hubo un tiempo, sin embargo, en que ellas se tomaron muy en serio, y fueron muchos los que, unos con temor, otros con esperanza, creyeron en el cumplimiento de lo que ellas anunciaban. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, lo más importante es que los propios involucrados creyeron en ello, y se lo tomaron en serio. A partir del tiempo de Recabarren y durante gran parte de este siglo, fueron miles los actores populares, miles las personas pertenecientes a ese amplio y multifacético mundo de "lo popular", que creyeron no sólo en la posibilidad real de mejorar sus propias vidas, sino también en la más electrizante aún de mejorar el mundo. La medida de lo posible se empezó a ensanchar hasta juntarse con la de la utopía, y de ello nació una esperanza, más intensa tal vez por lo mismo que antes había parecido tan inalcanzable, de tomar la historia en sus propias manos. Es por eso que para este período sí es correcto hablar de "movimiento" y de "proyecto", "movimiento" y "proyecto" que culminaron, más

allá del realismo de sus expectativas, en la experiencia de la Unidad Popular.

Es verdad que para esta imagen también existe una contracara, la de la "mesa del pellejo". Según ella, el discurso revolucionario que ponía en su centro al pueblo no fue sino una máscara para encubrir la profunda aceptación de las cosas tal como eran, a cambio de migajas salariales o previsionales arrojadas desde la mesa del Estadopatrón. Peor aún: las migajas se habrían conseguido al precio de excluir a sectores numerosísimos del mismo mundo popular, como campesinos y pobladores, y de desconocer las necesidades de otros actores sociales fundamentales, como los grupos étnicos o la mujer. En otras palabras, el proyecto social-popular y el mesianismo obrero no habrían existido realmente como tales, sino sólo como otra estrategia de acomodo no muy distinta al "peso de la noche", y decididamente mucho menos digna que el rechazo al sistema, aunque sólo fuese instintivo, de los "bárbaros".

Como todas las imágenes y las contra-imágenes, esta última tiene algunos elementos de verdad. Hubo, fuerza es reconocerlo, algunas exclusiones y algunos silencios. Hubo también negociaciones y acomodados, como generalmente tiende a haberlos en el exigente mundo de la vida cotidiana. Pero nada de eso basta para desconocer las múltiples expresiones a través de las cuales el mundo popular demostró que el proyecto se tomaba en serio. Más aún: no es casualidad que los mismos actores supuestamente excluidos o desconocidos hayan comenzado a formar sus propias movilizaciones al interior del gran movimiento social-popular, y no en contraposición con él. Mal que mal, se compartía la muy aleccionadora experiencia de la opresión. Así, la gran apuesta que para muchos actores populares significó el gobierno de la Unidad Popular no incluyó solamente a obreros o proletarios, como podría haberlo exigido el discurso marxista clásico, sino también, y protagónicamente, a mujeres, mapuches, pobladores y campesinos. Y cuando vino la derrota, ella no sólo golpeó a la clase obrera, sino al mundo mucho más amplio y extenso de lo social-popular.

Irónicamente, esa misma derrota vino a otorgar una especie de confirmación perversa a las expec-

tativas del proyecto social-popular: si su implementación había desatado una reacción tan tremenda, tenía que ser porque sus perspectivas de triunfo eran reales. Desde el punto de vista del poder, era una amenaza de verdad, que debía arrancarse (o aplastarse) de raíz. Y aun en la amargura de la derrota, esta idea sirvió para mantener viva la esperanza, remedida por la enormidad de la represión pero fortalecida por la pérdida de la ingenuidad: incluso la "mesa del pellejo" dejó de ser una opción creíble. Alimentados por esa conclusión, no fueron pocos los actores populares —casi los mismos de antes— que iniciaron la difícil tarea de la reconstitución del movimiento. En diversos frentes de acción, por distintos métodos, con nuevos y antiguos aliados, comenzó la construcción de un nuevo proyecto que se apoyaba mucho más en las fuerzas propias y mucho menos en los espacios permitidos por el poder. La derrota sólo había demostrado que tomarse el futuro en las manos era más difícil de lo proyectado, pero en ningún caso que fuese imposible, o, mucho menos, innecesario. Al contrario: había demostrado su urgente necesidad. Mientras subsistió la dictadura, paradójicamente, subsistió también la esperanza y, por ende, la validez del protagonismo. Eso fue lo que demostraron los "veteranos de los 80".

Los de abajo (o ¿qué pasó con los cinco millones de pobres?)

Y la esperanza llegó, pero como suele suceder con los despertares y las resacas, con un ropaje muy distinto al imaginado; mucho menos épico, más prosaico. Primero fue la euforia; después el desconsuelo. Finalmente, la desesperanza de ver que las utopías volvían a alejarse de la realidad, o incluso dejaban de ser tales. Para ilustrar esta etapa he escogido la imagen de "los de abajo", característica de una de las pocas formas de expresión colectiva popular que aún se ven entre nosotros. Curiosamente, esta imagen es reivindicada explícitamente por algunos de los cada vez más escasos portavoces de los antiguos proyectos. En una carta escrita recientemente a la revista *Los Tiempos* por un vocero del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, se concluye así:

Han pasado 20 años del golpe militar, 500 años desde la llegada de Colón, y la humanidad sigue buscando su progreso. Ese camino, el del desarrollo humano, el de las utopías, el de la certeza de que siempre se puede salir adelante, es el camino elegido, pero desde una posición intransable, la de los de abajo, los que buscan su emancipación, la clase de la que formamos parte.

En este notable acto de fe reaparecen muchos términos profundamente ligados a la imagen del "pueblo redentor", términos como "progreso" y "desarrollo", "utopías" o "clases". Aparece también el afán de lucha propio de esa opción, y hasta un toque de aquella soberbia (las "posiciones intransables") que de algún modo se liga a la conciencia de estar construyendo futuro. Sin embargo, todo ello va asociado, con más de un dejo de incongruencia, a un término que apunta en un sentido muy distinto: los de abajo.

Confieso que me intriga profundamente el renacer en nuestro país y nuestro tiempo de un concepto acuñado por el novelista Mariano Azuela para expresar una visión particularmente amarga y desencantada de la Revolución Mexicana. Al leer *Los de abajo*, la impresión más poderosa que queda es la de un pueblo que, independientemente de haberse movilizado o no en pos de un ideal,

termina atrapado en una lucha sin mucho sentido en la que sólo se insiste porque no se sabe qué otra cosa hacer. En la novela de Azuela no cabe duda de que los motivos para rebelarse sobran, pero la brújula falta. Hay rabia sin dirección, rebeldía primaria, "barbarie".

Visto en ese contexto, el término "los de abajo" no podría ser más apropiado para la realidad que nos toca vivir. Aunque pretendan desconocerlo, el pueblo todavía existe. ¿Qué son sino los cinco (o cuatro) millones de pobres oficialmente reconocidos? ¿Cuántos más quedan por reconocer? Asimismo, sus problemas siguen sin solución, el presente sigue siendo insatisfactorio. Por lo tanto, razones para movilizarse también hay. Lo que falta es el proyecto, la utopía, como diría María Angélica Illanes, la autoconciencia de sujeto. Subsiste la desesperanza, y se ha perdido la confianza. La consecuencia podría ser el regreso al "peso de la noche", o, tal vez más creíblemente, a la barbarie. De hecho, no parece demasiado forzado asociar esta noción con las conductas de "los de abajo". Esta vez, sin embargo, se trataría de una barbarie con recuerdos. En un cuento de Jorge Luis Borges, la barbarie se definía justamente por la falta de recuerdos. En verdad, ¿es concebible una barbarie con recuerdos?

Marginalización y des-marginalización en el movimiento popular

María Angélica Illanes

Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile

He intentado acoger el desafío del seminario de plantear una visión del presente chileno desde la perspectiva histórica. Acoger este desafío significa, de alguna manera, y para ponernos a tono con mi tema, hablar desde una cierta posición de marginal. Pero esta posición de margen no significa un estar "out", sino que ella constituye una suerte de posición epistemológica especial, que permite visualizar en perspectiva lo que podríamos llamar "el tránsito" de categorías o la "transformación", la "consumación" de categorías entre temporalidades históricas diferentes.

Mientras realizaba el año pasado uno de estos ejercicios de reconocimiento y tránsito de categorías, me entretuve anotando una lista encontrada a dos columnas de las categorías que llamé arbitrariamente "viejas" y "nuevas". Puesto que en esta ocasión me veo impelida a hacer el mismo trabajo de reconocimiento y tramitación epistemológica, puede ser pertinente esa lista:

Categorías "viejas"

pueblo
Estado
movimiento social

Categorías "nuevas"

mercado
paz social
gente

burguesía
ideología
política
poder
tomas
cambio social
marginalidad
clase
crítica
lucha
calle
conciencia
utopía
socialismo
trabajadores

democracia
municipio
elecciones
actores
pragmatismo
huelga legal
extrema pobreza
clientela
identidad
mapuches
consenso
representación
ecología
allegados
progreso

Esto no quiere decir que la dupla "viejo"/"nuevo" sea sinónimo de "verdadero"/"falso". De ninguna manera. Ello quiere simplemente decir que considero necesario, para realizar cualquier análisis histórico actual, asumir una postura epistemológica especial, es decir, ubicarse en algún punto cualquiera de la "diferencia epistemológica".

Uno se puede ubicar, por ejemplo, en un punto que podríamos llamar: a) de negación de una

categoría, por lo que queremos apuntar al movimiento de contra-categoría que la misma categoría históricamente genera, como una fuerza de superación; b) podemos también ubicarnos en un punto que podríamos llamar de consumación de una categoría. Con esto quiero decir, el punto donde una categoría ha alcanzado su realización o ha encontrado su espacialidad histórica donde asentarse, llegando así a ser absorbida, apropiada o incorporada a la vida histórica misma de un pueblo; c) se puede llegar, así, a producir una auto-transformación de la categoría a través de la acción y las energías existentes en el seno mismo de una sociedad; d) podríamos ubicarnos, asimismo, en un punto que llamaríamos de traslado de una categoría, por lo que queremos decir la reubicación de una categoría en otros ámbitos de la formación social. La intención mía, aquí, es juzgar en estos cuatro ámbitos de ubicación de la diferencia epistemológica.

Entre las categorías mencionadas de la primera lista figura la denominada como "marginalidad", categoría desde la cual debería derivar el tema que yo tendría que presentar. No me voy a explayar en los significados que tenía el concepto de marginalidad en la década de los sesenta y setenta, por muchos de ustedes ya conocidos, y que dio origen a numerosos escritos y debates. Debo decir, no obstante, que el término denotaba, con mucho énfasis, a un sector del pueblo que habitaba fuera del radio del espacio moderno urbano, en condiciones de absoluta precariedad y sin ser cooptados a los sistemas asistenciales, educacionales y de servicios formales existentes.

Me interesa puntualizar, al respecto, que el protagonismo histórico alcanzado por el pueblo aquellos años tuvo como resultado muy evidente la acción de negación de dicha categoría, es decir, la acción de des-marginación realizada por el mismo pueblo, quien, tomándose o comprando colectivamente terrenos, auto-fundó una habitabilidad histórica propia, e incluso fundó, desde su propio seno, una subclase, la "clase poblacional". Esta clase, asentada sobre el suelo propio de su nueva habitabilidad, presionó por todos los servicios básicos y, tras su proyecto y acción, se instalaron las instituciones legitimadoras de cualquier sociedad.

Este hecho tiene tanta importancia, que incluso considero que está en la base de la estabilidad social de que hoy día Chile se jacta. Las tomas de terreno, las cooperativas y operaciones sitio, y hasta los loteos brujos, realizados entre los años sesenta y setenta, fundaron y han llegado a consolidar un espacio de habitabilidad popular que ha permitido reproducir en forma ampliada su asentamiento histórico, cooptando al pueblo nómade y sedentarizando a los pobres sobre la tierra.

Este fenómeno, junto con otros, configura y da contenido a un concepto que llamaremos de "modernidad popular" o "proyecto popular moderno", que dice relación con la voluntad social/política, orgánica, desplegada históricamente por el pueblo para vencer las determinantes marginadoras y des-marginar activa y prácticamente su existencialidad y su proyecto.

Al decir esto, deseo plantear, desde ya, lo siguiente: a) deseo desestimar y sospechar del término "marginalidad" como un concepto a-histórico con cuya formulación se busca establecer una "condición" popular como marginal, lo que es funcional, aunque no se quiera, con una necesidad del sistema; el concepto de "marginalidad" contiene una ideología que intenta situar al pueblo "al margen". Por el contrario, habría que afirmar el término des-marginación como el modo de estar y hacer de las clases populares en la historia moderna; y b) en consecuencia, plantear la necesidad de hablar más bien de "marginación" o de "exclusión", en tanto término activo y verbal que apunta a otro sujeto de esa acción que no es el pueblo: apunta a la clase que levanta, respecto del pueblo, su proyecto de "exclusividad" elitista y marginadora.

Es decir, "marginalidad" no es epistemológicamente lo mismo que "marginación" o "exclusión". Si, de esta manera, aceptamos la verbalización del concepto, entonces podemos entrar a la historicidad popular, es decir, a su experiencia de des-marginación histórica, revirtiendo, de alguna manera, la temática.

En suma, planteamos que la historia social de Chile se ha configurado en importante medida sobre la tensión y juego dialéctico o contradictorio entre las fuerzas de exclusión o marginación y las fuerzas de des-marginación, cual ha sido el pro-

yecto modernizante de las clases populares.

Por otra parte, y según lo que he podido conocer en algunas andanzas poblacionales de estos últimos años, allí se puede observar un fenómeno interesante, vinculado con este fenómeno de la des-marginación y que, por lo demás, aflora a simple vista. Este dice relación con la acción "inclusiva" (por oposición a ex-clusión o marginación) que han realizado y realizan permanentemente los pobladores fundadores, respecto de numerosos grupos y familias de pueblo que no tienen donde instalar su existencia, a los que acogen como arrendatarios y allegados a sus terrenos.

Este hecho crucial ha producido una acción de inserción de numerosos grupos de población a los servicios administrativos, asistenciales, educacionales, religiosos, y a la red comercial y cultural existente en aquellos territorios. De no haber sido por dicha acción auto-inclusiva-rentística realizada por los grupos fundadores, aquellas familias estarían quizás re-habitando hoy masivamente el Mapocho, o quizás protagonizando contestatarias tomas hasta de los bandejones centrales y las rotondas. Esto no quiere decir que ello haya solucionado el problema, ni mucho menos que haya terminado con las tensiones sociales derivadas propiamente del problema del habitar popular. Pero sí quiere decir que dichas tensiones han quedado inmersas, incluidas, y hasta atrapadas en el interior mismo de una clase poblacional ya bastante consolidada, a esta altura de la historia. Es esta misma clase la que sufre la presión de dicha tensión en su interior, más que el sistema propiamente tal, y es esta misma clase la que, hasta cierto punto, sobrevive gracias a ello.

La consolidación, durante las últimas dos décadas, de las fuerzas de des-marginación popular en el seno del territorio poblacional ha significado, de esta manera, la activación ampliada de las fuerzas inclusivas respecto de la reproducción de su propia clase. Se ha producido un fenómeno caracterizado por la acción de fuerzas centripetas desarrolladas desde el interior del territorio social poblacional, absorbiendo o "consumiendo" en su interior la acción de marginación que viven las generaciones en las que su clase se ha reproducido, apropiándose de ella, absorbiéndola e incluso ali-

mentándose de ella, transformándola en otra cosa, en otra categoría, en "allegados de clase (poblacional)". (Y así nos encontramos aquí con una de las categorías de la segunda lista).

Esto nos abre a otra problemática, que dice relación con el cobijamiento interior poblacional de un gran drama humano que toca las fibras más sensibles de la existencia popular y su dignidad histórica. Mediaguas dobles, cada una de cuyas piezas contiene un mundo familiar completo, donde mutuamente se escuchan los gritos, las fiebres y las frases más íntimas de las noches de amor o desamor. A dos metros, otra mediagua traspasando su vida en la madera; conventillo moderno, privado/popular. Los niños peleando el espacio de su risa a la dueña, pobre como él, pero señora y dueña de casa. Cállate, te digo, no molestes, que es tarde; cállate chiquillo llorando, que es muy temprano; sálete de ahí que molestas el paso; apúrate que quieren entrar al baño. He ahí la vida y el diálogo de los niños del allegamiento.

El mundo popular carga en su interior, así, con la inclusión problemática y contradictoria de su acción histórica de des-marginación.

Lo cual ha sido, paradójicamente, funcional al proyecto, también modernizante, de exclusión o marginación popular desarrollado por parte de la clase dominante, durante la dictadura.

¿Por qué decimos esto? ¿Cómo se ha podido producir la convergencia entre el proyecto de des-marginación popular moderna y el proyecto de marginación moderna de la clase dominante respecto del pueblo?

¿En qué consiste, históricamente, el proyecto de exclusión modernizante de la élite en el poder? Desde los albores de la historia republicana, la élite implementó un moderno concepto de exclusión que decía relación con la acción de "separación" de los espacios sociales, de "localización" del espacio del pueblo y del espacio de la élite, de "despejamiento" de la cultura del poder, de "replegamiento" de la cultura popular hacia los extramuros. Un moderno concepto de división, distinción, separación y clasificación del espacio social, actuaba como clave de un sistema de "re-ordenamiento" social para la construcción e institucionalización de la gobernabilidad social moderna.

En concomitancia con ese proyecto habría que entender las erradicaciones de pueblo realizadas por la dictadura, desde zonas de residencia de élite hacia zonas ya reconocidas del habitar popular. Consumado el acto, se ha terminado por consolidar o institucionalizar la exclusión: se ha consolidado una institucionalidad asistencial-para-pobres: escuela-para-pobres; salud-para-pobres, municipio-de-pobres. Marginalización institucional/institucionalizada, que levanta un obstáculo estructural al proyecto histórico de democratización social.

Paradójicamente, este fenómeno se ha visto coadyuvado a través de la localización in-clusiva territorial de la clase poblacional, a que antes aludíamos. Los pobres han consolidado su localización territorial, facilitándose el otorgamiento, allí, de una asistencialidad-para-pobres *ad hoc*. Es el curioso fenómeno de la privatización de la asistencialidad popular: para-pobres, localizada en territorio de pobres. Allí la marginalización se ha realizado; es decir, se ha institucionalizado.

Se ha producido, así, la coincidencia histórica, con fines opuestos, del proyecto moderno popular de des-marginalización, con el proyecto moderno patricio de marginación.

¿Cómo dinamizar este entrapamiento? Una conocida puerta histórica que al menos permita airear la trampa, dice relación con la develación del contenido ideológico del moderno proyecto histórico de marginación. Es decir, con la necesidad de la edición de un proyecto de democratización real de la sociedad, de la cultura, de la política y de la institucionalidad social. Retomar el hilo de la historia de la democracia iniciada desde los albores del siglo veinte e interrumpida el 73.

Pero aquí se involucra no sólo la sociedad popular poblacional, sino la sociedad chilena progresista en su conjunto. Y aquí nos encontramos con una situación peculiar, que nos induce al traspaso epistemológico de la categoría marginación, hacia el conjunto de la sociedad. Traspaso desde un ámbito de clase popular específica, hacia el espacio histórico ampliado, estructural, que abraza el conjunto de la sociedad: el espacio del "modo de producción socio/cultural", ámbito en el cual el modo de producción se reproduce. Es aquí, justa-

mente, donde re-encontramos la categoría sociedad actual viviendo "marginalizada" respecto de un proyecto de democratización real y sustantiva de la sociedad. La vemos experimentando, en cambio, una mera incorporación funcional/técnica al sistema, a costa de su silenciamiento o "marginalización histórica".

La historia se ha privatizado; es un cuento de familia para relatar a la hora del café de un domingo de septiembre. El nuevo ente técnico se levanta el día lunes, arrastrando a las 8 en punto a sus criaturas a las puertas del colegio. Rueda por la ciudad y consulta su agenda semanal. Calla. Actúa. Es un ente técnico. El "sujeto histórico", el que busca ser habla, escritura, imaginación iracunda, constructor y artesano de caminos propios y ajenos, es un "marginalizado"; a lo más, un artista. Su producción rara de objetos-texto se podrá exhibir, en algunas décadas más, en algún salón cultural. Por eso, recomendamos no romper esas raras y escasas tiras de escritura pegadas de vez en cuando en los muros de la vía norte-sur; serán tesoros codiciados del museo de arte histórico/antropológico. Quizás valdrán millones.

En realidad, la búsqueda epistemológica de la categoría "marginación" o "exclusión social" nos ha conducido a un terreno radical: al "ser" mismo del hombre/mujer histórico actual. La "marginación histórica" define nuestro modo-de-estar en el mundo actual, ella se ha consumido o consumado en el interior mismo de nuestra existencialidad mecanizada, tecnificada.

Esto significa tener que realizar un traslado en nuestro punto de ubicación de la "diferencia epistemológica" e instalarnos globalmente dentro de nuestro tiempo, en una suerte de "fisura de la modernidad". Postura que necesariamente conduce a instalar esta reflexión en algún concepto de "modernidad".

Por "modernidad" deseo entender, aquí, básicamente, una determinada "época histórica", que identifico como "la época del modo de producción y reproducción de sujeto histórico antropológico". Un sujeto -insisto- que fue y pasó a la historia como un sujeto eminentemente antropológico, antropocéntrico, biológico, parlante-escritural, corpóreo, libidinoso, lúdico, mitológico, y que se

desdobló en dos figuras o categorías claves: la categoría "individuo" y la categoría "pueblo" o "comunidad".

Por categoría "individuo" entiendo aquel sujeto que se construye primordialmente desde el concepto smithiano de "interés personal", concebido como la energía motriz instintiva de acción directa, protagonista de historia antropológica/antropocéntrica.

Por categoría "pueblo" o "comunidad", aquel sujeto que se construye racional y simbólicamente desde el concepto moreano de "sociabilidad orgánica", en torno a la categoría de "bien común", asumida como idea/fuerza de diversos proyectos encarnados corporalmente en grupos, clanes, tribus, clases, de acción directa, de carácter antropológico/antropocéntrico.

Haciendo un poco de historia genealógica de ambos sujetos antropológicos, vemos como ellos se levantaron, en los inicios de la modernidad, con toda la energía de su emergencia adolescente, en abierta ruptura con Dios-Padre, sustituyéndolo por un padre político, institucional, el Estado, y sufriendo el trauma de la grave ausencia de la tierra o la Madre. Lucharon ambas categorías o ambos antrópodos uno contra el otro, pero configúranse uno en el otro, sobre la arena lúdica y sudorosa de la contradicción. Pero su lucha no fue únicamente bi-polar; su lucha fue también institucional: alcanzar el poder o tomar la administración del Estado o la casa del padre político. Y si bien al individuo el camino no le fue fácil, habiéndole tenido que allanar el Estado moderno sus primeros pasos, lo más extraordinario de la modernidad fue el espectáculo del sujeto/pueblo levantando, con fuerza titánica, la pirámide social en cuya base y bajo cuyo peso había estado condenado, milenariamente, a subsistir. Hemos podido ver el espectáculo de su emergencia histórica, el estampido de la pirámide al caer –feudalismo–, logrando el sujeto "pueblo" o la categoría "comunidad" alcanzar su cima e instalar allí la bandera de su nombre.

Por la puerta de servicio primero, por la puerta lateral después y, finalmente por la puerta principal, la categoría pueblo llegó al poder en Chile; penetró y tomó la casa del Padre. Al hacerlo,

vemos al sujeto pueblo –al contrario de una visión derrotista– alcanzando su plena consumación histórica moderna. Más allá del tiempo que alcanzó a vivir allí o del resultado posterior que tuvo el hecho de su osadía de tomarse el palacio del rey o del padre: el acto de adquisición del gobierno palaciego por parte del sujeto pueblo, fue un acto que se consumó históricamente.

Ello produjo, como sabemos, el levantamiento en armas del individuo, agudizada su furia antropológica, en unión con el desnudado rostro gendarme del Estado. Esta alianza recobrada se encarnó en una figura que, para hacer retomar la historia perdida, experimentó la transfiguración de su cuerpo, recobrando su pelaje, su mandíbula y su rugido, alcanzando la figura primitiva antropo/goriloide. Se trataba del regreso del Tigre, quien se re-instaló como jefe selvático, reinstaurador del castigo adánico. Con rugidos de fiera usurpada procedió a expulsar al pueblo del paraíso, por haber osado ser y saber de su poder histórico.

Durante el proceso de reinstauración del poder de la gran fiera corrió la sangre y, luego de algunos años, hubo lucha; lucha que asumió fuerza social antropológica, utilizando el pueblo primitivo instrumentos de piedra y utensilios primarios de la cocina casera. No obstante, antes de caer, el gorila alcanzó a expulsar a todos los antropólogos fuera del recinto paradisíaco, y a condenarlos a no saber de sí, ni a poder hacer historia; condenarlos al trabajo alienado e inconsciente, mecánico perpetuo. Los transformó en entes técnicos.

Como resultado final, ha quedado, así, suprimido el sujeto histórico antropológico. El fenómeno ha consumido, pues, el ser mismo del hombre. No era, pues, un chiste, aquel concepto de "humanoide" creado por los jefes gorilas. Mucho de humanoide y poco de humano tiene esta figura del ente técnico, de cara redondeada y plana, corredor incansable sobre la pista de rueda de los minuterios y segunderos cotidianos. Incapacitado de hablar/escribir en el apuro de la marcha forzada, eléctrica, mecánica. Drogadicto de las 24 horas, anestesiado, marginal histórico. Impotente.

En palabras de Marcuse: "La impotencia del individuo deriva de un sistema altamente produc-

tivo y eficiente en el que él lleva una vida mejor que nunca. La responsabilidad por la organización de su vida yace en el conjunto, en el 'sistema', la suma total de instituciones que determinan, satisfacen y controlan sus necesidades. El impulso agresivo cae en el vacío o mejor el odio se encuentra con sonrientes colegas, ocupados competidores, oficiales obedientes, útiles trabajadores sociales, todos cumpliendo con su deber, y todos víctimas inocentes".¹

Hoy existe el Tiempo, no la historia; y esto no porque ella viva su fin, sino porque ella se ha sumergido en el silencio. Mientras el aparato del tiempo circula con una fluidez y exactitud cronológica asombrosa, dando vueltas el camino de su recorrido ya trazado, la sociedad se adormece en el murmullo de su silencio o su a-historicidad.

La sociedad, en su conjunto, se haya técnica o culturalmente proletarizada.

Proletarizada sociedad que ha perdido sus medios de producción cultural, su habla, su escritura, su texto, y debe vender su consciente/inconsciente en el mercado de la oferta y demanda de símbolos constructores del texto ideológico necesario para el aumento de la productividad.

La sociedad va sonambulando, tragando las imágenes y letras que se le obliga consumir, soñando "¿Qué haría Ud. si se sacara el Kino?" "Siempre, Coca-Cola". En realidad, "Mi vida no es la misma sin jamonada München"; "Tentaciones, de París". Pero, "A la hora de los quibos, Banmédica es más beneficiosa". Saboreando piernas, lenguas y afrodisíacos, "¿Cuál es su gato preferido?"; "Advance, la marca de bajos índices"; "Desde hoy, la opción es tuya, Abigal, cuerpo natural". Escuriéndose, entre piernas y mochilas apretadas, "Muévete, sólo con Pluma", atontada sociedad sin

entender el verdadero "Parámetro para los que saben, mayonesa Maggi".

Si logramos, al fin, tomar aire y escapar con algunos minutos de lucidez, podremos entender nuestra condición general de proletarios del mercado, que se realiza en torno a nuestra sumisión a los textos ideológicos que han invadido el espacio de lo público, o de la polis, es decir, el espacio de lo político, rompiendo su mentiroso margen de lo privado. ¿Con qué derecho se nos obliga a leer y escuchar o ver la politiquería del texto ideológico del mercado fuera de nuestras faenas laborales, usurpando nuestro espacio libre o emancipatorio?

El problema que ahora enfrentamos tiene el carácter de una disyuntiva radical: el de la posibilidad o no de recuperación del sujeto antropológico.

La radicalidad del problema exige comenzar por lo primero, por lo más elemental del hombre y que lo separa no sólo del reino animal, que sería lo de menos, sino del reino técnico: comenzar por lo primero, consiste en recuperar el *habla*. Por "habla" entiendo el "poder de habitar la historia" (definida como escritura).

La recuperación del sujeto antropológico exigiría, a mi juicio, partir por la iniciación de movimientos emancipatorios del habla que luchasen en contra de la proletarización cultural, es decir, de la exclusión de la sociedad de su estatus histórico, en contra del silenciamiento y de la masiva proletarización de la sociedad. Esto quiere decir, la recuperación del texto.

En este sentido, considero que la modernidad es irrenunciable, en cuanto ella abrió una vez paso al texto del *ántropos* natural que entró, así, a estampar las huellas de su propia historia. Es necesario reencontrar el sujeto de la modernidad: el *ántropos* parlante/escriturante.

1. Herbert Marcuse, *Eros y civilización* (Madrid: Sarpe, 1983), p. 99.

Modelos de acción urbanos y movimiento campesino

Miguel Bahamondes P.

Grupo de Investigaciones Agrarias, GIA

No es propósito de la presente ponencia efectuar una exposición pormenorizada del estado actual de la organización/movimiento campesino; ella más bien pretende llamar la atención sobre la continuidad que se observa en la forma como se ha concebido la organización campesina y su participación en la sociedad nacional, desde el momento de su gestación hasta el presente.

Los estudios de lo que ha sido y es la organización campesina, y las movilizaciones que ella ha emprendido, arrojan como constante su alta dependencia de organizaciones y movimientos de inspiración urbana. En la mayoría de los casos, la necesidad de ampliar la base de apoyo para proyectos sociales que ponían el acento en el desarrollo industrial-urbano del país, llevó a partidos y alianzas de partidos a extender sus vínculos hacia sectores campesinos. Buscaban, por una parte, sustraer al poder del terrateniente un gran contingente de población, para posteriormente, una vez conquistado el Estado con el favor de su voto, poner a los trabajadores del campo al servicio del modelo que se intentaba desarrollar: la producción campesina como la principal fuente proveedora de bienes agrícolas en el contexto de la estrategia de sustitución de importaciones.

Lo anterior ha llevado a que la forma asumida por la organización campesina, tanto en sus modos de operar como en sus demandas, constituya –la mayoría de las veces– un remedo de las formas que se han dado las organizaciones de trabajadores en los centros urbanos y mineros.

Sin duda estas características, particularmente en lo que dice relación con la dependencia urbana, más la debilidad de la propia organización campesina, en reiteradas oportunidades llevaron a que, en su lucha por conquistar mejoras en las condiciones de vida de los sectores obreros y medios, sus representantes “sacrificaran” en el juego político las demandas que pudieron irse perfilando en el mundo rural. Durante mucho tiempo, los campesinos se vieron sometidos a una doble tensión: por una parte, se los estimulaba, una y otra vez, directa o indirectamente, a plantear sus reivindicaciones y a vincularse a otros sectores de trabajadores para el logro de sus objetivos; y, por otra, en los hechos, una y otra vez se les negaba aquello que sus compañeros de ruta iban alcanzando progresivamente.

Como señaláramos más arriba, la concepción de cómo los trabajadores debían proceder en término organizativos provenía de fuera del mundo rural; fue llevada, en un primer momento, por

miembros de familias campesinas que habían emigrado hacia los centros mineros del norte del país. Allí habían tenido sus primeras experiencias con el sindicalismo, las mismas que intentaron reproducir al regresar a sus lugares de origen. Posteriormente, los partidos políticos, a través de una vinculación orgánica con aquellos líderes locales, o mediante el envío de "representantes" al campo, hicieron del sindicato la herramienta privilegiada del accionar de los trabajadores rurales y campesinos. Este énfasis en el sindicato como instrumento para la organización marcó profundamente a los sectores campesinos: los alineó, al menos a aquellos identificados como estratégicos por los proyectos en gestación, en torno a la reivindicación por el derecho al reconocimiento legal de la organización.

Más allá de la importancia que pudo haber tenido esta reivindicación, es preciso también preguntarse por los alcances negativos de la misma. Queda la impresión de que el sindicato se transformó más en un fin que en uno de los instrumentos —entre otros— que debía emplearse para avanzar en la conquista de derechos y mejoras en las condiciones de vida de los campesinos. Generalmente se argumenta, frente a este énfasis, en un supuesto apego legalista de los campesinos. Esto es, que sólo sería factible pensar en la movilización de los sectores campesinos si su organización se da dentro del ámbito jurídico que el Estado ha definido como válido. Tal argumentación, no obstante, olvida que cuando situaciones de contexto han puesto en peligro su existencia, los campesinos han reaccionado (con mayor o menor empleo de la fuerza) impulsando movimientos que superan con creces la legalidad existente. Muestra clara de lo anterior son las acciones de resistencia emprendidas por los comuneros de la Cuarta Región ante los intentos de los dueños de haciendas aledañas por usurpar sus tierras (corridas de cerco); o los permanentes conflictos que sostuvieron los pequeños proletariados de la zona central con los latifundistas por el control o acceso al agua para riego, entre otros.

Si esto es así, entonces cabe preguntarse por qué el énfasis en la estrategia sindical. La respuesta necesariamente supera los límites del espacio rural

y nos vuelve a situar en el plano de la estrategia general diseñada por los partidos políticos, con base popular, para alcanzar sus objetivos. A. Saavedra da cuenta de lo anterior sosteniendo que "las concepciones de transformación de la sociedad en términos evolutivos, a través de la obtención de mayorías en el Parlamento y en el gobierno, a través del Estado burgués y la dictación de nuevas leyes, cobra fuerza tanto en la búsqueda de una mayor participación electoral como en la importancia desmesurada que le atribuye a la organización sindical" (Saavedra 1975:79).

Obviamente, el énfasis en la acción sindical tiene diversas implicancias. De una parte, lleva implícita la idea de que el movimiento debe darse por los cauces de la legalidad; se elude de esta forma un problema central: el disciplinamiento de la fuerza de trabajo que constantemente ejecuta el capital en función del proceso de acumulación que debe llevar adelante. La legalidad o ilegalidad de una demanda, y de la acción que se debe emprender para su logro, encuentra su marco dentro de ese espacio y, por tanto, se ve constreñida a él. De esta forma, acciones que se sitúen al margen de lo "estipulado" serán rápidamente estigmatizadas o aplastadas.

De otra parte, el sindicalismo define claramente una relación entre dos partes, una de las cuales, en virtud de la entrega de su fuerza de trabajo a la otra, arreglos contractuales de por medio, percibe un salario. El poner el acento en esta relación, y hacer del sindicato su expresión organizativa, supuso dejar a un vasto contingente de población, tanto de sectores urbanos como rurales, sin expresión "legal" de sus demandas. En el caso campesino, la mirada se dirigió hacia el segmento "inquilinos", o sea hacia el sector que estaba vinculado permanentemente al fundo, y que una vez implementada la Reforma Agraria pasó a constituir el sector reformado. Pero éstos de ninguna forma constituían el grueso de la población trabajadora del agro. Algunos estudios han estimado en 190.000 pequeños campesinos, 90.000 trabajadores agrarios, 150.000 trabajadores agrarios ocasionales y estacionarios, y 170.000 miembros de familia que colaboran en el trabajo, el número de personas o sectores que no fueron consideradas en el pro-

grama de la Unidad Popular (G. Simonis, citado por F. Mires 1988:355).

El golpe militar de 1973, y todo el período que duró la dictadura, significaron una redefinición de la relación de las organizaciones campesinas con el Estado. Ella se situó en "una nueva forma de acumulación cuyas características centrales otorgan su significado a la política agraria y consecuentemente al tratamiento de proletarios y campesinos" (Bruna 1985:145). Como es por todos conocido, la piedra angular de este planteamiento es que el conjunto de los procesos productivos se deberá adecuar al sistema de precios establecidos en el mercado mundial, debiendo, por tanto, orientarse la inversión de capitales hacia aquellas actividades donde se obtengan las mejores tasas de ganancia.

La obtención de ganancias, favorecidas en algunos casos por las denominadas "ventajas comparativas" (rentas diferenciales), recayó fundamentalmente en el pago a la fuerza de trabajo; surgió nuevamente el tema del disciplinamiento de los trabajadores, pero ahora en un contexto donde, al romperse mediante la fuerza un tipo de relación que se había venido estructurando desde los años veinte en el agro, se subordinó absolutamente la fuerza de trabajo a los intereses del capital. Para ello se combinó la acción represiva directa con la acción legal (nuevo Código del Trabajo), a través de numerosas trabas a la organización y reivindicación laboral.

Durante este período, más allá de los intentos hechos por las organizaciones campesinas tradicionales, con el apoyo de organismos de iglesia y de ONGs, entre otras, no se logró contrarrestar el impacto de las políticas gubernamentales, disminuyendo considerablemente el número de campesinos organizados en sindicatos o cooperativas.

El nuevo escenario agrario se redefinió a partir de la superación definitiva del latifundio; aparecieron como actores un sector de empresas medianas y grandes de tipo capitalista;¹ otro sector de

pequeños productores, en diversos grados de diferenciación, que tuvo su origen en el proceso de reforma agraria; un tercer sector conformado por pequeños productores tradicionales, y los minifundistas.

Pero los cambios operados en la relación laboral al interior de la empresa capitalista (disminución del número de trabajadores permanentes y su relocalización fuera de los límites del predio), significaron poner en primer plano un actor históricamente presente en el agro, aunque constantemente olvidado: los trabajadores temporeros. Su composición, en ese momento, aparecía modificada por la incorporación de población oriunda de centros urbanos, la que se sumó a la proveniente del sector de pequeños propietarios tradicionales y minifundistas, principalmente.²

¿Cuál es el escenario en el que actualmente se mueve el campesino y sus organizaciones? ¿han sido superadas las estrategias que ponen el acento en el hacer aquello que es posible en la medida que se adecua a los límites impuestos externamente? ¿se ha superado la concepción de la división entre acciones legales e ilegales en el proceder de los campesinos y otros trabajadores del agro, en sus reivindicaciones por mejoras laborales o productivas? La respuesta a estas interrogantes es negativa.³ Hoy, bajo el imperio de las variables

capitalista que el propio latifundista ha ejercido sobre la fuerza de trabajo incorporada a la hacienda" (Saavedra 1975:31; subrayado del autor). Es este tipo de capitalismo el que se superado al interior de la gran propiedad, pero la sobreexplotación es un mecanismo que aún prevalece; es el caso de los trabajadores temporeros.

2. En un estudio realizado por Gómez & Echeñique (1986), donde se caracteriza a los trabajadores temporeros, se estableció que la composición de la fuerza de trabajo temporera según el sector de residencia habitual era la siguiente:

a) Agricultura campesina (pequeña propiedad y minifundista, área de reforma agraria y comunidades indígenas)	40,4%
b) Agricultura empresarial	7,0%
c) Rural urbanizado	39,7%
d) Urbano	12,9%

3. A partir de 1988 se observa un importante incremento en la sindicalización nacional. El sector agrícola no ha estado al margen de este crecimiento. Al año 1987, tan sólo 3,9 por ciento de las personas que se desempeñaban en la rama 1

macroeconómicas y su equilibrio, el disciplinamiento de la fuerza de trabajo resulta fundamental para mantener la "competitividad" del sector. Una muestra clara de ello es, por ejemplo, la imposibilidad de los trabajadores frutícolas de ir a la huelga en periodos de cosecha. O que, para negociar colectivamente, los sindicatos que no son de empresas deben contar con el consentimiento de los patrones.

Aunque el Estado ya no intervenga directamente en los conflictos laborales, la presión que los partidos políticos ejercen sobre las direcciones campesinas –y, en general, sobre las organizaciones de trabajadores– tiende a reproducir el tradicional esquema de funcionalización de las organizaciones populares a intereses que se definen fuera de su ámbito y que obviamente no le reportan mayores beneficios. De otra forma no se puede entender la falta de rechazo abierto a un modelo marcadamente excluyente, altamente regresivo en la distribución del ingreso y cuyas "posibilidades" de reorientar sus beneficios hacia los sectores populares está imposibilitada por su propia reproducción. Es más, cualquier intento por parte de los trabajadores de alcanzar beneficios que se sitúen por sobre lo que el capital ha definido, los transforma en poco menos que enemigos de la patria, en sujetos que sólo buscan el beneficio particular en detrimento de otros sectores de trabajadores o, como es habitual escuchar, en sujetos que ponen en peligro el proceso de transición.

Se ha llegado así al extremo de la visión ideológica de la relación trabajadores-empresarios: se parte del supuesto de que existen intereses complementarios (no contradictorios) entre ambas partes, y que sólo es preciso concordar una agenda que regule la relación entre ellas.

En este escenario, los campesinos y trabajadores del agro deben avanzar en la formulación de un proyecto que les permita sustraerse a los marcos impuestos por los sectores dominantes; en esta tarea, además, deben ser capaces de situarse, en una política de alianzas, frente a trabajadores de otras ramas y sectores populares en general, en un plano de igualdad.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bruna, Susana
1985 "Chile: las luchas campesinas en el siglo XX". En: Pablo González Casanova, coord. *Historia política de los campesinos latinoamericanos*. Vol. 4. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM/Ed. Siglo XXI.
- C.N.C.
s/f Situación actual de la organización campesina, al 30 de junio de 1991.
- Frías, Patricio & Jaime Ruiz-Tagle
1992 *Situación y dinámica del sindicalismo chileno en el contexto económico y sociopolítico*. Santiago: PET.
- Gómez, Sergio & Jorge Echeñique
1986 "Trabajadores temporeros de la agricultura moderna del Chile central". Documento de Trabajo Flasco 324. Santiago.
- Mires, Fernando
1988 *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México: Ed. Siglo XXI.
- Saavedra, Alejandro
1975 *Capitalismo y lucha de clases en el campo*. Chile 1970-72. Madrid: Comunicación Serie B, Alberto Corazón Editor.

se encontraban afiliadas a sindicatos; para 1991 el porcentaje alcanzaba a 8,2 (el promedio nacional era de 15,4 por ciento). Según antecedentes manejados por la C.N.C. (1991), el 43,4 por ciento de la fuerza de trabajo sindicalizada en el agro se localizaba en la Región Metropolitana; el resto se distribuía de la siguiente forma: 0,4 por ciento Primera Región, 7,0 por ciento Cuarta Región, 7,2 por ciento Quinta Región, 13,0 por ciento Sexta Región, 10,8 por ciento Séptima Región, 2,7 por ciento Octava Región, 5,0 por ciento Novena Región y 10,4 por ciento en la Décima Región.

Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador

Sergio Grez Toso
Universidad de Santiago de Chile

Nos concentraremos en un sólo aspecto de lo que fue la trayectoria pública de los artesanos chilenos decimonónicos, sin lugar a dudas el sector más importante (social y políticamente) de los "trabajadores por cuenta propia" durante ese siglo: su proyecto político -modernizador y democratizador, a nuestro juicio- de "regeneración del pueblo".

Para comenzar, recordaremos algunas ideas, conceptos e imágenes simples -"lugares comunes"- que evocan, de manera tan o más poderosa que una definición académica, la idea de modernidad. Para hacerlo, nada mejor que el contrapunto con el Antiguo Régimen, desde cuyas entrañas nació la modernidad.

En el plano económico, cuando hablamos del Antiguo Régimen, entendemos una sociedad con evidente predominio de la agricultura, escaso desarrollo de los medios de transporte y una producción de manufacturas concentrada, casi por completo, en bienes de consumo elaborados en pequeñas unidades productivas (talleres). La modernidad, en cambio, emerge indisolublemente asociada al predominio de la producción industrial, es decir, a gran escala y para una demanda más o menos estable y conocida de antemano, no sólo de bienes de consumo, sino también (y de manera

may significativa) de bienes de capital. Un amplio desarrollo de los medios de transporte y de comunicación acompañan esta nueva era (Labrousse 1948:19-21).

En lo político, ideológico y social, el Antiguo Régimen contiene una confusión entre el orden civil y el religioso, el absolutismo político, el imperio de la tradición y del dogma, la cosmovisión religiosa y la escasísima movilidad social. La modernidad surge como oposición a esos fenómenos, con emblemas reivindicativos como la separación de lo religioso y lo profano; la laicidad; el liberalismo, primero y la democracia, después. La idea de modernidad aparece, a menudo, asociada al pragmatismo, a la preeminencia de lo económico, pero también como un proyecto emancipador: como la manifestación de utopías terrenales cuyos ejes son la fe en el progreso, la ciencia, la razón (Corvalán 1993).

Partiendo de estos "lugares comunes", es decir, generalmente aceptados, postulamos la idea de un movimiento popular en Chile durante el siglo diecinueve, en el que los artesanos tuvieron una destacadísima actuación, proyecto que era portador de un proyecto modernizador en lo político y social.

Nuestras investigaciones nos han llevado a postular –y, a nuestro juicio, probar– el surgimiento de un movimiento popular urbano en Chile desde las primeras décadas republicanas, o sea, con anterioridad a la formación de las primeras organizaciones sindicales o protosindicales de fines del siglo diecinueve o comienzos del veinte (Grez 1990). La génesis de este movimiento popular está íntimamente asociada al proceso de urbanización y de industrialización, proceso que se aceleró a partir de los años sesenta de ese siglo; pero, sin duda, tiene raíces más antiguas, es decir, encuentra su punto de arranque en la existencia de gremios artesanales coloniales.

El artesanado (carpinteros, ebanistas, sastres, sombrereros, talabarteros, carroceros, zapateros, etc.), junto a un sector muy reducido de obreros especializados –entre los que destacan los tipógrafos– fue, por lo menos, hasta los años ochenta, la columna vertebral del movimiento organizado de trabajadores. Este sector social marcó con su sello el conjunto del movimiento popular que se desarrollaba en las ciudades chilenas, movimiento que es posible detectar a través de una serie de reivindicaciones permanentes que se traducían en organizaciones, movilizaciones, peticiones, y en la generación de un discurso y una identidad de “artesanos y obreros honrados”.

De manera más precisa, podemos señalar que este movimiento levantó, a lo largo de casi todo el siglo, las banderas del proteccionismo a la industria nacional, la reforma o abolición del servicio en la Guardia Nacional, la educación o “ilustración” del pueblo, además de una aspiración genérica de justicia y redención social. Estos y otros elementos conformaron durante mucho tiempo el proyecto de “regeneración del pueblo”, que socializaron Arcos y Bilbao hacia mediados de siglo y que se plasmó posteriormente en la acción de los artesanos y obreros urbanos. Se trataba, sin lugar a dudas, de un movimiento élite de los trabajadores urbanos, puesto que el peonaje quedaba marginado, aunque confluía en algunas coyunturas con los artesanos y obreros especializados. Estos últimos eran los que manifestaban una mayor predisposición a participar de los conflictos políticos centrales, con una opción política mayoritaria que era –

desde antes de la experiencia de la Sociedad de la Igualdad–, el apoyo o la alianza con la fracción de las clases superiores. Esta preferencia de los sectores mayoritarios de los trabajadores organizados (no olvidemos que también existieron, desde fines de los años sesenta, organizaciones de trabajadores dirigidas por el clero y los conservadores), se explica por el propósito declarado del liberalismo de romper con el pasado colonial, promover la instrucción, el ahorro y la previsión entre los desheredados, a fin de lograr la ansiada “regeneración del pueblo”, además de proceder a la ampliación de las libertades públicas y a la laicización del Estado y de la sociedad, objetivos modernizadores plenamente compartidos por las organizaciones del naciente movimiento popular.

El movimiento popular se componía de una red de mutuales, cooperativas, escuelas nocturnas de artesanos, sociedades filarmónicas de obreros, logias de temperancia y otras organizaciones que se fueron extendiendo y consolidando durante los años sesenta, setenta y ochenta del siglo diecinueve, hasta cubrir, prácticamente, todas las ciudades de cierta importancia del país y lograr crecientes grados de coordinación. Así sucedió, por ejemplo, durante la campaña contra los efectos de la crisis económica sobre los sectores populares, durante los años 1876-78, campaña protagonizada por las principales sociedades de socorros mutuos del país (Grez 1992a).

Siendo las ideologías del siglo –o por lo menos las ideologías ascendentes– caracterizadas por su fe en el progreso y la razón, era natural, para este movimiento de trabajadores, compartir estos principios, encarnados en aquella época por el liberalismo nacional.

Si a la idea de modernidad se asocia de manera inseparable la noción de democracia política y social, y no sólo de desarrollo económico, concluimos que el movimiento popular urbano chileno del siglo pasado fue un movimiento modernista o modernizador. Y, aunque generalmente se reconoce al movimiento obrero y popular chileno del siglo veinte su influencia decisiva en cada una de las etapas del progreso social y de la ampliación de la democracia, raramente se perciben en su homólogo decimonónico tales características. Quizás la

explicación a esta paradoja se encuentre en el virtual desconocimiento de su existencia o de lo que fue su real magnitud.

Y, sin embargo, ese movimiento planteó desde muy temprano el problema de la instauración de la democracia política y la aplicación efectiva de los principios republicanos proclamados por la Constitución de 1833 y en los discursos de la élite.

Es verdad que estos postulados eran también promovidos por los liberales de las clases dominantes y que a menudo, sobre todo durante las primeras décadas republicanas, el bajo pueblo era sólo una fuerza de apoyo a las distintas facciones oligárquicas en pugna; pero poco a poco, esos sectores populares encabezados por el artesanado fueron delineando el perfil de un "liberalismo popular", más radical que el "liberalismo oficial", y que primero tendió a distinguirse, para más tarde separarse de la fracción liberal y laicizadora de la oligarquía.

Sobre este punto, podemos constatar que si bien hubo una adhesión del sector mayoritario del movimiento popular a los postulados del liberalismo, esta adhesión llevó siempre la huella del origen social de sus actores y se tradujo, por lo tanto, en una búsqueda de una identidad propia y en una expresión política independiente. Lo hizo instintivamente en un primer momento, luego de manera cada vez más consciente. Incluso, con anterioridad a las guerras que permitieron la concreción del proyecto independentista, hubo opiniones precursoras que apelaron a la constitución del sujeto popular. Una de esas voces fue la del fraile Antonio de Orihuela, quien, en un discurso-proclama distribuido al pueblo de Concepción y a los diputados del primer Congreso Nacional de 1811, interpeló a los:

infelices que formáis el bajo pueblo,

acusando a la aristocracia criolla y a los "euro-peos", es decir, a la burocracia peninsular, de ser los causantes de las desgracias del pueblo:

Mientras vosotros sudáis en vuestros talleres; mientras veláis con el fusil al hombro, al agua, al sol, y a todas las inclemencias del tiempo, esos

señores condes, marqueses y cruzados duermen entre limpias sábanas y en mullidos colchones, que les proporciona vuestro trabajo,

y llamando a los pobres a constituirse en sujeto histórico:

despertad, pues, y reclamad vuestros derechos usurpados,

para:

borrar si es posible de los vivientes a esos seres malvados que se oponen a vuestra dicha, y levantar sobre sus ruinas un monumento eterno a la igualdad.¹

Pero, a pesar de este fervoroso llamado, en esa oportunidad no hubo oídos receptivos. La constitución del sujeto popular se desarrollaría lentamente, después de lograda la Independencia, a través de una apropiación del discurso de una de las fracciones de la élite, es decir, a través de una lectura popular del ideario liberal. En cada coyuntura propicia surgirían las voces del bajo pueblo, débiles y dispersas, primero, más fuertes y organizadas, después, tomando del ideario liberal lo más adecuado para la defensa de los intereses populares.

En la coyuntura electoral de 1844-45, el obrero tipógrafo Santiago Ramos ("El Quebradino"), junto a su amigo el franciscano Antonio Mañán, se refirieron de la siguiente manera al papel del artesano:

la fuerza moral está en el artesano, porque el artesano representa en la nación la mayoría. El artesano también reúne la fuerza material. Del artesano sale el elector y el soldado.

(*El Pueblo*, Santiago, 25/01/1846)

Levantaban como banderas la protección de las artes, la prohibición de importación de manufacturas que se pudieran fabricar en el país y la

1. Sesiones de los Cuerpos Legislativos, 1811 a 1845, Tomo I, pp. 375 a 379, citado por Luis Vitale, en *Interpretación marxista de la historia de Chile*, tomo III (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), p. 27.

abolición de la pena de muerte. A pesar del carácter confuso del grupo dirigido por El Quebradino y Mañán, la élite reconoció en él un peligro: pronto se organizó la Sociedad del Orden, concurriendo a ella tanto pipiolas como pelucones. Los liberales más avanzados, puestos entre dos fuegos, constituyeron la Sociedad Democrática, la que a su vez creó la Sociedad de Artesanos Caupolicán, destinada a competir con Ramos por el apoyo entre los artesanos. El gobierno suprimió el periódico de la oposición plebeya, decretó el Estado de Sitio y el bajo pueblo respondió con manifestaciones, incidentes y consignas de: "¡Abajo el Ejecutivo, abajo los ricos!"²

En las coyunturas de 1850-51 y 1858-59, este fenómeno de irrupción del bajo pueblo en el escenario político se extendió aun más. Y, aunque se trataba de intervenciones limitadas, parciales, discontinuas y muchas veces subordinadas a la oligarquía opositora, aparecieron fenómenos nuevos: en 1859, si bien los artesanos santiaguinos militaron en el mismo club político –la Sociedad de la Igualdad– que los liberales de las clases superiores, en otras ciudades –en San Felipe, Los Andes y La Serena– los artesanos y otros elementos populares constituyeron clubes igualitarios con vocación permanente, integrados exclusivamente por individuos del bajo pueblo, que actuaban paralelamente a las organizaciones de la élite liberal. Pero esta diferenciación no era sólo orgánica; también aparecía en los objetivos y tareas, en los que el aspecto "social" cobraba particular importancia: realización de cursos vespertinos para trabajadores, organización de Montes de Piedad, etc. (Grez 1990:297-371).

El peonaje, por su parte, en 1851, y más aún en 1859, manifestaba su preferencia por los métodos de la "guerra social": montoneras, saqueos, motines y sangrientos levantamientos en contra de los poseedores, muchas veces sin distinción de bandos (Grez 1990:385-412).

El desarrollo del movimiento mutualista a partir de 1853, y de otras formas de organización popular que respondían a necesidades concretas de los sectores populares (previsión, salud, instrucción, alimentación, recreación y cultura), permitió, en las décadas siguientes, ir afirmando el discurso popular de la "regeneración del pueblo", levantado por los artesanos y otros trabajadores. Las diferencias con el liberalismo de la élite se fueron profundizando. Entre 1876 y 1878, los mutualistas de distintas ciudades lograron coordinarse para desarrollar una campaña contra los efectos de la crisis económica: mítines, manifestaciones y hasta una *Petición de los Obreros de Chile* al Presidente de la República para que se tomaran medidas proteccionistas, fueron la respuesta popular a la crisis (Grez 1992a).

Por esos años, surgió la Sociedad Escuela Republicana, un club político de avanzado corte liberal, compuesto mayoritariamente por artesanos y elementos populares, que propició la creación y coordinación de mutuales, cooperativas y otras organizaciones sociales.

El movimiento popular seguía apoyando la acción del liberalismo, pero las diferencias se profundizaban: el proteccionismo y la abolición o reforma del servicio en la Guardia Nacional (que afectaba principalmente a los artesanos) eran reivindicaciones que chocaban con el credo liberal de la élite. Las "candidaturas obreras" de 1882 y 1885, aunque inscritas en el campo del liberalismo, eran signo de desarrollo de una identidad política propia de los elementos populares, nucleados en torno al artesanado. Hacia mediados de la década del ochenta, los líderes del movimiento mutualista criticaban el "liberalismo de frac y corbata", por no haber introducido sino cambios formales a través de su dirección de los asuntos del Estado. Decía un periódico publicado por un conjunto de mutuales:

La escena es siempre la misma, sólo ha habido cambio de comediantes, y para colmo de desdichas, el público paga cada vez más caro.

("La política que conviene a los trabajadores", *La Razón*, Santiago, 29/08/1884)

2. Archives du Ministère des Affaires Étrangères de la République Française, lettre de M. Cazotte au Ministre des Affaires Étrangères, Direction Politique N° 50, *Correspondance Politique Chili* N° 10 1845-1846, fs. 175-176.

Pero aún no se llegaba al punto de ruptura con el "liberalismo imperante". La Sociedad Escuela Republicana y el movimiento popular organizado dieron un apoyo condicionado a la candidatura presidencial de Balmaceda en 1886. La separación definitiva del "liberalismo popular" y el "liberalismo imperante" se produciría un año más tarde, al constituirse el Partido Democrático (PD), expresión política del movimiento popular, de carácter laico, democrático y liberal popular, en el que los artesanos unidos a algunos intelectuales de las clases medias jugaron un papel central.

La compleja relación entre el movimiento popular acaudillado por el PD y el gobierno de Balmaceda es en buena medida la expresión del choque entre dos concepciones de la modernidad (Grez 1991 y 1992b). Por un lado, el proyecto industrializador y modernizador del Presidente, basado en la importación de tecnología, medios de producción y hasta técnicos y trabajadores extranjeros: "modernización nórdica" o "autoritarismo modernizante venido del norte" lo denominará Gabriel Salazar (1993). Frente a él, el proyecto artesanal y popular de protección a las "artes y oficios", ampliación de las libertades públicas, "regeneración del pueblo" y justicia social. Tomando nuevamente la terminología salazariana, podríamos hablar del "social-productivismo" del bajo pueblo enfrentado a la modernización económica autoritaria dirigida desde la cúspide del Estado que intentó el Presidente-mártir (Salazar 1985:173-228, 1991 y 1993).

La oposición entre ambas concepciones no tardó en manifestarse: el PD y el movimiento popular, del cual era su expresión, levantaron como reivindicaciones la "instrucción obligatoria, gratuita y laica", la "reducción del ejército permanente y la supresión de la Guardia Nacional", la "organización por el Estado de la asistencia pública en favor de los enfermos, ancianos o inválidos del trabajo", la abolición de los impuestos sobre los artículos de alimentación y el ejercicio de las artes e industria, reemplazándolos por un impuesto progresivo sobre los capitales, la "protección a la industria nacional, liberando la materia prima, recargando las manufacturas similares del extranjero y subvencionando las industrias importantes,

los descubrimientos útiles y los más acabados perfeccionamientos industriales" (Programa del Partido Democrático, 1887).

Sendas campañas de masas con mitines multitudinarios en distintas ciudades del país fueron organizados por el PD y las mutuales para protestar contra el alza del pasaje de segunda clase de los tranvías; para oponerse a un proyecto de ley destinado a gravar la importación del ganado argentino, lo que favorecería a los latifundistas nacionales, pero haría más escaso el consumo de la carne entre los sectores populares; y para impedir la contratación por el gobierno de trabajadores extranjeros para la realización de obras públicas. También se desarrollaron masivos actos de protesta para obtener la disolución de la Guardia Nacional y la anulación de una Ordenanza sobre reuniones públicas, que restringiría el derecho de reunión (Grez 1991). La regresión sangrienta de la huelga general del Norte Grande y de Valparaíso, en julio de 1890, enajenó más apoyos populares al gobierno (Grez 1985).

La modernización del Presidente Balmaceda se había quedado prácticamente sin apoyo en la base de la pirámide social. Vale la pena preguntarse si a esas alturas los seguía teniendo en la cúspide.

Sintetizando lo expuesto, podemos afirmar que el proyecto de "regeneración del pueblo", animado por los artesanos y obreros urbanos en Chile durante el siglo pasado, fue un proyecto de *modernidad popular*, ya que se proponía la democratización del sistema político, para actuar desde su interior en defensa de los intereses populares. Esta opción implicó la creación de nuevas formas de sociabilidad que significaban una ruptura radical con las antiguas formas de organización en cofradías de tipo religioso, en las que se había cobijado el artesanado colonial. A su vez, estas nuevas organizaciones asumieron funciones que prefiguraban el advenimiento del moderno sindicalismo y de los partidos políticos populares del siglo veinte. No es un hecho anodino que el primer partido político chileno que haya adoptado formas de funcionamiento plenamente modernas (militancia de masas a través de estructuras regulares y permanentes, publicación de periódicos oficiales, realización periódica de convenciones,

organización de campañas de opinión pública y de peticiones a las autoridades, etc.) haya sido precisamente el PD.

La aspiración a la "regeneración del pueblo" en la concepción artesanal y popular implicaba, entre otras cosas, que el Estado abandonara la concepción liberal que dejaba las funciones asistenciales (en salud y educación) a merced de la caridad de la Iglesia y de las clases superiores—cuestión heredada del Antiguo Régimen—y que asumiera ciertas funciones económicas y sociales. La ruptura con el pasado colonial, con sus lacras y prejuicios, no sería efectiva mientras el pueblo se encontrara en la degradación que era la característica de la llamada "cuestión social". Estos problemas, y no las añejas "luchas religiosas", se constituyeron en la preocupación del movimiento popular al finalizar el siglo. Como es sabido, el ingreso de Chile en la modernidad no fue el preconizado por los artesanos y obreros que formaron y extendieron las mutuales, cooperativas, sociedades filarmónicas de obreros, escuelas de artesanos, logias de temperancia y las primeras organizaciones políticas populares. La modernización social y política debió ser asumida, década más tarde, "a reculones", por la clase dominante, cuando los poros de la sociedad oligárquica no podían respirar más bajo la costra de la "cuestión social".

En lo económico, tampoco fue el proyecto "social-productivista" del bajo pueblo el que guió la modernización. ¿Era acaso factible la industrialización autosostenida que parecía levantar el proyecto artesanal? ¿Vale la pena formularse esta pregunta? Hay quienes afirmarán con fatalismo que la historia fue lo que fue y no lo que podría haber sido, pero para los estudiosos de la realidad (presente y pasada), es importante plantearse dicho tipo de interrogantes, ya que ellas nos ayudan a la comprensión y, tal vez, a la resolución de los problemas de nuestro tiempo. Es, sin duda, en esta relación activa entre el presente y el pasado que la disciplina de la historia adquiere su mayor sentido. Formulada de otro modo, la cuestión que seguirá siendo planteada es la de las condiciones necesarias para que las clases o grupos sociales subordinados estén en condiciones de implementar un proyecto alternativo de sociedad. Los

debates sobre las distintas vías posibles de acceso a la modernidad podrían, a no dudarlo, aportar elementos de respuesta a esta inquietud.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Corvalán M., Luis
1993 "Modernismo y posmodernismo: un enfoque histórico". *Mapocho* (Santiago) 34. Segundo semestre, pp. 179-195.
- Grez T., Sergio
1985 "La huelga general de 1890". *Perspectivas* (Madrid) 5, pp. 127-167.
1990 "Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIX^{ème} siècle (1818-1890)". Thèse pour le Doctorat (Nouveau Régime) d'Histoire et Civilisations, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
1991 "Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno (1887-1891)". *Dimensión Histórica de Chile* (Santiago) 8, pp. 31-62
1992a "La mutualité aux origines du mouvement ouvrier chilien". *La Revue de l'Economie Sociale* (Paris), pp. 155-183.
1992b "Balmaceda y el movimiento popular". En: *La época de Balmaceda*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, pp. 71-101.
- Labrousse, Dégert
1948 *Le mouvement ouvrier et les théories sociales en France de 1815 à 1848*. Paris.
- "Programa del Partido Democrático. Aprobado en la Junta General del 20 de noviembre de 1887". *El Ferrocarril*, Santiago, 29/11/1887.
- Salazar, Gabriel
1985 *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago: Ediciones SUR.
1991 "Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercados. Chile, 1830-1885". *Proposiciones* 20. Santiago: Ediciones SUR, pp. 180-231.
1993 "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular". En: Luis Ortega, ed. *La Guerra Civil de 1891. 100 años hoy*. Santiago: Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, pp. 171-195.

Los trabajadores independientes en Chile: la opción de los excluidos (1970-1990)

Francisca Márquez B.

SUR, Programa de Investigación de la Microempresa

URBANIZACIÓN, SUBEMPLEO Y POBREZA EN LAS GRANDES CIUDADES: NACE EL LLAMADO SECTOR INFORMAL

El decenio de los cincuenta marca para algunas ciudades latinoamericanas el inicio de un proceso acelerado de urbanización y la llegada de hombres y mujeres del campo, escasamente calificados, en busca de trabajo.

Hacia principio de la década, la mayoría de los inmigrantes rurales se asentaba en el centro de las grandes ciudades, donde muchos de ellos encontraban trabajo gracias a una estructura industrial urbana en plena expansión. Sin embargo, la corriente migratoria se transformó en un torrente, que rápidamente colmó la capacidad de absorción de los barrios centrales, y se produjo un rebalse hacia el cinturón periférico de la urbe (Jurgen et al. 1987).

En el aspecto ocupacional se desarrolló un proceso similar: el mercado de trabajo industrial no logró mantener un ritmo de expansión suficiente-mente alto para absorber la creciente demanda de trabajo. A principios de la década de los sesenta, Prebisch (1963) constataba que la población trans-

ferida del campo a las ciudades no se integraba a la vida urbana "y vegeta en toda gama de servicios (no calificados), de muy precarios ingresos con lapsos de franca desocupación."

La utilización de mano de obra calificada por parte de la industria y los servicios complementarios a ésta, y una capacidad de absorción de mano de obra menor que el incremento de la oferta de trabajo, explicaban, según Prebisch, la insuficiente absorción de trabajadores migrantes por parte de la economía urbana.

Nace así el concepto de heterogeneidad estructural, definida como una situación caracterizada por grandes diferencias de productividad y de modernidad entre los sectores de actividad económica, así como por complejas relaciones de intercambio, de poder y de dependencia al interior de una estructura socioeconómica nacional. Se constata así la coexistencia, al interior de un país, de dos estructuras, una moderna y la otra tradicional ("primitiva", al decir de aquellos tiempos), con escasos intercambios o influencia recíproca.

Una década más tarde, la exclusión por parte de los migrantes de la industria naciente continuaba mostrando que la única alternativa posible era la autocreación de empleo. "Las unidades económi-

cas así creadas tuvieron que estar signadas, en su mayoría, por la precariedad de los medios con que contaban. Como tampoco podía ser de otra manera, las ocupaciones que inventaron fueron aquellas que estaban más fácilmente a su alcance, es decir las que no necesitaban para su creación mucho capital." (Franco 1989). Todas ellas —ocupaciones manuales no calificadas y devaluadas por el mercado laboral urbano, así como artesanías tradicionales y modernas—, tenían como denominador común la falta de seguridad social y económica.

A inicios de los setenta, comenzó a gestarse una explicación alternativa a las concepciones modernizantes y dependentistas de las economías tercermundistas. Surgió el término sector informal, referido al conjunto de ocupaciones urbanas que permiten la supervivencia de trabajadores que no logran insertarse en las empresas calificadas como "modernas". Este enfoque, basado en sus inicios en una concepción dualista de la estructura económica y de los mercados laborales, evidenciaba una perspectiva optimista de las posibilidades de desarrollo de nuestros países. Las actividades del sector informal mostraban un dinamismo que le permitiría con el tiempo asimilarse progresivamente al sector "moderno" (Cartaya 1987).

El sector informal urbano es visualizado así como un conjunto de actividades y organizaciones de los sectores urbanos subalternos que no logran establecer lazos —a través de un empleo formal— con las empresas capitalistas y los tradicionales aparatos del Estado. Estas actividades establecen circuitos relativamente estables de producción y de distribución, utilizando tecnologías intensivas en mano de obra y disponiendo de ningún o poco capital y seguridad social (Urmeneta 1988).

La formulación del concepto de sector informal involucró no sólo un cambio de nomenclatura respecto de la dualidad moderno-tradicional, sino también una revalorización de las "actividades no formales" o "no modernas". No sólo se comenzó a ver a aquellos sujetos de la llamada economía informal como actores emprendedores, sino también se comprobó que la combinación de factores por ellos utilizada era más eficiente que la usada en el sector moderno para producir el mismo tipo de bienes. Asimismo, se observó que algunas de las

carencias de este sector no provenían necesariamente de ellos mismos, sino de carencias a nivel de programas implementados para apoyar al sector moderno (Pérez et al. 1993).

Actualmente se observa un paulatino abandono de la conceptualización propia del sector informal, para dar paso a una terminología que busca dar cuenta más del potencial y desarrollo de las actividades del sector. Así es como toma fuerza la terminología de pequeña producción, microempresa, producción artesanal, trabajadores independientes. El eje central sigue siendo, sin duda, la estrategia de desarrollo, pero a ella se incorpora la preocupación por la promoción del desarrollo productivo de las unidades que participan en este sector; esta vez, sin necesariamente esperar que sean las actividades modernas las que faciliten su integración definitiva al desarrollo.

En síntesis, aun cuando la realidad de estos trabajadores constituye una problemática vigente, el esfuerzo comprensivo ya no busca ser meramente estructural, sino de aprehensión de aquellos espacios donde se expresan las tensiones de sus prácticas económicas y sociales. El énfasis se centrará en la comprensión de estas prácticas desde sus tensiones y contradicciones: de una parte, ellas podrán aparecer como dependientes, sumisas y dominadas; y de otra, en tanto espacios donde la articulación de voluntades es posible. De ahí que, bajo ciertas condiciones, estas prácticas puedan llegar a constituir espacios de organización y de articulación de prácticas sociales, así como de concientización y radicalización (Urmeneta 1988).

LA CAIDA DEL TRABAJO ASALARIADO Y PRESENCIA DEL SECTOR INFORMAL EN CHILE

En Chile, desde principio de los años setenta hasta fines de los ochenta, es posible observar un proceso constante de desalarización, acompañado por un inmenso contingente de población que queda excluida del mercado laboral formal. La progresiva integración de la fuerza de trabajo a las relaciones salariales que se había observado hasta

1973 fue revertida, dando lugar a la caída de los trabajos asalariados y al aumento de los trabajos independientes. Se derrumbaban así las ilusiones de una estructura socio-ocupacional tendiente hacia una sociedad en desarrollo (Tironi 1987).

CUADRO 1.
FUERZA DE TRABAJO (NO AGRÍCOLA)

AÑO	INDEPENDIENTES	ASALARIADOS	EXCLUIDOS (*)
1971	33	53	14
1980	30	45	25
1982	26	38	36
1984	29	37	34

(*) Incluye desocupados, subempleados y ocupados en el sector informal.

Fuente: INE, en Tironi (1987).

La tasa promedio de desocupación real desde 1974 a 1980 se situó en torno a 17 por ciento de la fuerza de trabajo, contra 4,1 por ciento entre 1950 y 1959, 6,5 por ciento entre 1960 y 1969 y 4,4 por ciento en el período 1970-73. Fue este salto en la cifras de desempleados una de las transformaciones fundamentales experimentadas por la estructura ocupacional chilena en la última década (Martínez & Tironi 1985).

Dos tendencias gruesas pudieron observarse al interior de la estructura ocupacional chilena a partir de la década del setenta: la mayor rapidez en la disminución de la población activa localizada en la agricultura y el espectacular aumento de la población activa localizada en el sector terciario (comercio y servicio).

Junto a estos cambios, se redujo la capacidad de absorción de fuerza de trabajo en sectores de alta productividad como la minería, la industria y la construcción: mientras la primera reducía en 30 por ciento su participación relativa en la PEA, la segunda lo hacía en 2 por ciento y la construcción en 20 por ciento. Estas últimas actividades, por otra parte, mostraban una elevada incidencia en el total de la desocupación nacional (17,5 por ciento la industria y 9,2 por ciento la construcción) (Martínez & Tironi 1985).

Estimaciones sobre el sector informal daban para el caso chileno cifras del orden del 18 por ciento de la PEA urbana en las décadas del sesenta y setenta. En 1976 su tamaño se habría incrementado hasta 33,5 por ciento de la PEA y en 1982 a 52,2 por ciento (Velásquez 1987).

A pesar de que estas cifras no son perfectamente comparables, la tendencia muestra una gran expansión del empleo informal en la década del setenta, que llegó a su mayor nivel durante el año clave de la crisis económica (1982). Luego se fue reduciendo, pero permanece aún hoy día a niveles superiores a los de la década de 1960 (Schkolnik 1989).

Para 1993, según Mideplan, en Chile el 40 por ciento de la fuerza de trabajo formaría parte del sector informal. La Encuesta de Empleo del PET de 1991 establece que, en Santiago, el 21,8 por ciento de los ocupados corresponde a este sector. La disparidad de cifras no sólo es significativa de la dificultad de medición del fenómeno, sino también de la dificultad de llegar a un consenso respecto a la categorías ocupacionales que se incorporan en el sector.

TRABAJADORES POR CUENTA PROPIA DEL SECTOR INFORMAL

La economía informal incorpora en su universo el trabajo por cuenta propia (TCP) de innumerables trabajadores independientes que producen bienes, prestan servicios o comercializan en pequeña escala, en las casas, calles, plazas, medios de locomoción colectiva, ferias populares, etc. Habría unos cuatrocientos "oficios" distintos ejercidos informalmente (Razeto 1993).

Entre los trabajadores independientes, podemos distinguir al pequeño productor (dueño de sus medios de producción) que tradicionalmente ha ejercido su oficio de manera autónoma y solitaria. Son ellos —trabajadores independientes por tradición (sastres, modistas, artesanos, zapateros)— los que mayoritariamente han optado por esta modalidad de trabajo.

Encontramos también aquellos trabajadores que han perdido el acceso a los recursos producti-

vos y el control sobre su producción, pero que no están integrados (o subordinados) a alguna forma de producción capitalista; son los cesantes temporales que entran y salen, pero para quienes el ser independiente se ofrece generalmente como alternativa temporal.

Por último, están aquellos para los que difícilmente el mercado laboral formal podría llegar a abrirse, en especial los mayores de 55 años, principalmente mujeres.¹

La pobreza parece ser un rasgo que acompaña constantemente al TCP. El 20,05 por ciento de los hogares cuyo jefe de hogar es TCP se encuentra en un nivel de ingresos de indigencia; 19,39 por ciento en un nivel de pobreza y 14,66 por ciento en un nivel de ingresos no pobre. Asimismo, existe una gran dispersión de ingresos entre los TCP; lavanderas y taxistas representan los dos extremos de un continuum de ingresos. Un rasgo común para la mayor parte de ellos (69 por ciento) es el no estar afiliado a previsión alguna.

Según Prealc, los TCP integraban para 1967 el 54 por ciento del sector informal. Entre 1967 y 1977 los principales aumentos se producían en las ocupaciones de comerciantes, guardianes, zapateros, ebanistas, mecánicos y gasfiteros, que a su vez registraban ingresos inferiores al promedio de los cuenta propia y, en la mayoría de ellos, ingresos aun inferiores al salario mínimo.

La tendencia, sin embargo, entre 1960 y 1970 fue la disminución (21 a 17 por ciento) de la participación de los TCP al interior de la actividad

industrial en Chile, y el aumento de su participación al interior de los servicios y la construcción.

La participación de la industria en el empleo TCP es probablemente más reducida aún de lo que indican las cifras. Si se entiende por industria una actividad económica que comprende todo el ciclo económico, desde la compra de insumos hasta la venta de los productos, una serie de actividades por cuenta propia incluidas en la categoría industria no son estrictamente industriales sino de servicios (rama calzado y vestuario, maquinaria y material de transporte). En consecuencia, los TCP propiamente industriales no deben ser actualmente más de 10 o 15 por ciento del total de TCP. El sector servicios, en cambio, estaría subestimado en algunos censos.

En la década del setenta al ochenta, entre los estratos inferiores, medios y altos se hizo más pronunciada la tendencia al aumento de los trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados, mientras el sector asalariado continuó disminuyendo. Entre los estratos medios y altos las ocupaciones de cuenta propia en el comercio, oficinistas y vendedores aumentaron significativamente,² mientras que en los estratos inferiores fueron las ocupaciones terciarias (Martínez & Tironi 1985).

La información más reciente respecto a trabajadores por cuenta propia (Pérez et al. 1993) muestra que este segmento aglutina a 18,7 por ciento de la fuerza de trabajo ocupada en Chile. Sin embargo, constata a partir de 1988 una significativa reducción en la participación de los TCP en la fuerza de trabajo ocupada y un gran aumento de los asalariados del sector de la microempresa. Los TCP del Gran Santiago habrían pasado de constituir un 20,6 por ciento de los ocupados en 1988, a un 16,2 por ciento en 1989, y un 11,6 por ciento en 1991.

1. En un estudio de Prealc sobre TCP (1980), de las 81 personas entrevistadas, un poco más de la mitad cambió por motivos voluntarios. La situación es muy diferente según oficios: 80 por ciento de los mecánicos, 60 por ciento de sastres/modistas y gasfiteros, un poco menos de la mitad de los taxistas y 15 por ciento de los vendedores ambulantes dejaron su ocupación voluntariamente. En los primeros oficios, el cambio es considerado como ascenso; en los últimos, como descenso social. Entre aquellos que hace seis o más años cambiaron a la actual ocupación, 75 por ciento lo hizo voluntariamente. Y aproximadamente 25 por ciento de los que en 1980 eran TCP serían "productos" de la situación coyuntural, es decir, de las altas tasas de desempleo. En realidad, concluye el estudio, muchas veces el despido es tomado como oportunidad para realizar el paso ya desde mucho tiempo planificado hacia el trabajo independiente.

2. Prealc (1980) señala al respecto: "Se observó un fenómeno muy interesante de la transferencia de capital entre bienes de consumo y de producción. Este se refuerza en una situación recesiva de alta desocupación incluso entre los sectores medios de la población. Hay, por ejemplo, personas que al quedarse cesantes venden su casa, compran una casa más pequeña y con la diferencia compran un taxi o instalan un negocio." (p. 21).

TRABAJADORES POR CUENTA PROPIA: ¿REFUGIO DE MARGINALES?

La idea de que el trabajo por cuenta propia continuaría siendo trabajo de pobres, refugio de marginales, colchón de desocupados, constituye hoy día una debate no del todo resuelto. Trabajador emprendedor o cesante sin alternativa, la verdad es que las actividades a pequeña escala no constituyen sólo formas transitorias de subsistencia de los segmentos más pobres de la población. Esta concepción, heredera de una visión desarrollista, va quedando atrás a medida que se hace evidente que ese comportamiento no es extensible al conjunto de actividades en pequeña escala. Buena parte de ellas, lejos de desaparecer con el auge, permanecen vigentes (Pérez et al. 1993).

Hace más de una década, Prealc postulaba, a modo de hipótesis, que en una situación recesiva y de alto desempleo, como sucedió a principio de los ochenta, habrían aumentado todos los sectores de TCP de fácil entrada –sin requisito de capital y calificación–, absorbiendo la mano de obra expulsada por el sector formal. Algo similar constata el PET una década más tarde (1993): señala cómo en periodos de crisis existiría un conjunto de ocupaciones por cuenta propia con escasas barreras a la entrada, pero que a medida que la economía va repuntando disminuirían su significación, por la emigración hacia mejores empleos. Sin embargo, para periodos de crecimiento de la economía, ambos estudios –a partir de la observación de dos momentos diferentes– apuntan a conclusiones diferentes.

Según Prealc, en la situación específica de 1970-72 (caracterizada por una redistribución de los ingresos) habrían prosperado los TCP que producirían para el consumo popular. Así, en coyunturas expansivas de la economía se podría observar un aumento de TCP en actividades de alta dificultad de entrada, es decir, de trabajadores con algo de capital y calificación en algún oficio. Este aumento se posibilitaría gracias a la expansión de los mercados.

Veinte años más tarde, en una situación de crecimiento progresivo, como ha sido el caso a partir de 1989, el PET observa una disminución de

los TCP y un aumento de los asalariados al interior de las microempresas. El mismo estudio indica que permanecerían las ocupaciones más rentables; pero, por otra parte, es probable que exista una suerte de “núcleo duro” de TCP que albergue a quienes tienen pocas oportunidades de encontrar un empleo remunerado en otro sector, por sus bajas calificaciones o razones vinculadas al sexo y la edad. Según este estudio, es presumible que permanezcan quienes tienen serias dificultades para encontrar alternativas más atractivas de trabajo, es decir, mujeres en las categorías de mayor edad, y en general el tramo de mayores de 55 años (Pérez et al. 1993).

En efecto, entre los TCP se constata actualmente una evidente alza de la participación femenina. La hipótesis apunta a que las mujeres tendrían más dificultades para emigrar de este tipo de ocupaciones, ya sea porque no tienen las calificaciones adecuadas o por razones ligadas al género (ejemplo: la mayor facilidad para ajustar sus horarios de trabajo al desempeñar labores por cuenta propia).

Creemos, sin embargo, que sin negar lo anterior, no puede entenderse la persistencia del trabajo por cuenta propia en periodos de expansión económica como simple permanencia de un núcleo duro carente de otras oportunidades laborales. De hecho, se admite que existiría un porcentaje variable de trabajadores que permanecería como independiente por ser ésta una actividad rentable y, para muchos, un oficio que han ejercido tradicionalmente, generación tras generación.

Aunque carecemos de antecedentes respecto a cuántos serían estos voluntarios al trabajo por cuenta propia, en lo que sigue de este trabajo indagaremos en aquellas razones que el TCP posee para integrarse y/o permanecer en este sector aun en periodos expansivos de la economía.

RAZONES Y SINRAZONES PARA TRANSFORMARSE EN UN TRABAJADOR POR CUENTA PROPIA

Hay varios factores que pueden llegar a hacer del TCP una alternativa atractiva de empleo para ciertos sectores de la población. La supresión de barreras institucionales, en especial gremiales, no debe

ser olvidada como uno de los factores que tenderon a favorecer, a fines de los setenta, la entrada de un gran número de trabajadores al sector de los cuenta propia. Una serie de gremios vieron disminuidas sus atribuciones por el DL N° 1532/76 que derogó la obligación de estar al día en las cuotas de las asociaciones para obtener patentes o permisos. Esta medida debilitó mucho a los gremios y redujo significativamente el número de asociados, favoreciendo simultáneamente la entrada de un gran número de trabajadores al oficio. Los taxistas constituyen un buen ejemplo de la desarticulación sufrida por los gremios a fines de los setenta.

Por otra parte, si bien el ingreso de los trabajadores independientes estaría dado, según el clásico estudio de Prealc (1980), por recursos tales como capital, calificación, condicionamientos institucionales y de clase, es evidente que estos factores en sí mismos no son suficientes. El acceso y buen dominio del trabajo por cuenta propia no se consigue sino tras un largo trayecto de aprendizaje, no sólo del oficio sino también de aquellos contactos (capital social) y códigos (capital cultural) imperantes en el medio. Son estos códigos los que acercan al dominio del oficio y, por ende, a la (re)construcción de una identidad propia. Ello unido a requisitos tales como el capital y la calificación son los que finalmente permiten hacer efectiva la voluntad de transformarse en un trabajador independiente.

Comerciantes, taxistas, sastres, modistas, artesanos, peluqueros y mecánicos, evidentemente deberán recorrer trayectorias distintas hasta llegar a acumular los recursos (capitales) necesarios al ejercicio como trabajador independiente. Para muchos, el trayecto obligado y previo puede ser el trabajo asalariado; para otros, el taller de algún familiar; para otros la calle, la simple práctica. Lo que es cierto es que el trabajador independiente rara vez adquiere su oficio a partir de cursos, de formalidades académicas.

Entre los factores que dicen más relación con una cierta racionalidad económica propia a estos sectores, debe considerarse el hecho de que la actividad económica de los TCP aparece fuertemente integrada a su economía familiar; producción y consumo son inseparables, lo que abarata

los costos y ofrece una serie de ventajas adicionales. Además, ello da oportunidades secundarias de empleo para personas que de otra forma no se integrarían a la fuerza de trabajo.

La lógica a partir de la cual los TCP enfrentan su quehacer laboral difiere sustantivamente de la lógica operante en una empresa capitalista. Entre los TCP tiende a primar una racionalidad de la subsistencia por sobre la racionalidad de la acumulación. Mientras que en las primeras se produce un bien o un servicio con el fin de intercambiarlo por otros bienes y servicios que satisfagan las necesidades del consumo familiar, la racionalidad capitalista busca invertir para recuperar la inversión y además obtener una ganancia.

En otras palabras, no existiría "acumulación" entre los TCP, sino, en el mejor de los casos, una expansión de su actividad económica. El TCP no invierte para recuperar su dinero, sino para crear una base de subsistencia familiar. En pocos casos los TCP consiguen aumentar significativamente sus bienes de capital. Sus ingresos dependen básicamente de la inversión inicial, la que se acumula generalmente en un trabajo asalariado anterior.

En los pequeños almacenes de zonas periféricas los comerciantes consumen en gran parte mercaderías retiradas del negocio. Su criterio de comportamiento económico es mantener constante su volumen de mercadería en stock. Si éste baja, es un indicio de que retiran demasiado y que tienen que reducir su consumo. Si sube, significa que el negocio marcha bien; en este caso aumentan su consumo familiar, en vez de acumular sus excedentes con el fin de expandir el negocio.

Ser TCP no necesariamente supone una total independencia del proceso productivo capitalista. En todos los oficios existe esa relación de dependencia, especialmente entre los obreros de la construcción³ y las costureras. El caso de las costureras a máquina constituye un tipo de dependencia común en los sectores poblacionales. Las fábricas de confecciones mandan a hacer partes del proceso

3. Véase en el clásico estudio de Larissa Lomnitz (1987), la historia del maestro Juan González y su red en torno al oficio de la construcción.

productivo en casas particulares, evitando así establecer relaciones contractuales fijas y prestaciones sociales con la trabajadora. Si bien esta costura puede ganar lo mismo que una asalariada, ella carecerá de seguro social. Esta forma de trabajo permite así a las empresas amortiguar las fluctuaciones de la demanda.

La dependencia de una empresa o de un subcontratista no es, sin embargo, necesariamente consecuencia del despojo de recursos productivos del trabajador. En la mayoría de los casos, los TCP semiasalariados tienen algún capital, sea una máquina de coser, un auto, equipos de taller o instalaciones en ferias. Muchas veces el motivo principal para ponerse en una situación de dependencia es la mayor continuidad y estabilidad de la demanda. Para todos los casos, la concreción de la plena independencia requerirá de una mayor trayectoria, más capital y conocimientos.

CAMINOS INDIVIDUALES Y COLECTIVOS ENTRE LOS TRABAJADORES POR CUENTA PROPIA: LA CONSTRUCCION DE UNA IDENTIDAD

Es en los periodos de crisis donde el sector de los TCP ha visto engrosar mayoritariamente sus filas. Las respuestas desplegadas por estos excluidos del sistema (cesantes en su mayoría) a estas sucesivas crisis económicas se han caracterizado por su heterogeneidad. Ellas van desde la vía del trabajo solitario vinculado estrechamente a una estrategia familiar, pasando por aquellos que combinaron su trabajo con actividades de tipo comunitario (comprando juntos, ollas comunes y organizaciones de sobrevivencia económica), hasta los que se integraron a organizaciones reivindicativas.

Los primeros se acercan de alguna manera a la figura reconstituida por Hernando de Soto: trabajadores que, frente a un Estado ausente, se ven obligados a abrirse camino por medio del aprendizaje y despliegue de una serie de capacidades de tipo empresarial en una economía de mercado que les es adversa. Muchos de ellos tuvieron acceso a esta alternativa de trabajo desplegando todos los recursos cercanos, con los tradicionales lazos de

parentesco, vecindad, amistad y compadrazgo como base de su estrategia. Otros, simplemente, ejercieron sus oficios de manera solitaria y silenciosa, haciendo lo que sus padres y abuelos hicieron siempre.

Para otros, sin embargo, después de varios intentos infructuosos de búsqueda individual, la organización colectiva se transformó en una alternativa para enfrentar la crisis económica. Ello implicó, sin duda, reconocer una situación de degradación: la organización colectiva fue asumida en muchos casos como una inserción temporal que se deseaba superar. Fueron las mujeres las que se mostraron más abiertas a asumir el camino de autoayuda.

Para otros, en especial hombres, la ruptura con el empleo formal y la cesantía prolongada se tradujeron en una desesperada búsqueda de ocupaciones individuales, muchas veces inestables (los pololos) y/o a formas de organización como las bolsas de cesantes o los sindicatos de trabajadores independientes, opciones evidentemente más próximas a su empleo u oficio previo.

En 1979, el DL N° 2.756 estableció la posibilidad de conformar sindicatos de trabajadores independientes, es decir, de trabajadores que no dependían de empleador alguno. En el marco de esta nueva legalidad laboral surgieron, aunque en forma limitada y sólo después del agotamiento de los comités de cesantes, algunos sindicatos de trabajadores independientes. Estos agruparon principalmente a trabajadores por cuenta propia, suplementeros, feriantes y a eventuales de la construcción. Surgieron así numerosas organizaciones de este tipo, que al igual que el movimiento obrero, asumieron un carácter federativo y territorial (Ramírez 1988).

Las acciones desplegadas estuvieron, sin embargo, marcadas por fuertes reivindicaciones hacia la recuperación del espacio perdido en tanto asalariado. De hecho, 52 por ciento de los TCP que integraban la Confederación Solidaridad y Trabajo habían poseído anteriormente una ocupación formal en empresas públicas, en la producción textil, de mantención y montaje industrial y en ramas de cuero y calzado y la construcción. Hacia mediados de los ochenta, la mayor parte de ellos

había derivado a ocupaciones en el comercio, la construcción y los servicios, según la tendencia de toda la estructura ocupacional chilena.

Lo anterior explica en parte que, a pesar de estos procesos de exclusión ocupacional observados durante las décadas de los setenta y ochenta, entre los pobladores habría persistido una identidad social marcadamente obrera, según se concluye de un estudio sobre las representaciones sociales entre los pobladores de Santiago. Esta opción habría sido aun más fuerte entre los desocupados y los adscritos a los programas de subsidio a la cesantía (PEM y POJH). En este sentido, la "identidad obrera" no reflejaba la experiencia o situación ocupacional de los pobladores, sino el anhelo generalizado de vuelta e integración económica según la pauta del modelo industrial.

El sector fabril y la condición de asalariado, por ejemplo, continuaron constituyendo, por lo menos hasta fines de los ochenta, para una parte de los pobladores, el horizonte ocupacional preferido y los elementos constituyentes de su identidad (Tironi 1987). Así se entiende que aquellos TCP que se incorporaron a los sindicatos, aun cuando pasaban de la iniciativa individual de buscar trabajo a la actuación conjunta para obtenerlo, tuvieron como principal objetivo la capacitación y la obtención de información para reinserirse en las empresas. El rol de trabajadores asalariados que tenían con anterioridad marcó a la organización tanto en su estructura organizacional como en sus búsquedas y reivindicaciones.

Entre la década de los ochenta y los noventa, sin embargo, la situación de la economía nacional cambió. En este período, junto a un incremento del empleo de 9,9 por ciento, se apreció una evolución positiva de los empleos formales y una disminución de los empleos informales, que abarcan actualmente a 21,8 por ciento de los ocupados. En el sector informal, 55,2 por ciento son trabajadores por cuenta propia, concentrando el comercio, los servicios personales y de reparación el 70 por ciento de los trabajadores informales.

Aun cuando la tendencia de los últimos tiempos ha sido una leve disminución de los TCP y las acciones reivindicativas se han debilitado notoriamente, es posible observar una alta estabilidad del

sector en el trabajo como independientes. Según una encuesta del PET (1991), el 63 por ciento de los que trabajan como TCP tienen una trayectoria superior a los 24 meses, contra el 57,1 por ciento en el sector formal.

En términos de representaciones sociales del TCP, el 68,8 por ciento no desea ser asalariado. Las razones dadas son el bajo nivel de salarios del sector formal, la falta de independencia y la actual libertad de horario. La situación prácticamente es la misma para hombres y mujeres.

Es significativo que sean los trabajadores no calificados los que, en un 62 por ciento, prefieren el sector informal por los bajos salarios pagados en el sector asalariado. Interesante es también observar que la preferencia por el autoempleo se manifiesta aun cuando los niveles de ingreso resultan menores que los salarios. Así, prefiere el autoempleo 64,1 por ciento de los que obtienen ingresos entre 22.000 y 35.000 pesos, y 80 por ciento de los que obtienen entre 35.000 y 50.000 pesos (Razeto 1993).

A MODO DE CONCLUSIONES

Algo habría cambiado al interior de los TCP; las viejas nostalgias por el trabajo asalariado parecen haberse esfumado. Probablemente algunos pudieron volver a ser asalariados, no necesariamente de las viejas fábricas, sino de las hoy llamadas microempresas, o simplemente talleres. Posiblemente otros pocos han emprendido sus propias empresas, y figuran en las estadísticas como empleadores.

Lo que sí parece cierto es que ser independiente se levanta como una alternativa para muchos que han quedado al margen de esta llamada modernidad, la que exige calificación, excelencia, calidad y educación. Para ellos, indudablemente el trabajo por cuenta propia constituye el resquicio, el espacio para escapar a las exigencias de una modernidad que excluye a los no aptos.

Para otros, sin embargo, el trabajo independiente se revela como una opción y modo de vida diferente, donde la autonomía y la capacidad creativa exigen ser desplegadas con fuerza para sobrevivir.

Sin duda que los TCP de hoy no son los mismos que los de años en crisis, no sólo porque algunos ya no están, sino principalmente por la revalorización del trabajo por cuenta propia y el predominio del trabajo solitario. Atrás quedaron las bolsas de cesantes, organizaciones reivindicativas y sindicatos de trabajadores independientes.

Habría que preguntarse si en este rescate y valorización de la propia autonomía, a veces incondicional al monto de los ingresos, no se descubre una cierta marca de nuestros tiempos, donde el ser empresario –aunque la empresa sea uno mismo– es mejor visto que ser empleado de un empleador.

Habría que preguntarse también si para aquel sector de los TCP que ha optado por esta vía –y no aquéllos para los cuales no quedó otra–, conceptos tan de moda como innovación, creatividad, agilidad, vinculados fuertemente a la ansiada modernidad, han permeado de algún modo esta representación social de sí mismo. ¿Recoge este sector la figura de De Soto, en el sentido de constituir un sector que habría aprendido a olvidarse del Estado, porque la iniciativa privada habría demostrado ser más eficiente y ágil ante las exigencias de estos tiempos? ¿Corresponde este sector a aquellos que aprendieron a ser “modernos”, a ser “empresarios” a fuerza de esfuerzo?

Una segunda lectura es pensar simplemente, que este sector está conformado por trabajadores que han hecho de esta modalidad de trabajo un modo de vida, y ya no imaginan otro.

Otra lectura es aquella que ve en esta opción un proyecto u opción de vida de aquellos que se descolgaron de la modernidad para buscar vías alternativas de desarrollo. Desde esta perspectiva, el trabajo no asalariado –aun cuando habría constituido en un primer momento la consecuencia de la implementación de un modelo que no daba cabida a los más pobres– se levantaría como una alternativa en términos de rescate y revalorización de la autogestión, apuntando así a un proyecto de desarrollo en el que el trabajo alienado y carente de sentido no tendría espacio.

Entre estas lecturas, muchas otras son posibles.

Sin embargo, es evidente que la problemática del trabajo por cuenta propia nos obliga a interrogarnos no sólo por los medios para hacer frente a la miseria que deriva de ella, sino también respecto a cómo reemplazar el espacio que el trabajo asalariado ocupa al interior de nuestra sociedad. Es en este esfuerzo por repensar alternativas que ciertos rasgos propios del trabajo por cuenta propia adquieren vigencia y fuerza: la reconquista de la autonomía y la creatividad, la simplicidad en la organización del trabajo, el oficio y la participación.

La (re)creación de espacios de autonomía en la vida social y al interior del trabajo es una constante de la literatura que analiza la crisis existente en las sociedades modernas. Va desde André Gorz, que propone la reducción progresiva y generalizada del tiempo de trabajo, de manera que cada uno pueda continuar siendo ciudadano, pero también realizarse en las actividades autónomas; hasta Michel Crozier, que propone hacer de la empresa un espacio donde cada trabajador tenga derecho a la autonomía en la gestión y realización de su trabajo. Siendo ambas miradas difícilmente asimilables a nuestra realidad, ellas aciertan en la constatación de un cierto malestar de la sociedad frente al modo de producir y trabajar. Si la autonomía vuelve a la escena laboral y adquiere valor en tanto reactivadora de la creatividad y la innovación, es porque la pérdida de salarios y el progresivo debilitamiento del Estado y de la figura de la autoridad patronal han hecho renacer espacios obligados de trabajo autónomo.

Sin embargo, y para concluir, no se trata sólo de saber –y alegrarse si ello así resultara– si el individuo logra realizarse al interior de su trabajo autónomo, estableciendo relaciones de convivialidad con su entorno y reencontrando la calidad de un modo de vida; se trata también de saber, y de manera urgente, si los trabajadores por cuenta propia podrán escapar a la miseria y a la condición de excluidos de un sistema que cada vez los requiere menos (Márquez 1993).

BIBLIOGRAFIA

- Cartaya, Vanessa
1987 "El confuso mundo del sector informal". Nueva Sociedad 90 (Julio-Agosto).
- Franco, César
1989 *Informales: nuevos rostros en la nueva Lima*. Lima: Cedep.
- Golte, Jürgen et al.
1987 *Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas de la conquista de la Gran Lima*. Lima: IEP.
- Lomnitz, Larissa
1987 *Como viven los marginales*. 9ª ed. México: Siglo XXI.
- Márquez B., Francisca
1993 "Artesanos en Latinoamérica: Esbozos para pensar un destino". *Doc. de Trabajo SUR* 138. Santiago.
- Martínez, Javier & Arturo León
1987 *Clases y clasificaciones sociales*. Santiago: SUR.
- Martínez, Javier & Eugenio Tironi
1985 *Las clases sociales en Chile: 1970-1980*. Santiago: SUR.
- Prealc
1980 "Los trabajadores por cuenta propia en Santiago". *Doc. de Trabajo Prealc* 184. Santiago.
- Pérez, Ernestina et al.
1993 "Diagnóstico socioeconómico de la fuerza de trabajo del sector de la microempresa y evaluación del impacto de políticas de apoyo crediticio". Santiago: PET.
- Ramírez, Apolonia
1988 "Renacer en Conchalí: Sindicato de trabajadores independientes". Santiago: PET.
- Razeto, Luis
1993 "De la economía popular a la economía de solidaridad en un proyecto de desarrollo alternativo". Santiago: PET.
- Schkolnik, Mariana
1989 "Realidad y perspectivas del sector informal en Chile". *Doc. de Trabajo PET* 64. Santiago.
- Tironi, Eugenio
1987 "¿Ruptura o participación? La protesta de los marginales". Nueva Sociedad 90 (Julio-Agosto), pp. 147-58.
- Teitelboim, Berta
"Tercera encuesta de empleo en el Gran Santiago: Empleo informal, desempleo y pobreza". *Doc. de Trabajo PET* 89. Santiago.
- Urmeneta, Roberto
1988 "Sector informal y estrategia de subsistencia". Bélgica: UCL-IDVLP.
- Velásquez, Mario
1987 "Sindicatos territoriales de trabajadores independientes: la experiencia de la Confederación Solidaridad y trabajo". *Doc. de Trabajo PET*. Santiago.

Tiempos cortos y largos en el movimiento poblacional

Vicente Espinoza

SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

Mi presentación es una reflexión sobre los movimientos sociales en el siglo veinte. A riesgo de ser esquemático y parco en la anécdota, quiero lanzar algunas hipótesis respecto de la relación entre tiempos cortos y tiempos largos en el análisis de los movimientos sociales. La referencia empírica de esta reflexión es mi investigación respecto al conflicto urbano en torno a la producción de vivienda (Espinoza 1988).

El análisis de los movimientos sociales en general y, en particular, de la producción de espacio urbano y vivienda por los trabajadores se plantea el siguiente problema: los movimientos sólo parecen existir en los casos donde hay conflicto, en especial si éste alcanza algún nivel de centralidad política. El tiempo de este conflicto es el breve momento de la coyuntura. En un conocido trabajo, el antropólogo brasileño Carlos Ferreira (1981) nos había advertido que las "fases del drama social" evolucionan de la ruptura, a la crisis y la reintegración. Esta visión del conflicto plantea una pregunta doble: ¿de dónde surgen los movimientos sociales y qué huellas deja su accionar?

Una respuesta que no responde nada consiste en decir que los movimientos tienen períodos de "flujo y reflujo", como es común en la jerga política

contestataria. Ello equivale a decir que no sabemos ni de dónde vienen ni hacia dónde van los movimientos sociales. Esta respuesta elemental no hace más que constatar inadvertidamente cuál es el problema que tiene enfrente.

La respuesta más directa al problema anterior es que no existiría continuidad alguna en el movimiento urbano. Es fácil constatar que los conflictos urbanos aparecen distanciados en el tiempo y en contextos diversos. La organización de los pobladores no ofrece una buena guía, como ocurre en el caso del sindicalismo. Las organizaciones de los pobladores pocas veces superan su sello local y no se advierte continuidad de estrategias en sus expresiones nacionales. Desde el punto de vista de las formas de acción, tampoco puede advertirse continuidad. Durante el siglo veinte, los pobladores han recurrido a formas de lucha tan variadas como la revuelta, la negociación directa con los propietarios de vivienda, el conflicto institucional, el *lobby*, el clientelismo, la movilización comunitaria, o la búsqueda de participación política. Mirados desde este punto de vista, parecen movimientos distintos. Tampoco los contenidos de las movilizaciones entregan un apoyo sólido para hablar de un movimiento social urbano. Los moti-

vos de los conflictos fueron el precio de los alimentos, la carencia de capacidad de pago, la regulación de las condiciones de uso de las viviendas, la normalización en las ocupaciones de terreno, entre otros.

La acción de los pobladores, como es distancia en el tiempo, sin una organización que le otorgue continuidad estratégica, sin formas de acción características, con demandas de la índole más variada, parece una serie de conflictos discontinuos. La percepción de los pobladores como movimiento social no pasaría de ser una ilusión óptica, por la centralidad que le otorga la permeabilidad de las condiciones políticas.

A pesar de que puede argumentarse consistentemente que los pobladores jamás habrían existido como movimiento social, quiero explorar los elementos comunes que manifiestan estos conflictos. En primer lugar, se trata de conflictos económicos fuera de la esfera de la producción, vale decir, ligados a la reproducción social. Un segundo elemento en común es la permanente referencia a la institucionalidad política en la búsqueda de integración social. Finalmente, ligado a lo anterior, la búsqueda permanente de interlocución con el sector público.

Los tres elementos anteriores permiten generalizar desde conflictos urbanos en torno a la vivienda hacia el tiempo largo de estos conflictos. Hipotéticamente, puede plantearse que estos conflictos forman parte de dos procesos: primero, de un ciclo largo de urbanización; y segundo, la búsqueda de integración por parte de los excluidos. La ciudad de Santiago creció de forma notoria en el siglo veinte, de unos trescientos mil habitantes a principios de siglo, a cerca de un millón y medio en 1950 y a más de cuatro millones hoy día. Pero los conflictos urbanos representan más que reacciones naturales en un proceso de urbanización rápida y desapareja. Los conflictos urbanos plantean un movimiento de búsqueda de integración social por parte de los grupos populares.

El ciclo de los conflictos urbanos comienza con la huelga portuaria de Valparaíso en 1903 o, si se prefiere, con la semana roja de 1905 en Santiago, y termina a mediados de los años ochenta con las protestas poblacionales. En este momento, las

erradicaciones de pobladores señalan su pérdida de control sobre la producción de ciudad y las protestas manifiestan su reacción desesperada frente a una sociedad que niega su ciudadanía. Revisemos brevemente los hitos de este ciclo.

La semana roja o las huelgas de Valparaíso en 1903 son una demanda por mejores condiciones de vida que hacen los trabajadores fuera del marco de las relaciones laborales. Las clases dominantes, luego de la represión, respondieron con leyes de vivienda con las que esperaban producir integración social. Estos trabajadores que protestan en las calles de la ciudad de principios de siglo no hacen más que buscar interlocución. La revuelta por la que es conocida la semana roja es resultado directo de la imposibilidad de entregar un petitorio al Presidente de la República.

La movilización por la búsqueda de interlocución directa tiene un punto de quiebre en la década del veinte. Las tesis organicistas de los comunistas terminan por imponerse sobre las tesis movimientistas de los anarquistas. El autoritarismo organizacional de la FOCH y de los comunistas se adapta perfectamente a la forma que comienza a tomar el Estado chileno en esa época: el *Estado de Compromiso*. El sindicalismo adquiere en esta época la hegemonía sobre el conjunto de las movilizaciones populares, relegando los conflictos urbanos al campo de la vivienda.

En las décadas del treinta y cuarenta, la pequeña propiedad urbana –las poblaciones– se afianza como el modelo cultural de acceso a la vivienda, por oposición al arriendo, que había sido la forma típica en las décadas anteriores. De hecho, desde la década del cuarenta, y sobre todo en los cincuenta, se establecen mecanismos regulares de acceso a la tierra, por la vía de la compra a plazo, la ocupación irregular, y aun el arriendo, como primer paso para conseguir la vivienda. La producción de vivienda pública masifica este proceso donde se constituyen las "poblaciones" de Santiago, comunidades donde transcurre la vida diaria de los trabajadores.

Durante la década del sesenta y hasta 1973, puede encontrarse el punto culminante de este proceso donde se mezclan el acceso a la vivienda con las demandas por integración social. Los go-

biernos de esos días consolidan el rol del sector público en la producción de vivienda, pero también establecen mecanismos de promoción o participación popular. (Como anota Castells [1973], ambos procesos son iguales, pero de sensibilidades distintas.) Tanto la Ley de Juntas de Vecinos como la institucionalización de las tomas de terreno marcan la entrada de los pobladores, finalmente después de sesenta años, en el campo de la negociación institucional como un interlocutor reconocido.

Bajo la dictadura, los pobladores tratan de reeditar el modelo de acción al cual arribaron en la década del sesenta, y que condensaba su experiencia durante el siglo veinte (Dubet et al. 1989). No obstante, los pobladores enfrentaban el fin de la movilidad social ascendente con el apoyo de un Estado receptivo a sus demandas, porque ese Estado ya no necesitaba cooptar el apoyo de los pobladores para afianzar su dominio. Los pobladores se encontraron con la clausura del modelo de Estado nacional popular que, dentro de un proyecto de modernización, había buscado el apoyo de los sectores populares contra los antiguos grupos oligárquicos.

A mediados de los ochenta se cierra el ciclo de la integración institucional que se había iniciado a comienzos del siglo. A pesar de todos sus intentos, recurriendo al repertorio de acción acumulado en décadas, los pobladores no lograron abrir campo a su participación. La óptica de participación institucional se convirtió en patrimonio de los más viejos, mientras que los jóvenes se aventuraban por otras avenidas.

Las protestas democráticas de los pobladores a mediados de los ochenta reúnen elementos de la onda larga de integración (en cuanto resistencia), y de una nueva onda corta de disidencia que parece comenzar en esos momentos. De una parte, las protestas expresan el reclamo del poblador ante un sistema que no escucha sus demandas como ellos esperan. El repertorio del sindicalismo urbano aporta a las protestas mítines con oradores, búsqueda de interlocución, tomas de terreno, acciones masculinas y serias. De otro lado, la acción salvaje de quienes ya no creen posible que haya tal cosa como un sistema que pueda abrirse a sus deman-

das. Los jóvenes, hombres y mujeres, introducen elementos festivos e inorgánicos en las protestas: la fogata como punto de reunión, el bloqueo, las barricadas, los peajes, y una cierta propensión a la violencia de masas.

El repertorio de acciones en las protestas no está compuesto por elementos ajenos a la vida diaria de los pobladores. Los componentes nuevos del repertorio de acción poblacional provienen de la sociabilidad de la "sobrepoblación relativa", de los jóvenes desempleados de la esquina y sus estrategias de sobrevivencia. Estos son elementos de una "onda corta" que pueden ensamblarse con ondas largas. Paradójicamente, estas mismas acciones del tiempo corto que aparecieron en las protestas también se presentan en las acciones de algunas hinchadas de fútbol.

Las protestas poblacionales combinan en una misma acción elementos de resistencia y de disidencia. La resistencia al Estado autoritario y a la penetración del mercado están emparentadas con la onda larga de la integración. Son ciudadanos despojados de sus derechos que se enfrentan a un Estado que los niega. Son los pobres de la ciudad a quienes el libre mercado y la competencia sólo pueden ofrecerles más pobreza. Es la comunidad que se defiende de su desintegración por un Estado autoritario y una economía que no los protege. (De aquí que el mensaje comunitario de la Iglesia Católica haya aparecido entre los pobladores como el fundamento ético de las protestas).

Las protestas también son disidencia, en la medida en que las moléculas sociales puestas en movimiento expresan otros principios de identidad, buscan propuestas y plantean aun modelos de sociedad. Los elementos de disidencia hacen aparecer cuestiones como el género, cuestionan el consumo como orientación cultural, valoran el ocio y la diversidad, son críticos del autoritarismo. Si bien en las protestas estos elementos aparecen subordinados a la resistencia comunitaria, no puede desconocerse que estuvieron allí. Ellos parecen pertenecer a una onda (corta) disidente, pues tales moléculas no son fácilmente integrables en la lógica de la onda larga. (¿Ocaso no despierta resistencias el liderazgo femenino en las organizaciones más convencionales de los pobladores?).

¿Hasta dónde las acciones del tiempo corto preludian un ciclo largo? ¿Hasta dónde la disidencia puede predominar sobre la resistencia? Por el momento sólo puedo especular. Antes que nada, debe considerarse si la desregulación de las relaciones laborales, con sus consecuencias de inestabilidad ocupacional, desprotección, ausencia de carrera, etc., son rasgos estructurales del modelo de desarrollo (Díaz 1991). En la medida en que ello es así, las prácticas sociales de la sobrepoblación relativa —estrategias de sobrevivencia que vinculan la producción y la reproducción— se convierten en parte de la vida diaria de los trabajadores. La descentralización de las políticas sociales del sector público apunta también hacia los espacios de reproducción social. El rol social del sector público ya no consiste en regular las relaciones laborales, como lo hiciera el Estado nacional popular, sino que las políticas sociales están destinadas a garantizar la reproducción adecuada de la fuerza de trabajo. Tanto desde el punto de vista de las relaciones laborales como desde el punto de vista del Estado, parece haber una cercanía mayor entre el mundo del trabajo y los territorios de la vida privada.

Mi disquisición sobre un tiempo corto y un tiempo largo puede ser metafísica, porque yo supongo que los conflictos expresan un movimiento. De la forma como encaré esta presentación, los movimientos sociales son verdaderos por las premisas de mi reflexión. Si quisiera contrastar empíricamente, como problemas de investigación, los planteamientos anteriores, la cuestión consiste en establecer las relaciones orgánicas entre ondas cortas y ondas largas. Si hay relaciones de continuidad entre el conflicto y el movimiento histórico, la investigación debe poder establecer cuáles son y cómo operan estos vínculos. Sin ánimo de establecer una agenda de investigación, quiero destacar tres vínculos, claves a mi entender.

La dimensión organizacional o estratégica es el primer vínculo empírico entre el conflicto y el tiempo largo. Los dirigentes operan como memoria del movimiento; a través de ellos, que recuerdan y establecen pautas de acción colectiva, puede reproducirse un repertorio coherente de acciones (Espinoza 1992). La presencia del dirigente explica

la evidente acumulación de acciones en un repertorio al cual los pobladores recurren cuando ello resulta necesario.

En un reciente opúsculo, Gonzalo Cáceres (1993) abre una interesante línea de investigación respecto del rol de la dirigencia en la acción poblacional. Aquí presenta, por ejemplo, el impacto que tiene la Agrupación Provincial de Pobladores creada en 1951, sobre las ocupaciones de terreno que ocurren hasta la década de 1960 (Cáceres 1993). Si bien la organización existía sólo formalmente, los "cuadros fogueados" en la Agrupación estuvieron a la cabeza de las acciones. Son los dirigentes antes que las organizaciones quienes dan continuidad al movimiento; las organizaciones son inestables y rara vez se perpetúan como tales. Las biografías de dirigentes, sus trayectorias organizacionales, constituyen una línea de investigación prioritaria para establecer soluciones de continuidad entre el conflicto y los ciclos largos.

La estructura del tejido social es un segundo elemento que permite establecer relaciones entre ciclos largos y cortos. Aunque los dirigentes representan un principio crucial de continuidad, la precariedad de sus organizaciones muestra que ellos no lo explican todo. Los dirigentes entienden sólo parcialmente la realidad de sus bases más allá de los fines específicos de la organización. De aquí que muchas veces resulte inexplicable para los dirigentes por qué sólo en algunos casos sus acciones resultan exitosas.

Los dirigentes, por así decirlo, operan sin una teoría de la estructura social sobre la cual buscan establecer una trama de tejido asociativo. Puedo plantear la siguiente hipótesis: una condición clave de las acciones más exitosas ocurre cuando las asociaciones, generalmente operando sobre la base del interés, se enlazan con las redes sociales de los pobladores que operan habitualmente sobre bases comunitarias. El dirigente más eficiente es aquel capaz de entretrejer relaciones asociativas entre moléculas separadas en la estructura social. (Este tipo de movilización de recursos caracteriza la gestión de operaciones descentralizadas en otros ámbitos.)

¿Cuáles son las características de la estructura social en las poblaciones? El impacto desinte-

grador del mercado y del Estado autoritario sobre la vida comunitaria en las poblaciones encontró su punto de resistencia más fuerte en la familia. En la vida diaria de las poblaciones encontramos que las familias han establecido federaciones de familias nucleares, no necesariamente basadas en el parentesco, sino más bien en relaciones de vecindad (Espinoza 1992). En estas agrupaciones circulan diversos tipos de recursos: habitacionales, información de trabajo, alimento, dinero, servicios personales, y otros que contribuyen a las funciones materiales de las familias. Las federaciones familiares operan también como espacio de socialización, pero la investigación sobre este punto es un aspecto pendiente en los estudios sobre la vida social en las poblaciones.

Los pasajes de las poblaciones son el territorio más típico de estas federaciones familiares. Entre las 25 a 32 familias que generalmente componen un pasaje pueden encontrarse varias redes, que agrupan entre tres y seis familias nucleares, y que rara vez comparten sus miembros. (Algunas organizaciones formales con pocos miembros son una expresión de estas redes en otro estado.) Los intercambios entre los miembros de una de estas redes son muy frecuentes y los lazos personales muy fuertes. Paradójicamente, una consecuencia de lo anterior es la fragmentación de la comunidad, por cuanto los lazos fuertes tienden a reducir los contactos externos (Lin 1982). Así, la referencia comunitaria queda reducida a círculos cerrados, que en gran medida forman parte de la vida privada.

El tercer elemento que vincula ondas cortas y ondas largas es el proceso de construcción de identidades colectivas. Mi visión respecto de este punto es pesimista. Difícilmente puede emerger una personalidad colectiva de los pequeños círculos en los cuales transcurre la vida del poblador. Los mundos privados pervierten la fraternidad al prevenir la experiencia de la diversidad en la vida social (Sennet 1977). Tampoco los pobladores constituyen hoy una categoría social para otros que los defina como grupo "desde afuera". Las referencias simbólicas de identidad colectiva quedan así reducidas a la vida privada o a los elementos ramplones que proponen los medios de comunicación de masas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Cáceres, Gonzalo
1993 "Movimiento de pobladores de Santiago 1930-1990". *Fascículos Educativos* 11. Santiago: CIDE
- Castells, Manuel
1973 "Movimiento de pobladores y lucha de clases". *EURE* (Santiago) 7.
- Díaz, Alvaro
1991 "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Proposiciones* 20:88-119. Santiago: Ediciones SUR.
- Dubet, François; Eugenio Tironi, Vicente Espinoza & Eduardo Valenzuela
1989 *Pobladores: Luites sociales et démocratie au Chili*. Paris: L'Harmattan.
- Espinoza, Vicente
1988 *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago: Ediciones SUR, Colección Estudios Históricos.
1992 "Networks of informal economy: work and community among Santiago's urban poor". *Ph.D. Thesis*. Department of Sociology, University of Toronto.
- Ferreira, Carlos
1981 *Movimentos urbanos no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Zahar Editores.
- Lin, Nan
1982 "Social resources and instrumental action." In *Social structure and network analysis*. Edited by Nan Lin and Peter V. Marsden. California: Sage Publications.
- Sennet, Richard
1977 *The fall of the public man*.

Los nuevos desafíos del asalariado moderno

Víctor H. Miranda
Cetra-Ceal

Al enfrentar el tema del asalariado moderno desde una perspectiva histórica, se genera la inmediata tentación de dar cuenta del proceso de constitución, consolidación y desarrollo de un actor que ha vivido una historia cíclica, y no por ello menos rica. Bien se confunde este sector con la historia social del país, con la constitución de sus clases y también con la historia institucional, jurídica y política. Enfrentamos, así, un actor al que difícilmente se puede encasillar en una corriente única, y que más bien es cruzado por diferentes ópticas de análisis.

Lo común es analizar el asalariado por su expresión organizacional: el sindicalismo, movimiento que se entrecruza con los desarrollos gremiales y con el movimiento político. En nuestro análisis, advertimos, no nos saldremos demasiado de lo común. No obstante, los procesos de cambio, ruptura y continuidad que ha vivido el Chile contemporáneo, también nos interrogan sobre los procesos menos estudiados, pero que expresan la realidad de cientos de miles de personas.

Actualmente, bajo la capa de modernidad que cubre las relaciones de trabajo, perduran relaciones laborales y condiciones salariales que poco tienen que ver con el lenguaje y práctica de modernidad reconocidos en el país o en otras latitudes.

Existe un desarrollo desigual en las relaciones de trabajo, donde prevalecen explotación y sobreexplotación. El conflicto capital-trabajo continúa aún en sus dimensiones más primitivas; y esto, que no pretende ser un descubrimiento, busca relevar una de las bases para entender la situación del asalariado moderno, en tanto sector social y en tanto actor social.

COMO SECTOR SOCIAL

El desarrollo capitalista experimentado en el país en la última década ha implicado el cierre del proceso de salarización predominantemente masculina iniciado a fines del siglo pasado. La incorporación de la mujer y del joven a la fuerza de trabajo tiene hoy signos trascendentes en la sociedad chilena. Junto a ello, el desarrollo del capitalismo en el campo terminó con las relaciones salariales no capitalistas.

La inclusión de la mujer significa hoy, según los últimos datos, que su actual participación en la fuerza de trabajo es sostenida y ya no responde a situaciones de crisis, como en el pasado.

En el caso de los jóvenes se presentan dos

realidades. En primer lugar, su presencia sustancial en la fuerza de trabajo (cerca de 50 por ciento para edades entre 15 y 34 años), pero con índices de alta desocupación en relación a la media nacional. La inclusión de mujeres y jóvenes a la fuerza laboral y la presión sobre las fuentes de trabajo han significado una precarización de los salarios, lo que desnuda la contradicción del modelo. Estos sectores emergentes se incorporan al subempleo, al trabajo precario, bajo condiciones salariales y laborales de desmedro. Ello ha generado nuevos "campamentos", esta vez instalados en medio del campo o en las afueras de pequeñas ciudades, cercanas al predio agroindustrial. Asimismo, las familias de estos trabajadores se reorganizan. El fenómeno de la jefa de hogar inunda el paisaje social, como el de aquellas mujeres de las chinganas del siglo pasado.

Un segundo elemento de cambio en este sector social lo constituye la terciarización del empleo. La creciente expansión del comercio, actividades financieras y de servicio le dan a la fuerza de trabajo un peso específico distinto al conocido. Aquí también el sector femenino presenta signos importantes de desarrollo, bajo condiciones de trabajo desprotegidas.

Un signo importante en la composición de este sector lo entrega el creciente desarrollo del sector industrial, que ha absorbido casi un quinto de la fuerza de trabajo en la última década, sobre todo en la pequeña y mediana industria.

Con tasas de desocupación que oscilan alrededor del 5 por ciento nacional, el problema central deriva desde el empleo a la calidad de éste, las condiciones de trabajo y relación salario-productividad.

En relación a la calidad del empleo, uno de los problemas de la modernidad es la precarización de éste. Los datos dan cuenta de empleo informal, eventual, a domicilio. En el primero encontramos miles de personas que obtienen sus ingresos en los más variados oficios, desde el cuentapropista a dependientes comisionistas con estabilidad precaria. La segunda categoría está dada por el trabajo de temporada, que más bien obliga a referirse a un salario anual, más que uno formal mensual. La tercera resulta ser menos conocida. El trabajo a

domicilio esconde la realidad de miles de trabajadores (en su mayoría mujeres) que quedan a merced de pequeños colocadores de mano de obra o del empresario.

Con respecto a las condiciones del empleo, encontramos flagrantes violaciones de las normas laborales, tanto en el cumplimiento del Código del Trabajo en las normas de higiene y seguridad industrial, ello en el caso del trabajador de establecimiento o empresa. En los casos de trabajadores temporales y a domicilio, la relación contractual es más difusa y las violaciones de seguridad son más evidentes.

Lo anterior, según el caso, debe considerar la relación salario-productividad. En principio esta fórmula es adecuada, ya que permitiría al trabajador tener acceso a las ganancias de la empresa. Sin embargo, el sistema de participación no refleja claramente dichas condiciones y no se expresa tampoco en las negociaciones colectivas.

Capítulo aparte es el de los procesos de reconversión industrial y tecnológica que no tienen como correlato la reconversión laboral planificada, lo que está expulsando a miles de trabajadores a oficios subsidiarios, con el consiguiente detrimento en su calidad personal y profesional.

COMO ACTOR SOCIAL

El asalariado, en cuanto actor social, entra al escenario nacional a través del movimiento sindical.

En la última década, el movimiento sindical ha vivido un proceso de recomposición en el que ha demostrado todas sus potencialidades en la lucha política-sindical y, a la vez, sus debilidades en la lucha gremial-sindical. El proceso de desarrollo del capitalismo, en su fase actual, presenta al sindicalismo nuevos retos que tensionan a sus organizaciones, sobre todo en relación al rol del sindicato.

Hoy, el sindicalismo afilia a cerca de 700.000 trabajadores y la CUT a dos tercios de ese universo. Los universos de representación son mucho mayores (5 millones de fuerza de trabajo y alrededor de 3 millones de sindicalizables), lo que presenta problemas para este actor específico.

Una gran parte del asalariado chileno no está

organizado, y aun cuando se prevé avances en la sindicalización del sector comercio y servicios y un eventual ingreso de la administración pública, uno de los problemas principales del sindicalismo hoy es articular una representación mayor. Como dato, debemos consignar que la mujer presenta una sindicalización baja con respecto al promedio nacional y en referencia a su participación en la fuerza de trabajo.

Uno de los problemas de la modernidad es buscar herramientas para que la legislación laboral cautele la igualdad de las partes. Como hemos pretendido revisar aquí, el asalariado moderno se encuentra en situación de desmedro frente al empleador. La modernidad debería ser pensada no sólo como cambio jurídico, sino básicamente como cambio cultural. Sin embargo, la ideología prevaleciente –neoliberal– exacerba los valores individuales y mercantiles, que se contradicen con la equidad y participación. Por lo anterior es que las frustraciones del movimiento sindical están dadas por la presunción de equilibrio entre las partes, y en eso el Estado ha sido cómplice.

Un segundo aspecto que se debe tomar en cuenta al hablar del sindicalismo es la calidad de la representación. Aquí encontramos rasgos similares a otros movimientos sociales: apatía, bajo compromiso, falta de pertenencia, en suma, impotencia, desvinculación con la base, burocracia y partidismo que ponen al movimiento sindical en situaciones de debilidad más que de fuerza. Se tiende a pensar que aquí hay problemas de capacitación del socio y del dirigente, lo que puede ser cierto; pero, a la vez, ello exige revisar la temáticas y metodologías de dicha capacitación. Moderno es fortalecer al actor sindical, como responsabilidad de la sociedad chilena y no sólo de los propios involucrados. Se constata un avance al respecto, con la constitución del Fondo de Educación Sindical, iniciativa que debe tender a ser permanente, incluyendo a los sectores no sindicalizados, que son los más frágiles.

Un tercer aspecto es la capacidad de negociación. Dos fenómenos se presentan: por un lado, la negociación nacional (CUT-gobierno-empresarios), de carácter consultivo; por otro, la negociación colectiva. En el primero se da una representa-

ción de los trabajadores en general, que favorece a los más desprotegidos. Al decir de los dirigentes CUT, este proceso no ha significado un grado mayor de legitimidad en la representación del sindicalismo CUT, sino más bien una negociación política.

Con respecto a la negociación colectiva, tan sólo 20 por ciento de la fuerza laboral negocia colectivamente sus condiciones de trabajo y remuneraciones, bajo una ley que exige al sindicato una gran habilidad para aprovechar sus potencialidades antes de hacer efectiva la huelga. Es exigencia de la modernidad aplicar la cobertura de negociación a nuevos sectores, y regularla de manera que sea efectivamente una negociación igualitaria.

Finalmente, sin pretender agotar el tema de la representación, revisemos el aspecto institucional-político. Si bien se percibe una relación partidossindicalismo, en todos sus niveles, ello, a diferencia de otras épocas, no significa por el lado del partido una adscripción de clase. Tampoco para el sindicalismo el partido representa cabalmente sus intereses. Este parece ser también un tema de la modernidad. El derrumbe de los muros afectó al movimiento sindical y a su relación con los partidos, sobre todo los autocalificados como obreros y de trabajadores. Este tema, al parecer poco estudiado, tiene referencias en las relaciones orgánicas entre el Departamento Sindical de los partidos y los militantes sindicalistas de ellos. Aunque como individuos algunos están a niveles de decisión partidaria, ello no ha significado un encuentro entre sindicalismo y partido. Las más de las veces, los partidos poseen una política laboral difusa e incluso contradictoria con los planteamientos sindicales. Este fenómeno genera hechos de "descuelgue" del dirigente-militante, como hemos podido apreciar en algunos conflictos nacionales. Incluso, estas constataciones han servido de piso para propuestas partidarias alternativas, autónomas al interior del sindicalismo.

El proceso de sindicalización, en los últimos cuatro años, ha tenido un crecimiento evidente (280.000 nuevas afiliaciones), sobre todo en los años 1990-91; en el último año se ha verificado un estancamiento, lo que puede significar que la sindicalización tocó techo en el período

posdictatorial. Considerando este dato, podemos aseverar que el sindicato se estanca en sus capacidades de desarrollo o vive un proceso de transición para asumir nuevos roles, nuevas funciones.

La combinación histórica en el sindicalismo entre la lucha nacional y la lucha en la empresa exige una dirección nacional vanguardista y un sindicato de empresa fuerte. Lo último, a lo menos, en términos numéricos, no se da como condición. El promedio nacional es de 87 socios por sindicato; sin embargo, el 45 por ciento de los sindicatos tiene menos de 49 trabajadores afiliados, con una tasa de sindicalización que oscila alrededor del 12 por ciento nacional. Si a esta debilidad le agregamos una participación baja en actividades del sindicato, asambleas y otras, encontramos una organización jibarizada en su vida interna, y tensionada desde el exterior por diferentes factores.

Por otra parte, los procesos de modernización de las empresas y del sistema productivo plantean al sindicalismo nuevos temas y desafíos: productividad, flexibilidad del empleo, polivalencia, calidad, etc., para los cuales el sindicato no está preparado. Incluso se ve sobrepasado por estructuras de producción que van respondiendo a dichos requerimientos. La dinámica intersectorial y las concentraciones de capital generan grupos económicos que

representan nuevas complejidades al sindicato.

Finalmente, el hostigamiento del empleador hacia la sindicalización y el sindicato, penalidades y presiones, generan un marco poco favorable al desarrollo sindical. Además, cuando una administración empresarial integra modernas técnicas de relaciones laborales, ello desnuda al sindicato y lo circunscribe a un rol reivindicativo y mutual.

EN RESUMEN

En síntesis, nos encontramos en una coyuntura particular de la vida del asalariado moderno. Nuevos oficios, nuevos lugares de trabajo, dan paso a nuevos grupos que integran la fuerza laboral. Estos presionan por representación, lo que exige respuestas novedosas, renovadas por parte del sindicalismo. La modernización económica enfrenta al sindicato a nuevos desafíos.

La cultura obrera, solidaria, ha sido arrinconada por el pragmatismo y mercantilismo, trastrocando valores y premisas. La modernización del Estado enfrenta al empleado, y con ello al sindicalismo, a nuevos desafíos. En este proceso se construirán nuevas bases de relación con el Estado, empresarios y partidos políticos.

Asalariado moderno y movimiento sindical: ¿hacia un nuevo modelo de acción?

Guillermo Campero
Ministerio del Trabajo

¿QUIENES SON LOS ASALARIADOS MODERNOS?

En las décadas de los cuarenta a los sesenta, la noción de asalariado moderno se identificaba en lo fundamental con el trabajador de la industria básica y de manufactura privada y estatal, la minería del cobre y, en segundo término, con la Administración Pública. De hecho, la organización sindical descansaba de manera importante en estos sectores y la movilización social encontraba en ellos su *núcleo conductor*. En consecuencia, el concepto de sector moderno no tenía que ver sólo con la situación tecnológica, sino especialmente con el lugar ocupado en la concepción del desarrollo económico y social vigente. Se trataba de los sectores de punta en una visión industrialista y con liderazgo estatal.

Contemporáneamente, el concepto de asalariado moderno se ha hecho más heterogéneo. Ello, a partir de las redefiniciones conocidas en la actual orientación del desarrollo, concentradas en la apertura comercial, con un lugar más central de los sectores primarios exportadores, de los servicios comerciales y financieros y una posición muy diversa de la industria en la competencia internacio-

nal. A esto se suma un papel menos directo del Estado y de las políticas públicas, en relación a la acción del mercado y de la iniciativa privada.

Por tanto, la noción de asalariado moderno es hoy aplicable a un universo más diferenciado, tanto porque se ubica en sectores más variados como porque dentro de esos sectores coexisten segmentos con distintas situaciones de modernización. En efecto, al interior de los hoy considerados núcleos de punta en el nuevo esquema de desarrollo, es posible identificar situaciones tecnológicamente diversas y con formas de organización del trabajo y de las relaciones laborales que van desde modalidades relativamente avanzadas, hasta modalidades más retrasadas.

Esto marca una diferencia con la evidencia anterior a los setenta, en que la industria básica, la manufactura de punta y los servicios públicos estratégicos combinaban de manera más homogénea tecnologías innovativas, con organización del trabajo y relaciones laborales relativamente avanzadas. De este modo, la modernidad era en cierto modo el resultado tanto de la posición ocupada en la estrategia de desarrollo como de las condiciones técnicas y socio-laborales asociadas a esta posición. Hay que recordar que las grandes empresas

públicas como la CAP, Endesa, ENAP, y los servicios públicos como la Corfo y más tarde Odeplan, el Ministerio de Obras Públicas y varios otros, eran técnica y socio-laboralmente aceptablemente avanzados. En el campo privado, los sectores manufacturero y minero presentaban situaciones más diversificadas, pero en general la gran empresa industrial y la minera mostraban razonables condiciones de modernización tecnológica y organizacional y, al menos, prácticas de relaciones laborales contractuales estables con los sindicatos.

En conclusión, los asalariados modernos, que antes eran en cierta medida un núcleo más homogéneo e identificable, son hoy segmentos diversificados y más heterogéneos. Su ubicación se distribuye en los servicios privados (sobre todo financieros), en ciertos segmentos de los sectores de exportación primaria (agroexportación, forestal, minería, pesca, etc.) y exportación secundaria (industria). También en algunos núcleos de la industria local de producción no transable, que adquirió capacidad competitiva con la importación extranjera después de la crisis de 1982.

En cualquier caso, esta nueva configuración está sometida a un mayor ritmo de reconversión y adaptación permanente que en las décadas pasadas, tanto por las exigencias de renovación tecnológica rápida, como por las fluctuaciones de los mercados internacionales, por lo que la posición "de punta" es hoy día un concepto más fluctuante.

Hay que considerar, finalmente, que el universo de los asalariados modernos se encuentra inserto en un contexto estructural en el cual los sectores independientes no asalariados han crecido fuertemente, por lo cual su posición se relativiza en la fuerza de trabajo. Además, entre los asalariados crece también el subconjunto de trabajadores temporales o bajo la forma de subcontrato, por lo cual la transitoriedad y las formas de organización del trabajo precarias comienzan a ser más extendidas que en el pasado. Ello ocurre con recurrencia en los segmentos de actividad modernos o de punta, agregando una característica de mayor dispersión que en el modelo clásico de industria sustitutiva de las décadas del cuarenta al sesenta.

ASALARIADOS Y MOVIMIENTO SOCIAL POPULAR

Las evidencias antes descritas plantean condiciones materiales y culturales que afectan la antigua matriz de constitución del sindicalismo, que fue en lo fundamental la expresión de movimiento social de los asalariados. De hecho, el "núcleo duro" del movimiento sindical fue su base obrera industrial y minera, acompañada en distintos momentos por otros sectores, como el de los funcionarios públicos de la administración central y descentralizada (salud, profesores, etc.). Esta base industrial fue la de la manufactura sustitutiva, constituida de acuerdo al modelo de empresas con dotaciones más o menos estables y en el marco de una idea industrialista del desarrollo, es decir, con expansión del trabajador asalariado en relaciones capitalistas de producción de tipo fordista. De allí su identidad fundamentalmente "clasista". El movimiento sindical era entonces objetiva y subjetivamente cercano a la noción de movimiento obrero, en el sentido clásico de este concepto. Fortalecía lo anterior su vinculación con partidos definidos como clasistas (PC y PS). Aun en los sectores políticamente centristas vinculados al sindicalismo, el movimiento de los trabajadores era percibido como un actor con connotaciones de clase.

Es este mundo social más o menos homogéneo el que comenzó a cambiar. Las categorías sociales se hicieron progresivamente más difusas. El "obrero industrial" colectivo se disolvió, al menos parcialmente, en las nuevas categorías laborales. El empresariado se diversificó. Capital y trabajo dejaron de ser nociones tan operables como para actuar socialmente sólo desde una u otra. Los partidos clasistas admitieron una mayor pluralidad de sus representaciones, entrando a jugar papeles importantes las categorías de desarrollo nacional, lucha contra la pobreza y la desintegración, papel del mercado y el mundo privado, todo afectando en diversa medida su identidad unívoca con la categoría obrera.

El sindicalismo ha sido, sin embargo, uno de los actores que ha mostrado mayor capacidad de persistencia frente a mutaciones tan profundas como

las que han venido ocurriendo. En parte ello se debe a que en Chile el movimiento sindical, aun siendo de matriz obrera, fue también capaz de expresar, a lo menos simbólicamente, a un mundo popular más amplio. Si bien ello ocurrió imperfectamente en muchos casos, el sindicalismo lideró a menudo las demandas populares, especialmente por su capacidad de acción política nacional. En este sentido fue menos corporativo que en otras experiencias comparadas. Su historia lo hizo portador, como en el período de la dictadura militar pasada, de las luchas populares por la democratización y la justicia social. Por ello, puede sostenerse la hipótesis de que el sindicalismo ha sido en este país el actor social popular más relevante.

LA CONSTRUCCION DE UN NUEVO MODELO DE ACCION

Lo anterior ha sido factor importante para enfrentar los desafíos de los cambios sociales y estructurales en curso con una potencialidad de reconversión a las nuevas realidades. Esta reconversión implica la constitución de una nueva matriz de representación de su universo más propio, el mundo de los asalariados.

En primer lugar, es claro que representar al nuevo mundo de los asalariados supone adecuarse a su diversidad. Los llamados "asalariados modernos", es decir, los que están en las áreas de punta, se encuentran dispersos en situaciones tan distintas como la agricultura de exportación y los servicios financieros. Mientras los primeros reivindican condiciones de trabajo mínimas, a menudo de manera más individual que colectiva, los otros demandan crecimiento sostenido de los ingresos y estabilidad en el empleo. No hay una identidad común en estos segmentos de la modernidad, porque, en un caso, la modernización tecnológica y comercial no tiene nada o poco que ver con la modernización de las relaciones laborales; y, en el otro, lo que crece es la identidad corporativa para ascender en un sector que ofrece oportunidades de movilidad social.

El concepto de "asalariado moderno" cubre un caleidoscopio de situaciones, que van desde la

fuerza de trabajo barata hasta el trabajador calificado en máquinas numéricas. La llamada modernización en estos países no es un conjunto homogéneo cuyo progreso es simultáneo, sino un proceso desigual, si bien combinado, para usar términos antiguamente conocidos.

Lo anterior supone revisar la idea de una representación homogénea de un asalariado homogéneo, que está diluyéndose. Ello sólo es posible diversificando plataformas de lucha. Pero, es necesario, además, encontrar una visión que tienda puentes en esta diversidad. Esto me parece fundamental, porque si no se logra, el sindicalismo no tendrá posibilidad de organizar la solidaridad de los trabajadores, una de sus funciones básicas. Pero tampoco podrá disciplinarlos detrás de sus negociaciones macrosociales, otra de sus funciones esenciales.

El asalariado moderno o es corporativo o es un reivindicador individual en un mercado de trabajo inestable, según donde se ubique en los múltiples polos de la "modernidad". Por eso se requiere un puente entre uno y otro, aun cuando se esté formulando plataformas diversificadas. Este puente no es, al parecer, la visión homogénea, clasista histórica. Seguramente debe ser más bien una visión global del tipo de desarrollo en que se está ingresando, que identifique la posición y las oportunidades de cada sector en el funcionamiento del mismo y que, sobre todo, establezca las prioridades de una política de negociación del cambio desde el punto de vista sindical que articule lo sectorial con lo nacional. Ello impedirá la acumulación de demandas dispersas, probablemente imposibles de satisfacer por el sindicalismo nacional, y lo dotaría de las bases para formular una estrategia global. En este sentido, lo que daría coherencia a la acción sindical sería la definición del papel de los sindicatos y del movimiento sindical en el proceso de constitución del nuevo orden económico y social.

Factor importante de esta visión global será, sin duda, la comprensión acerca de los procesos de movilidad laboral intra e inter sectores, que serán crecientes, resultado de economías más flexibles y en adaptación constante a la lógica de la competencia internacional y el cambio técnico. En particular

los asalariados modernos serán progresivamente sujetos de este proceso de movilidad. Sus reivindicaciones estarán asociadas probablemente ya no sólo a la variable salarial, sino a lograr mecanismos de protección frente a las situaciones de movilidad; protecciones del tipo seguro de desempleo, capacitación para la reconversión laboral y ampliación de la cobertura de seguridad social para realidades menos estables.

Pero, al mismo tiempo, como se ha dicho antes, los polos de asalariados vinculados a los segmentos modernos o de punta tecnológica y comercialmente, pero retrasados en cuanto a condiciones de trabajo, concentrarán sus demandas en la elevación de tales condiciones y en el establecimiento de regulaciones protectoras que compensen su baja capacidad de negociación colectiva.

La articulación de estos dos tipos de reivindicaciones sólo será posible en el marco de las negociaciones de tipo macrosocial que deberá desarrollar el sindicalismo, a menudo impulsando mecanismos tripartitos de discusión al nivel nacional. Configurar una estrategia sindical consistente frente a la heterogeneidad de los procesos de modernización requiere esta negociación global, de la cual deberían desprenderse las orientaciones que permitan las negociaciones en el ámbito de cada realidad particular.

Pero también esta negociación macrosocial permitirá organizar una propuesta sindical que considere la relación entre ella y las demandas de otros sectores populares, y de aquellos trabajadores situados en los segmentos afectados por situaciones de declinación competitiva y tecnológica. Aquí, los temas de la reconversión productiva, de la elevación de la calidad de los empleos y de las políticas sociales cobrarán sin duda importancia.

En síntesis, el sindicalismo tiene una perspectiva relevante de jugar un papel central de los procesos de construcción de consensos socialmente legitimados frente a los cambios que se operan en el marco de la modernización. No estamos, por

tanto, frente a una situación de disolución del actor sindical, como se sostiene en ocasiones al observar las tensiones que se producen entre la antigua matriz de la acción sindicalista y las nuevas realidades. Por el contrario, en el campo de las representaciones del mundo popular el movimiento sindical ha mantenido su vigencia, pese a sus crisis de adaptación. Ello no parece haber ocurrido tan claramente con otro tipo de representaciones sociales populares, como las vinculadas al mundo urbano poblacional en particular:

CONCLUSION

La noción de asalariado moderno es una categoría dinámica, tanto porque está en proceso de constitución, como porque está marcada por el signo de la movilidad. Constituye, además, una categoría heterogénea, como resultado de los distintos tipos de inserción en los polos "de punta", los cuales van desde sectores modernizados técnica y comercialmente, pero atrasados en organización laboral, hasta sectores avanzados técnica, comercial y organizacionalmente. El trabajador asalariado "moderno", si se define por pertenecer a los mencionados polos de desarrollo, es tanto un *tempore* de la fruta, como un empleado de los modernos servicios financieros y comerciales.

El sindicalismo sigue siendo la modalidad de representación vigente y potencial de estos sectores. El desafío principal es construir un tipo de identidad capaz de configurar acción colectiva. Ella parece ser sobre todo la convocación a constituirse como un actor con capacidad de negociar los cambios y la gestión de la modernización, articulando en una estrategia global sobre las orientaciones del desarrollo económico y social las reivindicaciones de un mundo heterogéneo, que ya no responde necesariamente sólo a una identidad unívoca y común básicamente clasista, como en el pasado.

Izquierda y movimiento popular: viejas y nuevas tensiones de la política popular chilena

Mario Garcés

ECO, Educación y Comunicaciones

MOVIMIENTOS SOCIALES Y TRANSICION

En los años ochenta, cuando el debate sobre movimientos sociales comprometía a los intelectuales chilenos y latinoamericanos, las posiciones se polarizaban entre aquellos que veían la emergencia de nuevos sujetos como expresión de una "emergencia histórica" (la de las dictaduras que cubrían el continente) y entre quienes veían que "algo nuevo" emergía desde la sociedad civil.

Entre estos últimos el tema no provocaba fácilmente consensos, por cuanto había quienes, entusiasmados por el nuevo dinamismo social que estos sujetos expresaban, dirían que se estaban configurando "nuevos sujetos históricos" (el rol que con anterioridad se le había asignado a la clase obrera, era ahora reasignado a los nuevos movimientos sociales). Otros, con mayor cautela y no con menor entusiasmo, afirmarían que estos nuevos sujetos estaban dando cuenta de "procesos de renovación de la política". Finalmente, según otros autores, había que situar la reflexión en una esfera distinta: era necesario romper el politicismo dominante en las Ciencias Sociales y dejar de ver los movimientos sólo en relación al sistema político y

la organización de las relaciones de poder institucional en la sociedad. Había que situar el tema de los movimientos en las capacidades desplegadas desde la sociedad civil "para construir sociedad". En este último sentido, los movimientos estarían dando cuenta de una diversidad de proyectos e identidades sociales que producían cambios en la sociabilidad popular.

Lamentablemente, en el caso chileno, particularmente en el ámbito intelectual y político partidario, esta última orientación no encontró toda la atención que requería, y al declinar el movimiento de protestas, en la segunda mitad de los ochenta, la reflexión se orientó más bien hacia las capacidades históricas del Estado en la "construcción de sociedad". Quien con mayor claridad expresó esta última tesis fue —como ha ocurrido en otras ocasiones— Eugenio Tironi, quien afirmaba en la segunda mitad de los ochenta que, dados los "efectos de disolución social provocados por el régimen autoritario", no había más alternativa que mirar al Estado y jugar desde él las iniciativas más consistentes de reorganización de la sociedad.

La tesis de Tironi, compartida con variados matices por otros intelectuales chilenos, pareciera haberse adecuado más a la realidad política recién

te, es decir, a las características que asumió el proceso de transición a la democracia: de protagonismo partidario en el ámbito político institucional y de debilitamiento de los movimientos sociales en la base de la sociedad.

En el ámbito político partidario de la izquierda, sin embargo, antes de que se consolidara la "salida institucional" a la dictadura, otros insistieron porfiadamente en la "salida insurreccional", que si bien encontró cierto apoyo social en el período de protestas, se debilitó crecientemente en la segunda mitad de los ochenta. Con todo, mirando ya con alguna distancia, se puede comprobar que ambas orientaciones políticas finalmente se fueron distanciando —en distintos momentos, ciertamente— de las mayorías populares y de los movimientos sociales de base popular.

De este modo, en la transición a la democracia se ha venido produciendo un evidente proceso de despolitización de la sociedad, caracterizado por la ausencia de proyectos colectivos capaces de convocar a las mayorías populares (la política, como hace muchas décadas atrás, le dice muy poco a la gente sobre su vida cotidiana).

En este nuevo contexto, somos testigos de una práctica política dominante que podríamos denominar "de élite" (aquella que debate en los medios de comunicación) y una política de tipo "testimonial y de contestación" fuertemente debilitada en su capacidad de convocatoria, que se expresa principalmente en la denominada izquierda extra-parlamentaria (en estos días, en la candidatura del padre Pizarro). En el medio se encuentra la mayoría de la población, que ya no se interesa por la política.

La debilidad de la izquierda chilena, manifiesta en el proceso de transición, me parece que está íntimamente vinculada a algunos de los problemas antes indicados, y muy particularmente en relación a su distancia con los movimientos sociales de base y a su incapacidad para expresar proyectos colectivos.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA IZQUIERDA EN PERSPECTIVA HISTORICA

Sin lugar a dudas que para un pueblo reconocidamente politizado, como ocurre con el chileno en el contexto latinoamericano, los problemas relativos a su relación con la política y los partidos no son nuevos y se pueden rastrear a través de la historia del movimiento popular. Al menos tres tipos de problemas merecerían un debate más amplio entre nosotros. En primer lugar, el reconocimiento de que la relación entre organizaciones sociales y partidos se ha vivido como una permanente fuente de tensiones respecto de la autonomía de las organizaciones sociales, dando lugar a diversos modos históricos de superación. En segundo lugar, que respecto de la política de la izquierda hacia los movimientos sociales, recurrentemente se ha colocado el problema de la eficacia de la acción política institucional o "intrasistema". Finalmente, un tercer campo de tensiones tiene que ver con la relación entre la acción de agitación y movilización social popular y la elaboración de propuestas políticas.

Organizaciones sociales y partidos

Ya en 1867 cuando el movimiento social de los artesanos ampliaba su campo de acción y se multiplicaban las iniciativas de socorro mutuo para abordar problemas sociales relevantes en el ámbito de la salud, la educación y la seguridad social, don Lucrecio Arellano, dirigente de la Sociedad de Artesanos de Talca, opinaba de este modo en relación a la acción política militante:

¿Debe el artesano ocuparse de la política? He aquí una pregunta que muchos artesanos, entre ellos nosotros mismos, nos inclinamos a contestar negativamente. La sola palabra política no es odiosa... no por lo que ella es en sí, sino por los fines a que se le encamina, por el grado de prostitución en que yace.

Comprendemos lo que debiera ser esta gran palabra en que deben estar cifradas las aspiraciones santas y generosas de los verdaderos patriotas y republicanos, Pero, lo que es hoy día la

política, es solamente una fuente de malas inspiraciones, de rastreras y miserables pasiones. ... Lo que vemos es que los políticos del día, cual más, cual menos, persiguen un fin particular, un objeto de interés propio, sin curarse para nada de lo ajeno.

Y el pueblo —siempre el pobre pueblo— es el que lleva el gasto de la fiesta, para que goce el gran señor, para que tras el saludo y la sonrisa de hoy, se nos dé mañana un puntapié, una mirada de desprecio; para que suba a los puestos públicos el hijo de don fulano, el pariente de don sultano, no importa que sea una tunante. ... mientras numerosos jóvenes honrados y competentes vegetan muchas veces en la miseria y el aislamiento, porque no tienen empeños de ricos, recomendaciones de un señor, que es el único medio que hoy prevalece sobre todos. Oh, ¡por eso aborrecemos la política del día!"

(Angélica Illanes, "La revolución solidaria", 1990)

La situación, sin embargo no era fácil de solucionar, pues si bien los artesanos coincidían en "rechazar la política del día", marginarse de ella los dejaba a merced de los candidatos patrones. Por otra parte, las relativamente recientes experiencias revolucionarias de 1851 y 1859 demostraban los límites de la insurrección, "necesaria en circunstancias supremas", pero que "trastorna y desequilibra el edificio social antes que producir los beneficios de un nuevo orden de cosas". Así lo consideraba al menos don Lucrecio Arellano.

La tendencia fue entonces validar una cierta acción política, de tipo legal y reformista, que pronto empezaría a practicar el Partido Demócrata, fundado en 1887. Sin embargo, el problema aún persistiría al interior de la organización, cuya existencia misma se podía ver amenazada por el debate y la división política. Si a ello se sumaba que por estos mismos años la Iglesia Católica buscó ejercer alguna influencia sobre las sociedades obreras, el problema se hacía más complejo. Las sociedades mutuales privilegiarían entonces la protección de la organización social, rechazando que en sus recintos se debatiera de política y de religión, aunque aceptando que ello se hiciera fuera de la organización. Se trataba de una solución que Angélica Illanes ha calificado de "adentro y de afuera".

Adentro "estaba el cuerpo, sus necesidades físicas e intelectuales, la solidaridad y las aspiraciones de identidad y de futuro". Afuera "estaba el ideario demócrata, popular y constitucional, afuera estaba la causa santa: la concientización del pueblo" (Illanes, op. cit).

En los inicios del siglo, en la coyuntura de protestas obreras y populares de 1903-07, el tema volvió a emerger y esta vez primó la orientación anarquista que privilegió la acción de la organización social. El mancomunalismo nortino, sin embargo, hasta el año 1907 fue el que encontró una mejor salida: en la propia organización social podía haber la asistencia, la acción reivindicativa y la concientización política.

Como se sabe, este movimiento fue superado por la élite empresarial, política y militar que conjuró, por la vía de las armas, la huelga salitrera de 1907. Sin embargo, hacia 1920, la cuestión de la autonomía de las organizaciones sociales fue nuevamente planteada y se buscó resolver la tensión coordinando a través de Asambleas populares la relación entre partidos y organizaciones sociales. La Asamblea Obrera de Alimentación Nacional de 1919 y la Constituyente de Obreros e Intelectuales de 1925 son buenos ejemplos de este tipo de solución.

Para no abundar demasiado en el recuento histórico, señalemos simplemente que la situación se modificó a partir de la década del treinta, haciéndose dominante el protagonismo partidario que operaba en una suerte de división del trabajo, al menos en el movimiento obrero: la base reivindicativa, el partido vanguardista.

Esta tradición se vio nuevamente modificada en los años de dictadura, cuando la crisis del sistema político hizo posible en cierto grado que la iniciativa social y política retornara a las bases. Aquí emergió, como señalábamos al principio de esta ponencia, el debate sobre el significado de los movimientos sociales.

En torno a la eficacia de la acción política institucional

En la relación entre la izquierda y las organizaciones sociales no estaba comprometido sólo el pro-

blema de la autonomía de las organizaciones sociales, sino que de modo muy relevante la cuestión de la eficacia de la acción política militante. En efecto, en la primera década del siglo nuestros ácratas y libertarios debieron enfrentar el problema, admitiendo que no existía una sola respuesta.

Como saben los estudiosos del movimiento obrero, Alejandro Escobar, Magno Espinoza y Luis Olea, libertarios y amigos todos ellos y además dirigentes relevantes en las huelgas de Valparaíso de 1903 y de Iquique en 1907, percibieron que el socialismo científico, que habían conocido a través de José Ingenieros, "se diluía demasiado en el mar de la política, siendo necesario plantearlo en el terreno firme de la lucha económica y gremial". (Alejandro Escobar, *Memorias*).

El propio Recabarren, por su parte, que, como se sabe, tomó distancia de los anarquistas, al fundar el Partido Obrero Socialista declaraba que la nueva agrupación se diferenciaría de los demócratas porque buscaría avanzar no sólo en la democracia política, sino también en la democracia económica y social.

Y todavía, en pleno proceso de institucionalización, en los años treinta, cuando se buscaba reunificar al sindicalismo, el tema volvería a emerger: la nueva Central Sindical, que había que fundar, ¿debía organizarse bajo el alero de la ley o con independencia de ella? Así de abierta y explícita fue la disyuntiva que se plantearon los dirigentes sindicales de todas las grandes centrales y federaciones que asistieron a la Convención Extraordinaria de Sindicatos, celebrada en febrero de 1935, luego de una significativa huelga de ferroviarios.

Los resultados de esta Convención fueron radicales. Se aconsejaba a sus participantes —los más relevantes del período: la Confederación Nacional del Sindicatos (socialista), la Federación Obrera de Chile (comunista) y la Confederación General del Trabajo (anarquista)— abandonar las personalidades jurídicas, ya que "resultaba muy difícil desenvolverse libremente estando sujetos al tutelaje del Estado y que los tribunales del trabajo tienden a favorecer a la parte patronal, con la ayuda de los representantes del gobierno".

En el Congreso constituyente de la CTCH el tema siguió siendo relevante, ya que se trataba de

hacer la unidad entre los sindicatos legales y el sindicalismo histórico, el *de facto*. En este evento primó un criterio de sentido común, expresado particularmente por los comunistas: había que hacer la unidad, porque a las masas obreras "había que tomarlas tales como son y no como nosotros quisiéramos que fueran". Por esta razón, señaló también Salvador Guevara, a nombre de la FOCH, aceptarían la legislación, pero no renunciarían a la lucha de clases.

El tema se puede rastrear históricamente y no es mi propósito abundar más en él. Sólo quiero señalar que el problema resurgió a principios de los sesenta, cuando Clotario Blest renunció a la presidencia de la CUT, y ciertamente con mayor fuerza y tensión en los años de la Unidad Popular, cuando se puso en discusión la viabilidad de la "vía chilena al socialismo", dividiéndose la izquierda chilena cuando el golpe de Estado amenazaba gravemente el sistema político nacional.

AGITACION SOCIAL Y PROPUESTAS POLITICAS

Esquematizando de modo extremo, me parece que en la política popular y de izquierda en Chile han convivido dos grandes orientaciones en relación a la acción y las propuestas políticas. Por una parte, aquellas que han puesto el énfasis en la autonomía popular y en proposiciones de tipo corporativo o societario (desde la práctica de la organización social, es decir, desde el movimiento social se puede reorganizar la sociedad y el Estado); y, por otra parte, aquellas orientaciones que han subrayado la necesidad de participar del Estado para realizar desde allí la reforma del orden social (privilegio del partido y de una relación de negociación y/o de subordinación de la organización social).

No es mi propósito realizar una evaluación histórica de ambas orientaciones, por cuanto en términos extremos se pueden atribuir a ambas significativos aportes al movimiento social, como asimismo significativos fracasos. Valga sólo como ejemplo que el más significativo movimiento social popular que precedió a la Unidad Popular y

que hizo posible iniciar reformas económico-sociales sustantivas desde el Estado, culminó en una gran derrota histórica. Por otra parte, la negación de la acción política implícita en la posición "societaria" ha encontrado enormes dificultades para viabilizar sus proyectos de cambio, al no reconocer en la "democracia" —sin apellidos— y en el sistema político un espacio que acoja la diversidad de actores sociales y políticos que configuran a la sociedad.

Pareciera, en consecuencia, que insistir en la polaridad pudiera conducirnos a un callejón sin salida. Y que se debiera resolver las distancias entre la izquierda y los movimientos sociales por la vía de procesar políticamente la propia práctica del movimiento social. Es decir, que no se puede refundar una política popular si ésta no da cuenta sólo de las frustraciones y reivindicaciones populares, sino que, en forma mucho más relevante, de las capacidades de creación de sociedad que reiteradamente se manifiestan en la cultura popular chilena.

Adoptar este punto de vista conlleva necesariamente una crítica radical a las formas políticas que predominaron en la izquierda chilena en los años ochenta: no bastaba ver en los movimientos sociales renovación de la política o rabia acumulada que podía conducir a una salida insurreccional. Había prácticas sociales para ambas propuestas, pero

había una "otra práctica" que requería ser procesada y elaborada teórica y políticamente. Se trataba de aquella que debió permitir avanzar en una noción y en proposiciones en el ámbito de los derechos humanos, de comprender y fortalecer las diversas manifestaciones de la economía popular, de afianzar las experiencias culturales encaminadas a reforzar la identidad social popular, etc.

Se trataba, en suma, de una práctica que hacía posible refundar una política popular para la democracia, asentada en la experiencia de autonomía y de protagonismo histórico de los sectores populares en su lucha en contra del autoritarismo. La izquierda, sin embargo, presa de sus diferencias institucionales e insurreccionales, arribó a la democracia sin proyectos colectivos y debilitada en su identidad histórica. Ello ciertamente ha influido negativamente en los movimientos sociales, que carecieron de los apoyos políticos necesarios para proyectar sus prácticas y aprendizajes de los tiempos de la dictadura.

Estas debilidades de la izquierda han sido sin dudas relevantes, si se tiene en cuenta que, en nuestro país, la activación de los movimientos sociales se ha verificado no sólo a causa de nuestras recurrentes crisis económico-sociales, sino también porque en la sociedad se han hecho visibles proyectos colectivos de reforma social.

La Izquierda en Chile: los dilemas históricos de sus múltiples lealtades

Patricio Rivas H.
Universidad Arcis

Las primeras décadas de este siglo conocieron el nacimiento de una izquierda de rápida conformación y capacidad de determinación en la historia nacional. La última década parece cerrar el siglo en medio de la mayor crisis programática y de dirección de estas fuerzas. Pero la historia de experiencias y capacidades tejidas a lo largo de estas décadas no ha desaparecido.

Durante este siglo, la historia del campo popular chileno ha estado signada por una doble tensión; primero, por la forma en que se vincula el aparato político de izquierda con las fuerzas sociales que genéricamente se denominan pueblo; y en segundo lugar, por el arquetipo de relación que las formaciones de izquierda establecen con el Estado. De esta manera, los partidos de izquierda quedan ubicados en el centro de un campo de conflictos que limita hacia arriba con las fracciones dirigentes de turno y hacia abajo con los sectores de mayor peso corporativo en cada período.

Esta relación difícil y no pocas veces esquizofrénica genera cismas y tensiones en el seno de los partidos y franjas más politizadas del movimiento popular. Por momentos, el esfuerzo de los primeros se concentra en la representación dentro del sistema político; otras veces, intenta dirigir conflic-

tos sectoriales o globales de fuerzas sociales desplegadas. Postulo que existe una tensión estructural—nunca suficientemente resuelta en la izquierda—entre su intento por acaudillar las luchas populares, por un lado, y su constante aspiración a ser parte protagónica del sistema de gobierno, por otro.

Uno de los orígenes de estas tendencias es un tipo de reflexión sobre la izquierda y el movimiento social chileno que sitúa a cada término como una categoría estanca. *Izquierda* sería un conjunto de fuerzas que pugnan; unas por una mayor representación sistémica, y otras por una ruptura del sistema, en el marco de una concepción de sociedad vinculada a alguna de las escuelas del marxismo. *Movimiento popular* haría referencia al conjunto de clases que viven de relaciones salariales y en una situación de dominación, buscando mejorar sus condiciones materiales y políticas de existencia.

Este enfoque, con distintos lenguajes y orígenes teóricos, ha sido dominante en la historia política y social de la izquierda en Chile.

La rigidez explicativa e investigativa de la matriz anterior produjo grandes lagunas e impidió ver procesos de densos contenidos en la trayectoria de las clases subalternas de este siglo. Una de las fuentes que retroalimentó estas miradas

sesgadas fue la de un espantoso esquematismo, resultado de la importación temprana de un marxismo de fuerte contenido eurocentrista, y del peso de una razón política partidaria de fuertes afanes autoritarios. Esta sometió tanto a intelectuales orgánicos como a intelectuales de movimientos sociales, los que fueron impelidos por diversas vías a sostener y justificar la razón política por sobre la razón social, la necesidad inmediata y sectorial por encima de los intereses generales y de largo plazo.

La secuela más inmediata de lo anterior ha sido una incapacidad para ver los constantes procesos de reconversiones y mutaciones en el seno del campo popular y los efectos que esto tiene en los grados de mayor o menor unidad al interior de los partidos de izquierda.

Durante décadas, lo social ha estado al servicio de lo político y lo político mirando hacia arriba y dialogando con el Estado.

Desde una perspectiva histórica, me centraré en la resultante actual de lo expuesto.

FACTORES ESTRUCTURALES

La rápida constitución de un pacto de gobernabilidad en Chile, a partir de 1830, dotó al país de un modelo de estabilidad que no entró en crisis hasta 1891. La derrota de Balmaceda configuró un tipo de dominación excluyente pero eficaz, de gran ductibilidad en los procesos de exclusión de los sectores populares no vinculados a los polos de acumulación de capital.

Es necesario destacar, aunque no me detendré en ello, el rol de integrador y disciplinador que jugó la guerra de 1879 para la constitución de un imaginario nacional de gran durabilidad. Las versiones más difundidas de la izquierda siempre trataron este conflicto en estricta clave antiimperialista. Chile habría protagonizado el conflicto con base en los intereses británicos. Sin embargo, pocas veces se reflexionó sobre los efectos sociales y culturales internos que esta guerra tuvo y que dotaron a las fracciones dirigentes de una victoria trascendente en la constitución del Estado nacional.

En el tipo de formación social de comienzo de

siglo, existen dos tipos de excluidos: los excluidos política y socialmente, pero laboralmente integrados a los modelos de desarrollo—como los campesinos de la zona central y los obreros de la minería del salitre—, y los que quedan doblemente excluidos, tanto del ámbito político como de la producción económica—caso prototípico, el "rotaje"—. Los primeros son los agentes claves de las fuerzas de izquierda; los segundos, aliados circunstanciales.

El Estado constituyó un territorio apto para los pactos interclases dominantes y para las negociaciones con los centros económicos mundiales, al tiempo que distribuyó de manera relativamente equitativa sus ingresos entre las diversas fracciones dirigentes. Ello dotó al sistema político en su conjunto de una gran estabilidad y capacidad de representación oligárquica, pero generó una creciente presión entre pobres y excluidos, que no encontraban vías de representación política ni en el Estado ni en el sistema de partidos. El sistema mismo tenía como lógica la exclusión.

Desde principios de este siglo, la relación entre izquierda y el movimiento popular emergente ha sido de cuño restrictivo y sectorial.

Desde la fundación del POS en 1912 y luego del Partido Comunista en 1922, los cuadros de la izquierda se han centrado en los sectores de más inmediata disposición al conflicto y de mayor peso productivo, postergando a extensas fracciones sociales de la participación activa en la lucha política. De esta manera, se reprodujo sin quererlo el esquema de la exclusión de las élites dominantes, y se gestó un movimiento popular de enorme complejidad, resultado de la economía de enclaves, de la rigidez de las fracciones agrarias, de la aparición de pobreza urbana, de la reubicación de la fuerza de trabajo a lo largo del territorio.

En este período se comenzó a conformar una relación utilitaria y clientelista entre izquierda y movimiento popular. En sus orígenes, el perfil social de este movimiento tuvo varias fuentes de constitución: la migración interna, la externa, la composición indígena y el reciclaje de experiencias por movilidad de las fuentes de trabajo. La vertiente primera del movimiento popular constituía una gran trama de fracciones económicas y culturales de reciente configuración proletaria. La

propia economía de enclave, siendo rigurosamente capitalista, se realizaba en el caso chileno al revés de Centroamérica, en un lugar organizado política y económicamente.

El trabajador de enclave es un proletario completamente atípico respecto de los patrones europeos, alejado de la cultura urbana y segmentado en micromundos de duro dominio. El perfil proletario se reproduce en un contorno de relaciones familiares, raciales y culturales muy distintas respecto del capitalismo europeo.

El pensamiento de izquierda se instaló en Chile—inclusive en su veta anarquista— a partir de un modelo de expansión europeo y no sobre la base de una teoría de izquierda nacional, a pesar de los intentos de Recabarren. Este pensamiento estaba dotado de una gran capacidad para comprender e intentar expresar el tema obrero, pero, al mismo tiempo, vivía con gran perplejidad el descontento popular no proletario. Las masas populares no trabajadoras tendieron a expresarse, así, a través de movilizaciones agudas, profundas y breves, que resultaban casi siempre incomprendidas para la mirada de los cuadros de dirección de la izquierda, a pesar de que ésta participaba de su despliegue.

Con la formación en 1933 del Partido Socialista, el fenómeno de representación segmentada se complejizó, pero permaneció; se trata de procesos en los cuales el peso de las fuerzas políticas dependía principalmente de la conducción y representación de sectores integrados al ciclo de reproducción de capital y reconocidos por el sistema político como tales.

En alguna medida, este partido en sus orígenes expresaba a estos sectores, pero tendió en el mediano plazo a concentrarse en los actores clásicos, por encima de las amalgamas de pobres urbanos y rurales. No es despreciable en este hecho la necesidad que tenía el Partido Socialista de disputar la dirección al Partido Comunista y al propio Partido Radical en fracciones sociales de gran peso.

Al hablar de periodos, no me baso en los ciclos de reproducción de capital o patrones de acumulación exclusivamente, sino además en las extensas franjas sociales que quedan fuera de los procesos productivos.

En general se podría hablar de un primer perio-

do que va de 1912 a 1922, caracterizado por la organización y conducción por parte de la izquierda anarquista y precomunista de un emergente proletariado minero y urbano industrial, y con una sensibilidad episódica respecto a fracciones marginales del sistema productivo, esencialmente pobres urbanos.

Se puede describir un segundo período que va desde 1922 a 1933, en el cual emergen otros actores en la retina de la izquierda, como son los sectores medios urbanos vinculados al ensanchamiento y modernización del Estado, pero tratados como fracciones estancas, no articuladas en sus demandas y aspiraciones de manera efectiva con los nuevos obreros.

La izquierda ha tenido una incapacidad orgánica para tejer alianzas sociales estables entre los que tienen trabajo respecto de los que no tienen, entre los que estudian y los que no, entre los que tienen casa y los que luchan por ella, etc.

Uno de los resultados más evidentes del proceso anterior ha sido una suerte de división social del trabajo en el seno de las fuerzas de izquierda, de forma tal que el PC aparece como partido predominantemente obrero y el PS más vinculado a los sectores medios urbanos. Esta opinión, bastante dominante en los análisis, no siempre encuentra sustento en la realidad, pero más decisivo que esto es el hecho de que ambas formaciones políticas se asumen como representantes no de alianzas sociales amplias, sino de sectores sociales amplios, y generan teorías y reflexiones funcionales a estas percepciones.

Entre 1940 y 1960 se produjo un esfuerzo de reubicaciones y ensanchamiento social de los partidos, un intento de mirada más amplia. Sin embargo, esto obedeció mucho más a las dinámicas sociales reales que a una construcción teórica original para Chile. Los procesos de industrialización, de urbanización y de modernización estatal gatillaron fracciones sociales aparentemente poco relevantes, como los sectores agrarios, estudiantil o de la intelectualidad en formación, que obligaron a la izquierda política a ajustes sucesivos.

Hacia mediados de los cincuenta y en la medida en que el ciclo sustitutivo comenzaba a agotarse, los sectores populares comenzaron a ser asumi-

dos en sus conflictos por la izquierda, aunque de manera muy elemental; tal fue el caso del sector urbano poblacional.

Entre 1960 y 1970, la relación entre izquierda y movimiento popular se dinamizó a partir del enorme esfuerzo electoral de los destacamentos políticos de la izquierda. Este esfuerzo ensanchó *de facto* los vínculos entre izquierda social y política, pero no enriqueció simultáneamente la matriz teórica, la cual estuvo influida como nunca por procesos internacionales, como la revolución cubana y el conflicto chino-soviético.

En este mismo período se perfila con mayor claridad esa tendencia a la división del trabajo en el seno de la izquierda, con el nacimiento del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MAPU y la Izquierda Cristiana, los cuales expresan el radicalismo social de sectores medios esencialmente estudiantiles y marginales agrarios y urbanos.

Estos sectores no estaban presentes en los enfoques ni teóricos ni políticos de los partidos Socialista y Comunista, los cuales se vinculaban mucho más con las fuerzas populares constituidas.

Entre 1970 y 1973, impulsado por la victoria de la Unidad Popular, se constituyó un movimiento popular amplio que abarcó desde sectores medios hasta los pobres del campo y la ciudad. Este movimiento popular estuvo cruzado por varias direcciones teórico-políticas, pero actuó con un grado de unidad mucho mayor que el emanado de esas diferencias, y construyó una de sus mayores personificaciones de unidad histórica alrededor de la figura de Salvador Allende.

A pesar de las diferencias programáticas, el período de mayor constitución de un movimiento popular con altos grados de articulación interna se produjo en Chile entre 1970 y 1973.

A partir del golpe militar de este último año, se verificó una disgregación y atomización del movimiento popular, como resultado de dos grandes procesos: la represión política, en primer lugar, y en segundo lugar, la reconversión productiva de la economía chilena.

Hoy es posible ubicar el golpe militar en Chile en el marco de una gran reconversión de la economía y de la política internacional. Afirmando esto

porque, salvo escasos estudios, se tiende a ver la caída del gobierno de Salvador Allende como exclusivo resultado de las estrategias en juego al interior del país.

La represión política y la reconversión económica generaron efectos trascendentes; la fractura en la unidad política de la izquierda fue la más profunda de este siglo y la fragmentación del movimiento popular no encuentra muchos puntos de comparación histórica. Es notable que los elementos que reprodujeron esto fueran nuevamente la relación entre izquierda y Estado, y entre izquierda y movimiento popular.

Después del golpe, los sectores populares asumieron doble importancia frente a los sectores obreros enormemente golpeados. El concepto de resistencia buscaba la identidad popular, más allá de su carga cultural europea.

Las movilizaciones y protestas, a partir de 1981, instalaron al actor popular como protagonista, pero mostraron su radicalidad y peligrosidad, y el centro político buscó aislarlos, cuestión que logró en el mediano plazo.

En el plebiscito, el actor popular apareció desperfilado y se comenzó a construir sobre él un vigoroso cerco político. La eficacia de este cerco tiene que ver con la incapacidad teórica de la izquierda en su conjunto para comprender la naturaleza refundacional del pinochetismo y el error potencial pero estratégico de éste al convocar al plebiscito de 1988.

La transición ha dividido y disgregado al conjunto de los sectores populares. Unos han sido redisciplinados, por la vía de la organización neoliberal del trabajo, tratada eufemísticamente como desregulación de los circuitos de producción y de mercado; otros han sido desmoralizados en la lucha teórica. A la gran mayoría se les ha excluido, para luego incluirlos, pero empequeñecidos en su peso político.

Es posible examinar hoy la realidad del campo popular como un gran proceso que, abarcando a millones de hombres y mujeres, integra productiva y dinámicamente a no más de 50 por ciento de su total histórico, mientras que al resto lo refuncionaliza y reubica cotidianamente para hacerlo subsidiariamente productivo a través del

trabajo informal, circunstancial, negro, o genéricamente denominado subempleo.

En el seno de la izquierda, la realidad no es más homogénea. Las viejas formaciones históricas o los nuevos destacamentos nacidos en la década de los sesenta están radicalmente reconvertidos. Los sistemas de categorías y las coordenadas teóricas han saltado por sus costuras históricas, el asalariado moderno no tiene relación con el obrero del acero o del cobre de los cincuenta, el empleado de la CTC poco tiene que ver con el funcionario público de los sesenta, el estudiante de universidad privada tiene enorme distancia con el joven popular ingresado al pedagógico de la Universidad de Chile. Este barrraco histórico ha sido desconocido por algunos en el seno de la izquierda, lo que ha provocado enormes desencuentros, mientras otros lo han reconocido en clave ultramoderna, lo que a su maneera provoca iguales desencuentros.

Nuevamente la lectura original para un país real está ausente.

Después de esta reflexión más global, quisiera detenerme sobre algunas consideraciones relevantes de la relación entre izquierda social y política.

LAS CONSTANTES EN EL SISTEMA DE RELACIONES

La temprana estructuración política de la izquierda chilena y su instalación en fuerzas sociales de creciente peso corporativo, se ha traducido globalmente en algunos de estos efectos de larga duración:

1. La relación utilitaria con los movimientos sociales, es decir una forma de vínculo que busca aumentar la capacidad de presión, negociación y protagonismo de la fuerza política frente al Estado y frente a otros partidos. De esta suerte, cuando la fracción social movilizada pierde su peso corporativo o agota su protagonismo, se busca rápidamente otra que cumpla globalmente la misma función.

268 2. La preponderancia de los cuadros políticos y sociales que resulta de esta relación funcionalizada expuesta. Si la fracción más movilizada

es obrero-industrial, entonces los cuadros sindicales de ese movimiento social y los funcionarios sindicales del partido se hacen dominantes en una vertical, y el resto de cuadros y funcionarios pasan a jugar un rol de apoyo a esa vertical.

3. La construcción de teorías *ad hoc*, que explican la preponderancia de los sectores más activos en cada momento, sin que esto signifique la construcción de un modelo interpretativo global. Como secuela de este mismo proceso, se produce toda una subcultura y lenguaje estructurado alrededor de lo anterior. Los intelectuales de los partidos, y muchas veces los de los propios movimientos sociales, construyen y retejen teorías coherentes con la línea oficial de las fuerzas políticas con las cuales simpatizan, desarrollándose teorías funcionalizadas a líneas políticas.
4. La relación clientelista compartida entre los dirigentes sociales que se sienten promovidos por la atención del aparato partidario, y los dirigentes políticos que encuentran una base de apoyo social exterior a su partido en esos sectores. Estas conclusiones hacen referencia a las consecuencias de larga duración en la pobreza teórica original de la izquierda chilena.
5. Hay una gama de actores populares en acción que son invisibles para las conducciones de izquierda, que se conceptualizan como agregado y no como actores, como es el caso del amplio campo de la pobreza y exclusión urbana-rural. Al transformar en agregado a estos actores y no en sujetos, se desecha una enorme gama de experiencias, aprendizajes y culturas populares.
6. Los ciclos de reconversión económica tienen una velocidad regularizada y tipificada; se pasa así del modelo primario exportador al sustitutivo, del obrero de enclave al industrial. Sin embargo, el ciclo de reconversión de lo popular no puede ser tan sistemático, porque va mezclando edades y procesos. El pobre aparece desde el siglo pasado, pero se redefine en virtud de ciclos largos. El obrero depende más de procesos sistémicos, economía mundial, economía fabril y de procesos más puros.

El movimiento popular depende más de conflictos, de mezclas de procesos de superposiciones de ambigüedades. Esto es relevante, ya que grafica el tema de la pobreza analítica y, por tanto, de conducción de que ha adolecido recurrentemente la izquierda chilena.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Desde el plebiscito de 1988 en adelante, y especialmente desde 1991, asistimos a un período completamente original de la relación entre izquierda y movimiento popular. Considero que los aspectos relevantes de esta nueva relación son la existencia de tres izquierdas en el ámbito de la política: una "premoderna", anclada en la demanda economicista y en la denuncia política, pero escasamente actualizada respecto de la heterogeneidad estructural de movimientos sociales que exigen autonomía y protagonismo. En segundo lugar, una izquierda "posmodernizada" en gran medida a partir de enfoques teóricos de sus homólogos europeos e instalada en la dinámica de los procesos de modernización económico y políticos, pero alejada de los movimientos sociales marginados o

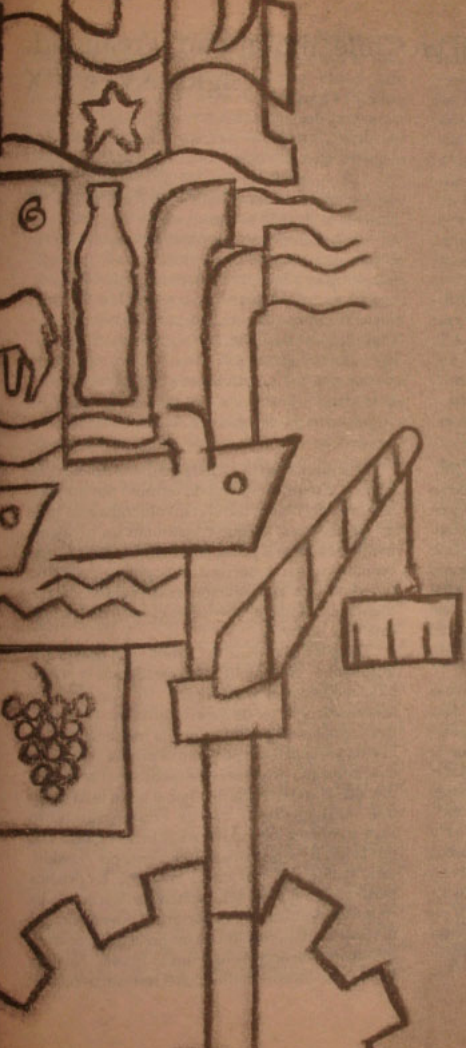
periféricos a los enclaves más modernos de la sociedad chilena. Es una izquierda con una teoría endogámica y hemofílica. Por último, existen núcleos dispersos de cuadros sociales y políticos al interior de las formaciones anteriores o de otras estructuras, que expresan una nueva disidencia anticapitalista en gestación.

Los nuevos términos de unidad entre la izquierda y el movimiento popular suponen una crítica sustantiva al largo utilitarismo e imposición de lo político normativo sobre lo social; en segundo lugar, la elaboración de un enfoque actualizado de un movimiento social que encuentra pocos factores de centralidad en el sistema productivo, pero que sin embargo alcanza altos niveles de unidad en la disidencia a las muy distintas formas de exclusión y de dominio.

El desafío de una nueva izquierda corresponde no exclusivamente al derrumbe de las experiencias del este europeo, sino a la emergencia acelerada e inconclusa de un movimiento social de radical democratismo y pluralidad temática, que hace mucho más imperiosa una nueva jerarquía de relación entre lo social y lo político, que favorezca lo primero por sobre lo segundo.



NUEVOS
ACTORES:
MUJER Y
JUVENTUD



La familia tradicional en Chile: moralidad y realidad. Siglos XVI a XIX

René Salinas Meza
Universidad de Santiago de Chile

La evolución del matrimonio y la familia en Chile, así como la de la familia latinoamericana en general, se sustenta en la tradición de la conquista y en la doctrina político-social de la Corona, no obstante que éstas se contraponen: mientras la tradición de la conquista tendió a favorecer las uniones casuales y múltiples, concubinato, amancebamiento con mujeres aborígenes, la doctrina real buscó la consolidación de una sociedad señorial con una marcada tendencia –al menos en teoría– a la homogeneidad racial.

La búsqueda de esa homogeneidad indujo a la Corona a restringir las autorizaciones para que los súbditos contrajesen matrimonio con personas de grupos étnicos diferentes, y a favorecer, por lo mismo, la reunión de los primeros conquistadores que iniciaron solos la colonización, y sus esposas españolas. Variadas disposiciones reales se concibieron para facilitar la emigración femenina a América o para acelerar el traslado de familias completas. Sin embargo, la realidad generada en los nuevos territorios hizo impracticable el proyecto real de sociedad, terminando por tolerar, si no aceptar los "matrimonios mixtos". Estos fueron permitidos ya en 1501, al menos en el contexto de la experiencia antillana.

La situación en la sociedad chilena no fue diferente, y el matrimonio mixto terminó por aceptarse y favorecerse incluso si él involucraba a las hijas de los caciques, ya que constituían un excelente medio de acceso al poder local, tanto político como económico. Así se fue consolidando muy tempranamente una constitución matrimonial fuertemente asociada a consideraciones de poder, estatus y dominio.

Tampoco tuvo éxito la Corona –y la Iglesia que la apoyaba– en su política de estabilizar la población mediante el matrimonio, ya que tanto su acentuado carácter de desarraigo como las actitudes mentales no proclives ni a la moderación ni a la vida familiar entorpecieron el proyecto real. No es aventurado proponer que tanto durante el siglo dieciséis como en parte del siglo diecisiete, la sociedad chilena tuvo cierto comportamiento marcadamente permisivo en el orden moral, del que la Iglesia se quejó reiteradamente por considerarlo reñido con la doctrina cristiana. La prédica periódica en que se denunciaba los "excesos", así como ejemplificadoras sanciones, intentaron garantizar la manutención de un nivel de relaciones mínimamente aceptables para la Iglesia. No obstante, estos ingentes esfuerzos eclesíasticos no fue-

ron capaces de impedir los altos porcentajes de ilegitimidad, de convivencia consensual, de relaciones prematrimoniales, de "tratos" ilícitos y de excesos y delitos sexuales. Por el contrario, estas conductas configuraron en buena medida el carácter de la sociedad chilena tradicional, haciendo imperceptibles los límites entre lo condenable y lo permitido (Salinas & Cavieres 1991).

Es muy probable que todas las distorsiones y desviaciones de los primeros años de la sociedad chilena sean resultado de los avatares de la conquista y del proceso de colonización en vías de cristalización que estaban viviendo, ya que la norma cultural nunca dejó de privilegiar un ordenamiento social en torno a la familia como estructura básica. En la historia de Chile, la institución familiar muestra, al menos, dos configuraciones típicas: la tradicional y moderna. La primera, con una estructura de tipo nuclear, estuvo fuertemente determinada por las condiciones socioeconómicas imperantes, como por ejemplo en su reducido tamaño, en su bajo promedio de hijos y en la tardía edad en que se llegaba al matrimonio, al menos en las áreas rurales. En la sociedad tradicional, matrimonio y familia parecieron estar determinados tanto por la miseria como por la moralidad (McCaa 1983).

El proceso de urbanización que conoció la sociedad chilena desde la segunda mitad del siglo diecinueve parece coincidir con un proceso de transformación en la familia rural tradicional. La edad promedio al primer matrimonio, que en el siglo dieciocho era de 22 años para la mujer y de 26 para los hombres, bajó a 20,5 y 25 años respectivamente a mediados del siglo diecinueve, en las áreas más urbanizadas. Entre 1860 y 1862, el porcentaje de mujeres casadas por primera vez, en las edades entre 20 y 26 años, ascendía 43,21 por ciento, en tanto el de aquellas entre 15 y 19 años, sólo a un 22,98 por ciento (Salinas 1987).

Complementaria y coincidentemente, McCaa señala lo mismo en su trabajo sobre matrimonio y fertilidad en Chile para el caso del área rural de Petorca entre 1840 y 1976. Si bien argumenta como mayormente significativo el fenómeno de "emparejamiento" o convivencia de *facto* más que el del matrimonio, y pese a las presiones económicas,

sociales, psicológicas y religiosas que operaban en favor de este último, establece que para los petorquinos el promedio de edad al momento del emparejamiento era de algo más de 22,7 años, casi dos años y medio antes del matrimonio. En los años de 1860, la edad promedio para el matrimonio y el emparejamiento se había elevado en unos dos años, a 25,9 y 23,7 respectivamente. El retraso en la edad de emparejamiento era mayor en las novias de los campesinos (2,4 años) y menor en las mujeres cuyos novios poseían ocupaciones urbanas (1,6 años), lo que pone en evidencia el peso que para el emparejamiento o matrimonio ejercían las difíciles condiciones de vida en la zona, en términos de escasez de viviendas, tierra, e incluso, agua. Ello derivó en dos fenómenos contrapuestos. De un lado, altas tasas de celibato permanente (el censo de 1865 arroja un 30 por ciento, guarismo casi 50 por ciento más alto que los patrones históricos de Europa Occidental), así como concubinato, ilegitimidad del otro. La monografía de McCaa es, sin lugar a dudas, iluminadora respecto de la influencia de las variables socioeconómicas y culturales que gravitan permanentemente en la consolidación del matrimonio y la familia (McCaa 1983).

El tamaño de la familia en Chile en los siglos dieciocho y diecinueve no fue excesivamente amplio. En San Felipe en el siglo diecinueve, el promedio de hijos ascendió a 6,48 - 6,68. El La Ligua, entre 1700 y 1850, fue de 6,48. En Valparaíso, en 1850 y de acuerdo con testamentos y registros de bautismos parroquiales, ascendió a 4,80 hijos. (Para San Felipe y Valparaíso, Salinas & Cavieres 1991; para La Ligua, Mellafe & Salinas 1988:168).

Como en casi todas las sociedades tradicionales, el número de hijos sobrevivientes hasta edades adultas fue minoritario. En general, la probabilidad de alcanzar 18 años o más, era válida aproximadamente sólo para 30 o 40 por ciento de los nacidos.

Las etapas del cortejo, así como la formación de la pareja, eran componentes significativos de la vida social de Chile tradicional, la que giraba alrededor de los rituales así como de los avatares del cortejo, concubinato y matrimonio. En algunos casos, como ya hemos indicado, el celibato era

común, más no la castidad. La licencia sexual y el concubinato constituían las etapas convencionales del cortejo, pese a la omnipresente sanción de la Iglesia, los padres y los valores sociales en beneficio del matrimonio como la única forma de unión deseable.

Asimismo, y como un dato extraordinariamente importante en el contraste entre la familia tradicional y la moderna, se puede establecer que la familia de tipo tradicional sancionó la génesis de una sociedad conyugal más que una unión de tipo afectivo. Se deduce del análisis de dotes y aportes al matrimonio durante el siglo dieciocho que, a lo menos externamente, la familia tradicional fue mucho más una unidad productiva y reproductiva que emocional.

Una serie de testamentos de la segunda mitad del siglo dieciocho permite constatar que, por lo general, ambos esposos aportaban bienes al inicio del matrimonio (42 por ciento de los casos observados). En un tercio de ellos, el matrimonio se constituyó con el aporte de un solo cónyuge, preferentemente la mujer. El porcentaje de matrimonios iniciados sin aportes de bienes fue muy bajo (sólo 4 por ciento) y, si evaluamos los bienes que aportaba uno u otro de los novios, éstos eran por lo general muy similares. Además, el balance declarado en el testamento casi al final de la vida matrimonial demuestra que en 80 por ciento de las parejas el patrimonio común se había acrecentado.

La sociedad tradicional recurrió a menudo al mecanismo de la dote, tanto para asegurar los valores de los bienes conyugales como para salvaguardar a la mujer frente a los excesos o irresponsabilidad del esposo. La dote debía ser administrada sólo por el marido y no podía utilizarse por el nuevo jefe de hogar sin el consentimiento de su mujer, al menos en teoría. Sin duda, en otros casos la dote fue también empleada como elemento de la red de vinculaciones y compromisos sociales y económicos entre familias y como medio para el acrecentamiento del poder local (Salinas & Cavieres 1991).

En el tránsito de esta sociedad tradicional a la modernidad, la familia fue abandonando su función primordial como transmisora de la propiedad y del estatus. Rompió los lazos con el exterior y

aumentó su interés por las relaciones que unían a sus componentes. Fue así como surgió en el seno de la familia la preocupación por el bienestar de los hijos hasta que alcanzaran su autonomía, casi siempre acompañada de una exteriorización de los sentimientos afectivos. Además, la misma pareja se permitió expresar sus afectos, de tal modo que la emocionalidad podría ser concebida como un aporte de la modernidad a las relaciones intrafamiliares.

Entre los siglos dieciocho y diecinueve, y producto del lento paso de una sociedad estamental a una de clases, la familia chilena experimentó profundas transformaciones. Ambos tipos de sociedad se caracterizan por poseer sistemas valóricos diferentes que desembocan, al mismo tiempo, en distintas implicancias culturales, religiosas y psicológicas e imprimen otras tantas variaciones a las modalidades de organización familiar. Es así como durante el siglo diecinueve la situación parece favorable más a las familias del área semiurbana o urbana, ya que dentro del ámbito rural, exceptuando las áreas de gran propiedad hacendal, se produce una subdivisión constante de las propiedades, con la consiguiente pauperización; mientras que en los centros urbanos las diferencias económicas se profundizan cada vez más, disminuyendo paulatinamente el nivel de vida de los sectores populares.

Como ya hemos señalado, uno de los factores más importantes del surgimiento de la familia moderna en relación a la tradicional lo constituyó la aparición de modernas relaciones intrafamiliares cargadas de afectos, cuidados y simpatías, en lugar de los tradicionales elementos de traspaso generacional, tales como estatus y propiedad (Cavieres 1991). Por el contrario, el rol de la mujer no experimentó cambio alguno y, al igual que en la sociedad tradicional, durante el proceso de modernización social continuó desempeñando un rol fundamental como agente activo del proceso productivo, esencial para la subsistencia del grupo familiar. La precariedad e incluso el deterioro de los recursos económicos de los sectores populares acentuó la urgencia del empeño laboral de los padres y puso de manifiesto la conveniencia de preocuparse por el futuro de los hijos, generando

con ello otros tantos cambios en las actitudes y relaciones del grupo familiar.

El matrimonio "cristiano, estable y honesto" fue, a no dudarlo, la aspiración de la mayor parte de la población de Chile tradicional, deseosa de respetar los valores sociales y las prescripciones eclesiales. Sin embargo, no todas las parejas que se conocieron tuvieron un trato regular y decidieron iniciar una vida en común terminaron en él. Numerosos testimonios de parejas moral y/o legalmente atípicas demuestran la coexistencia de diversas formas de unión, ya sea inacabadas, larvadas, fraudulentas o legalmente definitivas.

Si bien el cortejo fue una etapa previa indispensable, no siempre terminó en un matrimonio religioso, ya que éste sólo podía ser sancionado si no existían "impedimentos". Estos representaban un límite más allá del cual los novios podían elegir libremente su pareja. Pero si los había, y no se obtenía una dispensa que los obviara, la relación no pasaba de ser un proyecto de unión inacabado.

Entre 1690 y 1890—o sea, en el Chile tradicional—los impedimentos más comunes fueron los grados de consanguinidad y afinidad prohibidos, la cópula ilícita con parientes, la celebración del matrimonio en una parroquia en la que los novios residieran por menos de seis meses y la minoría de edad. La existencia de estos impedimentos anulaba o interrumpía la unión sólo cuando la Iglesia tomaba conocimiento de ellos, por lo que más de un matrimonio fue celebrado sin solicitar los novios la respectiva licencia, sea porque lo ignoraban, sea porque cometían un fraude. En todo caso, más tarde los esposos los convirtieron en los aliados más socorridos en los juicios de nulidad matrimonial (Salinas & Cavieres 1991).

Otras uniones—esta vez "larvadas"—no pasaron más lejos de las primeras etapas del cortejo, a pesar de existir a veces promesa y aceptación mutua del matrimonio, mediante el mecanismo conocido como "esponsales". Muchas de estas rupturas fueron provocadas por los propios novios, respaldados o inclinados por acciones de terceros. Como el incumplimiento de los sponsales podía dar origen a un juicio eclesiástico y civil (Ripodaz 1977:63), los expedientes de reclamos presentados entre 1750 y 1850 permiten algunas interesantes conclusiones.

Desde luego, no es fácil determinar el "límite" hasta el cual podían llegar estas parejas. Teóricamente, la frontera entre el noviazgo y el matrimonio era su consumación. Sin embargo, muchos de los casos de sponsales que hemos observado demuestran que las relaciones sexuales entre este tipo de parejas eran comunes. Ciertamente que la mayor parte de las demandas se presentaban cuando el novio había recibido previamente—vía seducción y/o engaño—favores sexuales de la novia.

De acuerdo con las disposiciones legales, sólo los hombres mayores de 25 años podían contraer matrimonio sin previa autorización del padre del tutor. Siendo así, se comprende que la gran mayoría de los varones involucrados en demandas por incumplimiento de contrato o palabra matrimonial fueran muy jóvenes. Sin embargo, varios individuos plenamente adultos también desconocieron su compromiso anterior y se negaron a celebrar la ceremonia matrimonial.

Los expedientes relativos a demandas por incumplimiento de "palabra matrimonial" que hemos revisado corresponden, en su gran mayoría, a reclamos de aquellas novias burladas que se rehusaron a aceptar que sus novios se casasen con otras. De acuerdo con ello, eran los novios (59 casos), o los padres de éstos (11 casos), los que provocaban la ruptura. Muchas de las novias burladas se hallaban embarazadas o eran madre de un hijo, datos que se ofrecían al tribunal como prueba irrefutable del abuso de confianza al amparo del ofrecimiento de un eventual matrimonio. Por otra parte, este abuso era castigado severamente, obligándose al involucrado a transformar, a la brevedad, el sponsal en un verdadero matrimonio.

Sin embargo, la obligación anteriormente señalada puso de manifiesto una cierta contradicción con el reconocimiento explícito que hacía la Iglesia del libre consentimiento de las partes. ¿Cómo podía, entonces, obligarse a un novio a cumplir su promesa? Disponer la indemnización pecuniaria en favor de la víctima fue una salida favorable, no obstante el que algunas novias consideraron no haber reparación posible al ultraje. Con el tiempo, el honor mancillado tanto de las novias que cedieron su virginidad engañadas, como de los novios

que no cumplieron el empeño de su palabra, fue pasando a un segundo plano empujado por una creciente intermediación financiera vía negociación.

Las razones que dan los novios para justificar la anulación del noviazgo son muy directas y pocos se cuidaron de disminuir la importancia del compromiso asumido. Muchos lo hicieron después de consultar con sus padres, familiares y amigos; especialmente los primeros jugaron un rol decisivo en la desunión de estas parejas, y no podría ser de otra forma, dada la plena vigencia de los factores básicos que determinaban la formación de la familia en la sociedad tradicional: acuerdos familiares, uniones patrimoniales, semejanzas sociales, etc. Por eso el interés afectivo, a menudo invocado como justificación para formalizar el noviazgo, fue pospuesto ante otros intereses.

Algunos novios invocaron lisa y llanamente que el matrimonio con otra mujer les resultaba "más conveniente" (4 casos), y otros invocaron la "desigualdad social" (5 casos). Varios se valieron de supuestas conductas licenciosas que descubrieron en sus novias con posterioridad al reconocimiento del compromiso (8 casos), o simplemente se negaron a cumplir con su deber sin mayores explicaciones (25 casos) (Salinas & Cavieres 1991).

Las formas de matrimonio fraudulento, esto es, sin respetar las exigencias que imponía la Iglesia, fueron varias y reiteradas. La más numerosa consistió en celebrar un matrimonio por segunda vez sin estar legítimamente disuelto el anterior. A este tipo de fraude se le conoció como bigamia y con él se transgredía un principio básico de la doctrina, cual era la indisolubilidad del matrimonio, ya que sólo la muerte de un cónyuge permitía al otro volver a casarse. El delito fue perseguido y juzgado por el Tribunal de la Inquisición primero y por la justicia real —civil y criminal— después.

El quebrantamiento de la indisolubilidad del sacramento matrimonial era demasiado serio para mostrar tolerancia frente a su transgresión, y ello explica la enérgica actitud con que lo combatió la Iglesia, ya sea imponiéndole severas penas o persiguiendo sin tregua a los transgresores, hasta internalizar en el inconsciente de la sociedad el pecado prohibido. Sin embargo, el número de

casos juzgados, así como la extensión social y espacial del delito, ponen de manifiesto el recurso que hizo la sociedad tradicional a este mecanismo como alternativa natural al fracaso conyugal. En efecto, eran muy pocas las alternativas legales que tenía un esposo o esposa que, por las razones que fuera, se separaba o era abandonado por su compañero legítimo, de modo que muchos hombres y mujeres solitarios cayeron en la bigamia, buscando revindicar un evidente fracaso matrimonial anterior.

Todo bigamo o bigama al que se le probaba que su anterior esposo o esposa estaba vivo, era un testimonio directo de una relación fracasada, que trataba de ocultar instalando su nueva residencia en un lugar distante, haciendo creer a la nueva comunidad que era soltero o viudo, cambiando de nombre o falsificando la información. Al cometer el delito en un lugar diferente de aquel en que residía, el transgresor corría un riesgo hasta que fuera descubierto. Pero si no lo era (y, por lo general, en aquellos casos en que eran denunciados el descubrimiento tomó varios años), se beneficiaba largamente de una vida apacible sin críticas ni recriminaciones sociales, como ocurría con aquellos que elegían otras alternativas, tales como el amancebamiento o el adulterio. Hoy sabemos que muchos fueron descubiertos y castigados, mas hubo otros que jamás lo fueron.

Las declaraciones de los transgresores, junto con poner énfasis en las razones legales que les eximieran de culpa, como la supuesta viudez, deslizan también otras razones, tales como presiones, necesidades, miseria, amor, adulterio, malos tratos. La justicia hizo caso omiso de estos argumentos, pero en su conjunto nos revelan una realidad mucho más compleja, que pone de relieve dos formas de unión: unas probadamente conflictivas del primer matrimonio y otras posiblemente armoniosas del segundo. La justicia, que castigó implacablemente a los infractores y sus eventuales cómplices, restableció la plena validez de las primeras y disolvió enérgicamente las segundas.

Los expedientes demuestran que había bigamos en todo el territorio y sin distinción social ni étnica, aunque preferentemente se les encuentra entre los desarraigados y los pobres. Muchos eran

itinerantes, que cambiaban fácilmente de lugar de residencia, hasta radicarse lejos de la familia en el nuevo sitio en que se casaban por segunda vez, y es que el matrimonio era también una forma de arraigo no sólo en términos físicos, sino también desde una perspectiva afectiva y sentimental (Salinas & Cavieres 1991).

Otro tipo de matrimonio fraudulento fue la celebración de la ceremonia forzando u omitiendo las formalidades exigidas por la Iglesia, tales como la presencia de testigos, las palabras sacramentales y las prohibiciones del derecho canónico. Al igual que ocurría con la bigamia, la Iglesia no podía tolerar la existencia de matrimonios cuestionados por el incumplimiento de las formalidades requeridas para un sacramento tan serio, que se le consideraba esencial del ordenamiento social.

La vida doméstica de la pareja, tanto en la sociedad tradicional como en la moderna, pareciera no estar exenta de una apenas encubierta carga de violencia psicológica y/o física. Datos recientes permiten aseverar que 8 de cada 10 mujeres, sin distinción, son agredidas (*El Mercurio*, Santiago, 1990). El precepto de "quien te quiere te aporrea" acuñado bajo el alero de una ideología tradicional de sesgo patriarcal, legítima desde un punto de vista social y, por ende, cultural, el recurso a la violencia física.

En efecto, del análisis de 307 expedientes de separación o "divorcio eclesiástico" elevados al Tribunal Eclesiástico de Santiago, entre 1700 y 1900, así como otros yacientes en Archivos Judiciales, emerge el modelo de una familia estructurada a partir de fuertes lazos de dominación y grandes desigualdades en las relaciones de poder. Estas afectaban a la mujer, la que aceptó la jerarquía masculina y se sometió a la autoridad superior del hombre. La reiteración con que las mujeres aparecen como víctimas en las fuentes hace pensar en una relativa facilidad para que ellas se protegiesen recurriendo a los tribunales. En un 80 por ciento de los casos estudiados, la mujer utilizó la causal de agresión o sevicia para la separación de su cónyuge (Salinas 1991).

La violencia doméstica afectó a todo tipo de estamentos, aunque de acuerdo con el registro, las denuncias fueron menos frecuentes en los estratos

medio y alto. Las razones invocadas por los esposos para castigar a la mujer aluden a la necesidad de corregirlas. Las golpizas como un correctivo a un mal comportamiento eran aceptadas socialmente si el motivo era "justo" y se procedía "con moderación". De ello se sigue que las mujeres que efectivamente arguyeron mal trato en las demandas eran objeto de exagerada crueldad y reiteración en el castigo.

Las más de las veces, la violencia aparece invocada como causal de divorcio en concurrencia con el concubinato o adulterio del esposo, aunque se da mayor énfasis a la relación adúltera de los cónyuges que a la agresión misma. Sin duda, existe aquí una compleja relación. En tanto la legislación civil sancionaba rigurosamente el adulterio femenino, inhibía absolutamente a la mujer para interponer una demanda por causal equivalente en contra de su marido. Por otra parte, la violencia por sí sola pareció no ser suficiente para justificar el fracaso matrimonial. Consecuentemente, el planteamiento de ambas causas en concurrencia pretendió compensar la disminuida posición de la mujer, legalmente tratada como eterna menor (Arrom 1987:71 y ss.). En concordancia con lo planteado por Beatriz Niziza, las razones accesorias señaladas por las mujeres en las peticiones de divorcio podían tener mayor importancia para la ruptura de la unión, que los malos tratos (Niziza 1980). Y la reiteración de la causal de sevicia se debe a la mayor facilidad para probarla ante el tribunal eclesiástico, lo que explica, por su parte, la truculencia de las descripciones (Salinas 1991).

Sin duda, todo abuso de la autoridad masculina requería de una demanda directa de la mujer. Pero en muy pocos casos ello era reconocido. Los límites entre la violencia aceptada y la intolerable eran muy difusos, por lo que el Tribunal sancionó contadas peticiones de divorcio. En el fondo, la defensa del matrimonio era mucho más importante.

Contrariamente a lo que podría ser supuesto *a priori*, la disolución de parejas operó también corrientemente en el Chile tradicional. Un estudio para el período 1690-1890 a través de una observación exhaustiva de la desintegración matrimonial, permite detectar los casos de anulaciones y divorcios, los que, ciertamente, habían de ser acogidos y

fallados por la autoridad eclesial. No eran ajenas a las presentaciones el fraude y, en todos los casos, una abierta disposición a poner fin —por medio de lo que en la mayor parte de los casos constituyó un mero resquicio— a una unión infeliz, por lo menos para una de las partes.

Normalmente las razones consideradas por la Iglesia para otorgar la nulidad eran aquellas que involucraban una flagrante contravención al Derecho Canónico: matrimonio habido entre parientes (grado de consanguinidad prohibida), entre novios involucrados en relaciones abiertamente rechazadas (por ejemplo: cópula ilícita del novio con la madre o la hermana de la novia), la celebración del matrimonio en una parroquia en la que los novios habían residido por menos de seis meses, la oposición paterna al matrimonio, entre otras causales. No obstante, además de estas razones, normalmente se interponían otras que no conmovían mayormente al tribunal. Probablemente, ninguna de las razones esgrimidas para la disolución del vínculo matrimonial fue siquiera intuida por la pareja al momento del matrimonio. Ellas sobrevinieron con los años de vida en común, ya que las demandas fueron interpuestas, en la gran mayoría de los casos, por lo menos dos años después del matrimonio.

Habiendo transcurrido un tiempo a veces significativo entre el matrimonio y la demanda de nulidad, es obvio que la separación traía consigo complejas concomitantes. Entre ellas, las implicancias civiles del fraude o engaño con que se vieron afectados algunos esposos. Muchas mujeres solicitaron pensiones de subsistencia a sus maridos, especialmente para atender las necesidades de los hijos engendrados mientras subsistió la unión. No cabe duda de que fueron éstos los grandes perjudicados de este tipo de situaciones. Su presencia, desgraciadamente, es muda en los testimonios.

Parece claro que la Iglesia previó y autorizó la anulación de cierto tipo de uniones, apoyándose probablemente en la inconveniencia de mantener una relación negativa tanto para los esposos como para los hijos y la sociedad. Mas, sin duda, muchas de estas demandas escondieron las verdaderas motivaciones de los propios demandantes y, si

bien el Defensor de Matrimonios intentó siempre desenmascarar las maniobras ocultas de los esposos, éstas, las más de las veces, prosperaron habido previo acuerdo entre las partes para la disolución del vínculo.

La otra alternativa de desunión de la pareja la constituyó el divorcio. Según el Derecho Canónico el "*divortium quo ad thorum*" o separación de los cuerpos, sólo podía ser concedido si existían razones muy precisas. Entre éstas estaban el mutuo consentimiento para tomar las órdenes religiosas, el adulterio, la herejía y los malos tratos o "sevicia". La demanda de separación podía ser solicitada indistintamente por el hombre o por la mujer.

Datos de divorcio recabados entre 1699 y 1899 permiten inferir que, en 622 casos, el 75 por ciento de las demandas fueron presentadas por la mujer y el 14 por ciento por el marido. El antecedente testimonial el uso frecuente que hacía la mujer del derecho que en esta materia le confería la Iglesia.

Por otra parte, en los 177 casos en que fue posible identificar el patrimonio del demandante, sólo el 30 por ciento eran "ricos" y el resto manifiestamente "pobres". A la inversa, la mitad de los demandados eran supuestamente "ricos".

¿En qué momento de la vida de la pareja se decide ponerle fin mediante un juicio de divorcio? De acuerdo con los antecedentes, las dificultades parecen haber iniciado muy pronto, casi desde el momento mismo de la unión, ya que el 22 por ciento de las solicitudes fueron presentadas antes de cumplirse el segundo año de matrimonio. El 40 por ciento de las demandas se presentó en los cinco primeros años de matrimonio.

Sin duda, el divorcio constituyó una alternativa legal para poner fin a un matrimonio desgraciado. La separación matrimonial obtenida por esta vía no era una medida transgresora de la norma, puesto que estaba refrendada por el Derecho Canónico y, desde este punto de vista, constituía una acción legal. Sin embargo, no constituyó la medida más socorrida por los esposos desdichados.

En primer lugar, el divorcio sólo se concedía en casos extremos y plenamente justificados. En segundo lugar, esta demanda implicaba irremisiblemente un proceso jurídico que conllevaba gasto. Tanto, que la Iglesia debió crear mecanismos de

exención de pagos para permitir que los pobres tuvieran acceso a este beneficio. Por último, ganar una causa de divorcio no significó disolución del matrimonio. Para la doctrina católica, el matrimonio era único e indisoluble; por lo tanto, había que probar que la unión no era válida. La concesión del divorcio permitía la separación conyugal, pero los cónyuges no podían volver a casarse.

Los juicios de divorcio permiten perfilar un cuadro vívido de la vida conyugal cotidiana. Una larga serie de razones acompaña a las efectivamente aceptadas por la Iglesia como causales de divorcio: intento de incesto, impotencia, enfermedades contagiosas, abandono, inmoralidad, etc., todas las cuales, si bien no justificaban la cesión del mismo, expresan el grado de profunda desavenencia existente en la pareja. La historia ofrece siempre ropajes nuevos a situaciones arquetípicas añejas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Arrom, S.
1988 *Las mujeres en la ciudad de México, 1790-1857*. México.
- Cavieres, E.
1991 "Historiografía y familia: de la sociedad tradicional chilena a la transición a la modernización". En: R. Mellafe, ed. *Primer Informe del Seminario de la Historia de la Familia, la Población y las Mentalidades*. Santiago: Universidad de Chile.
- McCaa, R.
1983 *Marriage and fertility in Chile. Demographic turning points in the Petorca Valley, 1840-1976*. Colorado.
- Mellafe, R. & R. Salinas
1988 *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700-1850*. Santiago: Universidad de Chile.
- Nizza, B.
1980 "Divorcio na Capitania de Sao Paulo". En: Bruchene y Rosenberg, ed. *Vitencias, historia, sexualidad e imágenes femeninas*. San Pablo. Pp. 151-194.
- Ripodaz, D.
1977 *El matrimonio en Indias*. Buenos Aires.
- Salinas, R.
1987 "Nupcialidad, familia y funcionamiento del mercado matrimonial en Valparaíso durante el siglo XIX". *Valparaíso, historia urbana. 1536-1986*. Valparaíso.
1991 "La violencia conyugal y el rol de la mujer en la sociedad chilena tradicional. Siglos XVIII y XIX". En: Núñez, ed. *Historia de la mujer y la familia*. Quito. Pp. 37-67.
- Salinas, R. & E. Cavieres
1991 *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional*. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.

La mujer popular en Santiago (1850-1920)*

Alejandra Brito P.
SUR Profesionales

El hacer una perspectiva histórica de la mujer es una cuestión difícil. La mujer ha sido un sujeto constantemente marginado de muchos ámbitos de la vida nacional, y entre ellos indudablemente del de la Historia. Como las mujeres no realizaron las grandes hazañas de este país, no lucharon en la guerra de la independencia ni contribuyeron de modo significativo al desarrollo económico del país, no tenían cabida en la "Historia oficial", la de los forjadores del Estado chileno.

Cuando esas tendencias cambiaron y los sectores sociales postergados emergidos de la explotación laboral se hicieron presentes, se comenzó a hablar y a escribir de los trabajadores de Chile, del movimiento obrero. Fueron incluidos en la historia. Con eso pareció saldarse la cuenta con los postergados y marginados. Pero en esa historia también se dejó fuera a la mujer, a su protagonismo, y sólo se la miró como la fiel compañera que luchó y soportó abnegadamente los rigores de la

vida. Era la esposa, la hermana o la sufrida madre de los trabajadores.

En todo caso, las mujeres estaban ahí, haciendo su historia, y cuando los movimientos feministas avanzaron, comenzaron a ser descubiertas como sujetos de la historia. Se las vio en la calle, luchando por su ingreso a la educación, al trabajo, a la universidad, a la política. Pero en esas historias de las mujeres chilenas se dejó fuera a la gran mayoría, a las que se quedaron en sus casas y no participaron en las movilizaciones en pro del voto femenino, a la que no quiso ni pudo ingresar a la universidad, a la que no aparecía en las estadísticas laborales. Esas mujeres no contribuían al desarrollo del país y, por lo tanto, no tenían cabida ni siquiera en la historia de las mujeres.

Es con esas mujeres marginadas de todas las historias que estamos en deuda, cuya historia debemos reconstruir. Y si consideramos que es necesaria la democratización de la historia a partir de la lectura de los hechos y de los actores que participaron en ella, se nos plantea la necesidad de devolverle a esta mujer su historicidad.

Recogiendo esta idea es que mi intención es devolverle su historicidad a la mujer de pueblo. Aquella excluida por su condición de género y

* El presente trabajo es una síntesis de la investigación "Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular-femenina. Santiago de Chile (1850-1920)", realizada bajo el auspicio del Programa Mujer y Sociedad, de Clacso (1991-92).

por su condición de clase. Pero esta historia no es sólo la reconstrucción heroica de la esforzada mujer de Chile, sino la historia de la marginación y los intentos de sobrevivir en una sociedad fuertemente excluyente, como lo fue la sociedad chilena de la segunda mitad del siglo diecinueve y las primeras décadas de este siglo.

En este intento de devolver la historicidad a la mujer de pueblo es que intentamos reconstruir parte de la historia de la mujer popular en Santiago, desde las últimas décadas del siglo pasado hasta 1920.

¿Cómo vivían las mujeres populares de Santiago desde fines de siglo XIX? Ellas llenaban la ciudad desde que se intensificó el éxodo rural. Estamos hablando, por lo menos de un 30 por ciento de la población femenina de Santiago,¹ cifra que socialmente aumenta si consideramos a aquellos que acompañaban y dependían de ellas: los niños.

Debido a la naturaleza de los procesos sociales y económicos que se vivían en esos tiempos – avance del proceso de modernización, proletarianización y disciplinamiento de los peones que pululaban por ciudades, minas y campos –, las mujeres no tuvieron un lugar claro en ellos. Eso hizo que debieran entrar por las fisuras que el sistema les dejaba y generarse "a pulso" un mundo laboral que permitiera la sobrevivencia de ellas y de sus hijos.

Así, hacia 1900 existían en Santiago cinco numerosos grupos laborales femeninos: las sirvientas domésticas, las lavanderas, las comerciantes, las costureras y las prostitutas. Su vida constituía un entramado cotidiano donde se confundían el mundo doméstico de los conventillos y la vida laboral. Las mujeres participaron más que nadie de aquella política de encierro que significó ese engendro de la modernización urbana que fue el

conventillo. Por ello, en el caso de la mujer popular, no cabe la distinción, tan evidente en el mundo masculino, entre lo laboral y lo doméstico, o, si se quiere, entre lo público y lo privado. Para el caso de las mujeres no es posible utilizar categorías que dividan la condición femenina en partes susceptibles de ser analizadas de manera independiente entre sí, ya que el mundo de la mujer popular era una sola unidad: la "casa" y la "calle"; lo "público" y lo "privado" eran una sola cosa: el ser mujer.

¿Cómo era la vida diaria de sus vendedoras, prostitutas, costureras, lavanderas, de sus hijos y de sus compañeros? Con una mirada era posible encontrar por los estrechos patios de los conventillos una corrida de "artesas" junto a una acequia donde se lavaban ropas propias y ajenas, el ruido de alguna máquina de coser, un carretón para ofrecer productos en las calles, el llanto de un niño, el ladrido de un perro. En el patio común los niños jugaban en un espacio sólo crecido en su imaginación. En la puerta de los cuartos, mujeres y hombres compartían alcoholes, conversaciones, frustraciones y sueños desconocidos para quienes, al pasar por las puertas cerradas del conventillo, no podían imaginar la vida que transcurría allí.

La pérdida de espacio que significó el traslado al conventillo generó graves problemas de convivencia, que en la etapa anterior, cuando el rancho era el tipo de habitación popular, no se habían manifestado, o por lo menos no con la misma fuerza. Las situaciones más difíciles se produjeron en las primeras décadas del cambio de hábitat. La violencia pasó a ser un problema que debió ser enfrentado por las mujeres, sus niños y compañeros. Las agresiones verbales y/o físicas se hicieron cada vez más frecuentes. Los motivos no faltaban: los niños, los celos, la embriaguez, el arriendo, etc.

Independientemente de los motivos del conflicto, el arma más usada era la descalificación sexual. Las acusaciones de "prostituta", "conductora asoleada" (que según las afectadas era un insulto "atroz"), "cortera", etc. eran frecuentes. Parecía ser que en la etapa del conventillo se reprodujeron los valores morales más propios de las clases dominantes y que le daban a la mujer un papel de sostenedora de la moral cristiana en el seno de la familia, cuya conducta social debía ser intachable.

1. Esta cifra fue obtenida calculando el porcentaje de mujeres que ejercían cuatro oficios que son propios del mundo popular, a saber, las lavanderas, comerciantes, sirvientas domésticas. Entre 1865 y 1920, del total de mujeres de Santiago, 22,6 por ciento realizaban estos oficios. Si a estas cifras se agregan todas las mujeres que realizaban alguna industria artesanal o eran obreras o simplemente dueñas de casas, el porcentaje de mujeres populares en Santiago era mucho mayor.

Ello no puede extrañarnos si tomamos en consideración todos los esfuerzos realizados, sobre todo por la Iglesia Católica, para "moralizar" a los pobres, proceso en el cual se dio a la mujer un rol protagónico al interior de las familias.

No sólo existió violencia entre mujeres. Quizás el elemento más importante fue el surgimiento de la violencia doméstica al interior de las familias, legales o no, que se constituyeron dentro de los conventillos. Las agresiones físicas de los hombres a sus mujeres se hicieron cada vez más frecuentes, e iban desde un simple altercado de palabra hasta golpes de diversa consideración, que incluso podían terminar con la muerte de la víctima. Los motivos eran diversos: celos, desobediencia, pero sin duda el más importante era el de la ebriedad de ambos. Todo podía comenzar con compartir un vaso de vino en algún cuarto del conventillo con más personas, donde se bebía hasta que cualquier gesto o actitud podía desencadenar los golpes.

Yo me hallaba bebida cuando sufrí los golpes que presenté, de cuyo hecho debido a mi estado no me di cuenta de tal manera que sólo después me vine a dar cuenta de que mi ofensor había sido Luis Riquelme con quien vivo en relaciones ilícitas.²

A pesar de la magnitud que podían tener los golpes, esto rara vez significaba la ruptura definitiva de la pareja. Parecía ser que la violencia intrafamiliar era asumida como una situación normal dentro de la cotidianeidad en los conventillos.

Si bien es difundida la creencia de que ciertos problemas que involucran a la mujer, como el de la violencia doméstica, han sido "desde siempre" de determinada manera, la reconstrucción histórica de la vida de las mujeres de Santiago en el siglo diecinueve y comienzos del actual parece demostrar que este problema va de la mano con la proletarianización y el disciplinamiento, sobre todo de la masa laboral masculina, a lo cual se suma el hacinamiento y las pésimas condiciones de vida en los conventillos. A pesar de las malas condiciones

materiales y de los numerosos conflictos sociales al interior de ellos, los conventillos eran el único espacio con que contaron los pobres de las ciudades y, por lo tanto, desde allí las mujeres generaron las respuestas, sobre todo a la sobrevivencia.

Para las mujeres pobres era aceptado y esperado que, si necesitaban trabajar, lo hicieran como sirviente doméstica en alguna casa de "respeto". Las mismas autoridades se encargaban de asegurar que esto sucediera. Toda mujer que era acusada de algún delito, por lo menos hasta la primera mitad del siglo diecinueve, era depositada en alguna casa de respeto para que sirviera a cambio de la comida y el alojamiento. Ser sirvienta era lo esperado para una mujer pobre. ¿Cuál era la situación de estas sirvientas?

El servicio doméstico tenía ventajas y desventajas para las mujeres. En alguna medida, les permitía escapar de los horrores cotidianos de los conventillos; pero, por otro lado, debían sufrir problemas y discriminaciones diarias. Los salarios eran bajos y las jornadas largas, muchas veces se consideraba que la comida y el alojamiento eran suficientes pagos. Eso creaba lazos de dependencia y servidumbre muy fuertes, lo que se traducía en maltratos físicos y en abusos sexuales. Además, casi nunca estuvieron libres de las desconfianzas de los patronos cuando se cometía algún robo dentro de las casas.

La situación de las sirvientas era difícil, pero más problemas tenían aún aquellas que tenían hijos. La discriminación era mayor y los salarios más bajos. Se les hacía hincapié en que por caridad se las tenía allí, a pesar de que sus hijos se convertían en la práctica en otros sirvientes, sin recibir nada a cambio.

A pesar de todo, ser empleada en alguna casa de "respeto" siguió siendo la alternativa ocupacional de la gran mayoría de las mujeres. Desde niñas eran preparadas para seguir el camino de sus madres, como casi la única opción posible.

Además del servicio doméstico, las mujeres populares realizaron otros oficios: fueron lavanderas, costureras, comerciantes o prostitutas. Estos oficios, junto con la servidumbre (a excepción de la prostitución, que no aparece en las cifras

estadísticas) ocupaban casi 80 por ciento del total de las mujeres trabajadoras y más de 20 por ciento del total de las mujeres de Santiago.

La realidad específica de ellas es una cuestión que interesa destacar.

¿Qué significó ser lavandera? Ser lavandera era un oficio reconocido y aceptado para la mujer de pueblo. Eso le dio al oficio un gran auge (lo que se prueba si consideramos que 20 por ciento de las mujeres que trabajaban en Santiago eran lavanderas). Quienes ejercían esta labor eran principalmente mujeres de mediana edad (en promedio tenían 40 años) y que aportaban de esa manera al sustento familiar, ya que un gran porcentaje tenía una familia relativamente estable.

En un comienzo se lavaba en aguas públicas, pero, una vez trasladadas a los conventillos, ejercieron la actividad en los patios de los mismos. Allí diariamente lavaban gran cantidad de ropas ajenas que, junto con sus hijos, iban a entregar por las calles más importantes de la ciudad. Lo difundido del oficio se debió fundamentalmente al problema del agua que tenía Santiago a comienzos de este siglo. El lavado era una actitud altamente contaminante y, por lo tanto, era mucho mejor enviarlo a hacer fuera de la casa. Esto hizo que las lavanderas se convirtieran en un sujeto clave para el funcionamiento de la urbe y les dio un reconocimiento social que se manifestaba claramente en las cifras, muchas veces estaban abultadas por los oficios "no legales" que escondían bajo el nombre de "lavanderas".

Las condiciones de vida de las lavanderas eran difíciles. Cargadas de hijos que mantener y con ingresos insuficientes, debieron trabajar por más horas y con un mejor rendimiento, o, ya en el límite de la sobrevivencia, delinquir. Fueron muy comunes a comienzos de este siglo las acusaciones de estafa en contra de lavanderas, ya que empeñaban las ropas encargadas para el lavado. Por lo general eran descubiertas y enviadas a prisión desde 21 a 548 días, dependiendo del valor de las especies.

A pesar de todos los elementos negativos que significó para la mujer el ser lavandera, este oficio tuvo una identidad arraigada, lo que queda claramente demostrado en el siguiente poema:

Soy morena vivaracha,
No soy floja (es lo mejor)
Todos dicenme: ¡muchacha,
lavandera de mi amor!...
Si los futes me enamoran
O me juran fiel pasión,
No les creo; y aunque lloran
Yo les lavo... el corazón!...
Con la artesa y las gemelas,
la costilla, el alfiler,
Futrecillo, no receles
Sea fúnebre el querer!...
¡O no piensas, desgraciado
Que eres pompa tú no más!
Yo no dejo mi... lavado
¡Ai por ti, jamás, jamás...³

Otro oficio importante para las mujeres pobres fue el comercio, sobre todo el callejero. En la primera mitad del siglo diecinueve, las mujeres populares montaron toda una red de comercio popular que se mantuvo hasta las primeras décadas de este siglo, aunque ya no tuvo las mismas características. Ya no fue tanto el comercio hacia adentro de la sociedad popular lo más característico, sino el comercio en las principales avenidas de la ciudad y fundamentalmente en las cercanías de los mercados. Allí se transaba gran cantidad de productos diariamente, desde comidas preparadas hasta insumos para la costura (mercadería).

Los comerciantes populares no constituyeron un grupo homogéneo. Había desde la vendedora ambulante de pequeños atados de verduras, hasta aquella que lograba montar un negocio estable, pagando una patente, ya fuese por chinchales, casas de pensión, menestras o cocinerías, bodegas o casas de tolerancia. Indudablemente la realidad y los problemas de cada una de ellas eran diferentes, pero todas, cuando eran atacadas por la autoridad, respondían con un discurso similar: "somos mujeres y pobres". Eso era considerado un buen argumento para pedir se evitara su expulsión de las puertas del mercado o para la reapertura de su negocio clausurado por los inspectores municipales.

3. De la Colección Amonátegui de Poesía Popular, 1888.

Si bien un gran grupo realizaba sus labores fuera de su espacio doméstico (es decir, los cuartos de los conventillos), existió otro grupo, no despreciable en cantidad, que realizó sus ventas en estos mismos cuartos, ocasionando con esto más problemas a la autoridad, debido a que eran imposibles de controlar y menos hacerlas pagar el derecho municipal por sus ventas.

Pero la autoridad no estaba dispuesta a dejarse sobrepasar por estas mujeres que ocupaban espacios que se consideraba no les correspondían, y las persecuciones a los comerciantes populares comenzaron, primero por cuestiones morales (el principal ejemplo es el ataque a la moral de las mujeres en las chinganas), siguieron por cuestiones de índole sanitaria, para llegar a la persecución tributaria.

Una mirada a la historia nos permite advertir que los comerciantes callejeros perseguidos por la policía no son exclusivos de la particular modernidad existente hoy. La política de erradicar a los pobres de la ciudad "propia" ha sido casi una constante desde B. Vicuña Mackenna hasta nuestros días. Pero estos pobres que pululan por las calles de Santiago, que en su mayor parte fueron y siguen siendo mujeres, no tuvieron ni parecen tener actualmente la intención de abandonar la ciudad "propia". Si no, véase el siguiente ejemplo, del año 1902.

Anteayer algunos guardianes de la primera comisaría hicieron en la Alameda, a inmediaciones de la Santa Lucía, una recogida de vendedores ambulantes hombres, mujeres y niños. Fueron llevados todos a la comisaría con sus ventas, y desde ahí las mujeres a la corrección. Ayer se les presentó al juez del crimen, quien no teniendo nada que decirles, los puso en libertad. Al ser llevados los reos al calabozo de la comisaría y las otras a la Corrección, se les quitaron sus ventas, que quedaron depositadas por orden del oficial de guardia.

Ayer, al volver esa pobre gente a recoger sus canastos, se encontraron con que la policía les había robado.⁴

Ser costurera fue otra de las alternativas de las mujeres populares. Este grupo tenía ciertas especificidades interesantes de destacar. Podían ser costureras remendonas, o ser consideradas parte del servicio doméstico (puerta afuera) de las casas patricias, o realizar trabajos para algún taller. Las costureras son un buen ejemplo de la proletarización, ya que comienzan siendo independientes, luego semidependientes con el trabajo a domicilio, para convertirse luego en obreras en las fábricas.

Tener una máquina de coser fue la meta de muchas mujeres pobres, ya que les permitía una forma de independencia y una salida digna a la pobreza. No importaban los esfuerzos, ni los desvelos. La pertenencia de su "medio de producción" podía traer la tranquilidad económica para sus familias.⁵ Teniendo una máquina de coser, se podía combinar el trabajo realizado por encargos diariamente en sus cuartos, con el dependiente en un taller.

Ser una costurera, además, traía un cierto prestigio social dentro de la sociedad popular. Las costureras eran vistas como mujeres trabajadoras y honestas que mantenían su dignidad a pesar de su pobreza; un buen ejemplo es el siguiente poema publicado en un periódico de Santiago en 1904.

Yo me llamo Pilar, tengo veinte años. . .
Me paso alegremente la existencia
cosiendo calzoncillos y camisas. . .
Hace unas cuantas noches, cuando salgo
de entregar la labor, junto a la esquina,
me asalta un caballero, respetable
por su cabello cano y sus patillas. . .
¡Miserable canalla! Quiere en cambio
de esas joyas y galas que me brinda,
que abandone este ajuar que representa
un capital de insomnios y de fatigas,
y el sublime pacer, el santo orgullo

5. Un buen índice del crecimiento de las costureras fue la importación de las máquinas de coser. Entre 1849 y 1853 se importó una máquina de coser, y entre 1879 y 1883 se importaron 48 435, bajando su precio en el mismo período de \$100 a \$7 (Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, 1985, p. 311). Las ventas de máquinas de coser generaron a su vez un gran negocio especulativo.

que siento al concluir cada camisa,
y el sagrado recuerdo de mi madre
que al verme honrada se murió tranquila.⁶

Al fondo y a la vuelta de la esquina de todas las alternativas laborales que una mujer podía tener, se encontraba la prostitución. A pesar de ser considerada una actividad legal si las que la ejercían eran mayores de edad y si lo hacían dentro de recintos privados sin escándalos públicos, ello no evitaba la marginación y el rechazo social.

El ejercicio de la prostitución debe ser considerado como una actividad económica, un oficio realizado por muchas mujeres de pueblo. El ejercicio mismo y el establecimiento de casas de tolerancia, burdeles o prostíbulos, eran negocios femeninos, y se realizaban rigiéndose por las reglamentaciones municipales establecidas, sobre todo en lo que decía relación con el pago de patentes.

La cotidianeidad de estas mujeres era muy dura. Por lo general vivían hacinadas en los cuartos de los propios conventillos, que muchas veces eran los lugares donde se ejercía la actividad. Las descripciones de conventillos dedicados a la prostitución dan muestra de una realidad bastante terrible.

... allí viven de ilícito comercio en cada cuarto hacinadas, hasta cuatro y seis mujeres que rara vez disponen de dos camas, porque más no consiente cada cuarto, sin ventilación y respirando los vapores hediondos y mortíferos de la bacanal y de todo género de deyecciones así de las personas que las habitan, como de las que acceden a semejantes lugares.⁷

Pero las prostitutas no sólo debían soportar las malas condiciones de vida; también estaban expuestas a las continuas denuncias por delitos realizadas por la autoridad o por los clientes. El hecho de estar al borde de la legalidad y fuera de la norma social, las convertía prácticamente en delincuentes. Las denuncias por robos, estafas, escándalos, ejercicio en la vía pública, eran constantes. Además estaban expuestas a toda la violencia que

rodeaba a la actividad, que no era poca ni infrecuente. A eso se sumaron los peligros de las enfermedades venéreas y las continuas persecuciones por cuestiones de índole sanitaria.

Esas fueron las mujeres pobres que habitaron Santiago hasta por lo menos 1920. Estuvieron y siguen estando en los márgenes de la historia, y no sólo de la "oficial": están también en los bordes de la historia alternativa.

Para terminar es interesante preguntarnos qué pasó con estas mujeres después de 1920. La fuerza laboral va a sufrir modificaciones. Si bien el porcentaje de participación femenina en Santiago se mantuvo en poco más del tercio de la población trabajadora, la estructura del empleo femenino se modificó. Entre 1865 y 1920, casi 80 por ciento de la fuerza laboral femenina estuvo constituida por mujeres pobres, que realizaban algunos de los oficios mencionados. Hacia 1930 se produjo un quiebre y la fuerza laboral disminuyó a poco más de 20 por ciento, situación que puede explicarse por la fuerte presión ejercida desde "arriba", que tensionó la identidad de la mujer popular y la indujo a optar por la casa o la calle, la familia o el trabajo, mundos que, como vimos, constituyeron antes de 1920 una sola unidad. Hacia 1940 la participación femenina en la fuerza de trabajo volvió a ser de un tercio, pero ya no eran las mismas mujeres. Los oficios que antes representaban casi el 80 por ciento, se redujeron a 50 por ciento.⁸

Si avanzamos hasta la segunda mitad de este siglo, podemos ver las tendencias que toma la estructura del empleo femenino en Santiago. Las empleadas domésticas, que en el período en estudio alcanzaban a 33,9 por ciento, en la actualidad representan el 19,3 por ciento. Las costureras, del 23,08 por ciento cayeron al 6,1 por ciento. Además, hoy en día existen nuevas ocupaciones para las mujeres en general. Un 19 por ciento son profesionales y técnicas. Otro porcentaje significativo se desempeña en servicios comunales y sociales (23,5 por ciento).⁹

Los cambios en la estructura del empleo feme-

6. *La Reforma*, 6 de noviembre de 1904, p. 3.

7. Archivo de la Municipalidad de Santiago, vol. 327, 1887.

8. Censos de la República, años correspondientes.

9. Unicef, *La impresión de las cifras. Niños/Mujeres/Jóvenes y Adultos Mayores* (Santiago, 1993).

nino plantean una serie de interrogantes: ¿qué pasó con las mujeres populares después de 1930? ¿Por qué van desapareciendo de las cifras? ¿Se quedaron en sus casas, cuidando a sus hijos, marginándose totalmente del mundo laboral? Por otro lado, estas cifras problematizan lo que hasta ahora se ha considerado la historia de la mujer. La historia de la mujer en el siglo veinte es concebida usualmente como la creación de movimientos ten-

dientes a reivindicar el papel de ellas en diferentes esferas de la vida social, sobre todo en lo político, laboral y educacional. Pero han sido estudiadas con categorías más propias del mundo masculino, dejando, por tanto, fuera de ella a un grupo importante de mujeres. Cabe preguntarse: ¿están incluidas en esas historias las lavanderas, costureras, prostitutas o empleadas domésticas? Ese es un capítulo de la historia que queda aún por develar.

Mujeres del campo: entre el brasero y la televisión*

Ximena Valdés & Loreto Rebolledo
Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, Cedom

La reflexión que presentamos es el producto de varios años de trabajo con mujeres campesina y asalariadas agrícolas de la zona central del país. Hemos recogido los datos sobre los cuales basamos nuestro análisis en diferentes localidades del secano costero de Colchagua y Maule, de los valles frutícolas de Aconcagua y Cachapoal y de localidades cercanas a Santiago. La información con la que trabajamos es oral y obtenida directamente a través de entrevistas en profundidad e historias de vida realizadas a mujeres entre los 30 y 80 años.

El uso de las fuentes orales presenta varias ventajas al trabajar con mujeres del campo: por una parte, permite llenar un vacío de otros tipos de fuentes que las omiten o invisibilizan, tales como estadísticas, censos y otra documentación escrita; por otra, recogen una práctica común de ellas y de la cultura campesina, como es la palabra hablada.

No obstante, el uso de este tipo de fuentes merece algunas consideraciones: la fuente oral,

más que dar cuenta de un acontecimiento tal como ocurrió en la realidad, sirve para mostrar cómo la persona que narra lo interpreta y lo recuerda. En este sentido, al trabajar con fuentes orales es necesario tener siempre en cuenta que muchas veces el testimonio o la narración revelan más del imaginario de la persona, de sus deseos y de sus sueños ocultos, que de la realidad misma. Otro aspecto que se debe considerar es la forma en que opera la memoria, la cual tiende a condensar y seleccionar. Ello significa que acontecimientos ocurridos en diferentes lugares y momentos pueden recordarse como parte de una misma secuencia; por otra parte, la memoria es selectiva, se recuerda algunas cosas y se olvida otras. De esta manera, asuntos sin importancia se ponen en el mismo plano que acontecimientos trascendentales.

Otro aspecto que no se debe olvidar en relación a la reflexión que haremos es que las personas hacen la lectura de los acontecimientos pasados desde sus preocupaciones del presente. La memoria es constantemente reelaborada a partir de las nuevas experiencias de vida que las mujeres van enfrentando.

* Esta ponencia constituye un avance de un aspecto de la investigación "Transformaciones agrarias, mujer y familia", Proyecto Fondecyt N° 415-92, en curso.

TRADICION Y MODERNIDAD

En los últimos cincuenta años, el agro chileno ha sufrido grandes transformaciones. Entre el modelo hacendal tradicional y la organización de la producción frutícola de exportación no sólo media la reforma agraria, sino un cambio en el tipo de relaciones de producción, en los órdenes de contratación de fuerza de trabajo, formas de asentamiento y localización de los trabajadores. Sin embargo, las áreas tradicionales y alejadas de los valles y de la agricultura de riego no han sido tocadas del mismo modo, por lo cual parecen más volcadas al pasado.

Los supuestos del mundo campesino, que operaron con cierta nitidez en el período hacendal, se vieron fuertemente cuestionados con la Reforma Agraria. La imagen de espacios autocontenidos mirándose a sí mismos, vueltos hacia el pasado y la tradición, réplica cíclica y constante de lo mismo, perdió validez. La sociedad mayor dejó de ser un referente lejano para ser una omnipresencia en diferentes áreas. La salud, la educación, la diversión, dejaron de ser problemas personales o familiares: instituciones estatales comenzaron a ser las encargadas de resolver los problemas o presentar soluciones en estos ámbitos. Hombres y mujeres del campo debieron adaptarse a la nueva situación y encontrar nuevos espacios en los cuales situarse. Aun cuando ni la reforma ni una completa reconversión productiva hayan llegado por igual al campo, de algún modo el Estado y sus instituciones sí lo hacen: escuelas, hospitales, Centros de Madres, Juntas de Vecinos, Fosis y municipios evidencian la prolongación del aparato estatal de la ciudad a las áreas rurales.

Actualmente estas áreas forman parte cada día más de la amplia red de comunicaciones viales por las cuales no sólo transitan productos, sino información y cultura. Con la transnacionalización de la economía y de las comunicaciones se amplió el mundo de hombres y mujeres. Lo lejano y diferente se hizo cercano y penetró en el espacio rural: todo parece formar parte de un mismo conjunto mayor y ello necesariamente incide en cómo hombres y mujeres se piensan a sí mismos en relación a otros modos de ser y de hacer. La modernidad,

proceso que se refiere más a lo cultural, al cambio de mentalidades y que supone procesos de secularización, parece lograr así un par de aliados para incidir en la redefinición de identidades, en los reposicionamientos de lo femenino y lo masculino, lo colectivo y lo individual, lo público y lo privado. En fin, en la integración a la modernidad del mundo campesino.

Cada uno de estos reposicionamientos, cada uno de los gestos de respuesta a los estímulos externos, a los procesos de cambio, se hace desde una matriz cultural dada, cuyo repertorio de respuestas es amplio, a partir de una base común. Ninguna adaptación a las nuevas situaciones, ninguna respuesta a los cambios es, por lo tanto, totalmente inédita; cada una de ellas tiene antecedentes en la cultura, y en este sentido es posible rastrear lo viejo, la memoria, la tradición.

Lo nuevo está ahí, pero lo viejo también está presente. Uno no reemplaza a lo otro: lo desplaza, lo sitúa en otros ámbitos y lo resignifica. Así, es posible encontrar signos externos de modernidad en el vestuario, las radios transistor, los personal stereo o los electrodomésticos, pero tras esas externalidades, también, en puntos más recónditos, es posible encontrar la tradición, los viejos modos de ser, de pensar y de hacer.

En síntesis, pensamos que las transformaciones en el agro no necesariamente han sido acompañadas por cambios culturales profundos, y cuando ello ha sucedido, parecíamos estar frente a innovaciones truncas. Como resultado, elementos del pasado se mezclan con síntomas de modernidad. Tradición y modernidad coexisten a veces en una misma zona, otras en un mismo individuo, sin mayores cuestionamientos o tensiones, aunque sí con muchas contradicciones.

LO VIEJO Y LO NUEVO EN EL MUNDO DE LAS MUJERES

Veremos qué ocurre con la modernidad en localidades definidas como tradicionales. Lo haremos usando diversos ejemplos de caseríos y minifundios ubicados en el seco costero de la Sexta y Séptima Regiones, donde la moderniza-

ción es un proceso incipiente que sólo se evidencia en el avance forestal, en algunos casos en la presencia del subsidio de la vivienda y el operar de instituciones de salud, educación y dispositivos de comunicación.

Las alfareras

Existen en estos lugares campesinos fuertes evidencias de la perdurabilidad de una noción de tiempo circular:

Los domingos voy a misa, los lunes en la mañana armo la loza y cada quince días me toca reunión del CEMA en la tarde; los martes en la mañana, hasta "La hora de los México's", me toca bruñir la loza, porque los martes en la tarde toca el lavado; los miércoles sigo bruñendo; los jueves se cuece la loza, de ahí se limpia para guardarla en las cajas y el viernes bajo al camino para esperar la micro de Cauques. De ahí, de que llegamos nos ponemos en la calle a vender; dormimos en Cauques y nos vamos a tomar desayuno a la feria, seguimos ofertando loza hasta que llega la hora de la micro para volver; el domingo en la mañana me levanto un poco más tarde y, lo mismo que todos los días, le doy comida a los animales, armo un poco de loza y comienzo a preparar el almuerzo y de ahí, en la tarde, ya me voy a la misa.

Esta organización de los días de la semana tan sólo ha sufrido modificaciones a partir de la llegada de la micro, cerca de veinte años atrás, luego de la instalación de los campamentos forestales en la "montaña", Cordillera de la Costa arriba. Las madres y abuelas bajaban al pueblo a pie, tenían una menor producción de loza a causa de las mismas limitaciones de traslado y de la existencia de una mayor producción agrícola campesina. También los Centros de Madres, los CEMA, a partir de los sesenta hasta hace poco, irrumpieron alterando la organización del tiempo con reuniones cada quincena.

Un elemento de modernidad introducido en la organización y conteo del tiempo cotidiano es la radio. Sin embargo, pese a que ella introduce una noción de tiempo más bien lineal, en la relación con la radio se recupera la circularidad temporal a

partir de la ejecución rutinaria de determinadas labores domésticas. Así, el programa "La hora de los México's" marca el inicio de la preparación del almuerzo.

En el lugar, las sucesiones de tierra siguen bajo el usufructo de los que se quedan, aunque las empresas forestales presionan fuertemente por comprar; los hombres heredan los puestos de trabajo en los fundos; las mujeres, de sus progenitoras, el oficio alfarero.

Las mujeres han perdido los productos alimenticios de los bosques de roble y han ganado, para su comercialización, las callampas que crecen bajo el pino insigne. Cultivan flores y también recolectan rosa mosqueta, que venden junto a la loza en el mercado local. Los hombres han perdido el acceso a la factura de carbón y los sistemas de mediería ligados a su elaboración.

A causa del deterioro de las actividades masculinas orientadas a la producción, las familias se mantienen crecientemente con el aporte de los ingresos generados por las alfareras. Las mujeres se han visto compelidas a ampliar su espacio de movilidad de la feria local a las ferias regionales, y cuando alguna alfarera se ha legitimado como artesana de prestigio, llega hasta las ferias de Santiago tras la búsqueda de mejores precios y mercados. La mayoría de los hijos e hijas han migrado, como lo hicieron las hermanas y los hermanos, y esto permite que, entre lazos de parentesco y búsqueda de mercado, se acomode el acceso al espacio urbano.

En esta zona, los hombres han permanecido en el campo cada vez más atados al salario y alejados de la producción por cuenta propia en tierras demasiado empequeñecidas, que se amplían por los sistemas de mediería. Las alfareras, en cambio, son una suerte de bisagra entre el campo y la ciudad, portadoras de noticias, nuevos hábitos, bienes y dinero. Ellas, con sus idas y venidas entre el campo y la ciudad, hacen de puente para la difusión de lo moderno. Sin embargo, son también con las conservadoras de la tradición, sobre todo a nivel de cosmovisión y ética. Los acontecimientos familiares y vecinales son interpretados y vividos en el marco de la religiosidad y culturas campesina. Así, por ejemplo, cuando un vecino, hijo del

administrador del fundo La Aldea, se ahorcó, se interpreta el hecho como un castigo de Dios para quien ejerce la función de vigilante en el fundo donde trabaja el marido, fundo que además tuvo que abandonar uno de los hijos luego de una pelea con dicho administrador, padre del joven ahorcado.

Del mismo modo, la alfarera más prestigiosa de la comunidad, quien ha logrado una mejor y más antigua inserción en la Feria del Parque Bustamante y gracias a ello ha podido comprar casa en el pueblo, educar a sus dos hijos ilegítimos, ayudar a uno en la instalación de un restaurante, es mal vista y sancionada porque se ha enriquecido, y más encima sin marido:

Ella ya no locea, le compra a las otras, a las más pobres, vende más caro y se demora en pagarles y en la Feria va y dice que la loza es de ella.

Así, el enriquecimiento de la vecina alfarera es satanizado y la única forma de restablecer el equilibrio en la comunidad si alguien obtiene más recursos, bienes y dinero, es mediante su redistribución: una invitación a comer a la casa o algún favor para el alojamiento en el pueblo.

La abundancia de hijos primogénitos en la ilegitimidad—dado que una gran cantidad de mujeres ha tenido hijos “a la mala” y “apuradas”—, junto a la prevalencia de malformaciones en los niños, con toda seguridad por la endogamia existente, son reelaboradas como el castigo por haberlo “hecho a la rápida” y ahí los niños “no quedan bien”.

El peso de la religiosidad coexiste entonces con una gran movilidad femenina. Las mujeres, que a través de la venta de loza y la preservación de los vínculos maternos con los hijos que están en la ciudad han logrado ampliar su espacio de referencia, mantienen a la vez prácticas cotidianas, materiales y simbólicas, del pasado y la vida campesina.

En Rari es frecuente escuchar cómo las chonchonas salen a volar, y más de una vez hemos visto cómo las mujeres evitan comer alimentos que ofrece un extraño, pues se supone que a través de ellos operan los brujos para hacer daño. Ello se combina con la confección de brujas en crines de caballo, que—según el decir de las mujeres de la

localidad— fueron creadas a partir del logotipo de la serie televisiva “La Hechizada”.

El pensamiento de corte religioso para explicarse fenómenos y situaciones no es privativo de las mujeres. En estas localidades, los hombres—que permanecen casi inmovilizados en sus labores agrícolas, en los aserraderos y predios forestales—salen al mercado y los pueblos vecinos mucho menos que las mujeres; sus redes sociales están circunscritas a lo local, y entre ellos también es usual la explicación de causa / efecto dentro de un discurso donde la magia parece estar presente. Así, en Mata Redonda, provincia de Colchagua, es frecuente escuchar cómo los parceleros de la Reforma Agraria abusaron de la bonanza y la asignación de parcelas, y por ello las perdieron y hoy están peor que antes:

... comieron harto bien, comieron hartas ovejas y tomaron harto vino; eso fue lo que pasó, no supieron aprovechar, no supieron hacer las cosas como debían hacerlas.

En localidades fuertemente vinculadas a Santiago, como la artesanal de Pomaire, la producción alfarera actual se vuelca totalmente al mercado urbano y turístico, y la que fuera producción doméstica se ha transformado muchas veces en tallar de asalariados. En el pasado, sin embargo, el bruido de loza era labor colectiva. Varias mujeres miembros del mismo grupo familiar cooperaban en esta fase del trabajo. En ocasiones de mucho apuro y exceso de trabajo, se realizaban mingas entre vecinas y parientes para bruñir. Cuando había minga, el beneficiario de la fuerza de trabajo solidaria reciprocaba con alimentos y bebida. Hoy entre mujeres se encuentra que la cooperación entre vecinas para labores artesanales de bruido de loza se puede reciprocarse, mientras se está realizando, con dejar ver la telenovela en el televisor de la casa de la beneficiaria del trabajo. Se cambia así un servicio por una diversión y, al mismo tiempo, se tiene acceso a otro circuito de transmisión cultural, lo que más tarde se expresará en diseños dados por la televisión, como las casitas de greda de la telenovela “La madrastra”, una década atrás.

En el valle de Aconcagua, espacio especializado en *parronales* para la uva de exportación, donde se han acentuado fuertemente los procesos de urbanización, se evidencian tal vez con mayor fuerza, cambios culturales con resultados híbridos. Presente y pasado se conjuntan mostrando, por un lado, procesos de modernización truncados, y contenidos de la modernidad limitados por la presencia de elementos de tradicionalismo en el plano de la cultura —en la familia, la empresa y el sindicato—.

A partir de la primavera hasta comienzos de otoño, las temporeras se integran al mercado de trabajo; se desplazan a pie o en bicicleta u otro medio de transporte, visten pantalones, jeans, zapatillas deportivas. En los hogares, hay televisores y algún electrodoméstico. Muchos de ellos están conformados por familias incompletas, madres solteras o mujeres solas.

Los orígenes de las temporeras son variados: vienen del sur y del norte del país, pero en su gran mayoría de la misma comuna, unas de los pueblos, otras de haciendas desmembradas por la Reforma Agraria, del sector reformado y bolsones de pequeña propiedad. Existen experiencias de sindicalización, con logros puntuales y también frustraciones.

El hábitat está concentrada en poblaciones en medio del campo o bordeando pueblos y ciudades. Las familias se mantienen con el salario temporal de hombres y mujeres, adultos y jóvenes de ambos sexos. Los empleos son precarios e inestables, los períodos de cesantía anual son mayores para las mujeres que para los hombres y las jornadas de trabajo más largas para el segmento femenino que el masculino. En verano, entrando en el turno de la una de la tarde, se sale de madrugada. Las formas de pago son desiguales por sexo: con las mujeres se tiende al salario a destajo, y con los hombres al salario mensual. Volcando la mirada al interior de los hogares, las tareas domésticas siguen siendo un problema femenino y, por lo tanto, existe una simultaneidad del trabajo doméstico y asalariado a lo menos durante la mitad del año.

Sin duda, la percepción del trabajo por parte de las temporeras muestra signos positivos y negati-

vos. Positivos en el sentido de que procura dinero y, por este mismo hecho, libertad para tomar decisiones personales respecto de su uso y, si es necesario, mandar cambiar al marido. Proporciona además gratificaciones en cuanto la entrada a los parronales o a los packings es la ocasión para volver a recrear cada año el ambiente de trabajo, recuperar amistades, salir de la rutina hogareña y abrirse a una sociabilidad más amplia y libre entre hombres y mujeres. Negativos, por las malas condiciones de trabajo, las largas jornadas laborales, las culpas por abandonar a los hijos a la suerte de la calle, los insuficientes salarios, los descuentos abundantes; se agrega a todo ello la competencia que se ejerce en los lugares de trabajo entre las mujeres de más edad y las más jóvenes, mejor dotadas físicamente, a través del sistema de anotaciones de cajas por parte de los hombres y los requerimientos nunca ausentes de tener que acostarse con el capataz para preservar el trabajo.

Un elemento de modernidad presente en el accionar de las temporeras son sus experiencias sindicales, iniciadas hacia fines de los ochenta, con una fuerte orientación a enfrentar los problemas de la vida cotidiana, tales como la guardería o la olla común. En la actualidad, la dirigencia debe trasladarse con frecuencia a Santiago, por los vínculos con una Confederación, y esto ha implicado la tendencia hacia el traspaso de los cargos de dirección de las mujeres a los hombres, o a mujeres cuya situación les permite retraerse de las responsabilidades domésticas. La membresía ha decrecido y el sindicato se ha desvitalizado.

Por otra parte, las mujeres enfrentan el desafío de desarrollar nuevas estrategias para obtener recursos; en tal caso, deben crear nuevas habilidades en gestión de proyectos, ir a cursos e implementar alguna idea empresarial para concursar al Fosis.¹

1. Para ello se conforman grupos de pares. Esto, sumado al volcamiento del sindicato a la ciudad, concurre a deestructurar las solidaridades y los intentos por reconstituir la comunidad experimentada en la etapa fundacional del sindicato, en un contexto donde las escasas acciones reivindicativas marchaban de la mano con la solución de los problemas derivados de la reproducción y los enfrentados en la vida cotidiana.

La falta de salario en invierno coloca a las familias, y más aún a las mujeres solas, en situaciones límite para enfrentar la sobrevivencia. Pero obtener un puesto de trabajo de embaladora o limpiadora durante el verano posibilita el ahorro, parte del cual sale para los gastos escolares del mes de marzo, y parte para proveer la casa de elementos que alivianen las tareas domésticas. Refrigerador y lavadora comienzan a ingresar a los hogares, luego que en los meses de verano se logran juntar cerca de \$200.000 por mes.

Sin embargo, este mejoramiento de las condiciones para el desempeño de las tareas reproductivas con la adquisición de algún electrodoméstico se ve frustrada al llegar los "meses azules", sin salario, cuando es usual recurrir a la venta de los bienes para solventar los gastos en alimentación. Los electrodomésticos funcionan así como fondo de reserva, similar al que opera en las economías campesinas tradicionales o al que operó con el ganado en tiempos de derecho a pastoreo. El electrodoméstico, al igual que los animales, tiene la forma de doble inversión: no sólo es un fondo al cual se recurre en épocas de crisis, sino es utilizable como un medio de producción. Una lavadora resuelve el lavado doméstico y el ajeno, cuando se deben inventar estrategias para la sobrevivencia invernal.

DE LA HACIENDA A LA CIUDAD, CAMBIO Y MEMORIA

En este contexto de feminización, flexibilización y precarización del mercado de trabajo, en que coexisten mayores grados de libertad con una fuerte explotación, se rememora el pasado hacendal, idealizándolo:

Nunca me acuerdo que la mamá haya comprado un kilo de arroz. Ella nos hacía frangollo, harina tostada en unas ollas de greda. ... Mi papá nunca fue a la carnicería a comprar un kilo de carne; mataba vacunos y hacía charqui. ... Los huevos, se recogían por canastos, azules me acuerdo, de pava, de pato, de gallina. Por eso yo encuentro que la alimentación para uno era mejor, por eso nosotros duramos tantos años, porque estábamos bien alimentados.

A esta reelaboración utópica de un pasado hacendal con gran abundancia de comida, hecha desde un presente invernal con carencia de dinero y alimentos, se suma otra, donde se añora la hacienda como un espacio controlado y protegido. El paso de la hacienda a la ciudad es visto como un salto al vacío por las mujeres. De un espacio conocido y protegido se sale al descampado, a la ciudad, que es percibida como un terreno peligroso y ambiguo en tanto espacio privilegiado para el ejercicio de las prácticas disolutas masculinas, saturado de bares y clandestinos, espacio desprovisto de la siempre vigilante mirada del patrón.

Ahí empezamos a trabajar en Coexport y ahí también fue cuando empezaron las desavenencias, porque una vez que ya se vino a la ciudad él, ya todo cambió. En fin, antes era distinto, porque si él se venía a curar, cuando llegaba a la casa, llegaba oreado. Acá en la ciudad fue peor, se puso mujeriego y más borracho todavía.

Una vez que el marido abandona el hogar y se va con otra mujer, se recurre al antiguo conocido, buscando consejo y seguridad:

Ese patrón Covarrubias nos tenía buena a nosotros, porque cuando chiquitito, como era joven y como son los jóvenes, se iba a la casa de nosotros y jugaba con mis hermanos y pasaba en la casa no más.

Esa cercanía del pasado permite a la mujer solicitar apoyo al antiguo patrón cuando queda abandonada, en la misma forma en que antes le había proporcionado un terreno para la casa. A pesar de que la mujer de este caso durante los veinticinco años que trabajó con Covarrubias sólo ganó para comer, "porque era de los más explotadores de Santa María", y cuando cambió de trabajo logró a lo menos ganar mejor, finalmente la hacienda y la familia hacendal aparecen en su vida como algo cercano, más que los habitantes de la ciudad e incluso que la parentela propia. La hacienda Las Casas de Quilpué es concebida como un espacio donde se imbrica el presente con el pasado, espacio necesario de estabilidad y continuidad frente a los múltiples cambios que se han enfrentado:

Mi padre entró a trabajar de jardinero a los catorce años en el palacio de la Hacienda de Quilpué y mi madre era cocinera en las casas de la hacienda. En Quilpué estaba toda la familia Lyon-Edwards, don Arturo, don Andrés, la señora Teresa y la señora María, los cuatro hijos. La señora María Lyon, que es la mamá de don Jorge Covarrubias, que está allá mismo en Jahuel ahora y que siguió siendo patrón mío después en Coexport. Porque ahí empezaron las nuevas generaciones. Ese fundo Los Molles donde quedaron cuando se murió el finao Arturo Lyon, quedó el Arturo Lyon nuevo porque hay una tirá de Arturos nuevos, parece que a los hijos mayores les colocaban a todos ese nombre. Entonces moría uno y quedaba otro y cuando murió don Arturo Lyon quedó el nuevo y empezaron a repartirse las parcelas, porque ese fundo fue aparcelado después, pero lo aparcelaron entre los dueños. Se repartieron una parcela para cada hijo y como los papás de don Jorge Covarrubias, hijo de doña María Lyon, nosotros tuvimos que seguirlo a él. A don Jorge Covarrubias le tocó toda la parte de Jahuel. ...él donó una parte para la población donde vivo yo, así que nosotros tenemos población, él donó el suelo y nosotros pagamos la construcción por intermedio de Serviu.

CONCLUSIONES

Como es evidente, los procesos de modernización han tocado desigualmente al territorio. No obstante, a pesar de la heterogeneidad respecto de los procesos de modernización en el plano económico y social y de las transformaciones agrarias, se observa una cierta transversalidad en la llegada de los dispositivos culturales al campo, lo que incide en la ampliación de los antiguos referentes campesinos.

Lo nuevo se suma, se mezcla, se superpone o desplaza a lo viejo, a la tradición. Las posibilidades de incorporación de lo moderno son, por lo tanto, múltiples, variadas y simultáneas. En los sectores modernos y tradicionales, los cambios culturales son incorporados a través de las instituciones del Estado, los medios de comunicación y el ir y venir de mujeres y jóvenes.

Aun cuando hayan aparecido otros referentes, tales como escuelas, hospitales, Centros de Ma-

dres, sindicatos, municipio y Fosis; se haya logrado acceso a medios de circulación cultural, como la radio y la televisión, y un mayor acercamiento a la ciudad, el pensamiento mágico religioso sigue permeando el discurso femenino a la hora de encontrar explicaciones de causalidad a determinadas situaciones que las afectan. Y ello aun cuando estén insertas en un mercado de trabajo que las conecta con alejados puntos del planeta, aun cuando a través de la televisión puedan ver en telenovelas la guerra del Golfo, aun cuando escuchen la música de Michael Jackson en un personal stereo.

En áreas tradicionales y modernas, a nivel de la reelaboración simbólica se preserva la figura paternal, protectora, autoritaria del patrón, guardada en la memoria para ser descongelada cada vez que sea necesario. Así, con la Reforma Agraria, lo que simbolizaba el antiguo patrón -paternalismo, protección, seguridad y control- se desplazó al Estado. Hoy, que el Estado se abandona su rol benefactor, el desplazamiento se produce hacia atrás en las nostalgias femeninas. Se desempolva de la memoria al antiguo patrón de fundo, olvidando sus abusos y arbitrariedades, y rescatando en el recuerdo tan sólo todo aquello que hoy falta o está en peligro.

Las figuras del pasado y el pensamiento religioso coexisten con una multiplicidad de elementos y referentes nuevos, sin haber sido desplazadas por completo. La libertad que otorga el salario a las mujeres se entremezcla con la atomización social, con la disolución familiar, la preservación de prácticas tradicionales al interior de la familia y del sindicato, su discriminación a nivel de la empresa. De esta manera, la modernidad no sólo parece coexistir con el tradicionalismo en diferentes localidades, sino en los mismos individuos.

Diversas situaciones hacen pensar que la mujeres del campo viven un tiempo de hibridación y de readecuaciones en todos los aspectos de su vida material y simbólica. Entre ellas, las condiciones de vida concomitantes a la flexibilización del mercado de trabajo; y los embates permanentes al modelo familiar hacendal no sólo por los clandestinos de alcohol y la presencia de otras mujeres en el pueblo y las empresas, sino porque las mujeres

han creado otras formas de sociabilidad en los lugares de trabajo, la calle, el sindicato, el municipio.

Por otra parte, la integración al mercado de trabajo y el consiguiente acceso a bienes de consumo de circulación cultural, traen consigo una integración al mercado que aparece entremezclada con usos y formas de sociabilidad campesinas. De esta manera, emergen a través de la modernidad una sumatoria de sedimentos culturales tradicionales. Esto puede visualizarse en la combinación del uso del brasero, por una parte, y de diversos aparatos de comunicación, por otra. El primero no es sólo un elemento de calefacción, sino implica una forma de sociabilidad claramente campesina, en la que la palabra hablada es el vehículo privilegiado de comunicación. Paralelamente se usa la televisión, el personal stereo, formas de comunicación masiva, unidireccionales, donde el individuo puede no compartir con nadie más que con la TV o la radio, que son la negación de la comunicación

interpersonal y colectiva y cuyos mensajes traen otras formas de ser y de hacer que niegan la transmisión de la tradición que se hace boca a oído por vía del relato oral.

Las mujeres aparecen como el vehículo privilegiado de la mezcla entre cambio y memoria, y quizás el elemento más claro que expresa estas mixturas entre lo nuevo y lo viejo. En tanto encargadas de la socialización de los niños, de la reproducción cultural, su rol como trasmisoras de la tradición, de un modo de pensar, de hacer y de ser, contribuye a señalarlas como elementos claramente conservadores e incluso obstaculizadores de la modernidad. Por otra parte, la incorporación masiva de mujeres al mercado de trabajo frutícola —el sector "de punta" de la agricultura chilena—, la mayor movilidad femenina en áreas campesinas, revelan también la coexistencia en lo femenino de una gran capacidad de cambio e incorporación de elementos nuevos.

Movimiento de mujeres en Chile (1912-1978)*

Edda Gaviola

Universidad de Santiago de Chile

La historia es a mi entender
una pregunta al pasado
un mirar intencionado
a algún tiempo en el ayer
¿Cómo hago para escoger?
Apelaré a mi sapiencia
que alimenta mi conciencia
de ser y pertenecer
a ese mundo de mujer
que cuestiona cierta ciencia.

(Delia Fuentes, Concepción)

Parece que estos versos abren el entendimiento; en ellos late la historia, la teoría, la práctica, las ganas de ser y de seguir siendo, aun en una sociedad fragmentaria, en la que buscar identidad nos lleva por esos dolorosos y fecundos caminos de ser mujer.

Y por esos caminos andábamos cuando comenzamos a develar aspectos de una historia no escrita, hace ya casi diez años. Intuíamos que se trataba de algo grande, que tenía que ver con nuestras propias vidas. Sospechábamos que la historia algo debía decirnos y fue una mezcla rara vivir entre la Biblioteca Nacional y las protestas; entre las manifestaciones por la paz de un año 40 y los caupolicanzos de los ochenta; así se nos fue reve-

lando un secreto que hasta entonces –para nosotras, aprendices de la historia– había permanecido oculto: existía un movimiento de mujeres escondido en periódicos añejos y en una memoria transmitida de generación en generación por las mujeres, y que se expresaba en la calle diciéndonos fuerte "Democracia en el país y en la casa". ¿Cómo se vinculaba?, ¿qué elementos de continuidad y ruptura contenía?, ¿desde cuándo y hasta cuándo?

Hago este recuerdo para explicitar el hecho de que esta historia nace de una necesidad social y política, individual y colectiva, de la necesidad de protagonismo y existencia. No se trata del "departamento femenino" de la historiografía, aunque se le haya asignado ese lugar, sino de un proceso social que debería darnos pistas para analizar con otras perspectivas la historia escrita y académica, o la que se habrá de escribir no sólo del siglo veinte.

Así iniciamos la búsqueda, que aún continúa, de una memoria que nos devolviera autorreconocimiento y valoración, una memoria ubicada en

295

* Esta ponencia está basada, en parte, en el trabajo y la reflexión conjunta desarrollada por las integrantes del colectivo Mujeres en Chile: una historia necesaria, que lo constituyen, además de la autora, Eliana Largo y Sandra Palestro.

el centro de la construcción de identidad social, antidoto eficaz contra la amnesia que de tiempo en tiempo vamos sufriendo y que nos atrapa en presentes sin proyección.

Y "aquí se ubica el problema político que atañe a la historiografía feminista, dado que al definir cuáles son los requisitos que ponemos para que las mujeres del pasado emerjan del limbo, pedimos precisamente definir nuestra misma imagen, es decir la legitimación de nuestra misma identidad" (Buttafuoco 1990).

De ahí que en esta historia también se vinculan las prácticas políticas concretas y las hipótesis de futuro que queremos ensayar. Como ya podemos darnos cuenta, no se trata de una historia neutra. Sobre todo en estos días en que no hay que creer, como dice Braudel, que sólo los sectores que meten ruido son los más auténticos; también los hay silenciosos... para los oídos sordos, agregaría yo.

Hablar del movimiento de mujeres y su historia es reconocer la existencia del conflicto sobre el cual se articula y desarticula en distintos momentos; es "colocar en el plano de sus preocupaciones el *gender*, esto es, las relaciones entre los sexos, inscritas no en la eternidad de una naturaleza inhallable, sino producto de una construcción social que es lo que precisamente importa desconstruir" (Duby & Perrot 1991). Es partir también del supuesto que "existiría una tendencia general hacia el empeoramiento de la situación de la mujer precisamente en las épocas generalmente consideradas de cambio progresivo" (Nash 1984).

Es, finalmente, asumir que queremos cambiar de signos y valores la historia y nuestras propias vidas.

DE LA EXCLUSIÓN A LA CONQUISTA DE LOS DERECHOS POLÍTICOS, 1913-49

La labor social femenina es llevar el respeto solicito de la hija, como el cariño afectuoso de la esposa y la ternura previsor de la madre a los que sin ella no tendrían hogar... (el papel de la mujer es) predicar el santo evangelio y estar siempre junto a la cuna de su hijo.

(El *Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de mayo 1912)

Contra este ancestral deseo de la iglesia, este período se inicia con el afán organizativo autónomo de las mujeres a partir de la constatación de la exclusión de la que eran objeto, en la sociedad. Surgieron así organizaciones como los Centros Femeninos Anticlericales Belén de Sárraga (1913) en la pampa salitrera, los que sustentaron la emancipación de la mujer y el derecho al librepensamiento:

Este centro se compone de mujeres que voluntariamente y sólo por amor a la verdad, se comprometen a no tener en lo sucesivo ninguna relación ni directa ni indirecta con el clericalismo y sus instituciones.

(El *Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 19 de abril 1913)

También el Círculo de Lectura en Santiago (1915), el cual, a partir de la necesidad de elevar los niveles educativos de las mujeres, derivó hacia una acción en favor de reformas legales en el ámbito civil y político, y el Partido Cívico Femenino (1922), cuyo sentido último fue la preparación ciudadana de las mujeres:

... que la mujer, además de ser esposa y madre, tenga libertad para efectuar individualmente sus aspiraciones y para desenvolverse colectivamente en forma intelectual y moral, sin necesitar que un hombre de sotana deba estar al frente de sus reuniones supervigilando sus actividades.

(El *Mercurio*, Valparaíso, 15 de octubre 1915)

A partir de esas experiencias organizativas se va configurando un nuevo perfil en las diversas agrupaciones de mujeres, el que se expresó en instituciones como la Unión Femenina de Chile (1928), el Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile, MEMCH (1935), y la Federación Chilena de Instituciones Femeninas, FECHIF (1944), y el Partido Femenino Chileno (1946). Este nuevo perfil se caracterizó por la solidez organizativa alcanzada y por las movilizaciones públicas de mujeres inauguradas en la lucha contra la dictadura de Ibáñez (1931), y que culminarían con las campañas por la obtención de los derechos políticos plenos.

El MEMCH es el mejor ejemplo de solidez programática, organizativa y capacidad de convocatoria. Su accionar fue diverso y apuntó a todos los planos de la vida de las mujeres. Sólo por lo que hoy día representa, casi sesenta años después, quiero destacar los párrafos de una carta enviada por el MEMCH en el año 1935, al director de Sanidad de la época:

Por estas razones, las que integramos la organización citada estamos de acuerdo sobre la imperiosa necesidad de que las autoridades sanitarias intervengan en beneficio de la madre y el niño proletario. Una de las formas más efectivas sería, a nuestro juicio, la divulgación de los métodos de control de los nacimientos y el reparto gratuito de los medicamentos indicados en los policlínicos que ese departamento mantiene . . .
. . . pedimos el reconocimiento y la reglamentación del aborto a fin de que pueda ser practicado científicamente y evitar así los estragos que causa en la salud y en la vida de la mujer el practicado en forma clandestina.

(Jiles 1992)

Debido principalmente a la ruptura del régimen oligárquico, a partir de la década del treinta, las mujeres irían asumiendo que la única manera de acabar con su exclusión era "integrándose plenamente" como ciudadanas en el quehacer político del país, de tal forma que con la realización del Primer Congreso Nacional de Mujeres, el año 1944, las distintas instituciones confluyeron hacia un objetivo común: la conquista del sufragio para la mujer chilena, hecho que lograrían en 1949 (Para una visión más amplia de este período, véase Gaviola, Jiles, Lopresti & Rojas 1986).

No fue casual entonces que en 1948 se realizara la Convención Interamericana sobre Concesión de los Derechos Políticos a la Mujer. Eran más de veinte años de lucha en Chile y Latinoamérica. Sin embargo, resulta patética su fundamentación: "Que la mujer de América, mucho antes de reclamar sus derechos, ha sabido cumplir noblemente todas sus responsabilidades como compañera del hombre. . ." Por lo tanto, les concedemos esos derechos: fue afirmar roles, estereotipos, quitar la

conquista, bajar el perfil de la demanda, no entender la rebeldía que se había comenzado a cristalizar.

EL ESPEJISMO DE LA INTEGRACION, 1950-73

En la década del cincuenta, el movimiento de mujeres perdió el empuje y, sobre todo, la visibilidad de sus demandas, que lo habían caracterizado en los años anteriores. A la carencia de un objetivo común —como lo fue el sufragio, que unificó y dio aliento a las distintas organizaciones—, se sumaba la opción de la mayoría de las mujeres organizadas de trasladarse principalmente a los partidos políticos y a otras instancias sociales de carácter mixto, en la búsqueda de la tan ansiada "integración".

En estos primeros años de la década del cincuenta, fueron elegidas las primeras parlamentarias en la historia de nuestro país: Inés Enriquez en 1951 y María de la Cruz en 1953. Fueron ellas quienes abrieron formalmente este período.

Inés Enriquez, elegida como diputada por Concepción con una alta mayoría de votos, fue duramente increpada desde las filas del Partido Conservador. Su "pecado" era estar separada del marido, condición que para ellos resultaba ser un factor negativo para desempeñar el cargo. Inmediatamente se alzaron la voces de solidaridad de su propio partido, el Radical, y de las instancias de mujeres autónomas que aún existían: el Partido Femenino Chileno y la FECHIF. Este hecho logró neutralizar la acción contraria de los conservadores.

Distinto fue el caso de María de la Cruz, líder del Partido Femenino Chileno (PFCH), que había alcanzado una senaduría por abrumadora mayoría, el 51 por ciento de los votos. Para las mujeres del partido esto significaba "una nueva era en las posibilidades de la mujer, demostrando que organizadas pueden enfrentar sin compromiso una contienda electoral". En el decir de Julieta Kirkwood, el PFCH hace política y tiene conciencia de ello.

Poco tiempo después fue acusada por tres mujeres, con el objeto de inhabilitarla por una

supuesta comercialización de relojes con dineros que no le pertenecían, además de estar entregando secretos de Estado a su amigo Juan Domingo Perón. El Senado encargó la investigación a una comisión especial, que la encontró inocente. No obstante, el Senado pasó por alto el dictamen de la comisión y procedió a inhabilitarla, hecho sin precedentes en la historia de nuestro país (Gaviola, Jiles, Lopresti & Rojas 1986). En otros términos, se aceptaba que participaran las mujeres en la política, se las llamaba, se les dirigía propaganda desde todos los partidos, pero como aliadas de trastienda, no como contendoras (Kirkwood 1990).

O, en otras palabras, era imposible comprender la organización autónoma de las mujeres en tiempos en que el personaje principal fue la Liberación Social. ¿Contradicción secundaria? ¿Feminismo igual pequeña burguesía? ¿Dividir al pueblo?

No obstante, siguieron existiendo organizaciones de mujeres que lucharon por sus reivindicaciones específicas. En 1952 había nacido la Unión de Mujeres de Chile como un intento de recoger y continuar la experiencia del movimiento. En el año 1966, realizaron el Tercer Congreso de Mujeres, con la idea de "fortalecer nuestra unidad, nuestra conciencia cívica y acrecentar el número de voluntades femeninas dispuestas a crear condiciones humanas de vida en nuestro pueblo y garantizar un porvenir feliz a las nuevas generaciones" (*El Siglo*, Santiago, 2 de agosto 1965). Participaron alrededor de 700 delegadas y sus principales conclusiones fueron relativas al mejoramiento de las condiciones higiénicas de las poblaciones, a la obtención de viviendas, contra las alzas, por la ley de fuero maternal, de jardines infantiles y la personalidad jurídica para los centros de madres (*El Siglo*, Santiago, 22 de mayo 1966). A estas reivindicaciones, el Departamento Femenino de la CUT agregaría la jubilación a los 25 años de servicio, la eliminación de la discriminación salarial y el derecho a la capacitación (*El Siglo*, Santiago, 20 de julio 1965; 7 de enero 1966 y 11 de febrero 1966).

Pero no cabe duda de que las organizaciones más importante de mujeres durante estos años fueron los Centros de Madres, repartidos por todo el país. Su desarrollo fue significativo: de 9 mil creados hasta 1970, pasaron a 10 mil en 1971,

llegando a 20 mil en 1973. Hacia esa misma fecha eran cada vez más numerosas las Uniones Comunes de Centros de Madres que se concretaban. Dichos Centros tuvieron una importancia vital en el despliegue de campañas como la vacunación masiva contra la poliomielitis, la campaña por el medio litro de leche para todos los niños y mujeres embarazadas de Chile, y otros programas de salud pública, como las campañas de prevención del cáncer cérvico-uterino. En otras palabras, eran organizaciones que se debía tomar en consideración al momento de realizar cualquier política gubernamental.

De esta manera, durante el gobierno de Eduardo Frei (1964-70) las políticas dirigidas hacia la mujer se canalizaron principalmente a través de la Central de Centros de Madres (CEMA), con el propósito de capacitarla en labores como costura, tejido, cocina: "El CEMA no regala ayuda, como solía hacerlo el Roperio (del Pueblo), sino que le proporciona a las mujeres modestas, a precio de costo y con facilidades de pago, los elementos para que ellas trabajen y ganen dinero y les ayuda a vender sus productos". (Revista *Paula*, entrevista a la presidenta de CEMA, María Ruiz-Tagle de Frei, Santiago, enero 1968).

Durante el gobierno de Salvador Allende (1970-73), CEMA fue transformada en la Coordinadora de Centros de Madres (Cocema) y siguió siendo un elemento fundamental para la implementación de políticas. Sin embargo, el gobierno creó la Secretaría Nacional de la Mujer, en la perspectiva de crear el Ministerio de la Familia, el cual no llegó a concretarse. El proyecto de constituir la Secretaría produjo ácidos comentarios de parte de la oposición, por estimar que la iniciativa tendería a concientizar políticamente a las mujeres. El decreto del Presidente planteaba en una de sus partes: "A fin de dar una participación directa a la propia mujer en el estudio de los problemas específicos que la afectan y en la proposición de soluciones, así como para promover la coordinación de todos los organismos que, de algún modo, les corresponde intervenir en los referidos problemas, se hace necesario crear la Secretaría Nacional de la Mujer, como asesora del Presidente de la República". (Decreto del Presidente Salvador Allende, 4 de septiembre 1972).

Es en este contexto que el movimiento de mujeres se atomizó y abandonó el concepto feminista: "El feminismo no llegará a nuestro país. Porque la mujer chilena ha alcanzado una madurez muy alta que le permite mirar con objetividad el quehacer del país, descubrir lo que le falta y luchar por ello, pero en forma tranquila, sin rebelarse contra el hombre, sino en integración con él", afirmaba la presidenta de la Oficina Nacional de la Mujer en 1970, conceptos que ratificaría más tarde Carmen Gloria Aguayo al asumir dicho cargo (Revista *Eva*, Santiago, 11 de septiembre 1970; 15 de julio 1971). Los efectos de esta postura se sentirían en la política revolucionaria, la que postergó, por considerarla secundaria, una acción de transformación cultural profunda. Tal política, que facilitó la movilización conservadora de las mujeres de derecha (Kirkwood 1990), estuvo avalada en lo público por un discurso común desde todos los sectores políticos: la apelación hacia una supuesta condición "natural", su rol establecido desde la concepción patriarcal, que la conecta a ancestrales formas de sometimiento y opresión. Conocida resulta la campaña del terror dirigida a exaltar en ella la defensa del hogar, los hijos y la patria como un todo. . . . propaganda como aquella en que aparece una madre acongojada frente a la pregunta de su hijo "¿Dónde está el papá?" Y a continuación: "En muchos países comunistas esta pregunta no tendrá respuesta. Cientos de hombres han sido arrancados de sus hogares y se encuentran en cárceles, campos de concentración o desaparecidos, por haber opinado o escrito en contra del gobierno. . . . luchemos para que Chile siga siendo libre". Firma: Acción de Mujeres de Chile (*El Mercurio*, Santiago, agosto 1970).

Es una leona que no transa el alimento y el abrigo diario de sus cachorros. . . . Para ella, está primero el hogar. . . . esto nadie puede tocárselo, si no se convierte en una fiera o en una mujer con una cacerola vacía en la mano.

(Revista *Eva*, Santiago, febrero 1972)

Por su parte, desde la Consejería Nacional de Desarrollo Social se planteaba:

Partiendo de la base de la validez de los valores que sustenta la mujer (bienestar del hijo, pan y techo asegurado, etcétera) y de lo falso de la imagen y rol que la sociedad burguesa le asigna a la mujer, nuestro ataque al problema debe ir encaminado por una parte, a contrarrestar con hechos concretos y educación política (difusión) la manipulación ideológica y politiquera que la burguesía hace de esos valores y de la respuesta del gobierno popular a cada uno de ellos y, por otra, a destruir tal imagen y rol abriendo a la mujer oportunidades ocupacionales y de educación que faciliten su liberación de la explotación secundaria de que es objeto en su casa. . . . No es nuestra intención transformar a la mujer en una categoría social ausente de la lucha de clases. . . . (Consejería Nacional de Desarrollo Social 1972)

Falsa conciencia de la cual ellos mismos no escapan.

¿Integración? . . . "y en el día que yo muera/mi lugar lo tomas tú", decía el himno de la CUT.

Más aún, durante las campañas electorales o al momento de diseñar políticas a nivel de gobierno, aparecían temas que mostraban que tal integración no pasaba de ser un espejismo: la previsión para la dueña de casa, planteada latamente en todas las campañas electorales de este periodo, no llegó a materializarse. Ella daba cuenta de un 70 por ciento de mujeres que seguía realizando como única labor el trabajo doméstico no remunerado. La creación de guarderías infantiles, que se transformó en ley recién en 1970, evidencia las serias dificultades que tenían las mujeres para tener acceso a un trabajo asalariado, toda vez que en ella recaía (y recae) la responsabilidad principal de los hijos y del trabajo en el hogar.

Pero igual, cada ley, cada conquista o reforma contó con la gestión previa de mujeres. Por ejemplo:

- la asignación pre-natal (1964)
- jubilación de las mujeres a los 25 años de trabajo
- ampliación del fuero maternal (1970)
- Ley de Jardines Infantiles (1970)

La característica fundamental de este periodo es, sin duda, un gran proceso de aprendizaje colectivo, de participación y de pensar que era posible

transformar la sociedad, y con ello liberar a la mujer de su secular subordinación. Pero también, si aguzamos la vista, se trata de un período en que la "integración social" de las mujeres dejaba implícita una aceptación de la desigualdad, en tanto no cuestionaba los mecanismos profundos de la opresión, y en tanto se trataba del único sector organizado que no se planteaba desde su propia liberación. Como recuerda una dirigente campesina, organizadora de la primera Asamblea de Mujeres del sector que se realizó en 1978, en plena dictadura:

Nosotras veíamos que la Reforma Agraria había significado un avance para el conjunto de las familias campesinas; sin embargo, se había pasado por la espalda a las mujeres porque nunca fueron consideradas. La ley fue muy discriminatoria, la mujer no tenía derecho a la tierra; incluso si el marido se moría y ella no tenía un hijo mayor de 18 años, se iba para afuera no más. Entonces nosotras empezamos a plantear que si las mujeres hubieran tenido una participación real y efectiva dentro del proceso de Reforma Agraria, ésta habría sido irreversible. Y poníamos como ejemplo lo que habían sido las tomas de terreno en la ciudad, en que la vieja de la población sabía hasta la hora en que había parado la bandera. Pero tú le preguntabas a una campesina ¿cuando se expropió este fundo? "No sé, parece que fue en tal tiempo"; además, nosotras comenzamos a detectar que entre las mujeres había una añoranza del tiempo del inquilinaje.

He dejado, por razones de espacio, fuera de esta ponencia el tercer período: el movimiento durante la dictadura. Afortunadamente se trata de una historia reciente que late con fuerza entre las mujeres, y nuestra propia conciencia histórica va dejando sus testimonios en diversas publicaciones al respecto. Pero si quisiera señalar dos aspectos que me parecen fundamentales desde la perspectiva de hoy. El primero tiene relación con la fuerza desarrollada por mujeres desde prácticamente el mismo día del Golpe de Estado. Una fuerza que emana de la vinculación profunda con esta memoria hecha de exclusiones y rebeldías, denegaciones y autonegaciones, pero también de participación y ganas de transformar la vida. Memoria que no es

unívoca, pues coexiste con aquella que nos convoca inconscientemente a sostener el orden patriarcal existente, y a través de la cual los mecanismos de dominación despliegan sus redes ocultas y nos paralizan o concitan a la amnesia.

Parece evidente que estas dos memorias se activan en procesos sociales distintos: una tiene que ver con la exclusión, y la otra con la denominada "integración".

Esto me lleva al segundo aspecto. El feminismo nacido en los dos momentos históricos de mayor exclusión, plantea un cuestionamiento profundo a todo el orden social. Es, por tanto, más que un movimiento reivindicativo, un movimiento político, filosófico y de transformación cultural, capaz de generar sus propias utopías.

De este modo, poder definir un movimiento social desde una perspectiva histórica nos plantea el desafío de comprender que se constituye en el devenir social y que, por tanto, va sufriendo modificaciones, se va re-haciendo de acuerdo a los cambios que alteran a las sociedades, de los cuales no son ajenos. Es por ello que esas definiciones también deben contemplar, además de la práctica concreta, las hipótesis de futuro que al interior del propio movimiento se quieren ensayar y de las cuales la investigación no es extraña.

Si miramos globalmente un siglo de avances y retrocesos, veremos que los logros obtenidos por las mujeres fueron alcanzados por un quehacer en que se entremezclan organizaciones de diversa índole, movilizaciones, pero, por sobre todas las cosas, una acumulación de experiencias que irán profundizando los contenidos de la práctica y la teoría en los distintos momentos. De esta manera, hablamos de un movimiento cuyo potencial transformador se expresa en el largo plazo, en su carácter generador de contra-cultura. Así como en el decir de Evers (1984), "son los millones de pequeños actos cotidianos de obediencia irreflexiva al orden existente los que crean, reproducen y refuerzan las estructuras sociales", el movimiento de mujeres ha enraizado en su práctica diaria millones de pequeños actos de rebeldía consciente contra el orden existente, buscando reapropiarse de su identidad y de su papel en el mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Buttafuoco, Annarita
 1990 "Historia y memoria de sí. Feminismo e investigación histórica en Italia". En: *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Ed. Cátedra.
- Consejería Nacional de Desarrollo Social
 1972 "Política general, objetivos, estrategia, líneas de acción y metodología de trabajo de la Consejería Nacional de Desarrollo Social para 1972." Santiago, marzo.
- Duby, Georges & Michelle Perrot
 1991 "Escribir la historia de las mujeres". En: *Historia de las mujeres*. Vol. I (Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.)
- Evers, Tilman
 1984 "Identidad: El lado oculto de los nuevos movimientos sociales". *Materiales para el debate contemporáneo* 1, CLAEH, Montevideo.
- Gaviola, Edda; Ximena Jiles, Lorella Lopresti & Claudia Rojas
 1986 *Queremos votar en las próximas elecciones: historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Santiago: Co-edición.
- Jiles, Ximena
 1992 *De la miel a los implantes*. Santiago: Corsaps.
- Kirkwood, Julieta
 1990 *Ser política en Chile*. Santiago: Ed. Cuarto Propio.
- Nash, Mary, ed.
 1984 *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Ser mujer, pobladora y dirigente en Chile moderno . . .

Rosa Quintanilla
Dirigenta de pobladoras, Taller PIRET

MUJER*

*La alegría, la tristeza
la libertad, el muro
las palabras, los gritos
el amor, la desesperanza
los pardos pensamientos
los oscuros rincones
te han sido legados
desde lejanos tiempos.*

*Veo tu valor
para recuperar tu identidad
tu fuerza para levantarte
tu lucha por poseerte a ti mismo
el esfuerzo por caminar mirando al sol.
Ya no quieres pedir permiso
quieres vivir.*

*Caminar tus caminos
con tu mano en la mano
que tú elijas
juntos, paralelos
no uno, dos.*

*Has dicho no a los no,
no a los no puedo.
Sí a creer
a soñar
a reír.
Sí a tu cuerpo
a tu poesía
a tu vida.*

Esta poesía puede explicar a ustedes por qué no voy a hablar de los problemas de la mujer pobladora. Lo primero que quiero decir es que no voy a hablar a nombre de la mujer pobladora, sino desde mi propia experiencia, y les hablaré de nosotras porque mi experiencia y mi pensamiento crítico han sido contruidos en colectivo con otras mujeres dirigentes de muchos sectores. Yo no creo en el pensamiento crítico construido en solitario, pero me hago responsable por mi pensamiento y mis palabras.

Tomaré este espacio para abrir el debate en

* Este, y el siguiente poema, son de la autora.

torno a un tema que desde hace un tiempo viene apoderándose no sólo de mis pensamientos y mi preocupación, sino de los pensamientos y preocupaciones de muchas otras mujeres dirigentes como yo. Y este tema es la identidad de género. Sentimos que somos capaces de identificarnos primero como mujeres pobladoras, como mujeres de una clase social, como madres, como esposas, como hijas, y no con una identidad de género definida que no nos ofrece herramientas y espacio suficientes para desarrollarnos. Por lo tanto, tenemos que construir una identidad de género que nos permita reconocernos a nosotras mismas.

Hablarles a ustedes en estos momentos de

nuestros problemas, no es fácil. Hemos dado una larga lucha las pobladoras organizadas, en la cual, además de organizarnos para defender la sobrevida, entregar esperanza cuando no había esperanza, apoyo a nuestros sectores populares, hemos sido personas, encontrándonos, reconstruyéndonos, aprendiéndonos, intentando ser vistas y oídas.

Existen ciertas preguntas que reiteradamente hemos pensado y discutido con otras dirigentes. Son las siguientes: ¿por qué nosotras nos alejamos, e incluso evitamos, los puestos que nos acercan al poder? ¿Por qué, aun cuando tenemos la experiencia para participar más políticamente, no ejercemos ese poder? Entonces, ¿por qué nos limitamos?

En esta discusión con nosotras mismas, en este hablar, en este ir pensando, en este ir viendo por qué nos quedamos atrás, nos damos cuenta de que nosotras siempre nos hemos organizado para otros, no desde una óptica y visión de vida, de mundo, que tenemos y que podemos entregar. Siempre hemos ido dejando atrás esa visión crítica. Y ha sido después de estas discusiones que nuestro pensamiento concuerda en que hay que construir una identidad de género que nos permita saber quiénes somos, no sólo una clase social, no sólo pobres.

Somos mujeres pobres, y eso significa muchas cosas. Significa, primero, que nosotras hemos sido creadas en la desconfianza en nosotras mismas y en la confianza absoluta en el poder de los demás. Lo que además hay que entender, es que estas constataciones no significan que todas las mujeres pobladoras seamos iguales. Tenemos distintas experiencias de vida, distintas posiciones políticas, distintas creencias religiosas, distintas formas de pensar. La pregunta fundamental para mí es: ¿quiénes somos? ¿Somos solamente mujeres pobladoras, mujeres de una clase social?

Ante esto, un día en que estábamos hablando varias mujeres, sentíamos que todas reproducíamos la misma pesadilla.

*Con distintas palabras
distintos pensamientos
con diferentes dolores
sin embargo, ¡tan iguales!
yo en ellas y ellas en mí.*

*Somos como gotas de agua
iguales, húmedas, compactas.
Transparentes gotas
que de tanta costumbre de verlas
no se miran
sólo son dignas de verse
cuando el Sol les presta su brillo y sus colores
antes de extinguirlas con su poder y su calor.
Hemos sido por siempre,
como gotas de agua.
Imprescindibles, necesarias
y olvidadas.
Pero creemos que
si pensamos
si hablamos
si escribimos
nuestras palabras serán
como golpes de puño
contra paredes de concreto
que absorberán el ruido.
Pero éste se convertirá
en apagado y sordo estallido
se transformará en grito.
Y no de angustia ni de queja
sino de protesta
de fuerte y combativo
deseo. De ser vista y oída.*

Pensando en esto, nos hemos dado cuenta de que esta falta de identidad de género no es gratuita. Es aprendida y socializada a través de toda la sociedad, la educación, la iglesia, los mitos, las creencias. Se nos ha condicionado, se nos ha dicho tantos no puedes, no debes, no lo hagas. Desde nuestra infancia, siempre, se nos está mandando mensajes. Es mucha la historia negada, mucho el pensamiento enmudecido. Las que logramos transponer todas estas altas vallas que nos han puesto en el camino, llevamos inconscientemente en nuestra experiencia toda esta carga. Deshacernos de ella así como así no es fácil, ni sencillo.

Cuando nos convertimos en dirigentas, llevamos toda esta carga, y con ella nos enfrentamos: con el acondicionamiento, el entrenamiento, no sólo de clase oprimida, sino también de género. Un entrenamiento para no competir, para no ser vista,

para ser invisible, para no ser exitosa. Es así como nosotras, conversando, analizando, nos damos cuenta de que nuestro miedo a la confrontación con el poder, a tomar decisiones, es un miedo inconsciente y, por lo tanto, mucho más peligroso.

¿Quién nos puede decir a nosotras, que estuvimos en la olla común, que buscamos a nuestros presos, que formamos grupos de salud y muchas otras organizaciones, que somos cobardes? Estuvimos en la barricada, recogimos a nuestros heridos, los curamos y nos confrontamos a la represión, y cuántos nos deben no solamente la vida, sino el mantener la esperanza, el organizarse para la sobrevivencia y –otros muchos– la posibilidad de estar sentados en los sillones del poder en estos momentos. Nosotras fuimos actores principales en la lucha por la democracia y, sin embargo, ésta nos margina. Nos ofrece espacios para una participación cautelada, una participación controlada; o sea, nos sigue ofreciendo un espacio para la sobrevivencia.

Ese miedo a la confrontación con el poder tiene que ver con la forma como hemos sido criadas: hechas para dar bienestar, ser suaves, protectoras. Sin embargo, sobre las espaldas de estas "débiles mujeres" caen tremendas responsabilidades. Y tocar ese punto nos puede llevar a otro tema: nosotras, mujeres de los sectores populares, estamos reproduciendo la fuerza de trabajo más mal pagada. Nadie más se está haciendo cargo de eso, ese peso está cargado sobre nuestras espaldas.

En mi propia experiencia, de pronto me encontré como líder y dirigente, y pude darme cuenta de que era capaz, podía encontrar soluciones, con mi palabra podía representar los deseos de los demás, era capaz de enfrentar el miedo. No era ni tan incapaz, ni tan muda, ni tan tonta, como había escuchado tantas veces durante mi vida.

Somos capaces, pensamos, proponemos, podemos expresar nuestro pensamiento y nuestra visión de mundo, ¡y aquí empieza otro problema! En qué espacio, dónde expresar nuestro pensamiento, nuestra propuesta, nuestra producción intelectual. ¿Por quién están recogidas la experiencia y la sabiduría que hemos adquirido en todos estos años de resistencia? ¿Por el Semam, por el gobierno, por los partidos políticos?

Nosotras, para obtener esta dignidad como personas, nos hemos tenido que construir día a día; nos estamos construyendo día a día, nos estamos defendiendo de nuestras propias limitaciones, del no creer en nosotras y nuestras capacidades. Ya empezamos un camino que no vamos a desandar. Ahora es la sociedad la que tenemos que cambiar; tenemos que construir en conjunto un modo distinto de relacionarnos, y no seguir sintiendo la falta de solidaridad en la crítica destructiva con la que se nos castiga por atrevernos a pensar, a actuar, a proponer, vale decir, por desafiar el rol que se nos ha asignado desde todos los tiempos.

Tenemos fe en que esto está cambiando, en que ahora somos muchas las que estamos entendiendo cuál es el problema real; no creemos ya en que seamos incapaces, sino en la negación que de nosotras ha hecho la sociedad entera. Nos damos cuenta de que ése es el problema por el cual aún no hemos enfrentado ni entendido lo que significa el poder y cómo se ejerce éste. No es otra cosa la que nos ha limitado. Recién nos estamos dando cuenta de que esas limitaciones que tenemos nos dificultan la posibilidad de entender este poder; poder que nos ha hecho a nosotras seres ya no solamente discriminados como pobres, como una clase social, sino además como género.

Tal vez ahora, podríamos empezar a empujones a construir una visión de mundo desde nuestra perspectiva, donde nuestra participación ya no sea de consulta; donde tengamos el espacio para ya no sólo discutir acerca de nuestros problemas, sino analizarlos y proponer propuestas concretas; donde tengamos la posibilidad de construir y discutir la propuesta de vida y sociedad que, como mujeres pobres, podemos aportar.

Estamos entendiendo que podemos cambiar nuestras actitudes, nuestro lenguaje, nuestra mentalidad, desde seres oprimidos, marginados, a personas con identidad. Entendemos que nuestras timideces frente al poder tienen que ver con nuestras carencias aprendidas. A pesar de que nos cuenta mucho, vamos a ir adelante, porque no somos pobres mujeres y no nos gusta que nos traten así. Nosotras no queremos quejarnos, ni estar en contra de nadie; todo lo contrario. Pensa-

mos que nosotros, los hombres y mujeres, podemos construir juntos un espacio solidario en que realmente nos escuchemos, y así transformar el tipo de relaciones que tenemos. Y ello sucederá cuando también los varones ya no tengan miedo a discutir con nosotras, cuando ya no pongan barreras al enfrentarse con mujeres poderosas, que pensamos, que somos valientes y que vamos a ir a todas las peleas, sin por eso estar en contra de ellos. Cuando en forma colectiva podamos elaborar propuestas integradas de la sociedad. No queremos tirarlos de su pedestal. Queremos ir juntos, acompañarlos, y que nos acompañen.

Mientras no podamos hacer eso, mientras no podamos colectivamente construir propuestas que integren no sólo las carencias de la mujer, sino las necesidades de los hombres y de toda la sociedad, no podremos aportar para construir una sociedad nueva y diferente, una sociedad distinta, en la que todos tengamos oportunidades, en la que los hombres no tengan que luchar a muerte para ser exitosos y nosotras podamos también tener éxito sin necesidades de sentirnos marginadas, maltratadas y negadas.

Los cambiantes discursos sobre la juventud

Pablo Cottet S.

ECO, Educación y Comunicaciones

Durante la última década hemos asistido a la proliferación de los discursos sobre lo juvenil. Los más variados valores y significados habitan las hablas oficiales y cotidianas. Son estos discursos los que están inscritos en los igualmente variados propósitos que presiden las acciones sociales.

El interés de describir y analizar estos discursos radica en comprender fenómenos sociales en los que se asume una participación significativa de los jóvenes. Dicho de otra forma, si queremos comprender fenómenos sociales en los que los jóvenes aparecen involucrados (como víctimas, protagonistas, etc.), debemos estudiar los espacios de habla que construyen esa misma realidad social.

La pregunta que anima esta exposición puede resumirse del siguiente modo: ¿Cuáles son los cambios principales de los discursos sociales que hablan de lo juvenil durante la última década, y cuáles son sus consecuencias fundamentales?

LOS DISCURSOS DE LO JUVENIL DURANTE TRES DECADAS

Como lo hemos afirmado anteriormente (Cottet & Galván 1993), los discursos acerca de lo juvenil se

han modificado en las últimas tres décadas. Si en los sesenta al hablar de jóvenes la imagen predominante era la del "joven universitario de la reforma", en los ochenta el habla predominante destaca el "joven poblador de la protesta". Hoy en día hablar de jóvenes significa "jóvenes genéricos problema".

Durante la década de los sesenta, la orientación que animaba al sistema político, instituciones académicas y organizaciones de la sociedad civil, era el "desarrollo". Orientaciones como "sustitución de importaciones", "industrialización", "promoción popular", ordenaban los discursos sociales, ya fuera en su edición "Alianza para el Progreso", "teoría de la dependencia", "teoría de la marginalidad" o "teoría de la revolución democrático-burguesa".

Asociada a tales sentidos de la época, alcanzaba madurez la orientación de los cincuenta: "Gobernar es Educar", y la expresión de la educación formal básica y media, junto a la demanda de calificación del trabajo, hacen posible y decible algo como "Universidad para todos".

La centralidad social de la educación, y en particular de la universitaria, estaba inscrita en cualquier intento por "desarrollar" el país. Repare-

mos, además, en que el país y Latinoamérica asistían a importantes procesos de fortalecimiento de identidades sociales estamentarias. La llamada "expansión de la clase media", y el auge de las aspiraciones mesocráticas, estaba acompañada de la irrupción social de una "cultura popular". En ambas esferas culturales, la universidad se constituía en un espacio significativo.

Para la cultura mesocrática, la universidad era el escalón obligado en la orientación de "movilidad social". "Ser alguien en la vida" exigía como requisito indiscutible "pasar" por la universidad. De la misma manera, fortalecer la cultura popular exigía "conquistar las universidades para el pueblo", modificando el carácter elitario y aristocrático que poseían.

El programa de la Reforma Universitaria representó la estrategia en que se organizaban y perfilaban —no sin contradicciones— estas aspiraciones. De allí que hablar de jóvenes era hablar primero de estudiantes, y luego de trabajadores.

Revisando documentos de Odeplan a inicios de la década de los setenta, las referencias a los jóvenes que el Estado debía atender especifica que ellos se encuentran en tres actividades: los que estudian, los que trabajan y los que estudian y trabajan.

Fenómenos mundiales como el hippismo, el rock, la irrupción de los jóvenes en la política, dibujaban claramente lo juvenil como factor cultural del cambio. Nos parece que éste es un segundo rasgo al que debemos atender: los jóvenes como protagonistas de un cambio cultural.

Los setenta pueden ser definidos como la década de las dictaduras militares en América Latina, lo que impone un marcado sentido político a la vida social de nuestros pueblos. Al contrario de lo que generalmente se afirma, el autoritarismo y la elitización del poder bajo una administración de castigo y vigilancia le otorga centralidad a la política, más que "apolitizar" nuestra cultura: la política adquiere significación por ausencia, por la centralidad de la prohibición.

Junto a ello, el programa de "desarrollo" se aplicó con toda intensidad y extensión, ahora bajo lo que se ha denominado "modelo neoliberal". No es el caso extenderse aquí en sus características y consecuencias, pero sí considerar este aspecto para

la irrupción de una nueva imagen de los jóvenes en los ochenta.

Lo que algunos autores han denominado "patrón de acumulación concentrador y excluyente" modificó radicalmente las estructuras sociales, los grupos sociales y los imaginarios colectivos. Luego de la suspensión del desarrollo de la cultura popular y la disolución de la cultura mesocrática, la prohibición de la política comenzó a filtrar orientaciones que animaban el malestar de los sectores excluidos de la modernización autoritaria.

Las "protestas nacionales" constituyen un antecedente central en la vida social de los ochenta. Más allá de sus características, en ellas aparecían de manera notoria los jóvenes pobladores. Los jóvenes provenientes de aquellas familias que supieron lo que era la movilidad social en los sesenta, deben enfrentar en los ochenta la clausura de esa promesa.

El carácter de la participación juvenil en las protestas será revisado más adelante, por la relevancia que tiene para la configuración del prototipo de joven en los noventa, y el modo en que las ciencias sociales buscaron en este fenómeno. Por ahora retenemos tres rasgos que dan cuenta del cambio en el habla social de los jóvenes: se desvanece el discurso de la "promoción social" de los sesenta; los procesos de exclusión social reponen la política como eje de los conflictos de la más variada naturaleza; y los protagonistas de la acción política son los pobladores, particularmente los jóvenes.

Es decir, la sociedad participa de dos consensos: el del orden y el del cambio. Es tan radical la demarcación de estas posiciones, que las más distintas acciones juveniles se significaban en alguna de ellas.

Si en los sesenta los jóvenes en Chile (principalmente universitarios) aparecían como "protagonistas de un cambio cultural", en los ochenta la imagen predominante es la de "protagonistas de las protestas". Lo que para un consenso podían ser jóvenes "manipulados" y protagonistas del desorden y la subversión, para el otro significaba los protagonistas del "cambio democrático". En cualquier caso, notemos el registro político de los discursos.

LA APARICION DEL "JOVEN-PROBLEMA"

¿Cómo es que se llega a hablar en los noventa de jóvenes "apáticos", en "crisis moral", en "riesgo psicosocial"; de un "déficit de oportunidades"? Destacaremos dos factores que nos parecen centrales en esta nueva significación del "joven-problema".

Primero, el cambio en las coordenadas del discurso acerca del orden social. El orden social busca aparecer resuelto. De dos consensos en los sesenta, pasamos a un consenso en los noventa. Los límites y contenidos del orden se presentan definidos, y los conflictos en que aparecían inscritos los jóvenes, se elaboran en los noventa como desajustes por resolver. De los jóvenes se habla ahora como "acreedores de la deuda social", como población principalmente afectada por la exclusión social de una modernización devastadora y avasalladora. De allí que el modelo "crecimiento con equidad" considere a los jóvenes bajo la orientación de "integración". Notemos que el conflicto no radica en el orden social, ya que se trata de integrarlos a éste. Lo que en los ochenta significaban condiciones para el cambio del orden social, en los noventa significaba "desafíos para el crecimiento con equidad".

Segundo, en los ochenta se desarrolló una inédita y prolífica atención de las ciencias sociales por los jóvenes. Hemos dicho en otra parte (Cottet, Rodríguez & Seissus 1992) que las ciencias sociales inauguraron en el Chile de los ochenta la categoría de "jóvenes urbano-populares", descritos como sometidos a lo que se denominó "exclusión social". Ambas categorías permanecen en el análisis de lo juvenil y en las orientaciones de políticas sociales en los noventa.

Nos interesa relevar un aspecto en este sentido. Dos tipos de interpretaciones adquieren visibilidad. Por una parte, la interpretación de las acciones juveniles como manifestaciones de un movimiento social. La idea de sujeto social "nunca triunfante y nunca derrotado" de varios de los artículos de *Juventud chilena. Razones y subversiones* (Agurto, Canales & De la Maza 1985). Por otra, la interpretación de las acciones juveniles como manifestaciones de un cambio social propio de la moderni-

zación autoritaria, que verificaba en las conductas juveniles colectivas procesos de "anomia" que afectaban a la sociedad chilena. El estudio *La rebelión de los jóvenes* (Valenzuela 1986) es paradigmático en este sentido.

Si el sentido del orden social no tiene en los noventa la centralidad de los ochenta, no se "necesitan" movimientos sociales; se "necesita" igualar oportunidades, "integrar". Y en tal orientación, la lectura de la anomia social es pertinente. De allí que la mayor parte de las políticas sociales de los noventa dirigidas a los jóvenes esté fundada más en esta objetivación de los jóvenes, que en la de "movimientos sociales".

Es esta segunda lectura la que entronca con la actual imagen del "joven-problema" que tanto problema a los más variados discursos sociales.

VOLVER A MIRAR PARA HABLAR DE LO JUVENIL

Nos parece que es necesario modificar la objetivación que los discursos sociales hacen de lo juvenil, y que ello es condición para persistir en las tareas de "democratización y desarrollo". Para ello queremos mencionar sumariamente dos aspectos que permitan buscar el desmontaje del habla que constituye al "joven-problema", más que reemplazarla por otra del "joven-promesa".

En primer lugar, las ciencias sociales requieren sacar las cuentas de la "creciente separación entre actor y sistema social" (Touraine 1989). Es decir, intentar búsquedas salvando la encrucijada que termina por objetivar a los jóvenes o como "actores sociales", o como "población en socialización". Ello porque el agotamiento de las premisas del "progreso" heredada de Las Luces desvanece la idea organicista del sistema social que evoluciona a estados superiores de civilización o "modernidad", y cuestiona las "leyes" que regulan y delimitan la vida social, a las que deben ajustarse los individuos. Al mismo tiempo, la noción de actor social (tan asociada a colectivo organizado) aparece más como "un deber ser" inscrito en un pensamiento crítico inspirado en un cambio social que tiene pendiente su puesta en escena.

Dos pistas nos parecen de utilidad en la búsqueda de las ciencias sociales respecto a lo juvenil:

- (a) La proposición de Touraine de estudiar la vida social atendiendo al conflicto por la gestión de la historicidad. Es decir, al estudio de aquellas acciones colectivas que se elevan "por encima de simples reivindicaciones y hasta de negociaciones políticas", en que el colectivo puede "reconocerse y afirmarse como productor antes que consumidor de la situación social", siendo "capaz de cuestionar esta situación en lugar de depender de ella" (Touraine 1989:66).
- (b) Siguiendo a Jesús Ibáñez (1979) en su intención por ir "más allá de la sociología", el intento de llegar a la realidad social a través de las hablas que la constituyen. Es decir, para comprender (más que para explicar y predecir) lo juvenil es necesario investigar sus discursos, en cuanto acciones colectivas que configuran relaciones sociales.

En segundo lugar, es necesario incidir y modificar los discursos oficiales de lo juvenil. En ello las orientaciones estatales deben ser puestas en discusión. El desplazamiento del discurso de la "promoción" por el de la "integración" suspende del conflicto acerca del sentido del orden social y niega las orientaciones culturales que animan las acciones sociales, entre ellas las de los jóvenes.

La orientación a la "integración" pone una frontera entre los que están dentro y fuera, pero no dice nada del contenido de ese "adentro". Tal frontera está demarcada por el acceso al consumo, al intercambio de bienes.

Se hace indispensable valorar las acciones juveniles como puesta en escena de sentidos sociales, y para ello las políticas dirigidas a ellas deben marcar menos el carácter de "individuo en tránsito a la madurez biológica, psicológica y social", y destacar más las oportunidades culturales que los jóvenes puedan otorgar a la democracia.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Agurto, I. M. Canales, G. de la Maza
1985 *Juventud chilena. Razones y subversiones*. Santiago: ECO-CIDE-SEPADE.
- Cottet, P. & L. Galván
1993 "Jóvenes: una conversación social por cambiar". *Cuadernos ECO*. Santiago, mayo.
- Cottet, P.; M. Rodríguez & D. Seissus
1992 "Informe de trabajo: Taller de Investigación de Juventud de los 90". *Documento Cepal*. Santiago, septiembre.
- Ibáñez, J.
1979 *Más allá de la sociología*. Madrid: Siglo XXI.
- Touraine, A.
1989 *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Valenzuela, E.
La rebelión de los jóvenes. Santiago: Ediciones SUR.

La conversación de los jóvenes pobladores organizados

Mauricio Rodríguez *

Fondo de Solidaridad e Inversión Social, Fosis

UN DIALOGO SOBRE LAS INSTITUCIONES Y LOS JOVENES

Esta ponencia tiene por objetivo dar cuenta de una reflexión sobre la representación social de los jóvenes pobladores urbanos respecto de los actores locales institucionales, reflexión que está inscrita en un marco analítico más general referido a los límites y posibilidades del surgimiento de espacios de participación juvenil real en el ámbito comunal. Por lo tanto, es un relato parcial del intento por comprender la calificación, análisis, enjuiciamiento e imagen que tienen los jóvenes acerca de las ONGs y municipalidades, y la influencia de estas entidades en el despliegue de la iniciativa social de la juventud poblacional.

Para la contextualización y lectura de este texto es necesario considerar la existencia de un diálogo que busca situarse junto a una nueva conversación social sobre la juventud. En ese intento, nuestro hacer investigativo busca ser en sí mismo expresión de la posibilidad de conversar desde posicio-

nes distintas. Al efecto, se debe considerar lo siguiente: Pablo Cottet y Lilia Galván acaban de publicar un documento en el cual describen y analizan la representación social asociada a las intervenciones institucionales (centrales y locales) dirigidas a la juventud.¹ Nosotros estamos estudiando, mediante el seguimiento a las conversaciones y discursos juveniles, las representaciones presentes en la subjetividad de los jóvenes en su relación con las instituciones locales y centrales. Aunque el análisis de Cottet y Galván incluye un período más extenso que el estudiado por nosotros, coincidimos en el esfuerzo por conocer y acotar las representaciones sociales existentes en el período comprendido por las décadas ochenta (dictadura) y noventa (transición).

Lo anterior resulta particularmente interesante si se repara en que a través de las reflexiones de Cottet y Galván, que escriben desde una ONG bien inserta en la sociedad civil –por lo tanto con cercanía al mundo juvenil de base– se está obteniendo una aproximación interpretativa y crítica de la

* La sistematización de estas reflexiones se realiza junto al sociólogo José Martínez.

1. Véase el documento "Jóvenes: una conversación social por cambiar", de P. Cottet y L. Galván (Santiago: ECO, 1993).

acción de las instituciones públicas y privadas que trabajan con la juventud. Mientras que, a partir de nuestros propios intentos—por ahora insertos en el Estado central—, estamos obteniendo una aproximación a las orientaciones de acción individual y colectiva de los jóvenes, mediante una investigación permanente y directa en la base juvenil.

Por ello es del caso destacar que en esta conversación sobre la juventud nos estamos mirando los unos a los otros y hablando críticamente nuestra otredad, lo cual representa una honesta cualidad asociada a la práctica de diálogo entre investigadores pertenecientes a una generación cuyo eje de acción juvenil fue, precisamente, la reivindicación antiautoritaria.

UN SEGUIMIENTO A LAS CONVERSACIONES JUVENILES SOBRE LAS ENTIDADES LOCALES

El análisis de la representación social de los jóvenes sobre las entidades locales y su influencia en el despliegue de la iniciativa social juvenil tiene que ver con trabajos de investigación efectuados en dos momentos distintos, desde situaciones institucionales diferentes para el investigador, pero con el "mismo" sujeto y en una realidad geográfica y social equivalente: las comunas de La Granja, San Ramón y La Pintana, a las que recientemente sumamos el caso de la comuna de El Bosque.

El sujeto de análisis

En este proceso, el sujeto de análisis es la juventud urbano-poblacional, respecto de la cual debemos hacer algunos alcances.² En efecto, la década de los ochenta fue rica y prolífica para la investigación sobre juventud. Sin embargo, muchos de los estudios definían su sujeto de análisis como juventud

popular, aun cuando en realidad trataban distintos aspectos, facetas y prácticas de los jóvenes pobladores urbanos. Estos no son los únicos jóvenes populares e, incluso internamente, son un colectivo social diverso y cambiante. Aun más: de entre la juventud urbano-poblacional, el sujeto parcial más estudiado en la década pasada fue la "juventud organizada", es decir, el "activo democrático" que algunos reconocieron como "Movimiento Juvenil Poblacional".³ Por nuestra parte, en estudios que sustentan esta reflexión reconocemos como sujeto de análisis a la juventud urbano-poblacional que participa en asociaciones juveniles de base, la cual es sólo uno de los componentes de la juventud popular.

Si bien la juventud es una categoría social que tiene su origen en las grandes transformaciones que instituyeron al orden capitalista (génesis que en Chile encuentra particularidades que no han sido suficientemente exploradas), podemos señalar que esta otra juventud, la juventud urbano-poblacional—para cuya realidad las definiciones tradicionales y unidimensionales de juventud no encuentran aplicabilidad— emerge como un segmento socialmente visible en la primera mitad de los ochenta, al tenor de su masiva y expresiva participación en las Jornadas de Protesta Nacional que se sucedieron entre los años 1983 y 1986.

Su constitución como categoría sociológicamente relevante es producto de un proceso más largo, tributario del acumulado histórico generado por las transformaciones de la sociedad chilena durante las décadas del treinta al sesenta, marcadas por la sincronía industrialización-migración campo/ciudad-urbanización, e inscritas en la promesa modernizadora coronada por el desarrollismo y fracasada en los años setenta. Pero la consolidación de la juventud urbano-poblacional a la luz de un sello generacional culminó en la primera mitad de los ochenta con el surgimiento una significativa franja de población

2. Una elaboración más detallada, destinada específicamente a acotar la categoría juventud urbano-poblacional, se encuentra en el libro *Juventud urbana y exclusión social: las organizaciones de la juventud poblacional* (Buenos Aires: Equipo Folico, Folico/Humanitas, 1990).

3. Varios artículos del libro *Juventud chilena: razones y subterranios*, de Argurto, Canales, de la Maza, eds. (1985) reflejan esta interpretación. Sin embargo, uno de ellos es paradigmático: "El movimiento juvenil popular", de Soto, Valdés y Sandoval.

en edad joven, caracterizada por una escolaridad alta y por una precaria inserción en el mercado laboral, lo que marca una ruptura con la situación social de la juventud existente en las décadas inmediatamente anteriores.⁴

Sin embargo, ya en trabajos anteriores el mencionado "sello generacional" nos ha parecido insuficiente para definir a la juventud urbano-poblacional. Es del todo necesario incorporar a su comprensión y designación las dimensiones ecológico-culturales que circunscriben su singular cotidianeidad. Nos referimos a la importancia del espacio urbano que constituye el hábitat del joven poblador y a las prácticas de acción e interacción social que en él se desarrollan. Sin profundizar largamente en una definición comprensiva de la juventud urbano-poblacional, queremos señalar que junto con la exclusión social que la sella generacionalmente, hay que reconocer en su identificación el hecho de que su condición social se vive concretamente en el ámbito domiciliario (la población),⁵ lo cual determina prácticas de producción y reproducción social donde la dicotomía tiempo libre / tiempo disponible juega una función gravitante.

La acción social del sujeto parcial

En medio de una situación de exclusión social y en condiciones restrictivas de todas las libertades, un segmento de la juventud urbano-poblacional tejó una historia de construcción social: lo que en el metalenguaje político de la época se denominó "activo democrático" constituyó una capa de orga-

nizaciones juveniles que, en gran medida, animaron la movilización política de las poblaciones populares durante la segunda mitad de la década del setenta y en casi todo la del ochenta.

En tiempos de la dictadura militar se socializaron políticamente varias cohortes de jóvenes: los de la resistencia (que se integraron a la actividad sociopolítica entre los años 1973 y 1978, desarrollando una acción éticamente tributaria de la Unidad Popular y articulada primero en torno a la solidaridad y luego en función de la recomposición del tejido social); los de la rearticulación, la protesta y la movilización social (protagonistas plenos del período comprendido entre los años 1979 y 1987); y los de la apertura electoral (continente activo entre 1989 y 1990, sin una vivencia directa del período inmediatamente anterior).

La labor de los jóvenes social y políticamente activos durante el período de la recomposición, las protestas y la movilización, fue leída por algunos como el surgimiento de un nuevo sujeto social. Ellos vieron en la movilización juvenil la constitución de un Movimiento Juvenil Popular. A nuestro entender, los intentos de la juventud por constituirse como sujeto social, de manera "nunca triunfante y nunca derrotada", se arraigan en la historia de la constitución de los movimientos sociales históricos. Sin embargo, el carácter biográfico y generacional de este sujeto fragmentado conspira contra una iniciativa social triunfante, por lo menos en la versión de aquellas imágenes asociadas a los movimientos sociales clásicos. Por lo tanto, estos movimientos juveniles se realizan como acción contestataria y efímera, pero recurrente.

Por otra parte, el carácter poblacional de esta juventud suma la adscripción social a sus posibilidades de ser sujeto, lo cual contrarresta el efecto biográfico y determina una tensión permanente en la constitución de la iniciativa social de los jóvenes, que justifica la acertada metáfora de un "sujeto nunca triunfante y nunca derrotado".

Las representaciones sociales

Lo que nos interesa conocer es la representación social de los jóvenes pobladores urbanos, en cuanto dice relación con las instituciones locales (espe-

4. El Plan Sexenal de Participación de la juventud chilena en el desarrollo, elaborado por el Servicio de la Unidad Popular y publicado por Odeplan en 1971, señala que "los jóvenes son todas aquellas personas de entre 10 y 24 años que estudian, trabajan, o estudian y trabajan a la vez". Esto refleja que en la década de los setenta no tenía significación demográfica, social y política el contingente de personas en edad joven que no estudian ni trabajan, que conforman una importante proporción de la juventud poblacional, junto a los pobladores jóvenes cuya inserción en el empleo era precaria o marginal.

5. A la expresión "ámbito domiciliario" le damos una connotación que desprendemos del sentido que le atribuye Humberto Giannini al domicilio en la reflexión cotidiana.

cialmente ONGs y municipalidades). Para el análisis de las representaciones hemos desarrollado un esquema conceptual relativo a la coherencia entre discursos y prácticas sociales. Algunos elementos de ese esquema se mencionan en los párrafos siguientes.⁶

La relevancia de la representación social fue tempranamente destacada por Emilio Durkheim, quien fue uno de los primeros en señalar la importancia de discernir entre representaciones individuales y colectivas.⁷ En nuestro marco de análisis, la función de las representaciones sociales se articula a partir de la validez teórica de los siguientes enunciados:

- (1) En la realidad social son observables prácticas y discursos sociales. Esta afirmación supone la ampliación de la definición dada por Durkheim para identificar a los hechos sociales, coincidiendo con él al concebir la realidad social como un compuesto de hechos sociales, pero asumiendo que estos hechos sociales son, a lo menos, de dos naturalezas u órdenes distintos: prácticas sociales concretas y discernibles, y discursos sociales enunciados por sujetos en permanente proceso de interacción y construcción social.
- (2) En la situación de interacción social, los sujetos no responden directa y mecánicamente a los estímulos del otro, sino que sobre todo y en primer lugar reaccionan al procesamiento subjetivo que hacen de esos estímulos. Este aserto no habla de la importancia de las representaciones sociales para la definición de comportamientos y prácticas que pueden presentar distintos niveles de coherencia con el sentido de la acción del otro, cuestión que es de la mayor importancia para el análisis y la planeación del cambio institucional.

- (3) El análisis del discurso permite conocer las representaciones sociales que orientarán las prácticas futuras de los sujetos. Esto por cuanto el discurso, entendido como "todo cuanto los sujetos dicen o manifiestan espontáneamente, en tanto expresión manifiesta de sus deseos, creencias, valores y fines", contiene como texto las dos dimensiones de la representación social: lo figurativo y lo simbólico, siendo así un dato empírico de la representación. Lo figurativo hace a la "imagen" de "lo otro", que permite describir y definir una representación social, imagen que es el conjunto de atributos que el enunciante del discurso le confiere al otro. Lo simbólico es el sentido constituido por el conjunto de deseos, creencias, valores y fines que se asocian a la imagen.

En nuestro trabajo reciente hemos leído, del discurso juvenil, la representación social de ONGs, municipalidades y otros actores, mediante los siguientes códigos:

- (a) Los atributos conferidos a las instituciones (la imagen que de ellas se tiene).
- (b) La motivación en juego en el vínculo con las instituciones (necesidades e intereses implicados en la relación).
- (c) La valoración que se hace de ellas, de su función social y de su gestión (enjuiciamiento o declaración evaluativa respecto de la institución y su desempeño).
- (d) Las aspiraciones existentes frente a las instituciones, su gestión y función social (el "deseo" referido a la institución, el "cómo me gustaría").
- (e) La expectativa o certidumbre respecto de las instituciones y su rol (declaraciones respecto de lo que en realidad se puede esperar de las instituciones).

LA TRIPLE DEPENDENCIA INSTITUCIONAL

Tuvimos la primera aproximación a este tema luego de producir la investigación publicada como "Juventud urbana y exclusión social: las organizaciones de la juventud poblacional", de la ONG

313

6. El mencionado esquema se desarrolla en extensión en el estudio "La representación social de los jóvenes pobladores respecto de ONGs y municipalidades", de J. Martínez & M. Rodríguez (mimeo, octubre 1993), cuyos resultados están sin publicar.

7. Emilio Durkheim, *Sociología y filosofía*, Cap. I: "Representaciones individuales y colectivas" (Santiago: Ediciones Zig-Zag, 1937).

Folico. En este trabajo se intentaba responder a la pregunta "¿por qué y para qué se organizan los jóvenes pobladores urbanos?". Para ello se realizó una indagación sistemática en un universo de 55 organizaciones juveniles de base, distribuidas en el área comprendida por el Decanato Santa Rosa,⁸ que incluye las comunas de La Granja, San Ramón y La Pintana, además de pequeños sectores de San Miguel y San Joaquín. La metodología empleada incluyó la realización de un catastro de las organizaciones juveniles activas en el sector durante el año 1988, un análisis estadístico del mismo para precisar las características formales propias de los grupos y sus integrantes, entrevistas en profundidad a dirigentes de organizaciones juveniles⁹ que existieron en el período comprendido entre los años 1978 y 1988, y un trabajo de dinámicas grupales y aplicación de pautas de discusión a miembros de organizaciones activas en 1988.

Recuperación, protección y esquizofrenia

Una de las principales conclusiones de este estudio es que la representación social de las instituciones de acción local es la de "boliches", para el caso de las ONGs; la de espacio protector para las iglesias; y, para el caso de los partidos políticos, paradójicamente, la de amenaza a la autonomía y referente para la acción. Estas representaciones se dan al tenor de la definición y descripción de una relación que señala la triple dependencia de la organiza-

ción juvenil poblacional respecto de las ONGs, los partidos políticos y la iglesia.

El "boliche" es una metáfora que hemos tomado de la expresión usada por uno de los entrevistados para referirse a las ONGs con las cuales su organización mantenía vínculos. Expresa el contenido siguiente: la ONG sería una entidad distinta y ajena a la dinámica social de la juventud poblacional. Su función es administrar recursos que pertenecen en legitimidad y pleno derecho al pueblo, los cuales son enviados para que las organizaciones sociales hagan sus acciones en el marco de la lucha social y política contra la dictadura. Por lo tanto, los recursos de que dispone la ONG son recuperados al momento de ser transferidos desde la ONG a la organización juvenil.

Sin embargo, este proceso de recuperación es una negociación, donde los jóvenes tienen como elemento para negociar sólo su —a esas alturas autoasumida— condición de clientela potencial de la ONG, la que permitirá a ésta justificar su gestión ante las agencias de financiamiento y así obtener nuevos recursos. Por su parte, en la negociación la ONG cuenta, precisamente, con aquellos recursos que la organización necesita para operar, posesión en función de la cual la ONG pone límites, normaliza y acota la gama de acciones posibles de realizar por parte de los jóvenes. No se tiene noción de que esto era así en virtud de que la propia agencia internacional de financiamiento acota las áreas de acción de la ONG, con lo cual la organización social deviene en el último eslabón en una cadena vertical descendente de dependencias y restricciones a la iniciativa. Más bien se atribuye la "actitud" de la ONG a su naturaleza institucional y, muy frecuentemente, al carácter "profesional" (no popular) de sus integrantes.

La representación de los espacios eclesiales como lugares de protección tiene dos referencias: al espacio físico en el cual los grupos juveniles y demás organizaciones poblacionales funcionaban, y a la sensación de protección que la labor de la Iglesia en el ámbito de la defensa de los derechos humanos daba a la participación. Sin embargo, la acción juvenil habría encontrado restricciones en la supuesta tendencia eclesial a relacionar el apoyo prestado con el esfuerzo por cumplir su misión

8. Esta decisión respecto de la unidad geográfica por considerar fue tributaria de la importancia de la Iglesia en los procesos sociales locales: el Decanato Santa Rosa es uno de los sectores definidos por la Iglesia para organizar y administrar su acción pastoral. Al mismo tiempo, era una referencia de las organizaciones juveniles para definir su radio de acción.

9. Estas personas fueron líderes y/o dirigentes del Coordinador Juvenil Comunal, Cojucu, una expresión mayor e indicativa de las dimensiones que alcanzó la movilización juvenil durante la dictadura. Una descripción más detallada del Cojucu, que incluye su génesis, ámbito de acción, evolución y dimensiones, se encuentra en el libro *Juventud y dictadura: sistematización de una práctica con sectores juveniles*, de V. Soto, A. Valdés y otros (Buenos Aires: Folico/ Humanitas, 1989).

pastoral, conflicto potencial que se atenúa ante la presencia y gestión del "cura buena onda".

La representación de los partidos políticos era paradójica. Los partidos estaban presente en las organizaciones juveniles a través de sus militantes. Un indicador de esta presencia es que la estructura de las organizaciones juveniles poblacionales muchas veces se asemejaba a las bases y células partidarias. Esta imbricación orgánica entre lo social y lo político era inevitable en el marco de proscripción de los partidos políticos. Sin embargo, esta muy estrecha relación llevaba a lo que denominamos, tomando la expresión de Rodrigo Baño en su libro *Lo social y lo político*,¹⁰ "esquizofrenia de la doble militancia", donde los dirigentes de los grupos juveniles —que en la mayoría de los casos eran militantes de partidos políticos— defendían al interior del partido la autonomía de las organizaciones sociales, al tiempo que en la organización juvenil se esforzaban por aplicar y desarrollar la línea política y la estrategia partidaria-miente prescrita.

De este modo, los macro-objetivos de la acción juvenil quedaban dados por las definiciones de los partidos y conglomerados políticos nacionales, resultando constantemente como formulaciones abstractas y desconectadas de "lo concreto-vivido" en la cotidianeidad juvenil poblacional. A partir de esto se actualizaba el distanciamiento entre "organizadas" y "no organizadas", que se constituyó en una dicotomía que siempre las organizaciones juveniles romper, de manera más o menos infructuosa, romper.

De acuerdo a lo anterior, sostenemos que en la constitución de movimientos juveniles locales durante la década de los ochenta, el rol de las instituciones fue de paradoja. Aun definiéndose como alternativas u opositoras, generaron en la práctica una situación de triple dependencia institucional, donde la aspiración permanente a la autonomía social fue anulada ante la carencia de poder negociador por parte de las organizaciones juveniles. Esta dependencia institucional y el carácter singular de los llamados movimientos juve-

niles poblacionales durante esa época quedó de manifiesto con la situación vivida en el periodo comprendido entre los años 1988 y 1989: los partidos políticos se resituaron en el contexto de la gran política institucional, la Iglesia experimentó un proceso de progresivo enclaustramiento pastoral y las ONGs se sumieron en una profunda crisis de sentido, originado en el cambio de escenario social y por la constricción de los flujos de apoyo provenientes de las agencias internacionales, las que empezaron a reorientar sus recursos a otros temas o hacia zonas del planeta donde los conflictos sociales les parecen más relevantes (consecuencias sociales y económicas de la desestructuración de los socialismos reales, situación del Golfo Pérsico, miseria radical en Africa, sida, depredación ecológica, etc.). A esta situación de dispersión de militantes sociales, desarticulación de movimientos locales y reconversión de organizaciones de base en comandos electorales, la denominamos "desierto social".

NUEVOS INTERLOCUTORES: RUPTURA Y CONTINUIDAD EN EL DISCURSO JUVENIL

El segundo momento de investigación es un seguimiento a las conversaciones juveniles sobre las ONGs y las municipalidades. El objetivo de este estudio es conocer la representación social existente en los jóvenes acerca de las ONGs y municipalidades, con la proyección práctica de establecer los límites y posibilidades que esta representación —formada en una relación concreta que puede implicar presencia o ausencia del actor institucional— pone a la realización de un programa participativo que ligue la iniciativa juvenil con el desarrollo local.

La investigación se realizó en las comunas de La Granja, San Ramón y El Bosque. La técnica elegida para el seguimiento a las conversaciones fue el grupo de discusión, en la versión que propone Jesús Ibáñez. Se han escuchado las conversaciones de jóvenes adscritos y no adscritos a grupos juveniles, de distinto género, con un rango etáreo fluctuante entre los 15 y los 21 años de edad,

10. Rodrigo Baño, *Lo social y lo político* (Santiago: Flacso, 1985).

participantes y no participantes en proyectos ejecutados tanto por entidades públicas (municipalidades) como privadas (ONGs). En lo que sigue nos centraremos en los antecedentes recopilados para el caso de los jóvenes pertenecientes a grupos juveniles.

Los avances preliminares de este estudio nos señalan que el grado de ideologización de los discursos juveniles es diferente del que tenían los jóvenes organizados de los ochenta, cuestión que se expresa no en una cuantificación simple, que es imposible, sino en la característica de diversidad ideológica que ellos presentan al hablar de las instituciones locales.

Lo que nos parece más relevante, por ahora, son los siguientes dos elementos:

- (a) En el discurso sobre las instituciones locales de los jóvenes pobladores adscritos a grupos y organizaciones juveniles no están presentes la Iglesia ni los partidos políticos, a excepción de jóvenes que pertenecen a grupos pastorales o a partidos políticos. También en estas conversaciones la noción de ONG desaparece, disolviéndose en la singularidad de cada entidad. Por otra parte, en varios grupos de discusión aparecen la municipalidad y la empresa privada, figuras que antaño estaban ausentes en las conversaciones juveniles sobre el rol y sentido de las organizaciones de la juventud poblacional.
- (b) La conversación de estos jóvenes respecto de las instituciones locales muestra una línea que se articula en torno a una matriz ideológica que podría acoplarse al discurso institucional que se representa al modelo/tipo ideal de joven democrático como emprendedor/individualista,¹¹ y una línea que se articula en torno a una

11. El discurso de los jóvenes organizados que se autoperceben como emprendedores es toda una posibilidad para la democracia si se asume una concepción amplia de empresa, en la que la capacidad emprendedora aparece como una cualidad mental que posibilita la realización de empresas humanas de diverso tipo, no sólo individualistas y económicamente productivas. Sin embargo, es un problema si las condiciones sociales que los jóvenes emprendedores requieren para realizar su iniciativa no son igualitariamente generadas por la sociedad y

matriz ideológica crítica, que supone una suerte de continuidad con las posiciones de los jóvenes de los ochenta frente a las instituciones locales.

La representación de las instituciones: "una oportunidad abierta"

En grupos realizados con jóvenes pertenecientes a "organizaciones"¹² juveniles, encontramos un discurso que concibe a las entidades locales como una oportunidad, especialmente a la municipalidad y a la empresa privada.

En este caso, el discurso es más o menos el siguiente: la municipalidad es un espacio abierto, una oportunidad en sí misma, en la cual existe voluntad y recursos para apoyar los proyectos que los jóvenes propongan. Para que esa voluntad se traduzca en apoyo efectivo, es necesario que "nosotros", los jóvenes, seamos capaces de acreditar responsabilidad y confiabilidad, lo cual surge de tener un trabajo previo que mostrar, dependiendo básicamente de la capacidad, creatividad e iniciativa de los jóvenes individual o grupalmente considerados.

Por lo tanto: los jóvenes se autoimponen la exigencia de ser sujetos emprendedores que cuentan con un capital básico para la necesaria y "legítima" negociación que deben establecer con la municipalidad. Ese capital es la creatividad y la iniciativa para proponer nuevos e interesantes

sus instituciones. En ese caso, estamos ante la paradoja de una sociedad que alienta a sus jóvenes a convertirse en "jaguales", pero que no genera sino en la retórica igualdad de oportunidades. En esas condiciones no se amplía la ciudadanía plena, sino que en un vasto sector de jóvenes se verificará crecientemente el reclamo que enuncia la sentencia "quiero surgir y no puedo".

12. Las comillas se explican porque varios grupos juveniles con los que trabajamos no se reconocen como organizaciones sociales, tal como no tienen la noción de ONG al referirse a éstas. Un tratamiento detallado y exhaustivo de los procesos de constitución de las agrupaciones juveniles durante la transición se presentará en el documento "Procesos de constitución y desarrollo del asociacionismo juvenil poblacional durante la transición", de los autores Víctor Soto, Cecilia Muñoz y Eugenio Marco (Santiago, mimeo, 1993).

proyectos (comprables), ante lo cual se da por sentado que la municipalidad se interesará. Aquí el municipio deviene en una suerte de "socio capitalista", al que es necesario seducir con "buenas ideas". Este socio es reconocido como un "otro legítimo", pero no alcanza el estatus del aliado. Sin embargo, la relación con él es cualitativamente superior a la que se establecía con "el boliche", marcada por una dinámica de falsas confianzas y, desde el punto de vista de los jóvenes, de mutua instrumentalización.

Junto a la municipalidad y a otros actores relevantes, en el discurso sobre las instituciones locales aparece una figura que tampoco estaba presente en el discurso de los organizados de los ochenta: la empresa privada. Para el caso de este actor, la metáfora del socio capitalista tiene vigencia relativa. Existen algunos matices que la particularizan y diferencian respecto de la aplicación y sentido que tiene en el caso de la municipalidad. Mientras la municipalidad es una oportunidad presente y con voluntad para apoyar, a la empresa privada se le hace una interpelación y un reproche: es necesario que esté, hay que lograr que esté y que aporte, "ya que nunca lo ha hecho". Para lograr eso, los jóvenes deben redoblar su capacidad de mostrar creatividad y de desplegar iniciativa: a la empresa privada no sólo hay que seducirla, es necesario conquistarla.

La representación de las ONGs es expresiva. En varios casos, el ejecutor del proyecto en el cual los jóvenes participan es una ONG. Aun así, la noción de ONG, denotativa de una categoría de instituciones (las buena onda, los boliches, etc.), se disuelve en la particularización de cada entidad (Folico, el Centro Arauco, etc.), a las cuales se les asignan y reconocen características específicas y concretas. Incluso en varias oportunidades los jóvenes no establecen una diferencia clara entre la municipalidad y la ONG, o entre la empresa privada y ésta. Se presupone que la ONG es un apéndice o una dependencia de alguna de las otras dos. Aun así, existe una valoración positiva del tipo de relación que se experimenta al interior de los proyectos que ejecutan las ONGs. Se califica como participativo, estimulante, "extractor de la creatividad que nosotros tenemos". Sin embargo, la comparación se establece con otros espacios de convivencia en los

que los jóvenes también participan y con los que efectivamente interactúan, como son la escuela y el trabajo. No ocurre lo mismo con la municipalidad o la empresa privada, entidades con las cuales la práctica de interacción es objetivamente esporádica (no hablan de una práctica interactiva que no practican, pero sí de identidades públicas respecto de las cuales tienen opiniones fundadas en supuestos).

Por último, con una municipalidad asumida como una oportunidad abierta, la empresa privada interpelada para que esté y las ONGs particularizadas en sus identidades corporativas individuales, es necesario destacar que en esta línea de discurso de los jóvenes organizados no están presentes los partidos políticos ni la Iglesia como aliados ni interlocutores, ni tampoco hay una problematización ideológica de la realidad del país o de la comuna, que contextualice la representación que tienen de las instituciones. Esta ausencia es correlativa y correspondiente con la reubicación de las prácticas de tales instituciones: los partidos están sumidos en una dinámica "desconectada" de lo concreto vivido, o bien se encuentran sumidos en crisis ideológicas, orgánicas y/o identitarias que los transforman en expresiones marginales y autorreferidas, carentes de influencia social. Por su parte, la Iglesia sigue una línea pastoral que la distancia de los procesos sociales concretos, de donde la interacción con las dinámicas organizacionales de la sociedad civil quedan liberadas a los propios actores.

La representación de las instituciones: "amenaza a la libertad"

Otra línea discursiva entre los jóvenes pertenecientes a organizaciones o grupos juveniles la marca el conjunto de enunciados que hablan de las instituciones locales como una amenaza a la autonomía. Esta es un habla frecuente entre aquellos jóvenes que están en más directa y concreta relación con la entidad municipal y relacionados con proyectos sociales o iniciativas municipales que tienen que ver con la juventud.

La expresión más pertinente para definir esta línea de enunciación es la esquizofrenia entre el "estar o el no estar". Aquí la institución cumple una

función manipulatoria, originada en un intercambio injusto, desproporcionado, monopolístico. No se desconoce la inevitabilidad de un tipo de relación de intercambio (dar para recibir), sino que se destaca la no reciprocidad del intercambio. La institución—en este caso, la municipalidad— cuenta con todo el poder, por lo que resulta inevitable su tendencia a la manipulación de los jóvenes. Ante este panorama, el relacionarse con la municipalidad es ineludible, pero constantemente el proceso de interacción se vive con "contradicciones vitales": estar en los espacios abiertos por la municipalidad es el ejercicio de un derecho legítimo de los jóvenes y sus organizaciones; sin embargo, se resiente el beneficio que supuestamente se haría a la municipalidad con el participar en sus convocatorias.

Es de esta sensación de malestar y contradicciones que surge el intento persistente por tratar de resignificar en la práctica el sentido que tienen esos espacios municipales. Se espera poder contrarrestar desde adentro los sentidos oficiales, manipulatorios y errados dados por la municipalidad a esos lugares. En estos términos, la municipalidad aparece como un mal necesario cuyos efectos deben ser revertidos en la acción.

A MODO DE CONCLUSIONES Y COMENTARIOS

La aproximación antes esbozada nos deja de manifiesto que en la conversación de los jóvenes de asociaciones juveniles de base sobre las entidades, rol, sentido y funciones de las instituciones locales, se da una diversificación del discurso.

En efecto, respecto de las representaciones de los jóvenes de los ochenta, hoy día claramente existe una mayor variedad de posiciones respecto de la relación con entidades externas de acción local.

Nuestro análisis al respecto nos dice que esto guarda relación con el hecho de que el discurso de los jóvenes organizados de los ochenta se constituía en el consenso democrático-opositor existente en la dictadura, el cual se contraponía al consenso autoritario dominante en la época. En cualquier caso, el consenso democrático-opositor tenía una urgencia política que compartían sectores que aspiraban prioritariamente a la recuperación de la

ciudadanía y sectores postergados que aspiraban, junto con el cambio político, a la promoción social.

Por su parte, el consenso autoritario dominante era más homogéneo internamente, en términos de que las aspiraciones sociales y políticas de sus adherentes aparecían mejor y más coherentemente articuladas. Ello es un aserto en términos de que proyecto político y proyecto económico se ensamblaban satisfactoriamente en un proyecto histórico de refundación y desarrollo capitalista.

Hoy día, la conversación de los jóvenes de asociaciones de base surge en medio de un solo consenso ampliamente dominante. Esta situación introduce en el colectivo de las organizaciones juveniles nuevas versiones acerca del papel de las instituciones de apoyo, posibilita nuevos posicionamientos juveniles frente a la oferta institucional. Por una parte, encontramos aquellos discursos que ven la posibilidad de un encuentro en la diferencia, asumiendo a las instituciones como portadoras de la voluntad y recursos necesarios para establecer un diálogo democrático y constructivo con los jóvenes y sus proyectos. Por otra parte, vemos aquel hiperrealismo juvenil que, asumiendo la inevitabilidad de la relación de intercambio, señala que el dominio institucional en la relación seguirá dando cuenta de un poder funcional a intereses individuales o corporativos presentes en la institución, pero ajenos a los intereses, necesidades y motivaciones juveniles.

Y como es cierto que en la relación entre las instituciones (municipalidad, ONGs, otras) y los jóvenes las primeras tienen el monopolio de, por lo menos, el poder de los recursos y la información, un cambio de sentido en la vinculación—pasando del boliche, al centro manipulatorio y la dependencia, a la colaboración y la coordinación de acciones— pasa necesariamente por la reconversión de las prácticas institucionales y su sentido. Al mismo tiempo, una vez reconocido esto, las propias entidades de apoyo podrán colaborar efectivamente con cambios en las prácticas juveniles, para que éstas sean empresas de creatividad y desarrollo que marquen el nuevo estilo de una verdadera autonomía de la iniciativa social, y la incorporación de la juventud a la vida comunal como actor de una historia propia.

Juventud popular en peligro de vida

María Emilia Tijoux
Universidad Arcis

La situación de la juventud popular ha sido probablemente el problema social más agudo que ha afectado en las últimas décadas a la sociedad chilena. Primero, debido a la alta proporción de jóvenes que existe en el país. En segundo lugar, porque las políticas establecidas incrementaron a tasas récord su exclusión social, convirtiendo a la juventud en el sector más opuesto al régimen militar. En tercer lugar, porque ante la inseguridad para obtener un empleo, la juventud se volcó al sistema educacional con el fin de elevar sus niveles de capacitación, asumiendo que el desempleo era atribuible a una baja escolaridad. El resultado fue que la "juventud de los ochenta" experimentó una frustración más grande cuanto mayor habían sido sus expectativas. Surgieron así los "cesantes ilustrados" que rápidamente radicalizaron sus orientaciones políticas.

La transición democrática no ha despertado en la juventud popular actitudes positivas. Por el contrario, se observa que, en lo que a ella se refiere, domina el "desgano" y la "apatía". Ya no hay un "tirano" contra el cual "luchar hasta las últimas consecuencias", que les permita ganarse el respeto y el aprecio del resto de la ciudadanía democrática. Su visión crítica de la institucionalidad vigente y

de la clase política civil y militar es un fenómeno creciente que tiene consecuencias que todavía no hemos terminado de conocer.

Se debe considerar además que el peso gravitante que ha tenido el adulto en la fase de transición —en oposición al peso dominante que la juventud tuvo en la fase de lucha activa contra la dictadura—, se duplica en la forma en que los partidos políticos se han organizado para estos "nuevos tiempos democráticos". (Ningún partido político parece tener hoy día una política juvenil consistentemente democrática).

Cabe decir que la juventud popular, de ser el sector más drásticamente afectado por las políticas desarrolladas, y el más reprimido y violentado por su acción de lucha contra la dictadura, sigue siendo un sector social "bajo sospecha" general, por su anomia, su violentismo, su inclinación delictual, su fragmentación orgánica y su extraña forma de proceder.¹

1. Durante los últimos años, un promedio anual de 100.000 jóvenes han sido arrestados en las calles y esquinas de sus barrios, así como en sectores "prohibidos" para ellos, sólo por la "sospecha" de ser "presuntos" participantes en cualquier tipo de hechos que atenten contra la ley.

La joven generación de los noventa se está formando en un contexto global de desintegración de las identidades colectivas, enfrentándose a un entorno histórico que bloquea sus posibilidades de desarrollo, tanto en lo individual como en lo colectivo. Los parámetros o tendencias que cruzan y atraviesan su existencia subrayan su involución, más bien que lo contrario. Para citar sólo algunas de ellas: desde 1973, les afecta una mayor tasa de desempleo sectorial; una mayor presión competitiva; una altísima represión "por sospecha"; un menor acceso a la educación superior; una decreciente proyección a identidades colectivas; una menor pertenencia a familias integradas; un grado descendente de politización; una curva ascendente de "actitudes desviadas" de diversos tipos, etc.²

Es evidente que la modernización liberal se ha construido en Chile no sólo erosionando las identidades colectivas de la nación, sino también deteriorando, en su mismo origen, la formación de identidades juveniles a nivel incluso individual.

Pero los grupos dominantes no han interpretado adecuadamente la situación que viven los jóvenes populares. Se ha afirmado en ellos la idea de que la juventud vive una crisis de "anomia social", que hace brotar de ella toda clase de "grupos antisociales" que provocan problemas a la sociedad y que deben, por lo tanto, ser duramente reprimidos. Así lo demuestran los métodos de represión zonal, represión sistemática de exterminio contra los grupos subversivos, propaganda persuasiva a través de la TV ("sólo buscamos una oportunidad"), incorporación a Casas de la Juventud y a programas administrados por grupos pro-gobierno, actividad recreativo-cultural masiva, abaratamiento de mercancías de consumo juvenil, y actividades extensivas de capacitación laboral (manual).

Este análisis, sin embargo, no considera dos elementos centrales en la juventud popular: la ausencia de identidades comunitarias amplias que convoquen su fuerza, talento e idealismo; y la

presencia de energías identitarias y movimientistas dentro de las micro-asociaciones juveniles que hoy son reprimidas o devaluadas. De esta forma, lo que los jóvenes puedan decir o proponer no tiene cabida en la política global de desarrollo social, porque tanto el comunitarismo como el alternativismo no tienen hoy cabida en los esquemas teóricos de la modernidad liberal, tal como ésta se define y administra hoy en Chile. La crítica de los jóvenes a la política oficial es apenas oída.

Pero aunque el balance de las diferentes teorías de la juventud demuestren que se les ha categorizado desde los procesos organizados por el mismo sistema político que rige hoy la vida nacional, la palabra y la acción de los jóvenes populares es otra de las lecturas -directa esta vez- que puede sin duda dar cuenta de lo cotidiano y vivencial de sus existencias.

¿QUIENES SON LOS JOVENES POPULARES?

No pretendemos entregar una respuesta global a una multiplicidad de historias particulares. La muestra con la que daremos cuenta de algunos de sus comportamientos y características corresponde a un número cercano a 300 jóvenes que, desde el año 1991 hasta hoy, han pasado por la Escuela-Taller El Encuentro, de La Florida. Ellos provienen de sectores pobres de poblaciones como Villa O'Higgins, Guillermo El Conquistador, Los Alamos, La Patria, San Gregorio, La Bandera, Yungay, Lo Hermida, Los Copihues, por citar algunas.

Se trata de jóvenes que llegan golpeados por la vida, que han sufrido múltiples abandonos, portadores de diversas carencias e historias difíciles, pero que se definen a sí mismos como "idealistas", "auténticos", "de verdad", "con ganas de hacer mil cosas", "soñadores", "contentos", pero "que no tienen un lugar en el mundo".³

A continuación planteamos algunas categorías para el análisis de estos grupos.

320 2. Estos datos se encuentran en las fichas CAS, CAS II y CASEN de los servicios sociales de municipios correspondientes a los sectores donde habitan los jóvenes de esta muestra.

3. Taller de Relaciones Humanas: ¿Cómo soy yo, cómo somos nosotros?, La Florida, febrero 1992.

"Un lugar en el mundo": el territorio

Yo siempre he vivido aquí. De Santiago conozco un poco Renca, El Salto, Quinta Normal, Pudahuel. Cuando trabajé conocí el barrio de los bacanes allá en Lo Barreñechea, y pienso que han tenido suerte en la vida.⁴

En esas poblaciones se mezclan problemas espaciales y sociales. Las calles y los pasajes no están pavimentados. Los inviernos son largos y fríos, los veranos calurosos y polvorientos. Los niños crecen jugando en las calles, imitando a los mayores, sin espacios para entretenerse; así, la calle, los "videos" y los "pules" se convierten en lugares privilegiados de encuentro. Su conocimiento de la ciudad es limitado y se reduce casi exclusivamente al ámbito de sus propias poblaciones.

A mí me gusta salir, pero no me dejan en la casa. A veces me gustaría ir a ver una película allá por el centro, pero queda muy lejos.⁵

Nunca he salido fuera de Santiago. Una vez me acuerdo que fui al cine cuando era chica; era lejos. No salgo lejos, me da miedo cuando no conozco.⁶

A veces, cuando salgo voy a dar una vuelta para allá a la Villa O'Higgins. [Esta población se encuentra a unas diez cuadras de la población donde él vive].⁷

Las relaciones de amistad se construyen en la calle y esquinas. Allí se establecen las principales interacciones, se desarrolla la amistad, se "mata" el tiempo, se tejen los sueños, se organizan "las movidas" y se viven los peores y mejores momentos.

Ahí nos juntamos con los cabros por las tardes, las noches y los fines de semana. Cuando no tenemos nada que hacer, también vamos. Nos juntamos ahí desde chicos, la pasamos bien y conversamos. Claro que a mí no me gusta que vengan mis hermanas.⁸

La esquina, rincón y pedazo de espacio público del que se apropian, está cerca de sus casas. Ahí les gusta estar, "se sienten bien", e incluso protegidos.

Fue cuando andaba "copeteado", por allá lejos, que llegó el paco Lucho y me esposó las manos, después me las amarró con un cordel que puso en la moto y así me arrastró varias cuadras, hasta que supo mi mami y se metió toda la gente del pasaje. Ahí recién me subieron al furgón, dijeron que era "por sospecha" y me dejaron libre al otro día.⁹

Es cierto que a veces los cabros hacen leseras, pero no vamos a aguantar que traten así a nuestros hijos. Entonces, cuando se los llevan, nos avisamos y salimos todos corriendo para quitárselos. Yo aquí tengo un botón del uniforme que le quité a uno cuando me "pelé" esa vez que vino a buscar a mi hijo.¹⁰

La población es el espacio privilegiado de encuentros y de actividades en que participa toda la comunidad (colonias urbanas, actos culturales, apoyo a damnificados, a los que sufren duelos, a los que se incendian, a los que están enfermos y presos), o parte de ella (matrimonios, bautizos, partidos de fútbol, etc).

Esta es una población pobre, no como allá donde los bacanes. Aquí está siempre lleno de gente. Sé que es fea y que la gente es despistada, pero yo no me cambiaría de aquí. Me gustaría arreglar mi casa, que está harto "charcha" no más, y que aquí hubiera más parques y más cosas para todos. A mí me gusta cuando nos juntamos todos y hacemos algo, así nosotros no más, sin que se metan los políticos.¹¹

También hay otros que desean irse del barrio:

No quiero que sigan acá los niños, siempre jugando en la calle, aprendiendo leseras. Ya tan chicos, uno con cuatro y el otro con cinco años, pasan puro peleando y los van a echar de la escuela cualquier día. Me gustaría cambiarme donde sea más tranquilo, pero por ahora no puedo, no tengo plata.¹²

4. Entrevista Juan B.
5. Entrevista colectiva, Taller de Relaciones Humanas, julio 1992.
6. Entrevista Ximena, 19 años, agosto, La Florida, 1992
7. Jonathan, 20 años, Pob. Guillermo El Conquistador, La Florida, mayo 1992.
8. Javier, La Florida, noviembre 1991.

9. Richard, 18 años, La Florida, noviembre 1992.
10. Señora Iris, Villa O'Higgins, a propósito de un problema con carabineros en marzo de 1991.
11. Taller ¿Cómo es mi población?, El Encuentro, La Florida, octubre 1992.
12. Loreto, 22 años, La Florida, septiembre 1993.

La familia

Viven en su mayoría con los padres. Los que están casados, que conviven o tienen hijos a su cargo, viven allegados, cohabitando o instalando una mediagua en el sitio de padres o suegros. No siempre lo hacen por razones económicas o de espacio. Es duro y "grave" dejar el hogar y a la madre, sobre todo cuando ésta vive sola con los hijos. La madre, a su vez, ejerce sobre los hijos un poder fuerte que les impide tomar decisiones propias.

Me fui porque ya estaba aburrida, él hacía todo lo que la mamá le decía, yo tenía que callarme todo el tiempo, ella le puso hasta el nombre al niño, lo que tenía que comer, la ropa que se ponía. El le entregaba toda la plata a ella y yo no podía decir nada. Está bien que fuera viuda, pero tampoco estaba casada con el hijo. Cuando me puse a estudiar aquí, me acusó de todo y le dijo a él que yo me había casado para estar en la casa y no para salir a callejar. Entonces le dije a él que tenía que elegir y prefirió quedarse con la madre.¹³

En relación al lazo simbólico que el joven establece con su familia y que le permite construirse a sí mismo en una imagen valorada en torno a los modelos parentales, éstos –al menos en este sentido de la estructuración– casi inexistente. Se trata de padres carenciados y "sufridos", que por lo general se sienten incapaces de educar a los hijos, sobre todo cuando éstos "llegan" sin ser esperados, como si se tratara de un "destino" al que están condenados, pero que deben asumir. Los hijos se sienten obligados a "pagar" los sacrificios de su familia y mantienen con ella relaciones de amor y de odio.

El padre por lo general está ausente, y casi no juega ningún rol en la educación y cuidado de los hijos. Manifiesta indiferencia o asume actitudes autoritarias.

Dice la madre de un joven:

Ahí pasa sentado en la casa mirando tele. No nos habla casi nunca. No era así antes, ahora ni se lava, está cada vez peor. Cuando los chiquillos se

van a la calle en la noche por ahí, soy yo la que los voy a buscar. El no, porque no quiere líos, dice. Entonces yo voy a buscarlos hasta que los encuentro. El no tiene ninguna autoridad, yo creo que ya no le importa nada.

Uno de los hijos dice:

Pero sea como sea es mi padre, y nadie lo puede botar de la casa; eso no se hace con un padre.¹⁴

La escuela o el "fracaso escolar"

A diferencia de la década del ochenta, el nivel escolar baja cada año. Los jóvenes han abandonado la escuela formal para trabajar, cuidar a los hermanos chicos, por problemas de rendimiento, de ausencias repetidas y de disciplina.¹⁵

El primer colegio que fui era ése de Isla Wellington, y ahí yo era el terrible de malo porque les pegaba a los cabros, pero yo pegaba para defender a mis amigos y por eso me echaron. Me cambiaron a otro colegio y me echaron también. Después en la otra escuela –ésa sí que me gustaba– no me pude quedar tampoco, ya estaba fichado y siempre me echaban la culpa a mí de todo lo que pasaba. La profe tampoco me quería, a lo mejor porque yo era muy feo.¹⁶

Iba a la escuela para que mi mami se quedara tranquila. Apenas llegaba buscaba hacer alguna maldad, romper algo, quebrar los vidrios, sólo de llegar me daban ganas de romper todo.

Era la única que llegaba a la clase con los zapatos rotos. Todos me miraban y se reían, entonces empecé a llorar porque no quería ir nunca más. ... claro que a mí me gustaba estudiar, siempre me gustó.

No podía escuchar a la profesora. Me acordaba de la casa y pensaba cómo se las iba a arreglar mi mamá ese día para comer, y no me daba cuenta de lo que decía la profesora, me sacaba puras malas notas y me retaban hasta que me echaron.

13. Entrevista, Marcela, 21 años, La Florida, septiembre 1992.

14. Carlos, 21 años, La Florida, octubre 1992.

15. Fichas de postulación y de inscripción de los cursos entregados por la Escuela. Años 1991-92.

16. Patricio, 19 años, La Florida, agosto 1992.

Fui dos años no más a la escuela. Me quedaba dormido todos los días, porque le ayudaba a mi papá en la noche. Entonces la profesora mandaba a llamar a mi mamá y ella no iba.

Me gustaba el colegio, pero como me quedaba lejos no tenía plata para ir y mi mamá me dejaba en la casa; faltaba mucho, y así me iba mal.

Estuve seis años en la escuela, pero nunca aprendí a escribir; leo un poco y lo otro lo copio de lo que leo.

Me cargaba la escuela, obedecer todo lo que me decían. La profesora no me quería, siempre me decía que era una negra fea, y me daba rabia.

Yo tuve una señorita super buena, y me quería mucho, pero no pude seguir yendo porque quedé embarazada. Ella me decía que fuera igual a clases, pero todos se iban a reír de mí si yo iba a la escuela guatona.¹⁷

El fracaso escolar es el primer "gran fracaso de la vida" y está claramente descrito por los profesores, que lo califican únicamente a través de sus carencias:

No sabe hacer nada, tiene dificultades graves que no superará; es incapaz de hacer algo bueno; no aprende a pesar de todo lo que la escuela hace por él; nadie se preocupa de este niño en su casa; necesita seguimiento en el hogar; no comprende lo que se le explica; no escucha en clases; no hace nunca sus tareas; trae los cuadernos manchados; se queda dormido en clases; es demasiado violento...¹⁸

Puede desprenderse de lo señalado que se trata de sujetos "difíciles", que nunca satisfacen a la sociedad. Para algunos son "demasiado" violentos, delincuentes, drogadictos y psicóticos. Para otros, "no están suficientemente" motivados, y no son "suficientemente" autónomos, capaces de hacer algo, etc. Los jóvenes responden: "de todas maneras, hagamos lo que hagamos, nunca van a estar contentos", por eso es que "no los pescamos".¹⁹

¿Proyectos? "Loco, no estoy ni ahí"

Si no tienen lugar en el mundo, ¿por qué deberían "estar" ahí con ese mundo? Son los "otros" los que tienen: colegio, trabajo, vacaciones, justicia, derechos, hogar, medios económicos. Pero aseguran "estar ahí" con la población, los padres (sean como sean), los amigos, la esquina, las personas que los quieren, la organización juvenil que ellos inventan, el fútbol, las protestas, la expresión artística, la ayuda a los demás, la solidaridad, la droga, el alcohol, los paseos y el amor.

Yo no soy malo, en serio, yo soy normal. Cuando la gente me tiene miedo, encuentro eso "charcha", porque yo no les voy a hacer nada malo. Cada vez que pasa algo ayudamos en todo.²⁰

Los trabajos que han realizado son "pololos" de supervivencia y de oportunidad, para obtener algunas "monedas" que aporten a la economía familiar o satisfagan necesidades básicas propias. Trabajan desde muy niños, ya sea en la economía informal o en la formal, pero rara vez con contrato y condiciones dignas.

Empecé a trabajar como ayudante de joyero a los 16 años, después de copero allá en Mac Iver, en la Coca-Cola en la planta para ordenar las cajas y barrer los vidrios, después en una construcción, después en un almacén, después como cuidador en una fábrica y en otras cosas. Es cierto que no he trabajado mucho, pero vine para acá para aprender y trabajar en una sola cosa, con un cartón.²¹

Por eso que yo ahora quiero tener algo seguro, un trabajo en serio. Si tengo mi cartón de electricista voy a poder pensar en todo lo que no he pensado antes, hasta irme de vacaciones y comprarme una moto. Claro que en eso tengo proyectos, hartos.²²

Las aspiraciones materiales son las cualquier joven que se entusiasma con los productos que le ofrece el mercado.

17. Fichas de postulación de la Escuela ("Razones por las que abandonaste la escuela"), años 1991, 1992.

18. Frases sacadas de libretas de notas y certificados de niños de escuelas municipalizadas y subvencionadas del sector.

19. Cecilia, 22 años, Lo Hermida, marzo 1991.

20. Entrevista, Carlos, agosto de 1992.

21. Patricio, 22 años, La Florida, noviembre 1993.

22. José, 20 años, La Florida, febrero 1992.

Mi abuelita no me podía comprar las zapatillas y las mías estaban rotas y veía a los cabros todos bacanes, entonces salía p'arriba con los otros y me robaba zapatillas, de esas de marca, de las bacanes.

¿Acaso son estos proyectos muy descabellados? ¿Tener un par de zapatos, adquirir un vehículo, una casa, un personal stereo, una entrada para un concierto, o una bicicleta, no es acaso para los jóvenes tan importante como tener un lugar en el mundo, y ser protagonistas de sus propios proyectos y sueños?

El problema se agrava –por supuesto– cuando los jóvenes buscan mecanismos propios para obtener lo deseado, en una lógica que no puede sino ser comprensible, puesto que corresponde a formas de vida cotidiana de un Chile que se quiere posmoderno, y que está “ofreciendo” productos de moda, aparatos audiovisuales, modos de vida distintos y sueños que solamente pueden adquirir ilegalmente.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Con respecto a los jóvenes

Nacidos en la inseguridad, la dependencia y la pobreza, llegan al mundo sin herramientas que les ayuden a defenderse y prepararse para la vida. Entonces no creen ni se educan como cualquier otro niño y expresan su “mal de vivir” a través de actitudes de violencia, fugas, oposiciones y destrucciones (contra los demás o contra sí mismos). La “adaptación para la vida” se hace al ritmo de su propio cuerpo social, y cuando el joven tiene que entrar –como todos– en la “movilidad social”, que implica negociar compromisos, conocer el mundo y las diferencias que tiene con él, lo hace para sobrevivir. Y esta lucha por la sobrevivencia se transforma en un continuo ajuste de cuentas con el mundo, en donde el riesgo más grande que corre no es el de morir, sino de vivir. Los jóvenes populares viven un estado de *peligro de vida*, y las claves de supervivencia que desarrollan son para enfrentar y resolver sus propios problemas de un modo

que tiene elementos originales, pero que sustancialmente se deriva de la experiencia colectiva de vida frente a la pobreza y la marginalidad social en la que han nacido y crecido.

No hay que extrañarse, entonces, que se muestren refractarios a la idea estructuralista de “organización”, y que se inclinen, en cambio, por depositar su confianza en asociaciones informales, inestables, peligrosas y pasajeras. Es notable, en este sentido, la empatía que ponen en juego en esas instancias y la intensidad de los intercambios identitarios (aunque marginales) que ocurren dentro de ellas. Es allí donde se sienten actuando como “sujetos”, o como “miembros de grupo” (sentido comunitario), o como creadores de cultura alternativa, conductas contestatarias, etc. Es allí donde su “marginalidad” se vuelve energía expresiva, acción social y, eventualmente, movimiento.

En relación a las instituciones y a los profesionales

Antes que nada debemos estar claros que individualmente somos incompetentes para cubrir un campo de acción concreto que responda a las necesidades descritas. Corresponde a los economistas y a los juristas preocuparse por la inseguridad y la dependencia; a los sociólogos y al poder político, por que las opciones de formación sean competitivas y adecuadas. Pero también le corresponde a la familia, al barrio, a la escuela, a las instituciones culturales, a los investigadores científicos y a los profesionales de la salud, preocuparse por la construcción del futuro juvenil en una seguridad moral que les permita construir identidad.

En relación a los déficit sensoriales, instrumentales y mentales, es necesario conocerlos y designarlos en función de su gravedad, así como de sus consecuencias sociales y vitales, y de sus incidencias sobre las posibilidades de inserción. Los especialistas de la salud mental tienen mucho que decir y que hacer en este sentido, combinando sus esfuerzos con los de la colectividad.

Creemos que sólo la elaboración de una política colectiva permitirá evitar –en gran parte– la reproducción de fenómenos que tienen su origen en los sufrimientos sociales. Se trata de elaborar una

política de opción social juvenil (para todos ellos) y de establecer una opción política en la que se puedan llevar a cabo acciones sinérgicas, que tiendan a evitar la reproducción de situaciones sociales que están al origen de las carencias.

Es fundamental el apoyo y el acompañamiento para que cada joven se reconozca a sí mismo como sujeto activo, con estima por sí mismo y con un lugar y un tiempo que le permita fijar sus intereses, para lograr evitar las reproducciones sociales y actitudes personales que se repiten.

Para esto, se necesita:

- un medio que le sea familiar en donde se habitúe a vivir;
- internados terapéuticos o socio-educativos para los que han cometido delitos y/o tienen dificultades específicas;
- instituciones innovadoras, acogedoras y que sean verdaderos "lugares de vida" en los sectores populares;
- cursos de formación y de capacitación para la inserción profesional;

- apoyo a los adultos que viven con los jóvenes;
- apoyo de las empresas;
- formar a los profesionales encargados de los jóvenes.

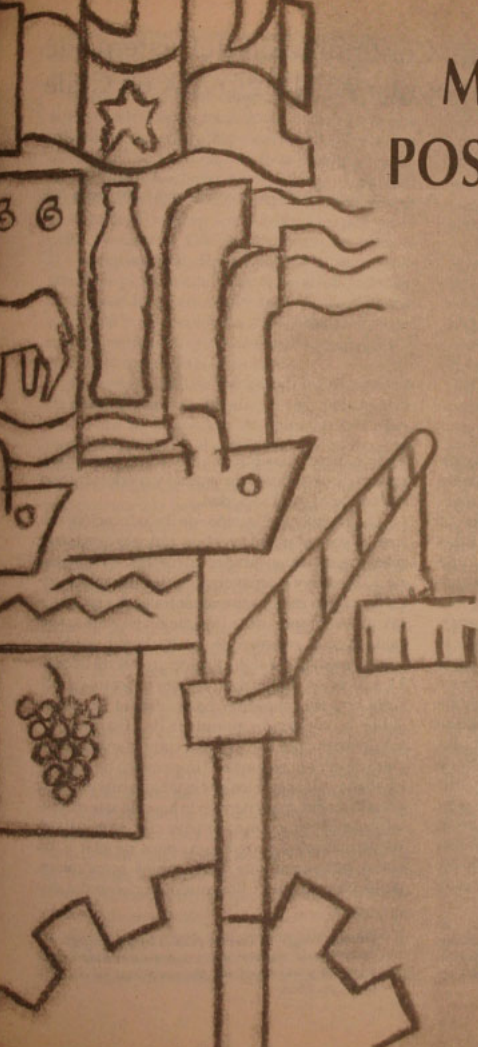
Las intervenciones profesionales que se realicen deben organizarse en redes que se coordinen en una acción social que tenga una voluntad común de abordar un nuevo tipo de "sociabilidad juvenil".

Pero también es preciso que seamos muy lúcidos sobre las realidades de los jóvenes populares, para no ilusionarnos sobre cambios que necesitan de mucho tiempo para producirse, y principalmente del compromiso de los propios jóvenes en la reconstrucción de sus vidas.

Por último, la experiencia nos demuestra que no somos –o que no debemos creernos– indispensables, ya que con o sin nosotros, los jóvenes saben siempre encontrar un techo para protegerse, o un pedazo de paraíso para mantener las esperanzas.



MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD



Pedagogía y modernidad. Configuración del sistema de educación primaria popular en el siglo XIX en Chile

Loreto Egaña B.

Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, PIIIE

Referirse al tema de modernidad y pedagogía significa aludir en gran medida al desarrollo de acciones educativas intencionadas y con perspectiva de futuro, que acompañan el desarrollo del país como una República independiente. Estas diversas manifestaciones que, con el sentido de modernidad, van adquiriendo las respuestas que se buscan ante determinados problemas, se han caracterizado en lo sustancial por la incorporación de los contenidos de la modernidad europea y la de Estados Unidos en el marco de la expansión de la economía mundial y la reproducción cultural.¹

En esta ponencia nos detendremos en una de ellas, significativa por su carácter fundacional, que potencia y orienta desarrollos posteriores; significativa también por situarse en un momento de quiebre o de nueva construcción histórica, a partir de la emancipación de la tutela colonial. Nos referimos a la configuración del sistema de educación primaria popular, como una práctica de acción estatal; acotaremos el período a la década 1850-60, por concentrarse en éste manifestaciones claras de

cambio, percibidas por sus actores como avances dentro de un proceso de cambio y modernización del conjunto de la sociedad.

La institucionalización de la educación elemental para el pueblo será un proceso que estará presente, con intensidades diferentes, en la mayoría de las colonias emancipadas de Hispanoamérica. Su origen remoto se encuentra en las propuestas modernizantes de la Ilustración española, asumidas por el régimen de los Borbones desde la segunda mitad del siglo dieciocho en la metrópoli. La educación del pueblo, en este proceso, constituirá una preocupación particular; el "Discurso sobre la educación popular" del marqués de Campomanes en 1775, es una clara manifestación clara de estas posiciones. El imperativo de resituarse a España en los cambios que estaban ocurriendo en el resto de Europa, estará en la base de este discurso que define una tendencia capitalista, modernizante y progresista, para reciclar a las clases populares ante los cambios económicos, políticos y sociales.² El sentido moderno del dis-

1. Véase Juan Casassus, "Modernidad educacional y modernización educativa", *Boletín 28, Proyecto principal de Educación en América Latina y el Caribe* (Santiago, 1992), pp. 33-41.

2. Adriana Puiggrós, "Teoría y política en la pedagogía latinoamericana", en *Democracia y autoritarismo en la pedagogía argentina y latinoamericana* (Buenos Aires: Ed. Galerna, 1986), pp. 14-15.

curso educativo de Campomanes superaba la subordinación escolástica de la práctica educativa a la práctica religiosa existente hasta entonces.

Estas proposiciones llegaron a las colonias de América a través de pensadores y educadores que intentaron llevarlas a la práctica; sin embargo, las estructuras de dominación de la metrópoli retardaron su implementación hasta que el proceso emancipador se pusiera en movimiento. En el período de la Independencia en nuestro país, tanto políticos—Carrera, O'Higgins—como pensadores—C. Henríquez, M. de Salas, J. Egaña—manifestaron constante preocupación por el desarrollo educativo del pueblo. Lo educativo aparecía ligado estrechamente a la formación del ciudadano de las nuevas repúblicas y al desarrollo productivo e industrial que éstas debían tener.

La inestabilidad del período de la Independencia impidió que se materializaran las preocupaciones sobre la educación del pueblo. Las ideas modernizadoras en el ámbito educativo requirieron la presencia de un Estado consolidado en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas, para poder llevar a la práctica sus postulados.

En el caso de Chile, el desarrollo de la educación primaria popular como un sistema estatal de educación, se realizó en el contexto de la consolidación del Estado a partir de 1830. La implantación de un gobierno fuerte y centralizado será expresión de la creciente consolidación en el poder político de la aristocracia tradicional, con el predominio de un sector dentro de ésta, la élite mercantil. Este último sector, vinculado a la aristocracia terrateniente o bien formando parte de ésta, encontró representación política a través de la acción a nivel de gobierno de Diego Portales y el grupo de los estanqueros. La reorganización del Estado que siguió a la acción de Portales en el gobierno significó la formación de un "Estado en forma", coherente con los intereses mercantiles de la élite dominante. Al amparo de este Estado se desarrollaron los intereses económicos de la élite, perfilados en un modelo de desarrollo que privilegiaba las actividades de comercio y financieras por sobre las productivas. La inserción en el circuito internacional de la economía constituyó uno de los objetivos primordiales del modelo. Los cambios ocurridos

en el ámbito económico, considerados por la élite como modernizaciones que prometían progreso y bienestar, significaron la desarticulación de un tipo de economía que integraba, en gran medida, a un vasto sector productivo popular. La progresiva consolidación del nuevo modelo económico a lo largo del siglo diecinueve significó, a su vez, la marginación y la miseria creciente de los sectores populares, que no tuvieron espacio real en este proceso.³

Una condición necesaria para la inserción en la economía internacional, fue constituir a la joven República en un territorio en orden con un pueblo civilizado. Eran necesarios el orden y la estabilidad para que las contrapartes extranjeras tuvieran confianza; las rutas comerciales debían ser expeditas y seguras, y el pueblo debía asimilar, al igual que la élite, los usos y costumbres de sus socios comerciales. Se identificó la necesidad de difundir una cultura "moralizante", la que no podía basarse ya en la fe religiosa, como en el período colonial, sino en la "razón de Estado"; la concepción atea e impersonal del Estado, basada en el autoritarismo, pero en último término en la ley, constituyó una opción en la que confluían elementos del iluminismo racionalista y del pragmatismo mercantil. Este contexto dará origen a una ideología educacional iluminista a la vez que moralizante.⁴

Este sector de la élite, que influyó decisivamente en el desarrollo del país durante el siglo pasado, constituía a su vez el sector más "modernizante" del conjunto de la élite dominante. Su cercanía a la modernidad tenía que ver principalmente con los negocios que realizaba, con una práctica que dejaba inmensas ganancias, siempre y cuando se asimilara a las pautas culturales de los países modernos y civilizados.

En el discurso de este sector de la élite, la educación del pueblo jugaba un papel preponde-

3. Gabriel Salazar da cuenta exhaustiva de este proceso en *Labradores, peones y proletarios* (Santiago: Ediciones SUR, 1985).
4. Gabriel Salazar, "Los dilemas históricos de la autoeducación popular en Chile. Integración o autonomía relativa?", *Proposiciones* 15 (Santiago: Ediciones SUR, diciembre 1987).

rante, en el contexto de civilizar y asegurar de esta forma el progreso y bienestar del conjunto de la nación. En *El Ferrocarril*, vocero de este discurso, se expresaba en 1860:

Tres son los agentes de todo progreso social efectivo, permanente e igual: instrucción, crédito y vías de comunicación. Siempre que uno de estos agentes falta los otros se resentían más o menos de su carencia. La instrucción moralizando al individuo, adiestrándolo para el trabajo, lo hace merecedor de la confianza de los demás, le procura el crédito. El crédito engendra el comercio en todos sus múltiples manifestaciones, el cual no puede ser rápido ni desenvolverse en una ancha escala sin medios de transportes que lo permiten conducir de un punto a otro sus mercancías con facilidad i baratura.⁵

En el mismo periódico se expresaba:

Cada paso que una nación da en el campo de la ilustración, cada facilidad que consigue, cada perfeccionamiento que realiza en él, es una nueva prenda que adquiere de adelanto no interrumpido.⁶

La civilización, en este discurso, implica lo moderno, en cuya realización jugaría un papel importante la educación. En este sentido, se expresaba:

El rasgo más homogéneo i el carácter más culminante de verdad que distinguen a la civilización moderna, se resumen en el pensamiento que expresan estas palabras: educación para todos... Los pueblos más civilizados de la tierra, los más sabios, los más industriosos deben su prosperidad a esa gran providencia que se llama educación.⁷

La formación de nación, una de las tareas que debió enfrentar la élite dirigente, se presentaba muy ligada al discurso sobre los derechos ciuda-

danos. En el nuevo orden político de la República, éstos no podían ejercitarse con un pueblo ignorante, sin ilustración:

Es porque los hombres de Estado y los de la Iglesia saben bien que de las bases de la instrucción pende el poder y supremacía de una u otra autoridad... Sin la instrucción elemental y primaria de las clases y de las masas, sin la ilustración de todos no hay verdadera república.⁸

Las posiciones más pragmáticas y economicistas se encontraron, en el contexto de la educación del pueblo, con las vertientes liberales ligadas al iluminismo, las que proporcionaron las bases doctrinarias y las orientaciones prácticas. Los hermanos Amunátegui y D. Faustino Sarmiento fueron los representantes más destacados de estas posturas, que se explicitaron en debate público en la década del cincuenta. Uno de los puntos centrales de este discurso fue el rescate del pueblo de la barbarie y el desarrollo de la civilización a través de la educación. Sólo un pueblo civilizado podía ejercer sus derechos y deberes ciudadanos y aportar en el desarrollo del país. Se expresaba:

La industria no florece sino en los países civilizados... un pueblo estúpido i grosero puede producir cargadores... bestias humanas capaces de transportar los fardos más pesados, o peones, ... máquinas animadas capaces de determinados movimientos... pero no esos obreros inteligentes a quienes la instrucción primaria comunica la fuerza a la par que la destreza... La fundación de escuelas es la manera más eficaz de que surjan las fábricas i talleres.⁹

En la introducción a su obra *De la educación popular*, Sarmiento situaba la educación del pueblo en el contexto de un progreso sostenido de la humanidad:

5. *El Ferrocarril*, N° 1350, 2 de mayo de 1860.

6. *El Ferrocarril*, N° 1459, 6 de mayo de 1860.

7. *El Ferrocarril*, Año I, N° 2, Santiago, 24 de diciembre de 1855.

8. *El Mercurio*, N° 7621, Valparaíso, 25 de enero de 1853.

9. M. L. y G. V. Amunátegui, *De la Instrucción Pública en Chile: lo que es, lo que debería ser* (Santiago: Imprenta El Ferrocarril, 1856), pp. 39-40.

El lento progreso de las sociedades humanas ha creado en estos últimos tiempos una institución desconocida a los siglos pasados. La instrucción pública, que tiene por objeto preparar las nuevas generaciones en masa para el uso de la inteligencia individual, por el conocimiento aunque rudimental de las ciencias y hechos necesarios para formar la razón, es una institución puramente moderna, nacida de las disensiones del cristianismo y convertida en derecho por el espíritu democrático de la asociación actual.¹⁰

La clase política que administró el Estado autoritario a partir de 1830, se apoyó en educadores como los recién nombrados, quienes aportaron en contenidos y formas de implementar las políticas estatales en este ámbito. Se implantó una reestructuración radical en la forma en que esta educación se impartía, buscando aumentar la eficacia y eficiencia del sistema. La voluntad estatal por cambios se aprecia más claramente en tres ámbitos: uno de ellos tuvo que ver con la normativa legal y la consiguiente institucionalización del sistema, otro con la cobertura y el financiamiento, y el tercero se refiere a los cambios introducidos en la práctica pedagógica.

En relación a la normativa legal, es interesante destacar el largo proceso que demandó la discusión y aprobación de la Ley de Instrucción Primaria en 1860. En 1843 fue presentado a la Cámara de Diputados un primer proyecto de ley; la iniciativa no prosperó, y se presentó en 1848 un nuevo proyecto, con reformulaciones al proyecto original. Este proyecto fue cuestionado, y se propuso una nueva versión en 1848; este último proyecto, redactado por M. Montt, provocó largos debates, principalmente en torno a dos puntos: uno era el relacionado con el financiamiento, el otro tenía que ver con la tuición religiosa de los párrocos en las escuelas. Finalmente el proyecto fue retirado de la discusión, para ser presentado nuevamente en 1857; en forma lenta pero ahora más segura, prosiguió la discusión hasta su promulgación. Esta breve cronología en relación a esta ley habla de

posiciones diferentes, de urgencias distintas y, en muchos casos, de un claro desinterés. La educación elemental del pueblo no representó una preocupación consensual en la élite, los sectores más tradicionales la miraron con recelo; constituía un elemento importante de esta desconfianza la secularización que sostenían las posturas liberales iluministas y el modernismo mercantil. El derecho prioritario de la Iglesia en lo educativo fue reivindicado con fuerza; se señalaba que "un sistema de educación en que no figure la religión apoderándose de la inteligencia i del corazón de los educandos, es esencialmente funesto." Se recalca asimismo que cuando el progreso material no está basado en las garantías de orden y paz que ofrecía la religión, llegaban los tiempos de las "tempestades revolucionarias y los embates del mar airado de las pasiones populares"; el Estado, entonces, corría peligro.¹¹

En relación al financiamiento, el tema de trasfondo era el rol del Estado, cuánto de injerencia y poder estatal se sancionaba en el ámbito educativo. El proyecto de Montt contemplaba una contribución especial para la educación, de todos los contribuyentes, los que no constituían el total de la población. Esta contribución sería administrada por los municipios respectivos, mientras el Estado proveería sólo en los casos de recursos muy escasos de las localidades. Que un sector de la población, aun cuando fuera el más pudiente, sustentara la educación para el pueblo, no fue del agrado de muchos; para otros, liberales e ilustrados, era esencial la gratuidad, garantizaba totalmente desde el Estado central, que resguardaba la igualdad de acceso a ese bien. Esta forma de financiamiento entregaba al Estado una gran responsabilidad pero, al mismo tiempo, un poder evidente. Esta última fue finalmente la postura que prevaleció en la práctica, aunque en la ley se dejaba sujeto a un reglamento posterior el asunto de la contribución.

El otro punto polémico ya enunciado se refiere a la tutela de los párrocos sobre la enseñanza religiosa en las escuelas. Este punto tiene que ver

10. D. Faustino Sarmiento, "De la Educación Popular", en *Obras de D. Faustino Sarmiento* (Buenos Aires, 1896), T. XI, p. 33.

11. *La Revista Católica* (Santiago) 379 (9 de octubre de 1854) p. 1007.

nuevamente con el problema de la secularización, mirado esta vez desde otra perspectiva. Esta propuesta concitó el rechazo violento de voceros modernizantes como *El Mercurio*; se la consideraba un atentado contra la civilización, al obligar a padres no creyentes a educar a sus hijos en una religión que les era ajena. Se expresaba:

Y si se proscribe de las escuelas a los protestantes, a los disidentes de la religión del Estado, ¿por qué no se les proscribe también de la sociedad, por qué no se les proscribe también del comercio, del territorio, en fin y quedamos desde luego sujetos a la industria, a las buenas ideas, a los buenos hábitos, a la inteligencia, a los conocimientos y a los capitales que pueden suministrarlos los párrocos, para la prosperidad de Chile?¹²

Con este artículo de la ley se estaba vulnerando el espacio privilegiado que los socios extranjeros debían tener; más que a una postura doctrinaria, que sí la tenían los sectores más liberales en relación a este tema, estas opiniones vertidas en *El Mercurio* correspondían a la alarma que generaban situaciones que podrían menoscabar las opciones de desarrollo asumidas. La imposición religiosa desmentía la modernidad y civilización que necesitaba el país para que sus negocios prosperaran.

Paralelo a la discusión de la Ley y desde luego a partir de ésta, se comenzó a implementar acciones que cambiaron sustancialmente la oferta educativa para el pueblo. Una de ellas tuvo que ver con la cobertura y el financiamiento; en la década del cincuenta se aumentó considerablemente ambos rubros, aun sin contar todavía con la sanción de la Ley. Un rasgo significativo de la expansión de la cobertura fue la creación de escuelas en proporción considerable en sectores rurales, tendencia que se mantuvo hasta la década del noventa. En la perspectiva de civilizar y moralizar, como requisito para la construcción de una nación moderna, era preciso llegar a las poblaciones más atrasadas e ignorantes.

Paralelo a este aumento en financiamiento y cobertura, se avanzó en la organización del siste-

ma y en la institucionalización de la práctica educativa. Dos actores principales se destacaron en este aspecto: el profesor como instrumento directo de las políticas estatales; y el visitador, eslabón entre el sistema educativo organizado desde el Estado y el profesor y la escuela. En 1842 se había fundado la Escuela Normal de Preceptores, como un medio para enfrentar la falta de preparación de los maestros y la falta de éstos, especialmente en los lugares más apartados. Los normalistas egresados eran destinados a las escuelas fiscales que se iban fundando o a las municipales ya existentes;¹³ se les fijó un sueldo de 300 pesos anuales, siendo contratados la mayoría de ellos por el gobierno central. Debían realizar un servicio de siete años, y se comprometían a pagar una suma al Estado si se retiraban antes. La mayoría de los alumnos pertenecía a familias de escasos recursos y muchos de ellos venían de provincia, hecho que era especialmente estimulado por el gobierno.

La formación profesional en la Normal introdujo prácticas distintas en la actividad de la escuela. Los futuros profesores fueron capacitados en los conocimientos básicos y en métodos de enseñanza que superaran la práctica tradicional, donde imperaba la enseñanza individual y memorística. La influencia de la pedagogía francesa es importante en este período, siendo uno de sus impulsores, D. F. Sarmiento, primer director de la Normal. Los normalistas sin duda contaron con mayores elementos para realizar su labor que los maestros que existían con anterioridad; sin embargo, necesitaron de un apoyo constante para que su práctica respondiera a los objetivos con que habían sido formados. Este rol lo cumplieron los *visitadores*, que empezaron sus funciones a principios de la década del cincuenta.

La necesidad de uniformar la enseñanza, de orientarla hacia determinados objetivos, de hacer eficiente su práctica para, precisamente, lograr esos objetivos, fueron preocupaciones que acompañaron el debate sobre la educación del pueblo.

12. *El Mercurio*, N° 7436, Valparaíso, 21 de junio de 1852.

13. Desde fines de la década del sesenta, los municipios fueron acabando las escuelas sustentadas con fondos municipales, las que pasaron a ser de responsabilidad del gobierno central.

En la perspectiva de sus propulsores, la educación del pueblo tenía sentido en la medida en que lograra eficientemente moralizar, civilizar, introducir un cambio en las costumbres. Una práctica educativa que no contemplara uniformidad de criterios, sujeción a normas, posibilidad de control, no tenía sentido. En el caso de Chile, la formación de sistema y la consiguiente reorganización de la práctica pedagógica se conjugaron con el problema de la cobertura, constituyendo un mismo proceso. El rol ilustrador y modernizador que se le adjudicaba a la educación, se conjugaba a su vez con el proceso de consolidación del Estado centralizado y la necesidad de afianzar su legitimación. La educación del pueblo, en este contexto, constituyó un instrumento de construcción de una ideología nacional, elemento prioritario en la tarea de construir nación que enfrentaban las élites dirigentes.

La adopción de métodos de enseñanza similares, de textos de estudio comunes, de un sistema de registros y cuestionarios para las escuelas, de un mismo programa de estudio, constituyeron elementos de esta institucionalización de la práctica. Aun cuando los normalistas presentaban una internalización heterogénea de las nuevas disposiciones y los visitantes tampoco eran similares en la eficiencia del modelaje que realizaban en las escuelas, es evidente que existió una acción al respecto; cuánto de esto realmente influyó en los aprendizajes que realizaban los niños, no es fácil apreciar; lo que sí es indudable es que a nivel de orientación de políticas, se había realizado un cambio sustancial en la práctica pedagógica.

Entre los elementos centrales de este cambio se destaca la preocupación por las costumbres, manifestada en disposiciones sobre aseo, vestimentas, comidas, entre otros. El normalista que llegó a la escuela de Cauquenes expresaba:

... les mandé se llamasen por el apellido precedido de la palabra señor, v. gracia señor Pereira, señor Valdez, lo que causó algo de risa a los principios por ser esto una novedad para todos los alumnos... Les ordené que ninguno trajese brasas en el invierno, mantas en verano, ni ninguna clase de frutas o comida a la escuela a fin de que permaneciera más aseada, a escepción de

pan que les permito traer. Les avisé que ninguno podía salir a la puerta de la escuela o a la calle sin mi licencia; porque esto era también una costumbre permitida a los niños.¹⁴

El ordenamiento de tiempo y espacios en el ámbito escolar también estuvo sujeto a normas; la implantación del método simultáneo o del mixto (combinación del método simultáneo y mutuo)¹⁵ intentó ordenar la práctica de los maestros, a lo que se sumaron sucesivas disposiciones de los visitantes en relación a estos aspectos. Las instrucciones sobre el tiempo exacto que se debía dedicar a cada ramo, la hora de entrada y salida, el tiempo preciso de los recreos, horarios que ordenaban por igual a todos los alumnos, fueron disposiciones en las que insistían los visitantes en forma permanente. La organización seriada de la enseñanza implicaba depositar en el maestro el control total de ésta; los alumnos debían acostumbrarse a seguir el ritmo del preceptor, en otras palabras, de la escuela. Este ordenamiento del tiempo constituyó un cambio significativo en la práctica de las escuelas; significó introducir otro concepto de tiempo, el medido por el reloj, como ordenador de las relaciones de la escuela. La inserción de la escuela, y en cierta medida de las familias, especialmente las rurales, al tiempo regido por el reloj, significaba también el acercamiento a un mundo más amplio que se regía por éste, el mundo moderno y civilizado de la élite.

El uso del espacio también fue normado por los visitantes; el disciplinamiento de los movimientos, reemplazar el "confuso tropel" por la hilera ordenada, se inscribía en el nuevo orden que se introducía en las escuelas. Un visitante relataba:

14. *El Monitor de las Escuelas Primarias* T. I, N° 5 (diciembre 1952), pp. 152-4.

15. El método mutuo, que tuvo sus orígenes en Inglaterra en el siglo dieciocho, permitía la atención por un maestro de números considerables de alumnos a través del sistema de monitores. Los alumnos se dividían en grupos pequeños a cargo de un alumno aventajado, que guiaba la enseñanza. El método simultáneo fue desarrollado en Francia por los Hermanos de la Salle desde el siglo dieciocho. Implicaba colectivos de alumnos que seguían el mismo ritmo de aprendizaje con un profesor. Ambos incluían la repetición y la memorización.

Primeramente trabajé una lista a presencia del preceptor para su inteligencia de las que deben trabajar después. En seguida se pasó la lista i se le dio colocación a los alumnos según el orden de sus números. . . la primera clase de la mañana es lectura, por una hora. Concluida ésta, a la voz de "silencio" paran, se sientan, cruzan los brazos i esperan con la mayor atención a que se les llame por sus números para responder por el apelativo. Hecho esto i a la voz de "firmes" se ponen de pies i a la voz de "marchen" salen formados al lugar del recreo que dura un cuarto de hora: después entran en el mismo orden con que salieron i pasan a la clase de escritura. En esta clase se les enseñó el modo de sentarse, tomar la pluma i colocar el papel. Se les mandó traer a cada uno su pañito, en que a la conclusión de la escritura i a la voz de "prevengan sus plumas" deben limpiarlas i no en la chaqueta, cabeza o levita como lo hacían.¹⁶

El disciplinamiento y la uniformidad de tiempos y espacios en la escuela hizo variar la autoridad del maestro y la organización de los aprendizajes. Ya no es la autoridad del maestro ante un alumno individual o un conjunto de individualidades, es el conjunto de alumnos que obedecen normas comunes. Es el poder de la norma que estandariza y homogeneiza, construyendo un colectivo donde habían individualidades dispersas. La autoridad del maestro se refuerza, articulándose sobre el tiempo, asegurando su control y garantizando su uso desde el momento en que decide los tiempos y que éstos obligan por igual a todos los alumnos.¹⁷

Los reglamentos que los visitantes dictaron para las provincias a su cargo, se anticiparon al reglamento general para las escuelas de 1863, y constituyeron una manifestación del afán normativo y uniformador de estos funcionarios y de la política estatal. Estos reglamentos eran muy similares, constaban de un número considerable de artícu-

los que abordaban la organización de la actividad escolar, desde la forma de enseñar y qué enseñar hasta la organización del tiempo y el espacio, premios y castigos, higiene y costumbres. La relación alumnos-maestro y de éste con los padres también era abordada. En el reglamento para las escuelas de la provincia de Concepción se expresaba:

De bondad el institutor debe ser avaro i no se familiarizará con los alumnos. Su voz debe ser la de un magistrado que sentencia sin apelación i con calma que da la rectitud de conciencia en causa probada. No hará distinción de alumno a alumno: la regla impuesta al pobre se impondrá al rico i la infracción de ambos se castigará con la misma pena; . . . Respétese a los niños, tráteselos de Señor, aguijóneseles, llámeselos al orden, al deber . . . i aparecerá en la escuela una nueva era, una transformación moral que tendrá su tendencia al amor del progreso . . .¹⁸

Esta percepción de estar viviendo una "nueva era" en la educación para el pueblo, es un elemento que está permanentemente presente en el discurso de los visitantes y preceptores, y también en otros ámbitos preocupados de esta educación. Esta percepción tiene que ver con los cambios que están ocurriendo y con las intenciones que animan estos cambios. La configuración de sistema que adquiere la educación primaria popular se realiza en el contexto de cambios modernizadores que, para el conjunto de la sociedad, está imponiendo la élite mercantil. Este contexto marcará la propuesta educativa de la élite, definiendo los términos de relación entre la oferta educativa y los propios beneficiarios. La pertinencia y calidad de esta oferta y la apropiación que hacen de ella los beneficiarios dará origen a un proceso cruzado por contradicciones e interrogantes que perdura hasta nuestros días.

16. Informe del visitador de escuelas sobre la provincia de Aconcagua. *El Monitor* . . . T. II (febrero 1854), pp. 169-70.

17. Michael Foucault, *Vigilar y castigar*, 5ª ed. (Madrid: Siglo XXI, 1981). En relación a la construcción de la norma, véase "La sanción normalizadora", pp. 182-9.

18. *El Monitor* . . . T. II (1853), p. 297.

Actores intelectuales y discurso de modernidad (Chile, siglo XIX)

Carlos Ossandón B.
Universidad Arcis

Lo que presentaremos a continuación responde a la modalidad "proyecto de investigación". No es aún un trabajo concretado.

1. En el análisis sobre formas de "apropiación" de la racionalidad moderna en América Latina y Chile, se han venido entregando una serie de antecedentes histórico-culturales que una visión dual del mundo ("nosotros" versus "ellos") o "macondista" (América Latina como el lugar de una racionalidad o sensibilidad alternativa) no alcanzaba ver, abriéndose la mirada hacia modos específicos de manifestación de una *experiencia de modernidad* que ha tendido a identificarse con la superación de viejas tutelas, la emergencia de zonas autónomas de racionalidad y valor, la profesionalización y el desarrollo de una razón crítica e independiente (Jean Franco, Rafael Gutiérrez Girardot, Angel Rama, Julio Ramos). Lo dicho se ha venido dando también en trabajos de autores nacionales que han procurado precisar las nuevas concepciones y enfoques. Estos trabajos han dejado al desnudo otras investigaciones sobre historia de la cultura o de las ideas en Chile que, si bien son importantes por la información u orden que ofrecen, aparecen ahora

insuficientes desde la perspectiva de una estructuración más crítica y actual. Ya volveremos sobre esto.

Sin el ánimo de ser exhaustivos, y con la intención tan sólo de situar lo que diremos específicamente más adelante, podríamos decir que, en lo que se refiere ahora al debate sobre cultura y modernidad en América Latina, una parte de sus participantes ha procurado fijar el lugar epistemológico y cultural específico desde el cual intervenir en éste (Nicolás Casullo, Nelly Richard, Enrique Gomáriz, Fernando Calderón, etc.). Otra parte se ha volcado a estudiar la naturaleza y los alcances propios de la cultura urbana y masiva en la situación actual de América Latina, asumiendo en una perspectiva posgramsciana algunos de los tópicos de la llamada "condición posmoderna" como elementos constitutivos de una realidad que aparece fragmentada, heterogénea, híbrida o "pastiche" (José Joaquín Brunner, Néstor García Canclini, parcialmente Carlos Monsivais). La coexistencia de lo tradicional y lo moderno o, más bien, de una pluralidad de lógicas, constituye el rasgo más determinante y general de América Latina, dentro de esta perspectiva analítica. Otra

línea de trabajo se ha interesado por examinar, desde una visión más histórica y arrancando desde la obra ya clásica de Pedro Henríquez Ureña, las relaciones entre cultura, literatura y poder en la dependiente y desigual modernidad latinoamericana, precisando en este contexto la difícil emergencia de prácticas culturales más privadas o específicas (Ángel Rama, Julio Ramos). La investigación que estamos procurando iniciar se inspira en parte en esta última línea de trabajo.

En Chile, y ya en la línea de las preguntas que nos formulamos para la segunda mitad del siglo diecinueve, han aparecido últimamente trabajos que han buscado estudiar la configuración y el funcionamiento del campo literario chileno durante el período comprendido entre 1890 y 1920 (Gonzalo Catalán), la relación conflictiva entre modernización y cultura en los tiempos de Balmaceda (Bernardo Subercaseaux), el origen de la sociología en Chile, las etapas de su desarrollo discursivo y su instalación profesional (José Joaquín Brunner), o las distintas figuras y grados de autonomía que ha alcanzado el quehacer filosófico en nuestro país al interior de la institución universitaria (Cecilia Sánchez). Distintas metodologías (Bourdieu, Derrida) marcan estos trabajos.

2. Hasta donde sé, no existe en Chile un trabajo que, centrado en el período que va desde el fin de los decenios de inspiración portaliana hasta el inicio del modernismo literario, se haya propuesto esclarecer de manera específica la "maquinaria" social, material y discursiva desde la cual se ve emerger con todas sus complejidades y limitaciones un espíritu crítico independiente, junto con la instalación incipiente y problemática de nuevos lugares de enunciación y de reconocimiento para el intelectual. Los trabajos que se conocen, desde los más tradicionales hasta los más actuales, tienden a pasar por alto este período en la perspectiva que aquí nos interesa, relegando más bien para el fin de siglo, a partir de la publicación de Azil (1888) de Rubén Darío, el surgimiento de procesos o voluntades autonómicas, expresión de la sensibilidad y tópicos del citado *modernismo*.

Quisiéramos probar que estos procesos se inician bastante antes del fin de siglo en Chile y tienen

que ver con la articulación, en la segunda mitad del siglo diecinueve, de nuevas y complejas relaciones que se comienzan a dar entre el campo del poder y de la cultura. Aun en plena vigencia del predominio del letrado funcional a la organización social, jurídica y cultural del Estado-nación, y de manera tan tributaria como paralela a la reactivación del movimiento pipiolo que arranca de 1842, es posible constatar la emergencia de un temple crítico y satírico que exhibe una cierta "irresponsabilidad" política, entendida ésta no como desinterés por la cosa pública sino como carencia de vocación programática u "orgánica". En esta perspectiva quisiéramos entender el espacio que se abre con la aparición de *El Correo Literario* el 18 de julio de 1858. En su primer número, este periódico reivindica insistentemente su independencia y su distanciamiento de los partidos políticos existentes; hace una crítica al gobierno, a la "comedia" que representan las discusiones de la Cámara de Diputados, y también se refiere a una "sociedad literaria que hubo en Santiago compuesta de colegiales y que tenía por objeto civilizar a Chile y a la América en general" (José Antonio Torres).

Quisiéramos seguir la pista a la expresión material y discursiva de este espíritu independiente, "socrático", inquiriendo en su subsuelo "arqueológico" e histórico, vinculándolo al desarrollo de nuevas sociabilidades, a la expansión y diversificación de periódicos y rotativos, a nuevas conexiones discursivas, a la aparición embrionaria de nuevos campos del saber y prácticas profesionales (la pedagogía), al debilitamiento del *pathos* "fundador" y a un progresivo alejamiento y desencanto respecto de la práctica política. Respecto de esto último, se puede afirmar que la desilusión que manifiesta José Victorino Lastarria en la década de 1880, y que va de la mano de una renovación de sus propuestas estéticas, no parece ser el punto de partida de un proceso de desestructuración del tejido de comunicación y de reconocimiento entre los intelectuales y el poder instalado *grasso modo* desde la Independencia en adelante. Se puede conjeturar que este proceso, así como la búsqueda de nuevos sistemas de validación cultural y social, cuenta con un período de "gestación" anterior a la década de 1880, incluye al propio Lastarria de las

décadas del sesenta y del setenta, y se expande desde aquel inicial gesto de distanciamiento que tuvo lugar a fines del gobierno de Montt.

3. Fundamentemos un poco más lo que acabamos de señalar: El rol que los letrados jugaron en la organización y consolidación del Estado-nación, a través de la redacción de códigos, leyes y otras formalizaciones, constituyó en Chile un importante modelo de legitimación y de reconocimiento subjetivo. Andrés Bello (y Sarmiento en la Argentina) es la figura que mejor encarna este modelo. Sin embargo, y en una conexión muy estrecha con el discurso de inspiración liberal y positivista (J. V. Lastarria, los hermanos Lagarrigue, Benjamín Vicuña Mackenna, etc.) y con los programas de modernidad relativos a la enseñanza y a la separación de la Iglesia y el Estado, se ve aparecer un nuevo tipo de intelectual –no siempre fácil de diferenciar ni constante– que busca un espacio de desarrollo relativamente más libre o menos dependiente de las necesidades de la organización social y política, del poder o de las reformas de carácter legislativo o constitucional. Este nuevo y heterogéneo actor intelectual –al que vemos emerger aun antes del término de la llamada “República pelucona”– está lejos todavía de legitimar su quehacer o su subjetividad desde un *locus* abiertamente marginal; mantiene con las instancias del poder relaciones de alejamiento y cercanía, de colaboración y de crítica; se interesa muy vitalmente por la política, aunque no se reconoce más en la figura del “fundador” y del administrador público, y tampoco encuentra fácilmente los medios institucionales o económicos más permanentes capaces de asegurar su autoconsolidación. En relación con estos aspectos, aparece representativa la figura de Justo Arteaga Alemparte. En la fundación del periódico *La Libertad* (1866 a 1871) y de la revista *Diógenes* (cuyo primer número es de 1871), por ejemplo, se expresan bien los elementos mencionados. Dice Arteaga Alemparte en *Diógenes* 1 (8 de marzo 1871): “Como deja presentirlo el título de este folleto periódico, él es obra de una individualidad que no pretende expresar sino su propio pensamiento”. “*Diógenes* no hablará sino en nombre de su redactor”. Continúa Arteaga Alemparte:

“Desde que tengo una pluma en la mano, mi ambición constante ha sido llegar a crearme un órgano de publicidad enteramente libre de toda existencia de partido o de industria”.

Este nuevo modelo o modo de ser se vincula con una ampliación de la base económica y social del país, con el desarrollo de la ciudad y de un inicial mercado de bienes culturales, y con el ensanchamiento que experimenta el circuito letrado: la emergencia de sectores mesocráticos y/o de intelectuales ligados al periodismo y a nuevas sensibilidades, estilos (el estilo periodístico inspirado en Girardin) y sociabilidades. Es en este marco que se da la figura –no siempre nítida– de lo que podríamos llamar, basándonos en los aportes de Raúl Silva Castro, el *literato-periodista*. Esta figura va a ser capaz de instalar una escenografía que hará concurrir los imperativos que provienen del periódico moderno con otros de carácter más cultural o artístico. En esta perspectiva hay que destacar, entre otros, a Manuel Rodríguez Mendoza, crítico de arte y de la producción literaria, así como comentarista y cronista de actualidad (trabajó en *La Epoca* hasta 1887, donde creó la sección “Letras Nacionales”; comentó el *Azul* de Rubén Darío, etc.). La figura del *literato-periodista* es obviamente fuertemente tributaria del importante desarrollo y diversificación que sufre, en la segunda mitad del siglo diecinueve, la prensa y otros órganos periódicos. Dentro de estos espacios se constata la búsqueda de lugares o códigos más inmanentes de validación, fuera del territorio de la administración estatal así como parcialmente del programa de reformas liberales, problematizándose la relación con el poder en la misma medida en que comienza a posicionarse un discurso y una práctica propiamente políticos.

Es claro, por otra parte, que los esfuerzos por buscar formas y espacios más autónomos de validación no se dan sin fluctuaciones o entrecruzamientos entre estos esfuerzos y las exigencias políticas, “orgánicas” o reformistas (Rodríguez Mendoza fue, simultáneamente a su labor periodística, subsecretario del Ministerio de Obras Públicas. Así como hizo labor en la administración pública, fue también noctámbulo y amigo de la vida de club). De aquí que estos esfuerzos apare-

can graduados y no siempre iguales y constantes en todos los casos. Habrá que buscar la precisión de los elementos que nos interesan en periódicos tales como *La Semana*, periódico "noticioso, literario y científico" (así lo califica Lastarria). Según este último, *La Semana* fue "el representante del movimiento literario independiente". Este periódico, que va desde el 21 de mayo de 1859 hasta el 9 de junio de 1860, fundado por los hermanos Arteaga Alemparte, incluía cuentos, novelas (aquí se publicó "Don Guillermo" de Lastarria), crónicas internacionales, artículos de costumbres, traducciones, estudios históricos, juicios literarios, editoriales, etc. Deberemos buscar también en periódicos tales como *Los Tiempos* (1877-82) que tuvo como colaborador, entre otros, a Juan Rafael Allende (catalogado como el "Voltaire chileno", por su irreligión e irreverencia); *La Epoca*, que se inició en 1881 y en cuyas oficinas Rubén Darío, Pedro Balmaceda y otros discutieron sobre letras, artes y política. *La Epoca* publicó, entre 1882 y 1883, *Los Lunes*, donde ofrecía sólo literatura. Habrá que buscar también en publicaciones satíricas y humorísticas, no exentas de pretensiones y secciones literarias, como el ya citado *El Correo Literario* (1858 a 1867, con interrupciones), que en su segundo período (1864) contó con los hermanos Arteaga Alemparte, Manuel Blanco Cuartín, José Antonio Soffia, etc.; la *Linterna del Diablo* (1867 a 1876, con interrupciones), *El Padre Cobos* (1875 a 1885, con interrupciones), donde reaparece la figura del escritor Juan Rafael Allende, entre otros periódicos.

4. Podríamos sostener que es principalmente en el campo de la prensa y de otras publicaciones periódicas donde la instalación de un nuevo e intrincado lugar para el intelectual, ya no refrendado únicamente por la dinámica de construcción, administración o reforma del aparato estatal e institucional, se da con mayor propiedad en el período que nos ocupa. Se puede sostener igualmente que este nuevo lugar para el intelectual se expresó en la elaboración de un dispositivo com-

plejo que tuvo como ejes principales la preocupación por la literatura (se publican poesías, cuentos, producciones y traducciones de autores franceses principalmente, comentarios de textos, etc.), por el arte (se publican juicios sobre teatro, ópera, etc.), por la política, por la crónica de actualidad y por los cuadros de costumbres. Esta nueva instalación discursiva está bien expresada por José Antonio Torres, por ejemplo, que cultiva simultáneamente el periodismo moderno con la literatura en varios de sus géneros (poesía, drama, etc.). Además, *El Correo Literario* crea un género nuevo en Chile: las caricaturas.

Me propongo analizar las pautas u organizaciones propias del discurso de este nuevo y heterogéneo actor intelectual, sus modalidades, temas, conexiones y condiciones materiales de enunciación, su diferencia y entrecruzamiento con otros discursos y mecanismos de legitimación, así como sus propias desigualdades y fluctuaciones.

Una investigación que nos retrotraiga a aquellas condiciones, propias de la segunda mitad del siglo diecinueve, donde se vio emerger un actor que pudo inicialmente instalarse o afirmar una identidad problematizando los antiguos referentes, pudiera ser útil como modo de intervención y de complejización de los problemas actuales. No parecen claros en la actualidad los sistemas de comunicación desde los cuales desarrollar nuevas estructuraciones subjetivas y discursivas. Tendencias contrapuestas –de centralización y de descentralización– se han venido posesionando de una modernidad que, como la chilena, mantiene pendientes problemas de carácter estructural. La posibilidad de sacar a luz una forma histórica específica de validación y modernización del quehacer intelectual en Chile, que expresó una determinada y compleja modalidad de vínculo y/o distanciamiento con el poder, pudiera servir al objetivo de relativizar o problematizar concepciones actuales que pueden presentarse como absolutas o definitivas en este ámbito.

El trabajo intelectual: ¿entre la modernización y la identidad?

Eduardo Devés
Universidad de Talca

La pregunta por el papel de los intelectuales chilenos puede ser respondida, desde la perspectiva de quien trabaja en historia del pensamiento, diciendo que ellos se han movido en búsqueda de la identidad y la modernización. En otras palabras: que el *leit motif* de su trabajo intelectual ha sido la mayor o menor acentuación de uno u otro de estos elementos o la búsqueda de alguna suerte de armonía entre ambos.

A nivel latinoamericano, son Domingo Faustino Sarmiento y José Martí quienes alcanzan los modelos clásicos de pensamiento que formulan lo modernizador y lo identitario respectivamente. Un poco antes de ellos, y sobre todo después, se han sucedido los énfasis en cada uno de estos dos proyectos. Chile no ha estado al margen de esta dinámica.

Diversas oleadas, desde el siglo diecinueve, en nuestro país han destacado lo modernizador en ciertos momentos y la búsqueda de identidad en otros. También se ha buscado la articulación de ambas dimensiones.

Hacia 1850, teniendo como expresión máxima las obras *Facundo* y *Las Bases* de los argentinos residentes en Chile, Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, se desarrolla la importante oleada moder-

nizadora que tendrá como resultado más visible las obras del gobierno de Manuel Montt: ferrocarriles, telégrafos, barcos a vapor, obras públicas, educación, inmigración. En esta línea pueden ubicarse algunas obras de José Victorino Lastarria, Santiago Arcos y Benjamín Vicuña Mackenna.

Hacia 1865 madura una tendencia que pone énfasis en lo americano. Son los años en que florecen los congresos americanos y donde esta tendencia se intensifica tanto por la invasión de Maximiliano como por el bombardeo español. Bilbao publica *El Evangelio Americano* y *La América en Peligro*.

Hacia fines de los ochenta, luego de la Guerra del Pacífico y de la conquista de los territorios salitreros, madura otra onda modernizadora. Esta se articula con la laicización del país, con el fuerte desarrollo de las obras públicas y sobre todo del ferrocarril, con la traida de profesores alemanes para el Instituto Pedagógico, y de instructores de esa misma nacionalidad para modernizar el Ejército. Expresión de todo esto son las obras de Valentin Letelier, muestras de un positivismo ya decantado.

Hacia el centenario cristaliza nuevamente la búsqueda de identidad, que se expresa en la pregunta por el ser del país, qué es lo chileno. Tal como las oleadas anteriores, ésta igualmente se articula

latinoamericanamente con las tendencias sobre la argentinidad de Ricardo Rojas, la raza cósmica de José Vasconcelos, el arielismo de Rodó, etc. Esta oleada se expresa en el desarrollo de un cierto nacionalismo, que pregonan Francisco Encina, Nicolás Palacios, Alberto Edwards; en la preocupación por la raza chilena que se percibe en el mismo Palacios; en la búsqueda de la manera como viven las mayorías nacionales que investigan Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet o el propio Luis Emilio Recabarren. Por cierto, todo este énfasis en descubrir y comprender el país no significa que no existan simultáneamente tendencias modernizadoras, como el afán de desarrollar la educación técnica, perceptibles claramente en Francisco Encina.

En los años veinte se produce un nuevo ascenso de lo modernizador, como correlato del fuerte ascenso de las clases medias. Ello se materializa en cambios políticos y jurídicos importantes, así como en el énfasis por las obras públicas. Sin embargo, este proceso político no tuvo una expresión igualmente significativa en las ideas. Más aún, lo modernizador, en estos años, es opacado por el surgimiento harto fuerte de una búsqueda de la identidad nacional. Autores destacados en esta línea son Alberto Cabero, con su *Chile y los chilenos*, así como Alberto Edwards o Domingo Melfi. Es la época en que florece el criollismo como un afán de recuperar la cultura agraria nacional.

En los años cuarenta como en los cincuenta, lo modernizador va a tener una relevancia mucho mayor. La creación de la Corfo y la formulación de una política industrializadora va a contar con el desarrollo de un pensamiento correlativo. Especialmente durante la segunda parte del período, esto va a articularse a nivel latinoamericano con el cepalismo y con el pensamiento de su líder, el argentino Raúl Prebisch. En nuestro país, son productores de un pensamiento fuertemente modernizador, por esos años, Juan Gómez Millas, Aníbal Pinto, Jorge Ahumada.

Con el avance de los años cincuenta y durante los sesenta, va a irse debilitando y criticando lo modernizador, para aparecer un énfasis en lo popular y lo campesino. Se va a criticar lo burgués, lo industrial, lo importado, y va a surgir un nuevo acento en la reivindicación de lo vernacular, con

un romanticismo que quiso destacar a Violeta Parra y Pablo Neruda. Lo modernizador no desaparece, pero se presenta mitigado en su vertiente social, con menos acento en lo tecnológico. Las ciencias sociales y las humanidades florecen.

En los ochenta madura una nueva onda modernizadora. Esta inhibe lo social, lo popular, la búsqueda de lo propio que se había exaltado en los sesenta y en parte de los setenta. Incluso lo "nacionalista", que se había puesto de relieve en los primeros años del gobierno autoritario, pierde importancia. Se plantea, en cambio, el objetivo de las "siete modernizaciones"; se destaca con mucha fuerza lo tecnológico y lo tecnocrático, la internacionalización, el ejemplo de algunos países asiáticos líderes en crecimiento económico. Las ideas neoliberales expresadas y matizadas por un grupo de ensayistas y académicos chilenos animan este proyecto. La renovación al interior de la izquierda se acerca a este mismo tipo de proyecto modernizador, aunque con algunas diferencias.

Por cierto, este vaivén entre identidad y modernización es de acentuaciones, no de exclusiones radicales. Existe permanentemente un afán por armonizar lo modernizador con las características propias del país. Ello puede percibirse en Sarmiento, Encina o Aníbal Pinto.

La acentuación de lo modernizador o la búsqueda de lo propio puede verse desde dos ópticas. La primera es mirar lo modernizador como el afán por transformar y lo identitario como el afán por conocer. La segunda óptica es mirar la modernización como el deseo de copiar lo extranjero y la identidad como el deseo de resaltar lo propio. En todo caso, no se trata de identificar a una u otra dimensión con el bien o con el mal.

Es importante señalar cómo la pregunta por lo modernizador y lo identitario permiten periodizar la evolución del pensamiento chileno desde sí mismo y desde América Latina, sin cerrarse a considerar la dinámica de las influencias externas.

Es interesante, por último, volver a destacar cómo los intelectuales chilenos han buscado alternativamente modernización e identidad, así como han querido lograr armonías entre ambas dimensiones. Por cierto, no siempre lo han logrado de buena manera.

Las paradojas de la modernización (1932-1992)

Joaquín Fernandois

Departamento de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile

MUNDO MODERNO Y MODERNIZACIÓN

Para comprender un tema como el de la modernización, creo necesario plantearlo dentro del contexto de la historia contemporánea.

En primer lugar, no se trata de definir si hemos llegado a un "punto de no retorno", o a un "*take off*" de la modernización. La modernización como problema se enfoca demasiado a menudo como un mero tránsito hacia el "desarrollo" económico. En cambio, aquí pretendo dar algunas ideas acerca de la relación de Chile con el mundo moderno y con sus ideales de realización. Ello supone la existencia del "mundo moderno" y la "modernización" como dos realidades claramente diferenciables para el observador, pero también totalmente interrelacionadas en el proceso histórico. Entonces el tema que se nos ha propuesto —¿es elusiva, en último término, la modernidad para Chile?— corresponde no a un problema de coyuntura, sino a la construcción misma de la sociedad y del Estado. De hecho, el tema de debate central en la historia del Chile republicano ha sido el de su relación con la modernidad y, para todos, aun para sus más enconados críticos, su modelo regulador (el que fija el ángulo de la crítica) ha estado en los modelos acerca del

orden social surgidos del "mundo moderno". No en balde Chile fue fundado por una sociedad que es parte de la gran tradición occidental, pero que no creó en su seno al mundo moderno, sino que también tuvo una relación dificultosa con su propia "modernización". De ahí la idea de que existe algo inauténtico en la mirada hacia los grandes paradigmas europeos, a pesar de que en esa mirada se encuentra lo más sustancial de la identidad del Estado y la sociedad, del país, en suma.

En segundo lugar, aunque no es el tema de este ensayo, debo precisar algunas connotaciones de las ideas de "mundo moderno" y "modernización", a partir de la perspectiva general que nos interesa, la de las ideas acerca de las cuales se movían las fuerzas políticas en Chile a partir de la Depresión, que es el período sobre el cual puedo hablar. De todos modos, tenemos como punto de referencia las ideas entregadas en la convocatoria del seminario, que destacan los procesos de democratización (que considero casi idénticos a los de "modernización") y de racionalización. Si hay algo a lo que los chilenos (y tantos pueblos de tantas latitudes) han rendido atención y hasta pleitesía, es la comprensión de lo moderno como lo "inevitable", como el mandato de la hora y del futuro, percibidos en

oscura unidad: y, al mismo tiempo, como "deseable", lo único deseable en realidad. Implícitamente, la mayoría de la veces se encuentra el convencimiento de que el proceso histórico en su desarrollo siempre trae una mejoría en el estado de la condición humana, y que a la vez no destruye sus logros sino que únicamente sus "yerros", entre otros motivos porque la racionalización es el compañero inevitable de la modernización. La ecuación "lo nuevo" = "lo bueno", con toda su tremenda carga ética, parece ser lo modular de esta comprensión de lo moderno. En este contexto hay que entender por "modernización" la voluntad de adentrarse en el mundo moderno; mientras este último es una situación, la modernización es el empeño por alcanzar el estatus de moderno en un proceso inacabable, desilusionante y a la vez siempre seductor.

Es cierto que a la modernidad (otro nombre para mundo moderno, aunque con una diferencia en la que aquí no me detendré) le ha pertenecido una actitud de autocrítica que ha puesto en la picota a "lo moderno". Pero esta línea ha tenido una presencia muy débil en Chile. La historia de las posturas políticas del Chile moderno que trataremos, a partir de los alrededores de 1930, es aquella de una identificación con una de las líneas básicas de la modernidad en particular, la que anuncia y aprecia "lo nuevo", para criticar o combatir desde allí a otras de sus representaciones. Aquí también se nos aparece un rasgo omnipresente en la historia de Chile, la marcada convencionalidad de su cultura. Por esto se debe entender la sensibilidad frente a las tendencias y modas de la política mundial. La política chilena es incomprensible sin este factor, y los chilenos han destacado en la capacidad de "innovar" rápidamente cuando surge un nuevo punto de orientación de las ideas acerca del orden social deseado. También es una de las formas de debilidad tradicional, tan satirizada por los críticos del país, lo que muchos entienden (a veces injustamente) como "extranjerismo", y que también arroja su cuota de dudas acerca de la permanencia del consenso actual. A la vez, en relativa paradoja, quizás por su condición insular, el país ha mostrado ocasionalmente un grado de originalidad que algunos testigos no sospechaban. Con todo, es importante ano-

tar la aceptación de lo moderno —a veces con una clave verbal formalmente distinta— como la meta irrenunciable.

Por último, no restrinjo lo político al Estado y sus instituciones, o a los meros actores en su afán de ocupar el "poder político". La comprensión de lo político que aquí planteo se extiende a las interpretaciones expresas o subyacentes acerca del orden social deseable, y que se encuentran en el debate público. De hecho, lo político no corresponde puramente a un juego de fuerza, o a un reflejo de grupos sociales. La legitimidad por la que pugnan sus actores está en relación con la percepción individual o colectiva que alimenta la toma de posiciones de hombres y grupos. En una época en la cual la política mundial hizo de gran parte del orbe su escenario de despliegue, la posición ante la historia como una marcha y una lección pasó a ser un elemento integral de la política de una gran mayoría de las sociedades.

Un país tan sensible al acontecer mundial como Chile no podía estar ausente de este hecho. Tras esto se muestra la interpretación de la historia subyacente a las alternativas discurridas y ofrecidas para configurar el futuro que se barajaron en la opinión pública en estos últimos sesenta años. ¿Cuál es el imperativo del momento, el mandato de la historia, la voz del futuro? ¿Hacia dónde vamos y a dónde debemos ir, casi siempre como dos caras de un mismo imperativo? Simultáneamente ello es consecuencia de una interpretación expresa o tácita del pasado inmediato y también del remoto pasado, ya sea como afirmación de una orden que emana del fondo de los siglos, o como reivindicación de las injusticias de la historia como consecuencia de su desarrollo.

¿ESTADO DE COMPROMISO?

La década de 1930 presenció la articulación de un espectro de argumentaciones que, además de presentar una llamativa coetaneidad con la política mundial, mantendría una estabilidad en el campo de fuerzas por espacio de treinta años. Esta composición, llamada por algunos el "Estado de compromiso", ha sido mirada más recientemente

con ojos nostálgicos como un idilio de mejoramiento y tolerancia. Visión algo deformada: olvida las odiosidades, los conflictos de clase, la corrupción, la guerrilla política y la sensación de fracaso nacional. Esta percepción era acompañada por su anverso, no del todo falso, sino que paralelo, acerca del caso excepcional en el continente, los "ingleses de América del Sur", la democracia que correspondía a la tradición nacional. El orgullo por la Corfo (prácticamente un artículo de fe en todo este período) coexistía con la conciencia de la extrema burocratización y de la parálisis administrativa del país; la idea acerca del respecto institucional de parte de las Fuerzas Armadas, con la tesis acerca de su inutilidad; la industrialización (no desdeñable), con una alta tasa de mortalidad infantil (hasta ca. 1950); la creciente urbanización, con un extremo centralismo (y el smog santiaguino, que aparece en la conciencia hacia la segunda mitad de los años 1950) y el estancamiento del agro; la fijación de un creciente número de precios, con una inflación desgastadora a partir de fines de la década de 1930; un éxito internacional en la proyección diplomática de Chile, junto a su congelada vulnerabilidad ante la dinámica economía internacional.

Sin embargo, la modernización en estos años se presentó sobre algunas bases universales compartidas. La importancia del rol del Estado y del "nacionalismo económico", consolidados por la depresión de comienzos de los 1930, pero no creados por ella, eran parte del convencimiento común de la clase política chilena, con muy escasas voces de disidencia. Es cierto que los sectores (que casi por convención llamamos) conservadores protestarían furiosamente contra la extensión burocráticamente opresiva del Estado, crítica de la cual no se privaban otros sectores, por lo demás. Pero los sectores económicamente dirigentes, cuyas creenciales de capacidad no podemos poner en duda, compartían el "consenso" de la necesidad del proteccionismo (variable según el caso), de la intervención del Estado y de la "industrialización". Ciertamente había mediados de la década de 1950 esto comenzaría a flaquear, pero hasta finales de la década de 1960 no sería sustancialmente puesto en duda ante una alternativa radical al modelo que la depresión y la cultura económica de los chilenos

habían impuesto casi cuarenta años antes.

La idea de ser ya modernos —que no nos debe extrañar— una tradición tan insular como la muestra— convivía con una profunda desilusión de la incapacidad de llegar a la modernidad. ¿Insuficiencia de profundizar en las vías del nacionalismo económico, como lo sostenían los grupos de centro y las teorías que luego se llamarían "estructuralistas"? El resultado era una devastadora crítica a la real y mítica "oligarquía", sólo que ésta era más vasta que los residuos de un grupo dirigente tradicional, y desde luego más porosa a la recepción de grupos e individuos diferentes, siempre que muy chilenoamente se adaptaran a la convencionalidad necesaria.

Los formuladores de la legitimidad sobre lo existente (o sobre lo que debería venir) en los años 1930-50, por más que diferían a veces drásticamente sobre el futuro del país, mantenían sin embargo un acuerdo más o menos tácito sobre algunos de sus rasgos que habrían conformado su pasado. La visión sobre el carácter exitoso siglo diecinueve no era puesta en duda, ni siquiera en la izquierda. La "modernización" portaliana sería en todo este período una visión ampliamente compartida, así como la estructuración fronteriza del Estado nacional en ese siglo. También, ya apagados los últimos ecos de la ardorosa lucha por la guerra civil de 1891, el presidencialismo como agente "modernizador" era saludado casi unánimemente, como contraste del fracaso del parlamentarismo. Pero esto también pavimentaba la ruta hacia la vasta oleada de crítica que subsanaría en la décadas de 1950 y 1960 a toda posibilidad de liberalismo económico como inspiración modernizadora.

La última vez en que claramente se intentó una modernización en consonancia con las tendencias globalizadoras de la economía mundial se dio en los años 1920, simbolizados por la transformación del Estado durante el gobierno de Carlos Ibáñez y por la Misión Kemmerer. Pero ello no es idéntico a una confianza "liberal" en lo económico. Como la nueva investigación lo ha señalado, una suerte de intervención estatal y proteccionismo crecía en la clase política chilena. Más importante, la cultura política había integrado una noción colectiva que

se distanciaba de lo que creía un arenoso *laissez faire*. La Depresión, al cortar drástica y dramáticamente los lazos con la economía mundial, aunque fuere por un breve período, y al crear de *facto* un Estado interventor y proteccionista, sentó las bases económicas del "Estado del compromiso". La relación Estado-empresariado-grupo de interés (de capital o de gremios y sindicatos) sería característica de los años siguientes. Esto no impidió una relativa modernización, aumento del alfabetismo, (a partir de 1950) disminución de la mortalidad, crecimiento modesto, construcción de una infraestructura industrial. Tampoco hay que olvidar algunos activos políticos: bajo nivel de violencia, creciente organización gremial y sentimiento de participación; un cierto grado del todo despreciable de cultura cívica.

Pero falló en dos aspectos: el ritmo del crecimiento económico no permitía mantenerse en consonancia con el crecimiento de las expectativas (la sociedad de consumo es un fenómeno más abarcador que lo que actualmente se piensa) ni con la "real" posibilidad de crear una sociedad desarrollada. Además, el país, como en gran medida el resto de América Latina, no aprovechó —o lo hizo incompletamente— el extraordinaria dinamismo de la economía mundial de los primeros veinte años de la posguerra. Por el contrario, creció en la cultura económica de la opinión pública chilena una desconfianza que se hizo innata acerca de ese dinamismo. Y, a la vez, sus defensores perdieron la plasticidad, flexibilidad y seguridad en sí mismos como para haber hecho un equilibrio. Pero ello tiene otras explicaciones.

Al "Estado de compromiso" no sólo le era inherente un precario equilibrio que hacía muy difícil una reforma económica drástica. También empezó a padecer crecientemente de un contramodelo, de una suerte de utopía alternativa ante la cual era medida la realidad (por cierto menos rutilante) del mundo más acá de las utopías. Efectivamente, en los años 1930 se consolidó dentro del sistema político nacional lo que con precisión fue llamado una subcultura política marxista. Aunque no hay que mirarla como algo que ya en esa década fuera ni monolítico ni homogéneo, puso cada vez más énfasis en una radical transformación interna vin-

culada inexorablemente a una posición en el sistema internacional, principalmente en el sistema interamericano. De este modo, Chile pasaría a vivir plenamente los avatares de la política mundial en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría. La lucha por la propia versión de lo que significaba modernizarse no fue en este sentido únicamente una imposición de las grandes potencias, de la Guerra Fría, del "imperialismo", de las "ideologías foráneas", como han rezado muchas explicaciones exitosas a nivel de conciencia colectiva. Por el contrario, no se entiende la política chilena si no se la mira también como parte de una política mundial ante la cual los actores nacionales toman posición de acuerdo a su propia percepción de los intereses.

Parte de este fenómeno es la aparición del marxismo, aunque el grado de su radicalización haya variado. Desde luego, su fortaleza estaba estrechamente relacionada con lo que se ha llamado el "eje socialista-comunista". Esto no se debe mirar como un mero problema de posición de actores políticos, sino como la suma de actitudes, valoraciones e impulsos —una cultura política, finalmente— que desde su ángulo se constituyó en un punto de referencia insoslayable de la sociedad. Aquí la "modernización" se situaba (tras algunos avatares en los años 1940) más allá del modelo salido de la historia occidental moderna. La historia de Chile —reconociendo algunos puntos favorables, como la temprana formación del Estado— era mirada esencialmente como la historia de una falsificación, y de un fracaso, desde luego. Casi siempre había dos Chile, el del oligarquía y el del "pueblo", al que se le comprendía de manera más o menos extendida según el caso. Más todavía, este fracaso estaba íntimamente vinculado con una estructura internacional, de la que se desprendía forzosamente no sólo un cambio de orientación estratégica del país, sino que una alteración radical de su estructura interna, de sus valores políticos y económicos, y de su relación con la economía mundial.

La modernización pasó a constituirse en esta interpretación marxista como una posibilidad inherente a la historia, deseable e inevitable. La racionalización del mundo pasaba por el establecimiento de un orden que subrayaba el poder con-

centrado como un desprendimiento natural de la historia, absolutamente coincidente, por lo demás, con la voluntad racional y la emociones básicas de los grupos progresistas. Como se ve, esta visión era absolutamente eurocéntrica en sus perspectivas básicas, aunque hubiera apelaciones esporádicas y rituales a un indigenismo. Por cierto, ello no extraña en una sociedad que ha mirado siempre, como hecho natural a ella, su relación con el mundo moderno como parte de la cultura europea. El marxismo chileno en gran medida no fue (no ha dejado de ser) sino otra manifestación de esta realidad.

Esta subcultura política penetró vastos ámbitos de la sociedad. Pero, en conjunto, nunca dejó de ser una parte de su totalidad, aunque la más articulada como aspirante a definir esa totalidad. Ello desde luego porque representó en la arena nacional la más fuerte persuasión ideológica totalitaria, aunque esta última homogeneidad se cristalizó en la estela de la Revolución Cubana. Sin embargo, a pesar de constituir una minoría, ayudó a colocar la apreciación del orden social en la perspectiva de la alteración radical. Efectivamente, en los años 1960, casi anticipándose a los aires mundiales de época, el "cambio" pasó a constituirse en el talismán semántico que definía la orientación necesaria para la sociedad.

MODERNIZACION COMO CAMBIO

Por cierto, cambio y modernización son dos conceptos que se alimentan mutuamente. Pero ambos, que se mantendrían de alguna manera invariables a través de todos los "terremotos políticos" hasta la segunda mitad de los 1980, se articularían, como ya se ha señalado hasta el cansancio, en persuasiones con creciente hostilidad entre sí. La polarización de 1970/73, la misma elección de 1970 y la diferencia entre el lenguaje usado en la campaña y el inmediatamente antes o después de ella, mostraba una cierta incertidumbre acerca de la idea de "modernización". Todos sostenían promover lo que podríamos suponer una versión de este proceso. Incluso algunos sectores conservadores alineados en la candidatura Alessandri asimilaban

la modernización también a su modo radical alteración de ese "Estado de compromiso" en su funcionamiento económico. Ello se vio favorecido por una irritación exacerbada ante el estado de cosas, lo que tenía mucho de profecía autocumplida. El factor "subjetivo" en la crisis de 1973 es tan importante como la inevitable incapacidad de las políticas económicas de 1965/73 de dar satisfacción a la explosión de las expectativas.

Entonces, salvo el centro político —y allí plagado de ambigüedades e inseguridades—, la situación en 1970 era planteada como de decidido fracaso de modernización, aunque reconociendo algunos de sus momentos en la trayectoria 1932-73: la progresiva estatización y movilización, para unos; el orden institucional, para otros; la particularidad dentro del continente americano o la adhesión generalmente vaga a un círculo de cultura occidental; el descubrimiento progresivo por parte del "pueblo" de un modelo alternativo en otras sociedades. Los años 1970-73 pueden ser considerados como un tiempo de progresiva brutalización de la cultura cívica, pero todos los actores se movían en torno a una idea de modernización (bien entendido, con varios vocablos), que rechazaba a la vez algún contenido de la historia reciente (su remanente feudal, la progresiva pérdida de la autoridad).

La fuerte herida real y simbólica del 11 de septiembre de 1973 hizo surgir un cuadro en donde la modernización era asumida de manera radical por quienes se identificaban con uno u otro campo de la división nacional. Aquí no podemos entrar en los ricos matices. Lo que interesa es la gran paradoja que se produjo y que puso bajo una luz asombrosa la relación del "Chile moderno" con la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fria.

Unos habían apurado el ritmo del cambio, confiando en que el salto sobre el abismo haría salir a luz las potencialidades "progresistas" inherentes al proceso histórico y resultaría en una ruptura definitiva con la versión "occidental" de la modernización, hablada como "capitalismo", "neocapitalismo", "dependencia". Llegaría lo verdaderamente moderno representado en el socialismo y en un sistema de Estados que ha demostrado que aquel no sólo es posible, sino también inevitable y, por

cierto, deseable. Para éstos, la ruptura radical del 11 de septiembre y todo lo que siguió no representaría, al comienzo, más que pura irracionalidad, el surgimiento de demonios ocultos que atrasaban brutalmente lo inevitable (y deseable). En estos momentos se reforzó la idea de lo que podríamos llamar los "dos Chile", aquél de la tradición progresista siempre creciente (excepto de quienes se aterrorizaron y regresaron al campo de la "burguesía"), y aquél de la defensa de la clase dominante en lo interno y de la "dependencia" en lo externo. La exacerbación de la "lucha de clases" llevaría al final a la "pequeña burguesía" a cooperar en una alianza estratégica con el sector progresista como un todo. Más al margen, el desarrollo de un ideal heroico-combatiente como manifestación de un rechazo implícito a lo moderno llegaría a una extrema violencia; pero no por casualidad esto sucedería cuando esta subcultura comenzara a tambalearse en cuanto tal.

ACELERACION Y LIMITES

El drástico cambio de timón de 1973 significó asimismo para otros una decidida elección de lo moderno y su "modernización"; pero también la afirmación "reaccionaria" de resistencia, al menos en su primera mitad, hasta principios de los años 1980, de algunas manifestaciones centrales del mundo moderno. Ciertamente es que el rechazo a lo moderno (o una de sus faces) constituye —como antes señalé— una característica adicional de lo moderno. Pero aquí me refiero a rechazo de ciertas "modernizaciones", las que eran vistas como antepasadas del quiebre institucional.

Para comenzar, mientras que la resistencia final y legitimación inmediata del 11 de septiembre había postulado una suerte de "restauración" o "recuperación" de la tradición democrática, implicando la vida política hasta 1970, las nuevas voces dirigentes comenzaron a criticar rápidamente el desarrollo chileno del último medio siglo. En la estela de una drástica transformación económica, se interpretó la nueva economía política a la luz de una visión crítica del desarrollo de la relación Estado-sociedad desde al menos el triunfo del

Frente Popular en 1938. Esto se puso en una semántica más tradicional, la del deslumbramiento por la consolidación portaliana del Estado en el siglo diecinueve, y la de la lectura heroica de la historia de ese siglo. La teoría de la decadencia, en torno a la cual no por casualidad se debatió tanto hacia 1980, fue aplicada a la historia del siglo veinte, ahora resaltada fundamentalmente por un sector, el que simpatizaba con el Gobierno Militar. Pero esta interpretación decadentista, que puede ser la defensa del mundo moderno y de las modernizaciones, se aparta de las segundas en la inclusión de la democracia como objeto de (a veces) devastadora crítica. Tras ella se encuentra un análisis de lo moderno en política como una fundamental amenaza. Si miramos al único paradigma aceptado por todas las versiones de este sector, la España de Franco, encontramos cómo el ataque a lo moderno constituyó una posibilidad de modernización en un régimen que tenía grandes probabilidades de desembocar en la transformación económica y social y la creación —no necesariamente por propia voluntad— de las condiciones de una reinvigorizada cultura política proclive a un estilo democrático.

La voluntad titánica de una modernización económica, que no pocas veces como en la voluntad totalitaria anterior orillaba una empresa nihilista, y la idea de que la política tendría automáticamente una nueva resolución, "moderna", pero más allá de los sistemas del mundo moderno, se combinaron en un vínculo efímero pero que terminó siendo el puntal de una nueva inauguración. Los dirigentes chilenos de esos años, tributarios de su propia versión de lo moderno, podían, sin embargo, a la vista del enorme aislamiento internacional, ser consecuentes con la insularidad chilena y manifestar que era ésta la que les daba la fuerza para efectuar el cambio necesario. Esto es más cierto en las Fuerzas Armadas, que —aunque revelen en su doctrina al funcionario moderno— junto a con la Iglesia son de las pocas instituciones en que el vínculo premoderno es parte de su autorrepresentación.

A esto se unió un cambio nacional e internacional sin precedentes: la reevaluación del desarrollo político de antes de 1970 por una amplia gama de

actores que se opusieron en diversa (pero generalmente amarga) intensidad al gobierno militar. El aprecio de los modelos políticos y de orden social salidos del mundo moderno, con sus paradigmas en Europa Occidental y Estados Unidos, se convertiría en la perspectiva central de la política y del orden social deseado, y un ancla de seguridad. Lo que era la "modernización" pasó a convertirse en un esqueleto de ideas bastante compartido, y desde luego su potencialidad pasó a ser mirada en las tendencias inherentes a la sociedad, y no en un paradigma que obligaba a un cambio. La paradoja de la historia de los últimos sesenta años se destaca si pensamos que la principal andanada semántica contra la candidatura de Jorge Alessandri en 1970 era que el país no podía encaminarse al siglo veintiuno eligiendo a un hombre nacido en el siglo diecinueve. Pero cuando el país efectivamente se encuentra ahora a las puertas del siglo veintiuno, los modelos de orden social preferidos se acercan (aunque no son idénticos ni mucho menos) más al de Alessandri que al de sus dos adversarios de entonces.

Más todavía, ha estallado una euforia de la "modernización", sólo resistida por el hasta ahora margen político, los sectores que se quedaron sin credibilidad con su propio proyecto de modernización. Con todo, la aceptación sin reparos a la modernización, que pasa por alto la crítica antimoderna propia a la modernidad, se inscribe en la convencionalidad a la que antes nos referimos. El Chile actual es así producto de una expresión de personalidad y de voluntad de la que los chilenos no se imaginaban (adicionalmente, con un pecado original y originante: el olvido de sus desvaríos es condición de su estabilidad y "prosperidad"). Pero también es producto de la sensibilidad a lo "nuevo" en sus ropajes de moda; y con ello cae rápidamente en la convencionalidad que reproduce e imita sin realmente apropiarse.

Las debilidades de la modernización aparecen de manera más nítida no en la gran política y en las grandes (o profundas) formulaciones acerca del orden social, sino en los recovecos de la conciencia colectiva y de las conductas privadas. No se trata de una "verdadera conciencia" frente a los espejismos de la "falsa conciencia", infraestructura *vis à*

vis superestructura. Más bien se trata de aquellos intimidades no siempre perceptibles al historiador (aunque sí a los críticos de genio, como Joaquín Edwards Bello o Lukas), pero que fundan la posibilidad de que la sociedad constituya no solamente un "sistema", sino también una civilización. La indiferencia de los chilenos hacia lo público ha sido uno de los grandes obstáculos a la constitución en lo cultural de una sociedad civil: los deberes privados no son mirados como deberes públicos, salvo como imposición o como falsa caridad. En realidad, la pasmosa disonancia entre derechos y deberes en la educación no alcanza a ser olvidada por la rutilante charlatanería acerca de los "proyectos". La ola de violencia que nos aqueja no es resultado ni de una mera cuestión policial, ni—más atrás—de la violencia política y moral de los años 1970 (de hecho, hay un punto de inflexión con la crisis de 1982), sino que podría ser interpretada como el producto de una marcada indiferencia por lo público. No por casualidad, entonces, algunos ponen el acento en la "crisis moral". No sólo porque la corrupción se levanta ahora más nítidamente como el gran peligro de nuestro tiempo, sino porque es en las fibras donde arranca el impulso que finalmente dicta el grado de civilización (y de adaptación) que la sociedad mostrará en su circunstancia. Ello siempre y cuando el tema "moral" no se transforme —como también sucede mucho por estos lares— en enmascaramiento para referirse a otros temas y constituya un instrumento de poder, es decir, cuando deviene en mera ideología.

Más que habladuría del posmodernismo, en la cuestión actual existe una intensificación de lo moderno en su faz de apropiación y utilización. No es ajeno a esto la sensación de que los fosos generacionales parecen ser más profundos que otrora. La condensación del tiempo histórico en tensiones siempre nuevas lleva a su corolario, la combinación de cambio incesante con inamovilidad de las figuras e ideas. Esto hace arenoso el suelo sobre el que se levanta con entusiasmo el edificio de la modernización en el Chile de nuestro tiempo. Su lógica ha sido aceptada con sospechoso brío por quienes se opusieron a ella por largas décadas. Sus propulsores iniciales miran para otro lado cuando se habla del precio y de los límites.

Con todo, esto no debe empañar nuestra vista hacia lo que se ha superado, y el mejor remedio para ello es volver la mirada hacia un par de décadas atrás, a comienzos de los años 1970, cuando el país se encaminaba a su escisión y a un drástico cambio de rumbo. El camino escogido de modernización, por esa inexplicable combinación de provincianismo y cosmopolitismo antes aludida, en vez de ser una de las alternativas modernas a lo moderno, consistió en el que ahora se ve como el más exitoso de los sistemas posibles. Mientras está percepción se conserve, esta modernización puede encontrar su impulso.

Modernidad, comunidad y asociatividad

Vicente Espinoza
SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

Quiero presentar una reflexión sobre la sociabilidad desde el punto de vista de la estructura social. La presentación generaliza a partir de un estudio de redes sociales en las poblaciones de Santiago realizado en 1989 (Espinoza 1992). El enfoque de redes sociales es un tipo de análisis estructural basado en las relaciones establecidas entre los individuos de un grupo (Wellman 1988).

Sostengo que las pautas de sociabilidad vigentes en Chile son el resultado de la resistencia de la sociedad a la fuerza desintegradora del mercado y la presión atomizadora de un Estado autoritario. Las movilizaciones de protesta de mediados de los ochenta deben entenderse como resistencia social a subordinar la substancia de la sociedad a las leyes del mercado. Mi reflexión se emparenta con la de Polanyi (1957), quien analizara las consecuencias sociales de la implantación del libre mercado en Inglaterra durante los siglos diecisiete y dieciocho. Tal como él sugiere (Polanyi 1957), la defensa de la sociedad contra su desintegración nos empuja a explorar el significado de la vida social en una sociedad compleja.

El proceso de ajuste estructural de la economía chilena iniciado en la década del setenta buscaba equilibrar la economía, para establecer las condi-

ciones del crecimiento económico sostenido. Tales ajustes consistieron principalmente en una reconversión productiva por la apertura a los mercados externos, la reducción del gasto público acompañada de una redefinición del rol del Estado y el establecimiento del mercado como regulador de la asignación de recursos económicos. El empobrecimiento de gran parte de la población fue el resultado más notorio de las políticas de libre mercado; aun hoy, Chile tiene casi tres veces más hogares pobres que en 1970 (Cepal 1992).

La pobreza en que vive gran parte de la población lleva a preguntarse cómo tal desigualdad se expresa y procesa en la estructura social. Ciertamente, la pobreza es un problema antiguo en Chile. En el pasado, sin embargo, las clases medias eran el puente entre los pobres y los más pudientes: burócratas, políticos, profesores, trabajadores sociales, pequeños empresarios, dirigentes sindicales y toda la variada gama de la "clase media" constituían los lazos que vinculaban comunidades cerradas con los recursos sociales. Estas relaciones -"cuñas" o "pitutos"- ayudaban, por ejemplo, a hacer más expedita la tramitación de las jubilaciones, a avalar créditos, a proveer de trabajos.

El ajuste estructural de los setenta aplastó a las

clases medias tradicionales. Los grupos sociales que tomaron su lugar en la estratificación social ya no median entre ricos y pobres, sino que se especializan en servicios para los más pudientes. Por ello ya no juegan el rol integrador que tuvieron hace dos o tres décadas. Los pobres aparecen relegados a los pasajes de las poblaciones, mientras los que "les ha ido bien" exhiben costosos automóviles en pistas de alta velocidad.

Las políticas sociales del sector público buscaron, sobre todo, suavizar el impacto negativo de las políticas de ajuste antes que promover la integración de los pobres. Los pobres la ven dura tratando de mejorar su situación. La sociedad tiende a fragmentarse en una multitud de mecanismos de sobrevivencia, como una respuesta de la población pobre a las prácticas actuales del Estado (Sorj 1991, Roberts 1991). Gran parte del nuevo tejido social corresponde a procesos microsociales de sobrevivencia que van entretejidos con la organización social (Sorj 1991). Sorj (1991) argumenta que el tejido social generado en procesos microsociales de sobrevivencia afecta la gobernabilidad de las sociedades, ya que la fragmentación se proyecta, retroalimenta, imbrica y rearticula constantemente con toda forma de organización social (Sorj 1991, Mingione 1991). De aquí la relevancia del análisis microsocial de las redes sociales para comprender el funcionamiento global de la integración en estas sociedades.

En Chile, a diferencia de otros países latinoamericanos, las estrategias perversas de sobrevivencia, como el comercio callejero, mendicidad, mercado negro, tráfico de drogas o robos, no alcanzaron una implantación profunda en la estructura social. Claro que tampoco es tan simple como decir que todo ha vuelto a ser normal. Después de largos años de desempleo, los trabajadores no volvieron a sus antiguos lugares de trabajo. Trabajos inestables y desregulación de las relaciones laborales asalariadas constituyen características del empleo entre los pobres, en lo que parece ser un rasgo estructural del modelo de desarrollo (Díaz 1991). La desprotección de los trabajadores produce la entrada de modalidades de producir en el dominio de la reproducción (en palabras de Félix Guattari [1989], el capitalismo mundial integrado capta de

todos los modos de actividad, incluso más allá del trabajo económico... utilizando toda la potencia maquínica de las sociedades). Así, el mundo del trabajo se hace presente en territorios anteriormente de habitación.

Otra área de cercanía entre las prácticas reproductivas y productivas es ofrecida por la integración y distribución de los recursos al interior de redes familiares o vecinales. Algunos ejemplos son la manutención de los cesantes, el cuidado de los niños de las mujeres trabajadoras pagadas, los intercambios de herramientas, insumos o dinero con fines productivos. Todas estas prácticas, que permiten la reproducción de los trabajadores y que se designan como "estrategias familiares de subsistencia", ya no son patrimonio de la "sobrepoblación relativa" y no pueden ser asociadas exclusivamente con la pobreza (Mingione 1991). Estas prácticas cotidianas de sobrevivencia son parte sustancial de la vida diaria en las poblaciones de Santiago.

La organización de la vida cotidiana en las poblaciones revela una estructura social caracterizada por núcleos de reproducción de entre tres y seis familias nucleares relacionadas entre sí por el intercambio de recursos de subsistencia (Espinoza 1992). La pobreza no tiene como traducción directa la reconstitución de hogares o familias extensas, pues las redes de ayuda familiar vinculan unidades residenciales diferenciadas entre sí. Aunque una federación de familias nucleares pudiera concebirse como una forma de familia extensa, las relaciones de parentesco no son la base de las relaciones entre sus miembros. El territorio común del vecindario ofrece la oportunidad básica para la formación de relaciones entre familias no necesariamente emparentadas entre sí.

El territorio de una red social reproductiva en las poblaciones de Santiago es sumamente pequeño. La red habitualmente alcanza sólo un par de cuadras alrededor de la vivienda y, como una regla, el grueso de sus miembros pertenece al "pasaje" en el cual se encuentra la vivienda. En cada uno de estos pasajes, que cuentan entre 25 y 32 domicilios, pueden operar varias redes simultáneamente, aunque rara vez comparten sus miembros. Estos grupos informales aparecen a veces

como una organización formal de pocos miembros; en un barrio parecido, 32 por ciento de las organizaciones tenía diez o menos miembros (Guerra 1991).

El pasaje es el espacio del vecindario por excelencia: los vecinos se conocen, se encuentran todos los días, sus niños juegan en el pasaje, la gente se instala a mirar por las ventanas. En estos pasajes se establecen las relaciones sociales que cimentan la vida social de la población. La vida de pasaje es evidente para cualquiera que se asome por una población; los hay plenos de actividad social, los hay cerrados al estilo "condominio", los hay pintados por los jóvenes, los hay mejorados o embellecidos por iniciativa de los vecinos.¹ (Por eso las organizaciones "por manzana" terminan invariablemente en un fracaso; el espacio social de las viviendas son las calles, y no las manzanas, como puede suponerse al revisar un plano).

Estas redes de los pobladores no corresponde exactamente con la así denominada "economía de la solidaridad" (Razeto 1990, Friedmann & Salguero 1989). Extrañamente, mientras una parte de la realidad parece mostrar signos de fuerte integración comunitaria, como se espera en una economía solidaria, la otra muestra atomización. En efecto, se trata de redes entre personas que se conocen desde que la población se fundara, y aun antes; tienen una interacción diaria, viven cerca, se visitan y se consideran buenos amigos entre sí (Espinoza 1992, Hardy 1985, 1987). No obstante, las redes de subsistencia comprenden un grupo pequeño de personas, se establecen en territorios muy reducidos, y rara vez establecen relaciones entre ellas (Espinoza 1992, Campero 1987).

La paradoja de que los lazos fuertes no favorecen la integración social fue argumentada hace dos décadas por Mark Granovetter (1973). El establecimiento de lazos fuertes con otras personas reduce la posibilidad de ampliar el número y la variedad de los contactos. Los lazos débiles, por el contrario,

permiten mantener un número grande y variado de contactos. Las comunidades de lazos fuertes son, en verdad, un conjunto de pequeños círculos homogéneos, estrechamente vinculados en su interior, pero con escasa conexión hacia otros ámbitos, incluso con otros círculos en la misma población. Así puede entenderse que durante la época de las protestas tomaran cuerpo entre los vecinos rumores del tipo "que otro pasaje les atacaría". Ello sólo puede ocurrir por la ausencia de comunicación entre un pasaje y otro; lo desconocido se vuelve amenazante y los que se conocen se encierran en sí mismos para protegerse.

El descubrimiento básico de la investigación que reseño es éste: la molécula básica de integración social son redes sociales que operan como una federación de familias nucleares. Esto indica que el "punto sólido" donde se detiene la atomización social no son los individuos, ni siquiera la familia, sino esta red social de diferentes familias. Puesto de una forma negativa: la desintegración que producen el autoritarismo y el mercado no llega tan lejos como para destruir la familia, ni siquiera las relaciones de vecindad entre familias. El resultado del ajuste estructural y la pobreza no es la reconstitución de la familia extensa, como tampoco la desintegración familiar en una masa anómica de individuos.

La imagen de integración social en las poblaciones parece mostrar una serie de pequeños grupos fuertemente integrados entre sí, pero desvinculados de otros grupos de similares características. La imagen de un rompecabezas parece adecuada: las pequeñas unidades están ensambladas entre sí, pero una leve presión externa puede dejar cada grupo reducido a sí mismo. Los lazos débiles conectan un grupo con otro, ya sea de forma horizontal, o verticalmente, a través de un mediador. La unidad de los pequeños grupos se teje por medio de lazos débiles.

Los lazos débiles que conectan estas moléculas entre sí no tienen una integración sistemática en las estrategias de sobrevivencia; los lazos débiles son un recurso sumamente escaso entre los pobres. El mercado de trabajo reúne los lazos débiles más típicos entre los pobladores. Idealmente, ellos deberían ofrecer oportunidades de movilidad social

1. Gabriel Salazar sugiere que los antecedentes de esta vida de pasaje pueden remontarse hasta el "cité", típico de la vivienda social a principios del siglo veinte (comunicación personal).

ascendente que favorezcan la integración social. Estos contactos pueden calificarse como débiles en un contexto de lazos fuertes. Los mercados de trabajo dominados por lazos fuertes ofrecen pocas oportunidades de movilidad social; aunque ofrecen trabajos, toleran pocos cambios en las jerarquías. La reorganización de las relaciones de clientela laboral son riesgosos para todos los miembros de las cuadrillas, porque habitualmente marcan el fin de estas asociaciones. Así, entre los pobladores, la búsqueda de trabajo es todavía otro mecanismo de sobrevivencia antes que una verdadera oportunidad de movilidad social.

ASOCIATIVIDAD Y CIUDADANIA

Los lazos fuertes entre vecinos producen una alta integración interna. Estos pequeños círculos ayudaron a la sociedad a sobrevivir a través de las crisis políticas y económicas. Los intensos intercambios de recursos entre vecinos de los pasajes permitió a los pobres resistir el impacto de las políticas de libre mercado. Estos lazos fuertes, sin embargo, no ofrecen muchas oportunidades de movilidad social o participación en la toma de decisiones.

Las oportunidades de romper el círculo de la pobreza y lograr una integración parecen depender de factores que están fuera del alcance de los pobladores. Las estrategias de los pobladores pertenecen aún al mundo privado, desde donde no pueden emerger una personalidad colectiva, ya que los círculos privados no tienen referencia con respecto a otros grupos sociales. La cuestión de la ciudadanía aparece entonces vinculada a la ruptura de los lazos fuertes que atrapan la energía de los pobladores. Si los pobladores encuentran el camino o las políticas públicas abren el espacio, será posible para los pobladores abrir los límites de la comunidad hacia la ciudadanía.

REFERENCIAS

- Campero, Guillermo
1987 *Pobladores. Entre la sobrevivencia y la acción política*. Santiago: ILET.
- CEPAL
1992 *El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90*. Documento preparado por la División de Estadísticas y Proyecciones para la Tercera Conferencia Regional sobre Pobreza (LC/L.716 Conf. 82/6). Santiago: Naciones Unidas.
- Díaz, Alvaro
1991 "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Proposiciones* 20:88-119. Santiago, Chile.
- Espinoza, Vicente
1992 "Networks of informal economy: work and community among Santiago's urban poor". *Ph.D. Thesis*. Department of Sociology, University of Toronto.
- Friedmann, John and Mauricio Salguero
1988 "The barrio economy and collective self-empowerment in Latin-America: A framework and agenda for research." Pp. 3-37 in *Power, community and the city*. Edited by Michael Peter Smith. New Jersey: Transaction, Inc.
- Granovetter, Mark S.
1973 "The strength of weak ties." *American Journal of Sociology* 78 (6):1360-80.
- Guattari, Félix
1989 "El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular". En *Cartografías del deseo*. Santiago: Francisco Zegers Editor.
- Guerra Rodríguez, Carlos
1991 "Las organizaciones sociales poblacionales: un recurso para la aplicación de políticas públicas". *Tesis* Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magister en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente.
- Hardy, Clarisa
1985 "Caracterización de la marginalidad popular. Escenario constitutivo de nuevos actores." *Coyuntura Económica* 11. Santiago: PET.
- 1987 *Organizarse para vivir. Pobreza urbana y organización popular*. Santiago: PET.
- Mingione, Enzo
1991 *Fragmented societies. A sociology of economic life beyond the market paradigm*. Oxford, UK: Basil Blackwell.

Polanyi, Karl

- 1957 *The great transformation. The political and economic origins of our time.* Beacon Hill, Boston: Beacon Press.

Razeto, Luis

- 1990 *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora.* Santiago: Area Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile.

Roberts, Bryan

- 1991 "Household coping strategies and urban poverty in a comparative perspective". Pp. 135-68 in *Urban life in transition*, edited by M. Gottdiener and Chris Pickvance. Newbury Park, CA: Sage.

Sorj, Bernardo

- 1991 "Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil". *Revista Mexicana de Sociología* 1/ 91:107-20.

Wellman, Barry

- 1988 "Structural analysis: From method and metaphor to theory and substance." Pp. 19-61 in *Social structures: A network approach*. Edited by Barry Wellman and S.D. Berkowitz. Cambridge: Cambridge University Press.

Infancia y modernidad: los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional

Salomón Magendzo

Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, PIIE

Los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional (TILNA), son alrededor de ciento veinte talleres que funcionan a lo largo de todo el país en ciento noventa y siete comunas y representan la materialización del esfuerzo de un organismo no gubernamental, el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE), por implementar, en convenio con el Programa Preescolar MECE (Mejoramiento de la Calidad Educacional) del Ministerio de Educación, un programa capaz de concertar a educadores y auxiliares de párvulos, madres y jóvenes, técnicos, promotores, dirigentes y otros profesionales que trabajan en favor de la infancia menor de 6 años, en una determinada localidad.

Todas esas personas reflexionan acerca de la situación de la niñez e intercambian experiencias con el fin de visualizar su localidad con una mirada atenta, que les permita descubrir lo que ella ofrece y, como consecuencia de ello, generar proyectos en beneficio de la infancia.

Todo se hace de una manera participativa y colaborativa, en que las instituciones especializadas en educación preescolar y las organizaciones sociales trasciendan su pertenencia particular y se integren a los TILNA. Pretendemos que éstos lleguen a ser un motor mancomunado, un cuerpo

vivo que tenga presencia local y aborde el tema de la infancia de manera holística, desde los mismos actores locales preocupados por ella.

Al decir que los TILNA van a generar proyectos en beneficio de la infancia, estamos refiriéndonos en concreto a acciones específicas que puedan enriquecer prácticas, tradiciones, comportamientos, expresiones culturales y artísticas, resultado de la interacción entre las personas que viven en una comunidad y su entorno geográfico, físico o climático, así también de su historia, valores y creencias.

Por lo tanto, la ejecución de estos proyectos por parte de los TILNA no está dirigida a compensar deficiencias o carencias, que las comunidades siempre padecen, sino a lograr potenciar fortalezas que poseen las familias y las localidades en pro de la infancia.

Este énfasis que deseamos darle a los proyectos que los TILNA generarán no desconoce el cúmulo de carencias que pueden existir en la comunidad, sino que plantea que si ésta es capaz de visualizarse positivamente, valorizando sus fortalezas y abocándose a enriquecerlas y potenciarlas, sería también capaz de enfrentar sus carencias con una mirada completamente distinta a la que puede

tener a través del enfoque clásico de desarrollo de proyectos compensatorios.

Sabemos que en el sentido común y la vida cotidiana perviven mezclados y comprometidos elementos "positivos" y "negativos"; por tanto, no es fácil diferenciar aquello que se muestra fértil de aquello estéril y perturbador.

Guadamuz (1991) aborda este fenómeno expresando que no existe ninguna cultura popular "suicida", o sea, que en el marco de sus relaciones inmediatas de sobrevivencia siempre están presentes valores en pro de la vida y su ampliación.

Prácticas como la medicina tradicional, la fiesta popular, el trabajo comunitario, etc., constituyen respuestas aprendidas históricamente que hacen frente a la reproducción. A estos núcleos de valores "positivos" dentro del sentido común suele llamarseles "núcleos de buen sentido", sólo que ellos no aparecen materializados en la práctica. Se trata, entonces, de un conocimiento latente o "dormido" en el recuerdo de viejos luchadores, de antiguos maestros de pueblo, de otrora florecientes artesanos innovadores que plasman la relación cotidiana con los objetos, etc.

Al respecto, Myers (1992) enumera un conjunto de ventajas y fortalezas que ambientes "desaventajados económicamente" poseen, y que repercuten favorablemente en el desarrollo del niño.

Por ejemplo, una comunidad rural puede correr grandes riesgos por la presencia de enfermedades como el tífus, la hepatitis, el cólera o las condiciones de hacinamiento; sin embargo, por poseer el niño una familia y comunidad integrada y adaptada al contexto ecológico y social, puede tener ser provisto de un ambiente que satisfice sus necesidades psicosociales, que le permite crecer sanamente a pesar de los riesgos físicos antes descritos.

En consideración con todo lo anterior, la propuesta TILNA procura:

- (1) Favorecer la creación de un espacio de intercambio y construcción colectiva, entre todas aquellas personas que tienen que ver directamente con la infancia.
- (2) Reconocer el aporte de los sectores con los cuales se trabaja, promoviendo el encuentro entre la diversidad de cultural que puedan encontrarse en la comunidad. Creemos que

éste es un aspecto que se debe considerar para la transformación real y positiva de las condiciones de vida de la infancia.

- (3) Utilizar metodologías participativas que permitan a los padres y madres de familia y a la comunidad incorporarse activamente en el quehacer de la infancia en proyectos comunitarios.
- (4) Proponer formas de trabajo que favorezcan el aumento de los niveles de participación, promoviendo un grupo que permanezca en el tiempo, que desarrolle su autonomía y que participe en el proceso de toma de decisiones, es decir, que tenga una fuerte capacidad propositiva y de gestión.
- (5) Desarrollar en los TILNA y la comunidad la capacidad de observación y descubrimiento de todas aquellas expresiones comunitarias que favorecen el desarrollo del niño y la niña, con el fin de dinamizarlas, enriquecerlas y potenciarlas.

Definido lo que son los TILNA, se hace necesario perfilar la posición que tienen éstos en relación al debate de la modernidad y su relación con ella.

Es necesario que los que estamos implementando los TILNA, coincidiendo con Garretón (1993), no confundamos la modernidad con una forma particular de modernización o con la vertiente occidental, ya sea del predominio exclusivo de la razón instrumental, ya sea del imperio de la cultura de masas articulada por los medios de comunicación.

Este enfoque de la modernidad protagonizado por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial se materializa a través del "desarrollismo". En esta tendencia, la vida social se comienza a ver como un objeto de planificación que puede alterarse mediante acciones programadas a las que no interesan para nada las esencias últimas de la vida social, sino la implantación de los indicadores relevantes para identificar las transformaciones deliberadamente pretendidas (Rivera 1993).

La modernización, como dice Rivera (1993), es una simple opción tecnológica para el futuro y no se ajusta con el pasado en relación a un ethos cultural particular.

Cabe destacar, además, que es imposible desprenderse de las imágenes que aparecen acerca de la modernidad desde el siglo quince, causando catástrofes tras catástrofes sociales de tal magnitud que todo un modelo de civilización occidental parece en crisis. Los movimientos totalitarios, sea el movimiento nazi, el estalinismo, o el terrorismo del Estado de la Seguridad Nacional, son un reflejo en el siglo veinte de estas catástrofes.

Dicho lo anterior, vale recordar las utopías con las que por esencia ha soñado la modernidad, con el deseo de lograr la imagen de una sociedad perfecta, que comienzan con el liberalismo, siguen con el anarquismo y el comunismo y prosiguen con el antirracionalismo del nazi-fascismo y el neoliberalismo.

Aparece, sin embargo, para los TILNA, también otra forma como se expresa el modernismo: la modernidad latinoamericana que, sin desprenderse de su raíz occidental y de la herencia de la razón y de las instituciones que ésta vertiente ha legado, se vincula a la corriente de la expresividad, la comunicación, la relación entre sujetos, la imaginación, la estética, el impulso y la pasión (Garretón 1993).

Es decir, que a pesar de que los sistemas, ideologías monolíticas, han desaparecido, existen todavía grandes proyectos por delante. Según Garretón (1993), el gran desafío del mundo que viene es la socialización de la creatividad y la política cultural. Por tanto, la preocupación principal no será tanto el problema de la economía ni el de los regímenes políticos, sino los temas culturales, el tema del sentido, del lenguaje, de las formas de convivencia y comunicación, y la información.

Bajo el mismo prisma, Rivera (1993) considera que es necesario destacar de nuevo la vieja problemática de la identidad cultural ya planteada en los años veinte y treinta. Según Rivera, la modernización en América Latina, al igual que en Europa, fue antes un desafío cultural que estructural. La generación de intelectuales latinoamericanos de los veinte y treinta señala que la crisis de esos años es inteligible a la luz del proceso de desmembramiento de la unidad cultural iberoamericana. Para estos pensadores, la modernización era un proyecto de sociedad futura, basado en la reconciliación con la

herencia cultural posterior a la colonización española. Frente a la destrucción causada por la sociedad oligárquica al legado cultural latinoamericano, esa generación de intelectuales pensaba que el único desarrollo posible era aquel que rescatara la identidad cultural negada. Modernizarse era construir una nueva síntesis que asimilara, sin negar nada del pasado, la historia latinoamericana real (Rivera 1993).

No queremos plantear el discurso del rescate de la identidad cultural en una perspectiva utópica; más bien postulamos para él un sentido neopragmático, como el propuesto por Richard Rosty. Necesitamos, según Misgeld (1993), determinar qué nuevas ideas pueden hoy inspirarnos, ideas menos grandiosas o abarcadoras que las que prevalecieron durante el pasado reciente.

Dice Misgeld (1988):

No creo que exista un programa o técnica para lograr esto que no sea la comunicación constante y la presencia de cada uno de nosotros en el otro, un constante aprendizaje y reaprendizaje del vivir con otros en todos los dominios de la vida. Por tanto, dada nuestra historia, el cuento central no es el progreso, el desarrollo o la modernización. El verdadero tema de fondo es la redención. Esto significa que cualquier acción que realizas, cualquier palabra que pronuncias, es capaz de hacer nuestras existencias plenas y restituir las a una plenitud, sanidad y calidad de propósito que no tenían antes. Dondequiera que haya gente que tenga el privilegio de vivir de esta forma, sin herir a otros y sin tener que herirlos o herirse a sí mismos, tenemos una sociedad ideal. Sería una sociedad que Benjamín podría llamar una sociedad redimida. Es así, entonces, que el pragmatismo de Rosty implica que la única prueba de la calidad de una teoría puede encontrarse en la práctica (Misgeld 1993).

De este modo, ya no puede existir una concepción única del progreso social o de la evolución social de la cual pudiéramos derivar políticas sociales globales aplicables a todas las esferas sociales... deben conservarse tanto el principio de la resolución de conflictos mediante el discurso, esto es, el principio discursivo de la libertad de articular todas las necesidades y carencias, como el principio de la expresividad imaginati-

va. Estos principios expresan una esperanza práctica; no constituyen reglas de conducción política. En estas nuevas circunstancias, la política se transforma en una cautelosa pero incesante experimentación destinada a crear nuevas identidades sociales y nuevas formas de solidaridad dentro de las organizaciones populares y (quizá) también dentro de las comunidades utópicas... Tanto el aparato de autoridad pública, por un lado, como los grupos autoorganizados, por otro, necesitan aprender a transformarse en interlocutores en el discurso (Misgeld 1988).

Cabe destacar que en la situación presente en Chile, el proceso de la introducción de la modernidad está lejos de responder a una política coherente. Ello fundamentalmente porque el motor capital de la modernización es el mercado, y no decimos ninguna novedad si recordamos aquí que el mercado nunca y en ninguna parte ha sido un factor de cohesión social, y si más bien de confrontación y conflicto. Por ende, se requiere desarrollar políticas y mecanismos compensatorios que permitan ir construyendo la modernidad a la que aspiramos. (Conversación personal con Tomás Vasconi, octubre 1993).

Alcanzar lo anterior requiere voluntad política y planificación educacional. La idea de los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional apuntan en esta línea. Sin embargo, y nuevamente coincidiendo con Misgeld, no podemos aceptar formas de planificación educacional que no den un sitio de preferencia a la afirmación de ciertos compromisos humanos básicos. La educación debería, en la práctica, desarrollar y reafirmar estos compromisos humanos básicos. Tendría que subordinar a este propósito el desarrollo de las competencias cognitivas. Misgeld cree que estos compromisos humanos son pocos y pueden entenderse universalmente como asuntos de importancia para todos los seres humanos: la finitud del ser humano y la interdependencia, es decir, la capacidad de creer en el prójimo. Agregaría a ellos el compromiso de la creatividad y la autonomía.

Todo lo anterior se ponen en juego en los TILNA a través de un proceso de investigación-participativa, que rescate aquellas expresiones culturales y genere en la comunidad pro-

yectos que vitalicen o potencien virtudes o fortalezas que las familias y la comunidad despliegan consciente o inconscientemente en pro del desarrollo de la infancia. Lograr identificarlas y dignificarlas representa justamente la posibilidad de potenciar la identidad cultural, eje fundamental para que un grupo humano, un barrio, una localidad, se reconozca a sí mismo en sus propias expresiones y el así hacerlo genere lealtades que permitan un mejoramiento de la calidad de vida para ellos. Los TILNA no están preocupados por trascender mayormente a la esfera social. No es fundamental que las prácticas sociales se comprometan en un esfuerzo utópico; al contrario, es en la riqueza de lo micro, en el quehacer de la vida cotidiana que se generan estos núcleos de buen sentido. Se podrá calificar a los TILNA por pragmáticos, que han perdido la visión utópica de la transformación social, pero debemos especificar que es justamente ésta la opción por la cual nos hemos decidido en una perspectiva, a lo mejor, moderna.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Guadamuz, Ernesto
1991 "La investigación-acción participativa: sus bases conceptuales y metodologías". *Abra* 15-16, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional, II Semestre.
- Myers, Robert
1992 *The twelve who survive*. London: Biddles Ltda.
- GARRETÓN, M. A.
1993 "América Latina: cultura y sociedad en el fin de siglo". Revista *La Piragua* 6. Santiago: CEAAL.
- Rivera, J.
1993 "Educación popular étnica y modernización". *CESO Paperback* 12/Educación Popular en América Latina. Santiago.
- Misgeld
1988 "Democracia y participación". Santiago: CERC.
- 1993 "Hacia un nuevo humanismo". Santiago: PIIE. 357

"Chile, fértil provincia y señalada en . . ." Su refundación posmodernista

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier
Universidad de Santiago de Chile

Quizás de las cosas más lúcidas que se han dicho recientemente acerca de este país en este nuevo comenzar que son estos tan vaticinados "nuevos tiempos", son las declaraciones, recogidas por *El Mercurio*, hechas por Roberto Matta Echaurren en Biarritz –un lugar por lo demás espléndido para reflexionar sobre este país– el pasado 27 de septiembre.

Según Matta: Chile "es quizá el país más perdido del mundo. Más allá de donde se encuentra está el Polo Sur. Chile está muy bien, pero creo que es duro [*sic*]. Y me parece que para la mayoría de los chilenos la solución es que no son conscientes de ser chilenos (se ríe) . . . Todo son palabras. Chileno quiere decir que tienes un pasaporte . . . En Perú y otras partes de América está la verdadera cultura americana . . . En Chile no había mucho, ahora están descubriendo hasta la Isla de Pascua para identificarse".¹

Traigo a colación los comentarios de Matta porque apuntan a ciertos puntos esenciales de lo que ha sido la construcción y reflexión sobre Chile

siempre: la idea de que Chile está lejos y ausente y, por tanto, hay que ubicarlo en el mapa; de que en general los chilenos se ignoran a sí mismos y, por ende, hay que volverlos conscientes; que, por lo general, la base de nuestra identidad está dada por el Estado y su capacidad extraordinaria de semantizar la realidad mediante la proyección de signos que construyen la identidad colectiva, como por ejemplo los pasaportes; y, por último, que si bien no existe mucho que explotar en Chile en cuanto a cultura, no faltan los motivos y las imágenes que pueden servir al ingenio "nacional" para re-identificarse y re-signarse. En otras palabras, Chile, más que nación en un sentido esencialista u ontológico, es simplemente nacionalista. Su nacionalismo no responde a un núcleo constante, sino más bien cambia periódicamente según los tiempos; se trataría de un nacionalismo epocalista, según la clasificación que hace Clifford Geertz.²

Y es precisamente de eso que me interesa hablar esta tarde: de cómo estamos en plena

1. "Roberto Matta: Marilyn se crucificó porque la sociedad la destruyó", *El Mercurio* (Santiago), 28 de septiembre de 1993.

2. Véase Clifford Geertz, "Después de la revolución: el destino del nacionalismo en los nuevos estados", en *La interpretación de las culturas* (México, 1987), pp. 203 y ss.

refundación de nuestra identidad simbólica-colectiva hoy en día; cómo esta refundación se nutre de las técnicas y lógicas tardo-modernas que corresponden a éste nuestro tiempo; y, por último, cómo esta refundación es también nuestra manera de alcanzar un sentido, una significación, en el fondo, una identidad cultural basada en la libertad, libertad entendida de acuerdo a padrones propios de esta posmodernidad o bien "pos-oportunidad", como le gusta decir a un amigo mío citando a su vez a otro amigo de él.

DE LA NACION DE AYER A LA NACION DE HOY

La historia de Chile hasta hace poco ha sido la historia de su nación. Si bien esto es una redundancia, una tautología, sobre lo cual muchos ya han reparado, no deja de entrañar una verdad útil, utilidad que queda manifiesta en el plano historiográfico, y ciertamente político. ¿Qué sería de nosotros, los que hacemos historia de Chile, si no tuviéramos a Chile? Para qué hablar de los políticos chilenos.

A mi juicio, hemos tenido "nación" y, por ende, "historia", o bien vice-versa, desde que fue necesario justificar la actuación, o mejor dicho la no-actuación, de la élite dirigente tradicional en la coyuntura que produjo el quiebre accidental con España.

Me explico: aunque ya lo he dicho en varios otros lugares, no está demás repetirlo³: hasta el período de Independencia, el grupo dirigente de este país, del Valle Central, para ser más exacto, tenía como eje central de su identidad cultural, el formar parte del Imperio Español, de la Cristiandad, o bien de Occidente en su marcha o cruzada triunfal por un mundo en pleno proceso de expansión. Si bien es cierto que durante el siglo dieciocho se fue produciendo una cierta identificación con el territorio autóctono, con la "patria" chica y local— el Valle Central, por así decirlo—, ello no implicó— a mi juicio, al menos— una identidad nacional

propiamente tal. A lo más existió una suerte de "protonacionalismo", incapaz de romper con el Imperio, pero que *a posteriori* vendría a prestar enorme utilidad. Fue la relectura de este protonacionalismo lo que permitió "imaginar" un espíritu sucesionista precursor que, si uno examina bien, no es más que una mitificación, aunque vendría a ayudar a fundar la nación retroactivamente, dándole un origen proyectual previo al quiebre con el Imperio. De este modo, el corte con España, lejos de ser casual, según esta versión clásica, habría sido, al contrario, querido como lo requería el modelo liberal-republicano.

Sin embargo, lo que en realidad ocurrió fue distinto. En realidad, fue la combinación del modelo o paradigma de nación en un sentido político-ideológico y moderno, que fue proporcionado por la Revolución Francesa, conjuntamente con la obtención accidental de la libertad *de facto* que trajó consigo el derrumbe de la monarquía e imperio español, lo que hizo que Chile se transformara efectivamente en nación. Desde ese momento dejamos de ser parte de la historia de "otros" para tener supuestamente historia "propia".

La constitución o fundación del sujeto Chile como nación se produjo, por tanto, como efecto de los requerimientos del cambio de modelo de legitimación. La nación chilena es intrínsecamente histórica; hubo un momento prehistórico, por así decirlo, en que no había nación chilena. Y es precisamente el modelo liberal-republicano—cuyo propósito no fue otro que legitimar una situación política coyuntural, y no plantear un proyecto propiamente tal— lo que va a hacer posible la nación chilena. La élite no puede obviamente explicarse a sí misma en el plano político como dueña de este país, aunque en realidad así fuera. Por consiguiente, debe desde el Estado "inventar" la nación, si quiere ser fiel al modelo político-ideológico al que ha debido recurrir para efectos de justificar su poder *de facto*.

La "invención" de esta nación chilena se encarga de encubrir, por supuesto, todos los recursos artificiosos. Estamos hablando de una invención de una altísima sofisticación técnico-filosófica o ideológica. Es posible que en toda Hispanoamérica no exista un modelo más acabado de Estado-

3. Cfr. A. Jocelyn-Holt L., *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito* (Madrid, 1992).

Nación liberal como el paradigma chileno que atraviesa todo el siglo diecinueve hasta llegar a nuestros días. Desde luego, el paradigma hace uso del espíritu protonacionalista dieciochesco, como ya hemos indicado, lo vierte en una historiografía que postula la existencia de un ánimo separatista anterior a 1810, y con el tiempo lo transforma en un auténtico proyecto político y cultural hacia mediados del siglo diecinueve, concretamente en manos de la Generación de 1842. Es éste el paradigma liberal que hace del Estado—el Estado: ya no la élite dirigente—el sujeto por excelencia del “proyecto” histórico nacional, el que es reforzado además por todo el engranaje institucional de este país: el proyecto educacional (el Estado docente), la modernización económica, la creciente democratización del ámbito político, las Fuerzas Armadas, etc.

Dicho de otra forma: el modelo nacional, de ser originalmente un mero recurso legitimador para enfrentar una crisis, termina por consolidarse desde el momento en que se comienza a confirmar en la realidad, en la medida en que todo el espectro “nacional” se acomoda o se le obliga a funcionar dentro del mismo modelo “nacional”. Prueba de ello es el hecho de que ningún grupo organizado políticamente se margina de este esquema legítimamente aceptado por todos. Todos pueden llegar al poder, todos pueden participar, todos en potencia pueden gozar de los beneficios de la nación, todos se pueden identificar con ella, todos hacen de Chile lo suyo. En el fondo, Chile es de todos, “así nos gusta Chile”. Para ser más exacto, debiéramos decir “así nos gusta(ba) Chile”.

Este modelo incluyente—incluyente en un plano teórico, legitimante, pero no por ello menos real—sufre un debilitamiento considerable durante el siglo veinte, hasta terminar por socavarse completamente en las décadas del sesenta y setenta recientes. Se imponen, en cambio, modelos—así, en plural—excluyentes de nación que marcarán la tendencia hasta nuestros días. Trátese del modelo clasista “pueblo”—el Chile socialista—, el modelo nacionalista-popular manejado por casi todas las fuerzas políticas de este siglo,⁴ o incluso el viejo

modelo liberal pero que a estas alturas simplemente ha dejado de ser hegemónico, el hecho es que se ha visto surgir al interior de nuestra realidad histórica contemporánea una pluralidad de proyectos y modelos de nación, ninguno de los cuales logra tener plena y completa legitimidad, y que en término comparativos suscitan un respeto muchísimo menor que el viejo modelo liberal-republicano.

De modo que, de haber partido de una situación monopólica de poder, la oligárquica decimonónica, capaz sin embargo de abarcar un abanico cada vez más amplio de partícipes, gracias a un modelo incluyente de nación, nos hemos movido durante el siglo veinte hacia una especie de proliferación de proyectos nacionales, todos ellos excluyentes unos de otros.

DESACRALIZACIÓN DEL ESTADO Y FIN DE LA LÓGICA MODERNA

La existencia de diversos modelos de nación en competencia por anularse unos a otros tiene como trasfondo la evolución y creciente poder del Estado, el que es objeto de los apetitos cada vez más voraces por parte de múltiples nuevos sectores sociales, ideológicos y/o corporativos. Ellos vienen a llenar el vacío dejado por la pérdida de hegemonía del grupo oligárquico tradicional, grupo que debe también entrar a competir por esta presa que es el Estado, pero ahora en desmedrada calidad.

De más está decirlo, pero el Estado requiere de legitimación y, en el mundo moderno, esta legitimación está dada por la nación. De ahí que cada uno de estos subgrupos haya promovido su idea de nación. Dicho de otro modo: si en el siglo diecinueve la religión de Estado fue una sola, la religión nacional, en el veinte se ha producido una situación cismática, en que compiten por el Dios-Estado múltiples sectas, cada cual más ferviente y sectaria.

Con todo, la lucha por este Estado y, por ende, la proliferación de versiones antagónicas de la nación, ha terminado. Esto debido a que, de un tiempo a esta parte, nos hemos encontrado con una situación relativamente inédita e inesperada: cual

4. Véase Eduardo Valenzuela, “La experiencia nacional-popular”, *Proposiciones* 20 (septiembre 1991), pp. 12-13.

es la deslegitimación creciente del Estado mismo. Para seguir un poco con la analogía anterior: se ha producido nada menos que un cierto enfriamiento o debilitamiento de la fe en el Dios-Estado; se ha generado una suerte de progresiva agnostización política, o una suerte de deísmo estatista, que ha hecho que la pugna excluyente entre modelos de nación, la pugna canónica y doctrinal, tenga que vérselas con algo mucho más grave e imprevisto, como es la pérdida de fe en el modelo estatal y nacional propiamente tal. Caído el Dios, o bien en su cada vez más notoria ausencia, caen también sus iglesias y cleros, y la feligresía deja de creer y adorar al Dios olvidado.

En efecto, ha ido cundiendo una disminución de la gravitación del Estado en la sociedad chilena. De algún modo u otro, la sociedad chilena se ha ido articulando—aunque de manera muy embrionaria todavía—como sociedad civil—es decir, como sociedad desacralizada—, apartándose cada vez más del Estado como ente configurador y constructor de la sociedad, como eje central de la historia.⁵ Es en este contexto que hay que entender y ubicar el fenómeno que me interesa: la refundación de la nación en una etapa tardo-moderna.

Obviamente que en este fenómeno de agnostización confluyen numerosos factores: por cierto, el desprestigio de las promesas hechas por cada uno de los proyectos nacionales y el que la tierra prometida se haya transformado en un infierno donde ha imperado el conflicto y sectarismo. La supuesta salvación no se ha materializado. Pero, más importante quizás que el daño inferido por los mismos proyectos nacionales sectarios, excluyentes y totalizantes, ha sido el desprestigio que se ha producido en la lógica modernista que inspiraba cada uno de estos proyectos.⁶

La nación entendida hasta hace poco suponía la elaboración de paradigmas, una visión modelis-

tica de la realidad, un fuerte voluntarismo iluminista, una concepción racionalista-constructivista; en el fondo, la nación suponía metadiscursos, grandes narraciones, proyectos capaces de moldear la realidad, y fines con una fuerte impronta utópica, todo lo cual se ha visto desprestigiado en la etapa de la modernidad que ha venido a denominarse posmodernidad. De modo que no es extraño que, al igual que otros aspectos de la modernidad, la idea de nación en el sentido anterior se haya visto en serios aprietos últimamente, al igual que el Estado con el cual comparte lógicas de autodefinición.

LA REFUNDACION POSMODERNISTA DE LA NACION CHILENA

Con todo, aunque puede que se haya desprestigiado y perdido credibilidad—al igual que el Estado—, la nación no ha desaparecido. Incluso, pareciera estar experimentando una suerte de revitalización, o mejor dicho de "revival", para ponernos más a tono con el lenguaje posmodernista.

En primer lugar, llama especialmente la atención la enorme proliferación de símbolos nuevos que se han ido promocionando y que pretenden dar a conocer o significar a Chile. El hielo antártico enviado a Sevilla es el ejemplo más evidente, pero no es el único.⁷ La llamada Campaña Everest de la Secretaría de Comunicación y Cultura es otro

7. Véase: "¿Qué imagen debiera proyectar Chile?", *El Mercurio* E14, 16 de abril de 1989; "Chile en Sevilla '92", *El Mercurio* E13, 14 de octubre de 1990; Hugo Marcone, "Vitrina de la historia", *Revista Masterclub* 58 (1991), p. 62; M. Carolina Abell, "Una imagen para el mundo", *El Mercurio*, 23 de septiembre de 1990, D6; "El pabellón de una empresa llamada Chile", *Revista Administración y Economía*, Pontificia Universidad Católica de Chile (Otoño 1992), p. 28; Paul Walder, "El marketing de la marca Chile", *Revista Hoy* 741 (1991), p. 32; Roberto Brodsky, "Gato por liebre", *Revista Hoy* 733 (1991), pp. 39-40; Hernán Precht, "La imagen de Chile en Sevilla '92", *La Segunda*, 6 de noviembre de 1991, p. 33; Bernardo Subercaseaux, "Chile, ¿un país moderno?", *La Epoca*, 1 de septiembre de 1991, pp. 11-12; Manuel Espinoza, "El ser nacional en Sevilla '92", *La Epoca*, 29 de septiembre de 1991, p. 7; Magaly Arenas Zapata, "Un hito en nuestra historia", *El Mercurio*, 23 de febrero de 1992; Cristián Boffill, "Chile debe ser campeón de la Categoría Gallo", *Qué Pasa* (edición especial), 13 de abril de 1992, p.

5. Cfr. A. Jocelyn-Holt L., "Al César lo que es del César...", *El Mercurio* (Santiago), A-2, 30 de abril de 1993.

6. Para el caso chileno, véase la reciente antología de ensayos y conferencias, *Utopía(s)* (Santiago: División de Cultura, Ministerio de Educación, 1993); también Luis Corvalán, "Modernismo y postmodernismo: un enfoque histórico", en *Mapocho* 34, Segundo Semestre 1993.

ejemplo más.⁸ Cabe destacar que, detrás de estos símbolos, lo que está operando es nada menos que complejos y costosos montajes propagandísticos de carácter promocional, que tienen como objetivo —usando sofisticadas y agresivas técnicas de marketing y de comunicación— corregir, crear y vender imágenes sobre este país, tanto a un público nacional como internacional.⁹

4; Magdalena Ossandón, "El iceberg y las frías cuentas", *El Mercurio* D10, 25 de octubre de 1992; Fernando Léniz, "Chile, Sevilla y el iceberg", *El Mercurio* A2, 2 de febrero de 1993; *Qué Pasa*, semana del 1 al 8, agosto de 1993; *Revista Apsi*, del 12 al 25 de agosto de 1991; Rosario Guzmán Bravo, "Anti antología de Chile", *Revista Ya*, 13 de abril de 1993.

Sobre la discusión acerca de si el desarrollo económico chileno reciente es propio de "tigres" o bien de "gato", véase: "Afirmo Foxley: 1992, el mejor año económico en tres décadas", *El Mercurio* A1, 22 de diciembre de 1992; Andrés Benítez, "1992: el año del tigre", *El Mercurio* B1, 27 de diciembre de 1992; Jessica Herschman, "Pensando en Chile", *El Mercurio* D16, 26 de julio de 1992; Hermógenes Pérez de Arce, "De dragón a ratón", *El Mercurio* A3, 23 de junio de 1993; Andrés Benítez, "Chile, un triste tigre", *El Mercurio* A2, 26 de junio de 1993; Andrés Benítez, "Atrapados en el éxito", *El Mercurio* A2, 24 de julio de 1993; Jesús Ginés Ortega, "El alma de los dragones", *El Mercurio* A2, 24 de febrero de 1993; Roberto Zhaler, "Más que tigre, Chile tiene historia y cultura de gato", *El Mercurio*, 30 de diciembre de 1992; Archivo Banco Central 3; Efraín Friedmann, "Sobre los tigres de verdad" *Estrategia*, 11 de enero de 1992, Archivo Banco Central 11; Joaquín Lavín, "¿Tigres o gatos?", *La Tercera*, 31 de diciembre de 1992, Archivo Banco Central 66; "Entre gatos y tigres se centró discusión económica", *La Tercera*, 31 de diciembre de 1992, p. 18; Patricio Dooner, "Zhaler, los gatos y el humor nacional", *La Época*, 11 de enero de 1993, Archivo Banco Central 4; "Polémica por declaraciones de Roberto Zhaler", *La Época*, 31 de diciembre de 1992, Archivo Banco Central 61; "Foxley: Ni tigres, ni gatos, ni leopardos", *La Época*, 2 de enero de 1993, Archivo Banco Central 39; M. Rozas, "Miau", *Hoy* 806-11; Fernando Villagrán, "Terapias de grupo", *Apsi* 44-66; J. Jiménez de la Jara, "Punto para Zhaler", *La Época*, 6 de enero de 1993, p. 8.

8. Véase Sandra Bechan, "Campaña Everest: el peligro de ser muy optimistas", *El Mercurio* B1, 25 de julio de 1993.

9. Sobre la industria de las imágenes en Chile, véase: Lía Zelesnak, "El mercado de la imagen", *El Mercurio* D4, 6 de febrero de 1993; Silvia Riquelme, "El placer de cazar", *El Mercurio* D4, 21 de agosto de 1993; Silvia Riquelme, "Evitando la confrontación", *El Mercurio* D3, 6 de noviembre de 1993; "Campaña Imagen-País. Promocionan a Chile en el mercado norteamericano", *El Mercurio* B1, 29 de noviembre de 1993; "Período enero-octubre, 19% creció inversión publicitaria nacional", *El Mercurio* B1, 6 de diciembre de 1993; "Chilenos premiados en Nueva York", *El Mercurio*, 2 de octubre de 1993.

Llama la atención respecto a esto mismo, que se trate de imágenes más que ideas. Es decir, median-te estas imágenes se pretende, más que promover un discurso racional y lógico, crear efectos que son en general estéticos o afectivos. El que se trate de imágenes, e imágenes de procedencia técnico-comunicacional, más que ideas, hace que éstas sean pensadas como material desechable, de corta vigencia, fácil de descartar y reemplazar por otras nuevas imágenes. El efecto que esto produce es que tengamos una perpetua exhibición de nuevos símbolos que dicen relación con este país, pero a la vez se deje la impresión de que éstos pueden modificarse, alterarse, intercambiarse; en el fondo, consumirse perpetuamente. A diferencia del énfasis en la permanencia que tenían los viejos símbolos nacionales, los nuevos tienden a proyectar una imagen pulverizada y proteica de esta nación. Puede que mediante estas campañas se venda mejor la imagen de la nación, de los chilenos, de nuestros talentos, pero, a la vez, magnifique por la misma vía una imagen global que tiende a borrarse a sí misma, a desvanecerse, al mismo tiempo que trata de perfilarse. De este modo, Chile deja de tener una realidad numismática en nuestras conciencias colectivas, para tornarse un interminable y vertiginoso diaporama metamórfico. El efecto disociativo que esto puede tener es insospechable y fascinante.

Otro interesante fenómeno que acompaña a esta refundación simbólica de que estamos hablando se refiere a la evolución que se produce con respecto a los símbolos tradicionales. A la vez que comienza a proliferar una orgía perpetua de simbología nacional revisionista alrededor nuestro, la simbología tradicional se vuelve más esclerótica, museológica por así decirlo; pierde su atractivo general —frente a la nueva oferta más variada, atractiva, "a la moda"—, aunque retenga para sí una clientela cautiva que la mantiene vigente, sin que por ello este foco tradicionalista tenga que aparecer "retro". Se produce, por tanto, en ciertos grupos una tendencia a apoderarse de los símbolos tradicionales, toda vez que ellos pierden su popularidad general. En cierta medida, se produce una patrimonialización de símbolos que hasta ahora habrían pertenecido a todos, al ser representativos

de la nación, pero que ahora, aun cuando siguen siendo representativos de la nación, pasan a manos celosas de un grupo o corporación específica, particular. Evidentemente, me estoy refiriendo a los símbolos tradicionales y su relación con las Fuerzas Armadas.

Los dos efectos anteriores tienden, en cierta medida, a promover una suerte de fetichización de la antigua simbología, cuando precisamente su atractivo ha sido tradicionalmente el contrario: el haber permanecido, o parecer al menos inmemorial, a pesar del transcurso del tiempo y la historia.

La reformulación simbólica-colectiva de este país tiene otra característica, que consiste en un cambio del enfoque o de la frecuencia de transmisión en que opera el discurso nacional, si lo comparamos con el nacionalismo criollo tradicional. Me refiero a que, de haber sido la idea de nación tradicionalmente una idea política, pensada para propósitos políticos, hoy en día dice relación fundamentalmente con el mundo de la economía, el mercado y los negocios. El libro que más me ha llamado la atención en estos años por su nacionalismo es *La revolución silenciosa*, de Joaquín Lavín.

La consecuencia mayor que le veo a esto viene a reafirmar algo ya dicho anteriormente: que la idea de nación se tiende a banalizar y reificar, con el consecuente efecto de desacralizar la nación. Puede que, en el paradigma tradicional, la nación se volviera "popular"; de hecho se pretendía eso, pero no por ello se rebajaba su carácter espiritual. La cosmovisión tradicional nacionalista —como ya lo hemos aludido— fue pensada como un sustituto de la religión, al igual que la política, por lo demás. Hoy ambas han perdido ese carácter sacro y ritual. La nación y la política se han convertido en un mero comercio y transacción de "marcas", destinadas a satisfacer no un deseo colectivo de trascendencia, sino más bien un deseo insaciable de estímulos consumibles.

Desde el momento en que la nación se convierte en un objeto transable, se generan otras consecuencias que nos son muy familiares en este mundo posmoderno. Desde luego, se pierde la autoría del producto en intercambio; la nación sufre, por ende, una suerte de alienación *vis à vis* sus artífices. Son las fuerzas "invisibles" del mercado las que

van a configurar cada vez más el producto de consumo simbólico-nacional, manejado ya no por historiadores, políticos, figuras en efecto públicas, sino por artífices privados, oscuros, indiferenciados, que manejan los hilos de nuestra conciencia colectiva desde los tableros de dibujo y pantallas computacionales de los Walter Thompson criollos ilimitados, es decir los Guillermo Tejedas, los Francisco Javier Celedón y los Eugenio Garcías de nuestro ambiente "soft light".¹⁰

Otro fenómeno que de hecho ya se está produciendo además, es la sobreoferta, saturación o inflación de mensajes, lo que ciertamente distorsiona a la vez que refunda nuestra conciencia simbólica-colectiva nacional. Mi impresión es que, a través de esta explosión simbólica, más que clarificar y hacer penetrar mejor el mensaje nacional, lo que ocurre es una creciente incoherencia en los mensajes. Esto ya está ocurriendo. ¿Cómo hemos de interpretar a este país, si es imposible evitar, por un lado, todo un ambiente existista, especialmente en lo económico—acuérdense de los titulares recientes: "Informe Cepal 1992: Chile, el país de mayor expansión en Latinoamérica"¹¹—, a la vez que se insiste, con indubables propósitos políticos, en la existencia de cuatro millones de pobres? Y esto se hace desde el seno de un mismo gobierno. En materia política ocurre algo similar. Uno de los ministros más claves de la transición, en un seminario organizado por la Academia de Guerra del Ejército, declara: "A chilenos nos une sólo la libertad",¹² al mismo tiempo que desde su misma colectividad política y coalición de gobierno se insiste en posturas que parecieran invalidar lo anterior; concretamente: el Informe Rettig y la permanente crítica al gobierno militar, sin perjuicio de que reiteradamente se apoya oficialmente a su máximo representante aún en ejercicio en el régimen. Se hace así tremendamente difícil para un chileno común y corriente llegar a componer en su propia mente una imagen relativamente coherente de lo que es y a dónde se

10. Cfr. A. Jocelyn-Holt L., "Los vendedores de estatuas", *El Mercurio* A3, 18 de noviembre de 1993.

11. *El Mercurio* A1, 19 de diciembre de 1992.

12. Declaraciones de Enrique Correa, en *El Mercurio*, 7 de mayo de 1993.

pretende hacer llegar a este país en el futuro, a partir del bombardeo al que día a día se le somete por los medios de comunicación. De ahí que no sorprenda que el debate racional haya desaparecido por completo y, a lo más, se compita por impresionar durante unos claves segundos en la franja mental de un pueblo transformado en mero espectador pasivo de este kaleidoscopio contaminante *cum* comunicacional.

Alguien me podría decir que aquí no hay nada nuevo, que siempre el pensamiento "nacional" ha sido confuso. Pienso que no en el sentido preciso al que estoy aludiendo: el de los mensajes. Es cierto que el pensamiento nacional ha recurrido siempre a una proposición simbólica, y ésta es por técnica y definición ambigua y equívoca; tradicionalmente, en distintas clases sociales se sentía la pertenencia llamada chilena, aun cuando todos experimentarían y comprenderían dicha realidad de manera muy distinta. Pero decir que un símbolo es equivoco, no quiera decir que sea confuso, sino al contrario. Un mismo símbolo puede concitar distintos imaginarios, pero no necesariamente los mezcla o los niega. Es cierto también que cuando se produjo la proliferación de proyectos de nación no hace mucho, ello generó conflictos y, por cierto, una especie de "desorden" —si me lo permiten—, un desorden simbólico, pero nuevamente debo insistir: esto no es lo mismo que la confusión actual. Los chilenos manejaban distintos proyectos de nación, pero todos tenían una clarísima idea acerca de por cuál proyecto estaban a favor. Nada de eso ocurre hoy. Todos están a favor de una masa informe de imágenes contradictorias: el arco iris se desvanece en una mezcla total de colores. De eso se trata el confuso "consenso" simbólico nacional.¹³

Lo anterior queda perfectamente ratificado, a mi juicio, en palabras expresadas por Eugenio Tironi, uno de los responsables más "visibles" de este "confusionismo". Tironi, hablando del *iceberg* en Sevilla, dice lo siguiente: "la hazaña de Sevilla me ha hecho pensar mucho sobre el valor de la futilidad. Sobre la potencia que encierra lo fugaz, aquello que se derrite como hielo al sol, casi sin dejar rastro. Sobre la energía que contiene la belleza: sobre la fuerza de lo innecesario, de lo inútil, de lo a-funcional. Todo el esfuerzo de Sevilla está destinado a desaparecer, y muchos exclamarán: '¡Todo esto para nada!' Este nada es lo que me parece cada vez más potente".¹⁴ Confusión y "nada" en este caso son sinónimos, aun cuando la "nada" "confusa" de Tironi goce, gracias al apoyo tecnológico adecuado —los mecanismos de mantención del frío—, durante un relativamente largo tiempo, de una presencia demasiado real y formidable. Se trata de una "nada" potencial, una confusión potencial, pero no por ello menos pesada y presente mientras esté ahí. A lo que voy es que el mensaje nacional puede que termine por confundirse, o derretirse, pero no significa que en el entretanto no nos neurotice.

Neurotiza la profusión de imágenes acerca de este país. Neurotiza la proteización de estas imágenes, la constante metamorfosis de estas imágenes ofertadas. Hay que tener en cuenta además que esta metamorfosis tiene lugar conjuntamente con una suerte de involución de la historia, como brillantemente lo ha postulado Baudrillard en *La*

13. La discusión sobre este país es cada vez más recurrente en la prensa; véase, a modo de ejemplo, los siguientes artículos y notas: Pilar Molina, "Chile hoy... casi aburrido", *El Mercurio* D1, 4 de agosto de 1991; Eugenio Cantuarias, "¿Chile adormecido?", *El Mercurio* E15, 27 de octubre de 1991; José Piñera, "Chile: el poder de una idea", *El Mercurio* E18, 14 de junio de 1992; José Piñera, "Chile creador", *El Mercurio* A2, 15 de noviembre de 1992; "Altamirano dijo que Chile no es un país moderno", *El Mercurio*, 8 de enero de 1993; Ricardo Lagos, "Chile, una visión nacional", *El Mercurio* A2, 24 de enero de 1993; Paulo Ramírez, "¿Chile?

¿Qué es eso?", *El Mercurio* A2, 13 de marzo de 1993; Humberto Giannini, "La difícil narración de nosotros mismos", *La Nación*, 11 de abril de 1993, p. 37; Ministro Jorge Arrate, "Se creará conciencia marítima en el país", *El Mercurio*, 29 de mayo de 1993; "Sostuvo José Piñera: Chile, país empobrecido por negligencia política", *El Mercurio*, 4 de julio de 1993; "Dijo Germán Correa: Existe visión inexacta de Chile en el exterior", *El Mercurio*, 21 de septiembre de 1993; "Correa resaltó imagen de Chile en el exterior", *El Mercurio*, 22 de septiembre de 1993; Mario Valle, "Chile, un país de comisiones para decidir qué hacer", *El Mercurio* A1, 2 de noviembre de 1993; Andrés Allamand, "Chile es más capaz", *El Mercurio* A2, 6 de diciembre de 1993.

14. Eugenio Tironi, "Chile en Sevilla", *El Mercurio* E20, 18 de octubre de 1992.

ilusión del fin: la huelga de los acontecimientos.¹⁵ Los efectos de esta involución de la historia necesariamente repercuten también en el fenómeno de la nación. No podemos dejar de repartirlo: la nación es un fenómeno histórico. De modo que lo que ocurra con la historia necesariamente afecta la imagen de la nación.

De ahí que, si tiene razón Baudrillard, si hoy en día —ad portas del milenio— estamos reescribiendo, leyendo, clonizando, rebobinando, reciclando y resucitando la historia mediante la simulación, historia que además queremos debidamente pasteurizada o blanqueada, fruto del arrepentimiento, a fin no de producir una renovación auténtica de la historia sino cubrir el "espacio vacío de nuestra memoria" y la falta de acontecimientos, entonces es de suponer que algo similar debe estar ocurriendo con la imagen colectiva que tenemos de nación, lo único por lo demás que en nuestro país ha tenido historia.

El que pretendamos hacer una historia que haga cuenta del fenómeno "metastático", para seguir con el lenguaje baudrillardiano, tampoco augura un buen fin. Muy luego tendremos —si es que no lo tenemos ya— historias, así en plural, y, por ende, "naciones históricas" —así también en plural— a la medida de los consumidores de ese pasado. Para los mapuches, historia del Chile mapuche; para el integrista católico, historia de Chile sin ilustración, sin liberalismo laicizante, sin nada que ofenda la "memoria" y el pudor católico; para los etnógrafos, prehistoria que se plantea como historia fósil; para los archiveros, historia papirológica; para las clases populares, historia sin dominación; para la clase media, historia hecha a la medida de esa misma clase, es decir, historia en busca de historia, etc. Ustedes entienden a dónde voy.¹⁶

LA LIBERTAD POSMODERNA

No quisiera terminar estas reflexiones con una nota tan neurótica. Muy por el contrario, pienso que toda esta creciente densificación icónica (de imágenes) e histórica que amenaza a este país, tiene algo extremadamente positivo y rescatable. Obviamente que habría sido muchísimo mejor que hubiéramos seguido teniendo una misma historia, y una misma nación. Pero me temo que ello no es posible. Eso es Jauja, y ya nos hemos desengañado de Jauja. Debemos resignarnos a nuestra neurosis. Es la única solución que veo.

Desde luego, esta densificación icónica e histórica nacional ha terminado con las "grandes alamedas" haussmanianas del pasado, y nos ha hecho entrar en los grandes laberintos posmodernistas, que, al igual que las "grandes alamedas", conducen a un fin, pero sus vericuetos nos protegen de los artilleros con buena puntería.

Esta densificación también desprestigia al Estado como único o privilegiado fomentador monopólico de imágenes e historia nacional. En efecto, esta densificación ciertamente nos barbariza, nos devuelve a una especie de estado de naturaleza precontractual, de carácter tecnológico-comunicacional, pero ello hace posible quizás la utopía más grande imaginable: la de fundar un orden sobre la base de un supuesto caos, habida cuenta de que el Estado desaparece o por lo menos no cuenta, limitándolo al manejo de tan sólo un solo canal transmisor, respecto del cual nos podemos liberar mediante el "zapping".

Ciertamente la densificación posmodernista confunde y parcializa la realidad, pero tiene la virtud de que no somete a nadie a la tiranía de tener que creerse su propia historia. El eclecticismo posmodernista está acompañado de un maravilloso reencuentro con la ironía y cierto estoicismo. Ironía o bien distancia irónica, porque podemos usar múltiples relatos, pero eso no significa que tengamos que defenderlos a ultranza. Si bajo la(s) nación(es) que ya hemos tradicionalmente ensayado en este país pudimos matar a cuanto peruano es dable, para muy luego ensayar la puntería entre nosotros mismos no hace mucho, ello me parece menos plausible ahora. ¿Qué imagen de Chile

15. Jean Baudrillard, *La ilusión del fin: la huelga de los acontecimientos* (Barcelona, 1993).

16. Un ejemplo de este afán desesperado por hacerse de "historia(s)", a la vez que se carece de un sentido histórico, se observa en Cristián Gazmuri, "Preguntas a la Historia", *La Epoca*, 13 de marzo de 1994, p. 19.

como nación hoy va a concitar suficiente adhesión, legitimidad y energías como para practicar tiro al blanco?

Estoicismo, porque es imposible evitar que haya un loco o locos por ahí que estén dispuestos a gatillar en contra de la multitud. De modo que, de producirse el escenario en que una imagen de nación o de historia se sale de la lógica *soft* posmodernista, la lógica de la tolerancia basada en la pluralidad, no queda otra que anular dicha imagen y aceptar estoicamente las consecuencias. De lo contrario, se acabaría la historia. La historia es espectáculo –lúdico, morboso, positivo, negativo, neutro– pero, a fin de cuenta: espectáculo, para

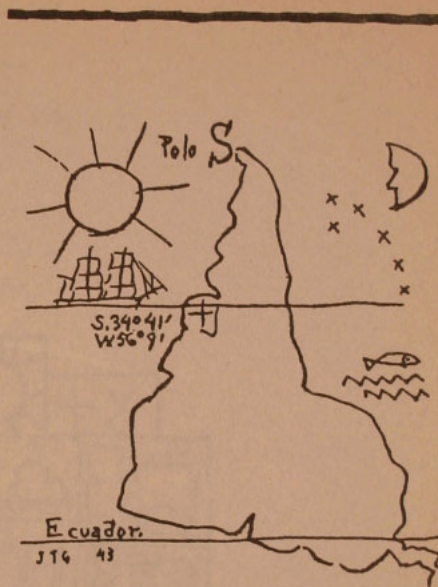
el que hay que tener frialdad irónica, o impasibilidad estoica, si es necesario.

Por último, la densificación icónica e histórica posibilita una extraordinaria eclosión en el campo de la creatividad estética, generando espectáculos e imágenes; creatividad crítica, desbancando los viejos estandartes del entendimiento; creatividad mítica, postulando nuevos, no estandartes (sería muy pretencioso), pero sí banderines, algo más pequeño, más íntimo, pero igualmente útil para continuar teniendo identidad. Todo lo cual, a mi juicio augura más libertad y menos autoritarismo. *Pas mal*, como diría Matta.

... porque en realidad nuestro norte es el Sur. No debe haber norte, para nosotros, sino por oposición a nuestro Sur. Por eso ahora ponemos el mapa al revés y entonces ya tenemos justa idea de nuestra posición, y no como quieren en el resto del mundo. La punta de América, desde ahora, prolongándose, señala insistentemente el Sur, nuestro norte. Igualmente nuestra brújula: se inclina irremisiblemente siempre hacia el Sur, hacia nuestro polo. Los buques, cuando se van de aquí, bajan no suben, como antes para irse hacia el norte. Porque el norte ahora está abajo. Y levante, poniéndonos frente a nuestro Sur, está a nuestra izquierda.

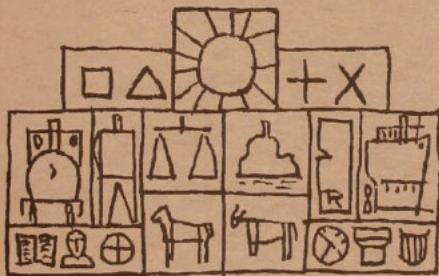
Esta rectificación era necesaria; por esto ahora sabemos donde estamos.

Joaquín Torres García, febrero de 1935.



**RECUERDO
DE JOAQUIN
TORRES GARCIA
* 1874 + 1949**

Proposiciones 24
terminó de imprimirse
en septiembre de 1994
en los talleres
de la imprenta
Editorial Interamericana, Ltda.
Conferencia 1140,
Santiago.



El diseño
de las portadillas
de este número
se ha inspirado
en las obras
del pintor uruguayo
Joaquín
Torres García.

SUMARIO

PROBLEMAS HISTORICOS DE LA MODERNIDAD EN CHILE CONTEMPORANEO

Seminario-Taller

PROCESO ECONOMICO Y EMPRESARIADO

Manuel A. Fernández / Leonardo Mazzei / Luis Ortega / Julio Pinto / Claudio Robles / Oscar Muñoz / Cecilia Montero / Alvaro Díaz / Fernando Leiva / Patricio García & Luis Soto

ESTADO Y CLASES POLITICAS

Sofía Correa / Hernán Villablanca / Gabriel Salazar / Patricio Quiroga / Augusto Varas / Alfredo Jocelyn-Holt / Rodrigo Baño / Sofía Correa / Fernando Castillo

LOS GRUPOS MEDIOS

José Bengoa / Leonardo Mazzei / Carmen Norambuena / Sol Serrano / Gloria Elgueta / Susana Mena

PUEBLOS INDIGENAS Y TERRITORIO

Leonardo León Solís / José Luis Martínez / José Bengoa

MOVIMIENTO SOCIAL POPULAR

Julio Pinto / M. Angélica Illanes / Miguel Bahamondes / Sergio Grez / Francisca Márquez / Vicente Espinoza / Víctor H. Miranda / Guillermo Campero / Mario Garcés / Patricio Rivas

NUEVOS ACTORES: MUJER Y JUVENTUD

René Salinas / Alejandra Brito / Ximena Valdés & Loreto Rebolledo / Edda Gaviola / Rosa Quintanilla / Pablo Cottet / Mauricio Rodríguez / M. Elena Tijoux

MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD EN CHILE

Loreto Egaña / Carlos Ossandón / Eduardo Devés / Joaquín Fernandois / Vicente Espinoza / Salomón Magendzo / Alfredo Jocelyn-Holt

sur
EDICIONES